

A photograph of a woman from the waist down, wearing a white, short-sleeved, lace-trimmed dress, standing on a light-colored path. Her reflection is clearly visible in a pond in the foreground. The background shows lush green trees and foliage. The overall tone is warm and slightly desaturated.

**KIM
EDWARDS**

Autora de *Hija de la memoria*

**EL LAGO
DE LOS
SUEÑOS**

Lectulandia

Tras una estancia en Japón, Lucy Jarrett regresa a la casa junto al lago donde creció. En su hogar, Lucy constata que aún siguen persiguiéndola algunos interrogantes sobre la misteriosa muerte de su padre, ocurrida diez años atrás. Sin embargo, por muy profundos que estén enterrados, los secretos del pasado no pueden permanecer ocultos eternamente. Una noche Lucy descubre por casualidad una serie de objetos que en un principio no parecen ser más que curiosidades, pero que poco a poco se van desvelando como piezas de un intrigante rompecabezas muy ligado a su historia familiar. Las indagaciones sobre las huellas del pasado llevarán a Lucy a hacer asombrosos descubrimientos sobre su familia y sobre ella misma, que le llevarán a replantearse su vida y vivirla al máximo.

Lectulandia

Kim Edwards

El lago de los sueños

ePub r1.0

Titivillus 28.08.15

Título original: *The Lake of Dreams*

Kim Edwards, 2011

Traducción: Ernest Riera

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PARA MI FAMILIA, EN ESPECIAL PARA MIS PADRES,
JOHN Y SHIRLEY

Aprendí tanto lo secreto como lo manifiesto,
porque la Sabiduría, que a todo da forma, me enseñó.

El libro de la Sabiduría, 7,21-22

La distancia en línea recta no tiene misterio.
El misterio está en la esfera.

THOMAS MANN, *José y sus hermanos*

PRÓLOGO

Aunque es casi medianoche, una luz inusual se cuelga a través de una rendija entre la lana, rozando su brazo como las plumas de un ala. En la habitación de al lado sus padres duermen, y el pueblo bajo la oscuridad está en silencio, pero ella ha permanecido despierta todas estas horas, y ahora se levanta de la cama y nota la aspereza de la madera del suelo bajo sus pies. Durante semanas, la gente no ha hablado de otra cosa que del cometa, de cómo la Tierra pasará a través de nubes de vapores venenosos que desprende su cola, que podría ser el fin del mundo. Tiene quince años, y durante todo el día ella y su hermano han ayudado a sellar la casa (ventanas, puertas, incluso la chimenea) con lana negra espesa, mientras los martillos repiqueteaban en todas partes, puesto que los vecinos hacían exactamente lo mismo.

El estrecho triángulo de luz extraña la roza aquí y allá a medida que cruza la habitación. Lleva su vestido azul, que casi le va pequeño, y nota la suavidad del algodón gastado contra su piel. En esta habitación, un espacio de techo bajo sobre la tienda que es exclusivamente suyo, la lana cuelga flácidamente sobre la ventana, y, cuando tira de una esquina, la tela cae y una pálida luz de cometa inunda su cuarto. Empuja la ventana para abrirla e inspira: una vez y luego otra, más profundamente. No ocurre nada. Ni gas venenoso, ni pulmones ardiendo... Tan solo la primavera acuosa, los aromas de cosas en pleno crecimiento y, distante, el mar.

Y aquella luz peculiar. Las constelaciones le son tan familiares como las líneas de su mano, así que no le cuesta encontrar el cometa. Vuela alto, una joya con larga cola, en su circuito de siglos, excitante y portentosa. A lo lejos, un perro ladra, y los pollos se agitan y protestan en su gallinero. Oye unas voces suaves, que se entremezclan, la de su hermano y otra, una que ella conoce; el corazón se le acelera, por la rabia y el deseo a la vez. Vacila. No ha planeado este momento; se convertirá en el punto de inflexión de su vida. Pero tampoco es un impulso lo que la hace subir al alféizar de la ventana, con los pies descalzos colgando unos metros por encima del jardín. Está vestida, después de todo. Dejó la lana medio suelta a propósito. Lleva todo el día soñando con el cometa, con su belleza salvaje y fulgurante, con lo que podría significar, con la manera en que su vida podría cambiar.

Las voces crecen, y entonces salta.

Me llamo Lucy Jarrett, y antes de saber nada sobre la chica de la ventana, antes de volver a casa y tropezarme con los fragmentos y empezar a reconstruir la historia, me hallaba viviendo en un pueblo cerca del mar, en Japón. Habíamos tenido una primavera de pequeños terremotos, y aquella noche me desperté de repente, expulsada de un sueño. Oí pasos que se desvanecían sobre el empedrado de la calle y trenes distantes que retronaban; escuché con más intensidad hasta poder distinguir el susurro del mar. Pero eso fue todo. La mano de Yoshi reposaba sobre mi cadera, como si todavía estuviésemos bailando, cosa que habíamos hecho aquella noche, al son de la música suave de la radio, en la oscuridad de la cocina; nuestros pasos se hicieron cada vez más lentos hasta que nos detuvimos completamente y nos besamos bajo el aire perfumado de jazmín.

Volví a echarme y me arrimé a su calidez. En el sueño, había regresado al lago donde crecí. No quería ir allí, pero fui. El cielo estaba encapotado, la cabaña verde desconchada (que yo había visto antes, pero solo en sueños), llena de musgo y situada bajo el entramado de las ramas de los árboles. Tenía los cristales de las ventanas resquebrajados, opacos por el polvo y la nieve. La dejé atrás y me dirigí hacia la orilla, me adentré caminando sobre el hielo espeso y translúcido. Anduve hasta llegar a ellos. Tanta gente viviendo sus vidas justo debajo de la superficie. Les vislumbré, me arrodillé, presioné con mis palmas la superficie vidriosa... tan espesa, tan clara, tan fría. Sabía que yo les había metido allí, no sé cómo. Les había abandonado durante mucho tiempo. Sus cabellos se agitaban entre las corrientes acuáticas, y sus ojos, cuando se cruzaban con los míos, estaban repletos de un anhelo que igualaba el mío.

Las persianas de las ventanas temblaron. Me puse tensa, atrapada entre los terremotos y el sueño, pero solo era un tren distante, que desaparecía entre las montañas. Cada noche durante una semana había tenido ese mismo sueño, truncado por la tierra en movimiento y que despertaba el pasado. Me hizo retroceder hasta una noche, cuando tenía diecisiete años, en que estaba inquieta y rebelde, bajándome de la parte de atrás de la moto de Keegan Fall, con flores de manzano tan pálidas como estrellas sobre nuestras cabezas. Deposité mi mano abierta como un abanico sobre su pecho antes de que se fuera, desgarrando la noche con el rugido de su motor. Mi padre estaba en el jardín cuando me di la vuelta para dirigirme hacia la casa. La luz de la luna resaltaba el gris que salpicaba su pelo corto; el extremo de su cigarrillo ardió, se alzó, cayó. Las lilas y las rosas tempranas flotaban en la oscuridad. «Eres

muy amable por dignarte a aparecer», dijo mi padre. «Siento haberte preocupado», le dije. Hubo un silencio, con el aroma del agua del lago, de compostaje y de brotes verdes hendiendo la tierra oscura, y luego me dijo: «¿Quieres venir a pescar conmigo, Lucy? ¿Qué te parece? Hace ya mucho». Sus palabras eran melancólicas, y recordé cuando me levantaba antes del amanecer para reunirme con él, luchando por cargar con la caja de los aparejos mientras cruzábamos el césped hacia el bote. Deseaba ir a pescar, aceptar la invitación de mi padre, pero deseaba todavía más subir a mi habitación para pensar en Keegan Fall. Así que le di la espalda y, en un tono de voz tan hiriente como el filo de las conchas rotas, dije: «Papá, de verdad, ya no soy una niña pequeña».

Esas fueron las últimas palabras que le dirigí. Horas después, me despertó la luz del sol y unas voces urgentes. Bajé corriendo las escaleras y crucé el césped húmedo de rocío hasta la orilla del lago, de donde habían sacado del lago el cuerpo de mi padre. Mi madre estaba arrodillada en las aguas poco profundas y le tocaba la mejilla con las puntas de los dedos. Sus labios y su piel tenían un color azulado. Había rastros de espuma en la comisura de su boca y sus párpados eran extrañamente iridiscentes. «Como un pez», pensé. Una idea insensata, pero que al menos logró silenciar los demás pensamientos, que eran peores y que nunca me han abandonado: «Si hubiese ido con él. Si hubiese estado allí. Si le hubiese dicho que sí».

A mi lado en el tatami, Yoshi suspiró, se movió un poco y su mano se deslizó y cayó de mi cadera. La luz de la luna caía en un rectángulo sobre el suelo, y las persianas, movidas por la brisa, se unieron al susurro de las olas distantes. Poco a poco, casi de forma imperceptible, el temblor se hizo más fuerte. Al principio era sutil, tan sutil como el estruendo del tren de hacía un instante. Entonces mis cuencos tibetanos, dispuestos en el suelo, empezaron a canturrear solos. Mi colección de piedrecitas empezó a caerse de la estantería, golpeando las estoras con un sonido como el de la lluvia. Abajo, algo cayó y se rompió. Aguanté el aliento, como si por el hecho de quedarme inmóvil pudiese mantener inmóvil el mundo, pero el temblor se hizo más fuerte, y más fuerte aún. Los estantes se agitaron con violencia, y cayeron varios libros al suelo. Entonces, en una convulsión muy fluida, las paredes oscilaron y el suelo pareció ondularse, como si un gran animal se hubiese levantado y dado la vuelta, como si la mismísima tierra estuviese viva y el suelo no fuese más que piel muy volátil.

De repente, se detuvo. Todo quedó extrañamente en silencio. A lo lejos, el agua fluía hacia un estanque. La respiración de Yoshi era tranquila y regular.

Me di la vuelta y le sacudí el hombro. Abrió los ojos despacio. Estos pequeños terremotos le dejaban impávido, aunque aquella temporada había habido centenares de temblores, a veces varias docenas en un solo día, muchos eran tan minúsculos que solo los notaban los medidores sísmicos; otros, como este, eran lo bastante fuertes como para despertarnos.

—¿Terremoto? —murmuró.

—Sí, uno grande. Abajo se ha roto algo.

—¿De veras? Bueno, ahora ha pasado. Todo tranquilo, ¿no? Volvamos a dormir.

Cerró los ojos y me abrazó. Su respiración enseguida se hizo profunda y regular de nuevo. A través de la ventana medio abierta, más allá del tejado de la casa de enfrente, vi las estrellas dispersas.

—¿Yoshi? —dije. Cuando no me respondió, salí de la cama y bajé las escaleras.

La planta de aloe se había caído del alféizar de la ventana de la cocina, y el recipiente se había roto. Puse agua a hervir y barrí la tierra esparcida y los cristales y los brotes rotos. Probablemente las amas de casa japonesas estaban haciendo lo mismo por toda la calle, cosa que me hacía sentir incómoda y un poco amargada; estaba muy claro que hacía demasiado tiempo que no trabajaba. No me gustaba depender de Yoshi, no tener ingresos y carecer de un trabajo con sentido fuera de casa. Soy hidróloga, es decir, estudio el movimiento del agua en el mundo, en la superficie y bajo tierra, y llevaba casi media década investigando para empresas multinacionales cuando conocí a Yoshi en Yakarta. Nos enamoramos como solo es posible enamorarse en el extranjero, aislados de todo cuanto habíamos conocido, de tal manera que el país que habitábamos era de nuestra propia creación, en realidad, y estaba sujeto a nuestros propios deseos. «Este es el único continente que importa —decía Yoshi, mientras sus manos recorrían mi cuerpo—. Este es el único mundo que existe». Durante un año, y después dos más, fuimos muy felices. Entonces, nuestros contratos expiraron. Antes de que yo pudiese encontrar trabajo, ofrecieron a Yoshi lo que al principio parecía el trabajo de ingeniero de sus sueños. Y nos fuimos a Japón, que resultó ser un país completamente distinto.

Me serví una taza de té y la llevé a la sala de estar, donde abrí ventanas y postigos. Entró el aire de la noche, fresco y limpio. Todavía estaba oscuro, pero el barrio ya empezaba a ponerse en movimiento; se oía el chapoteo del agua y el repiqueteo de los platos, cerca y lejos. Al otro lado de la calle estrecha, los vecinos conversaban en voz baja, alternando sus voces.

La casa tembló ligeramente con el choque de las olas y luego se asentó. Me senté a la mesa baja y sorbí mi té, dejando que mis pensamientos vagasen hacia el día que se avecinaba y nuestra excursión a las montañas, largo tiempo planeada. En Indonesia, ese otro país, Yoshi y yo habíamos hablado de matrimonio e incluso de hijos, pero en esas vagas fantasías yo siempre había tenido un trabajo satisfactorio, o me había conformado con estudiar japonés y arreglo floral y dar largos paseos solitarios. No había comprendido lo aislada que te hace sentir el carecer de ocupación, ni cuánto tiempo iba a dedicar Yoshi a su trabajo. Últimamente no nos entendíamos demasiado bien, discutíamos por nada. Tampoco me había dado cuenta de lo persistente que sería el pasado, capaz de atraparme con su vieja fuerza gravitatoria en cuanto yo aminorase un poco la marcha. Después de tres meses ociosos en Japón, empecé a dar clases de inglés tan solo para llenar mis días con voces que no fueran la mía. Llevaba a mis jóvenes pupilos de paseo, nos deteníamos

junto al mar para practicar sustantivos concretos: «piedra», «agua», «ola», y yo echaba de menos aquellos días en los que había usado esas mismas palabras con facilidad y fluidez en mi trabajo de rutina. A veces me sorprendía diciéndoles cosas mucho más insensatas, cosas que estaba segura que ellos no podían comprender. «Los dinosaurios bebieron de esta agua, ¿lo sabíais? El agua se mueve eternamente en círculo; algún día, pequeños, incluso es posible que vuestros nietos beban vuestras lágrimas».

Ahora, semanas después, empezaba a preguntarme si aquello podía ser mi vida, al fin y al cabo, y no simplemente un breve interludio en la vida que había imaginado.

En el otro extremo de la sala, unas lucecitas parpadeaban en mi portátil. Fui a revisar mi correo; el resplandor de la pantalla tiñó mis manos y brazos de azul pálido. Dieciséis mensajes, la mayoría spam, dos de unos amigos de Sri Lanka, tres más de antiguos colegas de Yakarta que me enviaban fotos de su excursión por la jungla. Eché un vistazo rápido a los mensajes, recordando un viaje fluvial que habíamos realizado con esos amigos, el follaje exuberante de la orilla y los sombreros que nos habíamos hecho con lirios de agua para protegernos de la agresividad del sol; todo aquello me llenó de intensa nostalgia por la vida que Yoshi y yo habíamos dejado atrás.

Tres mensajes seguidos eran de casa. El primero, de mi madre, me sorprendió. Estábamos en contacto bastante a menudo y yo intentaba ir a visitarla una vez al año, aunque fuera por poco tiempo, pero mi madre utilizaba Internet como su generación anterior había utilizado las llamadas de larga distancia: pocas veces, sucintamente y solo por cuestiones de cierta importancia. En general, hablábamos por teléfono o nos enviábamos delgadas cartas azules de correo aéreo: las tuyas dirigidas a cualquier rincón del mundo adonde mi vida nómada me hubiese llevado, las mías aterrizando en el buzón situado ante la laberíntica casa donde me había criado, en un pueblo llamado El Lago de los Sueños.

Lucy, he tenido un accidente, pero ha sido menor y no tienes que preocuparte en absoluto. Tómate cualquier noticia que te llegue de Blake con bastante filosofía, por favor. Tiene buenas intenciones, naturalmente, pero me está sobreprotegiendo y me está volviendo loca. Estoy casi segura de que tengo la muñeca torcida, y no rota. El médico dice que la radiografía confirmará una cosa u otra. No hay ninguna necesidad de que te molestes en venir a casa.

Leí el mensaje dos veces, imaginando a mi madre sentada en su solitaria mesa de la cocina, herida de algún modo. Aunque no era justo —habían pasado casi diez años, y todos habíamos rehecho nuestras vidas, al menos aparentemente—, me sentí proyectada de vuelta al verano después de la muerte de mi padre. Pasábamos los días haciendo las cosas habituales, intentábamos crear un orden frágil. Preparábamos comida que apenas tocábamos y nos cruzábamos por los pasillos sin decirnos una

palabra; mi madre empezó a dormir en la habitación de invitados del piso de abajo y fue cerrando el piso de arriba, de habitación en habitación. Su pena estaba en el centro de la quietud que reinaba en la casa, y todos nos movíamos con mucho cuidado, sin hacer ruido, a su alrededor. Si me permitía el lujo de llorar o de enfurecerme, todo podía hacerse añicos, así que me mantuve firme. Incluso después, cuando volvía de visita, siempre terminaba cayendo en aquellas viejas pautas de comportamiento, el mundo circunscrito por la pérdida.

El siguiente correo era, efectivamente, de Blake, cosa que me alarmó. Blake se pasaba los veranos viviendo en su velero y trabajando como piloto para los cruceros que salían cada dos horas del muelle de El Lago de los Sueños; pasaba los inviernos en St. Croix, haciendo más o menos lo mismo. Le gustaba Skype, y dos veces había cruzado medio mundo para venir a verme, pero no le gustaba el correo electrónico y no escribía prácticamente nunca. Me dio más detalles del accidente —alguien se había saltado una señal de stop y describió el coche de mamá como siniestro total—, pero a mí no me pareció sobreprotector ni mucho menos, solo preocupado. Era mi prima Zoe la que parecía un poco fuera de control, pero ella siempre era así. Había nacido cuando yo tenía casi catorce años, y era muchísimo más joven que el resto de nosotros, tanto que a veces parecía haber crecido en una familia completamente diferente. Su hermano mayor, Joey, tenía más o menos mi edad, era el heredero del nombre y la fortuna familiares, y nunca nos habíamos entendido. Pero Zoe, que ahora tenía quince años y adoraba Internet, encontraba mi vida sorprendente y exótica, y me escribía con frecuencia para relatar hechos dramáticos acontecidos en su instituto, aunque yo pocas veces le respondía.

Empezaba a amanecer. Me levanté y me dirigí hacia la ventana. Fuera, el empedrado empezaba a clarearse y a adoptar su color gris, las casas de madera emergían de la noche. Al otro lado de la calle, un discreto ajeteo de cazuelas me distrajo de mis pensamientos, seguido por el sonido del agua corriente. La señora Fujimoro salió a barrer su caminito de la entrada. Yo salí al porche y le di los buenos días con una inclinación de la cabeza. Su escoba se movía con tanta firmeza y precisión —fsshh, fsshh, fsshh— que hasta que se detuvo no me di cuenta de que la tierra había empezado a temblar de nuevo. Al principio fue normal, una gran ola que golpeaba la costa, un camión que pasaba calle abajo... Pero no lo era. Miré a la señora Fujimoro a los ojos. Ella me agarró de la mano cuando las sacudidas se extendieron y empezaron a crecer en intensidad.

Las hojas se estremecieron y el agua de un charco tembló. Una pequeña grieta apareció bajo la ventana de la cocina de los Fujimoro, extendiéndose en zigzag hacia los cimientos. Le sostuve la mano, tan inmóvil como pude, y pensé en el accidente de mi madre, en el momento en que se daría cuenta de que tenía tantas posibilidades de impedir que aquel coche se precipitara sobre ella como de alterar el movimiento de la luna.

El temblor cesó. La voz inquisitiva de un niño llegó flotando procedente de la

casa. La señora Fujimoro inspiró profundamente, se apartó de mí y se inclinó. Recogió su escoba. Su expresión, desenmascarada hacía un momento, volvía a ser distante. Me hallaba sola sobre el empedrado.

—¿Ha apagado el gas? —me preguntó.

—¡Oh, sí! —le aseguré—. ¡Sí, he apagado el gas! —Teníamos a menudo este intercambio verbal; era una de mis pocas frases en un japonés perfecto.

Yoshi estaba en la puerta, cuando me di la vuelta, con el pelo revuelto y una camiseta vieja sobre sus pantalones cortos de deporte. Tenía una cara amable, y saludó con una ligera inclinación a la señora Fujimoro, que a su vez también se inclinó y le habló en un japonés rápido. Su marido había sido compañero de escuela del padre de Yoshi y les alquilábamos la casa. En las raras ocasiones en que los padres de Yoshi nos visitaban procedentes de Londres —su madre era británica—, se alojaban en otro piso propiedad de los Fujimoro, a la vuelta de la esquina.

—¿De qué estabais hablando? —le pregunté a Yoshi cuando al fin volvió a inclinarse ante la señora Fujimoro y entramos de nuevo en casa. Se había criado como bilingüe, y alternaba con fluidez ambos idiomas, algo que yo admiraba y envidiaba a la vez.

—Oh, me estaba contando lo del Gran Terremoto de Kanto en los años veinte. Parte de su familia murió en él, y cree que es por eso por lo que se asusta tanto, incluso con los temblores más pequeños. La aterrorizan los incendios. Y lamenta haberte sobresaltado al cogerte de la mano.

—No pasa nada —repuse yo, mientras seguía a Yoshi hacia la cocina y recogía mi taza vacía de camino—. A mí también me asustan los terremotos. No sé cómo puedes mantener la calma.

—Bueno, o se paran o no se paran. No se puede hacer gran cosa, ¿verdad? Además, mira —añadió, señalando el periódico, que yo no podía leer, claro—. Primera página. Dice que se está formando una isla bajo el agua y que después todo mejorará. Esto solo es un escape de presión.

—Genial. Muy tranquilizador. —Le observé mientras añadía agua a su té con movimientos fáciles, expertos—. Yoshi, mi madre ha tenido un accidente —le dije.

Levantó la vista.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

—Un accidente de coche. Nada serio, me parece. O serio, pero ella está bien. Depende de quién te dé la versión.

—Oh. Es una mala noticia. ¿Irás a verla?

No respondí inmediatamente. ¿Quería él que me fuera? ¿Sería eso un alivio?

—Creo que no —dije al fin—. Ella asegura que está bien. Además, tengo que encontrar trabajo.

Yoshi me dedicó la expresión amable que tanto me había atraído y que ahora me hacía sentir claustrofóbica: como si me comprendiera del derecho y del revés.

—La semana que viene, el mes que viene, también podrás buscar trabajo.

Miré la pared de la casa de al lado a través de la ventana de la cocina.

—No, Yoshi. No quiero aplazarlo más. Tanto tiempo libre me está volviendo un poco loca, me parece.

—Bueno —dijo Yoshi alegremente, mientras se sentaba a la mesa—. Eso no te lo voy a discutir.

—He buscado mucho —le dije con brusquedad—. No tienes ni idea.

Yoshi estaba pelando una mandarina con gran habilidad, de una manera que dejaba la piel casi intacta, como un farolillo vacío, y no levantó la vista.

—Bueno, ¿y ese trabajo de consultora..., el del proyecto chino de una presa en el Mekong? ¿Has dado algún paso?

—Todavía no. Está en mi lista.

—Tu lista... Lucy, ¿acaso es muy larga?

Inspiré hondo antes de contestar. Hacía semanas que esperábamos con fervor aquella excursión a las montañas, y no quería discutir.

—He estado investigando esa empresa —dije, al fin, intentando recordar que tan solo hacía unas horas habíamos estado bailando en esa misma habitación, en un ambiente oscuro y fragante.

Yoshi me ofreció un gajo de su mandarina. Aquellos pequeños frutos, *mikans*, crecían en los árboles de la colinas cercanas y cuando maduraban parecían brillantes ornamentos. Los habíamos visto el otoño pasado, cuando fuimos de visita, justo en el momento en que le ofrecieron aquel trabajo a Yoshi y parecía que nos íbamos a comer el mundo.

—Lucy, ¿por qué no te tomas un descanso y vas a ver a tu madre? Yo también podría ir, más adelante, después del viaje de trabajo a Yakarta. Me gustaría hacerlo. Me gustaría conocerla.

—Pero es un viaje tan largo...

—No, a menos que pienses ir a pie.

Me eché a reír, pero Yoshi lo decía en serio. Sus ojos, del color del ónice, tan oscuros como el fondo de un lago, estaban fijos en mí. Recordé la noche anterior, cómo había sostenido mi mirada sin parpadear mientras sus dedos recorrían muy ligeramente mi piel. Yoshi viajaba a menudo por trabajo —era ingeniero y diseñaba puentes para una empresa que tenía delegaciones en diversos países—, y aquel viaje tan solo me había parecido una ausencia más que sumar a todas las demás. Qué irónico sería si ahora su trabajo se convertía en la manera de volver a conectar.

—¿No quieres que la conozca? —me presionó.

—No es eso —dije, y en realidad no lo era. Recogí la piel de mandarina, que no pesaba nada en la palma de mi mano—. Es solo el momento. Además, mi madre no está grave. No es exactamente una situación de emergencia.

Yoshi se encogió de hombros, mientras cogía otra mandarina del cuenco de color cobalto.

—A veces la soledad es una situación de emergencia, Lucy.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que últimamente pareces una persona muy triste y solitaria, nada más.

Aparté la vista, y parpadeé sorprendida cuando los ojos, inexplicablemente, se le llenaron de lágrimas.

—Eh. —Me tocó la mano; tenía los dedos pegajosos—. Oye, Lucy, lo siento, ¿de acuerdo? No nos preocupemos por esto. Subamos a las montañas, tal como teníamos planeado.

Y lo hicimos. Junto al mar, el tiempo era bochornoso, pero se fue convirtiendo en un día soleado y resplandeciente a medida que el tren se acercaba a las montañas. A principios de primavera, los ciruelos y los cerezos habían florecido en este paisaje, alfombrando el suelo con pétalos blancos, y entonces mis lecciones de vocabulario parecían poemas: «árbol», «flores», «caer», «pétalos», «nieve». Ahora la estación había avanzado lo suficiente como para que el arroz hubiese asomado en los campos inundados cerca del mar, pero en las montañas la primavera se prolongaba. Las hortensias estaban empezando a florecer, sus racimos de pétalos verde claro, con insinuaciones de lavanda y azul, se apretujaban densamente contra las ventanas del tren.

Caminamos hasta un museo al aire libre bajo un dosel de cedros y comimos en un pueblo de montaña construido al borde de un volcán inactivo, y nuestra conversación fue fácil, relajada y feliz, como en nuestros mejores momentos juntos. Casi anochece cuando alcanzamos el *rotemboro*, una estación termal al aire libre, y nos separamos en la entrada. Los vestuarios eran todo pino claro y agua corriente, tranquilos, relajantes y estaban casi vacíos. Me froté cuidadosamente de la cabeza a los pies, me enjuagué con agua caliente y me dirigí desnuda hacia la piscina con fondo de piedras. El aire era fresco, y la luna empezaba a subir por el cielo de color índigo. Había otras dos mujeres recostadas en las piedras lisas, charlando. Su piel blanca contrastaba con el gris húmedo de las piedras, sus cuerpos pálidos estaban sumergidos en el agua por la cintura. Sus voces eran un sonido suave; el hilo de agua del manantial, otro. Un poco más allá, al otro lado del muro, se oía el chapoteo y las voces de los hombres.

Me metí en el agua humeante, imaginando las pautas de los ríos subterráneos que alimentaban esos manantiales, pensando que todo estaba conectado y que nuestras vidas aquí se habían originado por una decisión casual que tomé durante mis primeras semanas en Yakarta, hacía más de dos años. Había vuelto cansada después de una semana de trabajo de campo, inspeccionando un sistema de canales, y dejé caer mi maleta en el suelo de mármol fresco, sin imaginar nada más que una ducha, un plato de *nasi goreng* y una copa. Mi compañera de piso, que trabajaba en la embajada irlandesa, iba a una fiesta y me invitó a acompañarla, prometiendo buena comida y mejor música. Al principio dije que no, pero en el último minuto cambié de opinión. Si no hubiese ido, Yoshi y yo nunca nos hubiésemos conocido.

La fiesta se celebraba en una gran casa que vibraba con la música y las

carcajadas. Yo llevaba un vestido liso de seda azul oscuro que me había hecho a medida y que me sentaba a la perfección; el color hacía juego con el de mis ojos, y estuve un rato paseando por las habitaciones, riendo, hablando. Entonces pasé junto a un balcón tranquilo e impulsivamente salí a tomar el aire. Yoshi estaba apoyado en la barandilla, contemplando el río. Dudé, porque había algo en su postura que me hacía desear no molestarle. Pero se dio la vuelta y me sonrió de aquella manera que le ilumina la cara, cálida e invitadora. Me preguntó si quería acompañarle y contemplar el agua con él.

Acepté. Crucé el suelo de baldosas y me situé a su lado ante la barandilla. Al principio no hablamos mucho, hipnotizados por las corrientes rápidas y fangosas. Cuando empezamos a hablar, descubrimos que teníamos mucho en común. Además de nuestro trabajo y de nuestro amor por los viajes, teníamos la misma edad y ambos éramos alérgicos a la cerveza. Nuestra conversación fluyó tan rápidamente que no nos dimos ni cuenta de la gente que iba y venía, ni de nuestras copas vacías, ni del cielo cambiante, no hasta que la lluvia del monzón empezó a caer con brusquedad e intensidad tropicales. Entonces nos miramos el uno al otro y empezamos a reír, y Yoshi levantó las manos hacia el diluvio que caía de los cielos. Ya estábamos empapados, y por lo tanto no tenía sentido que entrásemos en la casa. Hablamos en el balcón hasta que dejó de llover tan súbitamente como había empezado. Yoshi me acompañó a casa por las calles oscuras y húmedas. Cuando llegamos, pasó las palmas de sus manos por mis mejillas para secarlas y me besó.

Al principio fue fácil evitar que la relación tomara impulso. Estaba bastante harta de las historias de amor transitorias y a larga distancia que resultan inevitables cuando la gente viaja tanto. Entonces empezaron de nuevo las lluvias. Ese año llegaron temprano, y con una ferocidad inusual, y colapsaron el sistema de canales abiertos de la ciudad, inundando las calles. Gran parte de Yakarta está expuesta a la acumulación de precipitaciones, y el gran desarrollo de la construcción alrededor de la ciudad —con la consiguiente pérdida de árboles y zonas verdes— había dejado pocos lugares capaces de absorber la lluvia. El nivel del agua creció y creció. Una mañana, había peces nadando sobre el césped inundado, y a mediodía había más de medio palmo de agua en la sala de estar. Mi compañera y yo vimos en las noticias cómo la inundación arrastraba coches, fachadas de edificios, e incluso un pueblo entero de ciento cuarenta y tres habitantes.

En cuanto el agua empezó a bajar, Yoshi y dos compañeros de trabajo organizaron la limpieza de un orfanato. Me recogió en una vieja camioneta Nissan que había pedido prestada y condujimos a través de la ciudad empapada y devastada. El terreno alrededor del orfanato estaba lleno de barro y desperdicios. Hedía. Trabajamos todo ese día y el siguiente, y Yoshi estaba en todas partes, quitando barro a paladas y orquestando a los voluntarios. Una vez, se detuvo ante un niño vestido con una camisa roja y desgastada que lloraba en medio del barro, y lo cogió en brazos para llevarlo adentro.

Cuando me acompañó a casa al terminar ese segundo día, los cielos volvieron a abrirse. Eché a correr al salir del coche, buscando las llaves de casa, resbalé y me agarré al tronco de un mango para no caer. La sacudida hizo caer del árbol una cascada de hojas y ramas que lo dejaron todo perdido de semillas y polen. El trabajo de limpieza ya me había dejado hecha unos zorros. Yoshi me cogió del brazo y entramos precipitadamente en casa. «Estás temblando —me dijo—. Ven aquí». Dejamos caer nuestras ropas empapadas junto a la ducha humeante. «Cierra los ojos», me dijo, situándose detrás de mí, mientras el agua caliente caía sobre los dos, y enseguida sus manos me acariciaron el pelo, extendieron el champú, me masajearon la cabeza y los hombros, y mientras el frío y la suciedad desaparecían, también desaparecían mi tensión y mis incertidumbres. Mis brazos se relajaron entre sus caricias, me sostuvo los pechos como si fueran flores, y yo me volví.

Y ahora, ahí estábamos, a tantos días y tantos kilómetros de distancia. La voz de Yoshi, su risa, se oía por encima del muro que dividía la piscina termal. Me sumergí más en el agua, reposando la cabeza sobre las rocas húmedas. Mis miembros flotaban, ligeramente luminosos, y el vapor subía; las mujeres al otro extremo de la piscina charlaban en voz baja. Eran madre e hija, pensé, o hermanas nacidas con varios años de diferencia, porque sus cuerpos tenían una forma similar y los gestos de una reflejaban los de la otra. Pensé una vez más en mi madre, sentada sola en su casa.

«Últimamente pareces una persona muy triste y solitaria». El comentario todavía me dolía, pero tuve que plantearme si podía ser verdad. Me fui a la universidad tan solo semanas después de la muerte de mi padre, entumecida pero decidida a escapar del silencio que había descendido sobre la casa como un oscuro encantamiento. Keegan Fall había intentado romperlo una y otra vez, pero le había dado largas con dureza, dos veces, tres veces, hasta que dejó de venir. Durante los años siguientes, no había dejado de moverme, de la universidad al posgrado, de buenos empleos a otros mejores y a través de toda una serie de romances, dejando atrás toda aquella pena, sin permitirme nunca frenar. Hasta que ahora, sin empleo en Japón, había hecho una pausa.

Una detrás de la otra, las dos mujeres salieron de la piscina, goteando agua sobre las piedras y provocando pequeñas ondulaciones. Recordé mi sueño, las caras justo bajo la superficie del hielo. Mi padre acostumbraba a contarme historias en las que yo siempre era la heroína y tenían siempre un final feliz. Nada me había preparado para el impacto de su muerte. Según determinó la autopsia, al resbalar o tropezar se golpeó la cabeza contra el bote y cayó al agua, un accidente extraño para el que no había una explicación satisfactoria y que no tenía vuelta atrás. Su caña de pescar fue recuperada días después, enredada entre los juncos al límite de la marisma.

Salí de la piscina y me vestí, pero Yoshi todavía no había salido, así que empecé a vagar sola por un camino de piedras. Seguía un arroyo estrecho que se abría hasta formar un estanque, tan redondo como un cuenco y plateado por la luz de la luna. Me detuve al borde. En la oscuridad al otro extremo, algo se agitó.

Una vez más en aquel día plagado de terremotos, aguanté la respiración. Una garza real se hallaba entre las sombras, sus largas patas desaparecían en el agua oscura, sus alas estaban plegadas contra su cuerpo. Luego el estanque recuperó la inmovilidad, su superficie brillante como la mica. Otra garza real, más pequeña, se agitó junto a la primera. Pensé en las dos mujeres de la piscina termal, como si hubieran salido del agua para transformarse en aquellos pájaros bellos y silenciosos. Entonces Yoshi me llamó, y ambas garzas desplegaron sus anchas alas y alzaron el vuelo con lentitud y elegancia, proyectando sus sombras sobre el agua antes de desaparecer entre los árboles.

—Lucy —volvió a decir Yoshi—. Si nos damos prisa, podemos pillar el próximo tren.

El calor se cernió sobre nosotros a medida que perdíamos altitud, y las hortensias contra la ventana parecían más viejas y estropeadas, como si el paso de la estación, lento y paulatino, se hubiese visto comprimido en una sola hora. Cuando llegamos a nuestro apeadero junto al mar, las flores habían desaparecido por completo y solo quedaba el follaje lustroso. Nos dirigimos a casa por las estrechas calles empedradas. Los grillos canturreaban y el suelo temblaba ligeramente a causa del oleaje. Me detuve dos veces.

—¿Es el mar? —pregunté.

—Puede.

—¿No es un terremoto?

Yoshi suspiró, y creí percibir en él cierto cansancio.

—No lo sé. Puede que uno muy pequeño.

Un jarrón con flores se había caído sobre la mesa. Había varios libros esparcidos por el suelo. Sequé la mesa y recogí los pétalos. En ese instante se produjo una única sacudida, súbita, tan fuerte que incluso Yoshi reaccionó, arrastrándome bajo el marco de la puerta, donde permanecimos varios minutos, alerta de nuevo ante la vida cambiante y temblorosa que manifestaba la Tierra. Yo estaba agotada; temía la noche que me esperaba, con sus terremotos y sus sueños. Temía también el día siguiente, todos los pequeños desacuerdos que surgirían de la nada, y el silencio que me oprimiría en cuanto Yoshi se hubiese ido a trabajar. Pensé en las garzas reales al borde del estanque, desplegando sus alas oscuras.

—Yoshi —dije—. Creo que, después de todo, iré a ver a mi familia.

Dos días después, salimos hacia la estación antes del amanecer. Solo se oía el traqueteo de las ruedas de mi maleta de mano sobre el empedrado envuelto en la niebla temprana. Seguimos la curva de la calle, pasamos por delante del frutero y la máquina expendedora de sake y cerveza, y del templo con su jardín de pequeñas estatuas y la tienda donde hacían tofu artesano. Yoshi iba vestido con su atuendo de oficinista —camisa blanca, traje negro—, cosa que antes me había parecido divertida, pero que aquellos últimos meses empezaba a parecerme verdaderamente parte de su identidad. ¿Eran imaginaciones mías o cada día que pasábamos en ese lugar Yoshi se alejaba un poco más de la persona que yo había conocido? ¿O simplemente se estaba convirtiendo cada vez más en sí mismo, en una persona que yo no había visto jamás mientras vivíamos en nuestro país particular?

El trayecto a Tokio nos llevó una hora, y a medida que el tren se iba llenando de gente nos encontrábamos cada vez más presionados el uno contra el otro. Yoshi enlazó su brazo con el mío para que no nos separaran cuando se abrieran las puertas y nos arrastrara la multitud. Habíamos sido muy amables el uno con el otro, muy formales y educados, pero en el andén, en medio del flujo de gente impaciente, del río inacabable formado principalmente por hombres con trajes oscuros, Yoshi se detuvo y se dio la vuelta para mirarme, mientras metía en mi bolso un pequeño paquete.

—Una webcam —me explicó—. Para que podamos hablar mientras estemos separados. Te veo allí dentro de dos semanas. —Me agarró de los hombros y me besó, justo allí, en medio del río de gente—. Ve con cuidado —me dijo—. Llámame pronto. —Y entonces se unió al río de gente que corría para llegar al trabajo y desapareció.

Encontré asiento en la lanzadera del aeropuerto. Aunque intenté aferrarme al recuerdo del contacto con Yoshi, se desvaneció gradualmente a medida que el paisaje lluvioso desfilaba por las ventanillas. Me puse cómoda y dirigí mis pensamientos hacia el viaje que me esperaba, hacia mi familia. Intentaba visitarles una vez al año, pero el traslado a Japón lo había interrumpido todo, y ya hacía casi dos años que no les veía. Llevaba las ansias viajeras en la sangre, supongo, o al menos eso decían las historias que había oído contar toda la vida. Mi bisabuelo, Joseph Arthur Jarrett, tenía dieciséis años cuando el cometa Halley regresó en 1910. A pesar del pánico global que provocó el regreso del cometa, él tenía una cabeza despejada y un espíritu aventurero; aquella noche se escabulló de casa y fue a pie hasta la iglesia de la colina,

decidido a ser testigo de la historia. Era joven, un soñador, y tenía un don que, al igual que sus ojos poco comunes, se transmitió de generación en generación: podía escuchar una cerradura y comprender sus secretos. Los cilindros de la puerta del campanario giraron e hicieron clic en respuesta a los movimientos de su inquisitivo alambre. Encajaron al fin, la puerta se abrió y él subió por los erosionados escalones de piedra caliza hasta el tejado. En lo alto, entre las estrellas familiares, el cometa trazaba su arco a través del cielo. Levantó el rostro hacia él. «Como una bendición — fue lo que pensó—. Como un don». La palabra «órbita» proviene del latín, «orbis», que significa «rueda». Para mi bisabuelo, destinado a ser un artesano constructor de ruedas, como su padre y su abuelo antes que él, aquella extraña luz le pareció una señal.

Los días siguientes transcurrieron en ciclos familiares de trabajo y comidas y sueño, pero el recuerdo del cometa permaneció con él, oculto pero presente, como una estrella a mediodía, como una moneda brillante en un bolsillo. Cuando un enorme olmo fue hendido por un rayo a finales de ese verano, mi bisabuelo tocó su tronco y un sueño nació allí, brillante y urgente, y extendió sus brazos frondosos a su alrededor, con sus espesas flores luminosas, incandescentes, suaves contra su piel. «Construye un arcón», le pareció oír, y para ello se llevó un trozo del árbol y lo ocultó en el granero de su vecino. Durante un año tomó medidas y lo cortó y pulió en secreto. Unió las maderas con bandas de hierro candente y fabricó correas gruesas de cuero. Su corazón cantaba y temblaba la noche en que al fin partió, primero en barco y después en tren hasta El Lago de los Sueños, donde un primo lejano, Jesse Evanston, poco más que un nombre en un pedazo de papel, le esperaba en el andén.

Eso era lo que contaban, al menos. Cuando recogí mi tarjeta de embarque, me pregunté cómo debía de haberse sentido mi abuelo proyectando sus sueños en un lugar desconocido tan lejano... En aquel entonces no había teléfonos, ni correo electrónico ni posibilidad de regresar. Para mí, casi un siglo después, las distancias prácticamente no tenían importancia. Casi a la misma hora que despegamos de Tokio el día anterior, aterrizamos en el aeropuerto JFK, cuyos pasillos bullían con una sorprendente diversidad humana. Después de una hora más de vuelo, divisé los lagos, largos, estrechos y de un azul muy muy profundo..., pegados a las colinas verdes como los dedos esbeltos de una mano. Los ríos que antiguamente fluían hacia el norte se habían ahondado y ensanchado gracias a la lenta acción de los glaciares. Los estudié hasta que desaparecieron bajo el ala plateada del avión, recordando el impacto frío y claro del agua, las capas de un frío cada vez más profundo y de un color cada vez más intenso, y cómo las aguas bajas de las orillas dejaban paso a las azuladas profundidades, del turquesa al índigo y finalmente al azul medianoche.

Había enviado un correo electrónico a mi hermano para informarle de mi llegada, y, mientras bajaba por las escaleras mecánicas para dirigirme hacia la recogida de equipajes, vi a Blake esperando, examinando a la gente que descendía, con las manos metidas en los bolsillos de los tejanos. Esbozó una gran sonrisa al verme y me saludó

con la mano. En cierta manera, Blake había sido quien se había sentido más afectado por la muerte súbita de nuestro padre. Le había ido bastante bien en la Escuela Superior de Náutica, y había conseguido algunos buenos trabajos en barcos de gran calado en los Grandes Lagos, pero los veranos siempre terminaba regresando a El Lago de los Sueños, cayendo así en una especie de círculo vicioso que Blake parecía incapaz de romper.

—Eh, hermanita —saludó mientras me estrechaba con un solo brazo. Mide metro noventa y cinco y, a pesar de ser yo bastante alta, tuve que ponerme de puntillas para poder devolverle el abrazo—. Mamá ha ido al médico, si no también hubiese venido.

—¿Está bien?

—Está muy bien. Al final ha resultado ser una torcedura. Tendrá que llevar un vendaje durante un par de semanas.

Mi maleta apareció en la cinta transportadora y la recogí, recordando el momento, tan solo un día antes, en que el servicio de equipajes había venido a buscarla, frente a mi pequeño patio en Japón. Parecía que había ya un mundo de distancia. Me dirigí hacia los mostradores de alquiler de vehículos, pero Blake me cogió del brazo.

—Puedes usar el coche viejo de papá mientras estés aquí —dijo—. No hace falta que alquiles uno.

—¿En serio? ¿El Impala? —le pregunté mientras salíamos por las puertas automáticas y nos dirigíamos hacia el aparcamiento—. ¿Mamá lo ha puesto alguna vez en marcha? Esa cosa lleva años metida en el granero.

—Ya lo sé, pero todavía funciona. Mamá lo hizo revisar hace un par de meses, con la intención de venderlo, imagino. Está puesto a punto y en buena forma.

—Me sorprende que quiera venderlo.

Blake me miró con los ojos de la familia, de un azul cambiante mezclado de verde y con largas pestañas, y su mirada era a la vez seria y divertida.

—Las cosas siguen su curso, Luce. Ya lo verás. Vas a encontrarte con un montón de cambios esta vez. —Lanzó mi maleta a la parte de atrás de su camioneta—. Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo te va la vida? ¿Echas de menos Indonesia? Pienso continuamente en mi viaje allí. Sobre todo en ese parque al que fuimos..., el de los árboles raros y los volcanes.

Blake vino a visitarme justo después de que yo conociese a Yoshi, y fuimos a bucear por los arrecifes de coral y a recorrer los bosques lluviosos de las tierras bajas. De hecho, fue idea de Yoshi. Él había ido con unos amigos unas semanas antes y pensó que a Blake y a mí nos gustaría.

—Nos lo pasamos bien, ¿verdad?

—Ya lo creo. Aunque hacía muchísimo calor. ¿Cómo es Japón? Y ¿cómo está mi buen amigo Yoshi? ¿Todo bien? Le aprecio, ya lo sabes.

—Ya lo sé. —Yoshi y Blake habían congeniado, unidos por su amor por la navegación y por todo lo náutico, así como por una actitud despreocupada ante la vida que a veces me volvía loca. Ambos quedaron prendados de los rambutanes, los

frutos rojos y peludos amontonados en chiringuitos junto a la carretera y que parecían pelotas de ping-pong barbudas; habían parado el coche cinco o seis veces para comprar cestos repletos de ellos, y al pelarlos quedaba al descubierto su fruto dulce y translúcido—. Tiene previsto venir, ¿sabes? Dentro de un par de semanas.

—¿De veras? Eso es genial, Lucy. Estaré muy contento de volver a verle.

—Yo también. —Entonces hablé a Blake de mi vida, de Yoshi y las fuentes geotermales, de los temblores de tierra incesantes, y lo hice en una especie de monólogo prolongado porque estaba muy cansada y muy contenta de verle, y muy desconcertada, como me ocurría siempre al regresar a aquel lugar que había conocido tan bien, donde la vida había proseguido tranquilamente sin mí. Blake me puso al día de los negocios que habían abierto o cerrado, los compañeros de clase que habían tenido hijos, o se habían casado, o divorciado, y todo tipo de cotilleos locales.

Abandonamos los caminos más transitados para subir por la elevación entre los lagos. El paisaje me resultaba profundamente familiar y reconfortante. Los caminos rurales seguían antiguas sendas que atravesaban las colinas y campos exuberantes, interrumpidos por granjas blancas, graneros rojos, silos. Los iroqueses habían vivido antiguamente en estas tierras y habían puesto nombre a los lagos: Lago Largo, Lago Hermoso, Lugar de Bendición, Lugar Pedregoso, Lugar Donde Atracar Canoas, El Lago de los Sueños. Después de la revolución, sus poblados fueron arrasados y quemados: cada veinte kilómetros, más o menos, había placas de color azul y dorado que conmemoraban la brutal campaña del general Sullivan. Después, la tierra fue asignada a los soldados conquistadores, que talaron bosques para transformarlos en granjas y se enfrentaron a los largos inviernos para poder disfrutar de los breves y exquisitos meses de verano. A lo largo de las orillas de los lagos, habían brotado cabañas de veraneo y toscos campamentos de pesca, y con los años habían sido sustituidos por viviendas bastante más ostentosas. Sin embargo, atravesábamos sobre todo granjas y campos de cultivo; desde el límite del condado, en lo alto de la elevación, tomamos un camino que descendía por una larga colina, a través de campos verdes que terminaban junto a los bordes azul plateado del lago.

—Tu amigo Keegan ha vuelto, por cierto.

Se me aceleró el pulso, con el familiar martilleo que acostumbraba a sentir antes.

—¿De veras? Hace años que no le veo. —Eso era cierto, aunque no lo sentía como tal.

—Pues sí. Ha abierto un estudio en la antigua fábrica de aislantes de vidrio Johnson cerca del outlet. Han renovado todo el edificio. Restaurantes, galerías. Está muy de moda. —Blake me echó un vistazo—. Te acuerdas de Avery, ¿verdad?

—Tu vieja amiga.

Blake sonrió y asintió.

—Exacto. Volvemos a estar juntos, ¿sabes? Es la chef de un restaurante vegetariano nuevo que también está en el edificio Johnson. ¿Te conté que la segunda vez que rompimos se fue a estudiar a una escuela de cocina? Es muy buena.

Para entonces ya habíamos llegado a la intersección con la carretera del lago, cerca de la entrada del depósito militar. El lago era lo bastante profundo como para poder realizar en él maniobras de entrenamiento para acorazados, y durante la Segunda Guerra Mundial cientos de familias se vieron afectadas por el derecho de expropiación y fueron trasladadas a otros lugares. Les arrasaron las casas y los graneros, como habían ocurrido anteriormente con los poblados iroqueses, y, casi de la noche a la mañana, construyeron pistas aéreas, barracones Quonset y búnkeres de armamento entre los campos de maíz. Generalmente era una zona bastante desierta, frecuentada solo por los vehículos militares de color verde deslucido que iban y venían en misteriosas misiones y encomiendas, pero ahora había docenas de coches aparcados en las cunetas, y una pequeña multitud se había reunido ante las puertas abiertas.

—¿Qué ocurre aquí?

—Es la otra gran noticia —dijo Blake—. ¿Ves lo que ocurre cuando estás fuera tanto tiempo? El almacén cerró la semana pasada. Lo anunciaron hace tres o cuatro meses.

Todavía estaba pensando en Keegan, en cómo acostumbraba a lanzar su moto a todo gas por esa recta, en cómo el viento nos sacudía las mangas, y tardé un minuto en procesar la noticia.

—¿Cómo es posible? Siempre pensé que el almacén era un hecho inalterable de la vida.

—Sí, es raro, ¿verdad? La economía anda fatal por aquí, y ahora será todavía peor. Este sitio daba trabajo a mucha gente.

Miré hacia el sur, a lo largo de la orilla, y contemplé los kilómetros de tierra sin explotar que aguardaban tras aquellas vallas formidables. Los abuelos de nuestra madre fueron unos de los afectados por la expropiación, y habíamos oído historias sobre aquella pérdida toda la vida. Crecimos recorriendo aquellos kilómetros de valla coronados por alambre de espinos, y el mundo de su interior era un lugar secreto en el que nunca podríamos entrar. Blake redujo la marcha para maniobrar entre aquel tráfico inesperado, y luego se detuvo e hizo señales a un tipo vestido con tejanos y una chaqueta que llevaba cosido el logo de la cadena local de televisión.

—Eh, Pete. ¿A qué viene todo esto?

—Hola, Blake. —Pete era bajo, con el pelo oscuro e hirsuto, y cruzó corriendo la carretera para agacharse y asomarse a la ventana de la camioneta—. Es una manifestación... para salvar al fumarel común, o algún animal parecido. —Señaló hacia el sur, hacia nuestra tierra, hacia las marismas—. Un grupo está intentando que se califique todo esto como área de marismas protegidas. Todavía no sé lo que quieren el resto... Han hecho acto de presencia unos seis grupos más. ¿Has venido a ver los fuegos artificiales?

Blake se rio.

—Yo no. Vengo del aeropuerto. Mi hermana acaba de llegar... Esta es Lucy.

Lucy, Pete.

Le saludé con la cabeza.

—¿También hay promotores? —preguntó Blake.

Pete asintió.

—Oh, sí. De todo tipo. Y los iroqueses también quieren se les devuelvan las tierras, y hay una coalición que quiere proteger una manada de ciervos blancos muy poco comunes que viven por ahí. Algunos de los descendientes de las familias expropiadas durante la guerra también han presentado alegaciones. ¿Seguro que no tienes alguna razón para unirme a la pelea, Blake? El resto del mundo parece que sí.

Blake sonrió.

—No. Todavía no tengo claro cuáles son los bandos.

Pete se echó a reír.

—Tienes muchos para escoger, eso seguro. Me alegro de verte. Encantado de conocerte, Lucy.

Dio unos golpecitos en la carrocería de la camioneta y se apartó. Blake condujo lentamente a través del gentío, y aceleró en cuanto la carretera quedó despejada. Al vislumbrar los juncos donde a mi padre le encantaba pescar, donde las garzas se ocultaban entre las hierbas susurrantes, me asaltó de pronto el dolor al recordar el sonido fino y prolongado del sedal volando entre la niebla.

—Me encantaba que papá nos llevara a pescar.

Blake levantó la mano derecha del volante y agarró la mía durante un segundo.

—Ya lo sé —me dijo—. A mí también.

El silencio que se hizo entre nosotros era profundo pero a la vez reconfortante, y yo no lo habría podido compartir con nadie más. Cuando aparcamos ante el camino de entrada de la casa, unas ramas bajas del manzano arañaron el techo de la camioneta. La gran casa, de estilo italiano, con dos amplios porches y una cúpula, se combaba un poco, como si estuviese exhalando profundamente. La pintura se desconchaba a lo largo del ribete y en los porches. El jardín lunar de mamá se había vuelto completamente salvaje. Antes había sido un lugar mágico, donde el azafrán blanco, los narcisos y las fresias brotaban del mantillo; las trompetas de ángel y los nenúfares que florecían al anochecer se sacaban al exterior cuando el aire ya había adquirido la misma temperatura que la piel; y todo era fragante y luminoso, y las flores se mecían en el crepúsculo. Ahora, los enrejados estaban rotos y descansaban en ángulos inverosímiles, los brotes de la dama de noche caían en cascada por encima de la valla y se enredaban en el rosal indómito. Las peonías estaban en flor, extravagantes y hermosas, y la lavanda y la oreja de conejo se habían extendido por todas partes, desaliñadas en el centro, irregulares en los bordes.

Nuestra madre estaba sentada en los escalones laterales, al sol, con las piernas extendidas y cruzadas por los tobillos, y luciendo en el brazo derecho una escayola de plástico de color verde brillante que reposaba sobre las costillas. Había ido a visitarla muchas veces durante aquella década, después de marcharme a la universidad, y ella

había venido a verme a Seattle y a Florida. Siempre me sorprendía lo familiar y lo joven que me parecía. Su cara casi carecía de arrugas, pero el pelo se le había vuelto de un color gris plateado antes de cumplir los treinta. Lo llevaba recogido en una trenza gruesa que le bajaba por la espalda. Se levantó en cuanto aparcamos y vino a nuestro encuentro.

—¡Lucy! —Me abrazó con su brazo bueno cuando bajé, y noté su mejilla suave contra la mía, que olía ligeramente a orégano y a menta. La abracé con cuidado, recordando sus costillas rotas. Mantuvo su mano sana sobre mi brazo cuando empezamos a andar—. Me alegro mucho de verte, cariño. Oh, tienes muy buen aspecto, estás preciosa. ¿Eres más alta? No, eso no es posible, ¿verdad?, pero pareces más alta. Ven, entra... Estarás muerta de hambre. O de sed. Debes de estar agotada.

Atravesamos el porche hacia la cocina; dejé mi maleta cerca de la puerta. Todo parecía exactamente como antes: las amplias ventanas que daban al jardín, la mesa empujada contra la pared, las cortinas a cuadros de color turquesa y blanco que había hecho yo misma en octavo todavía colgaban frente a la ventana de la puerta. Mi madre llenó unos vasos altos con hielo mientras Blake cortaba unas rodajas de limón, y sirvió el té calentando al sol de la gran jarra de cristal que siempre tenía situada en el rincón más soleado de la encimera.

—Por Lucy —dijo levantando el vaso con la mano sana—. Bienvenida a casa.

—¿Ya ha llegado Lucy? —preguntó una voz procedente del comedor.

Art, el hermano de mi padre, apenas un año mayor que él, apareció en el portal. En cuanto me di cuenta de quién era, me quedé helada. Había envejecido, su cara ancha había perdido elasticidad, y llevaba el pelo, que ya era gris en las sienes, corto y de punta. De alguna manera, al envejecer, era tanto el parecido con mi padre que podría haber sido su espectro plantado allí en la puerta. No pude hablar. Pero Art no pareció darse cuenta.

—He aquí la viajera —dijo, y entró en la cocina para darme un abrazo rápido y tenso—. Por fin en casa. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Un par de semanas —dije.

—Bien. Tendrás que venir a vernos... Se avecinan muchos cambios.

—Se lo estaba contando. —Blake se había apoyado en la encimera—. Hoy se ha formado un buen barullo en el depósito, ¿lo has visto?

Art asintió.

—Ya lo creo. Querían hacerme firmar una petición. Marismas... Maldita sea. Les dije que aquello son unos terrenos de primera, una oportunidad única en la vida para construir.

Blake rio y se mostró de acuerdo, y yo eché un vistazo a mi madre, que estaba en pie con el brazo herido a la altura de la cintura. Me miró a los ojos.

—Art ha sido tan amable que ha venido a cambiar el grifo del baño —me explicó. Esto significaba: «No hagas una escena, Lucy, por favor».

Impertérrita, estaba a punto de decirle a Art exactamente lo que pensaba sobre la

pérdida de las marismas, pero el antiguo congelador del porche se puso en marcha con una sacudida, y eso me obligó a pensar en la vieja casa y sus murmullos, sus quejas y exigencias, y la renovación de la cocina, que ni siquiera estaba a medias cuando murió mi padre, con paredes arrancadas, electrodomésticos todavía embalados y el polvo procedente de las placas prefabricadas de yeso que se acumulaban en las esquinas. Art y mi padre nunca habían congeniado, pero Art vino a terminar la cocina. Dos veces durante las semanas que siguieron al funeral, entré en la cocina y vi las piernas de mi tío sobresaliendo por debajo del fregadero, con un sinfín de herramientas alrededor, mientras se peleaba con las juntas de las cañerías, y pensé que era mi padre.

—A papá le encantaban esas marismas —fue lo que dije al fin.

Art era un hombre alto y corpulento, con los brazos largos y unas manos encallecidas por años de trabajo. Tamborileó con los dedos sobre la encimera, mirando en mi dirección pero sin verme; su mirada iba más allá, hacia la escena al otro lado de la ventana, hacia el lago.

—Es cierto. A tu padre le encantaba ese lugar, Lucy, ya lo sé. —Tamborileó un poco más fuerte con los dedos y luego golpeó la encimera con la palma de la mano—. Siempre íbamos allí de pequeños. Era nuestro lugar especial, podría decirse, siempre que necesitábamos pensar en algo o huir de todo. Y la pesca tampoco estaba mal —dijo, perdido durante un momento en sus pensamientos, antes de sacudir la cabeza y reincorporarse a la conversación—. Oye, Blake —comentó, cambiando de tema—. Nos vemos luego, ¿verdad?

—Hoy no. Puedo ir mañana.

—Ven temprano, entonces. Hay un montón de trabajo. —Art se dirigió a mi madre—. Evie, también he arreglado la cinta de la ventana del lavabo. Volveré la semana que viene para darle una mano de pintura. Pero ya no deberías tener ningún problema. Ven a echarle un vistazo.

—Te lo agradezco, Art —dijo mi madre, que le siguió a la otra habitación.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté a Blake cuando hubieron salido—. ¿Ahora trabajas en Dream Master?

Dream Master Hardware and Locks era el negocio que nuestro bisabuelo fundó en 1919, convirtiendo sus intuiciones sobre la mecánica interna de las cerraduras en una empresa próspera. En sus días de gloria, la fábrica Dream Master distribuía cerraduras por todo el país. Como la mayoría de las industrias de la zona, había desaparecido tiempo atrás, pero la tienda de herramientas seguía adelante y Art era su propietario. Mi padre también lo había sido, pero en 1986, el año en que pasó el cometa, cuando yo tenía casi diez años, llegó a casa una mañana con una caja llena de las cosas que tenía en la oficina y no volvió allí nunca más ni me dijo ni una palabra sobre por qué se había ido.

Blake se pasó una mano entre los rizos salvajes de su pelo y miró hacia el lugar por donde Art había desaparecido.

—Acompáñame afuera —dijo.

Cruzamos el porche y bajamos los escalones, y Blake siguió caminando por el césped hasta la orilla. El día era despejado pero ventoso, el agua estaba puntuada por crestas blancas que parecían comas y las boyas cantaban sus huecas canciones metálicas. Le alcancé al final del muelle.

—¿Qué pasa? ¿Has dejado tu trabajo con el barco? —le pregunté.

Blake no dejó de mirar hacia el agua, contemplando las cambiantes ondulaciones y una bandada distante de patos flotando sobre la superficie.

—Todavía no. He accedido a pilotarlo durante el verano, pero solo el crucero de noche. Aunque puede que después lo deje del todo. Lo estoy pensando. Art me ha ofrecido un trabajo. Un buen trabajo. Pasó hace un par de semanas para pedírmelo en persona. Me cogió por sorpresa, eso te lo aseguro.

Yo no dije nada mientras intentaba comprender por qué esa noticia me afectaba tanto.

—Art ha ayudado mucho a mamá —prosiguió Blake, en voz queda—. Ya sé que siempre discutían, papá y él, y nunca tuvimos mucha relación con él de pequeños. Pero últimamente he estado pensando que quizá no haya sido del todo justo con él. Quizá ninguno lo hayamos sido.

—Bueno, ¿y qué? ¿Desde cuándo hubo algo entre papá y Art que terminase de una manera justa?

Blake se encogió de espaldas.

—Éramos niños, Lucy. No lo sabemos. Art seguramente se siente fatal por cómo fueron las cosas. Tiene que lamentar el haber estado peleado con papá antes de que muriera. ¿Y si solo está intentando arreglar las cosas?

Entonces lo sentí, el tirón de la historia familiar, una gravedad invisible y casi irresistible.

—Pero ¿y qué me dices de navegar, Blake? Te encanta viajar. ¿Y los inviernos en St. Croix? ¿Vas a renunciar a todo eso?

—Ya te lo he dicho, las cosas cambian. —Blake me miró, avergonzado, calibrando mi posible reacción—. Resumiendo, Avery está embarazada. El bebé nacerá en octubre. Por eso a partir de ahora tengo que pensar de otra manera.

Me quedé demasiado sorprendida como para decir nada.

—Exacto —dijo Blake—. Vamos a tener un bebé. Gracias por la enhorabuena.

—Perdona. Lo siento, Blake. Pues claro que me alegro por vosotros. Pero cuesta hacerse a la idea.

Sonrió un poco y asintió.

—No pasa nada. Yo tuve exactamente la misma reacción, la verdad... Me quedé mudo. —El viento soplaba procedente del lago.

—¿Estás contento? —le pregunté.

—A veces. Es muy emocionante, claro, pero ha sido una sorpresa. Es un momento poco oportuno para los dos.

El viento sacudió las amarras del muelle, y yo me esforcé en recordar a Avery, una chica menuda de mirada enérgica y pelo marrón oscuro.

—Mira —dijo Blake—. Esto de Dream Master, tal como yo lo veo..., solo es un trabajo. No es un trabajo para siempre, solo es un trabajo que ahora mismo me conviene.

—Claro, lo entiendo. Es razonable.

Entonces sonrió, con su antigua sonrisa encantadora, y me dio un empujoncito juguetón en el hombro.

—El agua parece estar ideal —dijo.

—¡Oh, no te atreverás!

—¿Que no?

Entonces me empujó más fuerte, y aunque habría podido mantener el equilibrio, le agarré del brazo y me dejé caer, arrastrándole conmigo. Nos sumergimos en el agua limpia y fría, y salimos a la superficie riendo y sacudiendo la cabeza.

—¡Ah! ¡Está helada!

—Estamos en junio... ¿Qué esperabas?

—No esperaba bañarme. —Intenté salpicarle, pero Blake se apartó y me devolvió la salpicadura.

—¡Alto el fuego! —grité al fin, saliendo del agua a trompicones y pisando la playa gris de pizarra. Blake me siguió hasta el césped y me cogió por el brazo antes de que llegásemos al camino de entrada.

—Mamá no lo sabe —me advirtió, mirándome seriamente con aquellos preciosos ojos típicos de nuestra familia, con las pestañas muy oscuras y el azul del iris salpicado de verde—. No lo sabe nadie más. Le prometí a Avery que no diría nada hasta que ella estuviese lista, así que no corras la voz, ¿vale?

Yo asentí lentamente.

—Vale. No diré nada.

—Gracias. Eh... Me alegro de tenerte en casa, Luce. —Me dio un abrazo cuando llegamos al camino, y después se dirigió hacia su camioneta.

—¿No vas ni a secarte?

—Ya se me secará puesto —respondió—. Nos vemos luego, ¿vale? Bienvenida.

Le saludé con la mano mientras se alejaba y desaparecía.

Art también se había ido. Encontré a mi madre en la cocina, preparando unos platos con ensalada de pollo, lechuga y uvas; trabajaba lentamente porque solo podía utilizar una mano.

—Una cena ligera —me dijo, y entonces levantó la vista y vio mi ropa mojada, mi pelo—. Oh, vaya par —exclamó riendo y mordiéndose los labios, porque le dolían las costillas al reír. Pero se notaba que estaba contenta—. Hay toallas en la galería. Y ¿puedes servir un poco de vino? Debes de estar cansada, Lucy, pero me alegro tanto de verte que todavía no pienso dejarte ir a dormir.

Me cambié de ropa y cenamos en el patio, usando los tenedores de pisapapeles

para impedir que la brisa, bastante intensa, se llevara las servilletas. El sol poniente había asomado por debajo de las nubes y el lago había pasado del gris metálico al color de los zafiros, mientras las olas lamían la orilla delicadamente. El rostro de mi madre se endulzó con aquella luz dorada, y sus cabellos plateados desprendían destellos ambarinos.

—Bueno —me dijo—. Ya estás aquí. Y tu Yoshi también va a venir, según he oído. Lucy, será la primera vez que conoceré a uno de tus novios. ¿Te parece que puede ir en serio?

—Oh, no lo sé. Bueno, sí, supongo. Estamos en una especie de encrucijada, diría yo. —Hice una pausa, sorprendida por mis propias palabras. ¿Era eso cierto?

—Bueno, más vale que no esperes mucho —dijo mi madre.

—¿Que no espere mucho para qué? —Lamenté mis palabras en cuanto las hube pronunciado, porque su tono era hiriente. Mi madre apartó la mirada y pasó la yema del dedo por el borde de su copa.

—Lo siento, cariño —se disculpó con voz mansa. Levantó los ojos y me sonrió—. No quería entrometerme. Y no quiero decir que sea necesario que encuentres la felicidad en una relación. En absoluto. Pero quiero que seas feliz. Allí donde encuentres la felicidad es donde quiero que estés. Nada más.

Ahora fui yo la que tuvo que apartar la vista hacia las aguas tranquilas.

—Creo que Yoshi te gustará —dije al fin—. Blake y él congeniaron muchísimo. Su trabajo es muy exigente, y eso ha sido bastante duro, sobre todo porque ahora mismo yo no tengo trabajo. Pero nos pareció un buen momento para que viniese aquí, nada más.

—Me muero de ganas de conocerle.

Hablamos un poco más sobre trabajo y luego le pregunté por el accidente de coche.

—Nada serio —dijo, agitando la mano sana—. Podría haberlo sido, pero tuve suerte. Las costillas son lo peor, me duele cuando me río, o cuando respiro hondo, y no puedo hacer nada más que esperar a que se curen. Pero no sé por qué todo el mundo se lo tomó tan a pecho. Excepto quizá porque nos recordó lo rápido que pueden suceder las cosas —añadió.

Una vez más, se hizo el silencio entre nosotras. Yo fui la primera en romperlo.

—Todavía echo de menos a papá —dije.

—Lo sé.

—¿Qué opinas de lo de Blake? —le pregunté un momento después—. De que trabaje para Art, quiero decir.

Estaba mirando hacia el agua y sus redes de luz en movimiento, y sacudí ligeramente la cabeza.

—Intento no entrometerme demasiado, ahora que vosotros dos ya sois adultos. Art me ha ayudado muchísimo, Lucy. Tú no has estado aquí para verlo, pero es verdad. Supongo que la muerte de vuestro padre le provocó una profunda impresión.

Supongo que siempre supusieron que ya tendrían tiempo de arreglar las cosas, de encontrar la manera de llevarse bien, pero de pronto, de repente, fue demasiado tarde.

—¿Qué ocurrió entre ellos?

—Oh, sinceramente, cariño, es difícil de precisar. Siempre hubo tensión. Recuerdo que cuando tu padre me trajo aquí para cenar y anunció que íbamos a casarnos, Art se tomó la molestia de llevarme a un lugar discreto y enumerarme todos los defectos de tu padre. Fue extraño, casi como si se sintiese celoso y quisiera evitar que las cosas funcionaran entre nosotros. Pero eso no tenía mucho sentido, porque para entonces él ya estaba saliendo con Austen. De todas maneras, después de aquello no me formé muy buena opinión de Art, te lo aseguro. Yo era hija única, siempre había querido tener hermanos, y por lo tanto nunca entendí por qué no se llevaban bien. Pero así eran las cosas entre ellos, desde pequeños, quizá por el hecho de haber nacido tan seguidos.

—¿Y Dream Master? —pregunté—. ¿Aquello ocurrió luego?

Mi madre me miró con una expresión un poco recelosa.

—Así es.

—¿Y bien?

—Siempre fuiste una niña muy persistente —comentó—. No me extraña que tengas tanto éxito por todo el mundo.

Los tallos largos de unos gladiolos blancos sobresalían de un jarrón en el centro de la mesa. Toqué un pétalo, sintiéndome más dolida que halagada; mi madre se había manifestado en contra de que viviese en el extranjero, sobre todo después de que el 11-S me pillara en Sri Lanka, y eso todavía era un tema delicado entre ambas. El dedo se me embadurnó de polen dorado.

—Son bonitas. ¿Un admirador secreto?

Para mi sorpresa, mi madre rio y sus mejillas se sonrojaron un poco.

—No tan secreto. Alguien que conocí en urgencias. Se llama Andrew. Andrew no sé qué. Estaba bastante ida, por los analgésicos. Tuvimos una conversación encantadora de la que no recuerdo prácticamente nada.

Abrí el sobre de la floristería y saqué la tarjetita.

—Sí, adelante —me dijo—. No te cortes.

Querida Evie:

Gracias por tan buena conversación en un día tan malo. Como comentamos, estos son gladiolos Apolo. Espero que te gusten.

Tuyo,

ANDREW STEWART

—¿Por qué gladiolos Apolo? —pregunté, cazando el sobre arrastrado por una ráfaga de viento que hizo tintinear las campanillas y romper varias olas contra la orilla.

—Bueno, hablamos de cuando el hombre llegó a la Luna, eso lo recuerdo. De dónde estábamos en 1969, esa clase de cosas. Supongo que debí de mencionar mi antiguo jardín lunar, aunque ya hace años que está abandonado. Quizá por eso ha enviado estas flores.

—Se ve que le has causado impresión. —Volví a meter la tarjeta en el sobre; de pronto, me sentí muy triste. Mis padres se habían conocido como voluntarios en un jardín comunitario justo cuando mi padre estaba a punto de irse a Vietnam. Durante el año siguiente, se escribieron. Mi madre saboreaba sus cartas, las páginas de papel cebolla que llenaban aquellos delgados sobres, repletas con su caligrafía oblicua. Había conocido a mi padre tan brevemente que era como si se lo hubiese inventado para encajar con ella, y cuando le respondía las cartas, lo hacía con una libertad temeraria y le contaba cosas que no había compartido jamás: sus secretos, sus miedos y sus sueños.

Entonces, un día levantó la mirada y vio a mi padre recortado contra la puerta del invernadero donde estaba trabajando. Era mucho más alto de lo que recordaba, familiar de una manera desconcertante y extraño a la vez. Cruzó la sala y se detuvo ante ella, pero no dijo nada. El olor a tierra se agolpó en la garganta de mi madre. Un grifo goteaba.

—Estoy trasplantando unas zinnias —dijo ella por fin. Y como prueba de ello, le mostró las manos, con tierra bajo las uñas y las yemas de los dedos manchadas.

Mi padre sonrió. Entonces se inclinó y la besó. Ella le devolvió el beso, presionando las muñecas contra sus hombros y con las manos manchadas de tierra levantadas como si fueran alas.

Yo había oído aquella historia una y otra vez, de pequeña, y por eso no me gustó ni un ápice que un hombre que yo no conocía de nada enviase flores a mi madre. El jet lag me atravesó como una ola, y el mundo de pronto me pareció vibrante y extraño, como si todos los colores estuvieran a punto de estallar. Puse la mano sobre la mesa para centrarme un poco.

—¿Estás bien? —preguntó mi madre.

—Solo un poco cansada, nada más.

—Pues claro, cariño. Me sorprende que hayas aguantado tanto. Te he preparado el sofá de la galería.

—¿Y mi vieja habitación?, ¿no puedo usarla?

—¿De veras lo quieres?

Parecía como si lo lamentara, y recordé que una vez me contó que en el silencio de la ausencia de mi padre, las voces de la casa le habían empezado a susurrar constantemente. El ribete pedía a gritos que lo pintaran, el camino del garaje se quejaba de grietas y baches, los grifos goteaban su persistente insatisfacción. «Amor», decían los armarios de cocina que mi padre había construido con tableros de roble. Las luces en su sala de costura, las baldosas de pizarra del patio, los suelos acabados de pulir, todo aquello persistía y le decía «amor, amor, amor». Y cuando se

atascaron las canaletas, cuando se soltaron los postigos, cuando un cristal se resquebrajó, mi madre no pudo soportar la idea de alterar las últimas cosas que él había arreglado; ni tampoco podía soportar el clamor de la casa. Por eso había cerrado el primer piso; había dado la vuelta a los pomos de cristal y los cerrojos de metal se habían cerrado.

—¿Te importa? Ya me haré la cama yo misma.

—Claro que no me importa —dijo, aunque yo noté que no era así.

Encontré el llavero colgado en la despensa. Las llaves produjeron un ligero sonido metálico mientras subía con ellas al piso de arriba, caluroso y sofocante de tan cerrado. Cuando entré en mi vieja habitación fui abriendo las ventanas, peleándome con los postigos, dejando entrar aire fresco. Puse una sábana bajera sobre el colchón estrecho y desplegué la sábana de arriba y la remetí, mientras la fatiga me latía en todo el cuerpo como si fuera mi propio pulso.

Todavía había un poco de luz, aún no eran las nueve en punto. Me eché sin quitarme la ropa, pulsé el botón de marcado rápido y cerré los ojos. Yoshi descolgó al segundo tono. Su voz era grave y lisa, como guijarros de río.

—*Moshi moshi.*

—Soy yo. He llegado sin incidentes.

—Me alegro. Te echo de menos, Lucy.

—Yo también. ¿Qué haces?

—Caminar para ir a buscar el tren. Llueve un poco.

Imaginé la calle, el puente que Yoshi cruzaría antes de la estación. Si yo estuviera allí, ahora me encontraría echada en la cama, y estaría contemplando cómo goteaba la lluvia de los aleros de cobre y planificando mi lección de vocabulario del día.

—Todavía no he instalado la webcam. Quizá mañana. Mi madre no es muy tecnológica.

—¿Cómo está?

—Bien. De verdad. Pero la casa está muy silenciosa.

—¿Lo ves? Yo tenía razón.

—Sí, lo veo. Se ha alegrado de que vayas a venir. Quiere conocerte.

—Dentro de unos días. Yo también quiero conocerla. ¿Cómo está tu hermano?

—Está bien. Te manda recuerdos. Va a tener un bebé.

—¿Qué?

—En serio. Pero es alto secreto. Seré tía en octubre.

—Felicidades. No sabía que se hubiese casado.

—No lo ha hecho. Todavía no. Bueno, no sé si se casará. Ha sido toda una sorpresa.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Lo haré. ¿Ha habido más terremotos?

—Unos cuantos, nada serio.

—Oye, ¿apagaste el gas?

Yoshi rio.

—Sí —dijo—. Sí. Apagué el gas. Oye, ya casi estoy en la estación, tengo que colgar.

—Vale. ¿Me llamarás esta noche?

—Te llamaré. Envíame un e-mail si puedes, ¿vale?

—Lo haré.

—Te quiero.

«Debe de ser verdad que me echa de menos», pensé, sobresaltada. Yoshi no era de los que sueltan palabras de afecto, y menos por teléfono.

—Yo también te quiero —dije.

Pulsé el botón y solo quedó espacio, todos los kilómetros que nos separaban se llenaron de oscuridad. Dejé el móvil sobre la mesilla de noche sin abrir los ojos, recordando la casita de hormigón que habíamos compartido en Indonesia, con su jardín lleno de árboles de mango y plantas exuberantes de rapidísimo crecimiento cuyos nombres desconocía. Siempre nos encontrábamos allí al volver a casa del trabajo, y compartíamos una copa mientras salía la luna, y escuchábamos el susurro de los lagartos al deslizarse corriendo entre la hierba alta. Yo quería alargar la mano y coger la de Yoshi, volver andando con él hacia esa vida tranquila. Pero él estaba en plena jornada de trabajo y a quince mil kilómetros de distancia. Me cubrí con las mantas y me dormí con el sonido y el aroma del agua.

El sueño empezó como un largo y agotador viaje bajo la lluvia, lleno de aeropuertos y frustraciones, transbordos perdidos y relojes haciendo tictac, límites de fecha y hora peligrosos. Me estaban siguiendo, primero por unos pasillos y después a través de un bosque. Mi maleta, pasada de moda y de cuero, golpeó contra un árbol y se abrió, desparramando su contenido. Presa del pánico, empecé a arrastrarme entre el follaje; la tierra estaba húmeda y arcillosa. Busqué desesperada entre las hojas aterciopeladas de los ciclámenes, las flores estallaban a mi alrededor como pájaros asustados levantando el vuelo. Lo que había perdido era importante, vital para mí, de vida o muerte, y aunque oía pasos y voces acercarse, cada vez más fuertes y amenazantes, no podía parar, apartaba las hojas y cavaba la tierra con las manos, hasta que las voces se precipitaron sobre mí.

Me desperté, tan asustada y desorientada que no podía moverme.

Poco a poco fui recordando dónde estaba. Pero tuve que respirar hondo varias veces antes de poder sentarme al borde de la cama y levantarme. A la luz deslumbrante del cuarto de baño, me refresqué la cara y estudié mi pálido reflejo en el espejo. Mis ojos, como los de Blake, eran grandes y azules, pero estaban ensombrecidos por la fatiga.

La casa estaba en calma, las puertas cerradas del pasillo parecían rostros inexpresivos. Las abrí todas. Todo estaba congelado en el tiempo, como si el mundo se hubiese detenido el verano después de la muerte de mi padre. En la habitación de mis padres, la cama estaba hecha con pulcritud. En la habitación de Blake todavía

estaban colgados sus pósteres de la Luna y de la Tierra, nuestro luminoso planeta azul y verde flotando en el espacio interestelar de sus paredes. En la habitación de invitados había una pared llena de cajas apiladas, así que quizá mi madre había subido en algún momento y había empezado a poner las cosas en orden. Cuando abrí la puerta de la cúpula, un aire rancio y caliente rodó por la estrecha escalera y se desparramó sobre mí, como si nada lo hubiese perturbado durante décadas. Era como la torre de un cuento de hadas, donde la princesa se había pinchado el dedo o quizá había hilado paja para convertirla en oro o desde donde había soltado su pelo largo y espeso para que su amante pudiera trepar hasta ella.

No se podía respirar en aquella minúscula habitación en lo más alto de la casa. Allí también abrí todas las ventanas y barrí con la mano las moscas muertas que se habían acumulado en los antepechos. Cuando la habitación estuvo llena a rebosar del sonido del agua del lago, y llena de viento, me senté en el banco de una de las ventanas a respirar el aire fresco. El lago estaba en calma, casi opalescente. Contemplé el amanecer y cómo el sol arrancaba destellos de las llaves que había dejado sobre el asiento: llaves nuevas y llaves antiguas, hechas para cerraduras que ya no existían, guardadas allí por la belleza de su forma, o porque nadie recordaba qué abrían y se consideraba que algún día podían volver a ser necesarias.

Las ganzúas de mi padre también colgaban de ese llavero, plegadas como una navaja suiza en una funda compacta de metal. Eran una especie de herencia que había dejado mi bisabuelo Joseph Arthur Jarrett. Las abrí preguntándome cuándo debió de ser la última vez que mi padre las usó. De niña, a veces iba a su oficina en Dream Master, después de clase, para hacer los deberes en un rincón, contenta de estar cerca del remolino de las conversaciones y de los aromas del metal y el serrín, de los clientes que acudían a buscar clavos o herramientas o alambre, o a encargarse de baldosas. A veces también venían con sus secretos, guardados en cajas de metal de las que habían perdido las llaves. La expresión de mi padre siempre era intensa y concentrada mientras trabajaba. Se le veía el cuero cabelludo bajo el pelo corto, a la luz inclemente de la lámpara, y una sonrisa de satisfacción le cambiaba el rostro cuando al fin las clavijas hacían clic y encajaban. Cobraba cinco dólares por este servicio y diez dólares por las visitas a domicilio, y los clientes los pagaban contentos, tan ansiosos de respuestas que casi nunca esperaban a abrir sus cajas en privado: títulos, obligaciones, joyas o testamentos; algunas veces, nada en absoluto.

Mi padre me enseñó lo que sabía. Me dejaba sentarme en su silla y presionar el oído contra la madera pulida o el metal de una caja cerrada sobre su mesa de trabajo, y me instruía en cómo escuchar el susurro del metal al moverse, algo parecido a una ola, suave y sin interrupciones, hasta que de pronto la frecuencia cambiaba ligeramente y adquiría consistencia y suspense. Lo que había o no había dentro nunca tuvo verdadera importancia; era el susurro del metal sobre el metal lo que él quería que oyese. La primera vez que tuve éxito y la caja se abrió bajo mis dedos, mi padre soltó un grito de alegría y me levantó por los aires.

Bajo el borde saliente del banco de la ventana, casi oculto bajo muchas capas de pintura, pero visible ahora que los cojines habían sido apartados, había el pequeño ojo de una cerradura. Bajé del banco y me agaché, entre las motas de polvo y los cadáveres de las moscas, e introduje una delgada herramienta metálica en el agujero mientras presionaba el oído contra la madera. Cerré los ojos e imaginé a mi padre en aquella época lejana, realizando los mismos movimientos que yo realizaba ahora, escuchando con la misma atención. Cuando la última clavija encajó, exhalé un suspiro que no me había dado cuenta que estaba reteniendo, y sentí un alivio tan intenso que casi era alegría y abrí la tapa del arcón.

El espacio tras ella parecía vacío. A la luz tenue del amanecer, metí la mano dentro y palpé el fondo, temerosa de encontrar algún ratón muerto o, peor todavía, nada más que polvo. Al fin rocé con la muñeca un fajo de papeles y lo saqué. El polvo me había ensuciado las manos e impregnaba los papeles. Al principio sentí una intensa emoción; sin duda, si alguien se había tomado tantas molestias para esconderlos, a la fuerza debían de ser importantes. Pero, aparte del ligero interés histórico que me evocaron inmediatamente (casi todos eran octavillas y pequeñas revistas que parecían haber sido escritas por o para sufragistas), los panfletos me resultaron decepcionantes, con tan poco interés como si hubieran sido usados tan solo para forrar el arcón de la ventana. Cerré la tapa, la cerradura volvió a fijarse, y me llevé las llaves y los papeles polvorientos a mi habitación. Me eché en la cama, con la intención de leerlos, pero quedé atrapada por las misteriosas mareas del jet lag, y lo que hice fue quedarme dormida.

Cuando me levanté mi madre estaba en el patio, vestida con un chándal de color morado oscuro y tomando café; llevaba el cabello plateado recogido con una goma morada. Había cambiado de sitio el jarrón de gladiolos, lo había situado a la sombra junto a una pared baja de piedra. El lago estaba tranquilo, parecía un cristal azul plateado. Me gustaba la sensación de estar al aire libre y disfrutar de tanto espacio y aire fresco, después de la densidad y el ajetreo de Tokio.

Apartó la lista que estaba redactando y me sirvió café, que llenó de aroma el aire alrededor de la mesa.

—¿Has dormido bien?

—Gracias. —Cogí la taza y di un sorbo. Era fuerte y estaba muy caliente—. Qué bueno. Gracias. He dormido bastante bien, supongo. Me he despertado varias veces... El jet lag.

—No me extraña. Es un viaje muy largo.

—No tanto. Al menos no he tenido que venir a pie. —Mi madre rio y yo eché de menos a Yoshi—. ¿Qué es eso? ¿La lista de la compra?

—Exactamente. Has llegado justo a tiempo para el solsticio. Es pasado mañana... Todo el mundo querrá verte.

—Oh, la fiesta del solsticio, es verdad. —Cuando era pequeña, mis padres celebraban fiestas estelares con la excusa de cualquier acontecimiento celestial que se produjera: un eclipse de Luna, un alineamiento planetario, el acercamiento de Venus. Los adultos traían telescopios y encendían hogueras en la orilla del lago, y los niños corríamos por todas partes hasta quedar tan cansados que caíamos rendidos y nos dormíamos en mantas extendidas sobre la hierba o acurrucados en la hamaca. Recuerdo cómo me metían en casa después de estas fiestas, recuerdo lo fuertes que eran los brazos de mi padre, y recuerdo caer sobre la cama mullida, sentirme dormida y segura entre sábanas limpias que olían a viento—. Había olvidado el solsticio.

—Entonces hacía demasiado tiempo que no venías —concluyó ella.

—Siempre dices lo mismo —repliqué—. Siempre que he venido a verte.

—Bah, no seas tan sensible —me dijo y se terminó el café—. Cariño, hoy tengo que ir a trabajar. Ojalá no tuviera que hacerlo, pero ya he perdido demasiado tiempo con esto del accidente... Así que, toma, aquí las tienes. —Me acercó un juego de llaves por encima del cristal de la mesa, y me fijé en que el movimiento de los huesos de su mano era perfectamente visible bajo la piel—. El Impala —me explicó, aunque yo ya lo sabía—. Le han hecho una puesta a punto, está listo para ponerlo en marcha.

También hay una llave de la casa.

—Gracias. —Recordé que mi padre nos hacía subir al coche los domingos por la tarde y nos pasábamos horas vagando sin destino fijo, fijándonos en el estallido de la primavera o en los árboles engalanados con su follaje de otoño, dorado o naranja o de un rojo encendido recortado contra el profundo azul del cielo—. Blake me ha dicho que puede que lo vendas.

Ella asintió.

—Probablemente. Me costará hacerlo, pero ya va siendo hora. No lo quiere nadie de la familia, y es una tontería tenerlo en el granero acumulando polvo. —Hizo una pausa antes de proseguir—. También estoy pensando en vender la casa.

No respondí enseguida.

—¿En serio?

—Ya lo sé, debe de parecerle escandaloso. Durante mucho tiempo no pude ni pensar en ello. Tu padre está muy presente en este lugar. Y lo que dijiste ayer es verdad: le encantaba el lago, y sobre todo las marismas. Por eso resulta tan duro. Pero mira cómo está todo, cariño. Con los años me he convertido en una manitas, lo creas o no, pero no puedo con todo. He estado dándole vueltas desde hace tiempo, pero fue cuando estuve hablando de los jardines en Urgencias, de lo hermosos que habían sido, cuando por fin me di cuenta de lo mal que estaban las cosas. Si ves algo cada día, no te das cuenta. Pero, cuando lo observas con atención —señaló la jungla de enredaderas, hierbajos y flores, y la pintura desconchada del porche—, hay que reconocer que es más de lo que puedo asumir.

—Pero ¿no echarás de menos vivir aquí?

—Claro que sí. Pero no echaré de menos la responsabilidad. ¡Ni los impuestos! De todas maneras, solo me lo estoy empezando a plantear, cariño. Que no cunda el pánico. —Me sonrió—. Seguramente vaciarlo todo llevará al menos un par de años.

—O un par de décadas —dije, intentando que mi tono de voz sonara ligero—. Hay tantísimas cosas ahí dentro...

—Bueno, tú no las quieres —repuso ella, pensativa, y me di cuenta que hablaba muy en serio de vender—. Te dedicas a dar vueltas por el mundo, y Blake apenas es capaz de bajar de su barco para pisar tierra firme, así que imagínate si sería capaz de mantener esta casa en pie. Eso sí, será el fin de una era.

Estuve unos segundos sin decir nada, intentando averiguar lo que sentía. Todo lo que había dicho mi madre tenía sentido, pero no podía soportar la idea de que otras personas vivieran en esas habitaciones, aunque era cierto que yo misma no quería vivir en ellas.

—El fin de varias eras —musité, pensando en Blake y Avery con un bebé de camino, que no podía mencionar—. Oh, hablando de cosas viejas, anoche encontré algo que quería enseñarte.

Subí a coger el fajo de panfletos polvorientos que había dejado sobre la mesilla de noche. Cuando volví, mi madre había estado expurgando los gladiolos, y había un

montoncito de flores marchitas junto a la pared de piedra. Estaba hablando por el móvil y se reía.

—Son preciosas. Las tengo justo aquí delante. Muchas gracias, todo un detalle. ¿Y tus puntos? Oh, me alegro. ¿Esta noche? Lo siento, no puedo. Mi hija acaba de llegar y no sé qué planes tenemos.

Extendí los papeles y panfletos sobre el cristal de la mesa e intenté fingir que no estaba escuchando la conversación de mi madre. A plena luz del día, parecían todavía más viejos y gastados, con el papel quebradizo, los bordes manchados, el polvo de varias décadas incrustado en sus fibras.

—¿Tu admirador secreto? —pregunté cuando mi madre terminó de hablar.

—Andrew —aclaró mientras cerraba el teléfono—. Estaba muy jovial esta mañana. —Mi madre dejó el teléfono sobre la mesa para poder coger una de las octavillas.

—No pasa nada si quieres ir a cenar con él esta noche.

Ella levantó la vista y sonrió, divertida.

—Ya lo sé.

—Por mi parte, quiero decir. No hace falta que estés pendiente de mí las veinticuatro horas, nada más.

—Ya lo sé, cariño. Gracias. —Volvió a centrarse en el panfleto—. Cielos, esto fue publicado en 1913.

—Interesante, ¿verdad? Los encontré esta madrugada en la cúpula. Estaban en uno de los bancos de las ventanas.

Me dirigió una mirada de curiosidad, con sus ojos de color gris pálido.

—No sabía que ninguno de esos bancos pudiera abrirse.

—Hay un agujero de cerradura muy pequeño debajo del borde, en el banco que da al lago. Sin los cojines, puede verse bastante bien. Las ganzúas de papá todavía están colgadas del llavero.

—Ah... ¿Forzaste la cerradura?

—Eso hice. A la primera.

Ella sonrió, y de pronto su expresión se puso melancólica.

—Tu padre se hubiese sentido muy orgulloso.

Miré hacia el lago hasta que pude volver a hablar.

—Más que nada por eso intenté abrirlo... Porque él me enseñó cómo hacerlo. Pero dentro no había más que polvo... y esto.

Nos sentamos a la mesa y hojeamos los papeles mientras nos tomábamos el café. Era una colección ecléctica. Había una esquila sobre la muerte de la última paloma migratoria de Cincinnati, Ohio, en 1914, y debajo de un dibujo del pájaro se leía la palabra «extinto». Había una página con todos los nacimientos en el condado entre marzo y abril de 1911; la examiné, pero ninguno de los nombres me era familiar. Encontré el anuncio de boda de mi bisabuelo con Cora Evanston, de quien se destacaba en el artículo que había estrechado la mano a Teddy Roosevelt cuando

tenía cinco años. Era la viuda del primo de mi bisabuelo, Jesse Evanston. El resto eran panfletos, la mayoría publicados en la ciudad de Nueva York entre 1911 y 1914, aunque había un par de octavillas mucho más antiguas y también algunas de otras ciudades. Dos pequeñas revistas estaban dedicadas a la obra de artistas femeninas. Una octavilla, de tono más intenso, anunciaba un mitin en favor del derecho a votar de las mujeres, que se celebraría en Canton, Nueva York, en mayo de 1914, con Carrie Chapman Catt como oradora.

—Imagínate —dije a mi madre, mientras le pasaba esta octavilla—. Puede que una sufragista viviera en esta mismísima casa.

—Podría ser —dijo mi madre, sacando unas gafas de lectura del bolsillo—. Bueno, este era el lugar ideal para ese tipo de cosas. Estoy intentando recordar... Creo que la casa se construyó hacia 1880, y luego estuvo en franca decadencia durante un tiempo. —Señaló con la mano hacia el caos verde que se extendía en todas direcciones—. Algo parecido a lo de ahora, quizá. Por eso tu bisabuelo la compró tan barata, o eso decían. Creo que la compró en 1925 y empezó a restaurarla.

Al final del fajo, había varios artículos de periódico sujetos por un clip oxidado. El papel estaba tan quebradizo que los bordes se deshacían y la letra impresa había quedado borrosa.

—Escucha esto —dije a mi madre, tocándole la mano—. De 1913. Es de risa.

Por fortuna, nos hemos dado cuenta de que el juego sano al aire libre es tan bueno para la niña como para el niño, y las ideas de la época de nuestras abuelas —que los niños debían jugar a pelota, montar a caballo, nadar, disparar, etc., mientras que el juego de las niñas debía restringirse a actividades sedentarias, como coser, jugar con muñecas, etc— han sido relegadas a la categoría de reliquias, y la niña de hoy está a la altura de su hermano en libertad y actividad física.

Mi madre rio.

—Bueno, me alegro de haber nacido cuando lo hice —comentó—. Hubiese sido imposible hacerte jugar con muñecas durante todo el día, Lucy.

—Imagínate vivir en esta casa y no poder nadar en el lago.

—Seguro que se escabullían e iban a nadar de todas formas.

—Espero que sí.

Entre los dos últimos artículos encontré un sobre pequeño, cuadrado, de papel grueso, del tamaño de una invitación. La solapa estaba plegada, no pegada, y dentro había una sola hoja de papel, doblada una vez. Una flor seca, más marrón que otra cosa, pero con algo de morado en el centro, cayó del sobre y se deshizo al tocar el cristal de la mesa.

El texto escrito a mano estaba descolorido, era de color marrón pálido y la caligrafía inclinada, definida y segura.

Si Iris tiene que abandonar tu casa, Joseph, entonces, te lo ruego, no permitas que termine con desconocidos, haz que venga conmigo, o, si no quisiera, envíala a la dirección que te adjunto, a la señora Alice Stokley, una amiga de mis amigos de aquí, que le proporcionará educación y trabajo adecuado para su edad. Solo tiene catorce años.

El corazón me duele al escribir esto. Comprendo los gastos que enumeras, de ropa, libros y alojamiento, pero no puedo entender cómo es posible que el dinero no haya bastado. Te he enviado todo cuanto tengo. Si dices que así es, así debe de ser, aunque hoy no puedo firmar esta nota con amor.

R.

Leí esas palabras una y otra vez, intentando extraerles algún significado, mientras la imagen que me había venido a la cabeza de una sufragista bien vestida se desvanecía rápidamente. Joseph sin duda debía de ser mi bisabuelo, el soñador, el que había subido al campanario para ver el cometa. Pero ¿quién era R., la persona que escribió la nota? ¿Y quién era Iris? La carta era intensa, íntima; aquella no era una relación incidental.

—¿Sabes quiénes pueden ser estas personas? —pregunté a mi madre, mientras le entregaba la nota.

La leyó mientras sacudía la cabeza y yo seguía cavilando sobre el autor de la nota y sobre quién debió de conservarla. ¿Fue quizá Cora, mi bisabuela, la que había escondido aquellos papeles? Quizá incluso había estado presente en aquel discurso de Carrie Chapman Catt. Sabíamos muy poco sobre Cora. Solo que se había casado con mi bisabuelo, Joseph Jarrett, después de que su primer marido muriese tras una caída. Como casi toda la familia, ella existió en buena parte a la sombra de mi bisabuelo, y por lo tanto resultaba emocionante pensar en su vida interior, imaginarla sentada bajo la cúpula, leyendo con avidez, escondiendo sus panfletos bajo el banco de la ventana si oía pasos en la escalera.

—No. Nunca he oído hablar de ellos. Hay tantos Jarrett aquí y allí y en todas partes que a lo mejor me he olvidado. Pero no, creo que no. Nunca había oído esos nombres.

—Pobre Iris —dije—. Fuera quien fuera. Enviada a trabajar a los catorce años.

—Eso era lo que ocurría en aquella época. Le ocurrió a mi abuela también. Unos parientes la acogieron cuando quedó huérfana, pero no por la bondad de su corazón. Necesitaban un par de manos extra. Creo que no la trataron muy bien.

—Me pregunto si Iris también era huérfana —dije en voz baja.

—Yo también. —Mi madre estaba pensativa—. ¿Sabes una cosa? Encontré una nota, hace años, que podría estar relacionada con estos papeles. Déjame ir a buscar la llave, a ver si puedo encontrarla. Está arriba, en el baúl.

—Está todo abierto —le dije—. Abrí todas las habitaciones.

—¿De veras? —Lo meditó un momento, y una expresión de tristeza primero y de irritación después cruzó rápidamente su rostro. Supe que me había excedido—. Bien. Supongo que alguna vez tendré que volver a echar un vistazo a todo eso, ¿verdad? Bueno, espera un segundo. Vuelvo enseguida.

Oí cómo sus pasos ligeros subían las escaleras. Me pregunté cuántos años habían pasado desde que había subido allí por última vez, qué sentiría al encontrar todas las habitaciones abiertas de nuevo. Repasé los artículos, leyéndolos más atentamente. Un trozo de papel, con la misma letra inclinada y definida de la nota anterior, cayó de entre las páginas.

He leído estas páginas muchísimas veces. Tengo que escribirlo, tengo que escribir lo que siento. Nadie me ha hablado nunca de estas cosas, en toda mi vida. No teníamos espejos en casa de mis padres. No había visto mi propio cuerpo jamás. Así que cerré la puerta con llave. Hay un espejo detrás. Me quité la chaqueta y la falda, y las doblé sobre la cama. Y después las enaguas, los calzones, las medias.

Creo que soy delgada, mi piel es muy blanca. ¿Soy hermosa? No puedo decirlo. La habitación está poco iluminada. Parece como si yo acaparase toda la luz.

Mis mejillas. Mis clavículas como alas. Esos dibujos muestran alas en el interior del cuerpo, también. Es un misterio. Mi cuerpo sigue una pauta. No lo sabía. ¡Oh, sabía tan pocas cosas que no sabía nada en absoluto! El aire no se movía y hacía demasiado calor, y la puerta estaba muy lejos. Quería irme pero no quería que él me odiase, y tenía miedo. En aquella extraña luz, él caminó a mi alrededor, sin dejar de mirarme, y decía «belleza, mi belleza, me casaré contigo, lo haré». Y yo le creí.

Leí la breve nota dos veces, presa de la rabia y la pérdida y la pasión que tanto contrastaban con los artículos objetivos entre los que había estado escondida.

Mi madre apareció de nuevo y la puerta mosquitera se cerró de golpe tras ella. Llevaba en la mano sana un pequeño paquete envuelto en papel azul oscuro y atado con una cinta de tarlatana de color azul claro. Lo dejó sobre el cristal de la mesa y volvió a sentarse.

—Esta es la tarjeta que lo acompañaba —me dijo, entregándomela—. Hace años, cuando arreglé ese baúl viejo, encontré el paquete detrás del forro. Creo que la letra es la misma. —Los tenues aromas de cedro y lavanda debieron de flotar hacia mí cuando abrí el sobre y saqué una única tarjeta.

Queridísimo, esto fue elaborado para ti con amor.

Estudié la fuerte inclinación de las letras, la redondez ligeramente ladeada de la a y de la o de «amor».

—Sí, creo que es la misma letra. Es muy interesante, porque, mientras estabas arriba, he encontrado esto —añadí, mostrándole la nota—. Creo que es la misma letra, aunque el tono es muy distinto.

Mi madre la leyó. Al terminar, depositó delicadamente el papel sobre la mesa.

—Pobre mujer —dijo—. Imagina no haber visto nunca tu cuerpo en un espejo. Supongo que incluso leer estos artículos sobre fisiología debía de resultar escandaloso en aquella época. Creo que incluso podría haber sido ilegal publicarlos. No me extraña que alguien escondiera todo esto en el banco de una ventana.

Asentí.

—¿Qué hay dentro del paquete? —le pregunté.

—Es hermoso. Espera a verlo. —Mi madre desató la cinta y los papeles susurraron como las hojas de los árboles a medida que los abría, una capa tras otra—. Cuando me casé, encontré el famoso baúl que construyó tu bisabuelo tiempo atrás. Estaba escondido en el altillo del granero, bastante maltrecho, con las bandas de hierro oxidadas y todo cubierto de polvo. Tuve la loca idea de arreglarlo y ganarme así la buena voluntad de la familia... ¡Qué desastre! El baúl estaba allí arrinconado porque nadie podía ponerse de acuerdo sobre a quién pertenecía. Tu abuelo pensaba que le correspondía a Art, pero tu padre también lo quería, y por una vez tu abuela se puso de su lado. Después de que las discusiones se pusieran bastante al rojo vivo y durasen varias semanas, tu abuelo subió el baúl al altillo y lo dejó allí. No le hizo ninguna gracia volver a verlo, te lo aseguro. Pero al menos la experiencia no fue una total pérdida de tiempo. Para entonces ya había encontrado esto, escondido detrás del forro roto. Mira.

Tomó los bordes de una tela y se levantó, dejando que esta se desplegara: era una tela de un blanco plateado y delicado, no muy fina, pero sí finamente tejida. Una hilera de círculos de una textura ligeramente más gruesa flotaba como lunas superpuestas a lo largo del borde, atrapadas entre los brotes de flores y enredaderas bordadas.

—Es hermoso —reconocí, mientras alargaba la mano para tocar el borde, tan suave como la seda.

—¿Verdad? En cuanto lo encontré, sentí que era mío. Nunca se lo conté a nadie, excepto a tu padre, claro. —Pasó las puntas de los dedos por el borde—. Todas estas lunas, estos nidos de flores. De hecho, esto fue lo que inspiró mi jardín lunar. Esto, y Virginia Woolf. —Sonrió y recitó—: «Cada flor parece arder por sí sola, suavemente, puramente, en los parterres neblinosos; y cómo le gustaba ver a las polillas de color blanco grisáceo revoloteando sobre los heliotropos, sobre las primulas».

Tan solo asentí. No quería pensar demasiado en el jardín lunar de mi madre, arruinado por el abandono.

—Me pregunto quién lo haría. Porque creo que está tejido a mano. Diría que es

lino de mucha calidad.

La brisa levantó la tela un segundo.

—No lo sé. Pero a veces pienso en ella, en todo el cuidado que puso en ello.

—Quizá vivió aquí; quizá fue ella quien reunió todos estos panfletos.

—Tal vez. Es curioso que hayas encontrado estos otros papeles, escondidos desde hace tanto tiempo.

—¿Lo ves? No puedes vender la casa. No hasta que hayamos descubierto quién escribió esto.

Mi madre no respondió, pero me dedicó una sonrisa lejana.

—Era broma —dije.

—Ya lo sé. —Eché un vistazo a su reloj y suspiró—. Tengo que prepararme para ir a trabajar, aunque no me apetezca nada.

—¿A qué hora tienes que estar allí?

—Pues dentro de una hora, más o menos. ¿Puedes llevarme al pueblo? ¿Te importa? No debería conducir con el brazo así y me olvidé de pedir a Blake que pasara a recogerme.

—Claro. Primero nadaré un poco, mientras tú te preparas.

—Pero, Lucy, si el agua está muy fría. Fría de junio, fría del deshielo.

—Sí, ya lo sé. Ayer ya la probé, ¿recuerdas? Me ayudará a despertarme.

Sacudió la cabeza, sonriendo, y se llevó la cafetera a la cocina.

No había pensado en traer bañador, pero encontré uno viejo de mi madre en el porche de verano, donde siempre los colgábamos para que se secaran. Crucé el césped, seguí hasta el extremo del muelle y me tiré de cabeza al agua sin pensármelo dos veces, de manera que el impacto del frío fue general. Era la mejor manera; cuando salí a la superficie, el agua ya me parecía más cálida que el aire. Me sumergí profundamente una vez más, atravesé las diversas capas del agua, frías y cada vez más frías, hasta que toqué con el pie una roca del fondo, cubierta de algas, y volví a subir, abandonando recuerdos y deseos, buscando nada más que aire.

Me vestí rápidamente, guardé los papeles en una carpeta vieja y me lo llevé todo arriba. La tela era tan ligera como un fragmento de niebla, como el remanente de un sueño. Luego me dirigí al granero para poner el coche en marcha. El Impala era de color amarillo canario, con la capota blanca y unos cromados en los costados que parecían flechas. Estaba tan limpio que resplandecía, y olía a ambientador rancio. Tuve que detenerme un momento al meterme en él, porque el asiento delantero todavía estaba ajustado para que entraran las piernas de mi padre, más largas que las mías, y recordé cómo se sentaba ante el volante y daba la vuelta a la llave con una floritura, y lo especiales que habían sido los pocos momentos en que había podido sentarme a su lado en el asiento delantero y oírle hablar de esto y de aquello mientras nos dirigíamos al pueblo, sin prisas, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Cuando al fin me recompuse y ajusté el asiento, el Impala se puso en marcha a la primera y apenas hizo ruido alguno cuando lo saqué del granero dando marcha atrás.

Mi madre salió al porche y se detuvo un momento para cerrar la puerta con llave. Se había puesto una falda recta azul oscuro y una blusa estampada con pequeñas flores doradas, y llevaba un maletín en la mano sana; el color verde brillante de la escayola de plástico en el brazo contrastaba con su atuendo serio y formal. Era la principal responsable de créditos del banco, un puesto que se había ganado a pulso desde que empezó trabajando allí de cajera.

—Qué extraña sensación, ¿verdad? —dijo al deslizarse en el asiento de cuero blanco.

—Es como un transatlántico —dije—. Debe de chupar un litro de gasolina cada dos kilómetros.

—Seguramente. Y tampoco tiene cinturones de seguridad. Pero le encantaba hurgar en el motor. En realidad, no lo tenía para ir de un lugar a otro.

Me dirigí hacia el pueblo. Pasamos junto a los muchos kilómetros de terreno pertenecientes al depósito militar, los verdes campos más allá de la valla de alambre plateado, donde las mariposas y los jilgueros revoloteaban entre las hierbas altas. Al doblar la curva antes de llegar a la entrada, reduje la velocidad, esperando encontrar allí más manifestantes, pero todo estaba tranquilo, las puertas cerradas, nadie a la vista.

—Veo que has traído esos papeles —dijo mi madre, abriendo la carpeta que yo había dejado sobre el asiento, entre las dos—. Quizá el círculo histórico podría arrojar alguna luz sobre ellos. Y podrías preguntarle a Art si sabe algo al respecto.

—No creo que Art esté muy interesado en la historia familiar. —Para entonces ya estábamos a las afueras del pueblo, las casas más cerca unas de otras, la carretera bordeando el lago—. Bueno..., y ¿qué ocurrió? Entre papá y Art, quiero decir.

—Oh, ¿qué importancia tiene, Lucy? —me preguntó—. No me gusta pensar en aquella época, cariño. Ya no se puede cambiar, ¿verdad? La vida sigue.

—Sí, claro. —Aunque notaba su reticencia, yo no podía dejar el tema—. Pero ¿no crees que es importante recordar?

—No lo sé, Lucy. Quizá. Seguramente sí. Pero a mí no me ayuda, ya no.

Insistí de nuevo; no podía evitarlo.

—Es que no lo entiendo. Supongo que estoy pensando en Blake, mamá. Trabajando para Art en Dream Master..., no puede acabar bien, con tanta historia de por medio.

—De pronto el pasado es importantísimo —comentó mi madre secamente, y supe que estaba pensando de nuevo en todos los años que yo había pasado lejos.

—Venga, ¿por qué no me lo cuentas? Tengo miedo por Blake. Quiero decir que Art nunca dejará que ocupe un puesto decente en Dream Master. Nunca desplazará ni un centímetro a Joey para dejar sitio a Blake.

Se produjo un breve silencio. Entré en el pueblo por la calle principal.

—Lo único que sé es que Art no fue a Vietnam —dijo mi madre al fin—. Esa es la cuestión. Si salía tu número, te llamaban a filas, y eso le ocurrió a tu padre, pero a

Art no. Era algo terrible, la verdad, tener que esperar para saber si habías nacido en un buen día o en un mal día, todos esos jóvenes repartidos por todo el país y unidos por una fecha aleatoria. Fue una muy mala época, y una muy mala suerte, también. Se suponía que tu padre debía tener el cincuenta por ciento de Dream Master, ese fue siempre el plan, pero mientras él estaba en Vietnam tu abuelo sufrió un ictus y tu abuela dio plenos poderes a Art.

—¿Por qué hizo eso?

Mi madre se encogió de hombros.

—Quizá le fallaron los nervios. Tu padre estaba combatiendo en una guerra, después de todo, a medio mundo de distancia. En todo caso, cuando tu padre regresó, Art era propietario de la mayor parte de Dream Master. Había empezado conversaciones, discretamente, para vender la fábrica de cerraduras y todas sus patentes a una empresa rival. Nunca nos dijo ni una palabra, y tu padre tardó años en saber lo que estaba ocurriendo de verdad. Volvió de la guerra, nos casamos y se puso a trabajar enseguida, contento de estar en casa. Contento de estar vivo. Cuando al fin descubrió lo que había pasado, se puso como loco. Pensó en venderlo todo e irse de aquí, pero entonces tu abuelo murió, tu abuela se mudó al pueblo y nos dio la casa y el terreno. Parecía un premio de consolación, pero ella era muy astuta; fue suficiente para que nos quedáramos.

—¿Fue entonces cuando todo el mundo dejó de hablarse?

—Más o menos. El principio del fin, podría decirse. Tu padre siguió trabajando en Dream Master durante unos cuantos años más, incluso después de que la fábrica de cerraduras se vendiera, pensando que quizá Art y él podrían empezar algo nuevo. Pero apenas se dirigían la palabra. La puntilla la dio en 1986. Ya sabes, el año que regresó el cometa. El periódico local publicó un artículo muy extenso sobre tu bisabuelo y el hecho de que llegara aquí y fundara Dream Master después de la visita del cometa en 1910. Art ocupaba un lugar destacado en el artículo. A tu padre ni siquiera se le mencionaba. Recuerdo que tiró el periódico sobre la encimera, se fue a trabajar y volvió dos horas después con todas sus cosas metidas en una caja. No volvió allí nunca más.

—Eso lo recuerdo.

—¿De veras? Eras muy pequeña.

—Recuerdo que estaba echada en mi habitación y que abajo había gente discutiendo. Recuerdo lo raro que me pareció que papá estuviera tanto tiempo sin ir a trabajar.

Mi madre se quedó un momento en silencio.

—Siempre hablamos de mudarnos. Quizá hubiésemos debido hacerlo. Pero nos quedamos e intentamos seguir adelante. Entonces pinté la casa. ¿Te acuerdas de eso? Empecé con la cúpula y ya no me detuve. Si íbamos a tener que vivir en esta casa, pensaba hacerla completamente nuestra.

—Plantaste jardines —dije en voz baja, y me sentí fatal.

—Sí, eso hice, ¿verdad? Montones de jardines. Unos jardines preciosos, ¿no es cierto? Y tu padre vendió su parte de Dream Master y compró el puerto deportivo. Conseguimos tener una buena vida a partir de una situación muy injusta, ya lo creo.

Pasamos por delante de casas victorianas con grandes extensiones de césped y del parque junto al lago, cruzamos por el centro, con sus edificios de ladrillo que antiguamente habían alojado la tienda de pienso, la de ultramarinos, la de baratillo, y que ahora acogían tiendas de regalo, floristerías y restaurantes. El antiguo cine había sido convertido en un edificio de apartamentos. Aparqué detrás del banco, maniobrando con el Impala para ocupar el último hueco que quedaba, en el extremo más alejado del aparcamiento, lejos de todo el mundo. Mi madre bajó, se alisó la falda con la mano sana y recogió después su maletín, adoptando una personalidad profesional que yo a duras penas reconocía. También bajé del coche.

—¿No vuelves a casa? —me preguntó.

—Todavía no. Quiero ir a tomar un café. ¿Paso a recogerte por la tarde?

Vaciló un poco, sonriendo para ella misma de una forma que claramente me indicaba que me excluía de su jornada.

—Gracias, cariño, pero ya tengo quien me lleve. Andy me recogerá.

No me pude contener.

—¿Tu admirador secreto?

Se rio.

—Sí, pero, por el amor de Dios, Lucy, solo me llevará a casa en coche.

Me besó en la mejilla y cruzó el aparcamiento. Vi cómo subía las escaleras y desaparecía en el interior del banco, mientras yo intentaba aclarar mis sentimientos. Tenía poco más de cincuenta años, era atractiva, vibrante; no existía razón por la cual no debiera seguir adelante con su vida. Quizá ya lo había hecho mientras yo estaba fuera. Y eso era algo bueno, al menos en teoría. ¿Por qué me provocaba tanta inquietud entonces? Primero Blake con un bebé de camino, luego mi madre con un romance incipiente... Todo aquello me hacía sentir como si me hubiesen dejado atrás, como si a pesar de mis constantes viajes, no me hubiese movido de donde estaba.

Cerré el Impala y paseé por el pueblo, buscando una cafetería. Blake tenía razón, había cambios en todas partes. La tienda de bocadillos donde yo había trabajado cuando iba al instituto había sido reemplazada por un bar de sushi. Me detuve a mirar por los ventanales, como si pudiera adivinar a mi antiguo yo detrás del mostrador, preparando sándwiches y envolviéndolos en servilletas blancas mientras soñaba con la universidad y la libertad. Cualquier humillación menor, cualquier deseo de pegar gritos ante la injusticia generalizada de la vida —mi primo Joey era uno de los clientes habituales, siempre pasaba por la tienda antes de irse a disfrutar de un día sin preocupaciones, nadando o navegando por el lago—, los reprimía hasta que Keegan Fall pasaba a recogerme cada noche con su moto a la hora de cerrar. Volábamos por los caminos estrechos que rodeaban el lago hasta cualquier granero vacío o cascada o fiesta rural que encontrásemos, con el viento azotándonos, frío y emocionante.

Una camarera dio un golpecito en el ventanal y me despertó de mi ensoñación. Seguí caminando. En algunos de los locales que recordaba abandonados se habían abierto nuevos negocios: una agencia de viajes, una joyería artesanal, una inmobiliaria con el escaparate lleno de propiedades junto al lago. Habían desaparecido las pequeñas casitas que antes salpicaban las orillas; ahora solo había una mansión menor tras otra. No podía soportar la idea de que se vendiera la casa familiar, y empecé a calcular a cuánto ascenderían en dólares mis ahorros (la mitad en yenes y la mitad en euros). Incluso aunque me la pudiese permitir, estaría muy lejos durante casi todo el año. Y los impuestos que acarreaba eran muy considerables. Mi madre nunca hablaba de dinero, pero me pregunté por primera vez qué parte de su sueldo iba destinada a la casa y el terreno y cuánta independencia ganaría si los vendiera.

Soplaba una fuerte brisa procedente del lago. En el parque había varias personas que sostenían con fuerza sus periódicos sentadas en los bancos. Los barcos de vela ya salpicaban el agua, distantes y llenos de color, como mariposas contra el azul del lago y las crestas blancas del oleaje. El barco de Blake, el *Temible simetría*, estaba anclado en el amarre que tenía alquilado en el puerto deportivo, pero cuando subí a la cubierta y le llamé nadie contestó, así que seguí mi camino.

Dream Master Hardware and Locks era el primer edificio de Canal Street. Era de ladrillo oscuro y se alzaba dos pisos por encima de las altas ventanas de la tienda. Su nombre original, dream master locks 1919, estaba esculpido en el dintel de piedra de la puerta. Blake seguramente estaba ahí dentro, pero no pude hacer de tripas corazón y entrar; si la historia familiar tenía una forma concreta, era la de ese edificio.

Lo que hice fue seguir a un grupo de turistas que cruzaron una zona verde con varios bancos y se dirigieron hacia la renovada fábrica de aislantes de vidrio, que ocupaba casi toda la manzana. Tras haber estado abandonado y destartado durante años, el edificio había sido restaurado y ahora estaba precioso. Habían limpiado y pulido el ladrillo, cambiado las ventanas y añadido diversos porches y galerías. Unos rótulos llenos de color enumeraban los negocios que se habían abierto en el edificio. Encontré enseguida el de Avery:

LA JUDÍA VERDE
COCINA VEGETARIANA ECLÉCTICA

Era un espacio abierto y brillante, con vigas altas al descubierto y ventiladores que se movían lentamente. Las paredes eran de ladrillo y las ventanas y puertas tenían marcos de roble pálido. La última vez que había estado allí, el edificio estaba abandonado, con ventanas rotas y maquinaria abandonada por todas partes. Ahora, una hilera de gente hacía cola sobre los suelos elegantes de madera envejecida, y las vitrinas estaban llenas de pastas y magdalenas y bastoncitos de pan, todo bañado en una suave luz dorada. En el aire flotaban aromas suculentos de café y huevos, vinagre

balsámico y arroz moreno. Avery, delgada y ligera, estaba ocupada tras la barra y pasaba de una tarea a la otra con rapidez y decisión. Me dirigí a la sala y escogí una mesa que daba al lago. Una camarera con un gorro de color verde brillante y delantal me tomó nota: una alcachofa asada, judías verdes y una tortilla de clara de huevo. Me trajo café caliente en una taza de color verde brillante. Bebí unos sorbos y hojeé de nuevo los papeles amarillentos que había encontrado, preguntándome quién era Iris y qué fue de ella, mientras el agua del lago fluía serenamente.

Llevaba el portátil en la bolsa; había gente que estaba trabajando en sus mesas, así que lo saqué y encontré inmediatamente una conexión a Internet. Tenía veintisiete e-mails, tres de ellos de Yoshi. Había enviado uno desde su móvil la noche anterior —«tomando una copa, ojalá estuvieras aquí»— y le imaginé en uno de esos ruidosos bares donde le gustaba ir después del trabajo para comer *yakitori* o fideos y beber algo... En realidad, una extensión de la jornada laboral. Los otros dos eran breves y formales: me informaba de las consultas de unos alumnos potenciales. En el último de los dos, había adjuntado una foto tomada desde el balcón de nuestro dormitorio en la que se veía el tejado de cobre de casa de los Fujimoro y el destello del mar distante. «Por la noche me despierto con el sonido de los trenes que pasan. Te echo de menos». Guardé el mensaje. Yo también le echaba de menos.

La camarera me trajo lo que había pedido junto con un panecillo de canela.

—Con los saludos de la chef. Avery está muy ocupada, pero le dice «hola».

—Lo mismo de mi parte. Hola y felicidades. Este lugar es magnífico.

Y lo era, la tortilla estaba muy tierna y el panecillo era tan succulento y mantecoso que se me fundía en la boca. Comí despacio, saboreando la comida y el aire fresco y las ondulaciones del agua. Casi había terminado cuando Art entró con mi primo Joey y se sentaron a una mesa al otro extremo de la sala. Si Art había acabado pareciéndose a mi padre, la verdad era que Joey y Blake hubiesen podido ser hermanos. Joey tenía el mismo pelo rizado, aunque el suyo era más oscuro, y los mismos ojos impactantes de color azul y verde con largas pestañas.

Yo no quería ver a Joey. No quería ni siquiera pensar en él. Aunque le había visto en el funeral y en el velatorio y de vez en cuando durante los años siguientes, prácticamente no había hablado con él desde que nos cruzamos en el barranco la noche en que murió mi padre. Aquella noche, Keegan y yo estábamos junto a la curva de las cascadas, con el agua rugiendo a nuestro alrededor, y por eso no oímos las puertas de los coches al cerrarse, ni las voces que se acercaban. No les vimos hasta que empezaron a reunirse en la orilla, pisando los trozos de pizarra, con sus caras brevemente visibles a la luz de los mecheros cuando encendían cigarrillos y porros. Sus risas cortaban el aire nocturno y el rumor del agua. Había una docena de personas del grupo de moda del instituto, salían juntos a comer y por el pueblo después de clase. La mayoría eran niños ricos, llevaban zapatos náuticos y polos y tejanos de marca y conducían coches nuevitos. Keegan y yo nos quedamos tan quietos y silenciosos como dos ciervos hasta que el haz de una linterna me iluminó la cara.

—Ah, es solo Lucy. Lucy Jarrett y Keegan Fall.

No teníamos más remedio que unirnos a ellos.

—Eh, prima —dijo Joey, que emergió del grupo mientras abría una lata de cerveza. Alguien había encendido una bengala y aquella luz irregular poblaba su cara de sombras extrañas. Desde la ruptura entre nuestros padres, nos cruzábamos por los pasillos de la escuela y del instituto como si no nos conociéramos, así que no me fie de ese repentino tono amistoso—. ¿Qué te parece? ¿Por qué te has cortado el pelo tan corto, prima?

—Porque me apetecía —dije yo.

Él se rio; no era su primera cerveza.

—He oído decir que te vas al oeste.

—Es verdad.

—También he oído que te han concedido una beca importante.

—Es verdad —repetí. La carta había llegado el día anterior, y pensar en ella todavía me hacía sentir una oleada de placer.

—Eso es bueno. Me alegro de que te saliera bien. —Y entonces, antes de que yo pudiera decir «gracias» (sí, iba a darle las gracias), añadió—: Claro, como te hacía tanta falta...

—Vamos, Lucy —dijo Keegan en voz baja. Su estrategia ante las peleas (y su madre era un miembro muy reivindicativo de la nación seneca, así que él había recibido una buena cantidad de provocaciones a lo largo de los años) siempre era escabullirse y desaparecer, pero yo me quedé donde estaba, con la corriente rompiendo alrededor de mis tobillos.

—¿Qué quieres decir, Joey? Me he ganado esa beca.

—Claro —dijo Joey. Era una sombra en la orilla iluminada por la luna—. En esta vida hay que hacer lo que hay que hacer, ¿verdad? Si tienes que trabajar, pues trabajas. —Se encogió de hombros y levantó la cerveza—. Me alegro de que puedas ir a la universidad, después de todo, Lucy. Brindo por ti. —Y bebió un trago.

Keegan me agarró del brazo.

—Vámonos —susurró. Dejé que me arrastrara, pero no nos fuimos del barranco. Yo no podía dejar las cosas así. Sabía incluso entonces que estaba atrapada en algo mucho más grande que ese simple momento insultante, en una dinámica oscura que había heredado con la misma seguridad con que había heredado los ojos de los Jarrett o el don de escuchar las cerraduras. Keegan y yo nos agachamos a unos metros de distancia, entre el denso y verde follaje veraniego; esperé hasta que Joey y sus amigos se quitaron la ropa y vadearon el agua hasta las cascadas para poder atravesar a toda prisa las cortinas de agua o echarse en las charcas que se habían formado en la roca con el paso del tiempo. Cuando estuve segura de que no nos verían, me acerqué a la orilla, agarré la ropa y las llaves de Joey y eché a correr.

—¿Es una buena idea? —preguntó Keegan, pero yo no dudé en absoluto. Tiré la ropa a las ramas más altas que pude alcanzar. Su camisa roja era una bandera distante,

sus tejanos de moda colgaban de una rama inalcanzable, sus llaves salieron despedidas hacia la oscuridad y cayeron con un susurro entre unos tupidos arbustos. En ese momento me daba igual si Joey tenía que volver a casa desnudo. Podía pasarse toda la noche buscando su ropa; podía subir hasta la cima de las cascadas y tirarse de cabeza al fondo, me daba lo mismo.

Mi primo todavía vestía bien: llevaba pantalones de tela de paracaídas y una camisa de algodón azul oscuro. Cuando sonrió a la camarera, las comisuras de sus ojos se arrugaron; era encantador y sabía flirtear. La risa con que ella le respondió se oyó por toda la sala. Hay cosas que, después de todo, nunca cambian. Cerré mi carpeta, con sus polvorientos descubrimientos del pasado, guardé mi ordenador, pagué la cuenta e intenté escabullirme entre las mesas llenas de gente antes de que se dieran cuenta que estaba allí. Demasiado tarde. Art me vio, me llamó y me hizo señas para que me acercara. Para mi sorpresa, Joey se levantó cuando llegué a la mesa y me pasó un brazo por los hombros. Me pregunté si recordaba lo que había pasado en las cascadas.

—¿En casa una temporada? —me preguntó.

—Un par de semanas. ¿Y tú? —Lo último que sabía de él era que estaba sin empleo, y que andaba por Los Ángeles estudiando cine, cosa que me había hecho sentir bastante satisfecha cuando leí la noticia en una carta de mi madre, sentada en mi elegante despacho de Yakarta.

—Le he convencido para que trabaje aquí este verano —intervino Art—. Estoy intentando empezar una dinastía. ¿Por qué no? Entre Joey y tu hermano, el negocio podría tener un futuro bastante brillante. Por cierto, ¿tú no estarías interesada, Lucy? Porque siempre habrá sitio para ti, si quieres.

Sonreí educadamente, preguntándome qué debía de opinar Joey de la súbita magnanimidad de Art, y decidí no comentar que la idea de una dinastía le había importado bien poco cuando mi padre estaba vivo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta. ¿Un proyecto importante? —pregunté señalando con la cabeza los rollos de papel de dibujo que había sobre la mesa.

—Ah, eso. —Art sacudió la mano—. Solo unas ideas en las que estamos trabajando. Siempre hay que seguir inventando, ¿sabes? Mantenerse a la cabeza.

Joey había estado examinando la sala, que ahora estaba llena a rebosar, y no nos miró mientras hablaba, sino que siguió observando las mesas.

—Exacto. Hay que ir un paso por delante de las tendencias. Y, hablando del tema, Avery tiene una auténtica mina de oro aquí —añadió. Luego me miró y me guiñó el ojo—. Puede que tenga que hacer lo posible para robársela a Blake, ¿a ti qué te parece?

Una broma, me dije, solo es una broma. Pero recordé en ese momento por qué me sentí tan feliz al robar la ropa y las llaves de Joey. Recordé mi disgusto y mi rabia.

—Creo que estáis ocupados —dije forzando una sonrisa y empezando a irme—. Supongo que ya nos veremos.

—He oído decir que es fabuloso —dijo la mujer, tan metida en su conversación que casi se me echó encima cuando salí del restaurante. Llevaba una bolsa de *patchwork* colgada del hombro y tuve que dar un paso atrás para dejarla pasar.

—Oh, es muy bueno —dijo otra mujer—. Estuve aquí la primavera pasada, cuando abrió. Te dejan probar, ¿sabes? Es toda una experiencia. Te guían paso a paso. Apenas hay que usar aire. No es como hinchar un globo ni nada de eso. Yo hice un huevo de cristal.

—¿De veras? Yo quiero hacer uno.

—Seguro que puedes.

—Debe de ser muy bueno.

—Oh, lo es, ha ganado premios.

Me pasaron por delante, caminando bajo el sol de media mañana hacia el otro extremo de la fábrica renovada. Sabía que estaban hablando de Keegan, así que las seguí mientras cantaban sus alabanzas.

No fue difícil encontrar la entrada del estudio de Keegan; un grupo nutrido se había reunido frente a los altos ventanales en el extremo del edificio, esperando que empezara la siguiente visita. Un rótulo con tres palabras grabadas y de muchos colores colgaba de la puerta: taller de cristalería. Cuando lo vi más de cerca, me di cuenta de que era un mosaico hecho de pequeños fragmentos de cristal fundidos en una sola pieza. No podía ver gran cosa por encima de las cabezas del grupo, solo árboles y agua reflejados en la ventana y el resplandor distante del fuego más allá del cristal. Los de las primeras filas parecían hechizados y emitían suspiros de fascinación. Había muchas mujeres adineradas como las dos que me habían pasado por delante, pero también había varios jóvenes vestidos principalmente de negro y dos grupos de adolescentes que parecían haber venido de excursión.

Resultaba frustrante no poder ver nada, y estaba a punto de irme cuando una guía abrió al fin las puertas dobles de cristal y nos invitó a entrar. El grupo empezó a fluir hacia dentro; yo seguí la corriente. Un hálito de calor nos engulló cuando entramos en la vasta sala y nos colocamos detrás de la barandilla de observación. En el espacio abierto, varias figuras se movían en una danza lenta con el fuego. La guía alzó la voz, pero yo apenas podía oír lo que decía por encima del rugido de la campana extractora y de las llamas.

En la pared más alejada, tres hornos desprendían un profundo resplandor ígneo rojo y anaranjado. Un hombre con gafas protectoras y pelo largo oscuro recogido en

una cola de caballo cruzó la sala y abrió una de las puertas del horno de cristal, revelando un interior de un naranja dorado profundo. El calor reverberaba como un velo entre su figura y el fuego. Seleccionó un tubo de una cuba con agua, lo introdujo en el horno y le dio vueltas lentamente varias veces antes de sacarlo, convertido en una masa de vidrio fundido y resplandeciente en el extremo.

El cristal, tan espeso como el caramelo, cambió sutilmente de forma mientras se lo llevaba a una larga mesa de metal, donde empezó a hacerlo rodar, alisando y alargando el cristal blando sobre la superficie de acero. El color fue desapareciendo lentamente y el cristal se fue haciendo más claro con cada movimiento hasta llegar a ser completamente transparente. El hombre se sentó, girando todavía el tubo lentamente, y entonces lo levantó, acercó el extremo a sus labios y empezó a soplar.

Lo hizo muy poco a poco, de forma casi imperceptible, pero el cristal fundido empezó a hincharse, se hizo redondo como una pompa de jabón, la superficie fue afinándose y volviéndose ligeramente iridiscente, y después se hizo grande como una naranjita y luego como una manzana. El soplador comprobó dos veces su progreso y volvió a meter la masa de cristal en el horno, para ablandarla, según nos explicó nuestra guía, antes de regresar a la mesa para darle de nuevo forma con su soplo. La ayudante se acercó con una pala de madera goteando y la presionó contra la base, acción que provocó una nube de vapor cuando la madera empezó a quemarse. La ayudante apartó la pala, dejando la base del cristal ligeramente aplanada. Este proceso fue repetido varias veces y lentamente fue surgiendo la forma de un jarrón. El soplador transfirió el cristal a otro tubo, usando herramientas de metal para ensanchar la abertura, mientras la ayudante lo hacía girar. El jarrón fue liberado con un rápido golpecito, y la ayudante, con las manos enguantadas, se lo llevó rápidamente al horno de recocido para enfriarlo.

El proceso era hipnótico, y se estaba realizando en diversas fases en toda la sala. La guía anunció que habría tiempo para hacer preguntas dentro de unos minutos y que, después, si lo deseábamos, se nos ofrecería la oportunidad de soplar cristal.

Fue entonces, en el momento en que volvió a meter el tubo en la cuba de agua, con unos movimientos fluidos y precisos entre el súbito estallido de vapor, cuando me di cuenta de que la persona que daba forma al cristal con su aliento era Keegan. Sí, tenía la cicatriz triangular por encima del codo y aquellas eran sus manos, emergiendo ahora de los guantes antitérmicos, firmes y fuertes; manos que se habían curvado alrededor del manillar de su moto, manos que se habían insinuado bajo mi chaqueta en noches frías de primavera y que habían viajado por mi piel.

Keegan había sido un adolescente tenso y desafecto, atractivo a su sombría manera, pero ahora se movía con una seguridad fácil, cómodo entre la danza continua de trabajadores y fuegos rugientes, gritando instrucciones a sus aprendices. El rebelde con su cazadora de cuero, su silencio y su sonrisa dulce y torcida había desaparecido, al parecer, pero los sentimientos que había albergado por él durante todos esos años salieron a la superficie como si nunca me hubiese ido del pueblo, como si nunca

hubiese ido a la universidad y viajado por el mundo.

Keegan se quitó las gafas protectoras y se acercó a nuestro grupo. Sus brazos eran musculosos de tanto trabajar el cristal. Era más delgado de lo que le recordaba, y también parecía más alto. Contemplé, fascinada, cómo señalaba los hornos y el equipo, cómo respondía preguntas, pero en realidad yo no estaba prestando atención a nada de lo que decía. Estaba recordando cómo eran siempre las cosas entre nosotros: Keegan esperando en las sombras del aparcamiento mientras yo cerraba la tienda de bocadillos y me arrancaba los guantes de plástico, me quitaba el uniforme de poliéster naranja y marrón. Mientras me quitaba de las manos el olor a jamón, la grasa y la sal de las patatas fritas, mientras me quitaba la redcilla de los cabellos y los sacudía, y me ponía mis tejanos, una camiseta corta y mi chaqueta de cuero negro. Cruzaba el aparcamiento y montaba sobre la moto, presionando mi cuerpo contra el suyo cuando salíamos disparados hacia la noche.

La gente empezó a ponerse en fila para esperar su turno para soplar cristal, pero yo me contuve y me quedé mirando. Uno a uno, Keegan les ayudó a crear una esfera iridiscente. Fueron depositadas a un lado para que se enfriaran, y los turistas fueron conducidos a la salida, pasando a través de la tienda de regalos. Al fin me quedé sola, ahí sentada. La ayudante, una mujer joven vestida con un mono de color óxido, con el pelo rojo oscuro bien corto y las mejillas encendidas por el calor, se me acercó.

—Lo siento, estamos a punto de hacer una pausa para comer —dijo—. Pero la tienda de regalos no cierra. Debería echarle un vistazo. Hay cosas fantásticas.

—De hecho, estaba esperando para saludar a Keegan. Es un viejo amigo. Hace años que no le veo. Si tiene un minuto, claro.

Me estudió durante un segundo antes de asentir y darse la vuelta, con gestos ligeros y precisos, moviéndose entre el equipo del taller hasta el lugar donde se encontraba Keegan, junto al horno. Cuando ella señaló en mi dirección, él levantó la cabeza, asintió y se limpió las manos con un trapo que se sacó del bolsillo de atrás. Me di cuenta de que no me había reconocido, y me pregunté si había cambiado tanto. A pocos metros de la barandilla, se detuvo y se fijó en mí, y las comisuras de sus ojos marrones se arrugaron.

—¿Lucy? —dijo, y su sonrisa se ensanchó—. Lucy Jarrett. Vaya. Qué sorpresa. ¿Cuánto hacía...? ¿Un millón de años?

—Eh, hola —saludé. Había pasado tanto tiempo que oír su voz fue un shock, además de un placer. Lo noté por todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies—. ¿Cómo estás, Keegan? ¿Cómo te ha ido?

Saltó la barandilla y se sentó junto a mí, oliendo ligeramente a sudor y a calor, y me miró con atención, satisfecho y divertido.

—Bien, me va bien. Tengo este taller nuevo.

—Ya lo veo. No está nada mal. Tienes un montón de gente haciendo cola para entrar.

Él asintió.

—Sí, de momento no va mal, al menos. Llevo aquí unos seis meses. Me doy tres años, pero dicen que el primero es decisivo para saber si vas a tener éxito o no. Nunca se sabe... Un verano frío y todos los turistas se quedarán en casa; hay un montón de factores que no puedo controlar. —Sonrió—. Pero la verdad es que nunca he tenido miedo de arriesgarme.

—Sí, eso me parece recordarlo.

—Y tú, ¿qué? He oído que viajas por todo el mundo.

Le hablé un poco de los lugares donde había vivido y estudiado, los trabajos que había tenido, mi vida con Yoshi, en Yakarta y en Japón, que de pronto me pareció muy lejana.

—¿Sabes? —me interrumpí a mí misma, superada de pronto por el arrepentimiento que sentía por cómo habían terminado las cosas entre nosotros—. Me gustaría contarte más, y me gustaría saber cómo es que has terminado otra vez aquí, cerrando el círculo... Sé que tú también has viajado mucho... Pero, antes de decir una palabra más, quiero disculparme.

—¿Por qué?

—Por ser tan estúpida contigo después de la muerte de mi padre.

—Oh, Lucy. —Keegan sacudió la cabeza, estudió sus manos, delgadas y callosas, que tenía entre las rodillas—. Oye, es comprensible..., aunque en su momento yo no lo entendiera. Y es verdad, no lo entendí. Pero tú estabas en shock. Ya lo sé. Es muy fuerte perder a un padre, y yo no hubiese debido presionarte.

—No, en serio, fue horrible terminar las cosas de esa manera. He pensado en ello de vez en cuando durante todos estos años. Lo siento.

Él asintió, pero no dijo nada. Puse la mano sobre su brazo y él me miró, con una pregunta en su sonrisa, y yo recordé cómo nos deteníamos en algún lugar desierto, temblando todavía por el viento y por la velocidad, y aparté la mano.

—Ibas a irte al final del verano, de todas maneras —dijo Keegan—. Nunca hablamos de ello, pero yo lo sabía. Así que... ¿Qué te parece si decidimos que el pasado pasado está?

¿Era posible?, me pregunté. ¿Era posible que el pasado fuera solo el pasado? A pesar de todo, me sentí liberada de una carga de la que no había sido consciente.

La atención de Keegan había derivado hacia otra parte. De nuevo a los hornos, pensé. O quizá su ayudante, cuyo pelo rojo oscilaba mientras trabajaba, era algo más que una empleada para él. Pero entonces vi que su mirada se dirigía más allá de los hornos, hacia la pared más alejada, donde una puerta se había abierto entre los ladrillos. Un niño con el pelo oscuro y rizado estaba en la puerta, vestido con tejanos y una camiseta y descalzo. Una joven esperaba detrás de él, con las manos sobre los hombros del niño. La chica señaló en nuestra dirección y el niño saludó con la mano, y Keegan le devolvió el saludo mientras se levantaba.

—Maldita sea. Le pedí a Tina que no le trajera aquí. Es demasiado peligroso. —Keegan ya estaba saltando la barandilla. Me dijo por encima del hombro—: Lucy, si

tienes un minuto, ven a conocer a Max. Es mi hijo.

Casi todo el mundo se había ido ya, pero un par de trabajadores se habían quedado para atender los hornos y mantenerlos bien alimentados hasta la próxima ronda de visitas. No me quitaron el ojo de encima mientras yo me desplazaba por los bordes del taller y procuraba no acercarme a nada que resplandeciese, intentando superar la sorpresa monumental de haber oído decir a Keegan «mi hijo».

Le alcancé junto a la puerta. Estaba arrodillado, hablando con Max, que parecía tener seis o siete años. Tenía los ojos tan oscuros como los de Keegan y ocultaba algo en el puño cerrado. Lentamente, Max abrió los dedos y Keegan cogió un escarabajo de la pequeña palma de su mano.

—Muy bonito —dijo—. ¿Lo has traído para comer?

Max rio, encantado con el comentario.

—Qué tontería, papá.

—¿Tontería? ¿Por qué? Los insectos tienen muchas proteínas.

Max se deshizo en risitas.

—Papá.

—Ya le he dicho que daba asco —intervino Tina—, pero se lo ha querido guardar.

—Esta es mi vieja amiga Lucy —me presentó Keegan y me entregó el escarabajo, con los flancos de marrón brillante—. A lo mejor se queda a comer. ¿La invitamos? Puede que le gusten los insectos.

—¿Sabes una cosa? —dije yo—. Una vez comí insectos para almorzar. Grillos fritos, para ser exactos.

Max abrió unos ojos como platos.

—¿Te gustaron?

—Eran crujientes —le dije, volviendo a depositar el escarabajo en la palma pequeña y húmeda de Max.

Keegan rio entre dientes.

—En serio, Lucy, vente, si tienes tiempo. —Se hizo a un lado para que Tina pudiera irse. Era esbelta, con cierto aire travieso y muy callada; metió las manos en los bolsillos de su sudadera mientras Keegan sacaba unos billetes de la cartera y le daba las gracias por haber venido con tan poca antelación. Dio un empujoncito a Max para que subiera las escaleras—. Con insectos o sin insectos, tengo que darte algo de comer. La otra canguro llegará a la una en punto. Mamá está enferma, ¿verdad, amiguito? —dijo Keegan, alborotando el pelo de Max.

—Entonces no debería subir —dije—. No quiero molestarla.

—Oh, no está aquí —repuso Keegan.

—Mamá vive en Auburn —confirmó Max.

—Estamos separados —explicó Keegan—. Desde el año pasado, más o menos. La canguro habitual no ha podido venir tan de improviso, así que ha venido Tina, y esta tarde vendrá Tracy. Max y yo también hemos hecho un trato, ¿verdad? Colorear un poco, jugar un rato con plastilina, una visita de papá cada hora y un vídeo.

—Y el móvil.

—Exactamente —dijo Keegan, dándose unos golpecitos en el bolsillo—. Aquí está.

Entramos en un loft con techos altísimos y suelos preciosos de pino dorado, lijado y pulido, que conservaba todas sus cicatrices. Los grandes ventanales que yo recordaba de la fábrica todavía seguían situados en una de las paredes, y Keegan había habilitado pequeñas áreas diferenciadas, utilizando el mobiliario para delimitar los espacios. Un sofá contemplaba las ventanas que daban al canal, flanqueado por una mesa de centro y dos sillas. A su lado se encontraba un área destinada a la televisión y los juegos, con enormes cojines y mesitas bajas. Era el espacio de Max, porque había lápices de colores por todas partes, animales de peluche y bloques de plástico, una caja de galletas con formas de animales abierta y un buen montón de migas sobre la alfombra.

En el lado opuesto del loft, las ventanas eran mucho más altas y la luz provenía de la planta superior. Allí, Keegan había instalado la cocina, con un mostrador que daba a la zona del comedor. Sus muebles eran eclécticos y parecían sacados de una tienda de segunda mano; los armarios eran de acero inoxidable, el comedor, de estilo danés moderno de los años cincuenta. En una pared blanca había estantes que exhibían hileras de aislantes de vidrio azul moldeado, dispuestos como pequeños sombreros de cristal; habían sido elaborados en aquella misma fábrica durante los días de gloria del pueblo, me explicó Keegan, antes de que el precio del petróleo se pusiera por las nubes y se inventara la fibra óptica y las empresas huyeran hacia el sur. Tenía la costumbre de coleccionarlos. Toqué aquel vidrio azul marino, transparente y lleno de burbujas de aire, e intenté imaginar un tiempo en que aquellas naves habían estado llenas del rugido de las máquinas, el calor del cristal, las voces de los trabajadores hablando a gritos. Ahora solo se oía el silencio; las aguas del canal fluían a mis pies.

Keegan se había puesto manos a la obra, y estaba extendiendo rebanadas de pan de trigo sobre la encimera y untándolas con manteca de cacahuete y mermelada.

—¿Quieres un bocadillo, Lucy?

—No, gracias. —Me senté en un taburete, mientras contemplaba cómo Keegan preparaba los bocadillos y sintiéndome como en casa. Pensé que no debía de estar mal ser Max y tener un padre tan bromista, tan interesante y tan atento como Keegan—. Acabo de comer.

—¿Una manzana? ¿Un vaso de leche?

—No, gracias.

Quería preguntarle a Keegan con quién se había casado, pero no con Max en la habitación.

—Te va a parecer una locura —dije, en su lugar—, pero este espacio se parece mucho a aquel sitio que frecuentabas. O al menos tiene las mismas vistas.

Keegan cortó el bocadillo de Max en cuatro partes y levantó la vista.

—Tienes buen ojo. Es el mismo espacio.

—¿De veras? ¿Tu viejo cubil?

—Mi hogar lejos del hogar —reconoció mientras abría la nevera para sacar la leche.

Max pidió una manzana, y yo volví al espacio lleno de muebles y contemplé el canal y sus aguas firmes. En el instituto, Keegan había descubierto aquel lugar y se había labrado allí un refugio, con un sofá de cuero hecho trizas y una caja de naranjas que hacía las veces de mesa, entre la maquinaria abandonada y los cascotes. Venía aquí para aclarar las ideas, según decía, pero la única vez que yo había venido con él todo me pareció claustrofóbico, el calor del día quedaba atrapado en aquellas salas sin movimiento y el agua fluía indiferente. Yo prefería la emoción de los paseos en moto o las noches en que tomábamos la canoa y salíamos a remar por el lago oscuro, dejando el bote a la deriva e intentando no volcarlo cuando nos besábamos.

—¿Lucy? —Keegan había cruzado la sala y estaba a mi lado—. ¿Te encuentras bien?

—Los recuerdos, nada más —le dije—. Todo es muy diferente de cómo era.

—¿Verdad que sí? Para mí también fue un shock. Pero todo ocurrió de la manera más fortuita. Estudié bellas artes, ¿sabes? En Chicago. No llegué a contártelo. Estuve toda aquella primavera en lista de espera, pero me lo callé porque en esa época no creía que lo que quería hacer con mi vida pudiese convertirse en realidad. Pero conseguí que me admitieran, y reuní suficiente dinero y suficientes becas para poder ir. Los primeros dos veranos busqué trabajo en cargueros que hacían la ruta de México y Sudamérica. También viví en México durante un tiempo.

—Suenan emocionante. ¿Por qué volviste?

—Mi madre se puso enferma. Cáncer. Era muy joven todavía. Murió hace cuatro años, y ya llevaba varios años enferma. Cogía el autobús para venir a verla cada dos meses, más o menos. Una de sus enfermeras era Beth Rowland. ¿Te acuerdas de ella?

—¿No tenía un hermano? ¿Dave?

—Exacto, Dave. Bueno, una cosa llevó a la otra. Me transferí aquí, a la Universidad Alfred, y Beth y yo nos casamos. Demasiado rápido y demasiado jóvenes. Muy pero que muy jóvenes. —Se cruzó de brazos y contempló el agua a través de la ventana—. Cuando Max nació, nuestro matrimonio ya casi había naufragado. Fue una mala época para mí. Un día estaba paseando por el canal y vi unos carteles de se alquila en este edificio. Los pisos todavía no estaban terminados, y aún no habían vendido ninguno, así que pude elegir; querían tener un inquilino fijo para atraer a otros, así que el precio era razonable. Un lugar donde vivir y un buen estudio taller. Fue como un regalo. Y aquí estoy.

—Siento lo de tu madre —le dije—. No lo sabía.

—Siempre le caíste bien, ¿sabes?

Sonreí, pensando en Beth Rowland, a quien solo recordaba vagamente. Una chica atlética y elegante con el pelo castaño y ondulado. Max se parecía a ella, estaba claro, y por alguna razón aquello me hizo sentir súbitamente privada de algo. Nunca me

había permitido pensar en qué habría ocurrido si no hubiese cortado con Keegan de una manera tan abrupta. Necesitaba irme, y lo había hecho, pero nuestras vidas habían estado íntimamente ligadas aquella última primavera antes de que muriera mi padre. Hubiese podido ser yo quien se casara con Keegan, y compartir con él esta vida estable e interesante que se había labrado.

—¿Puedo comer más galletas de animales? —preguntó Max.

—Eso depende de cuántas jirafas te hayas comido ya —le dijo Keegan—. Más de tropecientos mil y tendrás que dejarlo. —Max rio—. Vuelvo loca a su madre —me confesó Keegan con una voz más suave—. Pero, cuando él está aquí conmigo, quiero que sea feliz.

Le pregunté dónde estaba el baño y Keegan señaló más allá de la cocina, hacia otro espacio abierto donde estaban las camas, una grande y una cama nido para Max. El baño estaba más allá y las paredes apenas eran más altas que yo. Las cañerías estaban al descubierto. Me sequé las manos con una toalla blanca almidonada y salí de allí, buscando un espejo.

Entonces vi las ventanas, hermosas vidrieras apoyadas sobre las enormes ventanas del loft. Dos eran contemporáneas, de colores brillantes y formas geométricas. Imaginé que eran obra de Keegan. La tercera era muy distinta, una escena brillante y suntuosa de estilo *art nouveau*. Mostraba una historia que me parecía vagamente familiar, dos hombres destripando un saco de grano para revelar un cáliz de plata oculto en su centro. Una multitud reunida, incluidas varias mujeres, y una en particular, con un vestido verde, que se mantenía apartada de los demás. La calidad artística de la vidriera era evidente incluso para mi ojo inexperto. Aunque estaba muy sucia —una esquina había sido limpiada, pero nada más— los colores eran fuertes e intensos. Sin embargo, todo aquello era secundario en lo que mí respectaba. Lo que me hizo detener fue el borde, muy intrincado, con un dibujo que había visto por primera vez precisamente aquella misma mañana: una hilera de esferas superpuestas, lunas blancas enlazadas que reposaban sobre un lecho de brotes como de encaje y de flores brillantes.

—Keegan —dije sin moverme—. ¿De dónde has sacado esta vidriera?

—¿Cuál?

—La del saco de grano y el cáliz. La que tiene ese borde.

—¿La vidriera de José? —Keegan entró en el dormitorio. Max le siguió, se subió a la cama nido y se tumbó boca abajo, reposando la cabeza sobre los brazos cruzados mientras nos observaba.

—¿Estás cansado, amiguito? —preguntó Keegan. Cubrió a Max con una manta hasta los hombros—. ¿Qué te parece si descansas un poco? Te pondré tu cinta.

—No quiero —dijo Max, pero no se movió.

—Ya lo sé. Solo será un minuto, cierra los ojos.

Keegan metió una cinta en un viejo magnetófono y empezó a sonar una alegre canción sobre un desfile de animales. Me hizo una señal con la cabeza y cogió la

vidriera en cuestión para llevársela hacia la zona de estar, donde la apoyó contra los ventanales. Allí los colores eran todavía más fuertes.

—Necesita una buena limpieza, ya se ve. La sacaron de la capilla que hay en la zona del depósito militar. Por alguna razón, nunca fue instalada. La encontraron dentro de un armario, en la parte de atrás. Ya sabes que han cerrado el depósito, ¿verdad?

—Vi una manifestación de protesta delante el día que llegué.

Él asintió.

—Sí, va a haber guerra por esos terrenos, sin duda. Pero cuando construyeron la base, cuando expropiaron esas tierras, allí había un pueblo próspero y una pequeña capilla de la misión que fue construida por la iglesia del pueblo. Después de Pearl Harbor, la tierra se despejó rápidamente para crear la base. Eran tiempos de guerra y, aunque hoy en día cueste creerlo, la gente solo pudo coger sus efectos personales y marcharse, y absolutamente todo —casas, graneros, tiendas— fue arrasado. Pero las autoridades eclesiásticas protestaron, argumentando que el edificio y sus terrenos eran un fideicomiso sagrado. Además, también había un pequeño cementerio, así como un terreno funerario iroqués justo al lado. De manera que, cuando el pueblo fue arrasado, la iglesia simplemente fue clausurada y se la respetó, así como los cementerios; ese fue el compromiso. Hace unos meses, alguien entró en ella, imagino que por primera vez en varias décadas. Encontraron esta vidriera apoyada en la pared tras el altar y empezaron a quitar las tablas protectoras a las demás. Habían quedado olvidadas durante décadas. Todo el mundo quedó sorprendido por la calidad artística del trabajo. Hay nueve ventanas más además de esta. Las que he visto hasta ahora son de lo más excepcional. Asombrosas, de veras. Me contrataron para que hiciera una primera valoración de su calidad y para que recomendara un estudio para su restauración, cosa que necesitan con urgencia. Como esta no estaba instalada, la traje aquí para echarle un vistazo más a fondo.

—¿Sabes quién las hizo?

—Tengo alguna idea, pero nada sólido. ¿Por qué?

Me senté en el suelo delante de la vidriera, y estudié la colorista escena oscurecida por el polvo.

—Es este borde —dije, trazando una sección con el dedo por las pálidas esferas de cristal interconectadas, gruesas en algunos puntos, y los brotes y flores dibujados con plomo—. En nuestra casa había un pedazo de tela dentro de un baúl. Lo encontré mi madre hace años. Tiene tejido este mismo dibujo. Nunca había visto nada parecido, ¿y tú?

—No, nunca. Al menos, no en cristal.

—Supongo que podría ser un dibujo habitual de la época. Tendré que investigarlo. Pero la coincidencia es asombrosa. Creo que tiene que haber una relación.

Keegan se acuclilló a mi lado, tan cerca que podía notar el calor de su brazo.

—Puede que la iglesia sepa algo sobre el donante. Hay como mínimo otra vidriera con este mismo borde. Mucho más grande e imponente, de hecho; también procede de la capilla, y esa ya ha sido restaurada. Está expuesta en la iglesia del pueblo, de momento, para que la gente pueda verla mientras se limpian y se estudian las demás vidrieras. Creo que esperan reunir algunos fondos. La restauración es bastante costosa. Deberías ir a verla, aunque solo sea porque es preciosa. Mañana voy a trabajar allí, si quieres pasarte.

—Gracias. Me encantaría. Keegan, ¿por qué la has llamado «la vidriera de José»? Se echó a reír.

—Es como la llama el rector. Aparte de eso, no tengo ni idea. Creo que es la historia sobre la túnica de muchos colores, cuando arrojan a José al pozo y se lo llevan a Egipto. Tengo entendido que esta escena tiene lugar hacia el final, cuando sus hermanos al fin le encuentran durante la hambruna.

—¿De veras? Yo no recuerdo un cáliz en esa historia. —El cristal cerca de la base de la ventana era grueso y ligeramente torcido, como si hubiese empezado a resbalar y a acumularse—. Parece como si se estuviera fundiendo —añadí.

—En cierto modo, sí. El cristal no es un sólido, en realidad. Siempre ansía regresar a su estado fluido. Con el tiempo, el plomo se debilita y la gravedad tira de él. Por eso la restauración es tan necesaria. De otra manera, el cristal acabará perdiendo su forma y la vidriera se habrá perdido.

Sonó un timbre. Keegan se levantó y abrió la puerta que daba al taller. Tuvo una conversación en voz baja y apresurada con la nueva canguro, durante la cual yo recogí mi bolso y los papeles que había estado acarreado todo el día; había notado que el tempo cambiaba, me sentía emocionada por haber descubierto la vidriera y a la vez como si de pronto estorbara.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —le pregunté mientras empezaba a bajar las escaleras, y Keegan hizo una pausa para sonreírme y saludar y decirme que nos veríamos a las diez en St. Luke.

La siguiente visita ya había empezado, los hornos rugían, la guía explicaba el proceso a un nuevo grupo de turistas hipnotizados. La única salida era a través de la tienda de regalos y me detuve allí a admirar algunas piezas: jarrones y platos, atrapasoles y delicadas esferas. Al volverme, mi bolso se enganchó en la esquina de un expositor, y, cuando intenté coger el perfecto huevo de cristal que la sacudida había dejado suelto, di un golpe a otro expositor y empezó a caer una cascada de platos, cada uno arrastrando al siguiente, hasta que el último golpeó un bol rojo oscuro y lo envió directamente al suelo, donde se hizo añicos.

—No se mueva —dijo la dependienta, levantando las manos con las palmas abiertas como si quisiera impedir el paso a una ola—. Usted quédese quieta y respire hondo.

Lo hice, mientras ella recogía los pedazos.

—Solo un bol —dijo, al fin, y se negó a dejármelo pagar—. Son cosas que pasan.

Salí con muchísimo cuidado, disgustada y súbitamente también agotada. Seguía haciendo un día precioso, ventoso y cambiante. Las nubes que habían amenazado con descargar un chaparrón ya estaban más dispersas y la tarde empezaba soleada. El Impala flotó sobre las colinas y el lago destelló entre los árboles. No esperaba sentirme tan conmovida al volver a ver a Keegan. Quizá era simplemente porque las cosas habían terminado de una manera muy abrupta entre nosotros, sin ninguna sensación de clausura o ninguna amabilidad por mi parte, pero los antiguos estremecimientos de aquellos últimos y salvajes días de primavera volvían a estar presentes, fuertes e inquietantes.

Cuando llegué a casa, la encontré vacía. Mis pasos hacían un eco que se desvanecía por las diversas capas de espacio, arriba y abajo, y en ese momento comprendí por qué mi madre había cerrado tantas habitaciones. Subí a mi dormitorio y me sumergí en un sueño consecuencia del jet lag, reparador, profundo, sin sueños.

Desperté bien entrada la tarde. Mi madre todavía no había llegado. Las ventanas de su estrecho dormitorio de la planta baja estaban abiertas y entraba un aire fresco tamizado a través de los pinos. Había un vestido amarillo tirado sobre la cama, en una esquina, casi en el suelo. La puerta del armario estaba abierta y la ropa colgaba torcida de las perchas, o de los pomos de las puertas, en una especie de caos exuberante que me pareció completamente fuera de lugar. Inquieta, me puse el mismo bañador que ya había usado, azul cobalto y todavía ligeramente húmedo, y me dirigí al lago.

Las puertas del cobertizo de las barcas se abrieron con un gran gemido, y penetré en la fresca oscuridad, oí los lametones del agua justo debajo de la lancha, que estaba en cabestrillo. Levanté mi kayak verde oscuro de los ganchos de los que colgaba en la pared y lo saqué por las amplias puertas hacia la playa. A medias entre en el agua y los guijarros de la playa, se movía ligeramente con las olas. Me metí en el agua, subí al kayak y apoyé el remo en el fondo rocoso hasta que el agua fue lo bastante profunda como para poder remar. Soplaba una ligera brisa y mis músculos se movían a un ritmo que me era muy familiar como la respiración. Las hojas revoloteaban contra el cielo vívido.

Me deslicé por el agua de un azul oscuro, siguiendo la línea de la orilla a medida que se curvaba hacia el lago, hacia el lugar donde los sedimentos de un arroyo dejaban un rastro de lodo y empezaban las marismas: un macizo de aneas, roto por flores púrpuras, pájaros cantores que iban y venían, rojos y amarillos y azules intensos en contraste con los juncos apagados. Aquí era donde siempre nos habíamos detenido, la frontera invisible entre nuestra tierra y el depósito militar prohibido. Me dolían los brazos. Dejé el remo y el kayak empezó a ir a la deriva. Las sombras de los peces centelleaban debajo de mí. Percas, quizá carpas; mi padre hubiese sonreído al verlos. El viento agitaba los juncos y las olas lamían el bote. En la orilla habían crecido árboles, que terminaban abruptamente al borde de campos llenos de hierbas altas que también se ondulaban como la superficie del lago.

Ocurrió de forma inesperada, como ocurre a menudo con los momentos de gran belleza. Mientras iba tranquilamente a la deriva, hilando uno tras otro los emocionantes descubrimientos de aquel extraño día, los ciervos empezaron a salir de entre los árboles. Los legendarios ciervos blancos, salvajes y esquivos; nunca antes los había visto, y me quedé muy quieta. Uno a uno, hasta que hubo cinco de ellos, temblando por un momento en el límite de la arboleda, antes de que algo los asustara y saltaran bien alto para empezar a correr como nubes raudas por los campos.

Aquella noche, mi madre llegó a casa en un Prius de color verde pálido. La oí reírse al pasar la mano sana por las asas delgadas de las bolsas de plástico. Luego bajó del coche y sonrió cuando este dio marcha atrás, ya que tenía un brazo en cabestrillo y la otra mano cargada con las bolsas y por lo tanto no podía saludar. El conductor, sin embargo, sí lo hizo y sacó la cabeza por la ventana para decir adiós. Su rostro era anguloso y amable, y tenía el pelo negro salpicado de blanco; mi madre se quedó en el camino de entrada hasta que el coche desapareció de la vista.

Comimos nuestra sencilla cena —pan francés, aceitunas de Kalamata sin hueso, queso de Brie ahumado y una ensalada verde— en la encimera de la cocina, intercambiando historias sobre lo que nos había ocurrido durante el día. Las suyas eran sobre la gente que había entrado y salido del banco, gente que yo quizá recordaría; las mías eran sobre los cambios que había experimentado el pueblo. Ella había visitado el taller de Keegan la primavera pasada y me enseñó un plato que había comprado: cristal amarillo brillante con un borde festoneado. Después, lavamos los pocos platos que habíamos usado, nos servimos un poco más de vino y salimos al patio, donde mi madre me estuvo supervisando mientras yo colgaba adornos y decoración diversa para su fiesta del solsticio: pequeñas luces escondidas entre los arbustos y las plantas, incluso cayendo en cascada entre las peonías que habían crecido sin control en su antiguo jardín nocturno. Mientras trabajaba pensé en mi padre. La última vez que había estado en aquella fiesta, el verano antes de morir, colgó farolillos a lo largo de toda la orilla y encendió una hoguera que duró toda la noche. Yo colgué de las ramas de los árboles algunas plantas en cestos blancos. También até cintas a las ramas y reorganicé el mobiliario.

Por la mañana nos levantamos temprano e hinché globos con el tanque de helio especial para fiestas que mi madre había comprado. Luego los até a las barandas del porche, a la valla del césped y a las ramas de los árboles, donde flotaban como pequeños planetas errantes. Fuimos al pueblo bastante temprano para que yo pudiera estar en la iglesia a las diez. Después de dejar a mi madre, aparqué y permanecí unos minutos en el Impala, revisando mensajes en mi móvil. Yoshi me había enviado por email las fechas de su viaje a Indonesia y un par de sugerencias sobre posibles vuelos hacia aquí. Empecé a responderle por SMS, pero de pronto tuve ganas de oír su voz, quizá para poder afianzarme en medio de aquella vorágine de dinámicas inesperadas del pasado, así que le llamé. Descolgó al segundo tono. Su voz era tan firme y familiar que sentí una oleada de bienestar, un sorprendente deseo de verle.

—Hola, ¿dónde estás? —le pregunté.

—En la cocina. Tomando una copa. Repasando unos documentos.

—En la cocina —repetí—. Ojalá estuviéramos bailando.

—Ojalá.

—Sí... Me gustaría estar bailando en la oscuridad contigo.

Yoshi rio, complacido. Pude notar lo.

Hablamos un poco sobre sus planes de viaje, y cuando colgué el aire a mi alrededor parecía limpio y vacío, como si fuera nuevo.

Los turistas habían empezado a llenar el pueblo para acudir a la feria de arte que se celebraba en el parque, y me dirigí a contracorriente hacia la iglesia. Sus puertas tenían forma de arco apuntado y estaban pintadas de rojo oscuro. Las bisagras y los acabados de hierro eran a la antigua usanza, con dibujos elaborados y profundos ojos de cerradura, todo hecho para parecer obra de una época anterior. El hierro intrincado resaltaba poderosamente contra el rojo profundo de la puerta. Dentro, flotaba una nube de silencio, una profunda quietud que me predispuso a escuchar, y el olor a madera y cera. Me detuve en el umbral para adaptarme al silencio, a la luz débil. El suelo era de baldosas de cerámica de color óxido; los bancos, de roble oscuro y pulido, y las vidrieras luminosas se veían muy vivas en la penumbra de la iglesia.

Cerré los ojos un instante, y empecé a recordar. De pequeña, había acudido aquí dos veces por semana, para ensayar con el coro y para asistir al lento servicio dominical. Blake y yo no sabíamos estarnos quietos en los bancos, y nos pasábamos notas y dibujos garabateados en los sobres de los donativos mientras nuestros padres nos dirigían miradas de censura. Recuerdo el ritual de tener que levantarse, permanecer de pie y arrodillarse; las plegarias pronunciadas al unísono, las mismas cada semana, y luego los rezos silenciosos, más misteriosos, durante los cuales yo me arrodillaba, muy pendiente de cuanto ocurría a mi alrededor, consciente de la respiración de todos los fieles. En aquella época, Dios me parecía tan silencioso como mi padre, tan desaprobador como mi tío, tan distante como el retrato de mi bisabuelo en el vestíbulo. Cuando cerraba los ojos, aquellas eran las miradas que sentía y eso siempre me ponía nerviosa. A pesar de ello, con ocho, diez, doce años, lo hacía lo mejor que podía y rezaba por las cosas habituales: las notas, los chicos, el polluelo que se había caído del nido y cuya vida minúscula temblaba en mi mano. En séptimo, alarmada por la contaminación, recé mucho por los ríos y los lagos.

Pero, aunque todas las historias que allí se contaban parecían excluirme —durante mi niñez, el único papel formal para una mujer en aquella iglesia era ayudar a colocar la sabanilla en el altar o cantar en el coro—, yo seguía sintiéndome atraída por algo a lo que no podía poner nombre, el profundo silencio, quizá, o la sensación de misterio que el silencio evocaba. Incluso siendo adolescente, cuando cabalgaba a lo loco en la moto de Keegan Fall, seguía asistiendo a la iglesia. Cuando las normas cambiaron al fin —fue toda una controversia que duró décadas—, fui una de las primeras chicas en convertirse en acólito. Recordé lo que sentí al vestirme con la túnica blanca de

algodón que caía en suaves pliegues hasta mis tobillos, al atarme la soga del cinturón, al levantar la pesada cruz de hojalata y conducir lentamente al coro por el pasadizo central. Me sentí a la vez feliz y desafiante, con el pelo corto aquella última primavera que pasé en casa, con unos tejanos recortados debajo de la túnica.

Luego mi padre se ahogó. Durante su funeral me senté en nuestro banco habitual, con su ataúd cubierto de flores delante del altar.

«Concédenos la gracia para confiarte a tu siervo, Martin». Nos pusimos en fila para recibir la comunión, uno a uno, mientras el eco de la iglesia nos devolvía el roce de nuestros pasos, las toses disimuladas y los carraspeos. Nos arrodillamos juntos, mi madre a un lado y Blake al otro, y en la pausa entre la hostia y el vino, oí la tenue respiración de ambos, mientras mi tristeza y mi melancolía eran tan grandes que las imaginé capaces de partirme por la mitad. El sacerdote se movía tras la barandilla de madera, ofreciendo primero las hostias y después el cáliz de una boca a otra. «El cuerpo de Cristo, el cáliz de la salvación». Yo no creía en eso de forma literal, no tenía ninguna lógica, pero, a pesar de todo, a menudo sentía una sensación de misterio, de anhelo y de anhelo respondido en aquel ritual y aquel lugar.

Así que esperé, arrodillada entre mi madre, que tenía los ojos enrojecidos y el pelo plateado recogido austeramente, y Blake, vestido con un traje que ya le resultaba varios milímetros demasiado corto de mangas. Esperé, pero cuando me levanté, con el vino a la vez dulce y amargo en la boca, y tomé el estrecho pasillo que pasaba por detrás del órgano para regresar al presbiterio, no me sentí curada de mi dolor. Ni tampoco se transformó el mundo. Me detuve un momento y contemplé los rostros familiares que llenaban los bancos, entre ellos los de mi primo Joey y el tío Art, su mujer Austen con la pequeña Zoe sobre la falda, todo el mundo vestido de negro, algunos llorando o secándose los ojos. Los ricos seguían siendo ricos, los propietarios de barcos y de negocios que confiaban en mi padre para que les abriera las cerraduras, para que les desvelara sus secretos y sus tesoros. Y los pobres seguían siendo pobres. Tenían los mismos sueños y secretos y pérdidas y frustraciones que antes. Mi padre se había ido, para siempre, pero dentro de unos minutos todos regresaríamos a nuestras vidas, y el día a día se cerraría sobre su ausencia tan bien como el agua sobre la roca.

«Lucy —susurró mi madre, que pasó el brazo por el mío—. Lucy, cariño». Se dirigió hacia la puerta de la iglesia, y yo hice lo mismo.

Aquella había sido la última vez que había estado dentro de esa iglesia.

El aire estaba en calma y silencioso. En India y Japón había visitado templos que contenían ese mismo silencio en expansión, una calma que invitaba a la quietud y a la escucha atenta; en Indonesia la llamada a la plegaria cruzaba el aire cinco veces al día. Pero hacía años que no me reencontraba con mis propias tradiciones, y la iglesia me pareció nueva y familiar a la vez: el presbiterio más iluminado, las vidrieras más vibrantes. Empecé a recorrer el pasillo central. Había andamios en la parte anterior, junto a la ventana más cercana a la pila bautismal, y el suelo bajo dicha ventana

estaba lleno de herramientas dispuestas sobre una lona. El cristal de la ventana era transparente. Un instante después, Keegan apareció por la puerta estrecha que conducía detrás del órgano, silbando.

—Hola —dijo con una sonrisa al verme; su voz resonó por toda la nave de la iglesia.

—Hola.

—¿Cómo has entrado?

—La puerta... no está cerrada.

—¿De veras? Debería estarlo. Un momento.

Eché a correr hacia la puerta. Cuando regresó, señaló la ventana transparente.

—Esta se la llevaron para repararla; la traen esta tarde. Estoy quitando la masilla vieja para acelerar el proceso.

—¿Es una de las vidrieras con el borde?

—No, esas siguen todavía en la capilla del depósito. Todas menos la más grande, que fue enviada a limpiar y está aquí en exhibición durante un tiempo. ¿Quieres verla?

—Sí, pero me temo que te he interrumpido.

—No pasa nada. Me gusta enseñar la vidriera. Está en la otra sala, donde guardan la ropa, la comunión y el vino. Ven conmigo.

Lo hice. Todo en Keegan me resultaba familiar: la forma de sus orejas, el balanceo de sus brazos, el pelo que se le había escapado de la goma azul oscuro que usaba para sujetarlo. «¿Te acuerdas? —quería preguntarle mientras le seguía por el estrecho pasaje y subíamos tres escalones para entrar en otra habitación—. Aquellas noches en que salíamos al lago para ver salir la luna, dejando que las olas y las corrientes nos llevaran donde quisieran».

Keegan abrió la puerta cerrada con llave y esperó a que yo entrara en la pequeña sala de la sacristía, que tenía una forma extraña y las paredes repletas de armarios y estanterías.

—Aquí era donde me ponía la túnica. Por cierto, no uses ese fregadero.

Keegan sonrió.

—Sí. Ya me lo advirtieron. Una cañería que desemboca directamente en el suelo. Solo para el vino de la comunión. Nada de limpiar ahí los pinceles.

—Es interesante, como si la tierra fuera sagrada, igual que el vino.

—Lo es.

—¿Interesante o sagrada?

Keegan lo meditó.

—Yo me refería a interesante. Pero diría que las dos cosas. Ven, vamos a ver la vidriera. Está colgada tras esa esquina, en la hornacina.

Pasé frente a los armarios llenos de vestiduras y me detuve al volver la esquina, atónita por el tamaño y la belleza de la vidriera. Colgaba ante una gran ventana transparente que daba al lago, y por lo tanto el mosaico de cristal plomado estaba

inundado de luz y los colores manaban de él, desparramándose sobre mis brazos y mi cuerpo y el suelo. Unos pájaros volaban a través de un cielo profundamente azul y, abajo, unos peces multicolores nadaban en un mar más oscuro; por los bordes trepaban brotes vegetales y flores que mostraban brillantes tonalidades y matices, y entre la flora había animales de todo tipo: cebras y lagartos, conejos y elefantes, rodeados de árboles exuberantes cuyas hojas variopintas parecían agitarse. Había también figuras humanas que crecían como los árboles y las flores de la tierra rojo oscuro; eran visiblemente humanos pero no se distinguía si eran hombres o mujeres; estaban de pie con los brazos levantados, con sus manos transformándose en hojas, las hojas a su vez formando letras que no pude entender. En el borde inferior estaba la hilera familiar de lunas entrelazadas. Sobre esas lunas, una sola frase escrita en letras de oro luminoso.

«Pues ella es el aliento del poder de Dios..., ella renueva todas las cosas».

—No tenía ni idea de que iba a ser tan asombroso —susurré.

—¿No es increíble? La otra vidriera, la vidriera de José, también será espectacular cuando esté restaurada. Me muero de ganas de ver las que siguen en la capilla. Esta es sobre la creación. No la habían cubierto del todo, y la primera vez que la vi el cristal estaba tan sucio que no se podían ni distinguir las imágenes. ¿Ves aquellos motivos? —me preguntó, señalando unas volutas de luz clara tejidas entre las imágenes y a su alrededor—. Tardé en darme cuenta de que es viento. Al principio, cuando el cristal estaba tan sucio, pensé que quizá se habían roto algunas piezas y las habían reemplazado, pero este cristal es original, forma un todo orgánico con el diseño.

Alargué la mano a través del aire coloreado para tocar el borde de lunas superpuestas, las intrincadas flores y los brotes de plomo.

—Aquí está de nuevo ese dibujo.

—Sí. Debió de ser una pieza de encargo. Es una vidriera preciosa —añadió—. No es Tiffany o La Farge, aunque hay rastros de esas influencias, pero aun así es muy muy buena. Quien hizo esta vidriera era un excelente artesano, un buen artista. Y quien la encargó tenía un montón de dinero.

Me alejé tanto como pude y tomé unas cuantas fotos con mi móvil. Tendrían poca resolución y deseé haber traído la cámara.

—¿Es muy antigua? Porque lo parece.

—Bueno, es un diseño *art nouveau*, pero a juzgar por el cristal yo lo dataría más tarde, quizá hacia 1930 o 1940. Las técnicas que se usan para hacer vidrieras son antiquísimas, pero en el siglo XIX se empezó simplemente a pintar el cristal y se abandonó el emplomado durante varias décadas. Entonces, hacia fin de siglo, hubo un resurgimiento de las antiguas técnicas, que todavía continúa.

—¿Y la de tu estudio? ¿La vidriera de José?

—Es del mismo período. Del mismo artista, también, casi te lo puedo garantizar. Probablemente formaba parte del mismo encargo, junto con las vidrieras que todavía

se hallan en la capilla. No sé por qué no fue instalada.

La luz caía sobre mí en vibrantes manchas azules, verdes y amarillas, y pensé en la tela que había encontrado mi madre, con aquella misma pauta. La autora de las notas podía haber tejido aquella tela y quizá también había realizado aquellas vidrieras, o como mínimo había tenido algo que ver con su diseño. Pero ¿quién era la escurridiza R.? ¿Quién era ella?

—Este borde es muy particular —dije—. Estoy segura de que existe alguna relación.

—¿Sabes, Lucy?, los mecenas a menudo insistían en que los artistas incluyeran figuras de sus seres queridos, o incluso de ellos mismos, en escenas bíblicas. Lo digo por aquellas dos mujeres de la otra vidriera. ¿Te resultaron familiares?

—No lo sé. Es una idea interesante, pero no me fijé mucho en sus caras. Tendría que volver a verlas. Pero, de todos modos, haría falta algo más que un rostro. Necesito un nombre, una historia. Me estaba preguntando... Keegan, ¿puedo ir a la capilla a ver las demás vidrieras?

—Pues no lo sé. El acceso todavía está bastante restringido. Pero ya lo averiguaré.

Se oyeron pasos distantes en el presbiterio y después en el pasillo; se acercaron cada vez más, y nos volvimos para ver entrar a una mujer en la sacristía. Era alta, aunque no tanto como yo, y llevaba un alzacuello. Tendría unos diez años más que yo. El pelo rubio le rozaba los hombros.

—Oh —dijo—. Keegan, no sabía que hubiese alguien.

—Hola, reve —dijo él, sonriendo. Se notaba que le caía bien—. Esta es mi vieja amiga Lucy Jarrett. Estuvimos coladitos el uno por el otro hace mucho tiempo.

La mujer sonrió y me dio la mano.

—Suzi Wells.

—Querrá decir reverenda doctora Suzi —intervino Keegan.

—Con Suzi bastará —aseguró ella.

—Estábamos admirando la vidriera —le informé.

—Ah. He estado fuera toda la semana. Todavía no la he visto. ¿Puedo?

Me retiré un poco mientras ella se dirigía hacia la hornacina y quedaba paralizada, asombrada, tal como me había ocurrido a mí, por la belleza sobrecogedora de las imágenes de cristal y luz.

—Oh, cielos. Es muy hermosa. Preciosa. Keegan, ¿de veras es la misma vidriera?

—Limpia cambia mucho, ¿verdad?

—No puedo creerlo. Antes era muy oscura.

Se acercó y tocó las figuras humanas, y sus dedos levantados se convirtieron en hojas, en lenguaje.

—¿Qué pone?

—Es hebreo. *Tehillah*, o alabanza. *Adamah*.

—Por Adán y Eva —sugirió Keegan.

Suzi asintió.

—Sí, aunque de hecho *adamah* significa simplemente «tierra arable». En inglés se traduce más o menos como *hummus*, «humano». Creo que por eso estas figuras están brotando de la tierra. —Suzi se acercó un poco más—. Por lo tanto significa algo así como: «La gente alaba a Dios». ¿Cuándo dijiste que fue hecho?

—En los años treinta o cuarenta, diría yo.

Suzi se enderezó, meditabunda.

—¿De veras? Pero la imaginería parece mucho más contemporánea. La imaginería y el uso de esa cita.

—Sentía curiosidad por esa cita —comenté.

Ella asintió sin apartar la vista de la vidriera.

—Tendría que buscarlo para confirmarte el capítulo y el versículo exactos, pero es del libro de la Sabiduría, que alaba las muchas virtudes de esta. Algunas tradiciones la llaman Sofía, que es «sabiduría» en griego, claro está. Según las Escrituras, la Sabiduría estuvo presente en la creación. No, dejad que me corrija..., no estuvo solo presente, estuvo activamente involucrada en la creación. Deleitándose en ella. Se la describe como una fuerza todopoderosa, omnisciente, vivificante. Imagino que a eso hace referencia este viento que se mueve a través de toda la escena. A la Sabiduría se la relaciona también con el Espíritu Santo; y «espíritu» es una palabra que también tiene raíces femeninas: *ruah*, en hebreo, que significa «aliento». Está presente en todas las cosas, renueva todas las cosas. —Se volvió hacia Keegan—. Dices que fue hecho en los años treinta. ¿Estás seguro?

—Estoy casi del todo seguro.

—Bueno, pues es muy notable. En años recientes ha habido mucho interés en reconocer la imaginería y las metáforas femeninas que se hallan imbricadas en las Escrituras y que habían sido casi totalmente ignoradas. Pero eso no era muy común en los años treinta y cuarenta. Nunca hubiese esperado ver algo así en una obra de arte de aquella época. Así que siento mucha curiosidad por esta vidriera. Es de lo más fascinante.

Se rio de sí misma y se alejó algunos pasos de la vidriera.

—Bueno, fascinante para mí, como sacerdote y estudiosa. Quizá no sea tan fascinante para vosotros dos.

—Sí lo es —dije yo—. Aunque, para serle sincera, por distintas razones. —Señalé el dibujo del borde, y le hablé de la tela y de los papeles que encontré escondidos bajo la cúpula—. Estoy asombrada por haber descubierto el mismo diseño aquí, y la verdad es que voy dando palos de ciego. No sé nada sobre esta persona, excepto que, fuese quien fuese, debió de tener alguna relación con mi familia.

—Y también con la iglesia, diría yo.

—Sí, exacto. Así que me pregunto si la iglesia tiene algún tipo de documento sobre estas vidrieras. ¿Existe algún documento sobre la donación original?

Suzi levantó las manos.

—La verdad es que no lo sé. Es una buena pregunta. Lo único que sé seguro es que la capilla levantada en tierras que eventualmente se convertirían en el depósito militar fue establecida como una extensión de esta iglesia en algún momento de la década de los treinta. Por lo tanto, las fechas coinciden, ¿verdad? Pero eso es todo cuanto puedo ofrecer. Soy relativamente nueva aquí. Pero podrías preguntar a Joanna, que es la secretaria de la iglesia. —Suzi se sacó un móvil del bolsillo para comprobar la hora—. Todavía no se habrá ido a comer. Joanna es muy buena en su trabajo y lleva aquí varios años. Si hay algo que se pueda encontrar, ella lo encontrará.

Salimos al vestíbulo, que tenía una hilera de ventanas a un lado y al otro una hilera de fotografías en blanco y negro de los rectores de la parroquia, que se remontaban hasta 1835.

—Nos vemos la semana que viene, ve, cuando la vidriera esté a punto —dijo Keegan—. ¿El martes te parece bien?

—Muy bien. —Suzi sonrió desde el umbral de la puerta—. Keegan, sabes que eres bienvenido cualquier domingo. Tú también, Lucy.

Yo no respondí —la larga hilera de rectores que me contemplaban colgados de la pared me puso bastante nerviosa—, pero Keegan rio, como si aquella fuera una conversación habitual entre los dos.

—Gracias, pero no me gusta la religión organizada. No te ofendas. Prefiero rezar a mi manera.

Ella sonrió.

—Déjame que te pregunte: ¿cuál es tu manera?

Él sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, salgo con mi bote. Me detengo en medio del agua y pienso en las cosas de mi vida que no han ido demasiado bien y en cómo habría podido hacerlo de otra manera. Y luego pienso en las cosas buenas de mi vida, una por una. Y me siento agradecido.

La reverenda doctora Suzi Wells rio.

—Bueno, no voy a discutirte eso —dijo—. Pero ven alguna vez. Creo que te sorprenderías.

Sin dejar de sonreír, volvió a la sacristía. Keegan se ofreció para acompañarme a la oficina, pero le dije que ya sabía dónde estaba.

—Gracias de todas maneras, y gracias por traerme aquí.

Sonrió y me sostuvo la mirada durante un instante, y tuve la extraña sensación de que el tiempo se deshacía, que aquel momento estaba directamente conectado con los días en los que habíamos sido tan libres y nos habíamos sentido tan cómodos el uno con el otro. Me costó horrores no cogerle la mano, como hubiese hecho sin pensar cuando tenía diecisiete años.

—Me ha gustado mucho verte, Lucy. Muchísimo. Hazme saber lo que averigües, ¿de acuerdo? Y preguntaré lo del acceso a la capilla para ver las vidrieras. Mientras tanto, buena suerte con tu caza del tesoro.

Los pasillos del edificio eran bizantinos, atravesaban un anexo tras otro, pero conseguí llegar hasta la oficina sin extraviarme. Joanna, la secretaria, era una mujer baja y rolliza con el pelo hasta los hombros y plagado de mechones rubios. Llevábamos varios minutos hablando cuando me di cuenta de que iba un curso por delante de mí en el instituto y que se sentaba a mi lado en clase de Español. Ahora estaba casada y tenía dos hijos; su marido trabajaba para el Ayuntamiento. Le conté la misma historia que había contado a Suzi, sobre el borde de la tela y las vidrieras, sobre las notas que había encontrado. Se puso a hurgar en un archivador durante unos minutos, pero no encontró nada.

—Déjame comprobar los archivos —dijo, mientras se levantaba y se alisaba la falda—. Es una manera elegante de decir que tengo que ir a rebuscar en el sótano. No tardaré demasiado.

Esperé en el despacho, mirando por la ventana las ramas de un ginkgo que se columpiaban mientras sus hojas con forma de abanico se mecían con la brisa, y me sentí inquieta y excitada, animada de una manera que me recordaba a los primeros días que pasé con Yoshi en Indonesia, cuando estaba muy claro que la vida estaba cambiando, transformándose en algún aspecto vital. Por sí solo, el descubrimiento de la tela, las notas y las vidrieras podría haber sido algo digno para tomar nota de ello y después olvidarlo, pero todo junto planteaba preguntas sobre mi pasado, un pasado que yo siempre había imaginado tan inmutable como si estuviera escrito sobre piedra. Todo aquello era sísmico, en cierta manera, una sacudida tan inesperada como un temblor de tierra.

Oí pasos por la escalera y apareció Joanna, jadeando un poco.

—Bueno, no había mucha documentación —dijo—. O, al menos, nada que yo haya podido encontrar enseguida, aunque echaré otro vistazo si tengo tiempo. La capilla fue construida a finales de los años treinta como una extensión de esta iglesia. Consta en la historia de la iglesia; se iniciaron las obras en abril de 1938. Creo recordar también que fue financiada por un donante anónimo, aunque ahí abajo no he podido encontrar nada al respecto. Lo único que he encontrado es este recibo con el nombre del artista que hizo las vidrieras.

Me entregó un pedazo de papel con una cabecera formal y líneas de color azul pálido. La letra era clara y cuidadosa; los precios estaban marcados en una columna, a un lado. Me hizo pensar en los recibos de Dream Master, que recordaba de mi infancia: aquellas facturas que se guardaban en la caja de acero gris; aquellas listas de adquisiciones, todas escritas cuidadosamente a mano; aquellas hojas de papel carbón tan delgadas como un susurro entre las distintas páginas de las facturas.

Esta factura tenía fecha del 6 de octubre de 1938 y constaban en ella tres entradas:

8 vidrieras @	\$ 250,00
1 vidriera @	\$ 650,00
Total adquirido	\$ 2650,00

En la parte inferior había escrito: «Regalo, Donante Anónimo», y debajo de esto una estampación del artista:

**FRANK WESTRUM, ARTESANO CRISTALERO
ROCHESTER, NUEVA YORK**

—Gracias —le dije—. Esto será de gran ayuda.

—Bien. Ya me lo ha parecido. Te haré una fotocopia. Además, he tenido una idea genial después de escuchar tu historia y, mientras estaba ahí abajo con los ratones, he pensado que podía aprovechar para subir los registros bautismales de 1910 a 1920. Por si acaso, ya sabes. Tuvimos una inundación hace algunos años, así que hay lagunas, pero he supuesto que querrías echar un vistazo. Toma.

Le di las gracias y me senté en un sofá, abrí la carpeta e inhalé sus aromas de polvo y moho, y estuve hojeando los certificados ornados, cada uno decorado con la imagen delicadamente delineada de una paloma con las alas abiertas, con halo, descendiendo hacia lo que parecía una concha. Algunos certificados tenían manchas de humedad, otros estaban amarillentos. Los nombres pasados de moda destellaban ante mis ojos: Gloria, Herbert, Evan, Lloyd, Stuart, Susanna, Norman, Earl, Ivy, Bertha, Homer, Gladys, Oscar, Grace. No había Jarretts, aunque vi montones de apellidos que reconocí, de familias que todavía vivían en el pueblo o que habían vivido en él cuando yo era pequeña. Los antepasados de mis compañeros de clase. Intenté imaginar cómo debía de ser la vida aquí en 1910, antes de las guerras mundiales y antes de que el depósito militar fuese construido, cuando todavía no se había edificado a orillas del lago, cuando la tierra salvaje llegaba hasta el borde del agua. No había carreteras asfaltadas. Los niños cuyos nombres hojeaba seguramente acudían a escuelas en las que había una sola aula y bombeaban el agua de los pozos y usaban farolillos de noche.

Mientras hojeaba el mes de mayo de 1911, vi un nombre que me resultó familiar y volví a leerlo para comprobarlo. Noté que el pulso se me aceleraba a medida que leía. El certificado bautismal era de papel grueso; estaba manchado en la esquina superior derecha, pero intacto por lo demás:

CERTIFICAMOS

Que según las Ordenanzas de
Nuestro Señor Jesucristo, administramos a

IRIS JARRETT WYNDHAM

el día 31 de marzo de 1911

el Sacramento del

SANTO BAUTISMO

*Con Agua
en nombre del Padre, del Hijo
y del Espíritu Santo.*

En Iglesia Episcopal de St. Luke
El 11 de mayo de 1911
Firmado Reverendo David Prescott †
Padres George Isaac Wyndham (fallecido)
Rose Jarrett Wyndham
Padrinos Cora Stuart Evanston
Walter Jesse Evanston

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó Joanna, haciendo una pausa para mirar por encima de mi hombro mientras se dirigía hacia la fotocopidora.

—Sí, la verdad, creo que sí. He encontrado su nombre. Rose Jarrett. —Pensé en los papeles de la cúpula, la carta sobre la marcha de Iris firmada con una simple R. Tenía que ser ella. Rose. Sentí entonces un escalofrío, como si aquella mujer que había vivido y soñado y sufrido hacía cien años acabase de entrar en la oficina—. Debíó de ser la hermana de mi bisabuelo. Nunca supimos absolutamente nada de ella, pero hela aquí en 1911, viuda y con una hija.

Joanna suspiró.

—Pone la piel de gallina, ¿verdad? Cuando ves estos documentos, negro sobre blanco, acumulados en cajas y olvidados, y luego piensas que toda esta gente estuvo aquí una vez, quizá exactamente en el mismo lugar donde estamos nosotras ahora, teniendo sus conversaciones, viviendo sus vidas.

Asentí, pensando en la tela que encontró mi madre, envuelta en capas y capas de papel, escondida tras el forro del baúl de mi bisabuelo. Quizá había sido de Iris. Tal vez era una mantita de bebé. Eso tenía sentido, dado su tamaño, su delicadeza y el empeño dedicado a su confección. Pero ¿por qué estaba escondida?

—Me pregunto qué sería de ella. De las dos.

—No es muy agradable —me dijo Joanna, al entregarme la fotocopia del recibo—, pero puedo repasar el registro de entierros, si quieres. Muchos niños no sobrevivían en aquella época. La niña debía de ser muy pequeña cuando hubo la epidemia de gripe.

—Podría ser —dije, sintiéndome extrañamente aliviada; por muy triste que fuera esa posibilidad, como mínimo habría obtenido una respuesta—. Eso explicaría por qué nadie de la familia habló nunca de ellas. —Entonces recordé la otra nota, la que hablaba de enviar a Iris a otra parte, pero le pedí a Joanna que comprobara los registros igualmente.

—¿Puedes hacerme una copia de este certificado de nacimiento también?

—Pues claro. —Lo deslizó sobre el cristal y cerró la tapa—. Hoy no volveré a bajar a los archivos. Y puede que mañana tampoco. Pero, si me dejas tu número, te llamaré cuando pueda y te informaré. También podrías comprobar los registros del cementerio. El registro de matrimonios, ese tipo de cosas. Hemerotecas.

—Muchas gracias.

—Encantada de ayudarte. Es un misterio bastante fascinante, ¿verdad?

Lo era, pensé, pero también era algo más. Se me aceleraba el pulso al pensar que existía una historia de la familia que todavía no conocía, una manera de pensar sobre el pasado que quizá pudiera abrir de par en par todo lo yo creía entender. Era estimulante, y un poco aterrador, también. Y seductor.

—Sí —dije recogiendo los papeles—. Sí, ya lo creo que lo es.

Hubo una vez un laberinto en el que la gente, para ayudarse a encontrar la salida, llevaba ovillos de cordel e iba siguiendo el camino sinuoso que conducía por fin hasta el centro. Cuando salí de la iglesia, tuve la sensación de haber encontrado uno de esos ovillos, tangible y en mis manos, deshilvanándose lentamente para marcar mi paso a través de ese inesperado paisaje del pasado. Recorrí los pasillos bizantinos en sentido inverso, y fueron surgiendo, una tras otra, preguntas sobre Rose Jarrett y Frank Westrum. Ella debió de conocerle; ella debió de ser la responsable del diseño del borde de las vidrieras, que era una especie de firma. Puede que incluso fuera ella quien encargara las vidrieras o estuviera involucrada de alguna manera en su diseño. Si los papeles que encontré bajo la cúpula eran una indicación clara, debió de ser una persona aventurera, apasionada e inteligente, interesada en el sufragio femenino. Era como si hubiese aparecido una ventana allí donde antes yo solo había imaginado una pared, de manera que ahora podía mirar a través de ella para descubrir otra manera de ver la historia. Lo que le hubiese ocurrido a Rose tuvo lugar mucho tiempo atrás, de hecho era historia pasada, pero yo percibía de manera instintiva que aquello tenía alguna relación con mi propia vida, y eso era a la vez electrizante y también un poco aterrador, porque ¿y si al final descubría alguna cosa que no quería saber?

Quería volver a ver la vidriera, por si había algo que se me había pasado por alto. Pero Keegan ya se había ido; la puerta de la sacristía estaba cerrada. Seguramente habría podido forzarla sin mucha dificultad, pero los ojos de todos aquellos rectores colgados de la pared hicieron que me sintiera demasiado incómoda. También tuve la sensación de que no debía cometer ninguna incorrección; en cierta manera, me recordaba la sensación que siempre había tenido de pequeña: que el misterio de aquel lugar estaba, en última instancia, en mi contra, por mucho que yo deseara penetrar en él. Era una chica, y por lo tanto mi foto jamás colgaría entre esa larga hilera de hombres que parecían custodiar su dominio. Aunque en la Iglesia episcopal las mujeres eran ordenadas regularmente desde 1976, Suzi era el primer sacerdote femenino que yo había conocido nunca. Asimismo, en mi familia las historias nunca tenían a una mujer como centro de interés, lo cual era una de las razones por las que el descubrimiento de Rose —un antepasado de quien nunca había oído hablar— me parecía tan asombroso e intrigante.

Seguí paseando por la iglesia. El presbiterio estaba muy silencioso, mis pasos resonaban sobre las baldosas. Cerca de las puertas principales, al final del pasillo central, me detuve un momento y me di la vuelta. La luz se filtraba por las vidrieras,

matizada y serena. Cada una de ellas contaba una historia, invisible en la oscuridad y cobraba vida tan solo cuando salía el sol y se llenaba de color; y cada una era también la historia de la gente que había hecho donación de ellas, muertos todos ellos hacía tiempo, cuyos nombres jalonaban la parte inferior de las vidrieras en letras doradas. «En honor de James, Hannah, Nuestra Amada Madre, la Familia Evans, Sarah, Virginia, hija de Susan, y Samuel». ¿Qué había dicho Joanna en la oficina, mientras me entregaba aquellos papeles? «Pone la piel de gallina... toda esta gente... en el mismo lugar donde estamos nosotras ahora... viviendo sus vidas». Mi padre había crecido en esta iglesia, y el suyo también. Mi bisabuelo Joseph había pisado estos pasillos antes de que naciera ninguna de las personas que estamos vivas hoy.

Y Rose. Ella también había estado aquí, en pie, décadas antes de que se construyera la capilla en las tierras del depósito militar, pero relacionada de alguna manera con ella, sosteniendo en brazos a su hija recién nacida, intentando calmarla, quizá, abrigándola bien con su mantita para protegerla del frescor que irradiaba de las paredes de piedra incluso en el mes de mayo. Luego había salido al mundo por esas puertas y había desaparecido.

Se cerró una puerta; resonaron pasos por las escaleras del coro y la reverenda Suzi emergió en el presbiterio.

—Ah, Lucy —dijo sobresaltada por un momento—. ¿Sigues aquí? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Ya me iba. Solo quería estar un minuto más en la iglesia, supongo. Espero que no sea una molestia. Estaba pensando en toda la gente que pisó este lugar antes que yo. No había estado aquí desde que murió mi padre —añadí.

—Claro que no es molestia. Oí hablar de su accidente —añadió—. Lo siento. Debió de ser muy difícil.

Yo asentí.

—Lo fue. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Algunos momentos poseen una resonancia muy poderosa —dijo ella.

Nuestras voces eran suaves entre las paredes de piedra y la madera. Yo no sabía qué más podía decir y, de todas maneras, la garganta se me había encogido con el recuerdo. Suzi dejó que el silencio se prolongara unos instantes.

—Eres la hija de Evie Jarrett, ¿verdad? —me preguntó al fin—. ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo tiene el brazo?

—Está bien —dije—. Mejor de lo que podía imaginar, la verdad; incluso tiene una cita para esta tarde.

De nuevo, Suzi no respondió inmediatamente, cosa que me obligó a pensar en las palabras que había pronunciado y a fijarme en el tono cortante con el que las había pronunciado.

—¿Sabes? Tu madre está muy contenta de que estés aquí —me dijo—. Fui a verla después del accidente y estaba emocionadísima con la posibilidad de que vinieras. Pero debe de ser un poco raro para ti. ¿Está todo muy cambiado?

—¡Oh, mucho! Todo ha cambiado muchísimo. Incluso aquí. Quizá especialmente aquí. No hace tanto tiempo, yo fui la primera chica a la que se le permitió ser acólito en esta iglesia.

—¿De veras? Así que empezaste a romper moldes. —Suzi dijo esto bastante ensimismada, cosa que me hizo pensar en el camino que ella había escogido.

—Supongo que sí. Nunca me lo planteé así, la verdad. Yo solo quería ser acólito. Lamento decirlo pero, si miro atrás, entonces ni siquiera se me cruzó por la cabeza que las mujeres pudieran ser sacerdotes.

—Hay cambios que exigen mucho tiempo. Como el agua que desgasta la piedra. Por eso estoy tan interesada en esas vidrieras. —Indicó con la cabeza el sobre marrón que Joanna me había entregado—. ¿Has encontrado algo?

—Sí. La verdad es que sí. —Las fotocopias del certificado de bautismo y el recibo por las vidrieras todavía estaban ligeramente calientes cuando se las entregué—. Rose. Se llamaba Rose Jarrett. Debió de ser mi tía bisabuela, aunque no había oído hablar nunca de ella. Tuvo una hija, Iris.

—El reverendo David Prescott... está en una de las fotos de la pared —comentó, señalando la firma—. Hace mucho tiempo. Nadie la recordará, lo cual es una lástima. Fuese quien fuese, parece que encontró la manera de verse a sí misma, y a las mujeres en general, en los textos sagrados. Para imaginarse a sí misma en la historia, por así decirlo. Creo que eso debió de resultar excepcionalmente difícil en aquella época.

—Ya lo sé. Me pregunto qué fue de ella. Y también de Iris. Además, también está el diseño de los bordes, que me parece fascinante. Keegan dijo que las vidrieras datan de los años treinta, pero los papeles que he descubierto son muy anteriores.

—Keegan, sí. —Asintió, sonriendo, mientras me devolvía las fotocopias—. Bueno, él sabe de lo que habla, ¿verdad? Le he cogido mucho afecto a Keegan trabajando con él en estas vidrieras. Tiene una experiencia enorme, y ha sido lo bastante amable como para cedernos su tiempo, lo que representa una auténtica bendición. Estas vidrieras son un tesoro, pero también son increíblemente caras de conservar.

—Me ha gustado mucho volver a verle —dijo, y recordé a Keegan levantando a Max por los aires, su intercambio de bromas, su risa. Pensé en Blake y en Avery, con un bebé en camino; en el elegante ramo de gladiolos que un desconocido había enviado a mi madre; en los misteriosos documentos antiguos, frágiles y ásperos al tacto.

Sonó su móvil, que hizo añicos el silencio, y la reverenda Suzi se lo sacó del bolsillo y echó un vistazo al número.

—Lo siento, tengo que atender esta llamada —dijo, señalando hacia la puerta—. Ha sido un placer conocerte, Lucy. Ven cuando quieras. Y mantenme informada sobre lo que descubras, ¿de acuerdo?

Fuera de la iglesia, el mundo parecía reluciente, recién lavado y vibrante. El

tráfico de verano ya estaba provocando atascos en la colina y las aceras estaban repletas de turistas vestidos con ropa de algodón brillante y ligero. Caminé sin rumbo durante un rato, absorta en mis descubrimientos, vagando a través de las tiendas sin ver lo que estaba mirando. En el parque, serpenteé por la feria de artesanía hasta llegar al dique, e intenté llamar a Keegan; no respondió, así que le dejé un mensaje sobre el certificado de bautizo mientras continuaba atravesando el pueblo. Por fin me encontré en el muelle donde Blake amarraba su barco. El *Temible simetría* era elegante, de nueve metros de eslora, con un mástil muy alto de color blanco, y se balanceaba tranquilamente en las aguas del puerto. Subí a cubierta y grité su nombre, pero la voz que salió del camarote fue la de Avery, suave y a la vez inquisitiva. Apareció al pie de las escaleras, vestida con unos tejanos y una blusa amarilla de gasa, con el pelo oscuro sujeto en una cola de caballo.

—Oh, Lucy —dijo—. Hola. Blake está trabajando. Yo estaba repasando unos papeles. Baja si quieres.

Las escaleras eran estrechas y daban a una cabina de madera tan compacta y completa como un apartamento de una sola habitación, con dos camastros en V en la proa, una cocina, un lavabo minúsculo y una zona donde sentarse. Siempre me había maravillado lo espartana que era la vida de Blake. No le interesaban las cosas materiales; le gustaba la sensación de libertad que conlleva el poseer muy poco. Avery cambió de sitio unos cojines para dejarme sentar en el sofá empotrado. La mesa estaba cubierta de dibujos, y reconocí el papel que utilizaba mi madre, sus líneas precisas y su letra.

—¿Quieres un poco de té helado?

—Me encantaría, gracias —respondí.

Avery se movía tan eficientemente en la estrecha cocina del barco como en la de su restaurante. Amontonó todos los papeles sobre la mesa y dispuso dos vasos altos de té con brotes de menta fresca encima de unos posavasos de color amarillo brillante que sacó de un cajón. Tuve que sonreír: nunca, ni en un millón de años, a Blake se le hubiera ocurrido la idea de comprar posavasos.

—Son unos dibujos que hizo tu madre —dijo mientras volvía a sentarse—. Son planos para un huerto orgánico, de hecho. Ese es mi sueño, tener varios huertos orgánicos para proveer el restaurante. No soporto tener que pagar para que me envíen el material de tan lejos, malgastar tanta energía solo para trasladar los productos de un lado a otro. El mes pasado, por mi cumpleaños, tu madre me dibujó esto. Fue un detalle por su parte.

Bebí un poco de té. Bien frío, con un toque de frambuesa. Recordaba a Avery del instituto: entonces era muy callada, tan tímida que apenas había dicho nada las pocas veces que nos habíamos visto. Pero eso fue hace años, antes de que estudiara cocina, antes de que Blake y ella terminasen su romance y volviesen a reiniciarlo varias veces. Ahora parecía muy diferente, firme y segura de lo que quería. Era al menos dos años más joven que yo y, sin embargo, ya tenía su propio negocio y un bebé en

camino. Sentí una punzada de envidia inesperada. Envidia y la misma sensación que había tenido tan a menudo en Japón: que, a pesar de mis locas aventuras, llevaba años caminando en círculo alrededor del mismo punto.

—Creo que eres muy valiente —dije.

—¿Por qué? ¿Por salir con Blake?

—Bueno, eso por supuesto. —Me eché a reír—. No... Por atreverte a hacer todo esto, quiero decir.

—Estoy chalada, la verdad. —Ella también rio y se echó sobre los cojines para relajarse—. Completamente chalada, pienso a veces. Es emocionante, claro, pero hay muchísima presión. Y no se termina nunca. Pero me encanta trabajar con la comida. Me encanta cuando está lleno a rebosar y veo a todo el mundo contento, comiendo cosas sanas.

—Me gustó muchísimo lo que comí.

Se puso seria.

—Gracias, pero podría haber sido mejor. Si todos los productos fueran frescos, habría sido mil veces mejor. Las alcachofas que te comiste eran de lata y eso no me gusta. Tenemos la esperanza... Blake y yo tenemos la esperanza de conseguir algunas hectáreas de terreno, cuando se vendan las tierras del depósito militar. O un poco más abajo, cuando tu madre venda la casa.

Se me cortó un poco el aliento cuando oí lo adelantados que estaban los planes de mi madre, e intenté poner en orden mis complejos sentimientos antes de decir nada. Tuve un sentimiento de pérdida, claro está, e ira por no haberlo sabido antes, y la sensación de que me habían dejado de lado, cosa que no era justa; después de todo, hacía años que yo me había ido. Avery no se dio cuenta y continuó hablando.

—Las parcelas junto al lago, no, claro. Son demasiado caras. Pero esa tierra es tierra negra, tan rica como el suelo de Iowa, y allí todo eran granjas antes de los búnkeres y las pistas de aterrizaje. Hay un nogal negro justo al otro lado de las puertas del depósito. Mi bisabuelo plantó ese árbol hace décadas, cuando esa parte de las tierras le pertenecía. Me gustaría recuperarlo.

Había cierta fantasía en su voz, y una clara determinación, también, y pensé en el día en que llegué —¿de veras hacía solo dos días?— y en Pete apoyándose sobre la camioneta y preguntando: «¿Seguro que no tienes alguna razón para unirse a la pelea, Blake?».

—¿Estuviste en la manifestación? —le pregunté.

Sacudió la cabeza y rio entre dientes.

—Me da la impresión de que ahora solo estoy en el restaurante. Pero oí hablar de ella y vino gente a comer cuando terminó. ¿Tú estuviste allí?

—No, solo la vi. Cuando Blake me llevaba a casa, el día en que llegué. —El barco se balanceó suavemente con una ola; uno de los dibujos de mi madre se deslizó de la mesa y yo me incliné para recogerlo—. Había un montón de gente.

—Muchísima, es verdad. Hay una controversia enorme. Aunque puede que la

gente de las marismas se reconcilie con la de los ciervos blancos. Al menos almorzaron juntos, suflé de berenjena y vino blanco.

Pensé en los ciervos emergiendo de entre los árboles y moviéndose como nubes contra aquel mar de hierba alta. Mi padre nos contaba historias sobre ellos cuando éramos pequeños, y en ocasiones salíamos al anochecer para buscarlos, conduciendo despacio por los caminos de grava que rodeaban el depósito. Los niños venían a veces a la escuela contando que habían visto uno junto al camino y que había desaparecido entre los árboles, pero era raro. En ninguna de nuestras expediciones nunca vimos uno. Le pregunté a Avery si ella había tenido esa suerte.

—Solo una vez. Hace mucho tiempo. Volvíamos a casa una mañana temprano cuando uno saltó delante del coche. Mi padre pisó el freno enseguida y lo esquivó por poco. Lo vimos desaparecer entre los árboles, y luego lo siguieron cinco o seis más, blanquísimos todos. Yo era pequeña, así que me parecieron mágicos, como unicornios o algo parecido. Recuerdo que nos quedamos allí sentados, sin hablar, durante mucho rato. Incluso mi padre.

Bebí un poco más de té y miré las tres fotos enmarcadas que colgaban de la pared detrás de Avery. La primera había sido tomada en cubierta, con Blake de pie detrás de Avery, rodeándole la cintura. La cabeza de Avery estaba apoyada en el hombro de Blake, ella reía y él le sonreía, mientras el viento le pegaba a la mejilla un mechón de pelo de ella. Las otras dos eran más formales, uno al lado del otro, sonriendo a la cámara delante de un faro y de un ancla.

—¿Te gustan? —preguntó Avery, dándose la vuelta para mirarlas—. Las hice enmarcar la semana pasada. Las dos de la izquierda son del viaje que hicimos a Nueva Escocia la primavera pasada.

—Se os ve tan felices a los dos. —Yo tenía la esperanza de que me hablara del bebé, para poder dejar de fingir que no lo sabía.

—Lo estábamos. En general fue un buen viaje. —Hizo una pausa, como si eligiera sus palabras con cuidado—. Lucy, ¿Blake se parece mucho a vuestro padre?

Lo medité un poco. Yo nunca hubiese dicho tal cosa, pero saber que Blake estaba trabajando en Dream Master me hizo reconsiderarlo. Me había explicado sus razones y tenían sentido, pero aun así me pregunté si el señuelo del pasado tenía algo que ver; podría haber trabajado en cualquier otro sitio.

—No lo sé. Tal vez en pequeñas cosas. La misma forma de reír, los mismos ojos, ese tipo de cosas. Pero no sabría decírtelo a ciencia cierta. ¿Por qué?

Avery suspiró.

—Supongo que estoy intentando entenderle. A veces parece muy distante. Solitario, en cierto sentido.

No le respondí enseguida. «Una persona muy triste y solitaria». Aquellas fueron las palabras que Yoshi me dirigió. Me gustaba pensar que el pasado no tenía poder sobre mí, pero quizá yo también estaba atrapada en él. Avery se levantó a medias para alargar el brazo y coger una bolsa de pistachos, y percibí la ligera curva de su barriga

bajo la gasa de la blusa, tan ligera que no la habría notado de no estar ya al corriente. Cuando Blake vino a visitarme a Indonesia, Avery y él habían roto, y una noche se puso a flirtear con descaró con una mujer de la mesa de al lado. Entonces nunca hubiese imaginado que ahora Blake estaría aquí, de nuevo con Avery, y a punto de tener un bebé. El barco se balanceaba suavemente, provocando ligeras ondas en mi té helado, y pensé en las olas que habían atravesado la tierra, y en la mano de Yoshi recorriéndome el muslo mientras yo me despertaba en medio de los terremotos. Pensé en su bondad, y en su beso en el andén de la estación, que me parecía muy lejano en el tiempo.

—¿Lucy? —dijo Avery, ofreciéndome pistachos—. Aquí Tierra llamando a Lucy. ¿Quieres algunos? ¿O un poco más de té?

—No, gracias —sonreí—. Siento estar en las nubes. Supongo que todavía tengo un poco de jet lag. De hecho, creo que ya debería irme.

—Bueno, me ha gustado mucho verte. ¿Quieres que le dé algún recado a Blake?

Sacudí la cabeza al imaginar la clase de mensaje que podía dejarle: «Descubierta la antepasada perdida. Por favor llama cuanto antes».

—No hace falta. Acabaré dando con él.

Arriba, remoloneé un poco por la cubierta, pensando en Yoshi, en la soledad, la mía y la de Blake y quizá la de todo el mundo. El día todavía estaba despejado, pero algunas nubes bajas salpicaban el horizonte y el viento soplaba con más fuerza; ahora el lago estaba decorado con olas de cresta blanca. Sonó la sirena de incendios; era mediodía. Aunque no me apetecía ir a Dream Master, quería contarle a Blake lo que había descubierto, así que abandoné el muelle y crucé la calle principal, alejándome del centro del pueblo.

A pesar de lo mucho que hablaba de progreso, Art había dejado que Dream Master se ajara bastante. Los cristales de los escaparates estaban empañados, y uno de los canalones del tercer piso colgaba torcido. A los ladrillos también les convenía un repaso, y la hierba de los parterres estaba demasiado larga. Se me ocurrió que el hecho de que Art hubiese contratado a Blake no era un acto de generosidad sino de desesperación. Ese pensamiento me resultó extrañamente reconfortante: existía algún tipo de equilibrio en el universo si a Art le iban mal las cosas, solo que ahora Blake estaba metido en el embrollo. Inspiré hondo, crucé la gravilla del aparcamiento y subí los escalones de hormigón. Una campanilla sonó al abrir la puerta, igual que en mi infancia. Me detuve en el umbral para captar los aromas del metal, la pintura y el serrín, y el olor subyacente del polvo.

Hileras de cerraduras y material de ferretería y herramientas —martillos y sierras, garlopas y destornilladores— recorrían toda la tienda. Había bidones de clavos, además de los empaquetados. Había reglas de madera y varas de medir junto a cintas métricas de color amarillo brillante. Montones de diferentes apliques de luz colgaban del techo.

Di un paso y grité:

—¡Hola! —Nada—. ¿Hola? —volví a gritar, más fuerte, pero no apareció nadie.

Caminé arriba y abajo por los pasillos, fijándome en los pequeños cambios. Art había instalado linóleo gris jaspeado sobre el suelo de madera que yo recordaba; había quitado las espirales de papel atrapamoscas, probablemente hacía mucho tiempo. Pero las oficinas seguían en el mismo sitio, en un pasillo de la trastienda, recubiertas todavía de paneles de madera oscura. La de mi padre, al final, había cambiado completamente: el secreter había desaparecido, las ventanas tenían ahora celosías de plástico y había una mesa de conferencias nueva en medio de la sala, de laminado negro brillante, con sillas negras y relucientes alrededor. Una alfombra gris sin personalidad cubría el suelo. Busqué con empeño la habitación donde yo había jugado con Blake y Joey, la habitación donde mi padre había abierto tantos secretos, pero no encontré ni rastro.

—¿Lucy?

No había oído acercarse a Art, así que me sobresalté. Al ser alto y tener las espaldas anchas, ocupaba casi todo el pasillo. Una vez más, lo encontré tan parecido a mi padre que tuve dificultades en hablar.

—Estaba buscando a Blake —dije.

—Le he enviado a tomar nota de un pedido en Union Springs. No tardará mucho en volver.

—Ah. Vale. —Se hizo un silencio incómodo—. ¿Tienes un minuto, entonces? —le pregunté. Me di cuenta de que no había hablado de veras con Art desde hacía años. Incluso en el funeral de mi padre solo intercambiamos el pésame más formal imaginable; pero quizá mi madre tenía razón y él podría arrojar alguna luz sobre mis descubrimientos.

Eché un vistazo a su reloj.

—Unos minutos —dijo—. Tengo una reunión con la Oficina de Urbanismo. Pero entra, por favor, y siéntate.

Me senté en una silla de cuero con brazos de madera. Era giratoria, recordé; jugábamos con ella cuando éramos pequeños.

—Bueno, Lucy —dijo Art—. Cuánto tiempo. ¿Qué te preocupa?

—Ha pasado mucho tiempo, es verdad. Bueno, verás, el caso es que tengo algunas preguntas.

Puso los codos sobre la mesa, formó un triángulo con los dedos, y asintió.

—Encantado de ayudarte, si puedo —dijo.

Todavía llevaba conmigo las fotocopias de la iglesia. Rose Jarrett hubiese sido la tía abuela de Art; Iris hubiese sido una especie de prima. Pero sentí reticencia en mencionar a Rose; el descubrimiento de su existencia todavía era demasiado nuevo para mí como para compartirlo. Lo que hice fue hablarle de los papeles y panfletos que había encontrado en la cúpula y preguntarle si sabía algo sobre ellos.

Art escuchó con atención.

—¿En la cúpula, dices? ¿Qué clase de papeles?

—Oh, un batiburrillo, en realidad. Viejos artículos de periódico, algunas revistas. Estoy interesada en ellos porque parecen tener algo que ver con el movimiento sufragista femenino. He pensado que podrían tener interés histórico. Y que quizá tú sabías algo.

Su labio inferior sobresalió un poco mientras pensaba y luego sacudió la cabeza.

—No me suenan de nada. Eso fue antes de que yo naciera, claro.

—Sí. He pensado que tal vez pertenecieron a mi bisabuela, es decir, a tu abuela. Se llamaba Cora, ¿verdad? Las fechas se corresponderían, me parece. Yo no la conocí, claro. Ni siquiera recuerdo haber oído ninguna historia sobre ella.

Había dado con la clave; Art se relajó en su silla.

—Mi abuela era una persona encantadora. Por lo menos, lo que yo recuerdo de ella. Solo tenía diez años cuando murió. Le encantaban los niños, nos mimaba. Además hacía unas tartas maravillosas. Fuimos a vivir allí después de la muerte de nuestro abuelo; la abuela Cora era viuda y no tenía buena salud. Dormía en la habitación grande de la parte delantera de la casa, creo que tenéis el piano donde estaba su cama, y mi madre cuidó de ella hasta que murió. Verás, mi madre, tu abuela, ella también era una mujer maravillosa.

Asentí, recordando la historia que mi madre me había contado sobre lo que ocurrió mientras mi padre estaba en Vietnam. Mi abuela había muerto cuando yo tenía siete años, y lo único que podía evocar de ella era una manga estampada de poliéster, sus cejas arqueadas cuando reía y el fugaz color rojo oscuro de sus uñas.

—No le gustaba nadar —recordé de pronto.

—No, no le gustaba. Pero se aseguró de que aprendiéramos Marty y yo.

—¿Sabes? Lo extraño es que había una nota junto a esos artículos. Parecía escrita por un miembro de la familia, iba dirigida a tu abuelo, de hecho, pero no estaba firmada. Era muy apasionada. Una nota sobre una chica llamada Iris, que tuvo que ser enviada lejos por alguna razón.

Tardó un momento en responder, pero, cuando lo hizo, habló lentamente.

—Bueno, supongo que es sabido que toda familia tiene sus trapos sucios; a estas alturas ya lo sabrás, ¿no? Hubo una especie de escándalo tiempo atrás. ¿La hermana de mi abuela quizá? Solo puedo hablar de lo que fui averiguando cuando era pequeño, de las cosas que oí por casualidad. Seguramente hay tanto de conjetura como de verdad. Pero ocurrió algo que fue silenciado. Que tuvo que ser silenciado por el bien de la familia, por lo que he deducido. Nunca me interesó mucho, la verdad. Me interesa mucho más el aquí y el ahora, lo que tengo justo delante de las narices.

Pensé en lo que teníamos justo delante de las narices, este edificio con sus muchos estratos del pasado y todas las cosas que se habían silenciado durante tantos años.

—¿Qué ocurrió? —pregunté. Las palabras me salieron de la boca a pesar de mis mejores intenciones—. ¿Qué ocurrió entre tú y mi padre?

Cuando Art por fin me miró a los ojos, su cara estaba angustiada, llena de dolor,

las arrugas en las comisuras de su boca se ahondaron, los ojos se le oscurecieron de pena.

—No hablaré mal de los muertos —dijo—. Es una cosa que no pienso hacer. Pero estoy seguro de que solo has oído una versión de la historia. Tu padre era un buen hombre, pero no era de trato fácil. Y, sobre todo, no lo era conmigo. Quizá yo tampoco fui fácil para él. No creo que nos hubiésemos metido juntos en el negocio si no hubiese sido porque era algo que se esperaba de nosotros desde que nacimos. Pero aun así... Lo que hice entonces, mientras él estaba luchando en la guerra, estuvo mal. No puedo deshacerlo. Pero puedo hacerlos un lugar aquí a ti y a Blake. Lo decía... Lo digo totalmente en serio.

No supe qué decir; su apasionado remordimiento me sorprendió con la guardia baja. Quería a la vez defender a mi padre —no estaba del todo segura contra qué— y consolar a mi tío, que parecía consumido por el pasado de una manera que yo no me había planteado siquiera. Mis emociones eran tan intensas y tan conflictivas que no me di cuenta inmediatamente de que en realidad no había respondido en absoluto a mi pregunta.

—Yo no puedo trabajar aquí —respondí al fin—. Si te refieres a eso. Pero supongo que te agradezco la oferta.

Él asintió y se pasó la mano por el pelo gris e hirsuto.

—Piénsatelo, Lucy. Aquí siempre habrá un lugar para ti. Recuérdalo.

Le dije que lo haría y me levanté, palpando los papeles que había encontrado para asegurarme de que todavía los tenía en el bolso.

—No seas cara de ver, Lucy —dijo Art mientras me iba, y me saludó con la mano. Unos cuantos clientes habían entrado en la tienda y estaban echando un vistazo por los pasillos. Me sorprendió ver a Blake detrás del mostrador, escuchando con atención a una mujer que le describía la clase de complementos de fontanería que necesitaba. Cuando terminó de tomar nota del pedido, se me acercó, sonriendo y poniendo los ojos en blanco para reírse de la situación. Pensé en Yoshi, que se había alegrado mucho cuando le anuncié que Blake iba a ser padre. Cuando habíamos hablado de tener hijos, siempre había sido de una manera más bien abstracta, y en cambio ahora empezaba a preguntarme qué tal padre sería Yoshi.

—¿Qué pasa? —preguntó Blake.

—Yoshi te envía recuerdos —le dije—. Intentará pasar algunos rambutanes de contrabando.

Blake se rio y luego le hablé brevemente de los papeles que encontré en la cúpula y de las vidrieras en el estudio de Keegan y en la iglesia. Una vez más, no mencioné a Rose. Blake estaba interesado, pero distraído; no dejaba de mirar por toda la tienda por si había algún cliente que necesitara ayuda. Entonces sonaron las campanillas de la puerta y apareció Zoe, y cuando me vio echó a correr y me abrazó con toda la exuberancia de la primera adolescencia y empezó a hablar por los codos de una obra de teatro en la que intervenía. Había crecido mucho desde la última vez que la vi,

llevaba aretes y de vez en cuando hablaba de sí misma en tercera persona —«¡Zoe está tan emocionada!»—, como si estuviera colgando su estado en Facebook en vez de hablándome en persona. Se parecía muchísimo a Joey, tenía los ojos intensos de los Jarrett y el pelo oscuro. Blake sonrió, levantó un poco las cejas y se fue a otra parte.

Le prometí a Zoe que volveríamos a vernos antes de que me fuera, y ella me dijo que iba a venir a la fiesta del solsticio con sus padres. Luego salí de Dream Master y volví andando al pueblo, compré un bocadillo y una bebida en la tienda de ultramarinos y me senté en un banco para comer. La luz bailaba sobre el agua y unas cuantas gaviotas planeaban sobre el dique, esperando algunas migas. Les tiré trocitos de pan, pensando en mis descubrimientos en la iglesia y en mi conversación con Art.

Cuando terminé de comer, tiré los envoltorios a la papelera y me detuve a la sombra de un roble para ver las fotos de la vidriera de la Sabiduría que había tomado con el móvil. La resolución no era muy buena, pero a pesar de ello la imagería seguía siendo vibrante, impactante. ¿Las había diseñado Rose? ¿Quién había sido ella?

Yoshi me había enviado varios mensajes sobre sus vuelos. No le llamé porque en Japón ya pasaba de la medianoche, pero busqué mis mensajes guardados y escuché los dos que me había dejado. En uno mencionaba un trabajo sobre el que había oído hablar y que podía interesarme y en el otro que mis alumnos me echaban de menos, y él también. Cerré los ojos y volví a escucharlos para oír la cadencia de su voz.

Keegan también me había dejado un mensaje en el buzón de voz sobre las vidrieras de la capilla. Intenté llamarle, pero no cogió el teléfono.

Cuando el tráfico se paró, atravesé corriendo la calle y me metí en la biblioteca, que antiguamente había sido una residencia privada. El edificio construido en piedra gris tenía un porche delantero profundo, que daba al lago, y una puerta mosquitera de madera que gimió y se cerró con estrépito detrás de mí, lo cual provocó que el bibliotecario, un joven de pelo corto, levantase la mirada. Pasé ante el tablón de anuncios, repleto de folletos: gatos perdidos, reuniones municipales, un póster del consorcio para los ciervos blancos, una reunión abierta de la coalición iroquesa. Me senté en una de las largas mesas de cerezo donde acostumbraba a hacer los deberes. Ahora había un ordenador frente a cada silla. Tecleé «Frank Westrum». Para mi sorpresa, aparecieron varios artículos. Aunque no podía fiarme de todos, leí el primero con cierta emoción. Westrum había existido, y era algo más que un oscuro artista local que había desaparecido sin dejar rastro.

Frank George Westrum (1868-1942). Artesano del vidrio. Relacionado con los estudios La Farge, donde fue aprendiz entre 1894 y 1901. Se casó con Beatrice Mansfield en 1896, y en 1919 se trasladó de la ciudad de Nueva York a Rochester, también en el estado de Nueva York, para abrir un estudio independiente de cristalería. Asesor de Corning Glass. Tuvo dos hijos, Marcus

Westrum (1896) y Annabeth Westrum (1897).

Al final del artículo había un enlace con la Casa de Frank Westrum en Rochester. Se veía una foto de una vidriera, una simple esfera en tonos de color marfil contra un fondo cuadrado oscuro. Un tulipán de tallo largo seguía la curva interior de la esfera, con sus hojas fluidas, como si flotaran, y la flor roja en todo su esplendor. La pauta no coincidía con la de los bordes de las vidrieras del estudio de Keegan o de la iglesia, pero estilísticamente el parecido era evidente. Debajo había un solo párrafo:

Hogar y estudio del artista del vidrio Frank Westrum desde 1920 hasta su muerte, en 1942, esta casa contiene veintisiete impactantes ejemplos de su obra en otras tantas vidrieras de gran variedad, desde las suntuosas ventanas de las escaleras hasta modestos montantes. Vendida en 1945 a un particular, esta vivienda fue adquirida por la Frank Westrum Preservation Society en 1968, en el centenario de su nacimiento. La sociedad está dedicada a la adquisición y preservación de su obra, que ejemplifica el resurgimiento del arte de las vidrieras y las influencias de William Morris, Charles Rennie Mackintosh y el movimiento *art nouveau*. Está abierta de mayo a septiembre, los martes y los jueves de 2 a 5 de la tarde.

Lo leí dos veces, pensando en la vidriera y sus cascadas de ramas, sus animales y sus peces, sus brillantes colores y su familiar hilera de lunas engalanadas en la base. Rochester estaba a una hora de distancia; tendría tiempo de llegar. La luz del sol se filtraba entre las hojas y proyectaba una pauta siempre cambiante sobre la mesa brillante. El bibliotecario me miró con una sonrisa perpleja en el rostro cuando le pregunté qué día era, solo para asegurarme.

—Miércoles, si no me equivoco.

Ya podía despedirme de ir a Rochester aquella tarde. Y, además, estaba la fiesta de mi madre.

Por un impulso, volví a la mesa y tecleé «Beatrice Mansfield». A veces odiaba Internet, que hacía posible ceder ante cualquier distracción momentánea o vuelo de la fantasía. Pero, para mi sorpresa, ella también figuraba, aunque brevemente.

Beatrice Mansfield, nacida el 23 de abril de 1873, en Seneca Falls, Nueva York. Escuela de diseño en la ciudad de Nueva York. Casada con el artista del vidrio Frank Westrum en Nueva York, en 1896. Activa en la lucha por el sufragio de la mujer, mantuvo correspondencia con Elizabeth Cady Stanton, Amelia Bloomer y Margaret Sanger, y fue mentora de Vivian Branch. Dos hijos, Marcus y Annabeth. Murió el 10 de abril de 1919, de gripe.

Sin embargo, no apareció nada cuando tecleé «Rose Jarrett»; nada de nada. Cuando busqué en el catálogo en línea de la biblioteca —el fichero de mi infancia, el mueble de roble lleno de cajoncitos con hileras de gruesos tarjetones de cartulina en escrupuloso orden, había desaparecido mucho tiempo atrás—, tampoco encontré nada sobre ella.

Seguí sentada unos minutos. El ventilador del techo hacía clic suavemente sobre mí, removiendo el aire cálido. Una pareja de edad, seguramente jubilada, estaba sentada en las butacas junto a la ventana de lo que había sido una sala de estar, leyendo revistas y levantando la vista para charlar el uno con el otro de vez en cuando. Entró un grupo de chicas adolescentes, moviéndose al unísono como una bandada de hermosos pájaros. Se respiraba tanta calma y tranquilidad que me planteé la posibilidad de quedarme allí toda la tarde, de buscarme un buen libro y una silla cómoda. Aquellos eran algunos de los placeres sencillos que había imaginado cuando decidí hacer esta visita. Pero el pasado no paraba de manar, persistente como un manantial, y mi curiosidad por saber qué había sido de Rose y de su hija, y cómo sus vidas habían podido contribuir a dar forma a la mía, se había hecho ahora tan insistente como el hambre. En parte era por el puro misterio, el deseo de colocar todas las piezas en su sitio y resolver el rompecabezas. Pero también tenía algo que ver con mi propia vida, con todos los fragmentos dispersos que se podrían enfocar si tuviera una lente más nítida. Todos estos años había encontrado refugio en mi vida de vagabunda, pero la verdad es que había estado tan anclada en la noche en que murió mi padre como lo había estado Blake, dándole vueltas desde lejos, atrapada aún en su gravedad. Ahora Blake iba a seguir su camino, y mi madre también; la sensación contra la que había estado luchando todo el día, aquella sensación de estar a la deriva, yo sola, en un vasto espacio oscuro, me engulló durante unos instantes.

Cerré los ojos, escuchando el ventilador y el chirrido de la puerta mosquitera cuando se abría y volvía a cerrarse de golpe, las voces suaves y excitadas de las chicas, el rumor de las páginas de papel. El aire olía a hojas nuevas, a cuero y a madera, y la quietud se adueñaba de todo. Al fin decidí quedarme. Me levanté y crucé la sala hasta el bibliotecario, que levantó la mirada, sonriendo, mientras yo empezaba a hablar y le contaba la historia.

Cuando regresé a la casa, la luz de la tarde ya estaba derramándose por las ventanas del oeste, tiñendo el lago con una pátina dorada. La fiesta del solsticio empezaría a las siete en punto y duraría hasta que el cielo se ensombreciera al atardecer y se oscureciera con la puesta de sol, mientras las estrellas aparecían una a una. Avery iba a traer las ensaladas y el postre, y yo pasé por la tienda para comprar provisiones, sobre todo bebidas y pollo para asar. Aparqué cerca del porche lateral y subí las bolsas por los escalones anchos y castigados por la intemperie. La tienda de alimentación, ampliada dos veces mientras yo había estado fuera, me había desorientado bastante, llena de panes artesanales y quesos y exquisiteces, con una pecera con langostas, un mostrador de ensaladas, uno de sushi y otro de platos cocinados. Había turistas sentados en mesas pequeñas, tomando café, mientras yo recorría desconcertada aquellos pasillos que no me eran nada familiares.

La puerta mosquitera del porche no estaba cerrada. La abrí con el pie y dejé las bolsas sobre el sofá de mimbre para buscar la llave en mi bolso. Un paquete envuelto en papel rojo oscuro estaba apoyado contra la puerta principal de la casa, y había una nota pegada con cinta adhesiva a uno de los cristales.

Aquí tienes la receta para la tarta de ruibarbo de mi abuela y una cosita que me ha parecido que podía gustarte. Lamento lo de esta noche, siento no poder venir. Te llamaré.

Muy atentamente,

ANDY

Entré las provisiones y las metí en la nevera: las rechonchas pechugas de pollo, de un tamaño antinatural, tan grandes como lo sería un pollo entero en otras partes del mundo; las numerosas botellas de vino y de agua con gas. Dejé la nota de Andy y el paquete rojo —era ligero y blando— sobre la encimera, donde mi madre lo vería inmediatamente. Entonces volví a salir para recoger los libros que me había llevado de la biblioteca y las fotocopias que había hecho de su colección de microfilms, recuerdos de mi viaje al pasado de aquella tarde.

El bibliotecario me había sido de gran ayuda, indicándome algunos libros sobre la historia del movimiento feminista en la sección general y también una historia local del pueblo; me lo había llevado todo. También me enseñó a manejar su máquina para

leer microfilms, que era bastante antigua, y me pasé un par de horas examinando antiguas ediciones de *La Gaceta del Lago de los Sueños*. Finalmente, en el rollo marcado de 1938 a 1940, entre artículos sobre la amenaza de guerra en Europa e informes sobre la producción agrícola local, encontré un breve artículo sobre la inauguración de la capilla de Appleton, el pequeño pueblo que más adelante fue arrasado para permitir la construcción del depósito militar. Incluso había una fotografía de Frank Westrum frente al arco de las puertas, barbudo y delgado y vestido con un traje, mirando con gran seriedad hacia la cámara. El rector, el reverendo Timothy Benton, también aparecía al lado de su mujer, junto con otra mujer sin identificar. Aunque la donación de los fondos para pagar las vidrieras había sido anónima, en un artículo posterior el reportero de *La Gaceta* descubrió que el mecenas era local, una tal Cornelia Elliot de El Lago de los Sueños, viuda de un conocido médico y veterana de la lucha por el sufragio femenino. «Una sensibilidad que quizá explique —afirmaba con socarronería el artículo— la muy inusual (de hecho, manifiestamente extraña y excéntrica) naturaleza de su regalo».

Pensé en la vidriera de la Sabiduría, con sus ricos colores y su armonioso diseño, sus figuras humanas levantando los brazos, sus manos convertidas en hojas, en lenguaje. «Extraordinaria» era una de las primeras palabras que me venían a la mente. «Vívida», «exuberante» y «preciosa» la siguieron, pero no «extraña» o «excéntrica». Me pregunté cómo debían de ser el resto de las vidrieras. Una capilla repleta de arte de aquella calidad debía de resultar asombrosa, pensé. Descubrí gracias al bibliotecario y a unas cuantas referencias más que había encontrado, que Frank Westrum estaba muy poco valorado en aquella época, y que su obra terminaba a menudo en tiendas de segunda mano y ferias de poca monta, así que quizá eso explicara el comentario y también el hecho de que la iglesia dejara las vidrieras allí cuando cerró la capilla. Busqué con atención en los ejemplares de los meses y años siguientes, esperando hallar algo que elucidara el artículo, pero no encontré nada.

Después de un par de horas de esfuerzo leyendo aquella letra tan pequeña, los ojos me ardían, así que hice una pausa y volví al mostrador para preguntar al bibliotecario por Cornelia Elliot. Empezó a asentir antes de que yo hubiese terminado de hablar, me pidió que esperase un minuto y abrió la sala de las colecciones especiales, que no era más que un armario debajo de las escaleras. Volvió con un cuaderno marrón, cuya frágil portada de papel estaba manchada. El título figuraba en negro intenso: *Recuerdos de una mujer peligrosa*, por Cornelia Whitney Elliot. Cornelia —que se hacía llamar Nelia, explicó él— había sido una figura local bien conocida y controvertida. Había autopublicado tan solo cincuenta copias de aquellas memorias, y por lo tanto era una obra bastante singular. No podía sacar el cuaderno de la biblioteca, pero me lo podía fotocopiar por quince centavos la página si quería.

Lo hice.

Así que tenía esto para leer, junto con algunos certificados que había fotocopiado en el despacho del secretario municipal: el certificado de matrimonio de mi bisabuelo

Joseph con Cora Evanston, en diciembre de 1915, y también los certificados de nacimiento y de defunción de Cora, así como el de defunción de su primer marido, Jesse, que cayó del tejado de un granero, sufrió durante varias semanas y murió a finales de mayo de 1915. Una esquela breve y amarillenta constaba junto al certificado de defunción. Aquello significaba que Cora se había casado con mi bisabuelo tan solo siete meses después de la muerte de su marido, lo que era alarmante. Era siete años mayor que él, cosa que también resultaba sorprendente. Todo el mundo, incluidas Rose e Iris, constaban en la lista del censo local, realizada ese mismo año, pero en el siguiente censo, realizado en 1925, Rose había desaparecido y el apellido de Iris era Jarrett, no Wyndham. También hice fotocopias de todos estos documentos.

Saqué todos los papeles del Impala —estaban calientes, después de haber estado tanto rato al sol en el asiento de atrás— y los extendí sobre la mesa del comedor. Abrí los portales que daban al patio, para dejar entrar el aire fresco y húmedo del lago, y luego subí al piso de arriba para recoger los papeles que había encontrado en la cúpula. Cuando volví a bajar, me di cuenta de que el contestador parpadeaba con tres mensajes y me detuve para pulsar el botón de play. Había un mensaje del ortopedista referente a la próxima visita de mi madre, una llamada de un constructor sobre la preparación de un presupuesto para un tejado nuevo, y luego la voz de un hombre entró flotando en la habitación.

—Soy Andy. Nuestros caminos no se han vuelto a cruzar. Ah, eso ha sonado raro, ¿verdad? Parece una canción country. Quería decir que cuando he venido no estabas, y ahora tampoco. Bueno, quería asegurarme de que has recibido mi nota. Feliz solsticio, Evie. Que tengas un muy feliz solsticio.

Entonces se aclaró la garganta y colgó sin decir nada más. Volví a escuchar los mensajes, y puse atención en el timbre de su voz, en las palabras que había elegido, intentando imaginar su cara. La voz era áspera y grave, sus palabras eran cuidadosas y un poco formales; parecía incómodo, puede que incluso nervioso, por el hecho de dejar un mensaje a mi madre, y eso era encantador. Le imaginé como un hombre grande, alguien que se sentía cómodo en tejanos, cómodo en su propia piel. Escuché los mensajes otra vez para poder oír de nuevo su voz, y pensé en lo raro que era que estuviese examinando de aquella manera al pretendiente de mi madre, preguntándome por su forma de ser, incluso por sus intenciones. Cuando su voz terminó por segunda vez, pulsé guardar, y entonces me serví una copa de vino y me senté con mi tesoro documental. Lo primero que cogí fue el librito de Cornelia Elliot, publicado en 1927 y dedicado a su hermana mayor, Vivian Whitney Branch.

Vivian Branch. Cerré los ojos, tratando de encontrar la conexión, y entonces recordé la biografía que había encontrado en Internet. Allí estaba, en la breve nota sobre Beatrice Mansfield; ella había conocido a Vivian Branch. He aquí un punto de contacto, y prometedor, ya que Vivian Branch era un nombre que reconocía vagamente; alguien en mi clase de Historia del instituto había hecho una presentación

sobre ella. De joven había sido enfermera, y fue muy activa en círculos feministas de Nueva York a principios del siglo pasado y más adelante; conoció a varias feministas de la primera ola, creí recordar, pero hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo involucrada que había estado en el movimiento sufragista, ni de que su hermana había vivido en El Lago de los Sueños. ¿Era posible que Rose la hubiese conocido? Pasé la página de la dedicatoria y empecé a leer:

Los lectores de este pequeño libro sin duda se preguntarán por la historia y la perspectiva de su autora, Cornelia Whitney Elliot. Dejen que les diga que escribo esto como una mujer con cincuenta y siete años de vida a sus espaldas, que ha sido testigo de gran cantidad de acontecimientos en este nuestro nuevo siglo. Escribo para dejar un legado a las generaciones que me seguirán, un relato de primera mano de la lucha que yo y mis hermanas en el sufragio tuvimos que afrontar para poder obtener el derecho al voto de todas las mujeres. Ya está surgiendo una nueva generación para la cual este derecho nunca se ha cuestionado, sino que es, al contrario, un hecho indiscutible de la vida. Difícilmente pueden imaginar los tiempos, todavía tan recientes, en los que sus voces hubiesen sido desatendidas de manera sistemática. Aunque nunca podrán mostrarse debidamente agradecidas, al no haberse visto privadas de tal privilegio, a pesar de todo pueden aprender —deben aprender— a valorar la historia de su buena fortuna a través de las experiencias de aquellas que no solo fueron testimonios de la historia, sino que la labraron con sus propias manos. Con ese propósito ha sido escrito este libro.

Caramba. Dejé las fotocopias sobre la mesa como si estuvieran ardiendo. Bueno, el bibliotecario me había advertido sobre el tono. Justo antes de escribir este libro, Cornelia Elliot había perdido en una votación el liderazgo del grupo que había ayudado a formar; mujeres más jóvenes se habían rebelado contra su anticuada y a veces autocrática manera de hacer. Había sido arrastrada por el oleaje de la historia y estaba comprensiblemente furiosa. Hojeé el resto de las páginas, buscando fechas o acontecimientos que pudieran ser relevantes en relación con Rose.

No encontré ninguno. Ni tampoco encontré ninguna referencia a Frank Westrum. Casi todo el texto, como había manifestado en su introducción, se centraba en su implicación con el movimiento sufragista, sobre todo en los hechos que había orquestado después de trasladarse a El Lago de los Sueños procedente de la ciudad de Nueva York. Su marido, que era médico, amaba la belleza natural de la zona, pero para Cornelia, acostumbrada a las distracciones de la gran ciudad, había sido una dura prueba. Lo había compensado sumergiéndose de lleno en su trabajo a favor de la justicia social, y en el fondo parecía que cuanto más irritaban a su marido esas actividades, más satisfacción le proporcionaban a ella.

La marcha sufragista que organizó en octubre de 1914, inspirada por la marcha en

Washington del año anterior, merecía un capítulo entero y era descrita con gran vigor y deleite. Cornelia Elliot describía a las manifestantes, valerosas y decididas a pesar de las multitudes impredecibles y a menudo hostiles. Parecía emocionadísima por haber sido arrestada y encerrada en prisión, no solo por haber participado en la marcha, sino también por distribuir información sobre planificación familiar y fisiología humana cosa que en aquella época era ilegal según la Ley Comstock.

«Distribuir información sobre planificación familiar». Encontré la nota que Rose había escrito tras leer aquel simple panfleto y cerrar la puerta de su habitación para contemplarse en un espejo por primera vez en su vida. ¡Se había escandalizado por cosas que a mí me parecían absolutamente básicas y que daba totalmente por supuestas! ¿Había conocido entonces Rose a Cornelia Elliot? ¿Había conseguido el panfleto a través de ella? ¿Habían hablado alguna vez sobre esas cuestiones? La nota me parecía privada, algo que Rose escribió pero que nunca tuvo intención de enviar a nadie.

Hice una pausa y busqué información sobre Cornelia Elliot en Internet, pero no encontré nada que no supiera. Entonces lo intenté con Vivian Branch, su hermana mayor. Esta vez di con varios artículos, incluido uno que informaba de la donación de su fondo documental a la Escuela Superior Serling. Escribí un e-mail rápido a Colecciones Especiales de Serling, preguntando si existía alguna correspondencia que pudiese arrojar alguna luz sobre la vida de Cornelia Elliot, además de la de su hermana. Entonces, como empezaba a sentirme abrumada por aquella espiral de fechas, cogí una hoja de papel en blanco y escribí todos los nombres y hechos de los que tenía constancia:

Westrum, Frank, 1868-1942

Westrum, Beatrice Mansfield, 1873-1919

Jarrett, Cora, 1887-1958

Jarrett, Joseph, 1894-1972

Jarrett, Rose, 1895-????

Jarrett, Iris, nacida en 1911

Marcha sufragista en Washington, 1913

Marcha sufragista, El Lago de los Sueños, 1914

Fundación de Dream Master, 1919

Concesión del sufragio a la mujer, 1920

Iris se va, 1925

Nace mi abuelo, 1925

Vidrieras terminadas, 1938

Construcción del depósito militar, cierre de la capilla, 1940

Nace Arthur, 1952

Nace mi padre, 1953

Bebí un poco de vino mientras meditaba. El aire olía a limpio; las boyas resonaban débilmente. Por el césped flotaban voces que entraban en el comedor. Recogí los papeles y dejé todo el montón sobre el mueble bar al lado de las escaleras, junto al montón de libros. Fuera, desde el muelle, Blake ayudaba a mi madre a bajar de su barco, sosteniéndole el brazo sano mientras ella recuperaba el equilibrio. Luego ayudó a Avery, que cargaba al hombro con dos bolsas de lona; casi tropezó cuando el barco se balanceó, y se agarró al brazo de Blake con las dos manos. La luz se reflejaba sobre la superficie lisa del lago, convirtiéndoles en siluetas mientras cruzaban el césped, cosa que dificultaba que pudiera verles con detalle. A pesar de eso, cuando llegaron al patio noté algo distinto en mi madre. Llevaba una falda blanca de lino y una túnica de punto azul claro salpicada de hilos plateados, además de sandalias plateadas y pendientes de plata. Primero pensé que volvía a llevar el pelo recogido. Pero entonces me di cuenta de que se lo había cortado, muy corto y escalonado, tupido y precioso.

—¡El pelo! —exclamé.

—¿Te gusta? —Irguió la cabeza, casi vergonzosa—. He tenido un momento de inspiración, supongo. Inspiración o pura locura. Fui a cortarme solo las puntas, pero de pronto le pedí a Josh que me lo cortara todo. Me encanta, la verdad. No pesa nada. Siento como si mi cabeza pudiera salir flotando.

—Te queda muy bien —le dije mientras entrábamos, y era verdad—. Es solo que es tan distinto...

—Me han cortado veinticinco centímetros. Los he donado a una organización benéfica que suministra pelucas a niños enfermos que han perdido el cabello. ¿Qué es eso? —preguntó, señalando con la cabeza los libros y papeles amontonados sobre el mueble bar. Avery y ella ya estaban delante de la encimera, sacando de las bolsas de lona diversos contenedores de tabulé y hummus, una ensalada de pimiento asado, una ensalada de pasta y pan recién hecho.

—Documentación. ¿Molesta ahí encima?

—No, en absoluto. Déjala ahí —me dijo, mientras sacaba una bandeja de trozos de sandía de la nevera. La línea de su cuello era larga y elegante. Qué extraño resultaba que algo tan sencillo como un corte de pelo pudiera hacerla tan distinta. Empecé a preguntarme cómo debía de verla Andy, y recordé su voz, grave y cálida, en el contestador—. Soy libre —dijo mi madre, sonriendo y tocándose la nuca—. Me siento totalmente libre.

Cuando me hube puesto mi único vestido y bajé las escaleras, Blake ya había encendido la barbacoa y Avery sacaba fuentes de comida al patio. Mi madre había invitado a sus amigos del trabajo, además de la familia y los vecinos. La gente empezó a llegar, aparcando sobre la hierba al lado del camino y trayendo botellas de vino o bandejas de comida. Los globos que habíamos hinchado aquella mañana flotaban como pequeños soles y lunas en los árboles, y las lucecitas destellaban como estrellas emergentes.

Fue una fiesta encantadora, la clase de velada agradable en que la conversación deriva de un tema a otro, se posa ligeramente ahora aquí, luego allí, y las risas salen flotando por la superficie del lago. Yo me movía entre los distintos grupos, abrazando a gente que me recordaba. El señor Hardesty, de la propiedad de al lado, me dio unos golpecitos en la espalda, y me quedé sorprendida de lo delgado que se había quedado desde la muerte de mi padre, desde la última vez que le había visto, agarrando a mi madre y a Blake aquella terrible mañana como si fueran a irse volando si les soltaba. Se había jubilado como meteorólogo, me informó, y ya no se pasaba el día examinando previsiones, prefería llevar paraguas y botas de agua en el maletero del coche y dejar que cada día le sorprendiera como quisiera. Sin embargo, para Georgia, que vivía al otro lado de la calle, el tiempo apenas había pasado. Seguía dedicándose a la alfarería —las campanillas que hacía sonar el viento en su porche y en los porches de los vecinos se oían débilmente a lo lejos— y estaba muy entusiasmada con el taller de cristalería de Keegan, pero me dijo que también había empezado a dar clases de arte en la escuela de adultos, por los ingresos fijos y el seguro médico, ahora que su hijo estaba en la universidad. Al decir esto echó un vistazo entre la gente y llamó a Jack, a quien yo recordaba como un chico delgado, lleno de energía, corriendo por los campos para jugar al escondite con sus amigos, y que ahora estaba en segundo curso en la Universidad de Nueva York, estudiando arte dramático, con el pelo recogido en una cola de caballo: era un joven sumamente seguro de sí mismo, mucho más de lo que yo recuerdo haberme sentido nunca.

—¿Sabes una cosa?, he invitado a Keegan —me dijo mi madre, haciendo una pausa mientras se dirigía hacia el patio con una copa de vino en la mano sana—. Hoy ha pasado por el banco y he pensado: ¿por qué no?

Sonrió y yo pensé en el punto donde el pelo de Keegan se ahusaba bajo su cola de caballo, en el calor de su brazo junto al mío mientras examinábamos las vidrieras.

—¿Va a venir?

—Ha dicho que lo intentaría. Ha preguntado si tú estarías —añadió—. Creo que se alegró mucho de verte.

Yo asentí, intentado no revelar la excitación que sentía, sabiendo que quizá pasaría por aquí. No con su moto, me recordé a mí misma, y quizá con Max, pero eso tan solo hacía que la idea resultara más atractiva.

—Keegan ha cambiado mucho —dije—. Se le ve muy tranquilo, y muy brillante.

—Seguramente él dice lo mismo de ti.

Alguien que yo no conocía tocó el brazo de mi madre, que se dio la vuelta para atender a sus invitados antes de que yo pudiera responder. La charla y las risas flotaban por todas partes. Yo servía bebidas y ofrecía los delicados aperitivos de espinacas y queso de cabra que había preparado Avery. Art llegó con Joey; su voz era siempre un punto más profunda y más fuerte que las demás, de manera que tenía la impresión de saber siempre dónde se encontraba: en la cocina, saludando a mi madre en el patio, pasándole un brazo por los hombros a Lawson, el marido de Georgia, que

había venido en directo del trabajo y cuyos zapatos brillantes parecían curiosamente fuera de lugar sobre la hierba. Joey se sirvió una cerveza y se acercó a Blake, que estaba junto a la orilla, para hablar tranquilos, mientras que Zoe, con el humor voluble y cambiante de los adolescentes, se instaló en la hamaca con un libro, levantando la vista de vez en cuando para contemplar el agua. No me quedaba claro si quería que la dejaran en paz o si estaba interpretando a una heroína trágica del siglo XIX ante el público constituido por los invitados a la fiesta.

—Oh, no le des ese gusto —me respondió su madre cuando le pregunté si a Zoe le gustaría un poco de compañía. De pelo castaño y muy delgada, Austen había empezado a trabajar en una inmobiliaria hacía unos años y su aspecto me parecía lustroso, bruñido. Señaló con la copa que sostenía, exasperada, el despliegue temperamental de Zoe—. Últimamente me está volviendo loca. Supongo que ese es su trabajo, a esta edad, ¿no? Pero todo es tan dramático. Por la manera como nos trata, uno diría que la encerramos cada noche en un armario. Le estamos «arruinando» la vida. No tiene «nada» de lo que tienen sus amigas. Etcétera. Lucy, si algún día quieres tener a alguien de visita allí en Japón, yo estaría encantada de enviártela unas cuantas semanas. En fin —añadió cuando yo no respondí a su ofrecimiento, después de tomar un largo sorbo de vino—. Sobreviví a Joey, que no fue ningún santo, así que supongo que también sobreviviré a esto.

Eché una mirada a Joey, recordando nuestra época en el instituto, su indiferencia agresiva, su ropa colgando de las ramas donde la tiré.

Comimos y abrimos más botellas de vino, y la tarde se convirtió en crepúsculo y salieron las estrellas. A medida que oscurecía, la luna, casi llena, apareció por el horizonte. Pensé en Rose, en el hermoso borde de pálidas esferas entrelazadas, en la manta para bebé y en las vidrieras. Avery empezó a traer porciones de pastel de la cocina, y mi madre dispuso sobre la mesa de cristal del patio unas fuentes con nata montada y fresas. Me dirigí hacia las sombras y contemplé la fiesta como si estuviera teniendo lugar sobre un escenario, con una extraña sensación de distanciamiento, sabiendo que aquella clase de reuniones tenían lugar muy a menudo y que también seguirían celebrándose cuando yo me volviera a marchar. Me saqué el móvil del bolsillo para ver la hora. Ya eran casi las diez. Si Keegan no había venido todavía, seguramente no lo haría ya; él también vivía una vida que funcionaba perfectamente bien sin mí. Me dirigí hacia el muelle, me quité los zapatos, me senté en el extremo, con los pies colgando sobre el agua, y llamé a Yoshi. Descolgó al segundo tono, con el pulso y el murmullo de sus oficinas de fondo.

—Eh, hola —saludé.

—Ah, Lucy.

—Estoy en una fiesta —le dije, echándome sobre el muelle—. Estoy viendo el cielo, lleno de estrellas. Es la noche más larga del año, ¿sabes?

—Aquí no, por desgracia. —Su voz era muy suave—. Oye, ahora no puedo hablar. ¿Puedes llamarme por Skype esta noche? Eso sería... mañana por la mañana

para ti.

—Claro. ¿Va todo bien?

Suspiró.

—Sí. Sí y no. El viaje a Indonesia se está complicando, nada más. Ahora mismo no puedo hablar de ello. ¿Tú estás bien?

—Es una noche preciosa —le dije, buscando la Osa Mayor. En Indonesia teníamos una galería que daba a nuestro dormitorio y las noches más calurosas dormíamos allí, bajo esas mismas estrellas—. Te echo de menos.

—Créeme, me encantaría estar allí contigo.

—Pronto.

—Sí, pronto.

Entonces colgó. Cerré el teléfono, pero no me levanté enseguida. Seguí contemplando el cielo nocturno, preguntándome qué clase de intriga laboral podía haber afectado tanto a Yoshi; generalmente siempre conservaba la calma.

Cuando volví al patio, la gente había empezado a marcharse. Desde lejos, era una escena de lo más feliz: luz de velas y mesas plagadas de platos de papel y servilletas arrugadas. Georgia iba arriba y abajo, ayudando a recoger antes de irse también; Austen se llevó a Zoe a casa porque tenía que estudiar para un examen final. Yo me quedé un momento entre los restos salvajes del jardín lunar de mi madre, donde unas cuantas rosas asomaban entre el verdor, fragantes y pálidas. Había algunas damas de noche también; la lavanda invasora liberó su aroma a pino cuando pasé a su lado. Estaba pensando en mi padre y en nuestra última conversación allí, cuando el jardín todavía conservaba el orden entre el caos, preguntándome qué hubiese pensado él de esta fiesta, de esta noche, de la dirección que había tomado mi vida. Acallada por la tristeza, me detuve entre las ruinas olorosas. El grupo se redujo hasta que solo quedaron Art y Joey, junto con mi madre, Blake y Avery, reunidos en el patio junto a la barbacoa, en la que todavía brillaban las brasas. La conversación divagaba. Blake había descubierto una foto de la fundación de Dream Master en un archivador viejo de la tienda, en la que se veía a nuestro bisabuelo clavando una pala en el solar donde se construiría el edificio, durante la ceremonia de inicio de las obras, y estuvieron un rato hablando de eso y pasándose la foto unos a otros. Mi madre se excusó y entró en la casa; la puerta mosquitera se cerró de golpe detrás de ella. Oí los pitidos del contestador y voces que murmuraban débilmente mientras escuchaba sus mensajes. Pensé en la voz de Andy, y la imaginé sonriendo al oírla. En el patio, la conversación había llegado a un punto muerto. Entonces Art levantó el vaso y pronunció un brindis.

—Por la nueva empresa —dijo—. Por El Embarcadero.

Había estado a punto de unirme a ellos, ahora que había recuperado la compostura, pero me detuve al oír sus palabras, mientras Joey y Blake y Avery levantaban sus copas y brindaban. Pensé en los planos sobre la mesa de Art y Joey en La Judía Verde, y en el caballete repleto de dibujos en la oficina de Art. Proyectos,

imaginé, proyectos en fase de desarrollo, pero aquello parecía ser mucho más, y esperé.

—¿No es demasiado temprano para celebrarlo? —preguntó Blake, que me sonó un poco tímido y obsequioso; sentí un ramalazo de rabia por el hecho de que se esforzara tanto en formar parte de aquello—. Todavía podrían fallar muchas cosas.

—No, ahora que tenemos los terrenos iniciales y la financiación ya está solucionada, solo es cuestión de tiempo —repuso Art—. Claro que tendremos que sortear los obstáculos de esos requerimientos, pero no van a cuajar. Y, en cuanto a la segunda fase, estoy seguro de que tu madre acabará vendiendo, Blake. Hemos tenido varias conversaciones.

—¿De veras? No estoy tan segura —dijo Avery—. No por la madre de Blake, sino por el resto. —Repitió la historia que me había contado en el barco sobre la reunión improvisada de los distintos grupos conservacionistas—. Mañana hay otra reunión programada. Y Keegan Fall ha estado muy activo en el frente étnico.

Blake resopló.

—Nadie quiere que esa tierra vuelva a los iroqueses —dijo—. Eso es un callejón sin salida político. Su negocio puede que vaya viento en popa, pero no tiene tanta influencia.

—En este pueblo, los negocios van y vienen —comentó Joey desde las profundidades de su butaca—. Ya veremos si Keegan Fall tiene lo que hay que tener.

—No se está haciendo ningún favor —opinó Art—. Ponerse del lado de los ecologistas radicales y de la expropiación. Va a terminar en el bando equivocado de la historia si no se anda con cuidado. Aquí la gente tiene mucha memoria.

—Ya está en el bando equivocado de la historia —comentó Joey, tomando un trago largo de su cerveza—. Simplemente ha decidido quedarse allí.

Herida, volví a tocar la lavanda para que su olor fresco me envolviera. Keegan era un año mayor que yo pero acabó en mi curso porque su madre se lo llevó de viaje durante todo un año. Cuando Keegan volvió al otoño siguiente para empezar quinto, más delgado, con los tejanos ligeramente cortos, se sentó solo junto a la ventana. Durante el recreo sufría pullas de los demás, sobre todo de mi primo Joey, que era alto y fuerte pero carente de toda amabilidad. Provocaba a Keegan cada día, le llamaba «sucio indio» y le preguntaba por qué solo tenía dos camisas que ponerse. Keegan no respondía, se mantenía a distancia, su rostro era como una máscara, incluso sus ojos oscuros se mantenían velados y lejanos.

Un día me senté en el columpio junto a él, clavando las puntas de los zapatos en la tierra sucia y dura. Habíamos visitado un museo en Syracuse, donde habíamos visto las anchas piedras redondas que los iroqueses habían utilizado para moler el maíz. Le dije a Keegan que eso me parecía interesante y le pregunté si de verdad era iroqués.

Me miró para averiguar si pensaba burlarme de él, pero esto ocurrió después de la riña entre mi padre y Art, por tanto creo que sabía que yo no estaba del lado de Joey

ni en esa ni en ninguna otra cuestión. Unos chicos, cerca de los columpios, pegaban patadas a una pelota de fútbol por el borde del campo. La escuela estaba situada en la cima de una colina y, aunque no podíamos ver el lago a causa de las casas y los árboles que se interponían, sabíamos que estaba allí.

—La abuela de mi madre creció en la nación seneca —dijo Keegan al fin—. ¿Sabes todas esas tierras donde ahora está el depósito militar? Esas eran sus tierras.

—Puede que uno de tus antepasados fuera un jefe —aventuré yo, pensando en los collares de cuentas que también habíamos visto, redondas y lisas y de colores, que yo ansiaba poder tocar.

—Puede —dijo Keegan.

Estábamos demasiado absortos para vigilar nuestras espaldas, y Joey se nos acercó por detrás. Me oyó decir esto y gritó:

—¡Yo Gran Jefe! —golpeándose el pecho. Los chicos tras él empezaron a reírse y la máscara volvió a caer sobre el rostro de Keegan.

—¿Por qué no le pegas? —le pregunté en voz baja—. Deberías pegarle en toda la cara.

Keegan no dijo nada, ni siquiera me miró cuando sonó la campana y volvimos a entrar en la escuela. Esa tarde no ocurrió nada, pero, al día siguiente, cuando Joey empezó a hablar de señales de humo, Keegan se dio la vuelta, tan rápido como el viento y le soltó un puñetazo en toda la cara.

Tanto Keegan como Joey fueron enviados a casa, y cuando Keegan regresó al día siguiente, se sentó en su sitio habitual junto a la ventana, aunque un par de chicos hablaron con él y le preguntaron por la pelea y por lo que le había dicho el director. Cuando se fueron, yo me acerqué en silencio y me senté junto a Keegan y le di un chicle. Él lo cogió y levantó la vista, para estudiarme con la misma expresión intensa que el día anterior, justo antes de pegar a Joey, y entonces una sonrisa le iluminó el rostro, aunque desapareció tan rápidamente que apenas estaba segura de haberla visto.

Después de aquello, fuimos amigos. No hablábamos mucho ni quedábamos durante el almuerzo, pero nos sentábamos juntos en clase y nos acostumbamos a regalarnos cosas: un lápiz, el premio de una caja de cereales, una caricatura. Era una amistad secreta, para que no se burlaran de nosotros.

Por lo tanto, había una historia entre los dos, una relación. Hablamos de ello cuando volvimos a encontrarnos años después, en un partido de baloncesto, en la misma grada. Keegan estaba con sus amigos y yo estaba con los míos, y a medio partido miró hacia mi extremo de la hilera con aquella divertida media sonrisa típica de él y pasó una nota que fue de mano en mano hasta llegar a mí.

Eh, hola, Lucy Jarrett. ¿Cómo te ha ido todos estos años?

—Y que lo digas —comentó Art, con el rostro ensombrecido por la débil luz del

fuego moribundo—. Ha tenido buena suerte, pero cuenta con el verano para salir adelante, igual que el resto de nosotros. Hoy me ha llamado Steve Peterson, por cierto. También está interesado en apuntarse a la primera fase.

—¿La primera fase de qué? —pregunté mientras salía de las sombras.

Se hizo un silencio.

—No tenemos por qué ocultárselo —dijo Art al fin—. Supongo que a estas alturas no pasa nada por que lo sepa.

—Hemos presentado una oferta por las tierras del depósito —dijo Joey—. Por dos parcelas. La primera está cerca del pueblo y es la que ya tenemos casi en el bote. La otra es colindante a la propiedad de tu madre, justo más allá de los árboles.

—Tenemos planes —intervino Blake, y la emoción contenida de su voz hizo que me preocupara por él. A pesar de lo que dijera Art, no confiaba que tratase a Blake con justicia alguna—. Una urbanización que se llamará El Embarcadero. Esta zona antes era un punto donde se detenían los barcos de vapor. Es histórico. Puede que hayas visto los diseños en Dream Master.

—Los vi. Pero la mitad de ese terreno son marismas —dije, pensando en las matas de juncos, en las sombras rápidas y elegantes de los peces bajo el agua.

—Pues las drenaremos. —La voz de Art era tersa, desconfiada—. Eso es lo que ha puesto a los ecologistas en pie de guerra. Pero acabarán atendiendo a razones.

—En realidad se trata de crear puestos de trabajo, Lucy —dijo Avery. Había estado tan callada que casi me había olvidado de que estaba allí—. Seguro que es muy altruista y muy noble preocuparse por el medio ambiente, pero hemos sufrido un duro golpe con el cierre del depósito militar, y antes de eso las cosas tampoco iban muy bien. Quizá a ti no te parezca tan grave, por el dinero que abunda alrededor de los lagos, pero todos sabemos que aquí hay dos economías distintas, y una está sufriendo.

—Puedes unirte a nosotros cuando quieras —dijo Art—. Si es en lo que estás pensando. Es a lo que me refería cuando hemos hablado antes. Nadie te impedirá hacerlo si quieres participar.

Yo no dije nada. La puerta chirrió y mi madre volvió a salir, con un cilindro de vasos de plástico y otra botella de vino.

—¿Qué? —preguntó, al penetrar en aquel silencio incómodo y notar la tensión entre nosotros—. ¿Qué pasa? —Su voz era ligera, informal, pero yo la conocía lo bastante bien como para oír también en ella cierta desconfianza. O quizá era yo la desconfiada, cautelosa de pronto después de recibir toda aquella información nueva. ¿Lo sabía Andy?, me pregunté. Y ¿hasta qué punto habían llegado aquellas conversaciones?

—Estamos poniendo a Lucy al día —dijo Art—. Hablándole de nuestras conversaciones en curso.

—¿De veras? —El tono de mi madre se endureció un poco, y me di cuenta por su voz de que Art había traspasado un límite—. Espero que le hayas dicho que todavía

no lo tengo decidido, ni mucho menos. —Se dirigió a mí—. ¿Lucy? ¿Te ha dicho eso?

—No exactamente.

—Ah. Ahora iba a decírselo —aclaró Art—. Nada de presión, Evie. Supongo que tenía la esperanza de que ya lo hubieses decidido. Blake y yo lo esperábamos, debería decir.

—Bien. Pues no. Ni en favor de lo uno ni de lo otro. La tierra todavía es mía.

Durante el silencio que siguió, empezó a distribuir los vasos de plástico. Yo estaba inquieta, pero me di cuenta de que ella se lo estaba pasando bien. Mientras no tomase una decisión, tenía cierto poder sobre Art y sobre todos los demás que tanto deseaban aquellas tierras. Era una faceta nueva de mi madre que yo nunca hubiese imaginado y que no estaba segura de que me gustase. Me pregunté qué debía de querer ella en realidad, qué terminaría decidiendo.

—Voy a pasaros esta botella de vino —dijo levantándola—. Para que todos podáis echarle un vistazo antes de abrirla. Si hubiese sabido que este iba a ser un momento tan incómodo, quizá habría esperado. Pero aquí estamos, así que adelante. La encontré en el sótano cuando por fin empecé a poner orden en ese laberinto. Estaba metida en una caja, envuelta en un edredón que se hizo pedazos cuando lo aparté. Echad un vistazo. Y luego sugiero que hagamos un brindis.

La botella pasó de mano en mano. Cuando llegó hasta mí, la levanté para que la iluminara una cuña de luz. La etiqueta estaba escrita a mano con tinta oscura, con una caligrafía que no pertenecía a Rose.

VINO DEL COMETA

Langport, Inglaterra

1910

Art se aclaró la garganta y se puso serio, tal y como hacía siempre la gente de mi familia cuando hablaban de Joseph Arthur Jarrett y sus sueños del cometa.

—Mi abuelo solía hablar de este vino —dijo—. Yo era solo un chaval, pero recuerdo haberle oído contar la historia. En otoño de ese año recogieron las uvas que habían crecido bajo ese cielo del cometa. Hicieron el vino ellos mismos, y cuando mi abuelo emigró trajo consigo tres o cuatro botellas. Se supone que el vino hecho con uvas que han crecido bajo un cielo de cometa es especial. Vaya, vaya. Yo creía que ya no quedaba ninguna.

Imaginé a mi bisabuelo levantando el rostro, con la luz del cometa cayendo a su alrededor mientras él soñaba con una nueva vida. Como a todos los demás, esta historia, transmitida de generación en generación, siempre me había parecido muy conmovedora e importante. Pero ahora me preguntaba: ¿dónde estaba Rose?

—Esta botella debió de quedar olvidada —dijo mi madre—. Bien protegida para ser conservada, quizá, y después olvidada. Veamos si tenían razón sobre la cosecha.

—Evie. Yo digo que la guardemos.

Mi madre miró directamente a Art por encima de las brasas.

—Es mi vino —dijo quitándole importancia, aunque ahora la dureza de su voz era perfectamente audible—. Lo he encontrado en mi casa, después de todo. Y quiero saber qué sabor tiene. —Extrajo un sacacorchos del bolsillo de la falda y pidió a Blake que la abriera. Este, después de dudar unos segundos, lo hizo. El corcho, de casi cien años, chirrió al girar contra el cristal.

Mi madre cogió la botella y nos sirvió a cada uno dos dedos de vino, de un rojo tan oscuro que parecía un pedazo de noche. Guardaba un recuerdo de infancia de cuando el cometa regresó, en 1986, de quedarnos hasta muy tarde en la cúpula examinando el cielo oscuro, y nuestra decepción cuando al fin localizamos el cometa, tan débil y lejano. Eso era lo que yo recordaba, pero quizá la decepción provenía de otros acontecimientos de la época. Ese había sido el punto de inflexión, el cometa y la celebración, el día en que mi padre había recogido sus cosas de Dream Master y se había ido para siempre.

—Por el solsticio —declaró mi madre. Levantamos los vasos y bebimos.

El vino tenía un sabor oscuro y dulce. No estaba mal, un poco áspero, tirando a vinagre, nada mágico. Cuando lo terminamos, nos sentamos y hablamos un rato hasta que Art se levantó.

—Evie —empezó, e hizo una pausa. Parecía a punto de decir algo más, pero solo sacudió una mano y rio—. Tú sí que sabes organizar una buena fiesta del solsticio. Venga, Joey. Vámonos.

Blake y Avery se quedaron unos minutos más para ayudarnos a recoger y limpiar. Luego volvieron a cruzar el césped, cogidos de la mano, y subieron al barco. La vela reflejaba la luz de la luna como un ala.

—Una gran fiesta, mamá —le dije mientras amontonábamos los recipientes de hummus, verduras y salsas en la nevera—. Me ha gustado mucho ver a todo el mundo.

—Ha estado bien —confirmó. Me miró a los ojos cuando cerró la puerta—. Lucy, lo que he dicho es verdad. Todavía no me he decidido a vender esta casa, y, aunque lo haga, todavía no he decidido vendérsela a Art, ni mucho menos.

—Pero te lo estás planteando —dije, apoyándome en la encimera—. No pasa nada. A estas alturas tampoco tiene mucho que ver conmigo.

—Bueno, esa ha sido tu elección, ¿no?

—Así es como han ido las cosas, nada más.

—No tenías por qué ir a estudiar al otro extremo del país, Lucy. No tenías por qué irte a trabajar al otro extremo del mundo. Tú tomaste esas decisiones.

La miré con incredulidad.

—Fui donde había los mejores programas de estudio —dije al fin—. Acepté los mejores trabajos, los más emocionantes. Tú me dijiste que me fuera. El verano después de que muriera papá. Me diste tu bendición.

Mi madre se pasó las manos por la cara y el cuello, y suspiró.

—Sí. Sí, lo hice. Tienes razón. Quería que vivieras tu vida. Todavía lo quiero. Me preocupo por ti, viviendo tan lejos, eso es verdad. Es muy duro. Tú no te das cuenta, Lucy, pero después de ese tsunami, por ejemplo, cuando no pude dar contigo, fue terrible.

—En aquel entonces ni siquiera estaba en Indonesia.

—Pero yo no lo sabía. No sabía dónde estabas. Para mí, podías haber estado en una de esas playas devastadas.

Estaba en Nueva Zelanda cuando ocurrió, haciendo senderismo con Yoshi y unos amigos, y estuvimos varios días sin saber nada del tsunami. Cuando volvimos a Yakarta, Yoshi y yo nos presentamos como voluntarios en el orfanato donde habíamos trabajado el año anterior y adonde eran enviados los niños que habían perdido a sus familias. Hicimos lo que pudimos, todo lo que hizo falta, pero seguimos sintiéndonos impotentes ante la magnitud de las pérdidas.

—De acuerdo —concedí—. Lo siento. Intentaré mantener mejor el contacto.

Mi madre sacudió la cabeza.

—Eres una mujer adulta, Lucy. Confío en que sepas lo que quieres. Pero eso funciona en los dos sentidos, ¿entiendes? Yo también tengo una vida. Tú quizá serías más feliz si yo me quedase para siempre en esta vieja casa y dedicase todas las horas del día a mantenerla en pie, pero no pienso hacerlo, eso te lo aseguro. ¿Puede que se la venda a Art? No lo sé. Es posible. Es posible que se la venda a otro. O puede que espere un año, o dos, antes de hacer nada de nada. No pienso tolerar que me presionen, eso te lo aseguro. Ni tú, ni Art ni nadie.

Chispas de electricidad flotaban en el ambiente.

—Pues muy bien. Pero ¿qué pasa con Andy? —pregunté, sorprendiéndome a mí misma.

Ella levantó las manos.

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabe algo de todo esto?

—No. Y la verdad es que tampoco es asunto tuyo, Lucy. Pero el hecho es que acabo de conocer a Andy. Es divertido salir con él, nada más. Me estoy divirtiendo. ¿Por qué es eso un problema?

—No lo es. No quería decir eso.

—Entonces, ¿qué querías decir?

Respiré hondo, escuchando el zumbido de la nevera, el rumor distante de las olas lamiendo la orilla. Había hablado sin pensar, y la verdad era que no sabía por qué estaba tan afectada. Tenía que ver con las tierras, sí, y con la intrincada y difícil historia familiar. Tenía que ver con Blake, tan dispuesto a seguir a Art, e incluso con que Avery estuviese embarazada. El sabor oscuro del vino del cometa permanecía en mi boca. Nunca le había contado a mi madre que vi a papá la noche en que murió. Nunca le había dicho que me invitó a ir a pescar con él. En algún universo alternativo

existía el día en que hubiésemos podido disfrutar si le hubiese dicho que sí, un día en el que regresábamos a casa con un sedal repleto de peces colgando, un día fácil de sol y truchas asadas y cena en el patio..., un día que nos hubiese conducido a otra parte, no aquí.

—No lo sé —dije al fin. Toda la energía parecía haberse evaporado de la habitación, pero quizá era solo el jet lag—. No sé qué quería decir. Es que... Bueno, todo ha cambiado mucho, y muy muy rápido.

Ella asintió, pero no habló enseguida.

—No tan rápido —dijo, al fin—. En realidad no, Lucy. Pero a ti debe de pareértelo. Eso lo entiendo.

Estuve a punto de contarle entonces cómo todo habría sido de otra manera si yo hubiese ido a pescar aquella noche, que estaríamos en un lugar completamente distinto si lo hubiese hecho. Pero ahora ella era feliz, eso era lo importante; quizá más feliz de lo que yo la había visto nunca. En este momento, en esta época, ella era feliz.

—De acuerdo. ¿Quién sabe? Quizá vender la propiedad, incluso a Art, sería bueno. Quiero decir que Blake y Avery no pueden criar un bebé en un barco.

Se dio la vuelta y me miró con intensidad.

—¿Qué has dicho?

Cerré los ojos un segundo y me maldije silenciosamente.

—Oye, se suponía que no tenía que decirte nada. Pero es por eso que Blake ha aceptado el trabajo. Y por eso Avery ni siquiera ha probado un sorbo del vino del cometa.

—Oh, tienes razón. ¡Dios mío! Eso tiene sentido. Pero no me había dado cuenta de que...

—No les digas que lo sabes, ¿vale? Se enfadaría. Se lo prometí. Y él se lo prometió a Avery. Ella tiene ganas de hacer una especie de anuncio formal.

—Soy la futura abuela. No les importará que yo lo sepa. Seguro que no.

Hizo una pausa y se presionó las manos contra la cara, provocando el destello de sus anillos de plata. Sacudió la cabeza una vez y dejó caer las manos.

—Oh, es muy emocionante, ¿verdad? Qué sorpresa. Aunque, ahora que lo sé, supongo que tiene mucho sentido. Tienes razón —añadió—. No pueden criar un bebé en un barco, de ninguna manera. ¿Dónde está mi teléfono?

—Oh, por favor. No les digas que te lo he contado.

—No lo haré. Diré que lo he deducido. Tienes razón, no ha bebido nada. ¿Para cuándo lo espera?

—Para octubre, creo.

Mi madre ya estaba marcando el número en su móvil, y creo que no se dio cuenta de que yo salía de la habitación y subía las escaleras.

Estuve despierta durante mucho rato, dándole vueltas en la cabeza a los acontecimientos de la noche, hasta que al fin me dormí. Aquella misma noche nos visitó una tormenta, y en mi estado inquieto tuve otro sueño parecido al de mi

primera noche allí, la búsqueda urgente de cosas redondas escondidas bajo las hojas del bosque. Pero esta vez las encontré, unas preciosas formas como esferas enterradas bajo las hojas, tan delicadas como la lluvia pero hechas de cristal, tan hermosas que era doloroso contemplarlas de tan llena de anhelo como estaba yo. Cuando las recogía se hacían líquidas en mis manos y caían en la tierra, y se alejaban rodando convertidas en pequeñas cuentas, y yo me arrastraba tras ellas, con el corazón roto por tanta belleza perdida. Reuní todos los fragmentos y me senté en el suelo del bosque, intentando volverlos a juntar, pegarlos con cola y fijarlos con varillas de metal, pero una y otra vez se fundían cuando los tocaba y desaparecían.

Me desperté temprano, en un alba gris, con una lluvia tan fuerte y unas nubes tan bajas que era difícil distinguir dónde terminaba el cielo y dónde empezaba el lago. La lluvia había arrancado los globos de los árboles, y los farolillos de papel que colgamos en el patio estaban deformados por el peso del agua. Bajé las escaleras, con los jirones de mi sueño aún presentes, que aunaban belleza y pérdida, y me preparé una taza de té haciendo tan poco ruido como me fue posible. Mi madre seguía durmiendo; no tenía que entrar a trabajar hasta las diez, y me resultó un alivio no verla después de nuestra discusión de la noche anterior. Había restos de comida de la fiesta sobre la encimera, así que comí un poco de Brie con galletas saladas y me llevé un racimo de uvas cuando volví a subir. Cerré la puerta de mi habitación y me senté con las piernas cruzadas en la cabecera de la cama, sorbiendo mi taza de té *orange pekoe* mientras miraba por la ventana el lago lluvioso y cubierto de niebla, la hierba de color verde oscuro, empapada y aplastada. Yoshi había prometido estar en casa a las siete, y todavía faltaban cinco minutos para la hora. Lo llamé por Skype y me respondió enseguida; su cara llenó la pantalla.

—He traído unos fideos para comer en casa —dijo—. Estoy en la cocina. ¿Te importa si como mientras hablamos? Estoy muerto de hambre.

—¿Son de esa tienda que hay calle abajo? —le pregunté. Era un local pequeño, decorado con paneles de madera clara, con taburetes para sentarse en la barra, donde servían grandes cuencos llenos de fideos y caldo. A Yoshi y a mí nos gustaba ir allí los fines de semana.

—Sí. He pedido tus fideos al curry favoritos —dijo levantando la cuchara para enseñármelos antes de comérselos—. Lástima que estés tan lejos.

—Tengo mis propios placeres —repuse, enseñándole las uvas—. Olvidas que aquí es primera hora de la mañana. No es un buen momento para el curry. Bueno, y ¿cómo estás?

—No muy bien, la verdad —dijo—. Perdona que no pudiese hablar antes, pero la oficina estaba un poco tensa cuando llamaste.

—¿Qué ha pasado?

—Es el proyecto de Indonesia. Había objeciones de la gente del pueblo, ¿te acuerdas? No querían que se destruyera ese lugar, porque lo consideran sagrado. Así que nos pasamos toda la semana pasada dibujando unos planos alternativos que permitieran que el puente sorteara el lugar. Todos salíamos ganando, ¿no?

—Así me lo parece —dije yo.

—Espera un momento —me interrumpió, y desapareció. Pensé en todas las veces que en Indonesia me habían advertido que no saliera durante el crepúsculo: un momento de transición en el que era fácil perder el espíritu o sufrir algún tipo de peligro. Siempre me había parecido algo sensato, aunque fuese ilógico, y tenía todavía más sentido ahora que estaba sumida en este otro tipo de transición, flotando entre el pasado y el presente, entre la vida que había estado viviendo y cualquier clase de vida que se avecinase, un momento en el que a veces tenía la impresión de que podía perderme por completo.

Yoshi volvió a aparecer en la pantalla; había ido a buscar una botella de sake.

—Exacto, todos salíamos ganando. Eso es lo que pensábamos los ingenieros. Una solución completamente buena. Pero el director no opinaba lo mismo. Encarecería dramáticamente los costes; y además ya poseían los derechos sobre la tierra en cuestión, así que no les hacía falta llegar a ningún compromiso.

—Te vetaron.

—Sí. Y peor aún... Se lo discutí.

—Ah. Entiendo. —Había varios expatriados en la empresa de Yoshi, y por lo tanto era más flexible que la mayoría, pero con su aspecto, su herencia y su japonés fluido, se esperaba que Yoshi hiciera las cosas de otra manera. A mí me parecía que lo sobrecompensaba quedándose en la oficina hasta muy tarde y saliendo a beber con sus clientes más a menudo que nadie, intentando equilibrar los momentos como este, en que las diferencias en su formación y filosofía se hacían aparentes—. Pero no es nada grave, ¿verdad? Quiero decir que no van a despedirte.

Yo lo dije medio en broma, pero Yoshi no sonrió.

—No. Al menos, espero que no. En estos momentos todo está muy tranquilo a mi alrededor. El hecho es que, cuando me contrataron, esperaban que mi experiencia en Indonesia les resultara útil, pero no esperaban que abogara a favor de los indonesios. Por lo tanto, me han asignado un compañero para el viaje a Yakarta de la semana que viene.

—¿En serio? ¿Te han colgado una carabina?

—Algo parecido. No estoy muy contento. Así que no, de alguna manera no es nada grave. Pero, para serte sincero, he estado pensando en dejar el trabajo.

—¿Dejar el trabajo? ¿De veras? —dije riendo, pero la verdad es que me llenó de pánico imaginarnos a los dos a la deriva por el mundo.

—Si lo dejas, los dos estaremos sin empleo —le comenté.

Yoshi debió de captar el ramalazo de pánico en mi voz, porque sonrió a la webcam, a quince mil kilómetros de distancia.

—Solo me siento frustrado, nada más. Cambiemos de tema. ¿Cómo te van a ti las cosas? ¿Está lloviendo? He estado mirando el tiempo que hace allí.

—Pues sí. —Miré por la ventana. El cielo empezaba a aclararse por el horizonte, se veía una línea blanca grisácea perlada por encima del verde, y tuve la esperanza de que despejara—. He hecho unos descubrimientos fascinantes sobre mis antepasados

—le dije, y le hablé sobre las vidrieras y el viaje que tenía planeado a Rochester para visitar la casa de Frank Westrum. Yoshi se interesó por todo, aunque le costaba bastante seguir el hilo de las diversas relaciones y parentescos.

—¿Esa tal Rose es tu bisabuela?

—No. La hermana de mi bisabuelo. Supongo que debe ser de algo así como mi tía bisabuela. Nunca supimos nada de ella. Creo que hubo un escándalo.

—¿Seguro que quieres descubrirlo?

Lo medité un momento, porque reflejaba claramente mi propia aprensión, mi sensación inicial de que tal vez había habido buenas razones para ocultar el pasado.

—La verdad es que sí. No estoy segura de poder explicar exactamente por qué. Solo que me da la impresión de que es una pieza importante que le falta a mi familia. Quiero decir, si el escándalo tuvo algo que ver con que Rose fuera una líder sufragista, entonces es algo destacable. Nos convienen más mujeres heroicas en esta familia. —Mientras decía esto, pensaba que mis propios esfuerzos, tantas décadas después, palidecían en comparación, pero eran muy reales, sobre todo para una mujer de ciencias. Momentos en los que me habían interrumpido en medio de una presentación; o me habían hecho terminar a mí sola todo el papeleo, como si las labores del hogar corporativas fueran mi deber; o me habían excluido rutinariamente de cualquier conversación importante fuera del trabajo.

Hablamos un poco más de sus planes de viaje, y entonces Yoshi anunció que tenía que dejarme. Antes de poder relajarse, tenía varios informes que repasar. Tomó un largo trago, y me pareció verle muy cansado, exangüe.

—Deberías irte a dormir.

—Lo haré. En cuanto haya terminado con esos informes, pienso quedarme dormido delante de la tele. La señora Fujimoro preguntó por ti, por cierto. Se ha dado cuenta de que no estás.

Recordé el contacto de su mano, la tierra temblando bajo nuestros pies.

—¿Cómo está? ¿Cómo van los terremotos?

—Ayer hubo uno un poco grande. Cuando llegué a casa, la librería se había caído, y el resto de las plantas de la cocina.

—No puedo decir que eche de menos los terremotos —reconocí—. Pero te echo de menos a ti. —Y era verdad, pensé, recordando los largos crepúsculos de junio, los paseos que dábamos al anochecer, junto al mar.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo Yoshi con voz nostálgica.

—Ya falta poco —repuse—. Te quiero.

—Yo también —dijo él, y antes de que pudiese echarle un rapapolvo por su falta de romanticismo, cerró Skype y la pantalla se quedó a oscuras.

Cuando bajé, desayuné rápido con mi madre y la llevé al pueblo. Estuvimos un poco formales la una con la otra, reservadas. Me dijo que Blake le pareció muy contento de poder hablar del bebé, aunque le pidió que se lo callara porque Avery tenía planeado anunciarlo de manera más formal.

—¿Sabe que te lo dije yo? —le pregunté cuando la dejé en el banco.

Se encogió un poco.

—Bueno, es posible. Yo no se lo dije, pero puede que lo haya adivinado. Al principio pareció un poco sorprendido de que ya lo supiera. Pero Lucy, de veras, no creo que vaya a ser un problema.

Vi cómo subía corriendo los escalones bajo la lluvia, envuelta en un impermeable de plástico para protegerse el brazo.

Me dirigí hacia Rochester, primero por carreteras locales, serpenteando por el paisaje, viendo vacas pastar en los campos como si fueran nubes en blanco y negro, y el maíz tierno temblando bajo la lluvia constante. La carretera 20 conecta los extremos norte de todos los lagos, siguiendo más o menos el antiguo canal Erie. Atraviesa los pueblos y las ciudades del siglo XIX, ensartadas como cuentas a los extremos de los lagos, hermosas y ajadas, que crecieron y prosperaron hace un centenar de años cuando las calles no estaban asfaltadas pero sí llenas de caballos, cuando las barcazas flotaban canal abajo y se detenían en estos puertos para cargar cajas llenas de cristal o de vestidos, bombas hidráulicas o sogas, todo recién salido de las cadenas de montaje. Ahora, con tantas fábricas cerradas y tantas empresas trasladadas a otra parte, los pueblos eran señoriales pero estaban desvaídos; algunos bullían llenos de turistas; otros tenían los escaparates vacíos o tapados con tablones u ocupados por negocios transitorios que ofrecían adelantos rápidos en metálico a cuenta del sueldo. Las afueras se prolongaban varios kilómetros, llenas de tiendas baratas y almacenes y franquicias de comida rápida.

La Casa Westrum no abría hasta las dos, así que me detuve a visitar los jardines Sonnenberg en Canandaigua y almorcé allí. Luego cogí la autovía hasta Rochester y me dirigí al centro. La Casa de Frank Westrum estaba resguardada en una calle llena de casas altas de ladrillo, oculta por una hilera de arbustos de forsitias. El camino estaba pavimentado con losas de piedra y conducía más allá de los arbustos y a través de un jardín lleno de rincones y alcobas, bancos ocultos y glicinias enredadas en las rejas. La casa no tenía pérdida: era de dos pisos, estaba construida en un estilo que recordaba al de Frank Lloyd Wright, con montones de líneas horizontales y ventanas por todas partes. Estaba todo tan tranquilo que, a pesar del horario que constaba en la página web, temí que estuviera cerrada. Pero, cuando al fin subí hasta la puerta de entrada —un pórtico, en realidad, con varias vigas largas extendidas sobre los escalones—, un pequeño rótulo escrito con letras rojas en mayúsculas anunciaba abierto. Entré en el vestíbulo y dije:

—Hola. —Mi voz resonó.

Artículos de periódico, enmarcados y colgados en la pared, documentaban la historia de la casa, y los estudié mientras esperaba. El barrio había sido construido en 1873 y las casas de ladrillo de aquella calle databan de entonces. Sin embargo, hubo un incendio en aquel solar, en 1910, una casa prendió fuego a la otra y ambos incendios ardieron casi toda una noche, calcinando los dos edificios. Nadie murió en

los incendios, pero las familias lo perdieron todo. Los solares permanecieron vacíos hasta que Frank Westrum los compró en 1920 y empezó a construir esta casa; le costó prácticamente una década completarla debido a la escasez de fondos. El último artículo enmarcado hablaba de la restauración de la casa durante los años sesenta, cuando fue adquirida a unos particulares y empezó la búsqueda del arte en cristal de Frank Westrum para llenarla.

Oí pasos a lo lejos, andando con prisas, y entonces un hombre alto vestido con pantalón caqui y camisa blanca entró en el vestíbulo. Tenía el pelo corto y ondulado de color rojo fuego, cosa que me hizo pensar en los incendios que habían tenido lugar allí, y su piel era pálida y pecosa. El nombre que constaba en su placa de identificación era stuart minter, escrito en grandes letras mayúsculas. Stuart tenía aproximadamente mi edad y me dedicó una sonrisa nerviosa mientras se acercaba, hablando tan rápido que casi resultaba difícil entenderle.

—Hola y bienvenida, perdone que le haya hecho esperar. Generalmente es un momento del día muy tranquilo, así que, de hecho, no esperaba... Bueno, lo siento, como ya he dicho. ¿Ha venido por la visita guiada?

—Sí, me gustaría hacer la visita —dije—. Pero primero tengo unas cuantas preguntas que hacerle. —Le hablé de las vidrieras que había visto en El Lago de los Sueños, cada una con su característica hilera de lunas y brotes y flores tupidamente imbricadas a lo largo de la base.

—Este es el motivo. ¿Le resulta familiar? —pregunté, mostrándole la imagen digital en mi móvil—. No se distingue muy bien. Pero la iglesia tenía documentos, entre ellos un recibo original que indica que Frank Westrum realizó estas vidrieras por encargo en 1938.

Stuart Minter cogió el móvil y estudió la imagen.

—No —dijo al fin—. Aquí no tenemos nada parecido, ni he visto nunca este motivo en los archivos Westrum. Lo recordaría, estoy seguro. Es bastante inusual, ¿verdad? Pero incluso con esta imagen, que es muy borrosa, puedo ver señales características de Westrum en la vidriera. Mire, el dibujo que hace aquí la plomada. Apenas se distingue, pero si mira atentamente verá que las piezas de cristal se unen aquí y aquí en una especie de dibujo floral. Volverá a verlo cuando haga la visita. Este dibujo se encuentra en todas las vidrieras Westrum; es una especie de firma, como se dice en la audioguía.

—Es muy interesante —comenté y tomé nota mentalmente para comentárselo a Keegan—. ¿Existe alguna manera de rastrear las condiciones particulares de este encargo? ¿Tienen ustedes esa documentación aquí?

Se mordió el labio mientras pensaba.

—No lo sé, pero los archivos son bastante extensos. Lo comprobaré mientras usted visita la casa, si quiere.

—Se lo agradecería.

—Ningún problema. —Sonrió—. Es bastante emocionante, ¿no? Algo inesperado

para animar el día, como mínimo.

Stuart me dio un iPod con el audio de la visita, junto con un mapa de la Casa Westrum y las piezas exhibidas, y luego desapareció por el mismo pasillo por el que había aparecido, donde un rótulo informaba: solo personal. La casa no era muy grande, pero era espaciosa, estaba vacía de todo mobiliario y tenía grandes ventanas frente a las cuales colgaba el arte en cristal de Frank Westrum, proyectando sus colores sobre las paredes opuestas, los techos y los suelos. Puse el audio en marcha y me dirigí de una sala a la otra, a través de la luz y el color, mientras escuchaba lo que me contaban sobre la vida de Westrum, su infancia, su breve pero significativo período como aprendiz de John La Farge, su igualmente significativa ruptura con su mentor, su matrimonio y sus dos hijos, la muerte de su esposa y su traslado al norte del Estado. En sus vidrieras se podía apreciar que Frank Westrum sentía una gran pasión por el agua; las escenas estaban repletas de su pátina tranquila, remolinos u olas con crestas blancas. También le gustaban los motivos vegetales, como las enredaderas que se encaramaban por los largos paneles de cristal que construía para flanquear puertas, así como las flores de todo tipo. Mucha de su obra era arquitectónica, como los montantes o los paneles estrechos que se insertaban sobre los ventanales. En mitad de su carrera, también había experimentado con formas geométricas, en contrapunto a las escenas exuberantes e intrincadas de su obra temprana. En una serie de ventanas cuadradas, había trabajado con el verde y el azul, y con cristal blanco en forma de diamantes y triángulos o puntas de flecha.

Había algo muy tranquilizador en su obra. En parte era el efecto de la sala en sí, con sus paredes blancas y grandes ventanas en todas partes. Pero también era el cristal, con sus radiantes colores, sus imágenes de tierra, hojas y agua, las figuras humanas con sus ropajes fluidos, las pautas geométricas con su balsámica continuidad y su orden.

El audio de la visita me guio a través de las cuatro salas de la planta baja, y después me dio instrucciones para volver al vestíbulo y recorrer un pequeño pasillo. Lo hice, mientras examinaba el panfleto, pero me detuve, petrificada, cuando llegué a la base de las escaleras. Los escalones se abrían hacia una pared de cristal; había luz por todas partes. Una enorme vidriera colgaba en el rellano, radiante, de oro y verde, púrpura y bermellón, azul pálido y ámbar oscuro. Una mujer caminaba por un sendero de guijarros de color gris azulado en un jardín, con una gavilla de flores de tallo largo en los brazos. Llevaba el cabello suelto, cayéndole sobre los hombros en una cascada oscura. Su sencillo vestido era de color verde dorado, le llegaba hasta los pies y estaba fuertemente ceñido por un cinturón de un verde más oscuro. Llevaba los pies descalzos, sus ojos contemplaban las flores, y sus brazos y su cara estaban hechos con un cristal blanco y suave que casi fulguraba, como las flores del antiguo jardín lunar de mi madre. Me fijé en el dibujo floral de la plomada que Stuart había mencionado; se hallaba en la esquina izquierda inferior y también en la manga de la mujer. Sin embargo, lo que me mantuvo inmóvil fue su postura, la forma en que

estaba medio girada, mirando hacia fuera como si reconociera a alguien más allá del marco de la vidriera. Su cara también me era familiar, bastante alargada, con los ojos grandes y azul oscuro. Saqué el móvil y busqué rápidamente entre las imágenes guardadas hasta que encontré la foto que había tomado de la vidriera de José. Sí, una mujer destacaba entre las otras, estaba vuelta en el mismo ángulo, su rostro tenía la misma forma, aunque la imagen era mucho más pequeña, claro. Cubrí la pantalla con la mano para oscurecerla y comparé las dos figuras con una seguridad y excitación crecientes. Sí, estaba segura. En aquellas dos imágenes, en dos escenas muy distintas, se había usado a la misma mujer como modelo.

Oí pasos por el pasillo, y un instante después Stuart apareció con varias carpetas verdes bajo el brazo y se pasó la mano por la llamarada roja y oscura de su pelo; parecía un poco preocupado por haberme dejado sola tanto tiempo.

—Es exquisita, ¿verdad? —dijo, deteniéndose a mi lado—. Esta vidriera procede de una colección privada de Nueva York, totalmente indocumentada. Creemos que pertenece a la última fase de la obra de Westrum. Debió de realizarla durante su retiro; sin duda, después de trasladarse a Rochester. Como mínimo, es lo que se especula entre los historiadores del arte.

Asentí mientras devolvía mi móvil al bolso. No quería comunicar a Stuart, al menos de momento, mi propio descubrimiento.

—Es increíble, muy impactante. No es exactamente hermosa, pero muy particular. ¿No se sabe quién fue la modelo?

—Por desgracia, no. No conocemos gran cosa sobre ese período de la vida de Westrum. Había pasado de moda y se retiró aquí los últimos veinte años de su vida, después de la muerte de su esposa. Lamentablemente, nadie prestaba mucha atención a su obra. Suponemos que esta mujer pertenecía a la familia que encargó la vidriera, pero solo es una suposición. También podría haber sido la hija de Westrum, Annabeth. Los colores son particularmente poderosos en esta pieza, ¿no le parece?

—Sí. Y he visto el dibujo en la plomada.

—Exacto. Y la otra cosa que me encanta de esta vidriera... Fíjese en las gradaciones de color en las flores. Es el espectro del arcoíris, del rojo al violeta. Lo que resulta un magnífico juego de palabras visual, porque las flores son lirios, también llamados iris, y en la mitología griega Iris era la diosa del arcoíris.

—Me alegro de saberlo —dije discretamente, intentando ocultar el ramalazo de emoción, eléctrica y viva, que me recorrió el cuerpo cuando habló de las flores. «Si Iris tiene que abandonar tu casa...»—. ¿Ha encontrado algo en los archivos? —pregunté, señalando las carpetas con la cabeza.

—Bueno, sí y no. Vuelva al mostrador y se lo enseñaré.

Le seguí a través del estrecho pasillo hasta el vestíbulo, donde abrió las carpetas y extendió los documentos. Había una copia de una carta de acuse de recibo y de agradecimiento por las vidrieras de la capilla, unida con un clip a una serie de cartas similares.

—Esto son peticiones de encargo —dijo Stuart—. Solo he tenido la oportunidad de echarles un vistazo rápido. Usted puede examinarlas, por supuesto. Pero al parecer las vidrieras fueron encargadas por un tal V. W. Branch en 1936. La dirección es de Nueva York, así que Westrum probablemente le conociera allí. No hay mucha más información... Solo el detalle de las medidas, algunos bocetos de las imágenes solicitadas, ese tipo de cosas.

Examiné las cartas, todas mecanografiadas, todas firmadas con pluma y tinta negra por V. W. Branch.

—No se trata de un hombre —dije—. V. W. Branch es probablemente Vivian Whitney Branch, una feminista pionera. —Intentaba hablar manteniendo la calma, pero sentía la misma clase de emoción que se siente cuando las piezas de un rompecabezas están a punto de encajar y cobrar sentido—. Tenía una hermana, Nelia Elliot, que vivía en El Lago de los Sueños. Probablemente esa sea la relación con las vidrieras de la capilla. Nelia Elliot también participó en el movimiento sufragista.

Examiné todos los papeles con atención, uno por uno, esperando encontrar un nexo más tangible con Rose, pero no fue así.

—Bueno, qué decepción. Esperaba que la persona que las hubiese encargado fuese una antepasada mía —expliqué, porque Stuart parecía bastante perplejo—. Pero su nombre no consta en ninguna parte, ni su letra. He encontrado unas cuantas cartas suyas en casa de mi madre. No las he traído, por desgracia. Pero sabría reconocer la letra.

—Bueno, es muy poco probable que su antepasada conociese a Frank Westrum —comentó Stuart, un poco ofendido, mientras cogía uno de los documentos y estudiaba la letra—. No a menos que viviese en Nueva York antes de 1920. O más tarde aquí.

—No sé dónde vivió —dije—. Pero tengo la sensación de que le conocía.

—Ah, sensaciones —objetó con indulgencia—. Las sensaciones son maravillosas y efímeras.

Enojada, saqué el móvil del bolso y volví a buscar la imagen de la vidriera de José.

—Mire esto... Mire la mujer detrás del saco de grano.

Stuart estudió la pantalla y se sonrojó.

—Entiendo qué quiere decir —dijo al fin en voz baja—. Esta mujer me resulta muy familiar.

—Exacto. Debió de ser la modelo para ambas vidrieras.

—¿Y dice usted que es antepasada suya?

—Eso creo. Es posible. Como le he dicho, encontré unas cartas en casa. A Rose Jarrett nunca se la menciona en las historias familiares. Pero existe un documento en la iglesia en el que aparece, un registro bautismal. Tuvo una hija en 1911. —No le mencioné que la hija se llamaba Iris; me sentía celosa de ese descubrimiento, tan privado y tan emocionante. No podía compartirlo, no todavía—. Luego desapareció

completamente.

—¿Dónde dice que se encuentra esa iglesia?

—Es St. Luke, justo en el centro de El Lago de los Sueños.

Stuart asintió sin comentar nada. Siempre resultaba interesante mencionar El Lago de los Sueños a gente de la zona, porque el pueblo tenía reputación de ser exclusivo y bastante esnob, de considerarse —por la pureza de sus aguas y la belleza del pueblo— por encima de los demás lagos y pueblos cercanos. La gente tanto podía aspirar a vivir en El Lago de los Sueños como sentir resentimiento hacia él. No sabía qué pensaba Stuart, pero imaginé que estaría entre los primeros.

—Entiendo. —Entonces soltó una risita y suspiró—. Bueno, la verdad es que no lo entiendo en absoluto. Todavía no comprendo por qué cree que existe una relación entre su pariente y la mujer de la vidriera de la iglesia.

—Es por el borde en la base de la vidriera —dije—. Tome, eche otro vistazo. ¿Lo ve? Las lunas y los brotes que mencioné antes. Este mismo motivo se encuentra en una tela que encontré en nuestra casa. Y también hay una nota que ella escribió, junto con la tela.

—Sí, claro. Pero eso difícilmente prueba nada.

Me reí.

—Ya lo sé. Esto no es ninguna prueba. Me estoy guiando por el instinto, una intuición que me dice que estas piezas tienen que encajar. Aunque, claro, podría estar completamente equivocada.

—¿Me permite? —Cogió el teléfono y volvió a examinar la vidriera de la Sabiduría. Al cabo de un momento, asintió lentamente—. ¿Sabe? Creo que tiene razón, con pruebas o no.

—Ya sé que no debería... Lo dice aquí mismo, fotos no. Pero, dadas las circunstancias, me pregunto si podría hacer una foto de la vidriera del rellano.

Stuart volvió a adoptar una actitud rígida, profesional y me devolvió el móvil.

—Oh, me temo que no puede. Los directores del museo...

—Circunstancias atenuantes, ¿no le parece?

Vaciló un momento, echó un vistazo a su reloj.

—Tendré que llamar y preguntarlo —dijo—. Estaba pensando en llamarles de todas maneras. Estarán interesados en sus fotos, en su Rose. —Dio la vuelta al mostrador y marcó un número pregrabado. Mientras hablaba con quien fuera, mantuvo la cabeza ladeada, la voz baja.

—Muy bien —dijo Stuart al colgar—. Era el presidente de la junta de directores, quien resulta que también es un estudioso de la obra de Frank Westrum. Ha accedido a que usted haga una fotografía, mientras nos deje una copia de la foto de la vidriera de la iglesia y también su información de contacto. Está muy interesado. Lo sospechaba.

—La enviaré ahora mismo por e-mail. —Cogí una tarjeta del mostrador de granito y escribí la dirección de correo electrónico en mi móvil—. Por cierto, ¿qué

hay en esas otras carpetas? —pregunté.

—Ah, claro... En realidad no gran cosa. Pedidos de cristal en varios colores.

Las hojeé, pero Stuart tenía razón. No había gran cosa. Copié la dirección de Nueva York para poder comprobarla con las demás cartas de Vivian en cuanto el archivero de la Escuela Superior de Serling me respondiese. Tomé la foto de la vidriera, encuadrándola con mucho cuidado, y le di a Stuart mi nombre y mi teléfono antes de irme.

Ya eran más de las cinco cuando salí afuera. Se habían acumulado bancos de nubes bajas, y las hojas agitadas por el viento parecían lívidas contra los ladrillos marrones al otro lado de la calle, contra el cielo oscuro. Me detuve bajo un entramado cubierto de glicinia; una mariposa pasó flotando y se posó en el suelo como si fuera una hoja.

Mientras meditaba sobre Frank Westrum y Beatrice Mansfield, y sobre la manera en que la igualmente misteriosa Rose Jarrett podía estar relacionada con ellos, un coche negro y reluciente aparcó en la calle más allá de las puertas del jardín. Un hombre alto, bastante rechoncho y que empezaba a quedarse calvo salió de él y se apresuró a dirigirse hacia la casa, echándome un vistazo con interés al pasar por mi lado. Desapareció en el interior del edificio, pero un instante después volvió a bajar los escalones y corrió por las losas del camino con la pajarita al viento.

—Disculpe, ¿es usted Lucy Jarrett?

—Sí, soy yo.

—Un placer —dijo, extendiendo la mano—. Soy Oliver. Oliver Westrum Parrott. —Hizo una ligera mueca cuando yo sonreí, y dijo—: Ya lo sé, es un apellido ridículo, pero qué le vamos a hacer. Soy el presidente de la junta de directores. También soy bisnieto de Frank Westrum. Stuart acaba de llamarme y he podido venir enseguida. ¿Me permitiría usted ver la fotografía de la vidriera que han encontrado? Si de veras es una vidriera Westrum, despertará un gran interés.

—He enviado una copia por e-mail —le informé—. Pero sí, claro, la tengo en el móvil. Eche un vistazo. —Busqué la imagen, sorprendida por lo posesiva que me sentía de pronto de aquella información, de Rose—. No es de mucha calidad, me temo. —Le entregué el móvil; él dio un paso atrás para colocarse bajo la sombra de la glicinia y poder ver más claramente. Durante un momento no dijo nada, pero un músculo de la mejilla empezó a palparle.

—Ya veo —suspiró al fin—. Sí, esto es muy emocionante. —Entonces me miró, con una expresión de avidez en sus ojos marrones oscuro—. Lucy. Disculpe, señorita Jarrett, ¿puedo llamarla Lucy? ¿Puedo invitarla a tomar algo? Creo que nos sería de ayuda a los dos intercambiar nuestras historias.

Eché un vistazo a mi reloj.

—No lo sé, tengo una hora de carretera por delante.

—No la retendré mucho tiempo, se lo prometo. Sé más cosas sobre Frank Westrum que nadie más en el mundo.

Asentí, intrigada.

—De acuerdo.

Seguí a Oliver Parrott y su coche negro varias manzanas hasta una parte antigua de la ciudad que había sido revitalizada, con las fachadas de ladrillo llenas de restaurantes y tiendas. Él aparcó y yo también; nos encontramos delante de un pequeño café con grandes ventanales. Oliver abrió la puerta para que entrara yo, y después dribló a los clientes que estaban tomando una copa después del trabajo hasta llegar a la parte de atrás, que daba a un pequeño patio frente al lago. Dado que el tiempo era ventoso, había varias mesas libres. Nos sentamos en una con parasol y pedimos las bebidas: un gin tonic para Oliver, agua con gas para mí.

—Por favor, hábleme de Frank Westrum —le pedí cuando la camarera se alejó—. Debo confesar que, hasta hace unos días, nunca había oído hablar de él.

Oliver asintió y se puso cómodo.

—Era un personaje fascinante. Soy parcial, claro está; sería justo decir que su legado modeló mi vida, algo que mi mujer y mis hijos corroborarán, aunque con bastante frustración añadida, me temo. No es que yo sea un artista —puntualizó, sacudiendo una mano como para disipar cualquier aspiración que hubiese podido tener tiempo atrás—. Algo hice, pero comprendí rápidamente que carecía de talento. Y de interés, en realidad. No es una vida fácil. Estudié Derecho con la idea de trabajar para organizaciones artísticas, y eso es lo que he hecho. Cuando hubo una vacante en la junta de la Casa Westrum, acepté el puesto gustosamente. En realidad, mi bisabuelo ha sido toda una vocación para mí.

»Emigró a este país procedente de Alemania, uno más de una gran oleada de artesanos. Llegó en 1885, cuando tenía diecisiete años, y empezó a trabajar en una fábrica de cristal en las afueras de Nueva York, donde varios maestros cristalersos estaban reviviendo el arte de las vidrieras, que había sido prácticamente olvidado. Intentaron recrear fórmulas para confeccionar el cristal tal como se hacía en la época medieval. Frank Westrum trabajó para uno de estos hombres, y de esa manera empezó a entrar en contacto con el *art nouveau*. El estilo resultó ideal para mi bisabuelo, que adoraba las líneas fluidas y sensuales de la naturaleza y que, en el fondo de su corazón, era un romántico.

—Tengo un amigo que también trabaja el cristal según fórmulas antiguas. Keegan Fall.

La cara de Oliver se iluminó.

—Sí, claro. Conozco a Keegan Fall. Hace un trabajo estupendo. ¿Le van bien las cosas? Espero que ese taller le funcione. Supongo que si existe un lugar donde ese tipo de negocio puede funcionar, es en El Lago de los Sueños, con todo su encanto y sus turistas.

—De momento parece que le va bien.

—Me alegro mucho. He usado su cristal muchas veces para tareas de restauración. —Tomó un largo trago de su gin tonic antes de continuar—. Bueno, a

mi bisabuelo le fueron muy bien las cosas durante unos quince años, aproximadamente, creando vidrieras por encargo para clientes ricos. Pero no supo cambiar con los tiempos. El *art nouveau* tuvo un período de esplendor, pero después de la guerra paso definitivamente de moda. Además, Frank Westrum era irascible, fiero a la hora de defender su visión y muy terco en sus convicciones. Opinaba que el cristal opalescente destruía la belleza principal del cristal polícromo, que adquiere su poder porque es translúcido, y se aferró a su estética aun cuando la historia parecía pasarle de largo. Por eso es digno de admirar. A pesar de todo, conservó una pequeña cantidad de leales seguidores, suficientes como para permitirle ganarse la vida, pero no fue un artista conocido y de renombre. Esto —añadió, inclinándose hacia delante— es lo que hace que su hallazgo en la iglesia sea tan absolutamente fascinante. Ahora hábleme de esa antepasada suya.

—Rose Jarrett. Tuvo una hija, nacida en 1911. Es todo lo que sé.

—Vamos, no se haga la interesante —dijo Oliver.

Reí, sorprendida y contenta de no haber dado el nombre de Iris.

—No se me da bien ser interesante. Fue la búsqueda de información sobre Rose lo que me trajo aquí, a la Casa Westrum. Usó un motivo que era importante para ella. Un motivo que quizá diseñó ella. Se lo mostraré. —Busqué de nuevo la imagen en mi móvil y se la enseñé a Oliver—. Me encantaría saber algo más de ella, pero no tengo mucho en qué basarme, solo una nota que escribió en 1925.

Mientras estudiaba el motivo, Oliver se puso pensativo.

—Para entonces, Frank ya estaba en Rochester —dijo—. Se trasladó aquí porque era más barato, ya sabe, después de la muerte de su mujer. Tal vez también para empezar de nuevo. Ella tenía parientes en la zona, así que él la conocía bien. Y, como puede haber deducido por su obra, le encantaba el paisaje de aquí y toda esa agua.

—Beatrice Mansfield.

—Sí, ¿la conoce? Beatrice. Mi bisabuela. A mi madre le pusieron su nombre. Nosotros, es decir, mi familia, siempre hemos especulado que ella fue la modelo para la vidriera. Es posible que también fuera la modelo para la suya. Es incluso probable, dado lo mucho que se parecen las dos vidrieras. ¿No está de acuerdo?

—Supongo que sí —dije, reticente a renunciar a mi imagen de Rose Jarrett. Pero no insistí, porque comprendía lo que podía significar el hecho de que Rose hubiese posado tanto para Frank Westrum, la clase de intimidad que ello podía representar; una intimidad que Oliver Parrott quizá no deseaba plantearse. El viento agitó nuestras servilletas de papel y se llevó una volando.

—Ah, parece que el tiempo vuelve a estar de mal humor —dijo Oliver, cogiendo la cuenta y negando con una sonrisa y un movimiento de la mano mi ofrecimiento de pagar.

El aire ventoso sabía a lluvia; unas gotas me alcanzaron la mejilla. Nos levantamos y estreché la mano de Oliver Parrott. Me dio su tarjeta y me pidió que le llamara si descubría algo más. También mencionó que tenía previsto visitar St. Luke

muy pronto. Al oír eso, sentí un súbito ramalazo de pánico; había estado tan absorta en mis propios asuntos que ni siquiera había tenido en cuenta las cosas que podía haber puesto en marcha por casualidad. Cuando Oliver viera la vidriera de la Sabiduría y la vidriera de José, las querría para la colección Westrum, claro está; también querría las demás vidrieras de la capilla si descubría su existencia. Y, aunque no lo sabía con total seguridad, la actitud de Oliver Parrott y su desprendimiento con el dinero me llevaron a imaginar que la Frank Westrum Preservation Society tenía suficientes recursos como para hacer a la iglesia una oferta que a esta le costaría horrores rehusar. No sé por qué eso me parecía tan negativo, ni por qué tenía la sensación de haber traicionado sin darme cuenta algo vital y esencial, con mi búsqueda a ciegas, pero así era, y me preocupó durante todo el camino de vuelta, por la carretera interestatal y después por las secundarias, a través de todos aquellos pueblos en los que convivían hermosas fachadas con salones de tatuajes, tiendas de baratillo, locales de comida rápida, inmobiliarias, tiendas de alimentación, cafeterías, tiendas de regalos y antiguos teatros operísticos.

La tormenta que llevaba largo rato amenazando rompió al fin con una intensidad súbita cuando tomé la carretera del lago; la lluvia caía con tanta furia que apenas podía ver nada. Me acerqué a uno de los miradores y detuve allí el coche. Cuando el chaparrón cesó, salí del coche y fui hasta la barandilla a contemplar el lago, kilómetros de extensión de color azul pizarra encrespados por las olas, entre las curvas de las colinas. Un arcoíris parcial se había formado en el aire saturado de agua, se veía el espectro de color muy claro pero transparente tras los árboles oscuros. Era sobrecogedor, una belleza salvaje que emergía de la nada y que me llenó de una poderosa nostalgia por un pasado que yo ni siquiera había conocido. ¿Por qué me ocurría eso?, me pregunté. Había tanta fuerza y belleza en las vidrieras, tanta tristeza inquieta en lo poco que conocía de la vida de Rose, todo su anhelo, la distancia que la separaba de su hija. El simple hecho de saber que había existido abría nuevas e incómodas posibilidades en mi interpretación de una historia que siempre había creído saberme de memoria. Y también me sentía responsable. Fuera quien fuera Rose, había desaparecido, incapaz de hablar por sí misma, desvaneciéndose en el pasado de manera tan inexorable como se desvanecían aquellos colores lluviosos en aquel preciso instante.

Regresé a última hora de la tarde, con el sol medio hundido en la orilla opuesta y la vertiente oeste de la casa, bañada en oro rojizo. Encontré a mi madre sentada en el patio, con una copa de vino sobre la mesa y la botella en un cubo plateado con hielo situado en el suelo, a su alcance. Estaba leyendo una novela, y cuando me acerqué dejó el libro en rústica sobre el brazo de la silla; me pareció ver en la portada un vestido etéreo de bebé contra un fondo negro, y pensé en Iris. Mi madre vestía una camiseta blanca y unas joyas aparatosas de plata y turquesa que le quedaban muy bien con el color del pelo.

—¿Es bueno el libro?

—Acabo de empezarlo, pero de momento es muy absorbente. Andy me regaló un ejemplar de ese nuevo libro, *Cell*, pero no hubo manera.

—¿El típico libro que te dan ganas de estampar contra la pared?

—Ni siquiera eso. Simplemente, no me despertó el más mínimo interés. —Se inclinó hacia el cubo, junto al cual había otra copa, y me la alargó—. Antes de que me olvide, Keegan ha llamado. Por algo referente a las vidrieras, te ha pedido que le llames. Le van bien las cosas, ¿verdad?

—Sí. Es genial. ¿Conoces a su hijo, Max?

Sonrió.

—Keegan a veces le trae al banco. Es un niño muy dulce. Vivaracho como su papá. Es un buen padre.

—Eso me pareció a mí también. Pareces muy encariñada con Keegan, no como antes.

—Keegan siempre me gustó. Yo solo pensaba que eras demasiado joven. Y lo eras.

—Lo era.

—¿Y ahora? —preguntó, dedicándome una mirada inquisitiva.

—Ahora estoy esperando que llegue Yoshi —le dije, evitando pensar en las complejas sensaciones que me había evocado el hecho de volver a ver a Keegan.

Me pasó la botella de vino y me serví una copa: un Chardonnay hecho con uvas locales. Tenía un ligero sabor a pera y a frambuesa.

—Muy bueno.

—¿Verdad? Lo ha traído Andy. Debe de estar al caer. Le he enviado a arreglar los listones de la valla del cobertizo. Ha cometido el error de presentarse voluntario. Pobrecillo.

—¿En serio? ¿Está aquí?

—Pareces decepcionada. Pensaba que querías conocerle.

—Quería. Y quiero. Pero es que he tenido un día muy emocionante, nada más.

—¿Rose Jarrett?

—Sí. Rose, aquí y allí y en todas partes. —Rápidamente, le resumí el día, mi viaje a la Casa Westrum en Rochester. Empezaba a hablarle de la mujer de la vidriera del rellano y de mi conversación con Oliver Parrott cuando sonrió mirando por encima de mi hombro y saludó con la mano. Me di la vuelta y vi a Andy, un hombre alto, ancho de espaldas pero delgado, vestido tal como yo le había imaginado, con tejanos y una sudadera de algodón, que venía caminando por el césped procedente del lago. Llevaba el pelo corto, gris plateado a la última luz de la tarde. Cargaba con un martillo y un saquito de clavos. Me levanté cuando mi madre nos presentó. Tenía un apretón de manos firme, una sonrisa breve y atractiva, y me preguntó por Japón con genuino interés. No existía ninguna razón para que no me gustara, y sin embargo yo me sentía cautelosa, desconfiada, reservada.

—Voy a buscar otra copa —dijo mi madre.

—Ya voy yo —la detuve, dándome cuenta de pronto de que yo era la intrusa en aquella velada. La copa que esperaba junto a la cubitera no era para mí.

Me senté con ellos más o menos una media hora. Mi madre no dejaba de contarnos a Andy y a mí cosas sobre ambos —mi trabajo en hidrología, su licencia de piloto, mis viajes, sus viajes— para mantener la conversación. Él se había criado por allí, pero se había ido bastante joven, había vivido a lo largo de toda la Costa Este, trabajando como controlador aéreo. Tenía tres hijos mayores; su mujer había muerto de un ataque al corazón dos años atrás. Mi madre le tocó la mano cuando dijo esto, y él le dedicó una rápida sonrisa.

—Y ¿dónde estabas tú? —pregunté para romper el silencio incómodo que siguió, señalando con la cabeza el jarrón con los gladiolos—. La noche del primer alunizaje, quiero decir.

Pareció algo sobresaltado cuando dije esto, y mi madre me dedicó una mirada de irritación, pero un instante después Andy se aclaró la garganta y rio.

—Bueno, estaba justo allí, la verdad —dijo—. En Cabo Cañaveral, quiero decir. Fui con unos amigos de la universidad a ver el lanzamiento. Todos teníamos poco menos de veinticinco años. Teníamos trabajos, algunos, familia. Pero era un momento importante de la historia, y allí nos fuimos. Fue asombroso, te lo aseguro. Fuimos a la playa la noche después de que hubieran alunizado, con nuestros telescopios, y nos imaginamos que podíamos verles ahí arriba, caminando por el mar de la Tranquilidad. ¿Sabes? Este pueblo debe su nombre a un lugar en la Luna, al menos en parte. Los iroqueses llamaban a este sitio «el lugar de los sueños», y los colonos, al llegar aquí, cambiaron el nombre basándose en los lagos de la Luna. Estoy seguro de que ya lo sabes —añadió—. El Lago de los Sueños. Justo al lado de la bahía de los Arcoíris y del mar del Ingenio.

Había estudiado los pósteres de Blake lo bastante a menudo como para conocer todos los nombres de la Luna, tanto los aterradores como los hermosos. Pensé que aquello podía aguar un poco la velada, pero lo mencioné de todas maneras.

—El océano de las Tormentas, el pantano de la Putrefacción, el lago de la Muerte —dije—. No es muy alegre.

Andy tan solo soltó una risita.

—Está claro que conoces la geografía lunar —dijo con gentileza.

—Yo tenía quince años en 1969 —dijo mi madre, ignorando mi comentario—. También salimos afuera, a los campos. Llevábamos todo el día viendo el alunizaje por la tele. Cogimos unas mantas y nos quedamos allí toda la noche, bebiendo refrescos sin azúcar y mirando la Luna. No estábamos al día en tecnología, no teníamos telescopios. Nada parecía haber cambiado, pero todos sabíamos que sí.

—Me pregunto dónde debía de estar papá esa noche —musité, porque no lo sabía y no podía preguntárselo. No fue hasta que las palabras hubieron salido de mi boca que me di cuenta de cómo debían de haber sonado, quizá incluso de cómo había querido yo que sonaran sin haber tomado esa decisión de forma consciente: como una

intrusión, una interrupción y un recordatorio de la vida que había vivido mi madre tiempo atrás.

—No lo sé —respondió mi madre—. Esa es una cosa de la que nunca hablamos. Andy le cogió la mano y ella sonrió.

Me quedé unos minutos más. Me invitaron a cenar, pero no acepté, alegando que estaba cansada, cosa que era verdad. El Prius híbrido de Andy no podía ser más distinto del coche de mi padre. Les saludé cuando se alejaron en él, y luego entré en la cocina para prepararme un bocadillo de manteca de cacahuete en la penumbra cada vez más profunda del crepúsculo, sin encender ninguna luz. Comí en la encimera, bebí un vaso de leche y lavé los cuatro platos. Cuando terminé ya había oscurecido del todo, pero salí afuera de todos modos, dejando la casa a oscuras, y caminé descalza por la hierba húmeda. Quería nadar, aunque no tenía la energía suficiente para volver a casa y cambiarme. Después de dudar un minuto, me quité la ropa en el muelle y me tiré al agua. El lago estaba frío y espumoso, removido por la tormenta. Temblaba un poco cuando me subí a la balsa, pero me quedé allí sentada un buen rato, contenta de estar en un lugar donde nadie me encontraría, a la deriva en el agua y a la deriva en el aire, ordenando los acontecimientos inesperados de aquel día. Hacia el sur estaban las marismas y los kilómetros y kilómetros de tierras del depósito militar, donde antes había existido un pueblo, donde todavía se alzaba la capilla, sin usar durante décadas, con sus vidrieras clausuradas. Necesitaba ir allí para comprender cuál era la relación de Rose con las vidrieras. Con franqueza, también tenía la necesidad de advertir a la reverenda doctora Suzi sobre el encantador y seductor Oliver Parrott antes de que apareciese en persona con sus historias y su talonario de cheques y sus persuasivos modales.

Pero de momento mis preguntas eran más sencillas: ¿quién era Rose Jarrett exactamente? Y, si había venido a este país con mi bisabuelo Joseph, ¿por qué nunca me habían contado su historia? ¿Por qué estaba oculta aquella mantita de bebé tejida de manera tan delicada? Oliver Parrott podía pensar lo que quisiera, pero la mujer que aparecía en las vidrieras me era familiar, estaba relacionada conmigo como si la hubiese conocido en otra vida, en un sueño, y me pregunté si seguir esta historia hasta sus raíces podría ser una manera de tranquilizar la inquietud que me había acompañado desde la noche en que murió mi padre.

La balsa se movía dulce y suavemente con las olas. La luna, casi llena, iluminaba la laberíntica y antigua casa con una luz tenue. Hacía frío, pero no quería irme de allí. Permanecí echada largo rato, contemplando cómo el cielo se despejaba y salían las estrellas, ocupando sus puestos en la noche.

Quizá fue el baño nocturno, o que se me había pasado por fin el jet lag, pero aquella noche dormí muy bien y me desperté sintiéndome yo misma otra vez. Revisé mi cuenta de correo incluso antes de levantarme de la cama, preguntándome qué planes de viaje habría hecho Yoshi al fin. Tenía el buzón casi lleno, porque me había enviado fotos de nuestros amigos Neil y Julie, sentados en una playa de arena blanca, con el océano de azur extendiéndose por todo el horizonte. También había fotos submarinas, de peces de colores fosforescentes —amarillo y azul brillante— nadando entre el coral. Habían ido a bucear a una isla situada a unos cinco kilómetros de la costa de Indonesia, y les había gustado tanto que habían invitado a Yoshi a ir con ellos mientras estuviese en el país. Él quería saber si había alguna razón para no hacerlo: si aceptaba la invitación, llegaría dos días más tarde.

No había ninguna razón y, de haber sido al revés, sabía que yo querría ir a ver a Neil y a Julie y visitar esa hermosa playa. Le escribí que me parecía bien, pero la verdad es que me di cuenta por primera vez de lo lejos que estaba y sentí muchos deseos de estar allí con él, sumergiéndome en unas aguas tan cálidas como el aliento. Le llamé para intentar aliviar la distancia, y hablamos unos minutos. Estaba esperando un tren, y había mucho ruido, así que no le conté gran cosa sobre lo que había descubierto en Rochester, aunque le prometí enviarle por e-mail las imágenes de las vidrieras de Frank Westrum y le dije que las iríamos a ver cuando llegase.

Mientras hablaba, oí cómo mi madre se movía por la planta baja. La oí abrir la ducha y luego cerrarla, las puertas del armario, el suave golpeteo de sus talones. Hacía frío, el suelo contra mis pies desnudos estaba helado, así que hurgué en los cajones, en los que todavía había guardada parte de mi ropa vieja. No había traído suficientes jerséis; en Japón ya hacía mucho calor, y había olvidado el frío que perduraba en el aire del lago hasta bien entrado el verano. Encontré una sudadera vieja, azul oscuro, con las palabras jinetes nocturnos en naranja. Ese era el nombre del equipo del instituto de El Lago de los Sueños. «Soñadores» no pegaba mucho, y «Pesadillas» fue decretado como excesivamente negativo, así que se llamaron Jinetes Nocturnos, un nombre que Keegan y yo nos habíamos tomado de manera bastante literal aquel último año, montados en su motocicleta o escabulléndonos con la canoa por el lago a medianoche, mecidos por las olas lentas, bajo el pulso de la noche.

Mi madre ya estaba vestida cuando bajé, de pie ante la encimera y comiendo pasta de judías con galletas saladas de trigo mientras bebía un vaso de leche. La tarjeta con la receta que Andy le había dejado también estaba sobre la encimera, junto

a un pañuelo de seda de un hermoso color de ruibarbo. Estaba perdida en sus pensamientos, aunque un instante después levantó la vista y sonrió.

—Buenos días —dijo. Se limpió las puntas de los dedos y cogió el vaso.

—¿Qué tal la cena?

—Muy bien. No fuimos lejos, solo al centro. Comimos en ese local nuevo, ya sabes, el que está justo al borde del lago. Estuvo bien. Ojalá hubieses venido con nosotros.

—No me pareció adecuado —dije—. Con tanta tensión romántica en el aire. —Intentaba bromear, pero las palabras me sonaron vacías y equivocadas en cuanto las hube pronunciado.

Me miró un largo instante, quizá recordando nuestra discusión.

—Oh, tonterías —dijo al fin, sin darle importancia—. En serio. Apenas le conozco.

—Parece que te gusta.

—Sí, me gusta.

—Bueno. Bien. Está bien. La verdad es que anoche estaba cansada y tenía mucho en que pensar. Las vidrieras son asombrosas, mamá. Tienes que verlas. —Me serví un poco de café—. Hace frío esta mañana, ¿verdad? He tenido que sacar esta sudadera del fondo de un cajón.

—¿Tus cajones todavía están llenos de ropa? Eso es ridículo, después de tantos años. ¿Sabes? Estaba pensando que podríamos empezar a despejar esto un poco mientras estés aquí. Hay ropa, trastos y papeles viejos de hace décadas, generaciones enteras. No he tenido ni el ánimo ni la energía de ponerme con eso, pero hay que hacerlo.

Para que pueda vender la casa y las tierras, pensé, pero no lo dije.

—Supongo que podemos hacerlo. ¿Qué te parece este fin de semana? Antes de que llegue Yoshi. Va a tardar un par de días más, así que, cuando llegue, prefiero no tener que dedicar tiempo a poner esto en orden.

—Lástima que se haya retrasado. ¿Va todo bien?

—Todo va perfectamente.

—Vale. No quiero entrometerme. Solo estaba pensando que también podríamos prepararle una habitación, ya puestas.

La miré fijamente.

—¿Qué?

—Mamá, hace dos años que vivimos juntos.

—Ya lo sé. Y puedes organizar las cosas como quieras. Pero sigue siendo mi casa y pienso prepararle una habitación.

Me eché a reír y luego ella también.

—Bueno, mamá. Como quieras.

De camino hacia el pueblo encontramos niebla. Esta se acumulaba en las hondonadas de la carretera, de manera que condujimos a través de las nubes. El capó

del Impala era del color de la yema de huevo entre el blanco viscoso hasta que emergíamos sobre las cimas de las colinas y el amarillo ocupó entonces su sitio entre todos los demás colores: el verde profundo del maíz, el destello rojo de los graneros, los retales azules de cielo que intentaban abrirse paso. Mi madre y yo no hablamos mucho, aunque alargó la mano para estrechar la mía antes de bajar del coche. Aparqué en el mismo sitio que el primer día, lejos de todo, y bajé por la calle hasta el local de Avery para tomar un café. Ella no estaba, así que no pude disculparme por haber hablado más de la cuenta y haberle dicho a mi madre lo del bebé. Como siempre, el aire del restaurante rebosaba de aromas, mantequilla y miel, levadura y café, y aquella mañana las mesas del interior estaban llenas de gente que hablaba tranquilamente mientras comía, con paraguas empapados plegados a sus pies. Cuando salí a la calle, Dream Master se alzó ante mí contra el cielo gris, con el ladrillo oscurecido por la lluvia.

El taller de cristalería estaba cerrado a las visitas los viernes por la mañana para ponerse al día en los pedidos y dar a todo el mundo la oportunidad de prepararse para la oleada de turistas del fin de semana. Sin embargo, la tienda de regalos estaba abierta. La puerta estaba abierta de par en par y había un nuevo conjunto de cuencos en el escaparate —rubí brillante, zafiro y amatista—. Pero no me apetecía entrar. Lo que hice fue caminar un poco hasta situarme frente a los grandes ventanales, desde donde podía ver a los artesanos metiendo los tubos de metal dentro del horno y sacando el cristal fundido, dándole forma con su aliento, mientras los recipientes cobraban forma lentamente, uno a uno: un jarrón, una copa de vino, un cuenco de cristal transparente. Toqué dos veces el timbre, pero, si lo oyeron, lo ignoraron; ni siquiera levantaron la vista. Keegan no estaba trabajando —o al menos, yo no podía verle— pero quería hablarle de mi viaje a Rochester y del encuentro con Oliver Parrott. Quería hablarle de Rose. Después de aguantar un minuto bajo la llovizna, recordé que en la iglesia me había dado su número de móvil. Busqué en mi bolso hasta encontrarlo y marqué el número. Respondió al cuarto tono, y, cuando le dije que estaba abajo, me abrió enseguida con el portero automático.

En el taller hacía un calor terrible a pesar de los altos ventanales abiertos que daban al canal y los enormes ventiladores que se movían sin parar. Courtney, la ayudante, levantó la vista y me saludó con la cabeza, volviendo casi de inmediato a concentrarse en la forma que emergía de su tubo de soplador, un cristal de un profundo verde iridiscente, como el cuello de un ánade. Me detuve un momento para observar sus movimientos expertos y fluidos, el cristal que cambiaba y crecía como si estuviera vivo, antes de cruzar la sala y subir a la planta de arriba.

Keegan estaba sentado en un enorme cojín, con las piernas extendidas y cruzadas por los tobillos. Max estaba sentado a su lado, apoyado en la curva del brazo de su padre, mientras Keegan leía en voz alta. No era un libro con páginas de cartón, ni siquiera un libro para niños, sino una colección de mitos griegos. Estaban leyendo la historia de Deméter y Perséfone, la desaparición súbita de la hija y la búsqueda

desesperada de la madre, la forma en que esta hizo que el mundo parara de crecer hasta que alguien le dijera qué había sido de su hija. Cuando Perséfone regresó, ya tenía la semilla de granada en su lengua; en cuanto la mordió, quedó destinada a pasar medio año en la oscuridad. Parecía un poco complejo para un niño tan pequeño como Max, pero estaba fascinado. Keegan levantó la vista y sonrió cuando entré, sin interrumpir la historia. Me apoyé en una de las columnas de acero y escuché su voz, tan animada y tranquilizadora a la vez. Max también la escuchaba, muy atento, y de vez en cuando miraba a Keegan con una expresión satisfecha y de adoración.

Cuando la historia terminó, Keegan cerró el libro y le levantó, estirándose.

—Léeme otra, papá —suplicó Max—. No me has contado suficientes historias.

Keegan rio.

—¿Suficientes historias? Para ti nunca es suficiente, Max. Podría leerte todo el día y toda la noche y todavía querrías más.

Max rio y gritó:

—¡Más!

—¿Qué te parece si ves quince minutos de dibujos animados mientras yo hablo con Lucy?

Max me dedicó una mirada ecuánime y calibradora antes de coger el mando a distancia. Keegan se acercó y me besó en la mejilla, un beso amistoso, nada más, pero que de todas maneras me hizo volver atrás en el tiempo. Noté la presión cálida de sus labios, sus aromas familiares, de jabón y de sudor y ahora de fuego.

—Bonita sudadera —dijo.

—Gracias. La encontré en el fondo de un cajón. Te echamos en falta en la fiesta del solsticio —añadí, recordando que la noche había estado envuelta en la resplandeciente posibilidad de que él viniera. ¿Parecía demasiado decepcionada? Me toqué la mejilla allí donde él me había besado.

—Tu madre solo quería ser amable —dijo—. Además, ese día terminé ocupadísimo. Un encargo especial, servicios de mesa para una recepción nupcial.

—Le caes bien —dije yo—. No te invitó solo para ser amable. Fue una buena fiesta.

—Seguro que sí. Bueno, puede que el año que viene. ¿Quieres un poco más de café? —me preguntó, señalando mi vaso mientras se dirigía hacia la cocina.

—Me encantaría. —Le seguí hasta la encimera; se movía con tanta fluidez, con la misma gracia atlética que cuando trabajaba con el cristal. Me senté y quité la tapa de plástico al vaso para que pudiera llenarlo—. Mi madre me dijo que dejaste un mensaje.

—Sí, es verdad. Buenas noticias. Tengo permiso para llevarte a la capilla. No hasta el miércoles, por desgracia, pero para entonces ya habrán quitado las cubiertas del resto de las vidrieras. Tengo muchas ganas de ver qué se esconde allí, y pensé que tú también.

—Es fantástico. No llegué a decirte los detalles, pero he descubierto quién hizo

las vidrieras, y creo que también he encontrado la relación que tienen con mi familia. Tengo una antepasada de la que nunca había oído hablar. Se llamaba Rose. También tuvo una hija, nacida en 1911. Y después es como si hubiera desaparecido. Las dos. Aunque creo que he encontrado algunas pistas —añadí, recordando a la mujer con los brazos llenos de lirios.

Keegan puso cara de sorpresa.

—Eso es asombroso, ¿verdad? Quiero decir, tal como es tu familia, como una piña, como un clan, cuesta imaginar que pueda existir un antepasado olvidado.

—¿De veras? ¿Somos así?

—Más o menos, sí. Sin ánimo de ofender.

—No pasa nada. Pero ¿yo también soy así?

Keegan se encogió de hombros, divertido y perplejo.

—No lo sé, Lucy. Ha pasado mucho tiempo. Pero sí, antes siempre estabas muy concentrada en toda esa complicadísima dinámica de los Jarrett.

Asentí. Seguramente era verdad. Cuando volvía a casa, siempre tenía la impresión de estar a la orilla de un río contemplando las corrientes de la interacción familiar desde una distancia de seguridad. Ahora me preguntaba si no había vuelto a caer en medio de ellas.

—El caso es, Keegan, que no creo que Rose fuera olvidada. Creo que fue tapada. Ocultada. Creo que fue una pionera feminista, interesante y quizá escandalosa. Por cierto, ¿has oído hablar alguna vez de Frank Westrum?

—¿Westrum? Claro. Entonces, ¿las vidrieras son de Westrum? —Keegan dejó su taza de café sobre la encimera, con la voz emocionada—. Lo son, ¿verdad? Se me pasó por la cabeza, la verdad. Es perfectamente lógico. El estilo y la época coinciden. ¿La iglesia tiene documentación?

—La tiene. El recibo original. Ayer fui a Rochester, a la Casa Westrum. Conocí a Oliver Parrott, por cierto. Te envía recuerdos.

—Oliver Parrott, ¿qué te parece? —Keegan sonrió y sacudió la cabeza—. ¿Verdad que es un tipo increíble? ¿Llevaba pajarita?

—La llevaba.

—Vaya personaje. Me gusta trabajar con Oliver porque le importa de veras la calidad del cristal, hacer que las reparaciones parezcan auténticas. Pero es muy, cómo diría, quisquilloso. Te hace repetir algo una y otra vez hasta que le parece que lo has conseguido.

—Estaba muy emocionado por las vidrieras —dije—. Pero es posible que yo hablara más de la cuenta. No se me pasó por la cabeza hasta que ya me había ido, pero está claro que querrá las vidrieras para la Casa Westrum. Creo que debería llamar a la iglesia para advertirles de que es posible que Parrott aparezca.

—Yo no me preocuparía por eso. La reverenda Suzi es perro viejo. Oliver lo habría descubierto tarde o temprano.

Cogí mi vaso, que Keegan había llenado hasta el borde, y derramé café sobre la

encimera y sobre un fajo de papeles. Con un trapo de cocina, limpié el estropicio y sequé los papeles, aunque una mancha marrón ensuciaba el folleto de encima. Era una copia del que había visto colgado en la biblioteca, anunciando la reunión local y estableciendo la postura iroquesa sobre las tierras del depósito militar. Al principio pensé que Keegan solo había cogido uno, pero me di cuenta de que todo el fajo de papeles era de folletos como ese.

—¿Son tuyos? —le pregunté.

—Sí. No te preocupes por las manchas. Tengo muchos más.

—No sabía que estuvieras metido en la cuestión de las tierras —dije, recordando la fiesta del solsticio y cómo Art y Joey, y también Blake, habían afirmado que Keegan estaba en el bando equivocado de la historia.

—Estoy moderadamente involucrado. Me pidieron que ayudara a difundir esto y les dije que por supuesto. Desde que nació Max, me parece mucho más importante conservar este legado. Para ofrecérselo a él. Y resulta que creo en esta causa en particular.

—Supongo que esas tierras son muy valiosas —comenté—. Creo que la mayoría de mis parientes están intentando echarles el anzuelo.

—Están a partir un piñón —dijo Keegan alegremente—. Me sorprendió que Blake se apuntara, pero ahí está, en medio del fregado. El Embarcadero —añadió con cierto menosprecio—. Incluso el nombre está anclado en el pasado.

—Bueno, ¿para qué crees que se debería usar esa tierra?

—De eso se trata. Precisamente de eso. No tendría que ser usada para nada: ni granjas, ni búnkeres de armas ni mansiones de lujo. Debería ser y punto.

—Nada de casinos.

—Exacto, estoy de acuerdo contigo. Nos gustaría mantenerla como una especie de reserva, si la conseguimos. Nosotros, Lucy, contemplamos esa tierra como un deber sagrado. Queremos protegerla. Y esta es una oportunidad única. Aunque han tenido armas y bombas y quién sabe qué más ahí enterrado durante décadas, gran parte de la tierra la dejaron en paz. Hay una manada de ciervos blancos que han perdurado a lo largo de las décadas dentro de los límites de esa valla, y hay una zona de anidamiento de fumareles, que están en peligro de extinción. Hemos estado trabajando con los grupos conservacionistas, y ha estado muy bien. Pero los promotores están hambrientos. Famélicos. Para ser justos, hay mucha gente que lo ha estado pasando mal desde hace tiempo, y las cosas empeoraron cuando cerró la base. En el pueblo no se nota mucho, por los turistas y por todo el dinero que rodea el lago. Pero, si te paseas por el campo, lo verás enseguida.

—Salí a remar un poco con el kayak hacia el depósito, pero tenía miedo de adentrarme demasiado en aquella parte del lago. Vi los ciervos blancos, eso sí. Cinco, desaparecieron entre los árboles. Preciosos. También vi varios arroyos, no sabía que existieran. Por cierto, ¿alguien ha hecho un estudio hidrológico de esas tierras? Se ha construido mucho en el lago durante estos últimos veinte años. En algún momento,

todo lo que eso exige, las fosas sépticas, la canalización del agua, empieza a ser más de lo que puede soportar el medio. Y, además, está la cuestión del residuo líquido. — Pensé en Indonesia, en las crecidas—. Si se construye demasiado, el agua no tiene adónde ir, y eso provoca inundaciones.

—Vaya, eso es interesante. Ha habido algunas inundaciones menores hacia el extremo sur del lago, pero creo que nadie lo ha relacionado con la construcción. Y no estoy muy seguro de que tengan controlado lo del residuo líquido. —Sonrió—. Quizá deberías echarnos una mano como asesora.

Sonreí, satisfecha por el cumplido.

—Estoy segura de que hay hidrólogos locales que conocen mucho mejor estas tierras.

—Bueno, puede ser. Pero creo que tú tendrías mucho que ofrecer. ¿Quieres echarle un vistazo al conjunto, a ver qué te parece? —preguntó Keegan—. Tenía planeado ir a dar una vuelta en bote con Max; su madre todavía está enferma y la canguro no puede venir hasta mediodía.

Entonces sonrió de una manera incitante, y se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos, y yo me sentí transportada a aquella lejana primavera durante la cual pasamos tantas noches en su motocicleta, o en un bote, con el viento en la cara. Con la excepción de que todo aquello ya no me parecía tan lejano, ahora que había vuelto al pueblo, y que no me costaba encontrar excusas para pasar a saludarle. «Basta», me advertí a mí misma. Porque tenía otra vida en otro país, y ¿qué resultado podía tener cualquier relación con Keegan, excepto el de romperme el corazón? «Déjalo ya».

—Claro —dije.

—Genial. Voy a por mis llaves.

Abajo, Courtney, la ayudante, estaba llevando el jarrón de cristal verde al horno de recocido. Se quitó las gafas protectoras y llamó a Keegan. Tenía unos ojos bonitos, grandes y oscuros, y sus rasgos eran prominentes, ampliamente espaciados; era fuerte y resistente, además de atractiva. Keegan se detuvo y habló un minuto con ella mientras Max y yo permanecíamos fuera de la conversación. Entonces Courtney vino para ocuparse de Max, y Keegan me cogió de la mano.

—¿Quieres probar? —gritó por encima del rugido del horno, y yo asentí.

Keegan siguió todos los pasos de la danza, reuniendo el cristal fundido, girándolo sobre la mesa para empezar a darle forma. Colocó los labios en la boca del tubo y el cristal empezó a hincharse.

—Tu turno —gritó y me entregó el tubo. Puse mis labios donde él había puesto los suyos y noté el metal caliente. Keegan se me acercó para ayudarme a hacer girar el tubo, yo soplé un poco y el cristal se hizo más grande. Así hicimos, una y otra vez, sus labios sobre el metal, los míos, nuestro aliento mezclado, hinchando el cristal. Al fin, separó la hermosa pieza que habíamos creado, con forma de una gota de lluvia y se la llevó al horno de recocido con unos guantes resistentes al calor. Yo temblaba:

por el peso del tubo, por el calor, por la presión de los brazos de Keegan contra los míos. Pensé en mi sueño, en las esferas que se habían convertido en líquido en mis manos. El contacto firme y seguro de Keegan con algo tan frágil era asombroso. Regresó con Max y salimos a la calle, al aire fresco y lluvioso.

—Ha sido alucinante.

Él sonrió.

—Has hecho un buen trabajo. No hay dos piezas exactamente iguales. Esa es la parte que realmente me atrae. Es una bonita manera de ganarse la vida.

—¿Cuándo estará lista?

—En un par de días. ¿Qué tal si me acerco a llevártela?

—Bien —dije—. Eso estaría bien.

Max iba corriendo por el césped, trazando amplios círculos.

—Bueno —dijo Keegan—. Está a punto de llegar un proveedor. Courtney me lo ha recordado. Acaba de llamar del centro, estará aquí en cualquier momento. No creo que tarde mucho, pero tengo que hablar con él. ¿Te importaría llevar a Max de paseo, no sé, por el canal? Os alcanzaré enseguida y luego daremos esa vuelta en bote.

—Ningún problema —dije. Aunque yo había pasado muy poco tiempo con niños, imaginé que sería coser y cantar, pues veía que a Keegan le costaba poco esfuerzo ser buen padre—. Me encanta pasear por allí y llevo bastantes años sin hacerlo.

—Genial. —Se dio la vuelta y desapareció de nuevo en el taller, y yo seguí la acera para alcanzar a Max, con la presión cálida del tubo todavía produciéndome un cosquilleo en los labios.

—¿Dónde está mi papá? —preguntó Max.

—Tiene que trabajar un poco. Ha dicho que demos un paseo y que ya nos alcanzará.

—Quiero esperar a mi papá.

—Yo era amiga de tu papá, ¿sabes? Hace mucho tiempo.

—Mi papá conoce a todo el mundo del pueblo.

—Eso no me sorprende. ¿Vamos?

—No.

Nos quedamos un momento esperando; el aire era neblinoso. Al fin dije:

—¿Sabes, Max? Tu padre me ha dicho que eres muy listo. Ha dicho que sabes dónde está el sendero del canal, pero yo no me lo he creído.

Fue demasiado fácil, tan fácil que casi me sentí mal. Max le dio una patada a la acera.

—¡Pues es verdad! —exclamó, y enseguida se puso en marcha.

El sendero era estrecho, estaba cubierto de grava y hacía su recorrido entre los árboles, que todavía goteaban después de la lluvia de la mañana. Seguimos el canal, alejándonos a veces de él y acercándonos de nuevo. Max se negó a darme la mano. Dijo que quería caminar unos pasos por delante, porque yo no sabía el camino.

Le dejé libre y le observé, medio corriendo y medio saltando sobre la grava.

Llevaba unos tejanos, una chaquetón de plumón rojo y unas zapatillas deportivas con lucecitas en los talones que destellaban a cada paso que daba. Max se movía con la misma agilidad y ligereza que su padre.

—Quizá deberíamos esperar aquí a tu padre —sugerí mientras tomábamos una curva lenta que nos ocultaba a la vista de los viejos edificios de la fábrica. Había una placa histórica que informaba que allí se habían construido dormitorios para los obreros y más adelante casas individuales, a principios de siglo, cuando las fábricas prosperaban en El Lago de los Sueños. La ruina de una de esas casas había sido conservada. A su lado, de otra solo quedaba la estructura, era un edificio fantasma—. ¡Eh, Max! —grité, cuando la distancia entre los dos se hizo más grande; se había adelantado bastante—. ¡Ven a ver esto! —Ni siquiera se dio la vuelta—. ¡Eh! —grité de nuevo—. Espera. No puedes ir tú solo.

—Mi papá me deja —dijo su vocecita, que me llegó flotando—. Mi papá me deja siempre. Además, yo soy el líder.

—Vale. De acuerdo. Tú eres el líder. Pero espérame.

Eché a correr para alcanzarle y caminamos juntos un poco más, Max unos pasos por delante. El sendero se acercaba al canal, que discurría con rapidez entre sus riberas, con la superficie tan lisa como el cristal fundido, y regresaba luego hacia los árboles. Mis pensamientos seguían dando vueltas en torno a Keegan, sus labios contra el tubo de metal, el cristal hinchado, el brillo del fuego sobre su piel. Mientras caminábamos, sonó mi móvil y me detuve para hurgar en el bolso.

—Eh, Max, espera —grité. Se dio la vuelta mientras yo abría el teléfono y me detenía bajo los árboles para hablar. Era Keegan.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Lo siento, Lucy, ligero cambio de planes. El proveedor me ha llamado y dice que llegará tarde. ¿Por qué no traes a Max de vuelta aquí? Cuando te apetezca, quiero decir, no hay prisa. ¿Va todo bien?

—Muy bien. Es un chaval divertido. Tiene las cosas muy claras.

—Sí, ya lo sé. Me gusta pensar que en eso se parece a su madre.

—Seguro. El encanto debe de haberlo sacado de ti.

Keegan rio. Cerré los ojos un momento, recordando su aliento en mi mejilla, mis labios contra el metal.

—Me alegra que todavía pienses eso.

—En serio, parece un chico muy dulce.

Sonreí mientras lo decía y levanté la vista, esperando ver a Max con su chaquetón rojo, hurgando el suelo con un palo, impaciente. Pero el camino estaba vacío. No se le veía por ninguna parte. Di un paso adelante, examinando el follaje. Sin duda se había escondido en alguna parte, o había salido del camino para estudiar algún otro insecto. Con el teléfono todavía a la oreja, empecé a darme prisa.

—Bueno, tráele de vuelta cuando te parezca —insistió Keegan—. Seguro que a él le encantaría pasar todo el día fuera, pero tú debes de tener cosas que hacer.

—No pasa nada —aunque sí pasaba. Había franqueado la curva y todavía no veía a Max y el pánico me corría por las venas. Era el pánico de mi sueño—. Oye, ¿tú dejas que se adelante? Él dice que sí.

Keegan rio.

—Se ha dado cuenta de que eres novata. No dejes que te chulee.

—De acuerdo. Volveremos enseguida —dije mientras cerraba el móvil y echaba a correr, llamando a Max. Las hojas húmedas me golpeaban los brazos, la grava resbalaba bajo mis pies. Grité, pero mi voz se desvanecía en el aire denso y húmedo. No hubo respuesta. Quizá se había dirigido hacia los árboles, como un niño en un cuento de hadas, atraído por un tesoro que mis ojos de adulta habían pasado por alto. También estaba pensando, presa del pánico, en niños robados. Cualquiera podía haber tropezado con él, habérselo llevado entre los árboles y retenerle allí ahora mismo, incluso mientras yo pasaba corriendo y gritando su nombre.

El camino volvía a serpentear. Vislumbré el chaquetón rojo de Max y sentí una oleada de alivio. Frené un poco para recuperar el aliento y tranquilizar mi corazón acelerado.

Entonces vi dónde estaba.

Una vez hubo un puente sobre el canal, pero se hundió hacía tiempo. Ahora solo quedaban dos pontones, uno en la orilla y otro unos metros más allá, en medio del agua, con una pequeña plataforma que los unía. Max estaba de pie sobre esa plataforma, justo al borde, con las manos a la espalda, como un viejo, observando con calma el agua arremolinada.

Seguí caminando y volví a respirar hondo para calmarme, porque sabía que era importante mantener la calma.

—Eh, Max —dije de la manera más neutra que pude cuando estuve lo bastante cerca—. Eh, intrépido líder. ¿Qué haces?

Se giró y miró por encima del hombro, sonriendo con emoción.

—Estoy mirando el agua. Es genial. Yo puedo ver formas en el agua, ¿tú puedes?

—Pues sí que es genial —dije, subiéndome al pontón más cercano, lentamente, para no asustarle. No me subí a la plataforma de hormigón porque no sabía lo resistente que podía ser. Max volvió a mirar abajo, estudiando el agua, arremolinada y marrón. Comprendí por qué estaba tan fascinado: en ese punto, el canal se estrechaba, y el agua se veía forzada a fluir entre las dos riberas con una gran fuerza, cambiante y cautivadora. Las puntas de sus deportivas brillantes pisaban el aire. Pensé: «Por favor, hazme decir lo correcto»—. Eh, ¿podrías echarte un poco para atrás, Max? Tu padre acaba de llamar y tengo algo que explicarte.

No lo hizo. Durante un largo instante, los dos permanecimos donde estábamos, Max contemplando el agua cautivadora, con toda su fuerza, arrastrando ramas de árbol y basura por la superficie que de pronto era engullidos.

—¿Max?

Se dio la vuelta. Dio un paso, luego otro. Le cogí de la mano, y no le solté cuando

intentó deshacerse de mí.

—Saltemos —propuse. Lo hicimos y aterrizamos sobre el barro.

—Ay —dijo él—. Demasiado lejos.

—Vuelve a darme la mano —le ordené, en un tono amistoso pero firme. Esa vez me hizo caso.

—¿Qué ha dicho mi papá?

—Oh, ha dicho que es hora de volver a casa.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Vale.

Max volvió a adelantarse durante el camino de vuelta, pero le hice prometer que no se alejaría demasiado, y esta vez le seguí el paso, no volví a perderlo de vista. Cuando llegamos al taller de cristalería, estaba agotada. Keegan estaba al borde del camino, hablando con un hombre que había traído un cargamento de arena. Yo todavía temblaba por lo que había estado a punto de pasar. Max echó a correr y abrazó a Keegan como si nada hubiese ocurrido y Keegan le cogió en brazos de forma automática, despeinándole los rizos oscuros mientras continuaba hablando. Al fin, Keegan estrechó la mano al proveedor y dio un paso atrás, dedicando por fin toda su atención a Max.

—Hola, Max. ¿Qué tal el paseo?

—Le enseñé el sendero —dijo el niño—. Le dije que sabía el camino y era verdad.

—Es verdad —confirmé y entonces expliqué brevemente a Keegan lo que había ocurrido: que Max se había adelantado corriendo y que había encontrado un lugar donde contemplar las aguas embravecidas. Keegan me escuchó, y el rostro se le volvió tan inexpresivo como cuando soportaba las pullas de los demás chicos en la escuela. Cuando terminé mi relato, se arrodilló y cogió a Max por los hombros.

—Max. ¿Qué crees que pasaría si te cayeras al agua?

—No me he caído.

—Ya lo sé. Y me alegro. Pero ¿y si te cayeras?

—Se me llevaría como a las ramas —dijo Max.

—Se te llevaría —confirmó Keegan, muy serio—. Y no podrías volver. Y yo estaría muy triste. Se me partiría el corazón. No vuelvas a hacerlo, Max. ¿Lo entiendes? No hay que acercarse al agua. Ya lo sabes.

—Lo siento mucho —le dije—. Casi me quedo sin respiración cuando vi dónde estaba. No dejo de pensar en lo horrible que hubiera sido si...

—Lucy. Basta. —La voz de Keegan era tranquila, pero firme. Le levantó y envió a Max a sentarse en un banco cercano durante un minuto, y entonces me cogió la mano, con sus palmas encallecidas por el trabajo diario con el fuego—. Oye, no ha pasado nada, ¿de acuerdo? Créeme, si me pasara cada momento del día preocupado por lo que podría haberle ocurrido, me volvería completamente loco. Max es un

torbellino. Debería haberos acompañado. Pero todo ha terminado bien. Así que ya no debemos preocuparnos por ese momento.

—De acuerdo —dije, aunque sabía que la imagen de Max, tan tranquilo al borde del agua embravecida, no me abandonaría en toda mi vida—. Eres muy bueno en esto, ¿sabes? —añadí—. Esto de ser padre. Haces que parezca fácil.

Rio.

—Pues me paso el tiempo improvisando —dijo—. Como todo el mundo. ¿O qué te creías? Bueno, ¿tienes prisa? ¿Quieres que demos esa vuelta en bote?

Keegan cogió a Max de la mano, y un minuto después yo hice lo mismo y subimos al bote que Keegan tenía amarrado cerca del taller de cristalería, en los muelles donde antes las barcazas descargaban sus mercancías. Me senté junto a Keegan cerca de la proa, y Max, bien protegido con un salvavidas de color naranja chillón, se sentó entre los dos. El día se había despejado un poco y se veían retales de azul, pero todavía estaba nublado. Me abracé para resguardarme del viento, contenta de llevar puesta mi vieja sudadera, mientras cortábamos el agua y la espuma nos mojaba la cara cuando embestíamos la cresta blanca de las olas. Recorrimos varios kilómetros, y reconocí el punto en que cruzamos el borde de las tierras del depósito militar, en aguas que antes habían sido prohibidas.

Al principio, las colinas verdes, cubiertas por bosques o por hierbas que el viento agitaba, descendían hacia la amplia playa de pizarra. Pronto, sin embargo, el paisaje empezó a cambiar, y búnkeres cubiertos de césped se alzaron de la tierra a intervalos regulares. Incluso cubiertos de hierba parecían antinaturales, se levantaban de la tierra como el sonido que produce una máquina, como notas idénticas en la pieza musical más aburrida del universo. Sus formas masivas y su monótona regularidad también los hacían amenazadores. Debían de ser búnkeres de armas; había leído un editorial de 1940 que describía el suelo del depósito «sembrado de bombas en vez de trigo». Ahora estaban vacíos, las armas habían sido transferidas, pero aun así me sentí inquieta al verlos; la belleza salvaje y orgánica del paisaje se había perdido, aplastada por ese orden preciso y repetitivo.

Justo más allá del último búnker, Keegan apagó el motor y nos dejó flotar a la deriva con las olas. Un puñado de máquinas, del color amarillo, naranja y verde de los lápices de colores, esperaban en la orilla. Habían arrancado la hierba de la tierra como si fuera cuero cabelludo, arrinconándola sobre una de las colinas artificiales, dejando al descubierto el suelo oscuro y fértil. La zona que habían despejado era grande, y se habían formado charcos en ella, después de las lluvias recientes, de manera que bajo la luz del cielo nublado parecía yerma e inhabitable; inhóspita, un lodazal.

—Se nota que no aman la tierra, ¿verdad? —preguntó Keegan—. Esa es la primera fase de la primera urbanización. No es la que tu tío y Joey y Blake quieren construir, es de otra empresa. Conseguimos una orden judicial para detener temporalmente las obras. Estamos intentando demostrar que la venta de esas parcelas

no tiene valor legal.

—Espero que podáis. Deberíais investigar el agua subterránea. Porque hay una capa de pizarra debajo del suelo que desagua toda esta área y parece que aquí la están dañando. Además, el tipo de urbanización del que estás hablando ejercerá una gran presión sobre el frágil ecosistema del lago, que ya se encuentra en peligro. Y todo este sistema hídrico termina desembocando en el lago Ontario. Es lo que ocurre con los sistemas hídricos. Todo está interconectado. Todo afecta a todo lo demás.

—En serio, tenemos que ponerte en el comité. De veras. Llamé a unos amigos mientras estabas fuera con Max, y resulta que los grupos conservacionistas han presentado alegaciones a la junta del agua. Junto con la protección de la vida salvaje, es su principal argumento.

—Muy bien. Y ¿qué te parece? ¿Vais a ganar?

—No lo sé. Pero eso espero.

Volvió a poner en marcha el motor y nos llevó más allá de las máquinas chillonas, pasada una sección de bosque y un conjunto de edificios, hasta un claro. Allí, la capilla se alzaba en solitario sobre una colina. Estaba construida con piedra roja; la pintura de las puertas se había desconchado, dejándolas de un color gris deslucido. Al lado del edificio, había un pequeño cementerio rodeado por una valla de hierro ornamentada.

—Ahí está —dijo Keegan—. Qué ganas tengo de ver todas las vidrieras al descubierto. Fue una suerte que las cubrieran, o las habríamos perdido irremediablemente. Y también me alegro de que se encontraran lejos de la pista de aterrizaje. Menos posibilidades de que las vibraciones las afectaran.

—Se ve muy rara ahí arriba, sola.

Keegan asintió.

—Lo creas o no, la capilla estaba justo en el centro del pueblo. Había un herrero, un tendero, una costurera. Más de quinientas personas vivían en él, y quedaron esparcidas a los cuatro vientos de la noche a la mañana. Y, antes que ellos, aquí vivían los cayugas y los senecas, aquí pescaban y cazaban.

—Tengo hambre —anunció Max.

—Hay barritas de muesli y zumo en la mochila —dijo Keegan—. Está ahí, debajo de la proa. —Max apartó una cortina y entró en la bodega de la embarcación.

—Le gusta meterse ahí —dijo Keegan—. Seguro que se pasa ahí abajo el resto del viaje.

Pasamos por delante de más bosques, más campos, y llegamos hasta la orilla que era propiedad de mi madre: el cobertizo de las barcas y mi kayak sobre la playa de pizarra, el césped amplio que subía hasta la casa, con sus porches y sus ventanales, su cúpula.

—¿Recuerdas la noche que te escapaste? —me preguntó Keegan—. Yo estaba esperando justo aquí, en la canoa, intentando mantenerme en las sombras. Tú llevabas un vestido blanco.

—Casi volqué la canoa cuando intenté subir —dije—. Me quedé empapada.

—Era una noche cálida, si no recuerdo mal.

—Lo era —corroboré, recordando cómo nos habíamos sentado, el uno pegado al otro, los brazos de Keegan alrededor de mi cintura y la luna flotando sobre nosotros.

—Éramos tan jóvenes, ¿verdad?

—Sí, lo éramos. Muy jóvenes. —Keegan esperó un momento más antes de virar ampliamente, dar la vuelta y regresar, con el viento húmedo azotando nuestros rostros.

Atracamos y Keegan levantó a Max en brazos para sacarle del bote mientras hablábamos y trazábamos planes para visitar la capilla el miércoles. Nos despedimos en la acera, pero yo esperé un instante para verles caminar, Max saltando, inquieto de nuevo, con sus deportivas luminosas, mientras regresaban cogidos de la mano al taller de cristalería, al fuego y al movimiento.

El Impala era sofocante. Abrí todas las puertas y ventanas para dejar que se refrescara un poco, mientras revisaba mis mensajes en el móvil. No tenía ningún mensaje de Yoshi, lo cual me inquietó un poco. Quizá simplemente estaba ocupado. Abrí un mensaje anterior y después una foto de los dos, hecha por un desconocido frente a las fuentes termales. Yoshi me pasaba el brazo por los hombros, y los dos sonreíamos, y no había nada en la foto que revelase nuestra lánguida danza en la cocina oscura, o las pequeñas llamaradas de rabia, o la tierra temblorosa.

Había un mensaje de la oficina de Colecciones Especiales de la Escuela Superior de Serling, que confirmaba que estaban en posesión de la totalidad de los documentos de Vivian Branch y en el que se me informaba que estaban en proceso de investigar mi petición. El último era un mensaje que no esperaba, de Oliver Parrott. Era muy formal, invitándome a visitar de nuevo el museo para examinar algunas de las imágenes de sus archivos. Stuart estaría allí, me aseguró, aunque la casa no estaba oficialmente abierta al público los sábados, y también podía traer a alguien conmigo. Había hablado con la iglesia, decía, y se sentía muy emocionado por las conexiones que estaban saliendo a la luz. Estaba ansioso por ver las otras vidrieras, y aquella mañana había permanecido largo rato ante la vidriera del rellano, la de la mujer con los brazos llenos de flores.

«Llenos de lirios, llenos de iris», pensé.

«Sí —escribí como respuesta—. Iré».

Algunos sueños son importantes, arrojan luz sobre una decisión importante o revelan algo que se intuye e intenta salir a la superficie. Otros, sin embargo, son detritos, los residuos del día que se reorganizan de una manera inconexa y caótica. De este último tipo eran los sueños que había tenido la noche antes de ir a ver a Oliver Parrott: unos sueños en los que perseguía a Max, cuya risa seguía oyendo entre los árboles, flotando sobre el agua; sueños en los que atravesaba corriendo el depósito militar e intentaba saltar las vallas, que cada vez eran más altas. Yoshi también aparecía en esos sueños, intentaba ayudar, pero era incapaz de encontrarme. Esos sueños frenéticos me dejaron agotada. Me levanté de mal humor y comprobé que tenía otro día lluvioso por delante, pues el cielo era de un gris muy denso y llovía con tanta intensidad que era incapaz de ver la orilla de enfrente.

Me puse el único par de vaqueros que había traído, mi última camiseta limpia y la misma sudadera azul marino de los Jinetes Nocturnos. Bajo la luz gris, aquel color me hacía parecer muy pálida y cansada. Me cepillé el pelo y los dientes, recogí una cesta entera de ropa sucia y bajé a la planta de abajo.

Aunque era sábado y tenía el día libre, mi madre ya estaba levantada y vestida, con el pelo peinado en punta. Estaba sentada en el suelo de la sala de estar, cerca de la puerta que daba al porche, con una taza café humeante a su lado y varias cajas enormes alineadas sobre el borde de la alfombra.

—Estoy liada con esto —dijo—. Como hoy no tengo que trabajar, he pensado que debería meterle mano a este caos. ¿Quieres ayudarme?

—Pues la verdad es que no mucho. Hace un día muy triste y lluvioso. Y eso me ha puesto de muy mal humor.

—Vale, pero échale un vistazo rápido al menos. Blake va a pasar por aquí en un rato y se va a llevar unas cuantas cosas.

Me serví un café, me senté junto a ella en el suelo y me dispuse a abrir la caja que tenía más cerca. Estaba repleta de libros, en concreto de libros para niños. Saqué de la caja *El motorcito*, *La oruga hambrienta* y *El gato en el sombrero*. Estaban bastante desgastados, ya que habían sido leídos cientos de veces; las esquinas de las tapas estaban machacadas en algunos sitios y las páginas, muy sobadas.

—Oh, ese es muy bueno —dijo mi madre, a la vez que cogía *Luna de buenas noches*—. Este me encantaba. Y a ti también. Te lo he debido de leer unos cuantos millones de veces. Aunque eso da igual, le prometí a Blake que le daría esta caja de libros, ya que le van a dar un buen uso. Me alegro de que me lo comentaras, Lucy,

aunque al principio la situación fue un poco embarazosa. O sea, sí, Blake estaba un poco cabreado, pero creo que también quería hablar del tema, la verdad. En cuanto se dio cuenta de que me parecía bien, se relajó. La verdad es que me muero de ganas de ser abuela ya —prosiguió—. La gente siempre dice que saber que vas a ser abuelo es muy emocionante, pero no me imaginé que realmente lo fuera tanto. Ya he apartado otra caja para ellos repleta de juguetes viejos.

—Y yo ¿qué? —inquirí.

Quise formular esa pregunta a modo de broma, pero incluso a mí me pareció que lo pregunté con un tono de voz un poco estridente. Mi madre estaba tan emocionada porque Blake y Avery iban a tener un bebé que fue en ese instante cuando me di cuenta de que la cosa iba en serio, y, aunque era bastante ridículo, me sentía marginada, o que me estaba quedando atrás, ya que la vida seguía avanzando mientras yo seguía haciendo lo mismo de siempre una y otra vez aunque en sitios distintos.

—Lo siento —me disculpé—. Estoy de un humor de perros, no he dormido bien. Solo quería decir que, si alguna vez tengo un crío, no podrá disfrutar de ninguna de esas cosas de las cajas.

—Créeme, la gente seguro que te dará muchas de sus cosas viejas. —Entonces me miró y añadió con ternura—: Pero si hay algo especial que quieras apartar, ya sabes, por si acaso algún día, adelante. Blake y Avery no se van a enterar.

—Vale. Quizá me gustaría quedarme con ese carrusel para cuna que papá hizo cuando yo nací.

Mamá asintió.

—Ya lo tienes guardado en una caja en tu armario. Lo aparté del resto hace... un par de años. Y también aparté los trenes que hizo para Blake.

Entonces, metió las manos en la caja que tenía delante y sacó de ahí un puñado de carpetas.

—Así que... ¿Yoshi y tú ya estáis planeando vuestro futuro juntos? —preguntó como quien no quiere la cosa, aunque lo hizo tan mal que me eché a reír.

—Hacemos planes nuevos todos los días, o eso parece. Pero no. Si te refieres a si hemos pensando en sentar cabeza y tener niños, la respuesta es no.

Asintió y apoyó un instante una de sus manos sobre mi brazo, lo cual me enfadó ya que temía que sintiera lástima de mí.

—Lo preguntaba solo por curiosidad —replicó, a la vez que me soltaba.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —pregunté, con intención de cambiar de tema, al ver que cogía una carpeta que se le acabó cayendo—. Por cierto, ¿cómo tienes el brazo?

—Estoy bien. Ayer fui a ver al médico. Me estoy curando muy bien, según él. Si todo va bien, podré quitarme esta escayola el próximo miércoles. ¡Hurra! Oh, mira esto, Lucy.

Me dio un poema escrito con sumo cuidado en un papel cuadriculado y ancho, de

esos que utilizaban los críos para practicar caligrafía cuando aún se hacían ese tipo de cosas. De niña, yo había dibujado en los márgenes delfines y peces, olas y conchas marinas, a pesar de que aún no había visto el mar.

—Parece que ya por aquel entonces tenía claras mis preferencias.

—Supongo que sí.

Eché un vistazo a varias carpetas repletas de documentos de la época en que mi padre trabajaba en Dream Master y los tiró a la papelera de reciclaje.

—Ah, mira, nuestras notas —comenté y, acto seguido, le di a mamá un montón de notas de Blake y saqué unas mías de cuarto curso—. «Escribe muy bien y le encantan las ciencias. Tiene que esforzarse más por permanecer quieta en el pupitre». Eso lo decía la señora Blankenthorpe —recordé—. Me acuerdo de ella. La solíamos llamar «la señora Acorazado».

—Qué mote tan horrible —replicó mamá, a pesar de que ambas nos echamos a reír.

Seguimos revisando esas cajas y rellenando con café nuestras tazas una y otra vez. Como había goteras en el techo del porche, mamá iba de vez en cuando a comprobar si el cubo que había puesto para recoger las gotas estaba lleno. Le sugerí que quizá sería mejor que colocara unos bidones, y mamá profirió un suspiro a modo de respuesta.

—Mantener esta casa no debe de ser tarea fácil —le comenté en cuanto regresó de vaciar el cubo medio lleno sobre el césped.

—Pues sí —me confirmó y se sentó de nuevo—. Aunque, la verdad, aún no he decidido qué voy a hacer, Lucy. Art tiene sus ideas al respecto, pero no coinciden exactamente con las mías.

No respondí; no quería discutir otra vez. A pesar de lo que acababa de decir, tenía la sensación de que ella y Art habían llegado a una especie de acuerdo, aunque mi madre todavía era incapaz de aceptarlo del todo.

Para cuando Blake se dejó caer por casa, la lluvia ya había amainado; no obstante, estaba empapado ya que había estado calafateando su barco. Hicimos un descanso y comimos unos huevos revueltos acompañados de unas cuantas sobras de la fiesta: tabulé, pan, que ahora estaba un poco duro, puré de espinacas y galletas. Después, volvimos a revisar las cajas. Entonces sonó un móvil; al instante, mamá se llevó la mano al bolsillo y sonrió al ver el nombre de la persona que la llamaba.

—Vuelvo en un segundo —me dijo y acto seguido se metió en su habitación y cerró la puerta.

Blake y yo no hablamos en un rato, pues intentábamos oír lo que mamá decía entre susurros. La tensión reinaba en la sala, no sé si por lo de la fiesta o porque había metido la pata al contar lo del bebé; esa tensión era algo invisible pero muy real que lo impregnaba todo.

Al final, Blake me preguntó qué iba a hacer ese día. Le contesté que iba a hacerle una visita a Oliver Parrott y lo invité a acompañarme.

—¿Hoy? —replicó, haciendo un gesto de negación con la mano—. Quizá esto te sorprenda, hermanita, pero algunos tenemos que trabajar.

Decidí hacer oídos sordos a ese comentario ofensivo y guardarme mi opinión sobre el trabajo que él estaba haciendo junto a Art y los de la promotora inmobiliaria. Puesto que, probablemente, Blake estaba haciendo lo mejor que podía hacer, lo que creía que le procuraría una buena vida tanto a él como a Avery y el bebé en medio de una economía de capa caída.

—Bueno, pero algún día deberías ir a ver su casa. Ve con Avery; será un viaje que merecerá la pena. Las vidrieras son realmente impresionantes, aunque, al final, puede que resulte que ese sitio no tenga ninguna relación con Rose. La verdad es que tengo mucha curiosidad por saber qué cree que ha descubierto Oliver Parrott.

—Ese tío me parece que está un poco mal de la cabeza. Dedicar toda su vida a estudiar la vida de otra persona, de un antepasado muerto.

—Bueno, en realidad no estudia a la persona, sino su legado.

—Es lo mismo. Es raro.

—Bueno, tampoco es tan distinto de lo que hacéis Art y tú, ¿no? —inquirí, manteniendo un tono de voz muy dulce a pesar de estar arremetiendo claramente contra él—. Hacéis todo lo posible para mantener vivo Dream Master.

Blake no respondió. Se le notaba tenso y optó por mirar el lago por la ventana. Unos minutos después, se decidió a hablar al fin.

—Solo intento labrarme un futuro, Lucy. ¿Acaso eso te parece mal?

Yo también dejé que reinara el silencio un buen rato, mientras intentaba descifrar por qué Blake estaba tan enfadado y por qué las decisiones de Oliver me resultaban tan comprensibles mientras que las de Blake no.

—No —contesté al fin—. No me parece mal. Pero descubrir el pasteleo que os traéis con esta casa y sus tierras me resultó bastante extraño y muy desconcertante, la verdad. No tenía ni idea de los planes que Art, Joey y tú teníais al respecto, de las conversaciones que estabais manteniendo. Aunque tampoco es asunto mío.

Entonces Blake soltó una carcajada corta y enfadada.

—No, no lo es. Y esa es la realidad, Lucy, no es asunto tuyo, ni por asomo. Me da la impresión de que piensas que intentamos timarla, pero no es así. Si mamá decide aceptar el trato, sacará una buena tajada. Lo cierto es que estos últimos años no has estado mucho por aquí para poder ayudarla a mantener en pie esta casa que tanta guerra le da.

—Cierto —repliqué, mordiéndome la lengua para no decir lo que tantas ganas tenía de decir: «Pero yo, al menos, no sigo metida dentro de un círculo vicioso porque soy incapaz de romper con el pasado». Pero entonces Blake, animado quizá por mi réplica, fue un poco más lejos.

—Mira, Lucy, te harías realmente un favor si estuvieras dispuesta a aceptar los cambios y no te resistieras tanto a ellos.

—¿Cómo te atreves a decirme que no soy capaz de afrontar los cambios? —le

espeté. Al instante, dejé los papeles que tenía en la mano y me levanté, pues ya no podía contenerme más—. ¿Tienes idea de en cuántos países he vivido en los últimos años, Blake? En dos estados y cuatro países, donde he tenido siete trabajos distintos, donde me he tenido que amoldar en cada ocasión a nuevas culturas, a nuevas comunidades, a nueva gente. ¿Cómo es posible que creas que yo soy incapaz de afrontar los cambios?

—Oh, eso ya lo sé. Pero esto es distinto. Se trata de un cambio diferente. De esos que implican dejar muchas cosas atrás. Y no solo ir de aquí para allá.

¿Tenía razón? Sí y no. Me encantaba mi vida, pero también pensé en cómo me había sentido antes, cuando había estado hablando con mi madre sobre nuestros libros y juguetes viejos.

Mientras seguía encarada con Blake y me sentía tan furiosa que fui incapaz de replicarle de inmediato, me imaginé agarrando el viejo trofeo de natación de la mesa y lanzándolo contra la pared de un lado a otro de la habitación. Así de cabreada estaba.

—Ya basta.

Ambos nos volvimos, sobresaltados. Mamá se encontraba en el umbral de la puerta, con el brazo escayolado apoyado sobre el pecho, mientras sostenía el teléfono con la mano sana.

—Solo estoy expresando algunas de mis preocupaciones en voz alta —me quejé.

—Claro. Qué altruista eres. Como yo no lo soy —rebatí Blake.

—¡Parad ya! Me parece que los dos olvidáis que os estáis peleando por algo que está fuera de vuestro control. No soy imbécil y tampoco me estoy comportando como una adolescente, al contrario que vosotros. Haré lo que me venga en gana, gracias. Y no estoy dispuesta a escuchar este tipo de broncas absurdas en mi casa. Mi casa, ¿está claro?

Entonces cruzó la puerta, atravesó la habitación y se sentó en una silla muy mullida donde solía sentarse a leernos cuentos cuando éramos niños.

—Y ahora voy a seguir ordenando todas estas cosas —dijo—. Blake, estoy segura de que Lucy querrá ayudarte a sacar todas esas cajas de casa.

A pesar de que Blake rechazó mi ayuda, salí con él a la calle. Me quedé allí quieta, en medio de la niebla, con las manos en los bolsillos de mis vaqueros, mientras mi hermano metía las cajas repletas de libros y juguetes en el asiento del pasajero de su camión y cerraba la puerta de un golpe. Blake no solía cabrearse con facilidad, pero, cuando lo hacía, le costaba mucho calmarse. Las veces en que nos habíamos vuelto a ver en los últimos años, ya fuera aquí o en lugares exóticos, nos habíamos comportado de manera bastante civilizada y no había reinado la tensión entre ambos. Ahora, sin embargo, volvíamos a ser como cuando éramos adolescentes.

—No quiero pelearme contigo —le aseguré.

—Entonces no deberías haberle mencionado lo del bebé a mamá. Te pedí que no lo hicieras. Mamá llamó a Avery para felicitarla y ya te puedes imaginar cómo le

sentó.

—Lo siento. Eso pasó después de la fiesta del solsticio. Llevaba un par de copas de vino y se me escapó sin más.

Si bien eso era cierto, también lo era que en ese momento había estado muy cabreada, tanto como lo estaba ahora, por los tejemanejes que Blake y Art se traían entre manos con los terrenos.

—Vale —zanjó—. Muy bien. Declaremos una tregua, ¿de acuerdo? Todo lo que he dicho antes sobre que no sabes afrontar los cambios no lo he dicho en serio.

—Ya me lo imaginaba —repliqué, a la vez que retrocedía para dejarle subir a la cabina.

—Entonces todo arreglado, ¿no?

—Sí. Todo arreglado.

Me dijo adiós con la mano mientras daba marcha atrás y yo me despedí del mismo modo, mientras lo observaba alejarse, mientras su camión desaparecía en la niebla.

En cuanto entré en casa, mamá se levantó del suelo, donde se encontraba sentada rodeada de montones de papel, se desperezó y me dijo que ya estaba cansada de revolver en el pasado polvoriento. Le comenté qué pensaba hacer y le pregunté si quería acompañarme. Me contestó que sí, lo cual me sorprendió. Subí al piso superior para coger el bolso y unos papeles, y, para cuando volví a bajar, mamá ya se había puesto unos vaqueros oscuros y una blusa blanca limpia y almidonada; además, llevaba un pañuelo de color ruibarbo alrededor del cuello y unos pendientes de plata. Abrimos los paraguas y fuimos corriendo hasta el granero para coger el coche. Tras dejar atrás la lluvia, recibimos con agrado el calor del interior del Impala.

—¿Blake y tú habéis hecho las paces? —me interrogó en mitad de la conversación que manteníamos, a medio camino de Rochester.

—Más o menos. Sigo creyendo que es un error que se siga aferrando de esa manera a Art, a Dream Master. Las cosas no acabaron muy bien la primera vez, y Blake ya no puede arreglarlas. Además, me da igual lo que diga Art, no me lo puedo imaginar compartiendo a partes iguales con otra persona ciertas cosas que podría legarles a sus hijos.

Mamá suspiró mientras contemplaba el lluvioso paisaje a través de la ventanilla.

—No lo sé. En la vida hay momentos en que debemos optar por un camino u otro y luego ya no hay vuelta atrás. En su momento, tomamos la decisión que creímos mejor. Y aunque tengas razón, Lucy, aunque Blake esté cometiendo un error, es su error. Yo he de mantenerme al margen. Y tú también, cielo.

No respondí, y seguimos el resto del camino en silencio. Todavía llovía cuando llegamos a la Casa Westrum. Nos acurrucamos bajo los paraguas para protegernos de las gotas que caían del pórtico mientras el timbre resonaba por aquellas habitaciones vacías. Varios minutos después, oímos unos pasos; entonces, Oliver revolvió las llaves durante un rato y luego la puerta se abrió. No sé si se sorprendió al ver que

traía compañía, pero, si fue así, lo disimuló muy bien, ya que, de inmediato, nos estrechó las manos a ambas con suma amabilidad. Acto seguido, retrocedió, abrió la puerta de par en par y nos invitó a entrar.

La casa se encontraba sumida en un silencio total, mayor incluso que el que había reinado en mi última visita, por lo cual nuestros pasos ligeros (mamá llevaba zapatos bajos, y yo, sandalias) retumbaron. Stuart nos mostró brevemente las salas principales y nos sirvió té. Después, subimos por las escaleras con Oliver y nos demoramos en el rellano para contemplar la vidriera de la mujer con los brazos repletos de flores.

—Se parece a ti, Lucy —comentó mi madre en voz baja—. ¿No crees? Si llevaras el pelo de otra forma, recogido hacia atrás, se parecería muchísimo a ti.

—Supongo —replicó Oliver, un tanto a regañadientes—. Creo que alcanzo a ver el parecido. No obstante, se parece mucho a cualquier mujer que lleve el pelo recogido hacia atrás. Cuando bajemos, os mostraré un retrato de Beatrice. Él la amaba profundamente y la retrató unas cuantas veces después de que falleciera usando fotografías como referencia. También tengo varias fotos de su hija Annabeth. Solía posar para él, y siempre hemos pensado que utilizó una de esas fotos para realizar esta vidriera. Creo que el parecido es innegable.

Entonces Oliver se giró y nos llevó por un estrecho pasillo que daba a una habitación interior, sin ventanas, en cuya parte trasera había montado un proyector. Nos explicó que había estado revisando los archivos de diapositivas; se habían hecho diapositivas tanto de las vidrieras que poseía la Fundación Westrum como de las que estaban en manos privadas (siempre que estuviera confirmado que el autor era Westrum y siempre con el permiso de los propietarios). Nos sentamos en medio de aquella habitación como unos alumnos en un aula; mi madre cruzó las manos sobre su regazo, y yo estiré las piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos.

—Siéntate bien —me regañó mamá entre susurros, pero no le hice caso.

En la primera imagen que apareció en pantalla, pudimos ver dos palomas muy grandes con el cuerpo gris y la cabeza y el pecho de un color entre rojizo y anaranjado. Se encontraban una frente a otra; entre ellas, había un arbusto con unas bayas de color naranja oscuro. La vidriera en la que aparecían era cuadrada; además, un patrón de bloques de colores alternos recorría todos los márgenes.

—Esta vidriera sigue estando en una casa de Mount Vernon, en Nueva York —nos explicó Oliver, con un tono de voz muy suave, a la vez que aquel rayo de luz iluminaba el polvo que flotaba en el aire—. Fue hecha por encargo para esa casa en 1919, para recordar a la paloma migratoria, que se había extinguido. El dueño de la casa era un naturalista (que había sido miembro fundador del Sierra Club antes de abandonar California y mudarse al este) así como un mecenas de las artes. En el siglo XIX, las palomas migratorias eran tan abundantes que una bandada era capaz de oscurecer el cielo como si de una tormenta se tratara, pero fueron cazadas fervorosamente en gran número y sus hábitats fueron destruidos. Al final, en septiembre de 1914, el último ejemplar murió en un zoológico de Cincinnati. Merece

la pena fijarse especialmente en los colores de esta vidriera. Esperamos poder comprarla algún día (me gustaría colocarla en la entrada), pero sus dueños actuales no quieren desprenderse de ella. Da igual, insistiremos.

Nos fue mostrando más diapositivas y, de vez en cuando, se detenía en cada una de ellas para comentar alguna cuestión sobre su diseño o algún elemento interesante de su historia. Parecía poseer unos conocimientos inagotables sobre su bisabuelo y todo lo concerniente a él. Por otro lado, hacía una temperatura muy agradable en esa habitación, y el proyector emitía un suave zumbido. Mamá reprimió un bostezo, e incluso yo también lo hice, a pesar de que me sentía fascinada por esas obras y despertaban en mí una gran curiosidad.

—Será mejor que me salte unas cuantas —nos informó Oliver, que parecía haberse percatado de que el sopor se estaba apoderando de aquella habitación—. Quiero que veáis la diapositiva ochenta y nueve. Bueno, más bien la ochenta y nueve y la noventa y siete. Esas son las que nos interesan, la razón por la que contacté contigo, Lucy. Después de que habláramos por última vez, le di muchas vueltas al asunto. Es algo que no pude evitar en cuanto vi la foto que le sacaste a la vidriera que Keegan Fall ha encontrado. En cuanto vi a la mujer de esa vidriera.

Entonces dejé de pasar diapositivas. Las últimas habían pasado por la pantalla como un borrón en que se mezclaban formas y colores, y se detuvo en una larga vidriera rectangular.

Aquella mujer estaba representada de un modo muy estilizado. Era alta y delgada, y miraba hacia abajo a sus manos ahuecadas. Llevaba su melena castaña recogida en un moño, del que se escapaban mechones a modo de zarcillos; iba ataviada con un vestido azul oscuro, que le llegaba hasta los tobillos, con una cintura de corte imperio. Tenía unos dedos de los pies perfectos y sus manos, su cara, sus brazos y sus piernas eran de un opalescente blanco perlado. Estaba observando tres huevos de color azul pálido que sostenía en las palmas de las manos y parecía que tenía los ojos prácticamente cerrados.

—No sé —dije—. El ángulo es tan distinto que resulta muy difícil saber si es la misma mujer o no.

—Estoy de acuerdo —afirmó mi madre—. Esa mujer podría ser cualquiera. Quizá se parezcan tanto porque el artista representaba a las mujeres siguiendo siempre un mismo estilo.

—Sí, sí, lo sé —replicó Oliver, embargado por la emoción y la impaciencia—. Pero la cara de esa mujer no es lo más importante de esta vidriera. Tenéis razón en que podría ser cualquiera. Quizá sea la misma mujer o quizá no. No obstante, creo que es la misma por una razón: fijaos en el colgante que lleva. Fijaos en el brazalete que lleva en la muñeca izquierda. Son el mismo.

Tenía razón. El colgante era un óvalo, al igual que los huevos, una pepita de lapislázuli azul oscuro que descansaba sobre su pálido pecho. El brazalete también era de un color azul oscuro muy intenso y estaba compuesto de una serie de cuentas

ovaladas engarzadas. Me había concentrado tanto en el rostro y las flores de las demás vidrieras que se me había pasado por alto fijarme en las joyas que aparecían en las demás y no podía recordar si en las otras diapositivas también aparecían o no. Pero Oliver sí se había fijado. Dio paso a la siguiente diapositiva, en la que aparecía una mujer en el hueco de una escalera. Si bien el brazalete no resultaba visible bajo las flores que llevaba en las manos, el colgante de lapislázuli sí, sin duda alguna.

—Fijaos —nos pidió, y, a continuación, pasó a una diapositiva de la vidriera de José, que Keegan le había enviado a Oliver a petición de este. Aquí la mujer era mucho más pequeña, pero el parecido con las mujeres de las otras vidrieras, tanto en la postura como en la forma del rostro y en sus facciones, era innegable; además, Oliver tenía razón, en esa también llevaba el colgante de lapislázuli.

—Y ahora, otra más —prosiguió Oliver, tras darnos un minuto para fijarnos bien en esa imagen—. Esta última es una adquisición muy reciente, de hace solo un par de meses. En realidad, la descubrí en una subasta, en una liquidación de una herencia que se hizo aquí mismo, en Rochester, a unos pocos kilómetros de distancia. El hecho de haberla hallado tan cerca me ha hecho pensar que sus dueños debieron de conocer a Frank Westrum, al menos profesionalmente, pero, al parecer, la albacea no contaba con ninguna información al respecto. Es la sobrina o sobrina nieta del dueño de la casa; la verdad es que es una señora bastante mayor. Le pedí que lo comprobara, pero unos días después me llamó para decirme que no había encontrado nada que relacionara esa vidriera con Westrum... o con nadie, la verdad. Pero por el estilo tiene que ser de él.

A continuación, dio paso a la última diapositiva.

Se trataba de una vidriera bastante grande y, al igual que en la vidriera del hueco de la escalera, aparecía esa mujer que ya nos resultaba muy familiar. En esta ocasión, se encontraba en los peldaños de unas escaleras, llevaba sandalias y uno de sus pies apuntaba hacia el siguiente escalón. Iba vestida con una túnica muy ceñida a la cintura, que llevaba atada a un hombro mientras el otro quedaba al descubierto. Miraba algo situado más allá del marco mientras sonreía y alzaba las manos, como si fuera a recoger algo que estuviera cayendo del cielo; gotas de lluvia, copos de nieve o quizá los rayos del sol. Si bien no llevaba ningún colgante, portaba el brazalete azul oscuro en una muñeca. Una maraña de enredaderas y flores ascendían por los márgenes de la vidriera, esparciendo pétalos de color rojo oscuro, así como flores enteras, por las escaleras y alrededor de sus pies.

—Son rosas. Camina sobre rosas —comenté.

—Supongo que sí —replicó Oliver—. Podrían ser rosas trepadoras, o quizá clemátides. Aun así, he de reconocer que cabe la posibilidad de que sean rosas. Aunque el problema estriba en que no hay pruebas concretas de que Frank Westrum conociera a Rose Jarrett personalmente. Ninguna.

—A lo mejor no la conocía —sugirió mi madre—. Quizá simplemente posaba como modelo para él.

—Eso es bastante improbable. No solía trabajar con modelos profesionales. Le gustaba trabajar con gente a la que ya conocía.

Miré hacia atrás y observé a Oliver, que estaba analizando la imagen que había en pantalla detenidamente.

—Dices que hablaste con la albacea.

—Pues sí —respondió, posando su mirada sobre mí—. Como he dicho, me centré en preguntarle si había alguna relación entre Frank Westrum y esa vidriera. Le llevé fotos de las otras vidrieras y se las enseñé, pero no me pudo proporcionar ninguna información útil.

—¿Le hiciste alguna pregunta sobre Rose?

Oliver se atusó el pelo y negó con la cabeza.

—No, claro que no. Eso fue hace semanas. Entonces, no sabía nada acerca de Rose. Aunque, la verdad, no creo que hubiera importado.

—Pues yo creo que sí. Es un cabo suelto que merece la pena investigar.

—Vale, entonces, investigalo —replicó bruscamente y a continuación siguió pasando diapositivas. Estaba claro que no creía que Rose fuera importante. No dudaba de que había existido, pero no creía que fuera un elemento importante en la vida de Frank Westrum o en la historia de las vidrieras.

Observé a Oliver con detenimiento. Se estaba quedando calvo y, a pesar de su elegante y pulcro atuendo, parecía agotado bajo la luz del proyector. La manera en que Blake había despreciado su apasionado interés en el pasado me había hecho preguntarme, por primera vez, por qué Oliver se había pasado toda la vida obsesionado con preservar la reputación de su famoso antepasado. Estaba tan fascinado con la historia de su familia, con las piezas que había logrado juntar de ese pasado familiar, que no estaba dispuesto a admitir ciertos puntos de vista que pudieran perturbar su peculiar visión del mundo. Tenía claro que con todo esto me estaba intentando explicar algo, pero yo no tenía nada claro que quisiera entenderlo. Sin duda alguna, era algo que no tenía nada que ver con Rose.

Entonces Oliver apagó el proyector de diapositivas.

—Hay una cosa más que quiero enseñaros, es decir, si tenéis tiempo —dijo.

En cuanto asentí, añadió:

—Bien, me alegro. Esto no suelo enseñarlo en las visitas guiadas. Rara vez llevo a alguien al estudio de Frank, pero me gustaría que vosotras dos le echarais un vistazo.

Oliver nos hizo bajar unas escaleras y atravesar un estrecho pasillo que daba al porche trasero, donde nos entregó a cada una un paraguas plegable. El sendero que llevaba a la cochera estaba repleto de guijarros que se hundían bajo nuestras pisadas mientras avanzábamos a todo correr en medio de la lluvia. Mientras corría, Oliver sostenía en alto su paraguas de color azul brillante y las alas de su pajarita, de un color dorado oscuro, se agitaban. Lo seguimos a través de unas puertas amplias y, al final, nos detuvimos en un espacio abierto vacío que olía a polvo y hojas viejas, cuyo

frío suelo de hormigón nos congeló la planta de los pies.

—Está arriba —nos explicó Oliver, al tiempo que sacudía el paraguas para secarlo. Estaba claro que esperaba que nosotras hiciéramos lo mismo.

A continuación, subimos unas estrechas escaleras que llevaban al estudio. Ahí nos encontramos con un espacio amplio y abierto, con una sola habitación enorme que carecía de paredes y estaba inundada por la luz que entraba a través de las ventanas y de su cúpula central. A pesar de que hacía un día muy lluvioso, aquella estancia se encontraba muy bien iluminada. En un extremo del estudio había varios caballetes, y en el extremo opuesto había una zona donde uno se podía sentar, ya que contaba con un montón de sillas con reposabrazos dispuestas alrededor de una mesa baja. El centro de aquella habitación se encontraba ocupado por una enorme mesa de trabajo que contaba con multitud de estrechos cajones. Oliver nos hizo una seña para que nos acercáramos y, acto seguido, abrió uno de esos cajones, en cuyo interior había diversos fragmentos de vidrio de colores brillantes y varias resmas de papel cebolla.

—Aquí es donde trabajaba —nos explicó Oliver—. Él mismo diseñó este estudio. Mientras se construía la parte principal de la casa, remodeló esta vieja cochera, que no ardió en el incendio. Eso fue en 1920. Estaba muy deprimido tras la muerte de Beatrice, y creo que se sentía incapaz de quedarse en Nueva York después de su fallecimiento. Como podéis ver, era muy organizado, todo está clasificado por años. Lo cual ha sido de gran ayuda para conocer cómo era el proceso creativo que solía seguir. Y esto es lo que tantas ganas tenía de mostraros.

Oliver abrió otro de aquellos largos y estrechos cajones y sacó de ahí la fotografía enmarcada de una mujer. Era alta, llevaba el pelo tapado por un sombrero de campana y una flor sobre la oreja izquierda. Estaba en la calle, girada para ver algo situado a sus espaldas, se reía despreocupada y era muy atractiva.

—Esta es Annabeth Westrum, mi abuela —afirmó Oliver—. Esta foto fue tomada en 1932, en el jardín de la entrada, bajo la glicinia, que acababa de ser plantada. Aquí hay otra, sacada el mismo día, en la que se la ve de frente. Era el día de su boda. Tenía veintiséis años. Seguro que sois capaces de apreciar el parecido que tiene con la mujer de las vidrieras. Siempre he tenido la corazonada de que ella era su musa. La modelo de esas obras.

Examiné esas fotos; la larga cara de Annabeth y sus alegres ojos que me miraban a través de las décadas. Entendí perfectamente lo que Oliver quería decir. Al verla, la conclusión más lógica que uno podía sacar era que sí tenía un aire a la mujer de las vidrieras. Aun así, yo seguía sin estar convencida del todo; además, tampoco quería estarlo. Tras contemplarlas por un momento, solo por cortesía, le entregué las fotos a mi madre. A continuación, deambulé por el estudio y me detuve a observar los caballetes. ¿Acaso Rose estuvo alguna vez aquí, bajo esta luz diáfana, mientras Frank Westrum la dibujaba? Entretanto, mamá y Oliver estaban hablando, con un tono de voz bajo y cadencioso, primero sobre las fotos y luego sobre el contenido de los cajones. Oliver había revisado los cajones marcados con las fechas de 1936 a 1938,

los años en que Frank debió de estar trabajando en las vidrieras de la capilla, pero no había hallado ningún boceto, ningún prototipo. Lo cual, según Oliver, era muy pero que muy extraño, ya que en todos los demás encargos era fácil dar con documentos que ilustraban su proceso creativo. «Qué bonito», murmuró mi madre en más de una ocasión, mientras revolvía entre aquellos papeles. Entonces, recorrí con la mano todo el contorno de unos de esos caballetes y me imaginé al preciso, contenido y meticuloso Frank Westrum ahí de pie, mientras su lápiz volaba por encima del papel al dibujar a Rose.

—Lucy —exclamó mi madre—. ¡Mira esto!

Mamá estaba contemplando un dibujo a lápiz de unos lirios salvajes, con sus hojas estrechas con forma de espada y sus opulentas flores.

—Mira, hay un montón —me indicó mamá—. Casi todas son lirios, pero también hay un par de bocetos de rosas.

Antes de que pudiera decir nada, se volvió hacia Oliver y añadió:

—Rose tenía una hija, ¿sabes? Se llamaba Iris. A lo mejor Frank Westrum llegó a conocerla, ¿no?

Oliver adoptó una expresión inescrutable y se sumió en sus pensamientos. Sentí el mismo bajón que había experimentado cuando le había hablado sobre las vidrieras por primera vez. A pesar de que no había tenido oportunidad de echarle un buen vistazo a los bocetos (en los que se veían campos de lirios, o lirios en una ribera o un solo lirio en un jarrón), Oliver los recogió todos y los metió de nuevo en el cajón etiquetado como 1938.

—Bueno, he de reconocer que es un detalle muy interesante. No me lo habías comentado. Tampoco me lo mencionaste cuando viste la vidriera del rellano.

—¿Acaso importa? —pregunté, precisamente porque sabía que sí era importante, ya que me daba la impresión de que, al mencionar a Iris, le había recordado algo que no quería compartir con nosotras.

—Oh, probablemente, no.

Eché una mirada fugaz a su reloj y nos sugirió que quizá sería mejor que aprovecháramos los siguientes minutos para ver las vidrieras propiamente dichas antes de marcharnos. No puse ninguna objeción. Entretanto, coloqué esta nueva pieza en mi rompecabezas mental mientras Oliver bajaba a toda prisa las escaleras seguido de cerca por nosotras. Para mí estaba muy claro que Frank Westrum y Rose habían mantenido una relación muy estrecha, aunque las pruebas resultaran meramente circunstanciales, ya que solo eran un puñado de bocetos y unos cuantos lirios en una vidriera.

Nos detuvimos en cuanto alcanzamos las puertas abiertas de la cochera. Llovía a mares, y las gotas caían con fuerza sobre los charcos que se estaban acumulando sobre la gravilla.

—Mi paraguas —exclamé—. Me lo he dejado arriba. Vuelvo en un segundo.

Subí las escaleras a todo correr; el paraguas se encontraba junto al caballete

donde lo había dejado cuando mamá me había llamado para que me acercara a ver los bocetos. A pesar de que no me lo había dejado ahí adrede, no pude evitar aprovechar la ocasión para volver a la mesa de trabajo y abrir el cajón etiquetado como 1938. Había casi una docena de bocetos, cuyos lápices estaban difuminados en algunas partes. Se podía apreciar que Westrum había estado jugando, un dibujo tras otro, con el contraste entre las puntiagudas hojas y las suntuosas flores. No me atreví a llevármelos, y, en cuanto oí que Oliver subía por las escaleras, cerré el cajón de nuevo, presa del pánico, y me marché.

De vuelta en el museo, Oliver se mostró muy atento con mi madre. Estuvo muy ingenioso y encantador. Le contó historias sobre un lugar en las islas Thousand adonde a los Westrum les gustaba ir a veranear. Mientras hablaban, examiné una vidriera tras otra, prestando atención a su conversación a medias, mientras intentaba dar con alguna otra prueba relacionada con Rose y me preguntaba qué nos ocultaba Oliver. Sentía una tremenda necesidad de saber quién era y cómo había sido su vida, de saber qué le había pasado a ella y su hija. Desde este momento en el tiempo, casi cien años después, lo que había sucedido en su vida era algo fijo e inmutable. Aun así, en sus breves notas, había visto una pasión indomable que me resultaba familiar, que era un reflejo de mi propia búsqueda, de mis propias preguntas. Para cuando yo nací, la historia de la vida de mi abuelo ya era conocida y nadie la cuestionaba; además, nunca había tenido la sensación de que él, en su día, se hubiera cuestionado las decisiones que había tomado, ni que hubiera cometido un solo error. Pero ahí tenía ante mí a ese antepasado, del que no había sabido nada en todos estos años, que se parecía tanto a mí. Estaba más decidida que nunca a descubrir quién había sido Rose: quería conocer su pasado para entender cómo este había contribuido a moldear mi vida.

Antes de que nos marcháramos, Oliver me facilitó la información necesaria para poder contactar con la albacea. Me dio su nombre, Joan Lowry, así como su dirección; incluso me dio unas cuantas señas para poder ir a la casa cercana donde se había celebrado la liquidación de la herencia; probablemente porque creía que no iba sacar nada en limpio como le había sucedido a él. Escribió todos esos datos en una tarjeta y me fijé en que cogía el bolígrafo con la punta de los dedos de una manera un tanto extraña. Copió la dirección con sumo cuidado de un tarjetero que estaba sobre el aparador (Oliver no tenía BlackBerry) y me la entregó. De improviso, me preguntó qué día teníamos previsto ir a la capilla.

—El miércoles a las nueve en punto —respondí, arrepintiéndome de esas palabras nada más pronunciarlas y sintiéndome como si hubiera caído en una trampa. Quizá me había invitado a visitarle con este único propósito en mente.

—Oh, bien —replicó—. Keegan me comentó que la visita sería dentro de poco, pero la reverenda Suzi aún no me ha dicho cuándo será exactamente. A lo mejor no ha recibido mis mensajes. Aunque esa fecha me parece bien. Ahora mismo la voy a marcar en el calendario. Bueno, supongo que ya nos veremos entonces.

Acto seguido, me estrechó la mano.

A mi madre le besó la mano y le dijo que estaba encantado de haber tenido el placer de conocerla, lo cual provocó que mi madre se riera de manera nerviosa.

—No es de fiar —afirmé mientras abríamos los paraguas, ya que volvía a llover con fuerza, y, a continuación, bajamos esos anchos escalones de piedra—. Casi seguro que concertó esta reunión solo para sonsacarnos información sobre cuándo es la visita a la capilla.

Mamá se montó en el asiento del acompañante.

—No lo creo, cariño —replicó—. Me parece que te estás volviendo un poco paranoica. Creo que es un tipo encantador.

En cuanto cerró la puerta, arranqué el coche y dejé que se fuera calentando poco a poco; así conseguí que se desvaneciera la condensación que se había acumulado en el parabrisas.

—Contigo sí ha sido encantador. Creo que le gustas.

Mamá sonrió, pero no contestó.

—Además, no estoy paranoica. Solo soy suspicaz. Cautelosa. Lo cual es muy distinto.

—Y ¿por qué te muestras tan suspicaz? —inquirió mamá, alzando la vista del folleto húmedo que tenía en las manos—. Pero ¿a ti qué más te da que Oliver Parrott acabe quedándose con esas vidrieras o no? Quizá este sea el sitio donde realmente les corresponde estar. Al fin y al cabo, es un museo. No es como si las estuviera vendiendo en el mercado negro o destruyéndolas.

—No sé qué decirte —contesté con parsimonia. Entonces abrí el mapa y busqué la dirección que Oliver nos había dado—. Supongo que creo que Rose forma parte de mi pasado. Tengo un interés personal en ella, casi seguro que del mismo modo que Oliver tiene un interés personal en Frank Westrum. Quiero saber qué fue de esa mujer, de Rose, que formó parte de la familia pero a la que nunca nadie ha mencionado. Es un tema que me interesa, nada más. Ella me interesa. Además, creo que Oliver sabe mucho más de lo que nos ha contado. ¿Te has fijado en cómo ha reaccionado cuando le has hablado de Iris? Ojalá no lo hubieras hecho.

—¿Por qué narices no debería haberlo hecho? Además, no me ha parecido que reaccionara de forma rara. Ha estado muy correcto.

—No quiero que sepa todo lo que sabemos —aseveré—. No confío en él, nada más.

—Oh, Lucy. Eso es ridículo. Bueno, espero que puedas descubrir qué sucedió con esa mujer —replicó mamá—. Aunque también espero que no te sientas decepcionada con lo que encuentres.

Entonces, le di el mapa y las señas, para que me guiara por la ciudad. Primero, pasamos junto a una casa unifamiliar que se encontraba a solo unas manzanas, donde Oliver había hallado las vidrieras. Después, abandonamos la ciudad. La residencia de ancianos de Joan Lowry se encontraba cerca de la autopista, en un edificio moderno

de tres plantas que contaba con porches hechos de un plástico muy denso diseñado para parecerse a la madera y con ventanas con tiras de plástico diseñadas para asemejarse a vidrieras. Se trataba de una unidad de ayuda asistencial para mayores, donde uno vivía en su propio apartamento mientras su salud fuera lo bastante buena. No obstante, la casa de reposo se encontraba allí mismo, en otro edificio, si se daba la necesidad. Lo cual era perfectamente lógico, aunque no me gustaba pensar en esas cosas.

Nos encontramos con una Joan muy animada. Vivía en su propio apartamento, y, en cuanto la recepcionista la llamó y le explicó quiénes éramos, dijo que estaría encantada de atendernos, que podía recibirnos de inmediato. Mamá y yo cogimos el ascensor y subimos al tercer piso. Después, recorrimos un pasillo provisto de unas anchas verjas de madera en ambas paredes hasta que llegamos a la habitación 354. Joan nos abrió sin apenas darnos tiempo a llamar a la puerta. Era una mujer menuda de pelo canoso que llevaba unas gafas elegantes. Iba vestida con unos pantalones azules de poliéster y un suéter azul marino e iba calzada con unos zapatos resistentes. Su apartamento era pequeño y estaba pintado de un beis neutro, y se encontraba a rebosar de muebles que debía de haber traído de su antigua casa: un sofá de terciopelo y un armario descomunal donde estaba la tele situada frente al sofá, una mesa redonda muy pesada con las patas ornamentadas con tallas y una sola silla. Preparó un poco de té e insistió en que nos sentáramos en el sofá mientras traía la tetera y las tazas en una bandeja de madera, que apoyó sobre una mesita de la sala. Mientras nos servía con manos levemente temblorosas, eché un vistazo a mi alrededor. Había terriers escoceses con lacitos rojos por todas partes: en láminas enmarcadas, estarcidos en un ribete en la pared, en las telas de las cortinas; incluso había estatuas de esos perros en los alféizares de las ventanas.

—¿A que son monos? —dijo con nostalgia en cuanto le comenté que me habían llamado la atención—. En su día, tuve un pequeño terrier escocés. Bueno, en realidad siempre he tenido uno, pero, cuando el último murió, decidí no comprar ninguno más. En este sitio no dejan tener mascotas —nos explicó sentada frente a nosotras en un sillón orejero—. Aunque creo que el señor Kitteredge, que vive al final del pasillo, tiene un gato escondido.

Mamá y yo nos tomamos el té mientras ella seguía hablando y nos ponía al día de los cotilleos de la residencia. Gracias a mi madre, la anciana no se fue por las ramas. Entonces, entendí por qué Oliver había acabado tan frustrado tras hablar con ella. Pero nosotras no nos rendimos, e intentamos una y otra vez que se centrara en hablar de su tía. Bueno, su tía abuela en realidad.

—Debió de ser muy difícil liquidar esa herencia —comenté—. Esta mañana, nosotras hemos estado revisando unas cuantas cajas llenas de cosas viejas en nuestra casa, y ha sido realmente agotador.

—Oh —replicó—. La verdad es que el esfuerzo casi me mata. No había más que cajas y cajas repletas de cosas, en el ático, en el sótano, en las habitaciones. Lo

guardaba todo. Había toda clase de recuerdos por todas partes. Nunca se casó, así que nadie más pudo ver todas esas cosas ni disfrutarlas. Fue una mujer muy inquieta en muchos ámbitos. Tenía un montón de placas y certificados de muchas cosas distintas. Además, tuve que ocuparme también de todas las cosas de su compañera de piso, cuyas cajas estaban también en el ático.

Entonces, posé mi taza con sumo cuidado sobre el plato.

—Así que tenía una compañera de piso.

—Sí, desde hacía muchos años. Murió hace mucho tiempo. En los años cuarenta, creo. Pero todas sus cosas seguían ahí.

—¿Recuerda su nombre?

—Oh, sí, se llamaba Rose. Según parece, eran grandes amigas. Mi tía solía hablar de ella incluso cuando ya le quedaba poco tiempo de vida. Eran unas radicales. Unos espíritus libres que se burlaban de las convenciones, ustedes ya me entienden. Mi tía era la oveja negra de la familia —nos confió—. Nunca se casó y tuvo una gran carrera profesional. En aquellos días, eso no era lo habitual. El resto del mundo pensaba que solo quería dar la nota. Aunque, en realidad, solo vivía la vida como le daba la gana. Solía decir que yo le caía bien porque teníamos el mismo espíritu rebelde. Cuando fui a la universidad, me enviaba dinero para comprar libros todos los semestres. Durante años, nos mantuvimos en contacto por correspondencia.

—Al parecer, era una mujer extraordinaria.

—Lo era, en efecto. También fue una sufragista y la primera mujer de este condado en ejercer su derecho a voto en 1920. Hasta se publicó un artículo sobre ella en el periódico. —En ese instante, gesticuló con la mano—. Creo que lo guardé por aquí, en algún sitio.

—¿Qué hizo con todas esas cosas que pertenecían a Rose? —pregunté, procurando dar la impresión de que lo dejaba caer sin más.

Joan juntó ambas manos por un segundo.

—Bueno, deje que piense. Cuando vino la gente de la subasta... se llevaron las vidrieras, por ejemplo. Esas por las que el señor Parrott mostró tanto interés y que quería conseguir como fuera. También se llevaron todos los muebles más grandes. Después de eso, monté un mercadillo para vender los utensilios de cocina y la cristalería. Bobbie Jean, mi vecina, me ayudó a organizarlo todo. Se le dan muy bien estas cosas, aunque es un poco mandona, pero tiene buen corazón. Después de deshacerme de todo eso, todavía quedaban un montón de cajas repletas de papeles. Esas se las llevó Bobbie Jean. Dijo que se las iba a dar al Parque Histórico Nacional de los Derechos de la Mujer de Seneca Falls. Miren, mi tía, Lydia Langhammer, fue arrestada en una ocasión y la encerraron toda una noche. Recuerdo que solía contarnos esa anécdota. Eso es algo que Rose y ella también tenían en común. Esa es una de las razones por las que se hicieron tan amigas.

Hasta entonces, había permanecido totalmente concentrada en lo que decía, atenta a alguna palabra clave, pero, en ese momento, decidí interrumpirla.

—¿Insinúa que Rose también fue arrestada?

—Sí. Bueno, al menos eso era lo que contaba la tía Lydia. Y en más de una ocasión si no recuerdo mal. La tía Lydia solía decir que Rose era el fuego que encendía su mecha. O quizá era la mecha que encendía su fuego. Es terrible, una nunca piensa en dejar constancia de estas cosas por escrito y entonces, luego, todo desaparece. ¡Puf!

Respiré hondo para intentar serenarme mientras hacía la siguiente pregunta.

—¿Sabe si la gente del Parque Histórico Nacional de los Derechos de la Mujer se quedó con todas esas cajas llenas de papeles?

—Por lo que yo sé, sí. Bobbie Jean no me dijo lo contrario. ¿Quieren más té? —inquirió al ver que yo le lanzaba una miradita a mi madre.

—No, muchas gracias.

—Me temo que ya nos tenemos que ir —añadió mamá.

—Me encantaría que pudieran quedarse a tomar un poco más de té. Para mí sería todo un placer que se quedaran un rato más.

—Es que nos hemos demorado mucho. De todos modos, le agradecemos que nos haya recibido.

Nos acompañó hasta la puerta, sin parar de hablar. Ni siquiera paró cuando salimos al pasillo. Al final, le toqué levemente el brazo y, al instante, la anciana bajó la mirada y cesó de cotorrear.

—Gracias —le dije—. Si descubrimos algo, se lo haré saber.

Antes de que pudiera volver a hablar, ya estábamos recorriendo el pasillo a grandes zancadas. Bajé por las escaleras de dos en dos, y salí corriendo a la calle, donde recibí con agrado el abrazo del aire húmedo y gélido. Ya no llovía y el cielo, aunque seguía cubierto, estaba un poco más despejado.

—Me parece que se siente muy sola —comentó mamá.

—Lo sé —repliqué.

En ese instante, me alegré de seguir teniendo una piel tersa y unos ojos que aún veían bien, a la vez que era perfectamente consciente de lo fugaz que es la juventud. En el apartamento de Joan había visto, en la pared junto a la que tenía colocada la mesa, una foto de ella de joven; en su día, había sido tan fuerte y ágil como yo lo era ahora.

Volvimos a tomar la autopista y dejamos atrás las señales de Geneva, Seneca Falls y Waterloo. No obstante, los últimos kilómetros los hicimos a través de carreteras secundarias que serpenteaban por el paisaje. En el camino de entrada de la casa se habían formado unos charcos muy profundos en la gravilla, y la lluvia goteaba en el frondoso follaje que cubría la valla. El cubo del porche rebosaba de agua; dentro, nos esperaban las cajas, cuyo contenido estaba esparcido por el suelo de la sala de estar.

—A esta hora la casa no me gusta —comentó mamá—. Ni tampoco cuando arrecia el viento. En momentos así me parece un sitio muy hostil.

—¿Serías más feliz en una casa más pequeña?

—Por supuesto —contestó mientras encendía las luces—. Un apartamento que no requiera tanto mantenimiento, sí, eso es lo que me gustaría. Este sitio es muy hermoso, pero a veces esta casa parece mi enemiga.

Esa noche no pude conciliar el sueño durante bastante tiempo. Estuve escuchando el ruido constante que hacía la lluvia al caer sobre el tejado, mientras pensaba en lo que había sucedido aquel día. No podía dormir por culpa de la tremenda emoción que me embargaba al pensar en esas cajas del Parque Histórico Nacional de los Derechos de la Mujer, y también porque estaba preocupada, ya que no sabía nada de Yoshi desde hacía dos días, salvo por un breve e-mail. Cuando le llamé, estaba preparando las maletas porque se iba al aeropuerto, así que no hablamos mucho; por la noche, estaría en Yakarta. Cerré el móvil y permanecí despierta a oscuras, acordándome de mi discusión con Blake, pensando en lo que había dicho sobre que yo no aceptaba los cambios, preguntándome qué clase de bola de nieve había echado a rodar y si, al final, me alegraría o no de haberlo hecho.

A la mañana siguiente, al levantarme, comprobé que hacía un día muy soleado. La lluvia había limpiado el aire y los prismas que había colgado en la ventana hacía años proyectaban decenas de pequeños arcoíris tanto en el techo como en las paredes. Todavía era temprano y hacía un frío como para estar tapado con una manta. Entonces llegó Andy, que venía para llevarse a mamá a tomar un *brunch*; oí crujir la gravilla bajo los neumáticos, luego el golpe de la puerta del coche al cerrarse y, por último, sus pasos al subir por las escaleras. Siguió el golpe que hizo la puerta mosquitera de la entrada al cerrarse y, a continuación, primero las risas de mamá y luego las de Andy; después, reinó el silencio, así que me imaginé que se estarían saludando con un beso en la soleada cocina. Acto seguido, se oyeron más portazos, más voces y más pisadas en las escaleras. Me incorporé para verlos marchar; Andy dio un rodeo al coche para abrir la puerta del asiento del pasajero y mamá le sonrió mientras se metía en el vehículo.

Me senté sobre la cama con las piernas cruzadas y cogí el ordenador portátil que tenía en la mesa. Alcé la vista para contemplar el lago, mientras esperaba a que la lenta conexión a Internet respondiera de una vez, y vi que había pequeñas olas aquí y allá sobre su superficie azul zafiro. Oí el tañido de unas campanillas de viento en la lejanía. Y observé la danza de los arcoíris a lo largo de mis brazos y las sábanas. Yoshi me había enviado un email desde Yakarta en el que me decía que su viaje había transcurrido con normalidad. Allí ahora era de noche. Me lo imaginé cenando en una terraza llena de helechos y muebles hechos de junquillos, mientras el crepúsculo tropical caía rápidamente. Cuando estábamos juntos, solíamos deambular por las calles para disfrutar de los mercadillos nocturnos, para degustar unos palitos de *satay*, algún plato de pescado a la parrilla o algún cuenco humeante de fideos. Sin embargo, la empresa de Yoshi prefería que se alojara en uno de esos hoteles internacionales que son iguales en todas partes; con suerte, podía salir como mucho una vez para tomar un granizado cubierto de sirope y maíz, que era su favorito. Esa vida que habíamos compartido, esos días que transcurrían lentos y sin preocupaciones, parecían ya muy lejanos. Intenté llamarle a través de Skype, pero no me respondió.

En la planta de abajo, mamá había dejado un poco de café calentándose, un cuenco de arándanos frescos en la nevera y una nota diciendo que se había ido. Desayuné junto a la encimera, donde saboreé aquellos firmes y dulces arándanos mientras hojeaba el ejemplar del día de *La Gaceta de El Lago de los Sueños*, que traía varios artículos sobre el taller de cristalería de Keegan (quien aparecía en una foto

junto al horno, al que llamaba «el pozo de los deseos», mientras rodeaba con el brazo a Max), así como un encarte de cuatro páginas sobre la historia y la controversia que se había suscitado acerca de las tierras del depósito militar.

El Parque Histórico Nacional de los Derechos de la Mujer de Seneca Falls se encontraba a solo una hora en coche. Estaba abierto los domingos, así que, después de fregar unos cuantos platos, recogí todas mis notas y fotocopias, junto con los documentos originales que había descubierto en la cúpula, y me marché. No parecía muy probable que siguieran teniendo las cajas que Joan Lowry les había dado, o que esas cajas fueran a arrojar algo de luz sobre la vida de Rose; aun así, me sentí bastante optimista mientras conducía por aquel paisaje y esos pueblos que tanto habían prosperado junto al canal cien años antes, cuando Rose era joven. La emoción me embargó al pensar que quizá ella también pasó por allí en su día. Quienquiera que hubiese sido, hubiera hecho lo que hubiera hecho, su vida formaba parte de un todo que tal vez iluminaría mi propia existencia.

En Seneca Falls me detuve primero en la casa donde había vivido Elizabeth Cady Stanton entre 1847 y 1862. Justo cuando llegué, empezaba una visita guiada. El guarda forestal nos mostró las sencillas habitaciones con suelos de tablones anchos y profundas ventanas, que habían dado en su día al llano, una zona industrial en expansión, así como a una hectárea de huertos y jardines de los que Elizabeth Cady Stanton se había ocupado mientras criaba a sus siete hijos. Su marido solía ausentarse mucho, pues viajaba con el tribunal itinerante. Ella había dejado constancia por escrito de que sufría mucho porque sus ocupaciones diarias no aliviaban su ansia de enfrentarse a retos intelectuales.

Después de la visita guiada, me quedé un rato deambulando por el césped de la casa, imaginándome a los hijos de Stanton jugando por allí y a Elizabeth yendo de aquí para allá vestida con pantalones o con unas faldas que le llegaban hasta las rodillas. Me la imaginé sentada en la sala de estar después de que sus invitados se hubieran marchado y sus hijos se hubieran ido a la cama, escribiendo la Declaración de Sentimientos en las largas tardes crepusculares de principios de julio, para más tarde leer esa declaración ante una audiencia de centenares de personas. Se debió de sentir embargada por la emoción; seguramente salió de la capilla wesleyana totalmente emocionada, con una tremenda sensación de que había logrado algo muy importante y de que tenía un propósito en la vida. Con sus ideas y sus actos, había abierto el camino que Rose seguiría dos generaciones después y también había hecho posible que yo pudiera estudiar y viajar. Me pregunté si ella se habría imaginado que llegaríamos tan lejos. Las mujeres no consiguieron el derecho de voto hasta setenta y dos años más tarde, y ninguna de las portavoces de la primera convención de los Derechos de la Mujer de 1848 vivió para verlo.

En el vestíbulo del edificio principal del parque había unas estatuas de tamaño natural de la propia Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott y su hermana Martha Coffin Wright, las McClintock, las Hunt y Frederick Douglass; parecía como si

estuvieran llegando a la convención de hace ciento cincuenta y ocho años. El guarda que estaba en la recepción me acompañó hasta la planta de arriba, donde me recibió la archivera. Se llamaba Gail y era una mujer alta, de voz grave y siniestra y mirada inteligente. Me escuchó con un gesto pensativo dibujado en el rostro mientras le explicaba lo que pasaba y le preguntaba sobre dónde estaban las cajas.

—Bueno, deje que eche un vistazo —me dijo—. Solemos quedarnos con todo lo relacionado con la convención de 1848, así que, si esas cajas no contenían nada de ese tipo, lo más seguro es que nos hayamos deshecho de ellas.

Entonces, cogió un libro de una de las estanterías inferiores, lo abrió y, acto seguido, recorrió con el dedo índice las diferentes anotaciones.

—Sí, vale, está aquí. Ha dicho que se llamaba Joan Lowry, ¿verdad? Aquí consta que donó tres cajas.

—¿De veras? ¿Siguen aquí?

—No, me temo que no. Revisamos esas cajas hace cuatro meses. Según parece, encontramos tres objetos relacionados con la convención, pero ahora mismo se encuentran en trámite. El resto... Veamos. Sí, aquí está. El resto lo enviamos a la Sociedad Histórica Lafayette. Les solemos pasar algunas cosas con cierta frecuencia. A veces, encuentran objetos muy importantes, históricamente hablando, que a nosotros nos resultan inútiles. Puede probar ahí.

—¿Y no me puede decir cuáles son esos objetos que ustedes se han quedado?

—En este momento, no. Lo siento. Pero si quiere, lo puedo comprobar.

—Eso me sería de gran ayuda, gracias. Por cierto, ¿qué le parece esto? —le pregunté, a la vez que abría la carpeta, en la que llevaba los panfletos y folletos—. ¿Les podría interesar?

La archivera los examinó lentamente y prestó mucha atención a cada uno de aquellos documentos.

—A mí me interesan —respondió—. No podemos quedárnoslos, porque no son de la época adecuada, pero no debería desprenderse de ellos. Quizá debería hablar con la gente que custodia los documentos de Margaret Sanger. Estos artículos sobre planificación familiar los escribió ella; probablemente, alrededor de 1912 o 1913. Este es uno de los primeros ejemplares, y, hasta cierto punto, son bastante difíciles de encontrar. Más tarde, Correos los censuró. Violaban la Ley Comstock contra la obscenidad, y, por lo tanto, explicar los fundamentos más básicos en cuestión de salud reproductiva era ilegal, incluso para los médicos. Sanger acabó yendo a la cárcel. Su hermana, Ethyl Byrne, también. Al final, casi se muere durante una huelga de hambre que hizo para protestar contra esa ley.

Le di las gracias, mi dirección y mi número de teléfono por si acaso se acababa enterando de algo que me pudiera interesar. Después, recorrí en coche aquellas anchas calles, con sus grandes casas y amplios céspedes, en dirección a la Sociedad Histórica Lafayette. Esta institución tenía su sede en una casa de estilo reina Ana de aspecto recargado, que poseía un ribete muy intrincado en el tejado que, a pesar de

estar muy bien cuidado, necesitaba una mano de pintura. Al subir las escaleras para dirigirme a la puerta, el segundo peldaño se combó. Al parecer, tuve suerte. A pesar de que aquel edificio solía estar cerrado los domingos, ese domingo en concreto estaba abierto porque estaban dando una clase de genealogía. Entré en un recibidor que había sido divinamente restaurado, con revestimientos de madera de caoba y un papel pintado en la pared que presentaba unos pequeños motivos florales verdes sobre un fondo color crema. Allí había una mujer joven, con un piercing en la nariz y otro en el labio, sentada tras un vasto mostrador, leyendo. Tras terminar un párrafo, colocó el punto de lectura en el libro y alzó la vista. En ese instante, el pequeño diamante que llevaba debajo del labio reflejó un destello de luz.

—Creo que sé a qué cajas te refieres —me comentó en cuanto le expliqué qué quería—. Estaba aquí cuando las dejaron. No creo que nadie las haya abierto aún. Si subes conmigo al piso de arriba, a la sala de lectura, podremos echarles un vistazo.

La seguí por una escalera ancha y curva que nos llevó a la segunda planta, a la sala de lectura, que se encontraba repleta de estanterías y donde había un reloj de pie apoyado contra una pared, haciendo tictac suavemente, así como una amplia mesa de madera de cerezo, con sus sillas a juego, que ocupaba el centro de la sala. Las ventanas eran muy sencillas, sin elementos superfluos, y los cristales estaban un tanto combados. La joven desapareció por otras escaleras y volvió unos minutos después con una caja enorme. Me comentó que había dos más. Presa de la impaciencia, me puse a revisar la primera mientras ella iba a por las demás. Uno a uno, fui examinando ese revoltijo de papeles, archivos y artículos.

—Aquí tienes —me dijo. A continuación, colocó la última caja en un extremo de la mesa y se sacudió las manos para limpiárselas. Entonces, señaló los papeles que yo había colocado sobre la mesa—. Como te he dicho antes, aún no hemos clasificado nada. Seguramente, solo se trate de un montón de recibos, libros de contabilidad y notas crípticas que solo podría entender quien las escribió. Pero puedes mirar lo que quieras. Cerramos a las cuatro en punto.

Miré el reloj; eran ya más de las dos.

—Les echaré un vistazo rápido —repliqué y me puse a ello.

Lydia Langhammer lo había guardado todo: en esa caja había desde facturas de compras a recetas de cocina y recortes sueltos. Lo revisé todo con sumo cuidado pero no di con nada interesante.

La segunda caja era similar, daba la impresión de que alguien había vaciado en ella todo el contenido de algún escritorio y varios archivadores. No obstante, sí hallé alguna que otra referencia a Rose, quien aparecía en los libros de cuentas porque había pagado ciertos gastos y, por lo tanto, se le habían expedido algunos recibos. Fui acumulando todo lo relacionado con Rose en un pequeño montón, aunque, pronto, la emoción que me había embargado al ver su nombre fue desvaneciéndose lentamente. Al fin y al cabo, esos papeles no me revelaban nada que no supiera ya. Seguí rebuscando, consciente de que la luz de la sala iba cambiando con el tictac del reloj.

Cuando había llegado ya al fondo de la caja, me topé con un archivador forrado de cuero, cerrado con un lazo. Pensé que sería otro libro de contabilidad, o más facturas, pero, en cuanto lo abrí, cayeron varias cartas de su interior. Si bien los sobres eran distintos, estaban escritos por la misma persona; reconocí enseguida la letra que coincidía con las notas que había hallado en la cúpula. Era una caligrafía clara e inclinada. Era la letra de Rose. Con manos temblorosas, abrí la primera del montón que habían formado al caer.

El papel era basto y estaba amarillento y todas las páginas estaban escritas de su puño y letra. La tinta había perdido parte de su intensidad y, en vez de ser negra, era del color de la corteza de árbol. Estaba fechada el 21 de septiembre de 1914.

Querida Iris:

Mi hermosa niña. Me he ido esta mañana. Estabas en el jardín, donde apilabas un montón de gravilla junto al estanque, y llevabas puesto el vestido amarillo oscuro que confeccioné para ti. Solo tienes tres años y ya eres muy lista. Le arrancaste los pétalos a una caléndula naranja y los esparciste sobre el agua. Dijiste que estabas dando de comer a los peces. Te abracé con fuerza. Tu pelo, que era como la pelusa de un diente de león cuando eras pequeña, ahora es liso, suave y brillante. Olías a jabón y a rayos de sol. Entonces, la señora Elliot llegó y Cora te llamó para que entraras en casa a comer. Subiste las escaleras una a una, pues son demasiado altas para tus piernecitas. Te volviste, riendo, y me dijiste adiós con la mano. Después, cruzaste la puerta y desapareciste de mi vista.

La señora Elliot me conminó a que me diera prisa pero no pude. Seguí mirando el porche, deseando que salieras, pero no lo hiciste.

Le puse unos lazos amarillos a tu vestido y llevo uno de ellos atado a la muñeca. Lo atisbo de vez en cuando bajo la manga de mi vestido mientras escribo. Los demás pasajeros no se han fijado en ello, están a lo suyo. Parecen muy normales y me pregunto si yo también transmito esa imagen. Me pregunto qué clase de secretos albergarán en sus corazones. La anciana que tengo delante, que mira por la ventana, ¿de quién se estará acordando? ¿O el caballero que se encuentra junto a mí, añadiendo sin parar cifras en su libro de contabilidad? ¿O el joven granjero y su esposa que no dejan de exclamar ante las vistas? ¿Cuáles son sus secretos, sus sueños?

Voy vestida de manera sencilla: con un vestido marrón y una blusa del color de una vara de san José. Estoy sentada en silencio con el bolso a mis pies. ¿Qué ve esta gente cuando me mira? Seguro que no se pueden imaginar que pienso en ti, dándote la vuelta, riendo y despidiéndote de mí por última vez desde las escaleras.

No sabías que me iba.

Y es mejor así. O eso me repito una y otra vez.

Te prometo, te juro, que volveré a por ti pronto.

Mientras tanto, te escribiré todos los días. Quizá nunca leas estas cartas. Quizá regrese con tanta rapidez que nunca recordarás que durante un tiempo estuve ausente. Aun así, te escribiré. Algún día, cuando seas mayor, tendrás esta correspondencia que demostrará cuánto te amé, aunque hoy te despertarás de tu siesta, te estirarás en esa parte de la cama que el sol ilumina a media tarde y descubrirás que me he ido.

Rezo por que cuiden bien de ti.

A pesar del escándalo, Joseph te quiere, porque le tenía cariño a tu padre. Y Cora, aunque no soy de su agrado, adora a los niños ya que no tiene ningún hijo.

Entonces, llegué al final del texto que había escrito en esa cara de la hoja y me detuve. Se oyeron unas voces y risas apagadas que salían de la clase de genealogía. Me temblaban un poco las manos. Había hecho muchas elucubraciones sobre Rose, pero nunca me imaginé que hubiera abandonado a Iris. La nota que había descubierto en la cúpula estaba fechada en 1925, once años después, cuando Iris tenía catorce años. Al parecer, Rose nunca volvió. En ese momento, me acordé de la advertencia que me había hecho mi madre: «Espero que no te sientas decepcionada con lo que encuentres», y me di cuenta de que al final podía llevarme un chasco, ya que Rose podría ser alguien mucho menos heroico e interesante de lo que había imaginado. Las cartas estaban abiertas en abanico sobre la lustrosa mesa de cerezo. Respiré hondo, volví la página y seguí leyendo.

En la estación, la señora Elliot me dio un poema que había copiado de una revista. Según ella, era un poema para viajeros. Lo ha escrito una mujer que firma solo como HD. La señora Elliot siempre dice que tengo hambre de palabras y por eso me presta libros. He leído este poema una y otra vez. «El viento mece las dunas, y la tosca hierba cubierta de sal responde». Lo cierto es que no lo entiendo, aunque sus palabras reflejan la tristeza que siento.

Iris, ¿dónde estás en estos momentos? Te puse ese nombre por las flores, los lirios. Porque son del color de los ojos de tu padre. Quiero que conozcas esta historia. Tu tío no te la puede contar, porque no la entiende.

Además, comenzaría hablándote del cometa, que no es el mejor punto de partida.

Esta historia comienza antes. Un día de verano normal. Me encontraba arrancando las malas hierbas en la viña cuando me detuve a beber de un cubo. Entonces vi una nube de polvo y unos destellos plateados a través de los árboles.

—¿Qué es eso? —pregunté a mi amiga Ellen, quien también se encontraba ahí.

—No lo sé.

—¡Creo que es un automóvil! —exclamé.

Estaba muy emocionada, nunca había visto uno de esos artilugios.

—Debe de ser el de los Wyndham.

—Seguro.

—Vayamos a echar un vistazo.

Para cuando llegamos a la plaza del pueblo, la gente salía de las tiendas y las casas, protegiéndose los ojos con las manos para admirar esa máquina tan brillante. El señor Marcus, el tendero, dijo que era un Rolls Royce, un Silver Ghost.

El vehículo se fue acercando. No hizo ruido, ni siquiera cuando se detuvo ante la plaza del pueblo, brillando como un espejo. Todo el mundo que lo contemplaba veía en él algo distinto; el deseo de correr a gran velocidad, de obtener un trabajo en una fábrica, de que las cosas iban a cambiar. Tu tío se inclinó sobre el motor. Yo me quedé mirando fijamente su capó plateado, en el que una diminuta mujer de plata con alas parecía hallarse a punto de dar un salto con el que lanzarse a surcar el cielo.

—¿Te gusta? —me preguntó Geoffrey Wyndham, quien se encontraba a mi lado.

Me limité a asentir, ya que mi timidez me impedía hablar. Su familia es dueña de casi todo el pueblo. En el cementerio de la iglesia, se pueden ver varias lápidas con el apellido de su familia que se remontan a 1134. Recuerdo que un invierno estuvimos patinando en el estanque, y Geoffrey me persiguió hasta que el color del hielo sobre el que nos hallábamos cambió repentinamente, pasando de una tonalidad opaca a otra clara, que permitía ver el agua oscura que había debajo. De improviso, gritó y me agarró del brazo, apartándome de esa zona tan peligrosa. Había crecido y ahora era muy alto. Mi barbilla le llegaba a la altura del hombro.

—Adelante —me exhortó—. Tócalo.

Al instante, acaricié con la mano aquella silueta plateada.

Esa noche, durante la cena, solo se habló del automóvil. Nuestro padre permaneció impasible en todo momento, como un peñasco en medio de un río. Pero, al final, posó el tenedor sobre el plato y se puso en pie.

—Aún queda mucho trabajo que hacer —le dijo a Joseph—. Vámonos.

—Eh, ¿para qué? —le espetó Joseph, contrariado—. ¿Quién va a necesitar más ruedas de madera para sus carromatos cuando los automóviles corren al doble de velocidad con sus ruedas de goma?

Un silencio sepulcral se apoderó de la habitación. Papá se fue sin mediar palabra y se metió en el taller. Joseph se levantó y lo siguió. Unos minutos después, estalló la discusión. Limpiamos la mesa, en silencio, mientras daban voces que subían y bajaban de intensidad como la marea.

Ahora ya es de noche, casi no se ve, por lo que apenas puedo escribir. La pareja joven se ha ido al vagón restaurante a cenar. La anciana se ha quitado el sombrero y se ha comido un sándwich de carne que colocó con sumo cuidado sobre un pañuelo que sacó de su bolso. El contable que se encuentra a mi lado está medio dormido. Durante un rato, hemos pasado junto a interminables hileras de casas y apartamentos, a una velocidad tan lenta que he podido entrever a gente sentada a la mesa de su cocina, cenando o leyendo en una silla o acercándose a la ventana para cerrar las cortinas. Después, hemos acelerado en cuanto las casas han quedado atrás y hemos empezado a ver fábricas. Luego, nos ha vuelto a envolver la oscuridad. He cenado un panecillo y he procurado ignorar el aroma a carne.

El tiempo transcurre distinto cuando uno viaja. Esta noche no se parece a anoche, cuando yacía despierta en nuestra pequeña habitación, escuchando cómo respirabas suavemente, sino que me recuerda a esa noche de hace tantos años en la que Joseph y yo viajamos a esta nueva tierra. En ese viaje, me desperté cada vez que parábamos, y tuve la sensación de que las luces y las voces de las estaciones flotaban a la deriva entre los pasillos a oscuras.

Recuerdo cómo Joseph dormía en ese viaje, cómo sus oscuras pestañas contrastaban con el color de sus mejillas, con su abrigo doblado colocado cuidadosamente bajo su cabeza. Me recordaba al hermano despreocupado que había conocido antes de que nuestros problemas comenzaran, antes de que cambiara, de que yo también cambiara, de que todo lo que conocíamos desapareciera. Esa noche, el tren se adentró en la noche y nos acercó a nuestras nuevas vidas. Cerré los ojos, y mi respiración se acompasó con la de mi hermano. Cuando me desperté, la luz del sol bañaba tanto el trigo que acababa de brotar como los azules lagos.

Tú sigues ahí, en ese lugar. Me duele la mano de tanto escribir, me duele el corazón por culpa de estas ruedas que no cesan de girar.

Un abrazo de tu madre que te quiere,

ROSE

Me recosté en la silla, sosteniendo todavía el frágil papel escrito con una caligrafía cuidadosa e inclinada. Hacia el final de la página, las letras se volvían más anchas y temblorosas, y algunas palabras se salían de los márgenes del papel. Las hojas me temblaban en la mano, así que las dejé sobre la mesa y me llevé las manos a la cara. Me acaricié con la punta de los dedos el arco que conformaban mis cejas, luego seguí por las mejillas y acabé en el cuello.

Esa carta lo cambiaba todo. El pasado que había marcado toda mi vida y las vidas de todos los que había conocido había cambiado. «Además, comenzaría hablándote del cometa, que no es el mejor punto de partida».

¿Qué les había pasado para que decidieran dejar atrás todo cuanto conocían? ¿Qué clase de problemas llevaron a Rose y a mi bisabuelo, quien viajaba dormido y despreocupado, a subirse a aquel tren? Hojeé el resto de los sobres del archivador. Me imaginé a Rose inclinada sobre esas páginas, escribiendo bajo una luz tenue, con el corazón henchido de pena por lo que dejaba atrás.

Entonces el pequeño reloj que había sobre la repisa dio las cuatro y sus delicados tonos llenaron el aire hasta ahogarse en la alfombra. Un momento después, oí unos pasos ligeros; la encargada subía por las escaleras. Sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo, metí el resto de las cartas en el archivador de cuero que, a su vez, metí en mi bolso. A manzanas de distancia, el reloj del Ayuntamiento dio la hora y, al instante, la chica de los piercings apareció en el umbral de la puerta; la débil luz de la tarde se reflejaba en los aros de plata que llevaba en las orejas.

—Vaya, pero ¿cuántos pendientes llevas? —le espeté nerviosa. Como se le ocurriera mirar, iba a ver las cartas que llevaba en el bolso.

En un principio, la chica se sintió desconcertada, pero luego se llevó las manos a sus lóbulos perforados y sonrió.

—Ocho en la oreja izquierda y nueve en la derecha. Y la semana pasada me hice un piercing en el ombligo. Aunque aún no he reunido el valor suficiente como para hacerme uno en la lengua.

—¿Duele?

La encargada sonrió con cierta desgana; seguramente porque le habían hecho esa pregunta muchas veces.

—No mucho. Aunque los que llevo en la punta de las orejas me dolieron un poco. Bueno, ¿cómo ha ido esa investigación? ¿Has descubierto algo?

—Sí, una carta —respondí, dando unos leves golpecitos a las páginas sin desdoblar que había encima de la mesa—. Estaba perdida entre un montón de papeles. Habla de algunas cosas que me han resultado muy útiles. Me preguntaba si podría quedármela unos días.

—Lo siento.

Se encogió de hombros y, a continuación, cruzó la sala para coger la carta. Como no quería que la tocara, tuve que hacer un gran esfuerzo para mantener las manos quietas sobre mi regazo mientras esa chica leía su contenido.

—Es que no ha sido catalogada aún. No sé si te la debería haber dejado leer. ¿Tan importante es?

—Para mí, sí. Y para mi familia. Aunque no creo que lo sea para la historia. Ya sabes, para la Historia con mayúscula inicial. Es algo personal, sin más. Por eso me gustaría poder llevármela prestada.

—Lo siento, de veras. Lo haría si pudiera.

—Vale. Volveré mañana.

—Lo siento, pero mañana no abrimos. Normalmente abrimos los lunes, pero, como hoy ha habido clase, mañana cerramos. Es una especie de experimento para

comprobar qué días viene más gente. Abriremos el miércoles y el viernes de nueve a una.

El pánico estuvo a punto de adueñarse de mí; había todavía una caja más que no había visto. Además, el miércoles era el día que había fijado Keegan para visitar la capilla situada en las tierras del depósito militar. Hasta el viernes no podría volver. No me quedó más remedio que sonreír y encogerme de hombros, pues mi intuición me decía que más me valía no tomármelo a la tremenda.

—Oh, qué pena. ¿Y no se pueden hacer excepciones?

La chica titubeó y echó un breve vistazo a las cajas.

—Lo haría, pero, mira, es que me voy de la ciudad. Me voy de acampada con mi novio. —Entonces, pareció espabilar un poco y, presa de la curiosidad, leyó el final de la última página en voz alta—. «Tú sigues ahí, en ese lugar. Me duele la mano de tanto escribir, me duele el corazón por culpa de estas ruedas que no cesan de girar». Parece una carta de amor.

—Lo es, en cierto modo. En realidad, es una carta que una madre le escribió a su hija.

—¿Estás segura de que no es importante? Quizá debería avisar al director.

—Oh, no te molestes. De veras —repliqué. Entonces, me levanté y me obligué a alejarme de aquellas cajas repletas de tentaciones—. Como decía antes, no es nada del otro mundo. No es importante para nadie, salvo para mí. De todos modos, puedo esperar. Aunque no vendré hasta el viernes. ¿A qué hora has dicho que abris?

—A las nueve en punto.

—Aquí estaré.

Crucé la sala y bajé las escaleras delante de ella, aferrando con fuerza el bolso mientras pasaba la mano izquierda por la barandilla tallada y lustrosa. Me seguí hasta la puerta, que contaba con unas vidrieras; entonces, me fijé en que la cerradura era electrónica y que, por tanto, no podría forzarla. Pues sí, iba a tener que esperar.

Como el coche estaba ardiendo y olía a polvo porque había estado toda la tarde al sol, abrí la ventanilla para que entrara la brisa del lago. De repente, me rugió el estómago y me di cuenta de que no había comido nada en todo el día. No obstante, opté por sacar la segunda carta de su sobre.

En ese momento, al otro lado de la calle, se abrió la puerta del museo. La encargada salió y se puso unas gafas de sol. Se detuvo un instante para comprobar si la puerta estaba bien cerrada o no y, acto seguido, bajó las escaleras a todo correr dispuesta a emprender su aventura, con las llaves colgando de su mano izquierda. Caminó a paso ligero, dejando atrás una casa victoriana tras otra, hasta que se metió en un Volkswagen descapotable de color limón y se largó.

Entonces, me imaginé a Elizabeth Cady Stanton caminando por esas mismas calles con sus niños a cuestas mientras las palabras discurrían como una corriente subterránea por su mente, como un caudal de ideas que no paraba de aumentar y presionar su cabeza, mientras compraba flores o se paraba a por azúcar y huevos,

para luego volver a casa y dejar los paquetes de la compra esparcidos sobre una mesa mientras tomaba unas notas rápidas para plasmar esa idea básica y esencial que seguía dando vueltas en su cabeza; mientras anotaba las palabras que yo había leído antes ese día: «Llegamos al mundo solos, somos distintos a todos los que nos han precedido [...] La naturaleza nunca se repite, y las posibilidades que alberga un alma humana nunca vuelven a repetirse en otra». Entretanto, los niños la llamaban a gritos hasta que profería un suspiro, dejaba la pluma sobre la mesa e iba a atenderlos. Me la imaginé en la esquina de una calle con Susan Anthony y la escandalosa Amelia Bloomer vestida con la atrevida falda pantalón que le permitía moverse sin sentirse constreñida. A todas las perseguía el escándalo, a Elizabeth, a Susan y a Amelia, a tres mujeres jóvenes de tremenda inteligencia y grandes sueños que conversaban entre ellas en un día normal de verano.

Di la vuelta a la carta que tenía en las manos. Rose Jarrett también se hallaba tras ese velo del tiempo, viajaba ataviada con su traje marrón y su blusa amarilla, pero ¿hacia dónde iba exactamente? ¿Por qué había abandonado a su hermano y se había marchado sin su hija? ¿Qué escándalo la había impulsado a marcharse? Me inquietaba no saber qué había sido de ambos. Y también me pregunté, con un enfado que iba en aumento, por qué me había pasado toda la vida sin saber que Rose Jarrett había existido, cuando podría haber aprendido algo sobre su vida que podría haberme ayudado a saber cómo debía vivir la mía, algo que iba más allá del rastro brillante y fugaz de un cometa y de las coordenadas espaciotemporales concretas de una vida. Tenía muchísimas preguntas. ¿Cómo era posible que hubiera llegado a inspirar las hermosas vidrieras de Frank Westrum, esos mosaicos de vidrio repletos de luz, cómo era posible que hubiera escrito esas cartas tan apasionadas? Sin embargo, la Sociedad Histórica permanecía callada tras su cerco forjado en hierro, guardando celosamente sus secretos.

Entonces, entró en el coche una brisa que olía a agua. Pensé en mis alumnos de Japón, en nuestros paseos junto al mar, en las palabras que les había enseñado («ola», «agua», «piedra») y en las palabras que no habían entendido: «Algún día, pequeños, incluso es posible que vuestros nietos beban vuestras lágrimas». Abrí la segunda carta, que estaba escrita en una página cuadriculada con rayas de un azul apagado, y me dispuse a leerla.

15 de septiembre de 1914

Querida Iris:

Anoche escribí una carta muy triste. Pero hoy me he despertado optimista.

El contable que viajaba dormido a mi lado acabó con la cabeza apoyada en mi hombro, por lo que se sintió bastante azorado. Me ha dado una página en blanco que arrancó de su libro de contabilidad a modo de disculpa. Vive en Poughkeepsie y se encarga de la contabilidad de una empresa papelera. A mí

me parece que debe de ser una vida aburrida, pero él parece feliz. Me habló de la ciudad. Tiene una casa allí y nunca se ha casado. Se fijó en mi mano y, tras comprobar que no llevaba anillo, me hizo más preguntas. Por un breve instante, me imaginé haciendo las tareas domésticas en su pulcra casa. Entonces, le hablé de tu padre, al que se le había dado por desaparecido mientras luchaba en Francia.

El contable asintió, como si acabara de desplazar una serie de números de una columna a otra. De inmediato, volvió a centrarse en su trabajo y yo me comí dos manzanas que llevaba en el bolso.

La señora Elliot dice que puede ver la ventana de tu habitación desde su casa. Me ha prometido que te cuidaría y te vigilaría. Me ha prometido que te daría la manta. La confeccioné de noche en cuanto supe que debía irme. Joseph estaba muy molesto conmigo y no se despidió; no obstante, me dejó una nota en el bolsillo así como cinco dólares. Con eso, podría pagarme un huevo para desayunar, pero prefiero guardar ese dinero para otra ocasión. Cada penique ahorrado me acerca más a ti. La señora Elliot me ha dicho que no me preocupe, que sus amigos son muy amables y me recogerán en la estación. Pero, aunque no deba preocuparme, no puedo evitarlo.

Las vías del tren pasan ahora cerca del río, que es de un color azul plateado un tanto turbio. Cerca de nuestro pueblo también había un río que se desbordaba casi todas las primaveras. Durante unos pocos pero milagrosos días, podíamos pescar peces en las calles y colocar cestos de mimbre en los campos para pescar anguilas.

Pero he de concluir mi historia. Estaba paseando junto al río con una cesta de huevos en la mano cuando Geoffrey Wyndham apareció en su coche por la colina. Joseph se encontraba a su lado.

—¡Rose Jarrett! —exclamó Geoffrey, quien detuvo el vehículo junto a mí y se echó a reír.

La luz del sol se filtraba por su sombrero de paja y dibujaba unos peculiares patrones luminosos sobre su rostro. Entonces, me invitó a dar una vuelta en coche. Asentí y me subí a la parte trasera de aquella máquina plateada.

—¡Agarraos los sombreros! —gritó Geoffrey, a pesar de que ni Joseph ni yo llevábamos sombreros, y, sin más dilación, arrancó.

¡Qué velocidad! Realmente volábamos. Íbamos tan rápido que el paisaje se transformó en un conjunto de largos borrones dorados, verdes y azules. Me agarré con fuerza al asiento de cuero negro, a la vez que el viento azotaba mi pelo y hacía que me llorasen los ojos. Nunca había viajado tan rápido, ni siquiera imaginaba que fuera posible.

Al final, Geoffrey se detuvo junto a un muro de piedra medio derruido, cubierto de hierbas y cuya forma original se estaba perdiendo pues se

desmoronaba lentamente. Se dio la vuelta, con un brazo apoyado en la parte trasera de su asiento, y sonrió.

—¿Os habéis asustado?

Asentí, ya que seguía sin poder hablar. Geoffrey se echó a reír, salió del coche y me ofreció la mano para poder bajar. Se la cogí y bajé de aquel coche plateado como una princesa en un cuento de hadas.

—Pues yo no he tenido miedo —aseguró Joseph—. Ha sido como volar.

—Volar... Sí. Algo así. ¿Veis eso? —preguntó Geoffrey, señalando las ruinas que se alzaban en medio de aquellos relucientes campos verdes—. Hace mucho tiempo, fue un monasterio. Enrique VIII ordenó saquearlo. Lo construyeron aquí porque en verano, cuando todo esto se inunda, este lugar se convierte en una isla, a veces incluso durante semanas. Tenía ganas de verlo.

Entonces echó a andar. Joseph lo siguió. Hacía mucho calor. Geoffrey se coló entre las alambradas y desapareció por un pasillo. Joseph apretó el paso. Yo los seguí con más lentitud. Las piedras que pisaba eran suaves y estaban cubiertas de polvo. La lluvia había dejado su marca en esas paredes de piedra y las hojas caídas cubrían el suelo por entero.

Esa página acababa ahí y no había ninguna más dentro de aquel sobre. Saqué las demás cartas que llevaba en el bolso, temiendo que la segunda página siguiera en la caja o se hubiera perdido para siempre. Tenía que saber cómo acababa esa historia. Ahora mismo, una parte de mí se hallaba dentro del caluroso Impala, y la otra, cien años atrás, en el Silver Ghost, avanzando por los caminos de tierra llenos de baches que llevaban a las ruinas de aquella abadía. En aquella época, uno debía de sentirse sobrecogido al montarse por primera vez en un coche, aunque probablemente no irían a más de quince o veinticinco kilómetros por hora. Si bien la tristeza la aguardaba en el futuro, Rose lo ignoraba en ese momento de júbilo, en ese día soleado repleto de aventuras. Revisé aquellas cartas como si fueran una baraja de naipes. Hacia la mitad del montón, vi que sobresalía una hoja de otro sobre que era igual que la que tenía sobre el regazo. Lo saqué del montón y lo abrí. Suspiré de alivio al darme cuenta de que en esa hoja continuaba la historia.

Doblamos una esquina y dimos con unas escaleras que llevaban al cielo azul. A través de los agujeros de las paredes, atisbamos los frondosos campos, mecidos por el viento. Entonces, llegamos a una gran habitación donde había una chimenea enorme. Geoffrey se quedó quieto en medio de aquella sala, observando todo cuanto le rodeaba. Tenía las mejillas rojas por el sol.

—No me cuesta mucho imaginarme a los monjes pululando por aquí —dijo—. ¿Y a vosotros?

—Este lugar es demasiado silencioso —observó Joseph.

—Eso es porque alberga un secreto que mi tío me contó. Según él, todo

aquel que venga aquí tiene que contar también sus secretos.

—Y ¿cuál es el tuyo? —pregunté.

Aunque antes había sido incapaz de hablar, ahora, en aquel sitio, me sentía libre, era como si todos los muros invisibles que nos separaban se hubieran venido abajo. Ahora podía decir cualquier cosa.

Geoffrey habló con parsimonia, con una mirada distante en los ojos.

—Quiero ir a la India —contestó—. El año que viene se supone que voy a ir a Cambridge y luego me pondré a trabajar aquí con mi padre, pero no quiero llevar esa vida. Quiero ver mundo. Quiero enrolarme en la Armada Real como oficial. Ese es mi secreto.

Joseph habló antes incluso de que Geoffrey terminara de hablar.

—Pues yo voy a ir a América. Un primo mío vive allí, y, en cuanto ahorre diez libras, me acogerá.

Me quedé sorprendida. Sabía a quién se refería. Una vez al año, la madre de nuestro primo nos enviaba un paquete de chucherías y dulces; a veces, incluso algunas monedas. Mamá guardaba las breves cartas del primo en un cajón de la cocina.

—¿Es eso cierto? —pregunté.

Joseph me miró.

—Como lo cuentes, lo lamentarás, Rose.

—Rose no lo contará —replicó Geoffrey, lanzando un guijarro contra una esquina—. No lo hará, porque ella también va a compartir un secreto con nosotros. ¿Cuál es tu sueño, Rose? Dínoslo. ¿Acaso quieres ser una princesa?

No sé qué me impulsó a contestar como lo hice. Quizá fuera el silencio, los estratos del pasado que parecían acumularse sobre esas piedras, la cantidad de oraciones que se habían recitado en aquel lugar con el paso de los años.

—Quiero ser sacerdote —respondí sin pensar, aunque en cuanto pronuncié esas palabras me di cuenta de que decían una gran verdad—. Me gustaría ser sacerdote y poder oficiar misa y todo eso.

Entonces, reinó un silencio en el que se podía escuchar el viento atravesar el aire soleado.

De repente, los chicos estallaron en carcajadas.

—¡Sacerdote! —repitió Joseph con desdén—. No seas boba.

—Las chicas no pueden ser sacerdotes —señaló Geoffrey, aunque de manera más educada.

Me ruboricé y no hablé más. Hasta que no verbalicé ese deseo, no me percaté de lo intenso que era. A pesar de que siempre había sabido que era algo que iba en contra de las normas, cuando entraba en la iglesia sumida en el silencio para coser las ropas de los religiosos y arreglar los mantos del altar, me sentía más viva, más despierta que en ningún otro sitio.

Dejé de leer y observé a través de la ventana cómo dos jóvenes montados en bicicleta bajaban por la silenciosa calle y desaparecían tras doblar una esquina. Esa sensación que Rose había expresado con esas palabras era algo que yo también sentía, algo en lo que había estado pensando desde que había visto la vidriera de la Sabiduría en la que se representaba de manera tan hermosa la Creación. Ahora estaba más convencida que nunca de que Rose estaba relacionada con esas vidrieras. Recordé sus intensos colores, el remolino de viento, la sensación de que la vida es algo divino y de que el mundo siempre está en movimiento: *ruah*, «aliento, espíritu».

—Bien —dijo Geoffrey, quien, acto seguido, se apoyó contra el muro de piedra—. Os voy a contar otra historia. Érase una vez una hermosa mujer de familia noble que se enamoró de un hombre que no tenía muchas perspectivas de futuro y a la que obligaron a alejarse de su amado. Unos años después, visitó este mismo monasterio y se quedó estupefacta al descubrir que su amado ahora era un monje. Poco después, comenzaron a verse en secreto. — En ese instante, Geoffrey se detuvo y habló en voz baja—. Al final, los descubrieron y la emparedaron viva tras una de estas paredes.

Entonces, Joseph permaneció tan callado como yo. Miraba fijamente las botas de suave cuero de Geoffrey Wyndham. Sabía en qué estaba pensando; no pensaba en lo aterradora que era esa historia, que yo no creía que fuera cierta, sino en esa muchacha noble, en ese hombre que carecía de perspectivas de futuro, en su trágico final. Sentí una honda vergüenza, ya que nuestras botas, tanto las de Joseph como las mías, estaban rotas y embarradas. Nosotros tampoco teníamos muchas perspectivas de futuro.

Entonces, escuchamos cómo el viento mecía la hierba.

—Me largo —dijo Joseph.

A continuación, pasó junto a aquellas escaleras derruidas y desapareció por el pasillo. Intenté seguirlo, pero Geoffrey me agarró del brazo. En ese instante, estaba pisando hojas secas y tenía el cielo abierto sobre mí.

—No te enfades —me pidió—. Creo que eres demasiado guapa como para ser sacerdote, nada más.

Acto seguido, se inclinó sobre mí rápidamente y me besó. Esa nueva sensación me sobresaltó; fue como si las flores se abrieran para recibir la luz del sol, y no me aparté de él.

—Este es mi verdadero secreto —me susurró al oído. Sentí su aliento sobre mi oído, su mejilla contra la mía—. Un secreto que solo tú conoces, Rose Jarrett.

Así empezó todo un año antes del cometa.

Ya casi es mediodía y el contable se ha ido. Recogió sus cosas y me hizo una leve reverencia antes de desaparecer entre el gentío. Había dormido muy profundamente, con la cabeza apoyada sobre mi hombro. Y me sentí un poco

triste al pensar que nunca más lo volvería a ver, o que nunca sabría qué sería de él o que, probablemente, en cuanto yo bajara de este tren, nunca volvería a pensar en él.

Aún hay mucho más que contar, pero eso ahora debe esperar.

La carta no iba firmada, pero terminaba con un dibujo a lápiz de una rosa.

Recorrí el margen superior de aquella hoja con la yema de los dedos. «Así empezó todo un año antes del cometa». Así saltaba por los aires el luminoso sueño de mi bisabuelo, que creíamos que había sido el principio de todo. Así saltaba por los aires la historia de nuestra familia, que había pasado de una generación a la siguiente sin mencionar a Rose en ningún momento. Me sentí como me había sentido a menudo en Japón, cuando me despertaba por culpa de un terremoto en plena noche en verano, como si el mundo fuera un lugar muy poco estable, a punto de partirse en dos. Entonces, pensé en la hermosa mantita, con su hilera de lunas rodeadas de enredaderas mecidas por la brisa del lago.

Mamá había encontrado esa tela envuelta en papel azul oscuro, oculta en el forro del baúl de mi bisabuelo, con una nota escrita a mano dentro. Si bien estas cartas daban algunas respuestas, suscitaban aún más preguntas. Por ahora me podía imaginar a Rose sentada en una fría sala en plena noche, tejiendo, desprendiendo vaho por la boca mientras se le congelaban los dedos. Me podía imaginar todo eso pero no por qué se había ido, o por qué aquella manta había sido ignorada durante tantos años. Me intrigaba tanto lo que le había sucedido a Rose como lo que le había pasado a su hija.

Eché un vistazo al reloj. Ya eran más de las cinco. Llevaba casi una hora leyendo esas cartas en el coche. Había más, pero pensé que ya había leído bastante por el momento. Metí las hojas en aquellos sencillos sobres y luego los sobres en el archivador, que dejé sobre el asiento de al lado. Después, giré la llave del contacto y abandoné la ciudad, recorrí las carreteras secundarias una vez más, con las ventanillas abiertas para que entrara la brisa, intentando aclarar mis ideas sobre toda la nueva información que había obtenido, intentando reajustar mi perspectiva del mundo.

Cuando llegué a El Lago de los Sueños, se estaba celebrando una regata y las calles estaban repletas de coches y turistas. Sabía que había un desvío por allí cerca, así que, de manera impulsiva, di la vuelta por la calle del canal. La Judía Verde estaba a tope, la gente aguardaba en la acera con timbres en las manos a la espera de una mesa; una gran cantidad de risas y murmullos surgían del patio situado junto al lago y atravesaban la carretera para llegar hasta mí. En el taller de cristalería también había mucho ajeteo.

Aparqué en el solar repleto de gravilla situado detrás de Dream Master, ignorando todas las señales de no pasar. Ya habían cerrado y reinaba cierta calma a su alrededor. Metí el archivador bajo el asiento y cerré el coche, apreté los botones de cierre y comprobé un par de veces que llevaba las llaves encima. Sentí la dureza de la gravilla

en la planta de los pies; aquellas piedrecillas desprendían bastante calor. Pensé en ir a ver a Keegan, pero me dije que mejor no, ya que, al fin y al cabo, lo iba a ver el miércoles, cuando fuéramos a ver las vidrieras de la capilla. Además, ahora estaría muy ocupado, ya fuera con el trabajo o con Max, y si no lo estaba, estaría tirado en el sofá o en la cama, disfrutando del aire del ventilador que giraba sin parar en el techo. Mientras me imaginaba eso, fantaseé con que me encontraba con él ahí dentro, y él se volvía hacia mí, tal y como había hecho hacía mucho tiempo, cuando aprendimos muchas cosas el uno del otro en medio de esas máquinas desvencijadas mientras la luz del sol que entraba por las ventanas iba menguando. Me sentí abrumada por la intensidad con que me golpeó ese repentino deseo, aunque no era capaz de discernir si era realmente un deseo presente o un vestigio de un pasado al que aún no había dado carpetazo. No me refería solo a Keegan y a que me hubiera gustado saber qué habría pasado entre nosotros si me hubiera quedado, sino a esos elementos más incómodos del pasado que me obligaban continuamente a dejar todo atrás, ya fuera países, trabajos o a la gente que quería. Le di una patada a la gravilla y me dirigí a la parte trasera de Dream Master.

Allí había un muelle de carga que en su día nos parecía tan alto que solíamos provocarnos los unos a los otros para ver quién se atrevía a saltar desde él. Allí estaba también la vieja máquina expendedora de Coca-Cola, que ahora estaba vacía y tenía su larga puerta vertical entreabierta. Entonces, subí las escaleras que llevaban a la puerta trasera. No habían cambiado las cerraduras desde que Art vendió la fábrica de cerraduras hacía décadas. Encontré el alambre que siempre llevaba encima en el fondo del bolso y tardé solo un par de minutos en forzar el mecanismo de cierre; como no tenía nada especial, pude abrirlo sin problemas. La puerta se abrió y entré en el almacén. Las cajas estaban colocadas en diversas estanterías y la luz entraba por las ventanas y por una claraboya muy alta. Dejé que la puerta se cerrara tras de mí. Los pasillos eran bastante anchos como para que pasaran por ellos las carretillas elevadoras, y mis pisadas retumbaban entre aquellas paredes.

Como la puerta del despacho de Art estaba abierta, decidí entrar, tal y como había entrado allí muy a menudo de niña, como si aquel edificio fuera nuestro patio de recreo. En una ocasión, me había ocultado en un armario, que estaba en el despacho de mi padre, mientras jugábamos al escondite. Estaba agazapada en la oscuridad, escuchando unas voces lejanas que gritaban mi nombre, cuando la puerta del despacho se abrió y mi padre entró con Art. Por su tono de voz, deduje que estaban muy enfadados, así que cerré los ojos y me imaginé que esas palabras eran cuchillos que rasgaban el aire. Sin embargo, cuando los volví a abrir, la oscuridad seguía ahí. Como tenía miedo, estaba acurrucada en ese pequeño y oscuro espacio. Estaba tan asustada que incluso no me atreví a moverme después de que la discusión terminara, después de escuchar los pasos de Art cada vez más lejos. Blake estaba gritando algo en alguna parte; entonces papá lanzó un juramento y se fue a ayudarlo, y la puerta se cerró tras él. Salí a rastras del armario, cegada por la luz de la habitación, sintiendo

un fuerte hormigueo en las manos, que se me habían dormido.

De vuelta en el presente, abrí la puerta de uno de esos armarios (cuyos estantes estaban repletos de papeles, archivos y libros de contabilidad), la solté y dejé que se cerrara sola. En los caballetes junto a la ventana estaban los planos de El Embarcadero; sobre la mesa de trabajo de Art había una carpeta con los costes estimados. La cogí y la dejé caer sobre la mesa. El despacho estaba sumido en un silencio total, la luz del sol entraba oblicuamente y formaba rectángulos luminosos sobre la mesa. No estaba muy segura de si la sensación de miedo y de estar traicionando a alguien, que había despertado en mí ese recuerdo de una tarde perdida en el pasado, tenía realmente su origen en el presente o en el pasado, o si ni siquiera era posible marcar una línea que separara a ambos.

Abandoné las oficinas y me dirigí a una escalera situada en la parte posterior del edificio, subí a la parte de la fábrica que estaba ahora vacía, en las plantas segunda y tercera; el polvo se había acumulado en las altas ventanas y hacía mucho tiempo que las máquinas ya no estaban allí. En su día, los obreros habían entrado en oleadas, un día tras otro, para fabricar llaves y más llaves, para dar forma a los componentes de sus cerraduras, mientras sus vidas secretas transcurrían en su fuero interno, mientras realizaban unos actos tan rutinarios y mecánicos que no tenían ni que pensar. En 1919, el año en que Dream Master se fundó, mi bisabuelo ocupaba el mismo despacho que utilizaba ahora Art, desde donde lo supervisaba todo. Eso sucedió casi cinco años después de la marcha de Rose. Cuatro años antes de que compraran la casa del lago. Seis años antes de que mi abuelo naciera e Iris se fuera.

Me acerqué a una ventana desde la que se veía el pueblo. Los mástiles de los barcos anclados en el muelle se mecían arriba y abajo en la lejanía. El aire de la vieja fábrica resultaba sofocante y rancio. Escribí mis iniciales en el polvo acumulado en el cristal de las ventanas y luego las borré. El Impala seguía en el aparcamiento, como un brillante pájaro de otra era. Permanecí allí un buen rato más, yendo de una ventana a otra, observando cómo la gente iba y venía de los edificios remodelados situados al otro lado de la calle. Esa gente reía despreocupada, como si ninguna otra época hubiera existido o fuera a existir jamás, ignorando el resto de las existencias que habían sido vividas a lo largo de generaciones en ese mismo lugar.

El calor iba a más; me caían gotas de sudor por el cuello. Volví a la planta de abajo a paso ligero, pensando en Rose y en las cartas que estaban en el coche, en esos estratos de pasado. En el rellano, estuve a punto de tropezar con Joey. Sorprendida, lancé un grito ahogado y me llevé las manos al pecho rápidamente. Él se paró de inmediato también, porque estaba tan estupefacto como yo. Iba vestido con unos pantalones cortos y unas chanclas, llevaba un paquete de seis latas de cerveza en la mano y su pelo rubio se estaba volviendo más claro por efecto del sol. Una joven se encontraba detrás de él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Busco a Blake —contesté, lo cual era verdad en parte—. La puerta estaba sin

cerrar.

Joey tocó la manilla.

—Qué raro. Hoy es domingo, ¿no? Los domingos cerramos a las cinco.

—Ah, vale. Mira, lo siento. Creía que Blake aún podía seguir por aquí. Entonces, me ha dado por recordar cosas del pasado, de cuando éramos críos. Cuando solíamos jugar aquí al escondite, ¿te acuerdas? Luego he subido a la planta de arriba a echar un vistazo. Por cierto, ¿tú qué haces aquí? —inquirí, armada de valor, ahora que me había recuperado un poco del susto—. ¿Quién es esta?

—Sí, recuerdo aquella época —respondió Joey, ignorando mis últimas preguntas—. Ha pasado mucho tiempo desde que jugábamos al escondite.

—Pues sí.

—Bueno, no quiero entretenerte más, Lucy. Ya echaré un vistazo a la cerradura luego, cuando te vayas.

Poco después, me encontraba en el muelle de carga bajo el resplandor del sol del atardecer y pude oír cómo la cerradura de esa puerta se cerraba a mis espaldas.

La casa estaba vacía y hacía mucho calor dentro por culpa del sol del atardecer. Tenía tanta hambre que me comí lo primero que pillé de la nevera: partí un bollo para poder untarlo de yogur de vainilla. No había nada más aparte de unas zanahorias de aspecto muy mustio y una tarrina de medio kilo de mantequilla sin abrir. Comí muy rápido y sin saborear nada, la verdad. Luego me tomé tres vasos de agua. A continuación, recogí todas mis cosas, con el archivador de color óxido repleto de cartas encima del montón, y subí a la cúpula. Los papeles, amontonados en el asiento junto a la ventana que se encontraba mirando hacia el lago, revolotearon con la ligera brisa que entró en cuanto abrí las ventanas. Ya había registrado esa habitación con sumo cuidado en busca de más documentos y no había encontrado nada, salvo dos botones perdidos y unas diminutas tijeras metálicas. Aun así, quería leer esas cartas en un lugar donde al menos Rose hubiera dejado algún rastro de su existencia.

En total, eran siete sobres de distintos colores y tamaños; algunos habían sido enviados por correo y otros únicamente tenían el nombre de Iris en el anverso escrito con la ahora familiar caligrafía de Rose Jarrett. La primera del montón iba dirigida a Rose, que vivía entonces en la ciudad de Nueva York, aunque era prácticamente imposible leer lo que ponía en el matasellos pues la marca estaba borrosa. La carta estaba escrita en un papel blanco bastante grueso, que por una cara era un poco brillante y por la otra, porosa, por lo cual la tinta se había extendido, haciendo ilegibles algunas de las palabras, que habían sido escritas con una letra tosca y torpe. Entonces, cuando desdoblé la única hoja que contenía la misiva, un mechón castaño claro, que estaba atado con un cordel, cayó sobre mi regazo.

17 de octubre de 1914

Querida Rose:

He estado toda la semana en la granja. Cuando he llegado al pueblo, tu carta estaba en la bandeja de plata. Nadie ha hablado de ti, tu nombre nunca se menciona. Me alegra saber que estás bien.

Supongo que te alegrará saber que Iris está bien. Aquí te envío un mechón de pelo que le he cortado. La he visto jugar en la entrada, estaba alineando unos guijarros del lago por tamaños, de pequeños a grandes. También había escrito unas letras con esas piedrecillas: R, I, S. Creo que Cora le ha estado enseñando a escribir y deletrear, es una niña muy lista. Espero que en la vida

saque más provecho a su inteligencia que tú.

Me alegro de que ya tengas el dinero. Te enviaré más si puedo. Por favor, mantente en contacto conmigo. La señora Elliot sigue adelante con su vida como si nada hubiera pasado. No creo que sea tu amiga.

Un abrazo cariñoso de tu hermano,

JOSEPH

Dejé la carta, que cayó sobre mi regazo, y contemplé el lago, tranquilo y de un color azul oscuro aquel atardecer. Aquella breve misiva escrita por mi bisabuelo era casi más sorprendente que las largas cartas de Rose. Él había vivido aquí, había trabajado en la cúpula de esta casa, quizá hasta se había detenido aquí mismo a limpiarse el sudor de la cara mientras contemplaba el siempre cambiante lago, como yo misma hacía ahora. Su retrato pendía sobre la mesa de trabajo de Arthur en Dream Master, y, a pesar de que Joseph Arthur Jarrett murió mucho antes de que yo naciera, me crié viendo ese cuadro en el que aparecía retratado como un hombre de mediana edad, exitoso y seguro, como el dueño y señor de todo cuanto alcanzaba a ver; pero, como ignoraba muchas cosas sobre él, tenía que utilizar la imaginación para completar su verdadero retrato. Sin embargo, en esa carta aparecía reflejado un hombre que era muy distinto al que había imaginado, al igual que la historia de Rose era en realidad muy distinta de las leyendas familiares que había oído al crecer. Parecía alguien atento y bondadoso (lo digo sobre todo por el mechón de pelo), pero también lacónico y sentencioso.

Doblé la hoja y la metí en el sobre junto al mechón de pelo mientras me acordaba de la primera carta de Rose, en la que hablaba del pelo de su hija que era como la pelusa de un diente de león. La siguiente carta iba dirigida a Iris. Al abrirla, hallé dentro varios folios de papel normal, fino como un pañuelo de papel, en los que la tinta que en su día había sido negra se había ido difuminando hasta adquirir un color marrón; la caligrafía era inclinada, firme y segura. No estaba fechada, y en las últimas páginas el color de la tinta cambiaba o era algo más claro, aunque después volvía a oscurecerse. Daba la impresión de que esa carta había sido escrita a lo largo de muchos días.

Queridísima Iris:

Estoy en la estación. La gente va y viene. No han venido a recogerme. He esperado en el andén, pero no ha venido nadie. Después de un buen rato, he encontrado un banco y me he sentado. El vestíbulo es enorme y grandioso y cuenta con un reloj en el centro. Tengo una dirección a la que podría ir, pero se suponía que debían venir a recogerme y no sé qué hacer. No debo llorar. Debo dar la impresión de que no pasa nada, da igual cómo me sienta por dentro. Así que voy a escribir.

Es tarde. Hace frío en la estación y no me he quitado el abrigo.

Pienso en ti, que estarás calentita y a salvo bajo la manta que te hice. Espero que la señora Elliot se la haya dado a Cora y que estés durmiendo con ella, ya que es calentita y cómoda. La tejí a lo largo de todo el invierno pasado, de noche en el frío ático. Al otro lado de la calle, las luces de la casa de la señora Elliot solían estar encendidas hasta tarde y me hacían compañía. La señora Elliot es una sufragista y no tiene miedo a decir lo que piensa. En su presencia, las demás damas siempre permanecen calladas, pero, cuando no está presente, algunas afirman entre susurros que es demasiado extremista. Si bien Cora tiró los panfletos que trajo la señora Elliot, yo los recogí de la basura. Luego me los subí a la habitación para leerlos, y prendieron la mecha de ciertas ideas en mí. A partir de entonces, siempre que la señora Elliot está hablando procuro quedarme en la habitación y mantener una expresión de calma, aunque, en realidad, desearía ponerme de pie de un salto y mostrarle que estoy de acuerdo con ella. Creo que las damas que vienen a tomar el té se sienten muy a gusto con sus vidas, así que no la entienden. Como se sienten seguras, el mundo también les parece un lugar seguro. Pero, para mí, el mundo es muy distinto y las palabras de la señora Elliot son como candiles que iluminan la oscuridad.

Ya ha pasado una hora. Estoy cansada, pero debo seguir escribiendo, así podré sentirme segura. Antes, cuando he dejado de escribir por un instante, un hombre se ha sentado a mi lado y, con un guiño, me ha invitado a compartir su cama con él. Le he dejado muy claro que me sentía ultrajada ante su propuesta y él se ha limitado a encogerse de hombros.

No estoy tan desesperada.

Aún no, al menos.

Oh, yo no pretendía ser el centro de un escándalo. Ni acabar tan sola en un lugar que no conozco.

Falta poco para la medianoche. Y aquí estoy, muy quieta. Me he adormilado un poco y he soñado con tu padre; lo he visto desapareciendo en el campanario, como un fantasma plateado, mientras yo seguía subiendo escaleras sin parar.

Me besó en aquellas ruinas y ese momento se convirtió en un sueño que se entrelazó con mis otros sueños, con esas cosas que tanto deseaba y nunca podría lograr. Su risa también me perseguía. Ya que lo que me había dicho era cierto: podría lavar y remendar los mantos del altar o preparar cenas al rector o al obispo, pero, por mucho que amara a la Iglesia o a Dios, no podría llevar el vino de la comunión, ni bendecirlo ni dárselo a la gente. Ninguna mujer podría hacerlo. Ni siquiera la señora Wyndham ataviada con sus mejores trajes de seda. Cuanto más le daba vueltas a esa verdad, más me enfurecía. La ira ocupaba un gran espacio en mi corazón. Si las normas de la Iglesia me

convertían en un ser humano de segunda clase, entonces quizá no debía seguir esas normas. Fui una necia, pero de eso me doy cuenta ahora. Las normas siempre las imponen aquellos que las crean. Era una necia, y muy joven. Trabajé, fregando o cosiendo, y mi piel se tornó morena de trabajar en el campo. Trabajé y recordé llena de ira ese beso, que fue como si unas flores se abrieran y que me hizo sentirme tan confusa. A veces, me protegía los ojos con las manos para poder observar cómo su coche centelleaba entre los árboles.

La noche del cometa yo tenía ya quince años. Nuestras ventanas estaban selladas y estábamos asustadas; la quietud reinaba en el aire. Todo el mundo estaba durmiendo, pero yo era incapaz de conciliar el sueño. Un haz de luz entró por una grieta de la tela de lana que tapaba la ventana. Pasado un buen rato, me levanté de la cama y avancé a tientas en la oscuridad en dirección hacia allí. En cuanto abrí la ventana, el aire limpio entró con suma rapidez, repleto de los aromas del agua y la tierra.

Salí al tejado a gatas para ver el cometa, que surcaba el cielo como una joya, dejando una huella luminosa en el firmamento. Entonces oí unas voces. Eran dos hombres y los reconocí: eran Joseph y otro. Titubeé, porque llevaba el pelo suelto e iba ataviada con un vestido viejo y estaba descalza. De repente, salté. En cuanto Joseph me vio en el jardín, alzó la voz presa de la ira.

—No puedes venir, Rose. Vuelve a la cama.

—Quiero ver el cometa.

—No te hemos pedido que vinieras.

—Da igual —dijo Geoffrey, que se encontraba junto al seto. Si bien había oído antes su voz, no lo vi hasta que habló. Llevaba consigo un telescopio metálico—. Déjala venir si quiere. Así en este pueblo habrá al menos tres personas que no habrán sucumbido ante esta ola de histeria.

«Sucumbido». A lo largo de todos estos años, me he acordado de esa palabra. La busqué en el diccionario de la señora Elliot. Significa ceder. Rendirse.

Joseph no respondió. No podía hacerlo, puesto que Geoffrey era un Wyndham. No obstante, caminó unos metros por delante de mí, al lado de Geoffrey. Actuaba como si yo no estuviera ahí.

Creo que recordaré esa noche y esa luz toda mi vida. Había luna nueva, por lo que el cielo debería de haber estado totalmente oscuro. Sin embargo, el camino de tierra, los tejados, los árboles, todo brillaba con luz trémula, como si estuviera congelado. Desde el tejado del campanario, pudimos ver el cometa, cuya cabeza parecía la punta de un lápiz muy blanco y cuya cola se asemejaba a un borrador que hacía desaparecer la oscuridad del cielo. La cola se extendía como unas trenzas.

Geoffrey extendió el telescopio y nos turnamos para observar el cometa. El pueblo dormía a nuestros pies y la emoción me embargó.

Cuando me tocó a mí, mientras observaba el cometa por el telescopio, pensé que estaba viendo el mismo cielo que en India o América o donde fuera. Eran la misma luna y las mismas estrellas. La misma luz deslumbrante lo iluminaba todo esa noche. Me sentí como si el mundo estuviera girando y fuera a cambiar de un momento a otro. Ya no tendría que coser más, ya no tendría que coger los cálidos huevos que empollaban las gallinas, ya no habría más muros que me impidieran alcanzar mis deseos más profundos. Podría estudiar y viajar, podría tener aventuras y ser sacerdote o cualquier cosa que quisiera, podría acudir a la llamada de mis verdaderas vocaciones.

No sé cuánto tiempo permanecemos bajo el hechizo de esa extraña luz, observando el cometa, pero, de repente, los pájaros empezaron a cantar entre los árboles aún sumidos en la oscuridad.

Geoffrey plegó el telescopio y miró a Joseph.

—Ya puedes irte —dijo—. Vete, Joey. Ya la acompañaré yo hasta casa.

—Prefiero esperar —replicó Joseph.

—No hace falta —le espetó Geoffrey, con un tono de voz circunspecto y displicente.

Los Wyndham eran los dueños de aquellas tierras. Eran los dueños de nuestra casa. Joseph permaneció inmóvil durante un largo rato, con una mirada tan tenebrosa como el oscuro cielo. De repente, dio un puñetazo a la pared y bajó las escaleras.

Me sentía incapaz de hablar. Me sentía tan impotente como Joseph. Además, el odio y el deseo me dominaban. Era como un pájaro que intuye que hay un gato entre las hojas pero que no puede evitar sentirse atraída por el fulgor de las flores. Iniciamos el descenso de las escaleras y dimos vueltas y más vueltas. Al principio, pensé que todo iría bien, que llegaríamos al final y me acompañaría a casa bajo el cielo surcado por aquel cometa, tal y como había prometido.

Sin embargo, en cuanto llegamos al rellano, me cogió del brazo y me arrastró hasta la sala del campanario con sus grandes ventanales.

En esa primera ocasión, no me tocó, solo me pidió que me quedara quieta bajo esa tenue luz para que pudiera admirarme, o eso dijo. Me pidió que me quitara ese viejo vestido, que solo quería mirar, y, tras un largo momento de duda, le obedecí con lágrimas en los ojos. Esa vez, cumplió su promesa; dio vueltas a mi alrededor, susurrando: «Oh, mi amor», pero no me puso una mano encima.

Cuando abandonamos el campanario, comenzaban a distinguirse las siluetas de las cosas, pues la oscuridad menguaba. Joseph me esperaba. De camino a casa, no cruzamos ni media palabra.

Durante todo el verano, procuré no coincidir con él, pero él siempre se las ingeniaba para dar conmigo. En un claro, junto a un arroyo, en el polvoriento granero al final del camino. «Oh, mi amor, algún día me casaré contigo», decía siempre. Y yo le creí. En realidad, no entendía nada de lo que estaba pasando. Ahora me doy cuenta de que me engañaba pensando que era una princesa de cuento de hadas, a la que ayudaban a bajar de un carruaje plateado y que se soltaba el pelo en el campanario, a pesar de que en el fondo de mi corazón me sentía realmente mal por actuar de ese modo. Más tarde, cuando la señora Elliot nos habló de los derechos de las mujeres, me puse roja de ira por la poca autoestima que yo había tenido, por lo poco que parecía que me importaba lo que pudiera pasarme, cuando solo tenía una única vida por vivir. Pero, cuando todo eso sucedió, era muy joven, no tenía fuerza de voluntad y creía que ese era mi destino y no podía cuestionarlo.

Sonó mi móvil, lo cual me sobresaltó tanto que se me cayeron las hojas al suelo. Tuve que rebuscar en el bolso y, para cuando di con él, ya había dejado de sonar. Era Yoshi. Donde estaba él era lunes por la mañana, de madrugada quizá, así que debía de haber llegado hacía poco; además, su primer día de reuniones iba a dar comienzo en breve. Busqué el número en el menú de llamadas perdidas del móvil, apreté el botón de rellamar y me levanté para estirarme un poco y pasear de un lado a otro de la pequeña habitación. La superficie del lago estaba en calma y tan lisa como el cristal, de un color gris plateado.

—Hola —dije en cuanto Yoshi cogió la llamada al segundo tono—. ¿Dónde estás?

—En el balcón del hotel. Contemplando un gran atasco. Y tú, ¿dónde estás?

—En la cúpula del piso superior de la casa, contemplando los barcos del lago. He encontrado sus cartas, Yoshi. Las cartas de Rose. Justo ahora las estaba leyendo.

—¿Están bien?

—Son asombrosas. Y muy conmovedoras. Aunque aún me falta mucho por saber sobre ella y su vida. No sabes cuánto me gustaría que estuvieras aquí —contesté, aunque, en realidad, las cartas me habían tenido tan fascinada que apenas había pensado en él.

—Sí, es una pena que no pueda estar ahí —admitió—. Ay, ¿por qué no podré estar allí, observando los barcos pasar mientras nos bañamos en el lago, en vez de aquí?

—Ya solo te quedan unos días. ¿Cómo va todo?

—Pues no tengo muchas ganas de acudir a esas reuniones. Por lo demás, todo bien. Mira, he de colgar, pero tendré un rato libre dentro de tres horas. Llámame entonces, ¿vale? Podremos hablar por Skype, y así te pondré al día de lo que ocurre.

—Vale —respondí—, me parece genial. Cuando sea mediodía allí, te llamaré.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Pareces un poco ausente.

—Solo estoy distraída —contesté—. Es por las cartas. Nada más.

En cuanto colgué, vi que Zoe me había dejado tres mensajes, pero, como estaba tan ansiosa por ponerme a leer otra vez las cartas, tiré el móvil al bolso y no la llamé. Acto seguido, recogí las hojas que se habían caído al suelo lleno de polvo. Repasé los últimos párrafos que ya había leído (que hablaban sobre la noche del cometa, que el mundo entero cambió, que él la persiguió a ella todo el verano, que Rose luego se echaba la culpa de todo a pesar de que a la hora de la verdad no había tenido otra alternativa) y, por fin, llegué al párrafo en que me había quedado.

Todo acabó cuando él se fue de vacaciones. Estaba en el campo cuando el Silver Ghost pasó junto a mí. Mis amigos, que estaban arrancando las malas hierbas, me dijeron que estaba muy pálida. Me obligaron a sentarme a descansar y me trajeron un racimo de uvas rojas, que resultaron ser muy dulces y me pringaron los dedos. La sangre de las uvas, pensé una y otra vez en esos versículos de Isaías que hablan sobre la injusticia. La sangre de las uvas.

Al final, se lo conté a Joseph. Para entonces, los Wyndham ya habían regresado. Así que mi hermano, con semblante sombrío, se presentó conmigo en su mansión.

Yo esperé fuera. Esperé a Geoffrey. Solo había estado en la mansión en una ocasión. Tiene unos techos muy altos y un mobiliario muy hermoso; además, está llena de sirvientes que friegan los suelos o hacen la comida y la sirven en bandejas de plata. Pronto iba a saber cómo era vivir ahí: me iba a pasar todo el día tomando limonada y chocolate.

Ahora me doy cuenta de que era demasiado joven. Pero él me había prometido que se casaría conmigo. Estaba tan segura de que eso iba a ser así que cuando Joseph salió de la mansión solo, con un sobre en la mano, y me habló de la nueva vida que íbamos a emprender, a duras penas conseguí entender lo que me decía. Me dijo que podríamos viajar a América y empezar allí de cero. Que nunca nadie tendría que saberlo. Que nos ayudaríamos mutuamente para poder empezar una nueva vida.

En el sobre, había un montón de dinero y unos pasajes a América. Lo toqué y, al instante, me alejé de él.

—Pero me prometió que se casaría conmigo.

—No seas boba. Date con un canto en los dientes por que te haya dado este dinero para empezar una nueva vida.

—¿Para empezar una nueva vida?

—Sí, para empezar de cero.

En ese instante, me acordé del automóvil plateado centelleando entre los árboles, de las piedras desperdigadas de las ruinas y del cometa.

—Pero él dijo que se casaría conmigo. Me lo prometió.

—Me he presentado ante él como un miserable pedigüeño —replicó Joseph—. Al menos, deberías mostrarte un poco agradecida.

Entonces, me acordé. En la pared de yeso situada detrás de su cama, Joseph había escondido unas cuantas monedas que había logrado ahorrar para hacer realidad su sueño. Le había visto sacarlas de ahí, para sostenerlas en la palma de su mano como si fueran diminutas lunas plateadas. Yo sabía perfectamente cuánto deseaba ir a América.

—Así que al fin has conseguido que tu sueño se haga realidad —aseveré.

Mi hermano permaneció callado durante un largo rato.

—No puedes ir sola a América —dijo al fin.

—Pero yo no quiero ir a América.

Tal vez fue en ese momento, mientras mis palabras se las llevaba el viento del atardecer, cuando me di cuenta de lo insignificante que era. La mansión que se alzaba entre los campos era como un enorme barco, y en algún lugar de su interior, en una hermosa sala inundada de luz, Geoffrey se estaba riendo mientras se colocaba bien la servilleta y se sentaba a cenar.

—Voy a hablar con él —le espeté—. Voy a entrar ahora mismo. Me quedaré en las escaleras de la entrada y esperaré a que me vea.

A continuación, Joseph me habló en voz baja y con suma dureza, usando unas palabras que cayeron sobre mí como si fueran piedras.

—Pero si me ha dicho que ni siquiera te conoce, Rose. Y eso es lo que volverá a decir.

—Pero te ha dado dinero, ¿no? Esa es la prueba de que sí me conoce.

Joseph me cogió de los brazos y me obligó a mirarle directamente.

—¿Quién te va a creer? ¡Sería tu palabra contra la suya!

—¡Pero si es cierto!

—Eso da igual.

—Claro. No quieres que hable porque no quieres perder la oportunidad de hacer realidad tu sueño.

—Tienes razón en parte. Pero Rose, ¿no lo ves? Si hablas, tú también perderás esta oportunidad.

A continuación, le seguí hasta nuestra casa.

Pasé los días sumida en una extraña sensación de incredulidad, me vi fregando y cosiendo como si estuviera fuera de mi propio cuerpo. Nunca más volví a ver a tu padre. Nos comentaron que se había ido a la India. E incluso rezaron por él en la iglesia.

La noche anterior a que nos marcháramos, abandoné nuestra casa con sigilo y caminé por los viñedos y los huertos. Bajo la luz de la luna, las sombras dibujaban extraños patrones sobre mi piel. Era octubre y hacía frío. Las hojas caídas crujían bajo mis pies. En cuanto me hallé en la cima de la colina, me volví para mirar lo que tenía a mis espaldas. La mansión se alzaba

distante e impenetrable en las afueras del pueblo y los contornos de su silueta se apreciaban levemente.

Sabía cómo abrir la cerradura de la puerta de roble de la iglesia tan bien como Joseph, ya que el metal susurra un lenguaje propio que yo soy capaz de entender. Las hileras de bancos se perdían entre las sombras y los altos ventanales arqueados captaban la tenue luz. Había sacado lustre a cada uno de esos bancos, había barrido todos los rincones de aquella iglesia, y mis puntos se encontraban cosidos en los mantos blancos del altar. Me senté en la silla forrada de terciopelo del obispo. En ese lugar, siempre había experimentado una sensación que iba más allá de la familiaridad, algo silencioso e invisible pero que estaba siempre presente, manando sin cesar. Esa noche, sin embargo, estaba tan deprimida que no podía sentir nada más que tristeza.

Permanecí allí mucho tiempo. Poco a poco, fue entrando más luz en la iglesia. Las vidrieras cobraron vida. El cáliz y el plato de plata, preparados para la comunión, eran dos círculos plateados, uno pequeño y otro grande, que recordaban a un par de planetas visibles en la lejanía. Había preparado el altar tantas veces que sabía perfectamente cuál era la inscripción que había en el fondo del cáliz: «Un regalo de la familia Wyndham». Me levanté y cogí el cáliz. Era muy pesado. Palpé suavemente aquellas letras, aquellas marcas hechas en la plata. A mí me habían dado un pasaje para marcharme, sí, pero nada más. Para ti, para nuestra hija, no me habían dado nada. El canto plateado del cáliz reflejó la tenue luz del amanecer. Me dije a mí misma que a ellos no les costaría mucho reemplazar ese cáliz. De ese modo, sumé un error más a los muchos que ya había cometido. Me metí el cáliz bajo el delantal y salí por la puerta.

Esta carta terminaba de manera abrupta, sin firma, sin el dibujo de una rosa. Me recliné sobre el asiento junto a la ventana. Había estado tan absorta en la lectura que no me había fijado en que la luz iba menguando y el sol se estaba hundiendo en la orilla opuesta. Además, hacía un poco de frío. Recogí todos aquellos papeles y me los llevé a la habitación, donde los extendí sobre el suelo pintado: hice un montón con las cartas de Rose, otro con las de Joseph y otro más con las fotocopias de los documentos de la cúpula.

La carta de Rose me había conmovido tanto que la leí de nuevo en vez de empezar con otra; me la imaginé esperando en el césped bañado por la luz del atardecer frente a la mansión mientras tenían lugar unas negociaciones que iban a marcar su vida sin que ella estuviera presente; me la imaginé sintiéndose tremendamente sola en esa iglesia, con ese pesado cáliz en la mano. Todo eso me hizo pensar en los días posteriores a la muerte de mi padre, en los que me sentí tan perdida como ella. También me acordé de la vidriera del estudio de Keegan, la vidriera de José, en la que aparecía un cáliz escondido en un saco de grano y una

multitud repleta de mujeres anónimas, e intenté encajar todas las piezas para ver qué relación podían tener con las cartas que Rose había escrito. Por curiosidad, había buscado la historia de José y su túnica de muchos colores. Según parece, lo arrojaron a una fosa porque sus hermanos tenían celos de él. Al final, acabó en Egipto, exiliado, interpretando sueños. Entonces, llegó una hambruna, y los hermanos que lo habían lanzado en su día a la fosa le pidieron comida, sin saber que el hombre al que se dirigían era su hermano. Les dio grano, pero les tendió una trampa: ocultó la copa que utilizaba para realizar sus adivinaciones en uno de sus sacos. De ese modo, cuando regresaron para devolvérsela, les acusó de robo. Como esa historia despertó mi interés, me dio por leer también algunos relatos sobre el Grial, cuyos argumentos, estructuras y elementos narrativos resultaron ser muy similares: un conflicto, una tierra que sufre una hambruna, alguien que parte en busca de un remedio y que encuentra una copa o un cuenco de plata.

Me di cuenta de que quizá esa vidriera tuviera un significado personal muy importante para Rose, pues ella también acabó sola y exiliada, y se vio obligada a empezar una nueva vida en un país extraño, donde acabó exiliada de nuevo por culpa de algún escándalo que la obligó a abandonar a su hija. Quizá por eso esa vidriera nunca fue instalada en ningún sitio. No sabía a ciencia cierta si ella se había sentido reflejada en esa historia o no, o si, al escogerla, había querido transmitir algún mensaje. Tal vez se había sentido atraída por el poderoso simbolismo del cáliz. Me pregunté qué había sido del cáliz que se había llevado de la iglesia. Me pregunté qué fue de Rose después de aquello.

Abrí la siguiente carta, fechada el 11 de abril de 1938. Era de Frank Westrum.

Mi querida Rose:

Las vidrieras avanzan estupendamente, y lo único que lamento es que no puedas estar aquí para verlas. Creo que te van a encantar, querida. He hecho caso de todas tus sugerencias sobre los pasajes de la Biblia en los que nos vamos a inspirar y he diseñado los márgenes y muchas de las vidrieras enteras siguiendo tus diseños al dedillo. Nelia me visitó ayer y me dio su entusiasta aprobación. De hecho, afirmó que es una obra maestra. Aunque yo no pienso lo mismo. No obstante, he de reconocer que es un trabajo que me está proporcionando grandes satisfacciones. En primer lugar, trabajar contigo es toda una satisfacción y un placer. Todos los momentos que hemos compartido a lo largo de todos estos años se resumen de algún modo en esta última obra, en la que tanto cariño hemos depositado. En segundo lugar, está la satisfacción de manipular el vidrio. Qué grandes días que he pasado en el taller de cristalería soplando y dando forma a las placas, cortando con mucho cuidado y ensamblando las diversas piezas. Tus plantillas son muy hermosas, Rose, y las vidrieras también. Iré a visitarte el día 30, salvo que estés ya bastante recuperada como para venir a mi casa. Entretanto, te envío todo mi

cariño.

FRANK

Ahí estaba la prueba. Se conocían, ella había diseñado los márgenes y había contribuido de manera muy importante a diseñar las vidrieras. Además, era una carta tan íntima, tan afectuosa, que me hizo pensar que con toda seguridad habían sido amantes. Me pregunté cómo iba a reaccionar Oliver ante esta noticia. Tendría que ver esta carta en algún momento, aunque, con solo pensarlo, me dominaba la inquietud. Sospechaba que, con todo lo que había escrito al respecto, no le iba a gustar nada que la historia oficial de las vidrieras y su autor fuera a sufrir un cambio tan traumático. No obstante, yo, por mi parte, me alegraba de saber que Rose, que había quedado tirada en una estación en un momento de su vida, había acabado bien a pesar de todo.

La siguiente carta estaba escrita en el mismo papel grueso que habían utilizado en la primera misiva de Joseph que había leído y era de su puño y letra. La fecha del matasellos era 24 de marzo de 1915.

Querida Rose:

Ayer subimos al tejado del granero. Hacía un día soleado y bastante viento. Cuando ya casi habíamos terminado de colocar unas nuevas tablillas, Jesse se cayó. Le oí gritar y luego se oyó un golpe sordo. El granero es bastante alto y, además, cayó de espaldas. Esta noche no se podía mover. No sabemos si se recuperará.

Tu hermano JOSEPH

Después, pasé a la siguiente, que estaba escrita en el mismo tipo de papel más de dos meses después:

25 de mayo de 1915 Querida Rose:

Lamento comunicarte que nuestro primo falleció ayer. Desde la caída, se había encontrado bastante mal. Al menos ahora ya no sufre. Cora no quiere que venga nadie a casa, así que pospón tu visita para un momento mejor. Te envío un dibujo de las flores del jardín que ha hecho Iris.

JOSEPH

Volví a revisar el sobre, pero no encontré ningún dibujo en su interior. Quizá Rose lo colgó en la casa donde acabó viviendo tras abandonar por fin aquella estación de tren.

Entonces, oí que un coche se acercaba y me levanté para acercarme a la ventana. Estaba atardeciendo lentamente, como suele ser habitual en verano, y la orilla

centelleaba con múltiples lucecillas bajo el crepúsculo violeta. Los focos del coche de Andy iluminaron fugazmente de blanco la parte más desgastada del granero y, acto seguido, mamá bajó del automóvil. Unos minutos después, subió a la planta de arriba y se quedó en el umbral de la puerta, sosteniendo una bolsa de comida para llevar en la mano sana.

—Qué ganas tengo de deshacerme de la escayola —comentó—. ¿Tienes hambre?

—Me comería un caballo.

Mamá se sentó en el suelo, sacó de la bolsa las diversas cajitas de cartón en las que venía servida la comida y me dio un plato.

—Se supone que no podemos comer en los dormitorios —le recordé.

Mamá sonrió, se echó hacia atrás de tal modo que acabó apoyada contra la pared, al tiempo que intentaba coger la cajita de comida más cercana. El aroma a pollo con anacardos invadió la habitación.

—Me estoy abandonando —replicó—. Me estoy echando a perder, la verdad. La mayoría de las noches, ya ni me molesto en preparar la cena. Supongo que ya no me interesa. Hoy he traído la cena de un restaurante que conoce Andy —añadió, señalando la comida con un gesto de la cabeza—. Esta semana, hemos ido allí a almorzar, un día. Es bastante bueno. Así que hoy hemos pasado por allí para que yo pudiera coger algo para cenar.

—Parece una persona agradable —me atreví a decir al fin, aunque sonó un poco patético y a destiempo.

—Lo es. Es muy amable —afirmó, aunque parecía que le costaba hablar del tema—. Mira, no necesito que me des el visto bueno, ni tú ni tu hermano. Me estáis volviendo un poco loca con esto. Si yo me metiera tanto en vuestras vidas, ya habríais enseñado las uñas.

Me pregunté qué habría comentado Blake sobre Andy, pero, como ya estaba más que escarmentada, decidí que sería mejor no preguntar.

—Bueno, ¿qué has descubierto? —inquirió mamá un minuto después—. Parece un tesoro.

—Lo es. Son las cartas que escribió Rose Jarrett o que le escribieron a Rose Jarrett. Un par de ellas son de su hermano, el ilustre Joseph Arthur Jarrett. Las encontré en la Sociedad Histórica Lafayette. Las cajas que Joan Lowry donó acabaron ahí. Como hoy cerraban pronto, me metí este archivador en el bolso sin que nadie me viera.

—¡Lucy! ¿Las has robado?

—No, qué va. Las he tomado prestadas. Aunque, en realidad, tengo la sensación de que estas cartas nos pertenecen. O quizá Iris sea su legítima dueña —añadí, pensando en el mechón de pelo—. La verdad es que creo que debería quedárselas ella. ¿Crees que seguirá viva?

—Supongo que es posible. Aunque será ya muy mayor. Si vive, debe de tener más de noventa años.

Mamá dejó una de las cajitas de cartón en el suelo, colocó sus palillos chinos perfectamente en equilibrio en la parte central y, acto seguido, cogió una de las cartas que le ofrecía. La leyó rápidamente, mientras hacía un gesto de negación con la cabeza.

—Son fascinantes —confirmó, a la vez que dejaba que las hojas fueran cayendo sobre su regazo.

—¿Verdad? A mí me han tenido varias horas totalmente cautivada.

En ese instante, mamá se pasó la mano con rapidez por su corto pelo.

—¿Hay más?

—Sí, solo una más. Estas son todas las que tengo aquí. A lo mejor hay más en la última caja que no llegué a ver.

Saqué la última carta del archivador. Se trataba de un sobre blanco muy sencillo, que llevaba la dirección de Iris en el anverso. La misiva estaba fechada el 12 de octubre de 1914 en un papel amarillo pautado. La leí en voz alta.

Queridísima Iris:

Aquí estoy, sana y salva. En un ático con las paredes empapeladas de color amarillo pálido con motivos de color verde. El suelo es de un color gris oscuro. También tengo una jarra y una palangana blancas y una estrecha cama con una colcha sencilla también de color blanco. No necesito más.

No vino nadie a recogerme. Pregunté para que me indicaran cómo llegar a la dirección que me habían dado. Al principio, no parecía estar muy lejos, pero, al final, lo estaba. Me dijeron que estaba a cinco kilómetros, que sería mejor que cogiera un carruaje, pero decidí ir andando. El bolso me pesaba tanto que creía que me iba a quedar sin dedos. Aun así, preferí seguir caminando para llegar antes a mi destino. Permanecí mucho tiempo parada en la entrada de la casa intentando reunir el valor suficiente para llamar, comprobando que aquella era la dirección una y otra vez. Al final, me atreví a llamar al timbre.

Se llamaba Vivian y era la hermana de la señora Elliot. Estaba hablando con alguien situado a sus espaldas cuando abrió la puerta, sonriendo, aunque su semblante se tornó muy serio en cuanto me vio. Si bien era de piel pálida, no tenía pecas; además, su pelo era de color roble, de un marrón cremoso cubierto de una capa rojiza y algún que otro mechón gris, y lo llevaba recogido en un moño con sumo cuidado. Llevaba una falda sobre unos pantalones drapeados, pero, aparte de eso, no se parecía en nada a la señora Elliot.

Le entregué la carta.

Abrió los ojos como platos, atónita.

—¡Pero si llegas un día antes! ¡Y estás muy pálida! ¡Pasa, pasa!

Y aquí estoy. Esta casa no es gran cosa. Es muy sencilla, prácticamente no

tiene nada, solo unos pocos muebles; además, carece de alfombras. No obstante, hay cuadros en todas las paredes. Y libros también por todas partes. Me llevó a la cocina, donde un hombre y una mujer, llamados Hubert y Jane, estaban clasificando unos papeles. Ella me pidió que me sentara y siguió yendo afanosamente de aquí para allá. Hubert me ofreció una copa, y Jane le regañó para que no dijera más tonterías, ya que solo era una muchacha. Vivian replicó que ya no lo era, que había abandonado a mi hija y que me podía tomar una copa si quería. A continuación, colocó delante de mí un plato de carne, unos pequeños sándwiches de huevo y un vaso de leche caliente. A pesar de que intenté comer despacio, no fui capaz. Me observaron comer con una mirada teñida de compasión. En cuanto acabé, me mostraron mi habitación. Acto seguido, me dormí. Estuve dormida casi todo un día entero.

Aunque la casa cuenta con un mobiliario escaso, siempre está llena de gente. Van y vienen, se reúnen, cenan y entablan apasionadas discusiones. Algunos entran sin llamar a la puerta, entran sin más. Y dicen unas cosas... La señora Elliot se queda muy corta comparada con ellos.

En las cenas se habla muchísimo, aunque yo permanezco callada. Han mostrado mucho interés en saber cómo he acabado aquí. Les he contado que solía quedarme en el recibidor cuando la señora Elliot venía a casa a hablar sobre los derechos de la mujeres y sobre la gran manifestación en la que había participado en Washington, que solía acudir a su casa cuando celebraba alguna de sus reuniones y que Cora me había advertido de que no debía ir, pero que no le hice caso. No obstante, procuraba no hablar mucho. Me hallaba en una posición delicada; no sabían que tú existías cuando me aceptaron en sus reuniones. Sentían lástima por mí porque creían que era viuda.

El día en que la señora Elliot lideró a las manifestantes por El Lago de los Sueños, yo estaba trabajando en el jardín. Primero, oí sus cánticos. Luego, vi a un gran número de mujeres; quizá fueran trescientas. Sus voces sonaron con fuerza. Solté las tijeras de podar. Me quité los guantes, lentamente. Tú estabas en la planta de arriba, durmiendo. Cora se encontraba en el porche y lanzó un grito de advertencia, pero, en ese momento, me embargó tanto la emoción que todo me dio igual. Crucé el camino de entrada, atravesé la puerta y me uní a ellas, me uní a la manifestación, lanzando cánticos.

Llegamos hasta el pueblo, hasta el parque, donde había una mesa enorme y varias mujeres repartiendo folletos en los que se hablaba del derecho a voto, así como otros panfletos que había visto antes y había guardado, titulados *Lo que toda chica debería saber*. Pero, esta vez, bajo el titular solo había un espacio en blanco; además, en la parte superior del cartel había unas letras negras que decían: «¡nada! ¡Prohibido por Correos!». Estaba junto a aquella mesa, escuchando los discursos, cuando un agente de policía se me acercó, me cogió del brazo y me esposó. Me sentí muy asustada. A la señora Elliot

también la arrestaron, y a una decena más de mujeres. Nos pasamos toda la noche sentadas en los duros bancos del calabozo, contando historias y cantando. No nos dieron nada de comer y de beber solo un poco de agua por la mañana. Al mediodía, nuestro espíritu combativo empezó a flaquear. Entonces, decidimos que íbamos a seguir plantando cara. Cuando nos trajeron el almuerzo, ¡nos negamos a comer! También rechazamos la cena sin ni siquiera tocarla. Nos declaramos en huelga de hambre y la noticia salió en los periódicos.

Joseph vino a visitarme. A pesar de que me trajo comida, estaba furioso. Me dijo que debía ser razonable y consciente de que tenía responsabilidades. Que si no quería hacerlo por mí, que lo hiciera por ti. Le repliqué que estaba en la cárcel para que tú pudieras tener una vida mejor algún día. Entonces, se calmó un poco, porque te quiere mucho. Me dijo que estabas muy bien con Cora, aunque también reconoció que Cora estaba furiosa conmigo. Al saber que estabas sana y salva, me sentí un poco mejor.

La huelga de hambre duró tres días. Cuando nos soltaron, todas nos abrazamos y, luego, nos separamos para seguir con nuestras vidas. Regresé a casa andando, deseosa de tenerte entre mis brazos.

Pero cuando llegué, me encontré con que la puerta estaba cerrada con llave. Nadie respondió a pesar de que llamé al timbre y golpeé la puerta.

También intenté entrar por la puerta trasera. Y por las ventanas y la puerta del sótano, pero todas estaban cerradas a cal y canto.

Se habían ido. Y yo no sabía adónde. Y te habían llevado con ellos.

No sabía qué hacer. Me senté en el porche y fui incapaz de llorar, pues estaba demasiado hambrienta y demasiado dolida.

La señora Elliot me acogió. Cora y Jesse se negaron a volver a aceptarme, pues, según ellos, era una desgraciada y ya no era bienvenida en su casa.

Así que he recorrido todo este camino para acabar viviendo entre extraños. La señora Elliot me dijo que encontraría trabajo en la ciudad y que podría ahorrar el dinero suficiente como para poder traerte aquí, pero, en cuanto le conté todo esto a Vivian, me respondió sorprendida, negando con la cabeza, y me comentó que su hermana era una romántica sin remedio que debía de pensar que los trabajos caían del cielo.

Me preguntó qué sabía hacer y yo le contesté que sabía coser. A eso me dedicaba todo el invierno: a coser para Cora. Sus mejores piezas de seda y terciopelo las confeccionaba yo mientras tú jugabas a mis pies. Algunos días, salía tambaleándome de la habitación tan cansada de pasarme el día agachada sobre esos diminutos puntos que acababa con la cabeza a punto de estallar y los ojos rojos. No obstante, era un trabajo mucho mejor que fregar suelos o hacer la colada. Además, estabas conmigo mientras trabajaba.

—¿Cuánto te pagaban?

—Me daban de comer.

Se reclinó sobre la silla e hizo un gesto con la mano con el que pretendía mostrar que se sentía indignada por que esa gente no me pagase.

—Soy muy buena.

Vivian suspiró.

—Sí. Estoy segura de que cosas como los ángeles.

Me ruboricé, porque sabía que se estaba burlando de mí, aunque no sabía por qué.

—Eso no lo sé —repliqué con parsimonia—. En mi pueblo, era la mejor, sí. Pero era un pueblo muy pequeño.

Entonces, volvió a mirarme, con un leve destello de compasión en sus ojos.

—No me hagas caso. Es que... llega tanta gente a la ciudad todos los días. Les veo bajar de los barcos con sus maletas y luego les vuelvo a ver, saliendo en manada de las fábricas en las que entran porque son incapaces de encontrar otro trabajo. Después, les veo cuando enferman, ya que soy enfermera. Me temo que me he vuelto muy cínica. Créeme, es mejor que no trabajes en una fábrica.

—¿Le gusta su trabajo? —pregunté.

Meditó la respuesta un momento.

—No. Me gusta aliviar el dolor de la gente cuando es posible, pero muchas veces no lo es. Soy independiente económicamente y eso me da libertad, lo cual me encanta. —Entonces me miró—. ¿Tienes experiencia como enfermera?

Contesté que no.

—Yo solo me he sentido libre cuando he viajado en barco —afirmé, al acordarme de la travesía que había hecho para cruzar el océano.

Vivian asintió.

—Ah, sí. En realidad, cuando una está en un barco, no está en ninguna parte —replicó y, acto seguido, permaneció callada un momento—. Pero ahora estás aquí y debemos decidir qué vas a hacer.

En la planta de abajo, la gente iba y venía, hablaba y discutía; sus voces se estrellaban cual olas en mi puerta. A veces, me unía a ellos. Otras, me quedaba sola en mi habitación y dormía, leía o escribía. No sabía qué iba a ser de mí.

—Déjame ver —dijo mamá.

Le entregué las hojas y me dispuse a escudriñar las páginas de la cúpula hasta que hallé la hoja que Rose había mencionado en su carta, la página que me había llevado a iniciar mi búsqueda, el frágil papel que contenía ese texto tan denso en el que se hablaba de la fisiología humana, y ese trozo de hoja que se encontraba doblado

dentro, en el que Rose había dejado constancia por escrito de sus pensamientos vehementes y apasionados. Un artículo muy sencillo, unos hechos muy simples. Me pregunté si Cora había llegado a leer alguna vez esos panfletos, o si la habían escandalizado tanto que ni los leyó. Rose había rescatado algunos de la basura; quizá se habían quedado allí cuando se marchó de un día para otro a la ciudad de Nueva York, o quizá Cora los había encontrado después de mudarse de la ciudad a la casa del lago y las había metido en el espacio situado bajo el asiento de la ventana. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Mamá y yo no nos acostamos y seguimos horas así, revisando las cartas y los papeles, intentando ordenar todo cronológicamente y rellenar los huecos. Después de que mamá se fuera a la cama, yo me quedé bastante rato más anotando nombres y fechas en tarjetas para luego colocarlas en montoncitos. Me tumbé boca abajo en la cama y me sostuve la barbilla con ambas manos, sin dejar de darle vueltas en la cabeza a esos hechos que había conocido por esas cartas y esos papeles. Cerré los ojos, creyendo que no me iba a dormir, que solo iba a descansar un poco.

Esa noche, realicé en mis sueños el mismo viaje que hizo Rose y me bajé de un tren en una ciudad que no conocía. Caminé y me detuve en todas las casas que encontré por el camino, pero o bien sus puertas estaban cerradas con llave, o bien la gente que vivía en ellas no me reconocía y no tenía ni idea de quién era. En el fondo, todo cuanto hacía estaba alimentado por el pánico. En cuanto apoyé mi maleta en el suelo, esta desapareció. Caminé hasta llegar a un parque. Era primavera, brotaban hojas nuevas en los árboles y una multitud se había congregado allí; no obstante, unas barreras metálicas, que nos llegaban a la altura de la cintura, nos impedían pasar. Intentaba ver lo que ocurría, como todos, pero, por mucho que estirase el cuello o me moviera de un lado a otro, no alcanzaba a ver nada más allá de las cabezas de aquel gentío. Entonces, una mujer, que se hallaba a mi lado, me preguntó mi nombre. Se lo dije y se mostró sorprendida. «Tengo algo para ti», me dijo, metiendo una mano en su bolso. «Algo que hace tiempo he estado guardando para ti». Acto seguido, sacó un monedero del bolso y me lo dio. Dentro, estaban todos mis carnés, todos los documentos que acreditaban mi identidad. «Llevo mucho tiempo buscando esto —repliqué—. ¿Dónde los has encontrado?». «Aquí —respondió—. Aquí mismo, en el museo». Entonces, alcé la vista y comprobé que, efectivamente, estábamos en el museo. Las paredes estaban repletas de cuadros y las ventanas, de vidrieras. Mientras las observaba, las figuras representadas en las vidrieras emergieron de estas: se trataba de unos hombres y mujeres luminosos y muy hermosos que se adentraron en la sala. Iba de un sitio a otro muy despacio, porque todo, toda la gente que me rodeaba, era muy frágil. Antes de que pudiera llegar a la puerta, me desperté.

Me incorporé, me froté el cuello y la inquietud que había suscitado en mí ese sueño invadió la quietud de la mañana. Las cartas y los papeles seguían esparcidos por todo el suelo. Las luces seguían encendidas. Entonces, me acordé de que le había prometido a Yoshi que lo iba a llamar la noche anterior. Se me olvidó completamente.

Como aún era de noche allí, me respondió enseguida en cuanto lo llamé por Skype. Su rostro apareció en pantalla con un gesto que transmitía tanto preocupación como enfado. Para empezar, estaba de muy mala leche; uno de sus vuelos había sido cancelado, lo que le había obligado a reorganizar todo su viaje. Además, como no había sabido nada de mí, se había empezado a preocupar, y, al final, su preocupación se había transformado en enfado. Discutimos, yo sentada en la cama donde había dormido de niña y Yoshi desde un hotel en Yakarta, a quince mil kilómetros de distancia.

—Quizá no debería ir —me espetó—. Para estar todo el rato así, mejor no voy.

—No. Ven, por favor, Yoshi. Quiero que vengas.

—Me siento muy raro, Lucy. No parece que solo llevemos una semana sin vernos.

¿Solo había pasado una semana? Conté los días. Sí, era una semana, pero habían sucedido tantas cosas que daba la sensación de que había pasado mucho más tiempo.

—En cuanto estés aquí, dejarás de sentirte así —aseguré.

—¿Por qué se te olvidó llamar? ¿Estabas liada con algo importante?

—No —contesté, a la vez que echaba un vistazo a las cartas desperdigadas por el suelo—. Solo con algunas cosas que he descubierto del pasado de mi familia. Ya te lo contaré todo cuando estés aquí.

—¿Estás bien? —inquirió—. Tienes mala cara.

—¿Ah, sí?

Miré los papeles que estaban tirados por el suelo, repletos de fechas y datos. Y me pregunté si eran la causa de que hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo, si Yoshi sería capaz de reconocerme.

—Es que me acabo de despertar —le expliqué—. Me quedé dormida mientras investigaba esto. Supongo que ayer fue un día muy largo.

—Bueno, para mí también lo fue. Y, como no podía contactar contigo, me preocupé. Por cierto, ¿a qué investigación te refieres?

Entonces, le expliqué lo que sabía acerca de Rose, Iris y las cartas, pero como aún estaba un poco atontada, le conté algo muy confuso, aburrido y repleto de demasiados detalles.

—Bueno, da igual —concluí—. ¿Cómo han ido las reuniones?

—Bien. Mañana iremos al yacimiento.

—Seguro que ver esos lugares sagrados será muy interesante —comenté, pensando en la capilla y en los cementerios antiguos de los terrenos del depósito militar.

—No sé si «interesante» es la palabra que yo utilizaría —replicó Yoshi—. Tengo la sensación de que va a haber mucha tensión, que probablemente va a haber un enfrentamiento de tipo pasivo agresivo. Intuyo que no vamos a sacar nada en claro.

—Bueno, igual todo va bien.

—No si me despiden.

—¿De verdad crees que eso puede pasar?

—No, qué va —contestó, aunque pude intuir que en realidad sí lo creía—. Mira, tengo que cenar y debería dormir un poco.

—Al menos cogerás vacaciones en cuanto acabes con todo esto.

—Eso está por ver, Lucy —replicó Yoshi. Parecía tenso, pero no estaba segura del todo; quizá estaba proyectando mis propias inquietudes en él—. Tal y como están las cosas en el trabajo, quizá no sea el mejor momento para irme de vacaciones.

—Pero si ya has sacado los billetes.

—Lo sé. Mira, será mejor que esperemos a ver cómo van las cosas.

—Vale.

Después del sueño que había tenido, todo parecía ahora muy frágil. Además, no quería discutir con Yoshi. No podía creer que se me hubiera olvidado llamarle. Estaba tan inmersa en los misterios del pasado que me había olvidado de lo que sucedía a mi alrededor.

—Bueno, mantenme al corriente, ¿vale? De momento, daré por sentado que vas a venir, a menos que me digas lo contrario.

—Vale.

—De acuerdo. Espero que las reuniones vayan bien.

—Gracias. Te llamaré en cuanto pueda.

Y colgó.

La reverenda Suzi Wells ascendía por la pendiente cubierta de hierba que llevaba a la capilla, un pequeño edificio de piedra roja que se alzaba solitario en aquel campo y que contaba con cuatro ventanas a cada lado que por su forma parecían el ojo de una cerradura. Aquella mujer encabezaba una extraña procesión: Keegan la seguía, vestido con unos vaqueros, unas botas y una camiseta que tenía un leve desgarró en el hombro. Junto a él, se encontraba Oliver Parrott con su traje a medida negro y sus lustrosos zapatos de cuero, que iba pisando con cuidado la larga hierba para evitar mojarse con el rocío. Un reportero calvo de *La Gaceta de El Lago de los Sueños* caminaba al lado de Oliver; llevaba una grabadora enganchada a su chaqueta de cuero negro y hacía preguntas sobre Frank Westrum que Oliver respondía de manera efusiva y con todo lujo de detalles. Suzi había contactado con *La Gaceta*, quizá con la esperanza de obtener así un poco de publicidad para la iglesia, quizá como una medida preventiva para mantener a raya a Oliver y su comité de adquisiciones. No obstante, Oliver no estaba perdiendo la oportunidad de contarle la historia de su ilustre antecesor y su museo. Detrás de ambos, venía Zoe, que iba vestida con unos pantalones cortos, chanclas y una camiseta sin mangas, y que llevaba una bolsa de lona colgada al hombro que rebotaba continuamente contra su cadera. Me había vuelto a llamar para ver si la acompañaba en coche hasta el centro comercial, y había aprovechado la ocasión para contarle mis planes, a pesar de que no creía que quisiera venir. Pero ahí estaba, avanzando a través de aquella hierba tan alta, deteniéndose de vez en cuando para alejar a los insectos que la hostigaban o quitarse la hierba que se le había quedado pegada entre los dedos del pie, mientras hacía comentarios entusiastas sobre el día, el tiempo o la gran aventura que suponía entrar en esa iglesia, que había permanecido vacía tanto tiempo.

No daba la impresión de que esperase una respuesta a sus comentarios por mi parte, lo cual me parecía bien, porque seguía estando preocupada, al igual que lo había estado los últimos dos días, atrapada en esa historia secreta que Rose había escrito, ardiendo en deseos de saber qué le ocurrió después. El hecho de que la Sociedad Histórica estuviese cerrada esos días era realmente frustrante, por supuesto, pero eso me había dado tiempo a releer varias veces las cartas de Rose y a pensar en su vida mientras aprovechaba para nadar o navegar en kayak o ir en balsa. Su deseo de llegar a ser sacerdote, los sentimientos contradictorios que había experimentado ante las atenciones que le había dispensado Geoffrey Wyndham (ella no las había buscado, ni las había recibido de buen grado), el hecho de que no hubiera podido

elegir el rumbo que quería dar a su vida... Toda su historia era conmovedora, cautivadora y perturbadora. Ojalá hubiera podido viajar al pasado para poner las cosas en orden. También me preguntaba si su vida marcó la de mi bisabuelo, si esos acontecimientos habían dejado una huella profunda en él, una huella que aún seguía marcando el destino de toda la familia. Una y otra vez, extendí ante mí esas tarjetas repletas de fechas y hechos, primero de un modo, luego de otro, con el fin de reorganizarlo todo; como si se tratara de los huesos sueltos de un esqueleto que fuera de repente a cobrar vida, alzarse y alejarse andando si yo lograba ensamblar todas las piezas de la manera adecuada.

Keegan, que iba por delante, se detuvo y se separó de la procesión para esperarme. Tras tantos años trabajando con el vidrio y el fuego, había desarrollado unos brazos musculosos; además, tenía una larga y estrecha quemadura justo debajo del codo.

—¿Emocionada? —preguntó al colocarse a mi lado.

—Mucho. Aunque seguro que tú también lo estás.

—Oh, sí —replicó con una sonrisa, a la vez que hacía un gesto con la cabeza señalando hacia el frente—. Aunque no lo estoy ni la mitad que Oliver.

—Pues sí. ¿Has visto sus colecciones? Me refiero a las colecciones que tiene en sus archivos.

Keegan me miró con mucho interés.

—¿Te invitó a visitar el museo?

—Sí. Fui con mi madre a verlo.

—Debiste de causarle muy buena impresión. No muestra esas vidrieras a mucha gente. ¿Qué te parecieron?

En ese instante, recordé que en la Casa Westrum había reinado una gran quietud durante nuestra visita y pensé en los asientos negros de ese auditorio vacío, en esas puertas cerradas al mundo y en esas imágenes que habían centelleado en la pantalla. Pensé en la pasión que Oliver sentía por esas vidrieras y en su exquisita belleza. A pesar de que sus intenciones me inquietaban, he de reconocer que yo también me había sentido deslumbrada por esas complejas y luminosas vidrieras.

—Me parecieron excepcionales. Aunque no debería seguir acumulando más. Lo que realmente necesita es más espacio para exhibir las que ya tiene. ¿Crees que va tras las vidrieras de la capilla?

—¿Tú no lo harías en su lugar? Son una serie de vidrieras que están relacionadas entre sí. Es un hallazgo muy especial. ¿Te ofreció un té?

—Sí. De naranja. Y con miel. Estaba muy bueno.

La hierba alta alcanzaba el dobladillo del único vestido que había traído, que era de manga corta y tan suave como una camiseta, de ese tipo de tela que nunca se arruga, tan buena para viajar. Era de color negro, como las sandalias que llevaba, que habían quedado empapadas en cuanto di un par de pasos. Keegan llevaba los vaqueros mojados hasta las rodillas, lo cual me recordó a una época más

desenfrenada que ambos compartimos; lo recordé sacando la canoa del agua, con las piernas mojadas, y volví a ver cómo sus pies de color pálido contrastaban con el suelo de pizarra de la playa. En esa época, no teníamos preocupaciones. Por aquel entonces, ya tenía decidido que me marcharía, pero mi marcha aún quedaba muy lejos y tenía la impresión de que nunca llegaría. Esa última primavera, nos había parecido que el presente era eterno, que nada cambiaría jamás. Me pregunté si Keegan pensaba alguna vez en aquellos tiempos, en aquel mundo inocente que habitamos hasta que mi padre murió.

—¿Qué tal está Max? No puedo quitármelo de la cabeza, encima del pontón, mirando esas aguas revueltas.

—Está bien. Casi seguro que ni se acuerda, así que no te preocupes. Había pensado en traerlo hoy aquí para que pudiera ver dónde están excavando.

Entonces señaló el pequeño cementerio adyacente a la iglesia, que se encontraba vallado por una vistosa cerca de hierro negro. Más allá de aquella cerca, se encontraba el lugar, que durante años había sido ignorado y ahora estaba cercado con una cinta azul oscuro, donde los iroqueses habían vivido en su día, antes de que se construyera el pueblo de Appleton, que acabó siendo arrasado antes de que esa tierra fuera reclamada por el gobierno. Aunque todavía era temprano, dos arqueólogos se encontraban al lado de la zona delimitada con cinta, tomando café en tazas de papel. Nos saludaron. Entretanto, yo pensaba en el lago, en la tierra bajo mis pies, en que había visto ir y venir a tanta gente y tantas estaciones.

—¿No ha querido venir?

—¿Bromeas? Habría venido feliz. Le encantan las excavaciones. Pero, al final, he pensado que no sería una buena idea. No haría más que dar vueltas por toda la excavación —respondió Keegan, quien devolvió el saludo a los arqueólogos, a los que parecía conocer—. Ayer encontraron unos cuencos, ¿lo sabías? Unos cuencos enormes de piedra y unas manos de mortero de granito. Seguramente los utilizaban para moler el maíz.

—Qué interesante —repliqué, a la vez que me imaginaba las calles y los edificios que habían ocupado en su día esta tierra, así como los senderos y las construcciones de los iroqueses que habían vivido aquí antes de eso.

Suzi se encontraba ya junto a la puerta de la capilla. Iba vestida con unos vaqueros negros y una camisa negra muy sencilla, en cuyo cuello portaba un alzacuello blanco. Los pastores religiosos de mi juventud habían sido hombres que vestían como Oliver, que conducían coches como el automóvil en el que él había llegado: elegantes, silenciosos y de color negro. Suzi, sin embargo, tenía un coche azul muy pequeño y solía moverse en bici por el pueblo.

—Bueno, menudo paseíto —comentó Oliver, quien, acto seguido, se sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse los zapatos.

Yo, por mi parte, miré a Keegan, y ambos sonreímos.

—Ha sido genial —apostilló Zoe—. ¿Cuánto tiempo lleva este sitio cerrado?

—Desde 1941 —contestó Suzi, mientras sacaba una llave del bolsillo de la chaqueta.

La llave era muy vistosa y de hierro. Con toda seguridad, la habrían fabricado en Dream Master. Quizá nuestro bisabuelo o nuestro abuelo había hecho esa llave, pero decidí que era mejor no comentar nada al respecto.

—Nadie esperaba que fuera a estar cerrada tanto tiempo. Pero, por lo que yo sé, nadie ha vuelto a entrar aquí desde entonces. Bueno, salvo cuando se redescubrieron las vidrieras —añadió Suzi.

En un primer momento, la llave se quedó atascada y Suzi tuvo que zarandearla un poco; al final, encajó en la cerradura, y la puerta, cuya pintura había sido arrancada por el paso de los años y las inclemencias del tiempo, se abrió de par en par. Uno a uno, cruzamos el umbral y nos adentramos en la quietud mohosa de la capilla. A excepción de unos pocos bancos de la parte trasera, el resto de aquel santuario permanecía intacto, se conservaba igual que muchas décadas atrás, cuando se celebró en ella por última vez un servicio religioso. Se podía apreciar que, bajo una capa de polvo, el suelo era de baldosas. Aquella estancia olía a frío, humedad y moho. Pero únicamente me fijé en esos detalles más tarde.

Lo que cautivó mi atención, lo que nos fascinó a todos, fueron las vidrieras.

La capilla carecía de luz en su interior, y las vidrieras parecían flotar en la oscuridad. Como en la vidriera de la Sabiduría, los colores eran brillantes e intensos, las imágenes estilizadas y alargadas, siguiendo el estilo *art nouveau*. Todas las vidrieras tenían en la parte inferior el familiar margen de esferas envueltas en enredaderas de un color blanco iridiscente que contrastaba con los ricos tonos que las rodeaban. Daba igual cuánto hubiera deseado y ansiado ver esas vidrieras, aquel patrón me dejó fascinada mientras los demás se dispersaban por los demás rincones del santuario. Suzi se fue a la vidriera más cercana del muro oeste, Zoe la siguió, y Keegan y Oliver se aproximaron a las vidrieras de la pared este, donde la luz del amanecer iluminaba con más intensidad.

—Oh, no cabe duda de que son obra de Frank —afirmó Oliver, con un tono de voz emocionado que parecía sugerir que consideraba esas obras de su propiedad—. Un trabajo exquisito, impresionante. —A continuación, giró en círculo para poder observar todas las vidrieras sin solución de continuidad—. Qué gran hallazgo para la Fundación Westrum. Qué gran tesoro.

Se volvió hacia la vidriera más cercana y, esta vez, la observó centrándose más en los detalles. Yo también sentí que me invadía esa necesidad de poseer esas obras, de hacerlas mías. Consideraba que esas vidrieras no eran de Frank, sino que le pertenecían a Rose. La posibilidad de que fuera ignorada, de que fuera reducida a una mera nota a pie de página en la vida y obra de Frank Westrum, me resultaba totalmente insoportable.

Oliver y Keegan se pusieron a hablar en voz baja, embargados por la emoción, sobre la calidad del vidrio y la maestría del autor de esas obras, destacando lo bien

que se habían preservado las vidrieras y lo limpias que estaban; los paneles de madera que las habían protegido durante todas esas décadas habían sido quitados hacía muy poco tiempo. Entretanto, el reportero tomaba unas cuantas notas rápidas sobre lo que veía y oía.

—Mirad —dijo Oliver, intentando disimular su emoción, sin éxito—. Veis este patrón de aquí, y aquí. Ese es el sello de Westrum, estas vidrieras son suyas, seguro.

«Quizá», pensé. Pero también pertenecían a Nelia, que había pagado por ellas. Y, en cierto modo, tal y como empezaba a comprender, a Rose también.

Las palabras de sus cartas, en las que recogía los amores y las tristezas de su juventud, seguían muy presentes en mi memoria. Di una vuelta por la capilla, admirando todas aquellas vidrieras relucientes, que bañadas de luz proyectaban diversos patrones de color sobre el suelo y sobre nuestras caras y manos. Se trataba de unos colores luminosos: el amarillo de las caléndulas, el rojo de la sangre, el intenso verde oscuro de la hierba al atardecer. Fui de una vidriera a otra estudiando las figuras. Una mujer, que sostenía pensativa una jarra de alabastro, se encontraba junto a Jesús, que estaba sentado a una mesa, rodeado de una aureola de luz plateada. En la siguiente vidriera, dos mujeres, ambas ostensiblemente embarazadas, conversaban en un jardín. En la tercera, una mujer salía de una cueva, con los brazos abiertos, la piel pálida y radiante y una expresión de total asombro dibujada en su rostro. En la última vidriera de aquella pared, una mujer se hallaba frente a un templo con un pergamino enrollado en las manos; un grupo de hombres se había congregado en torno a ella y aguardaban a escuchar sus palabras. Toqué la parte inferior de esta vidriera, palpando la hilera de lunas rodeadas de enredaderas que se solapaban.

—Son exquisitas —murmuró Suzi después de acercarse a mi lado.

Tenía la cara enrojecida y se mostraba muy animada. Me asombró que las vidrieras la hubieran impresionado tanto, que para ella no fueran simplemente reliquias del pasado o una pista de una vida olvidada, sino una relación con esas historias, fuera cual fuera el misterio que estas trataran de encerrar. Lo que estaba experimentando en esta capilla era algo que yo había experimentado en el pasado: la sensación de que me hallaba ante algo muy espiritual, algo muy real y poderoso, que no alcanzaba a entender. Rose también debía de haber tenido esa misma sensación. Debió de experimentarla con mucha intensidad como para desear ser sacerdote en una época en que eso era imposible, como para impulsarla a crear esta extraordinaria capilla repleta de vidrieras. Pensé que seguramente le habría gustado ver a una mujer como la reverenda Suzi en este lugar. Quizá incluso me hubiera entendido a mí, con todas mis dudas, mis decisiones erróneas y mi incesante búsqueda de cuál era mi lugar en el mundo.

—Aquí utilizó el mismo cristal —observó Keegan al otro lado de la capilla—. Tiene las mismas tonalidades y la misma composición que el de la vidriera de la Sabiduría. Estoy seguro, no me hace falta analizarlo. Mirad la consistencia del color. Estas vidrieras se hicieron en el mismo momento, para el mismo encargo, de eso no

hay duda, ¿no pensáis lo mismo? ¿Tú en qué etapa de la obra de Westrum las colocarías, Oliver?

Oliver no respondió de inmediato, sino que permaneció con los brazos cruzados, meditabundo. Las pisadas de Suzi resonaron tenues mientras iba de una vidriera a otra.

—Resulta difícil de precisar. Por la técnica, yo diría que son de su última época. Pero por el diseño, por el estilo *art nouveau* que utiliza, y que tanto le gustaba de joven, no parecen tan tardías. Lo cierto es que recuerdan a sus primeras obras. Sé que tienes las fechas de las facturas y demás, pero estas vidrieras no encajan con las obras que realizó al final de sus días. En realidad, no se parecen en nada a otras obras suyas.

Me dirigí a la parte posterior de la capilla, más allá de donde la vidriera de la Sabiduría debería colgar si aún siguiera allí, en el muro oeste. En las cuatro vidrieras de la otra pared también aparecían mujeres. La primera me resultaba bastante familiar: se trataba de una mujer arrodillada a orillas de un río, que sacaba una canasta del agua; recordé vagamente la historia, el rescate de Moisés. En la siguiente vidriera aparecía una joven en un campo bañado por el sol, mostrando una fanega de grano a una anciana. En la tercera, se veía una mujer sacando agua de un pozo y ofreciendo una copa a Jesús, quien estaba envuelto en un halo de luz. Jesús también aparecía en la última vidriera, sentado frente a una mujer que le escuchaba con suma atención, y, detrás de esa mujer, había otra que sostenía un cesto de frutas.

Estudí esas imágenes con detenimiento, intentando recordar las historias que representaban; recordé las clases catecismo, el olor a pegamento, el crujido del papel, los profesores leyendo en voz alta las Sagradas Escrituras. Pero no me parecía que hubiéramos leído la mayoría de esas historias bíblicas. Lo único que recordaba eran historias sobre diluvios, batallas y gente que huía por el desierto. Aparte de Eva, la única mujer que recordaba era María, con sus túnicas de color azul pálido; todas queríamos ser ella en las representaciones de Navidad, aunque no tuviera ningún diálogo.

Anduve lentamente de una vidriera maravillosa a otra. En realidad, representaban momentos bastante normales (mujeres llevando grano o jarras o cestas de frutas; mujeres en un jardín o junto a un río, un pozo o una tumba), pero deslumbraban con su bello y armonioso diseño a la vez que llenaban la capilla de formas de colores cambiantes. No obstante, esas imágenes también transmitían una poderosa sensación de logro. Todas esas mujeres se hallaban en momentos claves de sus vidas, en unos momentos impregnados de espiritualidad, de celebración o de una sensación de realización o culminación. En las vidrieras de la iglesia de mi infancia, casi todos los personajes que aparecían representados en ellas eran hombres; Jesús era hombre y los discípulos también. Además, por el lenguaje que se utilizaba en los servicios religiosos, parecía que estos estaban destinados solo a hombres. Aquí, se había dado la vuelta a todo eso. Una vez más, fui de una vidriera a otra y pude sentir cómo mi

perspectiva sobre las cosas cambiaba. Por primera vez, me pude imaginar a mí misma dentro de esas escenas. Mientras tanto, en el muro oeste, Keegan y Oliver seguían hablando del cristal empleado y de la obra de Westrum. Zoe, que desde que entramos en la capilla había permanecido muy callada, lo cual no era propio de ella, se me acercó y se colocó a mi lado.

—Son preciosas —susurró.

Asentí.

—Sí, son realmente asombrosas. La mujer que diseñó algunas de estas vidrieras es pariente nuestra, ¿sabes? —le expliqué de manera impulsiva—. ¿Ves ese patrón de la parte inferior? Eso es cosa suya.

Zoe no me preguntó cómo había llegado a saber que eso era así, ni nada sobre Rose, ni siquiera me preguntó cómo se llamaba esa mujer.

—Mola —dijo—. A mí me gusta dibujar, ¿sabes? A lo mejor lo he heredado de ella.

—Tal vez —repliqué, sintiendo una vez más que Rose me pertenecía de algún modo, pues ya había reclamado su espíritu audaz e intrépido como mío.

—¿Qué representan?

—No lo sé exactamente. Tendremos que preguntarlo.

Mientras hablábamos, volví a recorrer con la mirada una vidriera tras otra, intentando determinar si alguna de esas mujeres se parecía a la vidriera del rellano de la Casa Westrum (es decir, si alguna de ellas podría ser Rose), pero ninguna me resultaba familiar, ni siquiera se parecían unas a otras.

Entonces, Keegan se giró hacia mí y me llamó en voz baja desde la otra punta de la estancia.

—Oye, ¿has visto esto?

—¿Te refieres al patrón de los márgenes?

—Sí, pero no se trata solo de eso. Observa sus ropas.

Y eso hice, en busca de algún detalle que se me hubiera escapado. Cada una de esas figuras iba vestida con las túnicas sueltas habituales; eran tan verdes como unos brotes recientes de hierba y de un azul tan profundo como el de un lago. Entonces, me percaté de qué era lo que quería decir Keegan, me di cuenta de algo en lo que no me había fijado hasta entonces: en cada vidriera, en el broche de una túnica, en el borde de un cinturón o en el mismo pelo de las figuras, se encontraba el sello de Westrum, su flor. Había rosas en todas esas ventanas, eran diminutas pero de un color rojo oscuro e intenso.

—¡Oh! —exclamé, y, acto seguido, me puse de pie, me acerqué a la vidriera más cercana y toqué la rosa que flotaba sobre el río.

—¿Qué? —preguntó Oliver.

—Las flores con las que solía firmar, las rosas, están en todas las vidrieras.

—¿Ah, sí?

Acto seguido, retrocedió pensativo para poder contemplarlas todas a la vez. Un

cuadrado de luz púrpura iluminó la zona en que se le estaba cayendo el pelo.

—Vale —dijo, al fin—. Supongo que tienes razón. Frank debía de conocerla. De hecho, debió de conocerla muy bien. Todas esas pequeñas rosas son un detalle bastante personal, ¿verdad? Eso de poner un emblema con un significado oculto en la vidriera solo lo hizo un puñado de veces, como si fuera un juego que estaba jugando con la gente que compraba su obra. Eran detalles en los que nadie más repararía, solo la persona a la que iban dirigidos; a veces, se trataba incluso de una broma privada. Por ejemplo, una de las vidrieras que poseemos fue un encargo de un vecino suyo. Frank necesitaba dinero en aquella época, pero no le caía muy bien aquel tipo, lo sabemos por algunas cartas que hemos recuperado; creía que era presuntuoso, petulante y muy irritante. El nombre de ese vecino era Baum, que significa «árbol» en alemán. La vidriera que hizo para él era extraordinaria, y el señor Baum quedó encantado con ella. Nunca se percató de que había un montón de árboles desprovistos de hojas repartidos por toda la composición; además, Frank utilizó esas ramas desnudas para dividir los colores.

Keegan, que se hallaba bastante cerca, estalló en carcajadas.

—Sí, pero esto es algo distinto —afirmé—. Me da la impresión de que se trata de un tributo bastante hermoso.

—Oh, estoy de acuerdo. No cabe duda de que realizó estas vidrieras con gran delicadeza e intención. Yo diría que son algunas de sus mejores obras. Debió de profesarle un gran afecto a esa mujer.

—Eso creo yo también.

Entonces, me acordé de lo reticente que se había mostrado Oliver en el estudio y decidí que sería mejor no contarle nada acerca de Rose, que no debía mencionarle que había encontrado sus cartas y que ya sabía muchas cosas más. Tampoco quería que se enterara de la existencia de Iris, ni de que la había abandonado, ni de que lo único que deseaba Rose era ganar bastante dinero como para poder regresar y recuperar la custodia de su hija.

Zoe y yo nos sentamos. A continuación, Suzi se sentó delante de nosotras y se giró, a la vez que dejaba resbalar su codo por encima del suave borde de madera del banco.

—¿Quién era esa tal Rose Jarrett? ¿Sabes algo más sobre ella? Porque, si antes había despertado un poco mi curiosidad, ahora ardo en deseos de saber más cosas sobre su vida.

—Sí, yo también —añadió Zoe—. Lucy me ha dicho que somos parientes, pero la verdad es que nunca había oído hablar de ella. Además, estas vidrieras son muy hermosas... Pero no sé qué significan. ¿Nos lo podrías explicar?

Me alegré de que se lo hubiera preguntado a Suzi, ya que así me ahorraba el bochorno de tener que admitir mi ignorancia al respecto. No había vuelto a pisar una iglesia desde que tenía diecisiete años.

—Os puedo explicar algunas cosas sobre las vidrieras —contestó Suzi—. Si bien

son muy hermosas, también son muy poderosas. La pared oeste es el muro de los profetas, en realidad. En las cuatro vidrieras aparecen profetas. En la primera, aparece Isabel hablando con María. Seguro que habéis podido apreciar que ambas están embarazadas: Isabel, que creía que ya no se encontraba en edad de procrear, lleva en su vientre a Juan Bautista, y María, que era una mujer joven y soltera, está embarazada de Jesús. Isabel hace una profecía a María sobre el hijo que va a tener, y en esta vidriera, María está hablando, está rezando el *Magnificat*, que también tiene un contenido profético, que habla de que debe hacerse justicia con los pobres. Dos mujeres, dos profetas, cuyos niños están a punto de nacer, y cuyas vidas están a punto de cambiar de una manera que no pueden imaginar ni controlar.

»En la siguiente vidriera, tenemos a una mujer con un pergamino que se llama Hulda. Aparece en las Escrituras Hebreas. Es una historia maravillosa: el rey encuentra unos documentos antiguos escondidos en las paredes del templo y consulta a Hulda, que es una profetisa, porque quiere saber qué pone en ellos, qué mensaje transmiten. A pesar de que había muchos hombres profetas, elige a Hulda por su sabiduría y su compasión. Miradla en las escaleras del templo, sosteniendo los pergaminos en sus manos, mientras la multitud se congrega a su alrededor para escuchar lo que tiene que decir.

»La siguiente me encanta —prosiguió, a la vez que señalaba con un gesto de la cabeza a la radiante mujer que salía de una cueva—. Esa es María Magdalena. Contemplad su expresión; el asombro que siente y el miedo que la atenaza. Esta historia es tan conocida que ya no se suele ni contar. No obstante, imaginaos cómo os sentiríais si la persona que amáis hubiese muerto y, cuando fuerais al cementerio, comprobarais que sigue viva. Esa es la historia de María Magdalena; ella fue la primera persona que tuvo noticia de la resurrección, a la que se le encomendó la tarea de contárselo a los demás. Lo cierto es que nunca se ha prestado demasiada atención al hecho de que la primera persona en ser testigo de la resurrección fuera una mujer, pero así es. Como decía antes, me intriga por qué vuestra tía bisabuela escogió estas historias para ilustrarlas en estas vidrieras.

Permanecemos calladas un minuto. La verdad es que no estaba pensando en las vidrieras, sino en mi padre, en el día en que arrastraron su cuerpo hasta la orilla.

—Creía que María Magdalena era la de la última vidriera —dije, al fin—. Creía que era la mujer que sostenía la jarra.

—No. No está del todo claro quién es la mujer de la jarra de alabastro. Hay diferentes teorías al respecto. Pero, probablemente, no se trate de María Magdalena.

Dudé de si debía preguntárselo o no, pero tuve que hacerlo.

—Has dicho que todas las mujeres de este muro son profetas, pero María Magdalena... ¿no era una mujer de dudosa reputación?

—María Magdalena no era una prostituta —respondió Suzi. Hablaba con calma pero también con convicción—. Muy probablemente eso fue lo que te contaron cuando eras pequeña. Alrededor del siglo IV, uno de los primeros papas intentó dotar

a todas las mujeres de las Escrituras del mismo papel: el de la mujer caída en desgracia, y esa es la imagen que ha quedado. Pero no es cierta. Eso no aparece por ningún lado en las Escrituras. A la mujer de la jarra de alabastro también se la ha tachado erróneamente de ramera desde hace siglos. Esta historia aparece en los cuatro Evangelios, lo cual subraya su importancia, aunque únicamente es descrita como una pecadora, y de una manera muy vaga, en el de Lucas; si lo piensas, ese es un término que se puede aplicar a cualquiera. En el de Juan, se la identifica como María de Betania, la hermana de Marta y Lázaro. No obstante, al igual que María Magdalena, ha sido considerada una prostituta durante siglos. Pero yo creo que esto es solo una distracción, una cortina de humo. Porque, si se la considera una prostituta, se la puede dejar de lado, y, de ese modo, el resto de la historia también puede dejarse de lado. Así nadie tiene que profundizar en el relato. Así nadie tiene que fijarse en esa mujer que se encuentra ante Jesús con una jarra repleta de nardos que vierte sobre la cabeza del Señor, así nadie tiene que decir: ungir a un rey es algo propio de un profeta. Aunque sea verdad, aunque sea eso, precisamente, lo que está haciendo.

Durante un rato, observamos detenidamente a esa mujer, de melena y túnica suelta, que llevaba una jarra de alabastro en sus manos.

—Es un momento muy íntimo y emotivo —continuó diciendo Suzi—. A veces, intento imaginármelo: el aroma de los nardos inunda la estancia mientras ella vierte el contenido de la jarra sobre su cabeza. Ella lo unge. Los discípulos protestan porque está malgastando dinero, pero Jesús la defiende. «Esta historia será recordada en su memoria». Sí, eso es lo que dice Jesús. Y aquí estamos, dos mil años después, sin contar su historia. Sin saber siquiera su nombre.

—Esa mujer ha sido olvidada —remaché.

Entonces, pensé en Rose, que no era ninguna profeta, ninguna santa, solo una joven normal que volvía a casa en medio de la quietud de la oscuridad por un camino de tierra repleto de surcos, mientras la brisa veraniega le acariciaba los brazos y la extraña luz del cometa lo cambiaba todo. Me la imaginé entrando con sigilo en el jardín, atravesando la puerta de la cocina y subiendo a la pequeña habitación donde permaneció despierta toda la noche, repasando mentalmente los hechos acaecidos hacía poco. Era consciente de que, a partir de entonces, todo sería diferente, aunque aún no sabía cómo. Todavía creía que era ella misma quien escribía los renglones de su historia.

Rose habría desaparecido de no haber sido por un pedazo de tela.

—Rose Jarrett quería ser sacerdote —expliqué—. Aunque sabía que eso era imposible, era su sueño.

—¿De veras? —Suzi, que en esos momentos estaba contemplando las vidrieras del muro oeste, se volvió hacia mí de nuevo, con una expresión que denotaba interés y curiosidad—. Bueno, eso explica algunas cosas de estas vidrieras. Pero debió de ser algo muy frustrante para ella, quizá hasta descorazonador. Eso fue en los años treinta, ¿no?

—No, cuando era más joven. Alrededor de 1910 o 1914.

—Ya veo. Y ¿qué hizo entonces?

—Es una historia muy triste. Tuvo un lío con alguien que no le convenía. Él era mayor que ella, y la familia de él se encontraba en una posición de poder sobre la familia de ella, pero creo que se convenció a sí misma de que aquello era amor. Era joven, tenía solo quince años. Él era rico y la dejó en cuanto se enteró de que estaba embarazada. Es una historia muy triste y tan vieja como el mundo. Vino a este país con lo puesto. No sé qué ocurrió después, ni cómo conoció a Frank Westrum.

—Qué triste —comentó Suzi—. Me pregunto si llegó a saber que en los primeros tiempos de la iglesia hubo mujeres sacerdotes. Hay muchas pruebas que lo demuestran.

—No creo que lo supiera. Creo que pensaba que estaba cometiendo un pecado por el mero hecho de atreverse a sugerir que le gustaría ser sacerdote. Además, robó un cáliz —añadí—. Un cáliz de plata de una iglesia, porque no tenía dinero.

Esta última frase la dije a toda velocidad e incluso aparté la mirada mientras la pronunciaba. No sé cómo esperaba que reaccionase Suzi (escandalizándose, enfadándose o no dándole importancia), lo único que sé es que se limitó a asentir.

—Debía de estar muy asustada para hacer algo así.

—Creo que sí. Luego tuvo remordimientos.

Me crucé de brazos. El aire estaba viciado en la capilla, donde reinaba el frío y la humedad. Pensé que debería haber traído un suéter. Pensé también en todas las mujeres de esas vidrieras, en esas obras de arte tan hermosas que habían permanecido encerradas durante décadas, y me sentí dominada por una repentina sensación de vacío. Me pregunté qué había sido de la gente que llenó la capilla esa última mañana de domingo. Me pregunté qué había sido de las oraciones recitadas entre susurros, de las esperanzas, pesares y sueños de esa comunidad que ya no existía. Me pregunté qué había sido de Rose.

—Y ¿qué me dices del resto de las vidrieras? —preguntó Zoe—. ¿También salen profetas en ellas?

Keegan y Oliver habían vuelto, poco a poco, a la parte posterior de la capilla, donde estaban hablando tan animadamente de vidrios, fechas y Frank Westrum como nosotras hablábamos de las vidas de esas mujeres. Entretanto, el fotógrafo iba de una vidriera a otra, sacando muchas fotos a cada una de ellas.

—Algunas sí. Todas resultan muy interesantes. Antes he estado pensando mucho sobre ello, intentando ver si había algo que las relacionase. Esta es mi opinión: todas son mujeres de carácter fuerte que no temen desafiar las convenciones sociales. Por ejemplo, esa es la hija del faraón, que saca del río a Moisés desafiando las órdenes de su padre. Junto a ella está Ruth, que le muestra el grano que ha cosechado en el campo a su suegra, Noemí. Cuando sus maridos fallecieron, fueron en contra de las convenciones sociales que dictaban cómo debían comportarse las viudas y se ayudaron mutuamente para poder sobrevivir. Ahí tenemos a la samaritana del pozo,

dando agua a Jesús; con ese simple gesto, rompe un montón de normas culturales sobre cómo debe comportarse alguien que pertenece a una determinada etnia o género. Una vez más, al igual que María Magdalena, a ella se le revela una historia que debe contar luego a los demás. A continuación, en la última vidriera, se nos relata la historia de María y Marta, que quizá ya conozcáis. Es esa en la que Marta se queja a María de que no la está ayudando con las tareas domésticas, y Jesús defiende a María, diciendo que ella puede quitarse el delantal y sentarse a descansar. A escuchar. Quizá hoy en día esto no parezca gran cosa, pero tened en cuenta que estamos hablando de una cultura en la que la mujer era poco más que un ama de casa, una propiedad. Y ahí tenemos a Jesús, hablando con María, tomándosela muy en serio como persona. Es una actitud muy radical. Revolucionaria, la verdad. Un vuelco total a los valores de aquella época. Algunos eruditos también creen que esas dos mujeres ni siquiera eran hermanas, sino que simplemente ambas tenían un papel muy importante en la comunidad que se formó en torno a la figura de Jesús. En los primeros años de la Iglesia, tampoco era tan raro que las mujeres ocupasen puestos de liderazgo, aunque, una vez más, ese sea un hecho que se ha olvidado. —Entonces, Suzi se volvió hacia mí y apoyó su barbilla en una de sus manos—. Bueno, Lucy, ¿sabes algo más sobre Rose o sobre el origen de estas vidrieras?

—Pues no. Sigo investigando —respondí.

Me acordé de mi sueño, de las figuras que salían de las vidrieras y entraban en la habitación. Tuve la sensación de que podía pasar en realidad; esas mujeres con sus cuencos de fruta, fanegas de grano y jarras de alabastro estaban ahí presentes de una manera muy intensa. Quizá ese era precisamente el efecto que Rose y Cornelia, y Vivian y Frank querían que provocase la capilla. Me sentía conmovida por esas vidrieras y no quería irme de allí.

Al parecer, ninguno de nosotros quería irse de ahí. Zoe se puso en pie y se acercó a las vidrieras para examinarlas, pero Suzi y yo permanecimos sentadas un rato en silencio. Al final, me incliné hacia delante y dije:

—Esto es muy hermoso. Irresistible, incluso. Pero nada de esto tiene sentido.

Suzi asintió, con la mirada todavía clavada en las vidrieras.

—No, no lo tiene. Aunque no creo que la lógica tenga algo que ver con todo esto. Me encanta ese versículo de Ezequiel en que dice que va a reemplazarles su corazón de piedra por un corazón de carne. Si bien es una afirmación que tampoco tiene sentido si se interpreta literalmente, la metáfora se entiende. Para mí, en eso radica el tremendo poder de las historias, en que no se las puede interpretar de un solo modo. Siempre siguen mostrando nuevas facetas y revelando algo nuevo.

No supe qué decir. Estuve a punto de contarle lo que había ocurrido la noche en que mi padre murió, que me topé con él en el jardín y me preguntó si quería acompañarle a pescar y que quizá ahora todo sería distinto si hubiera ido con él.

En vez de eso, opté por hablar de Rose.

—¿Sabes qué? —dije—. Creo que ella cometió errores, sí, pero era muy joven.

Solo intentaba buscar su camino en la vida. Me parece muy injusto que perdiera todo cuanto amaba.

—¿Sabes cómo acabó su vida? —inquirió Suzi.

—No, no lo sé. Aunque me temo que tuvo un final trágico.

—Yo no lo tengo tan claro. Puede que tengas razón, pero, cuando contemplo estas vidrieras, lo único que veo es belleza y júbilo; además, creo que sabía perfectamente de qué trataban las historias representadas en ellas. Percibo también una especie de paz creativa e imaginativa. En mi opinión, su pasado no fue una rémora. Siguió adelante y maduró. Transformó al menos parte de su sufrimiento, de lo que perdió, en belleza.

Ante esas palabras de la reverenda, no pude añadir nada más. Permanecimos sentadas unos minutos más, hasta que Suzi se levantó y me dijo que debía volver porque tenía una reunión. En cuanto salimos de la capilla, fuimos recibidas por la clara luz de aquel día. Keegan y Oliver ya estaban fuera, y el fotógrafo se había marchado. Una brisa procedente del lago acarició la hierba alta, generando olas en ella, como si fuera un mar, a la vez que agitaba las ramas de los árboles lejanos. Nuestro pequeño grupo se fue dispersando. Suzi y Oliver se abrieron camino entre la hierba, mientras conversaban, hacia la zona de la entrada donde estaban aparcados los coches. Zoe se quedó un tanto dubitativa ante la puerta y a continuación sacó el móvil del bolso y llamó a alguien. Entonces, pensé en todos los momentos de mi vida en que ese simple gesto había sido un cómodo parapeto tras el cual resguardarme cuando me sentía incómoda; también pensé en Rose, sola en esa estación de tren, intentando no llamar la atención, mientras sacaba una pluma estilográfica para escribir una carta. Le pregunté a Zoe si quería que la llevase en mi coche, pero me dijo que no con la cabeza y, en cuanto colgó el móvil, me comentó que su madre venía a recogerla. Entonces, volvió a meterse en el campo, y sus largas piernas desaparecieron entre la hierba. Me quedé ahí quieta un momento, pensando en lo joven que era.

Keegan, que había estado hablando con los arqueólogos, se me acercó y me dio un leve golpecito en el brazo.

—Eh —dijo—. Ha sido alucinante, ¿a que sí?

Asentí, mientras mi mente aún bullía con las imágenes de esas mujeres de las vidrieras.

—Pues sí. Ha sido realmente espectacular.

—Suzi es genial, ¿verdad? A veces, cuando no estoy trabajando, me deja entrar en el santuario. Me gusta estar allí. Supongo que lo que más me gusta es el silencio. Se respira una religiosidad de verdad, no como esas religiones que se limitan a que sus fieles lancen gritos furiosos, tal y como se ve a veces en las noticias. —En ese instante, se rio un poco e hizo un gesto de negación con la cabeza—. Tengo una prima llamada Becky. No creo que la conozcas. Vive en Orlando y una vez vino a visitarme, antes de que mi madre muriera. Un día, mamá le preparó una cena estupenda que culminó con un postre, una tarta muy elegante a la que había echado

un poco de Grand Marnier. Becky estaba dando buena cuenta de la tarta, que le estaba gustando mucho, cuando se le ocurrió pedir la receta. Mi madre se la explicó y, al instante, Becky se levantó de la mesa y acabó en el baño escupiendo la tarta porque llevaba Grand Marnier. Es algo que no entiendo. No sé cómo es posible que quitarle la alegría a cualquier aspecto de la vida pueda satisfacer a algún Dios.

—Yo tampoco —opiné, pensando en la paz que siempre sentía en la iglesia de niña, y recordando también una excusión que había hecho con Yoshi, que nos llevó hasta un templo en las montañas, construido con una madera muy oscura y con un tejado muy elegante y bastante inclinado desde donde se podía oír el discurrir del agua en la lejanía.

—Bueno, esa capilla es todo un tesoro. Esas vidrieras son realmente únicas. ¿Te fijaste en Oliver? Se le caía la baba.

—Sí, me fijé en él —contesté—. Parecía muy emocionado, tanto que espero que no se deje llevar por la codicia. Seguro que ya está pensando en añadir esas obras a la Casa Westrum. ¿Crees que esas vidrieras necesitan ser restauradas?

—Un poco. Pero no mucho. Se encuentran en un estado de conservación sorprendentemente bueno. Toma —añadió, cogiéndome la mano—. Te lo he traído porque ya está acabado.

Colocó algo suave y redondo en la palma de mi mano, y, un segundo antes de mirar qué era, me acordé otra vez de mi sueño y del anhelo que este representaba. Me ruboricé, como si Keegan fuera capaz de leer mis pensamientos.

El objeto que tenía en la mano tenía la forma que le habíamos dado en el taller, donde los fuegos rugían en los hornos y el vidrio derretido pendía del extremo del tubo por el que soplaba. Los labios de Keegan se habían cerrado en torno a la boquilla, y con su aliento había dado forma al vidrio por dentro. Después, mis labios habían tocado el metal donde antes habían estado los suyos, mi aliento se mezcló con el suyo bajo el caluroso abrazo del vidrio. De ese modo, aquella esfera se expandió y creció. Era curva y pesada, y los colores se deslizaban por su superficie iridiscente como el aceite sobre el agua.

—Le he añadido una espiral, en la parte superior —me comentó—. Para que puedas colgarlo en algún sitio.

—Gracias. —Aquel vidrio curvo encajaba a la perfección en la palma de mi mano—. Me encanta tenerlo en la mano. Y es muy bonito.

—De nada —replicó, y a continuación posó la mirada sobre los campos del lago—. Ya que estamos aquí, he pensado en dar un paseo. ¿Me acompañas?

—¿Podemos hacerlo? ¿No estaremos pisando propiedad privada?

Keegan me sonrió.

—¿Acaso eso nos detuvo en el pasado, Lucy Jarrett?

Me eché a reír, y a continuación cruzamos ese campo repleto de flores silvestres hasta llegar a los árboles.

En cuanto nos abrimos paso a través de la maleza, en la zona donde el campo

daba paso al bosque, fuimos a parar a un espacio abierto, que recordaba mucho a un claro, donde los robles, arces y castaños habían alcanzado gran altura. Allí la tierra era arcillosa y mullida; además, estaba cubierta de hojas y de agujas de pino que amortiguaban y silenciaban nuestros pasos. Caminamos en silencio entre aquellos árboles. El viento meció las hojas de las copas, pese a que a nuestro alrededor no corría ni pizca de aire.

—¿Conoces este sitio? —le pregunté a Keegan, ya que caminaba con tal seguridad y tranquilidad que yo me había limitado simplemente a seguirlo.

—Nunca había estado aquí —contestó—. Aun así, me resulta bastante familiar, ¿verdad?

—Debe de ser cosa del subconsciente colectivo —bromeé.

—Tal vez.

Entonces, el terreno se inclinó levemente y el sonido distante del discurrir del agua nos impulsó a avanzar. De vez en cuando, los animales correteaban de aquí para allá sin que pudiéramos verlos, agitando las ramas más bajas de los árboles; la luz se filtraba por las hojas y proyectaba patrones cambiantes sobre el suelo del bosque. Un arbusto bullía de vida gracias a unos pajaritos marrones, que echaron a volar en diversas direcciones en cuanto pasamos junto a ellos. Me sentí como si me adentrara en un lugar encantado, un lugar atemporal. Llegamos al borde de un barranco no muy profundo, donde un arroyo discurría a gran velocidad sobre las rocas planas que se encontraban allá abajo, y decidimos seguirlo. Keegan se acercó a la orilla para poder vadearlo. Yo tenía las sandalias negras cubiertas de tierra y suciedad y lamenté llevar puesto el vestido negro en esos momentos, pero seguí avanzando. El silencio del bosque parecía una prolongación del silencio de la capilla y sus relucientes vidrieras. Era como si el mundo entero fuera un lugar sagrado, por el cual yo quería seguir avanzando, para poder comprobar dónde acababa aquel arroyo. Este se volvía cada vez más plano y ancho, y el agua se arremolinaba en charcas poco profundas. Me quité las sandalias y me adentré en el agua. Caminamos hasta que los árboles fueron dispersándose, hasta que el arroyo fue a parar al lago, donde desapareció.

—Lucy —dijo Keegan.

Estábamos metidos hasta las pantorrillas en esa fría agua. Él se volvió y acarició mi rostro con una de sus manos. Entonces, me besó con la misma seguridad y tranquilidad con la que había paseado por el bosque. Sus labios se posaron sobre los míos, como si no hubiera pasado el tiempo. Pensé en la mezcla de ruido y silencio del taller de cristalería, en la danza del fuego y le devolví el beso.

—No ha sido una buena idea —dije mientras me apartaba. Keegan era un poco más alto que yo; sus ojos, que estaban tan cerca de los míos, tenían una expresión cálida y cariñosa.

—¿Por qué no? He deseado besarte desde que volví a verte.

—Porque ya no vivo aquí —respondí.

—Pero aquí estás —replicó mientras me acariciaba el brazo.

—Ya.

Intenté pensar en Yoshi, me lo imaginé en nuestro pequeño patio o levantando pesas en la sala de estar con una capa reluciente de sudor en los brazos. Pensé en las calles empedradas, en las flores que caían de las vallas, en la tierra temblando. Todas esas imágenes pasaron como una exhalación por mi mente y desaparecieron, hasta que solo pude recordar la respuesta negativa y vacía de mi última llamada.

Una vez más, los labios de Keegan se posaron sobre los míos, y los míos en los suyos.

Recobré la compostura y me aparté. En la lejanía, se oyó el zumbido del motor de un barco.

—Lo estás fastidiando todo —le espeté.

—Lo sé —replicó, con una sonrisa—. A mí también me remueve. —Me volvió a acariciar el brazo—. Da igual, *Lucy in the Sky*. Volveremos y haremos como que aquí no ha pasado nada.

Pero, claro, eso no iba a ser posible. Mientras regresábamos, mientras nos encaramábamos a la ribera del arroyo y seguíamos nuestro propio rastro entre los árboles, permanecí atenta a lo que hacía Keegan. En un determinado momento, se detuvo en un claro y señaló un arbusto aplastado, donde se podían entrever las tenues huellas de unas pezuñas, y me imaginé a unos ciervos blancos reunidos allí, conformando un grupo tan denso como la nieve que lo cubría todo en invierno, repletos de vida, mágicos y silenciosos. Quería fingir que los años que habían pasado nunca habían tenido lugar, que Keegan y yo seguíamos viviendo en esa época antes de que papá muriera. Después, seguimos avanzando en silencio, caminando con sigilo primero por el bosque y luego por un campo abierto, más allá de la capilla silenciosa y cerrada a cal y canto. Aunque me imaginaba que esos ciervos debían de estar por todas partes, como si se tratara de suaves conejos, de veloces gacelas, tan blancos como la nieve, no llegamos a divisar ni uno solo.

—Keegan —le dije, mientras abría la puerta de su furgoneta, pero no se me ocurrió nada más que decirle.

Me sonrió, se despidió y se alejó en su vehículo.

Esa noche, en el patio, Andy le estaba sirviendo vino a mi madre... Sí, era mi madre, aunque me costó un segundo reconocerla, ya que llevaba el pelo muy corto, de un color gris plateado y peinado en punta. Iba vestida con una blusa de seda esmeralda con un cuello de estilo mandarín muy elegante, unos pantalones blancos y unas sandalias doradas. A pesar de que me sonrió en cuanto me vio y de que se levantó para abrazarme, me sentí desconcertada, como si me hubiera topado de repente con un par de extraños que estaban celebrando una cena íntima.

—Siéntate, Lucy —dijo Andy, mientras cogía la copa sobrante que habían colocado sobre la mesa y me servía un poco de vino. También iba muy elegantemente vestido, incluso llevaba corbata—. Estamos tomando una copa para celebrar que tu madre se ha librado al fin de esa escayola. Luego, iremos a Skaneateles. He descubierto que tu madre nunca ha tenido el placer de cenar en Doug's, que es, sin duda, el restaurante donde he podido probar el mejor pescado frito de toda mi vida. Después de cenar, he sacado entradas para ir a un concierto de violín que se va a celebrar en una iglesia que hay junto al lago. Si quieres, puedes acompañarnos. —Entonces, miró a mi madre, quien sonrió, mostrando así que estaba de acuerdo—. Estoy seguro de que podremos sacar otra entrada cuando lleguemos ahí.

Si bien les di las gracias, rechacé la invitación muy a mi pesar, puesto que Skaneateles siempre está precioso las noches de verano, donde el lago es de color azul turquesa claro y el pueblo conserva todo el encanto y esplendor que tenía a finales del siglo XIX.

—Aunque me parece un plan estupendo para pasar la noche —añadí, mientras anotaba mentalmente que algún día tenía que probar el pescado frito de Doug's; parecía un buen sitio al que llevar a Yoshi cuando llegara, si es que al final venía.

—¿Vas a volver a salir? —preguntó mamá.

—Tal vez —respondí sin concretar demasiado, a pesar de que sabía perfectamente que sí iba a salir.

Keegan me había llamado una hora antes y me había invitado a dar un paseo en barco, ya que se suponía que iba a hacer una buena noche. Le había contestado que me encantaría dar ese paseo y él me había dicho que vale, que se pasaba a recogerme, pero yo le dije que no, que nos veríamos en el taller de cristalería alrededor de las ocho en punto. Bajo esa conversación, aparentemente tan mundana, discurrían las fuertes corrientes subterráneas de nuestro paseo por el bosque, de nuestro beso en el arroyo, y debajo de eso se hallaban las corrientes aún más profundas de nuestro

pasado en común, de las noches que habíamos pasado cuando éramos adolescentes conduciendo como locos por el campo o navegando por el lago.

Me había pasado el día nadando y flotando sobre la balsa, pensando en las vidrieras de la capilla, que tenía muy presentes, y en las cartas que había escrito Rose. De vez en cuando, entraba en casa, en la oscura cocina (o eso me parecía tras haber estado bajo el sol brillante en el lago), para tomar un vaso de té helado y echar un vistazo a mis e-mails. Había recibido un mensaje breve de Yoshi que no me agradó demasiado, en que me informaba de su nuevo itinerario y no me contaba mucho más. Me quedé sin saber cómo le había ido en las reuniones o cuándo pensaba ir a la isla. Por una parte, me sentí preocupada, pero, por otra, aliviada. El beso que nos habíamos dado Keegan y yo en el arroyo me había dejado muy descolocada, ya no sabía qué estaba haciendo ni qué quería, ya ni siquiera confiaba en mí ni en mis motivaciones. Me dio la sensación de que era mejor que no hablara con Yoshi, de quien me separaban una gran cantidad de kilómetros, hasta que no hubiera aclarado realmente cuáles eran mis sentimientos.

Cada vez que apagaba el ordenador, sentía esa mezcla de decepción y alivio. Volví a salir afuera y releí algunos pasajes de las cartas de Rose, intentando ponerme en su lugar, intentando comprender sus sueños y luchas. Se debió de sentir muy furiosa y abandonada cuando se encontraba sola en esa iglesia, con ese pesado cáliz en las manos; se debió de sentir tan sola y asustada que decidió traicionar lo que más quería al ocultar esa copa de plata entre los pliegues de su falda y salir huyendo de allí.

Ellos habían renunciado a muchas cosas para poder hacer aquel viaje: dejaban atrás a sus amigos y su familia, todo cuanto habían conocido. Vinieron a América en busca de prosperidad, de una oportunidad para rehacer sus vidas, pero, si bien desde mi perspectiva histórica eso era muy lógico, daba la impresión de que Joseph y ella habían acabado siendo solo unos meros sirvientes, al menos en esos primeros años. Resultaba muy fácil imaginarse a Rose sentada en un rincón de la habitación, donde se celebraba una reunión o una sesión de té, escuchando esas charlas sobre igualdad de derechos que conmovían su corazón mientras mantenía la cabeza gacha y se dedicaba a coser y zurcir. Quizá se quedaba levantada hasta tarde por las noches para leer los panfletos y las revistas que recogía, que le resultaban impactantes y cautivadores, que releía una y otra vez, hasta que llegó la mañana de la manifestación y algo se quebró en su interior; dejó los guantes sobre los arbustos y se unió a esa marcha de mujeres sin pensar en las consecuencias, sabedora de que esa iba a ser la única oportunidad para que su voz fuera escuchada por el resto del mundo.

—Por tu madre —brindó Andy, posando la botella sobre la mesa a la vez que alzaba su copa—. ¡Por haberse librado de la escayola!

Mamá se rio y negó con la cabeza. Acto seguido, alzó su copa con el brazo ya curado y todos dimos un sorbo a nuestro vino.

—Bueno, me alegro de habérmela quitado —afirmó mientras sostenía entre los

dedos el delicado pie de la copa. Los reflejos de luz procedentes del agua conformaron una serie de patrones brillantes sobre la mesa—. Aunque, si no hubiera sido por ese accidente, no nos habríamos conocido, ¿verdad, Andy? Así que no puedo lamentarlo del todo.

Ambos esbozaron una sonrisa cómplice y yo di un buen trago a mi copa de vino.

—Cielo —dijo mamá, volviéndose hacia mí—. ¿Seguro que no quieres venir con nosotros? Va a ser muy divertido. Además, tengo la sensación de que apenas nos hemos visto, a pesar de que ya llevas aquí más de una semana. Antes de que te des cuenta, Yoshi estará aquí. Qué ganas tengo de verlo. Aunque, por otro lado, me da pena que venga, ya que sé que entonces quedará muy poco tiempo para que te vuelvas a ir. Por cierto, ¿cuándo llegará?

—En teoría, llegará el sábado —contesté, tras decidir que no iba a mencionar que Yoshi había mostrado ciertas dudas sobre si venir o no la última vez que hablamos.

Había procurado no volver a pensar en nuestra última conversación, que tenía todas las trazas de que iba a concluir en ruptura por la forma en que había dejado que se abriera una brecha entre nosotros que justificara más tarde que yo decidiera dejar la relación. Aun así, se trataba de Yoshi; me había imaginado compartiendo una vida distinta con él. El tiempo que habíamos pasado juntos en Yakarta, el lánguido romance que habíamos vivido y la vida que habíamos llevado en la casa del río, repleta de calma y plena, había sido lo más cerca que había estado jamás de ser totalmente feliz, aunque he de reconocer que nuestra vida en Japón no había sido tan apacible. Yoshi me dijo una vez que yo siempre estaba huyendo de todo, y quizá eso fuera cierto. Desde que había llegado, me había olvidado de todo lo que sentía por Yoshi y había recibido con los brazos abiertos todas las distracciones que me brindaban la fascinante historia de Rose y la dramática lucha por el control de esas tierras. Además, no podía olvidarme de Keegan. ¿Adónde quería llegar con él? ¿Acaso quería iniciar una nueva relación? Eso de romper con alguien y pasar a otra cosa era una rutina que yo había seguido con demasiada frecuencia. Sin embargo, ahora que Yoshi dudaba entre si venir o no, me hallaba sumida en una honda tristeza, lo cual me sorprendió.

Andy insistió de nuevo en que los acompañara y yo volví a declinar la invitación, aunque seguí sin mencionar que ya tenía planes para esa noche, como si aún tuviera diecisiete años.

No obstante, no tenían prisa por irse; todavía era temprano. Andy me preguntó qué me había parecido la capilla. Entonces, entré en casa para coger las fotos que había hecho durante la visita de aquella mañana y que había impreso. Hacía frío en esas habitaciones envueltas en penumbra, en comparación con el brillante patio; entonces, la puerta mosquitera se cerró con un golpe seco y el murmullo de sus voces me siguió. En ese instante, me di cuenta de que la vida pura y sencilla que yo recordaba que había llevado en esa casa había quedado atrás hacía muchos años.

De vuelta en el patio, extendí las fotos de las vidrieras por la mesa de cristal.

Aunque no llegaban a capturar ni por asomo el esplendor de aquella capilla, eran muy hermosas. Andy y mamá se las fueron pasando e hicieron comentarios sobre los colores y la maestría con que estaban hechas, así como sobre que eran un hallazgo extraordinario. Andy señaló que deberían organizar visitas guiadas y mamá se mostró de acuerdo.

—Supongo que todo dependerá de quién acabe siendo dueño de esas tierras —dijo mamá, pensativa, mientras seguía examinando las fotografías—. Aunque quizá incluso un promotor inmobiliario podría llegar a apreciar su valor y mantener la capilla intacta. Como si se tratara de una pieza más de su proyecto situada justo en su centro. Me puedo imaginar a Art haciendo algo así, ¿no? ¿Se podría utilizar aún como iglesia?

—Fue secularizada —respondí.

La idea de que la capilla pudiera acabar rodeada de un montón de mansiones caras, que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista, me llenó de una especie de rabia impotente. No porque sintiera que esas vidrieras me pertenecieran, como le sucedía a Oliver, sino porque de verdad pensaba que esas vidrieras deberían ser mantenidas al margen de todo, deberían ser apreciadas por algo más que su mero valor en términos económicos.

—Bueno, al menos, eso es lo que dice Suzi. Supongo que hay una liturgia especial para hacer eso. No obstante, una iglesia puede volver a ser consagrada, o eso parece. Tengo la impresión de que la jerarquía eclesiástica quiere recuperarla. Espero que lo consigan. Porque lo cierto es que no creo que Art sea capaz de apreciar esas vidrieras. Al menos, no como deberían ser realmente valoradas —añadí.

—Es normal que la Iglesia quiera recuperar esa capilla. Y no solo porque posea unas obras muy bellas, sino porque esos terrenos deben de valer una fortuna —apostilló Andy, ignorando totalmente mi comentario sobre Art y demostrando que no había entendido nada de lo que había querido decir.

—Seguro —admitió mamá—. Solo el terreno vale lo suyo.

Ese comentario volvió a despertar mis temores sobre qué planes tenía mamá con respecto a la casa. Esperaba que no utilizara la capilla como excusa para venderle la tierra a Art. Quise hacer un comentario al respecto, pero, como Andy estaba presente, no podía. Y quizá no debería hacerlo de todos modos: no era asunto mío, tal y como ella y Blake me habían transmitido con suma claridad.

Apuraron sus copas de vino y me invitaron una vez más a acompañarles. Me despedí de ellos desde el porche mientras arrancaban el coche. Recogí la ropa del tendedero y la subí a la planta de arriba, donde me pasé media hora poniendo todo en orden, colocando las notas sobre Rose en el escritorio como si se tratara de un trabajo para la escuela. Después, me puse unos vaqueros y unas sandalias con tacones —que no había usado en mucho tiempo y que encontré en el fondo de mi armario—, y me marché. Me alegré de poder alejarme por fin de la casa y de la bandeja de entrada vacía de mi correo electrónico. Bajé del todo las ventanillas del Impala, y el aire que

entraba a gran velocidad por ellas me enmarañó el pelo. En cuanto llegué al pueblo, tuve que frenar e ir mucho más lenta porque había mucho tráfico. Aparqué detrás de Dream Master y crucé el solar repleto de gravilla para dirigirme al muelle.

Keegan me estaba esperando con las manos metidas en los bolsillos de sus bermudas, mientras contemplaba el canal que a lo lejos se curvaba y desaparecía entre los árboles. En el canal, el cielo estaba despejado y reinaba la calma, las aguas turbulentas que habían surgido tras la lluvia ya habían desaparecido. Intenté no pensar en Max contemplando la espuma de esas aguas revueltas. Desde lejos, Keegan parecía casi tan joven como en el instituto, aunque su motocicleta había sido sustituida por una furgoneta con airbags laterales, y su chaqueta de cuero, por una cazadora. Le saludé, sonriendo como si volviera a ser una adolescente. Gracias primero a las discusiones sobre la casa y después a ese beso en la orilla, había caído en sus garras, me había lanzado de cabeza al mar de las dinámicas del pasado, que creía que había dejado atrás. Keegan me ofreció la mano para ayudarme a subir a la barca. Se colocó tras el timón y arrancó el motor; acto seguido, la barca avanzó traqueteando lentamente por el canal en dirección al lago. La gente paseaba por los alrededores, cogidos de la mano, o comiendo un helado; algunos de ellos nos saludaron desde la acera. Pasamos bajo un puente y luego dejamos atrás el puerto deportivo. Blake se encontraba en la cubierta de su barco y le saludé mientras nos deslizábamos hacia aguas abiertas. Sentí arrepentimiento por haber revelado su secreto. Me había enfadado con él por el tema de los terrenos, y con mi madre también. Había hablado sin pensar. Mi hermano nos devolvió el saludo y, entonces, Keegan pisó a fondo el acelerador. Prácticamente, salimos volando, rebotando sobre las olas. Él se sentía muy tranquilo, muy cómodo con la velocidad a la que viajaba por el lago, como si fuera un atleta que hubiera nacido para practicar ese deporte, de esos que parecen convertirse en unos seres distintos cuando nadan, saltan o corren. Keegan siempre había sido así cuando se subía a un barco.

Estaba atardeciendo cuando partimos, de modo que las lujosas casas y las peculiares marcas que salpicaban aquella tierra se fueron desvaneciendo bajo la penumbra crepuscular. El cielo ya se había sumido en la oscuridad para cuando Keegan decidió aminorar la velocidad en medio del lago. Hacía una noche clara y despejada, las estrellas brillaban intensamente y, a pesar de hallarnos en aguas profundas, la superficie de esa parte del lago seguía tan en calma y lisa como en sus otros rincones.

—¿Tienes sed? —me preguntó, a la vez que abría la nevera que se hallaba a sus pies y sacaba de él una botella de vino.

—Sí, me apetece un trago, gracias. Hace una noche muy bonita.

—No podría ser mejor —admitió.

Abrió la botella y sirvió el vino en unos vasos de plástico. Allí nos quedamos, flotando en el lago sin hablar, inmersos en un confortable silencio, mientras la noche se iba tornando más profunda a nuestro alrededor. «Cuando una está en un barco, no

está en ninguna parte», había escrito Rose.

No sé si fue por la oscuridad, o por la paz que reinaba en el ambiente, pero acabé contándole a Keegan mis sueños, le hablé de las cosas que había perdido entre el follaje y los árboles y que no pude recomponer cuando al fin las hallé, del monedero que había perdido hacía mucho tiempo y que me habían guardado durante muchos años, en cuyo interior se encontraba mi identidad.

—En su día, tuve sueños similares —me confesó—. Aunque no eran exactamente iguales. Los tuve en esa época en la que fui mucho de aquí para allá, tras licenciarme en Bellas Artes, antes de volver aquí. Iba a bordo de un barco hacia México. Me había montado en él en California. Era un carguero, y me dieron trabajo y, aunque en esa época ya sabía hablar español lo bastante bien como para hacer lo que me pedían o bromear un poco con el resto de la tripulación, no lo dominaba como para confraternizar con ellos cuando se reunían por las noches a tomar unas copas. No obstante, he de reconocer que había un par de extranjeros más entre la tripulación, pero, como tampoco dominaban demasiado el inglés, me pasaba solo gran parte del tiempo. En medio del mar, no había mucho que hacer, así que aproveché para leer un par de libros que se me había ocurrido llevar. Me dediqué a leer y pensar. Me limitaba a trabajar, dormir y soñar.

»En esa época, empecé a tener un sueño recurrente. Al igual que en los tuyos, me veía en un bosque, aunque yo siempre estaba siguiendo un sendero, pero cada vez había más árboles y el camino resultaba cada vez más difícil de seguir. Entonces, siempre llegaba un momento en que miraba hacia abajo y me daba cuenta de que ya no era humano, me había transformado en un animal. Cada noche era uno distinto. Un lince, un lobo, una pantera..., una criatura feroz que buscaba algo.

—Y ¿qué pasó? ¿Cuándo acabaron?

—Acabaron en cuanto llegamos a México. Desembarqué y me acerqué a un autobús, que pertenecía a una compañía llamada Línea de Los Lobos. Lo consideré una señal y me subí a él. Me bajé en la última parada, que era un hermoso pueblo de las tierras altas. Me quedé allí un año entero. Me enamoré, aprendí a hablar bien el idioma. Hasta que recibí la noticia de que mi madre había enfermado. Entonces, regresé.

Asentí y tomé un poco más de vino. Me pregunté de quién se habría enamorado Keegan desde que le perdí la pista. Por muy bien que le conociera, tenía que admitir que desconocía muchas cosas sobre su vida.

—Así que volviste —dije—. Y ¿cómo te sentiste al principio, al regresar a tus raíces?

Las olas acariciaban el barco y Keegan apuró su copa antes de contestar.

—La verdad es que ni me lo planteé. No pensé que volvía para quedarme. Era algo que pensaba que iba a ser provisional. Pero conocí a Beth. Por aquel entonces, siempre le decía que no tenía intención de quedarme, que no quería sentar cabeza. —Soltó una breve carcajada—. Beth es muy buena persona. No se merece muchas de

las cosas que le hice cuando mi madre murió. Me dejé llevar por la tristeza, por una sensación de que había tomado una decisión equivocada en algún momento y había acabado llevando una vida que no era la que yo quería. Y a propósito de los sueños: hacia el final de mi matrimonio, después de que Max naciera, soñé una y otra vez que salía por la puerta de casa y me transformaba de nuevo en un lince que vagaba por una ciudad desconocida.

—Entonces ¿crees que los sueños son importantes?

—Oh, sí. Los iroqueses se toman los sueños muy en serio. Consideran que son los deseos secretos del alma, lo que desea nuestro corazón, por así decirlo. Quizá no todos los sueños, sino solo los importantes. Y, cuando son recurrentes, pienso que son importantes. Mientras viví en aquel pueblo, seguí soñando con el lince. Por las noches, en mis sueños, me veía corriendo por una jungla o nadando en un río. Eso sucedió en una época en la que dejé de hacer trabajos de tipo creativo. Ese lince me seguía llevando a campos donde crecían cosas, o a ríos donde los peces saltaban del agua y se acumulaban en la orilla. Así supe que debía volver a hacer algo creativo, a una vida dedicada a hacer cosas. No era solo que los sueños me indicaran que subiera a un autobús, o que me marcaran adónde debía ir por el mundo en el plano físico, sino que también me guiaban a nivel espiritual. Como pude comprobar cierto tiempo después.

Nos encontrábamos muy cerca de la parte central del lago. Bajo aquella masa de agua, se encontraba el fondo a cien, ciento veinte, ciento cincuenta metros de profundidad, adonde ni siquiera llegaba un rayo de luz en pleno mediodía. Por un segundo, me sentí sobrecogida al imaginarme la gran cantidad de agua que había ahí abajo y la gran cantidad de aire que había en el cielo; me vi muy pequeña y frágil, flotando en medio de todo ese espacio. Entonces, pensé en mis sueños, en los que mis esferas perdidas de cristal se licuaban y se hacían pedazos.

—No sé qué decirte. Mis sueños suelen ser bastante absurdos.

—Quizá eso se deba a que no has soñado demasiado —sugirió.

—Tal vez no.

En ese instante, me puse a pensar en Japón, en los rostros de toda esa gente flotando justo por encima del agua, en la tierra que temblaba, en la manera en que me había despertado, paralizada por la responsabilidad que había sentido de tener que arreglar todo cuanto estuviera mal. Seguimos navegando a la deriva por un tiempo, sumidos cada uno en nuestros propios pensamientos.

—Nunca le había contado estos sueños a nadie —dijo Keegan un buen rato después.

—Creo que yo tampoco.

Lo cual era cierto. Yoshi nunca me había preguntado de qué trataban esos sueños, sino que, siempre que me despertaba de uno de ellos, se había limitado a darse la vuelta y abrazarme.

—Eso está bien. No se pueden compartir a la ligera. Hay que tener cuidado.

Pensé en Rose, quien reveló el sueño más importante de su vida entre las ruinas de aquel monasterio, y en Joseph, cuyos sueños eran una red con la que pretendía atrapar el futuro.

—Después de que tu padre muriera, solía coger el barco y me quedaba navegando un rato cerca de tu casa. Observaba cómo la gente iba de una habitación iluminada a otra, con la esperanza de verte aunque solo fuera fugazmente —confesó Keegan.

—¿De veras?

No le veía la cara en la oscuridad, así que no podía saber cómo se sentía, aunque entonces recordé que la sensación de pérdida y culpa lo había dominado todo en aquella época, haciendo que me resultara imposible sentir nada más. Pensé en las cartas, en Rose escribiendo sobre lo que pensaba momentos antes de robar el cáliz de la iglesia: «Esa noche, sin embargo, me sentía tan deprimida que no podía sentir nada más aparte de tristeza». Al mirar atrás, me di cuenta de que yo también me había sentido así, durante muchos años, me había cerrado en mí misma, había intentado enterrar la tristeza y el pesar bajo el peso de los días repletos de aventuras y cosas que hacer para no sentirme abrumada por la intensidad de esas emociones. Ahora, un hondo pesar se había adueñado de mí; era como si hasta ahora hubiese estado caminando sobre una fina capa que se hubiera formado sobre la superficie de esos sentimientos. Pero esa capa se había roto y había caído de repente en las oscuras profundidades que me aguardaban bajo ella.

—Pues sí. Aunque no hice eso mucho tiempo. Solo durante un par de semanas.

—Lo siento mucho.

—¿Estás llorando? Mira, Lucy, no quiero que te sientas culpable de nada. Solo quería que supieras que, en esos momentos, pensé en ti.

—Lo sé —repliqué secándome las lágrimas—. Además, no estoy llorando.

—Sí lo estás.

—El pasado, pasado está. Aun así, recordar esa noche me sigue resultando muy difícil, ya que le doy muchas vueltas a lo que podría haber pasado y a lo que pasó en realidad. Papá estaba en el jardín cuando me dejaste en casa. Fue la última vez que lo vi.

—Lucy.

A continuación, Keegan me cogió de la mano y no dijo nada más.

Un minuto después, recobré la compostura y me sequé las lágrimas.

—He descubierto bastantes cosas sobre Rose —dije para cambiar de tema.

Luego, hablamos un poco sobre la capilla y sobre sus luminosas y misteriosas vidrieras, que tanto nos habían impresionado a ambos. Hablamos sobre Suzi y Oliver y sobre qué iba a pasar con aquellos terrenos. Le conté más cosas sobre Rose, le hablé de sus sueños, de que había intentado entender su vida y de que al intentar reconstruir su pasado me había dado cuenta de que su vida se entremezclaba con la historia de esa capilla repleta de vidrieras.

—El viernes voy a ir a Seneca Falls —le comenté—. No sé si voy a descubrir

algo más allí. Quizá ya no haya nada más que investigar. Pero espero poder saber cómo acaba esta historia, o, al menos, hallar otra pieza del rompecabezas.

—Y luego ¿qué harás? —inquirió Keegan—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—Me quedaré hasta que venga Yoshi. Luego, ya veremos.

El agua acarició levemente la superficie del barco. En esos instantes, estábamos sentados en la parte posterior, cerca del trampolín, y pude sentir el intenso magnetismo de Keegan, que se encontraba justo a mi lado, así como el tenue calor de su cuerpo en el aire nocturno.

Me acarició el brazo y acabó apoyando una mano sobre mi hombro. En ese instante, me sentí muy tentada de rendirme a las poderosas corrientes del deseo, de regresar a esa forma tan familiar de ser y actuar, a esa época pasada, cuando Keegan y yo todavía vivíamos totalmente despreocupados y nos adentrábamos en la oscuridad impregnada con el aroma del lago como si fuéramos a vivir de ese modo para siempre. Pero eso era imposible. Había pasado muchísimo tiempo, habían pasado demasiadas cosas. Además, él tenía su vida en el pueblo y yo no.

—Vamos, nademos un poco —dije, mientras me echaba hacia atrás y me quitaba la camisa por la cabeza.

Llevaba debajo un traje de baño. A continuación, me quité los pantalones cortos. Antes de que él pudiera responder, yo ya estaba en un extremo del barco. De inmediato, me tiré y caí al agua de forma limpia. El agua se cerró a mi paso y me zambullí a bastante profundidad. Descendí y descendí, intuyendo la profundidad por el frío, ya que allí no había ninguna luz que permitiera ver algo.

Me pregunté qué encontraría en el fondo si pudiera descender lo suficiente, qué restos descubriría esparcidos por el paisaje subacuático bajo toneladas de agua. Rocas, lodo y musgo, y los rápidos movimientos de los peces oscuros rozándome la piel; o tal vez ese barco restaurante que se hundió hace mucho tras incendiarse; quizá los platos, tenedores y vasos que esa gente sostenía en las manos cuando vieron las llamas y saltaron del barco. Quizá sus crinolinas y corsés, sus zapatos y botas, de los que se despojaron para poder nadar hasta la orilla. Quizá la caja de aparejos de mi padre, o ese avión que se había hundido allí hacía cincuenta años, que atravesó la superficie de esas claras aguas justo después de despegar, cuyos cadáveres fueron arrastrados por las corrientes a kilómetros de distancia y acabaron emergiendo a la superficie. O quizá hallaría los picahielos y las hachas que pertenecieron a esa gente que en pleno invierno estaba cortando gruesos bloques de hielo para los almacenes de hielo cuando el lago congelado tembló y se agrietó bajo el peso de sus trineos; todos cayeron a las gélidas aguas, los hombres envueltos en sus gruesos abrigos y los caballos con sus arneses, y el trineo se hundió a plomo hasta el lodazal del fondo, arrastrando a todos consigo.

Empecé a sentir cierta opresión en los pulmones mientras me veía rodeada de oscuridad. Daba igual que tuviera los ojos cerrados o abiertos, el mundo seguía siendo igual. El pánico se apoderó de mí. Tuve que obligarme a permanecer quieta, a

dejarme llevar por el agua por un segundo para poder reorientarme, ya que no había ninguna luz que pudiera guiarme. Moví las piernas con más fuerza, y subí, o, al menos, eso esperaba, pues rezaba por estar ascendiendo y no descendiendo. Cada vez sentía más y más pánico porque no podía ver, porque no sabía cuánto quedaba hasta la superficie, porque no sabía cuándo podría respirar de nuevo. De repente, emergí y eché la cabeza hacia atrás para poder inhalar el aire de aquella hermosa y clara noche.

—Maldita sea, Lucy —me espetó Keegan.

Él también estaba en el agua. Tuvo que dar unas cuantas brazadas para alcanzarme. Entonces, me dio un flotador cuya goma aún estaba caliente por haber estado todo el día expuesta al sol.

—Has estado ahí abajo tanto tiempo que he pensado que podías haber muerto.

—Gracias —repliqué, respirando ya con más calma.

—Eh —dijo mientras flotaba a mi lado. A continuación, cogió el flotador con una mano, acercó su rostro al mío y me preguntó—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, enseguida lo estaré. Estaba muy oscuro ahí abajo. No sabía dónde estaba la superficie.

Como estaba batiendo las piernas para mantenerse a flote, me rozó la pantorrilla con una de ellas. Entonces, pude sentir la tela de sus pantalones cortos acariciándome la pierna.

—Lo siento —me dijo.

Estaba provocando pequeñas corrientes que ondulaban el agua a mi alrededor. En ese instante, recordé lo que Yoshi me había dicho una vez, que creía que yo siempre intentaba controlarlo todo, pero que, en cuanto me daba cuenta de que era incapaz de hacerlo, me encerraba en mí misma. Pero ¿de qué huía en esta ocasión? ¿Del pasado, de la vida que se había labrado Keegan aquí, una vida plena y sólida, cuyas raíces se hundían en este lugar? ¿O acaso estaba huyendo de Yoshi?, ¿o de mí misma?

—No te has quitado la ropa para tirarte al agua —fue lo único que acerté a decir.

—Pues no. Es que me ha parecido que era una emergencia.

«A veces, la soledad es una situación de emergencia», pensé, y volví a acordarme de Yoshi, de lo generoso que había sido conmigo, de la paciencia que había tenido para soportarme durante el largo tiempo en que yo aún mantenía a raya mis penas y arrastraba la pesada carga de mi tristeza.

Volví a notar la pierna de Keegan; esta vez, me acarició ligeramente toda la pierna. Sus ojos brillaban de júbilo.

—Esta vez no lo siento —afirmó.

No quería seguir pensando, solo quería volver a esa época, antes de que todo cambiara. Así que giré el flotador para poder besarle como nos solíamos besar entonces, en los campos o en el lago, sumidos en la oscuridad. La única diferencia era que ahora el agua corría entre nosotros, nos rodeaba y cada movimiento que hacíamos, la agitaba. Me acarició el brazo y la pierna, y las pequeñas olas que nos mecían se movieron en respuesta a sus caricias. Entonces recordé que solíamos jugar

a ese juego en las largas noches de verano; nos retábamos para comprobar cuánto podíamos permanecer bajo el agua, donde cada caricia resultaba más intensa al no poder ver.

Le rodeé el cuello con un brazo y él, a su vez, me rodeó la cintura con uno de los suyos. De repente, soltó el flotador y yo hice lo mismo, y nos sumergimos suavemente bajo la superficie, sin dejar de besarnos, dejándonos llevar por la oscuridad. No nos hundíamos, no flotábamos, simplemente estábamos abrazados, procurándonos calor el uno al otro, sumidos en la oscura noche del lago, donde sus caricias eran tan delicadas como el roce del agua. Mis pensamientos dejaron atrás los trineos y los barcos hundidos, los detritos de vidas destrozadas. Me olvidé de las mujeres de las vidrieras, de las cosas que estas sostenían, de las historias que contaban. Entonces, mis pensamientos se centraron en Max, lo recordé muy tranquilo sobre aquellas aguas turbulentas, a un solo paso de caerse. Pero enseguida dejé de pensar en él y mis pensamientos se centraron en mi padre, que se encontraba en su barca, que apenas resultaba visible bajo la luz del alba, como si se tratara de una silueta o una figura surgida de un negativo. Entonces, se cayó, se golpeó en la cabeza y se hundió más y más en estas mismas aguas, y nunca, nunca regresó.

Todas mis pesadillas se encontraban en el fondo de ese lago, todo cuanto había perdido a lo largo de mi vida estaba allí. Me aparté de Keegan y volví a la superficie, donde inspiré con fuerza el aire claro de la noche. Así se debe de sentir uno cuando nace, cuando abre la boca y siente el aire en sus pulmones por primera vez.

Keegan emergió un instante después y sacudió la cabeza para apartarse el pelo empapado.

—Lucy —murmuró.

Y yo repliqué:

—No puedo, Keegan. No puedo.

Fui nadando hasta el barco y subí a bordo por la estrecha escalera metálica. Keegan me siguió y se sentó frente a mí, tan cerca que nuestras rodillas se tocaron.

—¿Estás segura? —preguntó.

Yo asentí. Por primera vez en muchos años, tenía las cosas claras.

—No quería que acabase —afirmé refiriéndome tanto a ese último beso que nos habíamos dado rodeados por la oscuridad de las aguas del lago como a la época en que estuvimos juntos cuando éramos jóvenes e inconscientes, cuando creíamos que todo sería así para siempre—. Pero creo que tenía que acabar.

—¿De verdad?

Me cogió ambas manos. Al estar mojados, tanto los pantalones como la camisa se le habían quedado pegados al cuerpo. No se había quitado los zapatos en ningún momento. Debía de haberle dado un susto de muerte para haberse lanzado detrás de mí sin quitarse nada. Entonces, añadió:

—Porque siempre he pensado que, si tu padre no hubiera muerto, quizá hubiésemos... Mira, siempre pensé que acabaríamos juntos.

—Lo sé. Yo también solía pensar lo mismo, de veras. Pero iba a irme, Keegan. Durante toda aquella primavera, me estuve despidiendo de todo. Si mi padre no hubiese muerto, también me habría ido.

Recordé que, a lo largo de esa última primavera, cuando vivía la vida loca con Keegan a la vez que me encaminaba en todo momento hacia un futuro en el que sabía que él no tendría cabida, pues había elegido una universidad que se encontraba a cinco mil kilómetros de distancia, me había dominado una gran inquietud.

—Te ha ido muy bien en la vida —aseveré con toda la sinceridad del mundo, mientras pensaba en el vidrio aumentando de tamaño, en el fuego, en la elegancia y pulcritud con que estaba diseñado su apartamento, que había construido en un espacio que una vez estuvo desierto y repleto de escombros.

Esbozó una sonrisa un tanto triste.

—Tengo una buena vida. Muy buena, en realidad.

—Y Max... es un chico maravilloso. No habrías tenido a Max si hubiéramos acabado juntos.

Asintió. Un minuto después, me soltó las manos y posó las suyas sobre sus muslos.

—En eso tienes razón.

Permanecimos callados un momento, mientras las olas acariciaban el barco.

—¿Cuándo vendrá tu novio de Japón? —inquirió Keegan.

—Yoshi llegará el sábado.

—Muy bien —dijo asintiendo. Entonces, clavó la mirada en la lejanía, en el oscuro lago—. No lo traigas al taller de cristalería, ¿vale?

—Vale —respondí, a pesar de que me dolía en el alma pensar que un gran número de puertas se acababan de cerrar, que un gran número de posibilidades acababan de ser descartadas para siempre. Y todo por pensar en Yoshi, quien quizá, al final, no vendría a verme aquí, después de haber viajado yo hasta tan lejos; Yoshi, quien no me había llamado y solo me había enviado un escueto e-mail en los dos últimos días.

—Vale —dijo Keegan, volviendo a mirarme. A continuación, se me acercó y me acarició suavemente la mejilla con la palma de la mano—. Vale, *Lucy in the Sky*. Creo que es hora de volver a tierra firme.

No volvimos a cruzar palabra en todo el largo viaje de vuelta. Una vez en el muelle, Keegan me ayudó a desembarcar y le di un abrazo rápido e incómodo, teñido de remordimiento a pesar de que era consciente de que había hecho lo correcto. Él centró su atención en el barco y yo me alejé; dejé atrás el taller de cristalería y Dream Master, que se alzaba imponente, con el estrellado cielo nocturno de fondo y proyectando su sombra sobre todo, incluso en plena oscuridad, y me metí en el coche.

Cuando llegué a casa, vi que mamá me había dejado una nota en la encimera. «Yoshi ha llamado. Llámale», decía la nota.

También tenía un mensaje en el móvil, pero no lo escuché. Fuera lo que fuese podía esperar hasta mañana. Estaba demasiado cansada como para llamarle en ese

momento. Aún me dolían los pulmones. Subí al dormitorio sin encender las luces y me metí en la cama sin quitarme la ropa aún mojada. Me quedé ahí quieta, en medio de la oscuridad, como cuando había estado en el agua, dejándome llevar hasta que, al final, me dormí.

Me desperté con el sol dándome de lleno en la cara y me quité la manta de encima. Había estado soñando con Rose. En mi sueño, ella caminaba vestida con los mismos colores diáfanos de las vidrieras y tenía las manos pálidas, translúcidas. Mientras me duchaba y vestía, recordé todo cuanto había ocurrido la noche anterior. Me había quedado una extraña sensación de vacío, como si me hubiera liberado de una pesada carga que hubiera estado llevando conmigo todos aquellos años en todos mis viajes. Volví al dormitorio y llamé a Yoshi, que respondió al segundo tono. Me tumbé sobre la estrecha cama y cerré los ojos. Al oír su voz, me invadió una sorprendente sensación de alivio, ya que me recordó el sereno transcurrir de nuestros días y el compás regular de su respiración en el dormitorio por las noches, a pesar de que nos halláramos sobre una tierra tan inestable.

—Hola —dije—. ¿Qué tal? ¿Dónde has estado?

—Ya he vuelto al hotel —respondió—. Tengo que coger un vuelo temprano. ¿No recibiste mi mensaje?

—Es que salí anoche. Y se me agotó la batería del móvil.

Lo cual era cierto, pero también era cierto que había evitado conectarme a Internet y que no me había molestado en cargar la batería del móvil.

—Por cierto, he estado en la isla, donde no había Internet, lo cual está bien para variar. He de reconocer que allí sigue todo precioso. Neil y Julie te envían recuerdos.

—Ojalá hubiera podido estar allí contigo —comenté.

El agua de ese mar, donde los peces de intensos colores nadaban como centellas entre los jardines de coral, era muy clara. En ese mundo reinaba un silencio total que solo quebrantaba el susurro de las burbujas de las botellas de aire comprimido. Había aprendido a bucear en la universidad y, cuando nos conocimos, logré convencer a Yoshi de que me acompañara a una clase de buceo. Él no creía que le fuera a gustar, pero después de la primera inmersión se quedó enganchado a este deporte.

—Mañana pasaré a recogerte por el aeropuerto. Llegas al mediodía, ¿verdad?

—Eso es. Hago escala en Tokio y luego en Nueva York. Después paro en Rochester. Oye, ¿hace calor allí? Porque no he traído mucha ropa y la escogí pensando en el clima tropical de aquí.

—Aquí no hace mucho calor —contesté—. Pero no te preocupes. Aquí también tenemos tiendas de ropa.

Se rio. Su risa grave y familiar hizo que yo también me echara a reír, a pesar de que las lágrimas asomaron a mis ojos, pues me alegraba mucho volver a hablar con

él.

—Me alegro de que vengas —le confesé—. Creía que al final ibas a cambiar de idea. Lamento haber estado tan distraída últimamente.

Sabía que tenía que contarle lo que había ocurrido con Keegan, pero quería hacerlo en persona.

Entonces, se quedó callado un instante.

—Yo también me alegro de ir para allá —aseguró—. Me vendrá bien el cambio.

—Seguro... Bueno, ¿qué tal te ha ido? ¿Alguna novedad? —pregunté—. ¿Pasó algo en tus reuniones?

—Sí, pero son solo cosas de trabajo muy aburridas —respondió.

—¿Has estado negociando el tema del puente?

—Sí. Lo del puente sigue adelante. O, al menos, eso tengo entendido.

Entonces, me quedé esperando a que siguiera hablando.

—Bueno, pensaba decírtelo en persona. Pero supongo que también puedo contártelo ahora. Lo dejo, Lucy. Ayer presenté mi carta de dimisión.

—¿De veras? —fue lo único que acerté a decir de lo estupefacta que estaba.

—Sí. Creo que era la única salida posible. No podía dar mi apoyo a la decisión que se ha tomado sobre el puente. Además, tengo muy claro que, si seguía siendo la voz discordante, me habrían acabado despidiendo.

—Pero ¿cómo te van a despedir? Eres muy bueno.

—Sí, soy bueno, eso es cierto, pero también es cierto que no estaba de acuerdo con el resto. Lo cual implicaba, desde el punto de vista de la dirección, que era un elemento problemático que no estaba dispuesto a trabajar en equipo. Tres personas distintas me comentaron lo mismo cuando iba a las reuniones de Yakarta: que debía reconsiderar mi futuro. Así que, después de la última vez que hablé contigo, me replanteé mi futuro. Me fui a dar un largo paseo por la noche, por esa calle donde hay un mercadillo nocturno, ya sabes. Mientras caminaba, pensé que no me veía en el futuro en un trabajo en el que no podía dar mi opinión sincera sobre cosas que realmente me parecían importantes. En la reunión, defendí la opción de desviar el puente y, después de esa misma reunión, presenté mi carta de dimisión. Creí que no la iban a aceptar, pero no lo dudaron. Así que recogí mis cosas y me fui a bucear con Julie y Neil.

—Así que ahora estás en el paro —concluí, sintiendo la misma admiración por Yoshi que había sentido cuando habíamos trabajado en aquel orfanato, aunque también me sentí como si estuviera cayendo en picado por el espacio—. Ahora los dos estamos sin trabajo.

—Bueno, creo que no hace falta decir que a los indonesios les caigo muy bien —replicó, a modo de broma—. Quizá les envíe mi currículum.

—En Yakarta vivimos muy bien —admití, un poco aturdida ante la velocidad de vértigo a la que estaba cambiando todo.

—No te preocupes, Lucy —me consoló—. Ahora estamos experimentando la

libertad.

—Si tú lo dices...

Se quedó tan callado que llegué a pensar que la llamada se había interrumpido.

—Vamos —dijo al fin—. No me quedaba otra, Lucy. Intento ser positivo. Aunque debería haber esperado a llegar allí para contártelo todo cara a cara.

—No pasa nada —afirmé, aunque esas palabras iban dirigidas tanto a Yoshi como a mí misma—. Solo es un trabajo, ¿no? Además, pronto nos vamos a ver en persona.

Procuré hablar con un tono de voz tranquilo, a pesar de que seguía sintiéndome como si cayera por el cielo sin que la tierra estuviera aún a la vista. Si eso era la libertad, era bastante aterradora. Yoshi siguió hablando, bastante animado, para quitarle hierro al asunto, pero yo sabía que se tomaba su trabajo muy en serio y que tenía un gran aprecio por el puesto que había conseguido en un país que consideraba su patria. Había invertido tantas horas, había trabajado tan duro, que yo era consciente de que le debía de haber costado mucho dimitir.

—Yoshi, siento mucho que te hayas quedado sin trabajo.

—No te preocupes. Tengo algunas ideas para salir adelante.

—Bien. Vaya... Bueno, supongo que nos veremos el sábado.

—Sí. Espero estar dormido cuando sobrevolemos el Ártico.

Después de colgar, me puse en pie y permanecí quieta en un rectángulo de luz que proyectaba el sol sobre el suelo. Si bien la habitación era la misma que hacía unos instantes, todo lo demás parecía estar cambiando, mutando. Intenté concentrarme en cuestiones prácticas, me pregunté si ahora tendríamos seguro médico o suficientes ahorros para pagar los tres meses que nos quedaban de alquiler.

La hermosa pieza de vidrio que había hecho con Keegan se encontraba sobre el tocador blanco. En aquellos momentos, la atravesaba un fino haz de luz que lograba que sus colores resplandecieran. La cogí y la sostuve en alto, sentí su peso y su calor, y pensé en Rose, escribiendo cien años antes: «No sabía qué iba a ser de mí».

Me pasé todo el día sentada junto al lago, escuchando el crujido de los guijarros de pizarra al desplazarse ligeramente, según las cadenciosas olas, mientras releía las cartas de Rose hasta casi aprendérmelas de memoria. Pensé en su vida y la comparé con la mía. Siempre había creído que había llevado una vida muy aventurera, pero, en realidad, la mía había sido mucho más fácil y segura que la suya. Estando embarazada, Rose había tenido que mudarse a un nuevo país sin dinero y con la promesa de que le iban a dar un trabajo como único aval. Ella no había tenido seguro médico, ni amigos ni familiares que la apoyaran, salvo su hermano. Debió de ser una experiencia aterradora. A pesar de tenerlo todo en contra y de chocar contra las convenciones sociales de la época, fue una mujer fuerte e independiente, que nunca se rindió. Si una pensaba en todo a lo que se había tenido que enfrentar y con qué bravura se había medido con ello, sin duda alguna, esa mujer era todo un modelo a seguir; por eso deseaba saber más sobre su vida. Cogí el kayak, eché la vista atrás para contemplar la casa, que a esa distancia parecía muy pequeña, lejana y anodina, y

entonces deseé haberla conocido, o que me hubieran contado más cosas sobre ella cuando yo era niña.

El viernes por la mañana, me levanté antes que mamá. Le dejé una nota en la encimera, cogí el coche y me fui directamente a Seneca Falls. La encargada estaba allí de nuevo, iba vestida con un vestido de algodón con un estampado de color naranja oscuro. Estaba bastante morena y se había cambiado de pendientes. Ahora tenían forma de tachuela y el color de un cítrico; me recordaban a unas semillas brillantes. En cuanto me vio, me recibió con una sonrisa. No obstante, se podía adivinar que tenía los ojos rojos a pesar de llevarlos tapados por unas gafas. Entonces, se aclaró la garganta antes de hablar y me dijo:

—Hola. Ya sabía yo que volverías hoy. Firma aquí. Ya he sacado las cajas y están listas para que les eches un vistazo. Están sobre la mesa de la planta de arriba. Por cierto, he guardado la carta del otro día porque el director viene esta tarde y creo que debería verla, no vaya a ser que tenga cierta importancia histórica.

Asentí y me sentí profundamente aliviada, ya que había temido que hubieran guardado las cajas en algún lugar a cal y canto y se encontraran ya fuera de mi alcance. No sentía ningún remordimiento por haberme llevado esas cartas que ahora se encontraban en casa dentro de un archivador en el que estaba escrito el nombre de Rose.

—Gracias. ¿Puedo echarle un vistazo a esa carta? Solo será un minuto.

—Te he sacado fotocopia, ya que sé que es muy importante para ti. Toma.

A continuación, me entregó las fotocopias, en las que la precisa caligrafía de Rose Jarrett aparecía reproducida en tenues tonos blancos, negros y grises.

—Gracias —le dije. Hice ademán de dirigirme a las escaleras, pero titubeé y me di la vuelta—. Oye, ¿estás bien?

Soltó una corta carcajada y gesticuló con la mano para indicarme que no me preocupara.

—Sí, estoy bien, o lo estaré. He tenido una buena bronca con mi novio, nada más.

—Lo siento. Bueno..., al menos, tienes un buen bronceado.

—Sí, tengo un buen bronceado y tres mil picaduras de mosquito. Se me olvidó llevar el repelente de insectos. *Mea culpa*, sin duda. Pero ¿tú romperías con alguien por esa chorrada?

—Creo que no soy la persona más adecuada para responder a esa pregunta —contesté.

De hecho, a lo largo de los años, había roto con algunos novios por razones tan triviales como esa, puesto que no quería asumir las complicaciones o el bagaje emocional de una relación, puesto que no quería dejar que nadie ocupara un lugar especial en mi corazón, aunque entonces no me daba cuenta de que era eso lo que estaba haciendo. Eso era precisamente lo que había descubierto cuando había estado en el lago con Keegan. Con la vida nómada que había llevado, me había resultado muy fácil seguir libre de toda atadura emocional, incluso me había llegado a sentir

maravillosamente bien saltando de un trabajo a otro, en busca de uno mejor. Rara vez me había detenido a pensar en la gente (o en las posibilidades) que había dejado atrás. Sin embargo, ahora pensaba en ellos, en todos los amantes a los que había mantenido a cierta distancia de mi corazón a pesar de tenerlos tan cerca. A pesar de que no sabía cómo iba a terminar mi relación con Yoshi, al menos esta vez no había huido. Aunque poco me había faltado.

—Y todo por el repelente para insectos —se quejó y luego, suspiró.

—¿Sabes una cosa? Estoy segura de que vas a estar mejor sin él.

De repente, sonó un teléfono. Mientras la encargada respondía a la llamada, yo subí por la serpenteante escalera. La última gran caja me esperaba en la mesa de nogal con las demás, tal y como me había prometido. La luz se filtraba por las cortinas de encaje y proyectaba diversos patrones de luz sobre la lustrosa madera. Olía a polvo y a papel viejo. Una hilera tras otra de libros llenaban las estanterías. Posé la mirada sobre sus robustos lomos y pensé en lo humanos que eran los libros, pues estaban llenos de ideas e imágenes, de mundos imaginarios y mundos percibidos, así como de huellas, risas y suspiros de los lectores. Me sentía tan insignificante al pensar en cuánto habían tenido que esforzarse todos esos escritores para dar con la palabra o frase precisa, para dejar constancia de sus pensamientos a unas personas a las que nunca conocerían. En el mismo sentido, los detritos que contenían esas cajas también me hacían sentir insignificante: recibos, notas, fotos que no estaban fechadas o que carecían de dedicatoria, todo ello formaba parte de la telaraña ya rota de unas vidas que concluyeron hace tiempo.

En esta ocasión, fui más metódica. No rebusqué a lo loco, sino que fui haciendo pequeños montones para clasificar todo lo que encontraba. Entonces, la puerta de la planta de abajo se abrió y se cerró, y se oyeron unas voces. El teléfono volvió a sonar. Di un sorbo a mi café, que estaba frío, y seguí buscando.

Estaba atenta por si aparecía otro archivador similar a aquel en el que había encontrado las cartas, pero, hasta que no llevaba revisada la mitad de la última caja, no hallé más sobres, que, esta vez, se encontraban atados con dos gomas elásticas viejas que se deshicieron en cuanto intenté quitarlas. La caligrafía del sobre de la parte superior me resultaba familiar: era la letra clara e inclinada de Rose. No obstante, mi formación científica no me sirvió de mucho en ese instante, pues me temblaban las manos. Eché un vistazo rápido a esas cartas, pero no me detuve a leerlas, aún no quería hacerlo pues tenía poco tiempo. Encontré más notas, libros de contabilidad, tarjetas de felicitación de cumpleaños enviadas por amigos y, de vez en cuando, alguna que otra carta. Cuando, al fin, la caja quedó vacía, me recosté en la silla y me dispuse a leer.

30 de abril de 1915

Queridísima Iris:

Hoy cumples cuatro años. Joseph me escribió para decirme que estás bien. Me envió un dibujo que habías hecho, en el que aparecía una persona con dos ojos enormes y un par de palos por piernas. También aparecía un gato, que debe de ser Sombra, puesto que lo dibujaste con lápiz negro. Además, escribiste tu nombre con unas letras muy grandes de color azul oscuro como tus ojos. ¡Bien hecho! Pronto te veré. Estoy ahorrando dinero para poder ir a visitarte. Para que puedas venir algún día a vivir aquí conmigo.

Cómo me apena saber que vives allí sin mí. Pero ahora te voy a contar cómo es mi vida aquí, que es muy distinta a cualquier cosa que haya vivido o imaginado jamás. Esta gente no se parece en nada a la que había conocido antes de venir aquí. Son muchos y vienen y van continuamente. La gente se reúne aquí casi todas las noches para debatir los asuntos del día. Se muestran muy apasionados cuando discuten sobre las duras condiciones de vida de los obreros y de la difícil situación de la mujer. Aquí hay artistas, enfermeras y profesores e incluso algunos abogados y músicos. Las habitaciones están llenas de libros e ideas. A veces, las feroces discusiones se transforman en música, cantos o recitales. A veces, se pasan por aquí algunos actores, e incluso el panadero de al lado y la mujer del supervisor de un museo. Ante estas personas, permanezco a menudo callada, pues no estoy a la altura de su agudo y rápido ingenio, ni tampoco de sus discusiones. Pero mi actitud no molesta a nadie. La gente se pasa por aquí a charlar. Además, tengo la sensación de que he hecho muchos amigos.

La semana pasada, por ejemplo, hice una nueva amiga. Se llama Beatrice. Se acercó a mí en una de esas veladas en las que representan algunas breves piezas humorísticas en la sala de estar. Es bastante pequeñita y tiene cuatro hijos; el mayor es casi de mi edad. Suele estar casi tan callada como yo cuando se encuentra en una habitación abarrotada de gente. Tiene unos ojos oscuros que brillan siempre animosos y con los que no se pierde detalle de nada. Me comentó que le parecía que yo tenía un rostro muy interesante y unos ojos extraordinarios, y que llevaba tiempo observándome. Su marido es artista y cree que a él le encantaría pintarme en una de sus obras. Me dijo que su esposo me pagaría por hacer de modelo y que tampoco tendría que trabajar mucho, que no me supondría un gran esfuerzo y que podría hacerlo sin problemas después de mi larga y dura jornada laboral. Por suerte, no trabajo en una fábrica. Vivian se enteró de que una anciana necesitaba una chica que la cuidase y le hiciera compañía, así que ahora me paso el día en la mansión de esa dama y por la noche vuelvo andando hasta aquí; es un paseo de varios kilómetros, lo cual me viene bien, pues agradezco disfrutar del aire fresco después de pasar horas y horas en esa mansión, doblando duramente el espinazo para poder realizar todas la tareas que la señora me encomienda.

A final, acepté el trabajo como modelo, porque necesito mucho ese dinero,

porque sé que me acercará más a ti. El artista se llama Frank Westrum. Su mujer mencionó su nombre como si debiera conocerlo, pero lo cierto es que yo nunca había oído hablar de él.

Cuando le pregunté a Vivian si era un trabajo bueno y honrado, me contestó de manera rotunda que sí, y añadió que incluso era todo un honor.

Debo hablarte de Vivian. Llevo seis meses en esta ciudad y se ha convertido en mi mejor amiga. Al menos, espero que seamos amigas, porque la admiro mucho. También le estoy muy agradecida. Esta es su casa, y aquí vive mucha gente, y todos compartimos todo cuanto tenemos así como el trabajo. Vivian es mucho más joven que la señora Elliot, quizá tenga diez años menos. Su madre murió cuando ella nació y su padre falleció cuando ella aún iba al colegio. Esta es la casa de su familia. Creo que, en su día, vivía una vida muy dulce, repleta de fiestas, vestidos bonitos, cenas y funciones de teatro. Pero, entonces, mientras realizaba obras caritativas para ayudar a los pobres, conoció a algunas mujeres que a duras penas lograban mantener a sus hijos. Cierta tiempo después, decidió estudiar enfermería y abrir esos puestos asistenciales donde atiende a la gente. Conoce a todo el mundo. Dos veces por semana, va a visitar a los más pobres entre los pobres, va a sus lúgubres y humildes casas atestadas de gente, aunque normalmente suelen estar inmaculadamente limpias, y atiende sus enfermedades y dolencias sin que tengan que pagarle.

Lo sé porque a veces voy con ella.

Resulta muy difícil ver tanto sufrimiento. Aunque en cierto modo es un alivio, ya que veo hasta qué punto uno puede hundirse en el fango, y entonces me siento agradecida por la vida que llevo. Creo que acerté al dejarte en casa de mi hermano, en un sitio cómodo y seguro, a pesar de que todavía sufro mucho por haberte abandonado.

Ahora ya es muy tarde, y estoy muy cansada. Duerme bien, cumpleañera, y sueña con tu madre que te quiere.

ROSE

Dejé la carta sobre la mesa. Así que yo tenía razón; había posado como modelo para él, quizá en el estudio de Rochester, o tal vez antes, en la ciudad de Nueva York. Me pregunté si mantuvieron una relación que fuera más allá de la relación normal entre un artista y su modelo. Como Beatrice era su amiga, no quise ni imaginarme que Rose la hubiera traicionado. En ese momento, entendí un poco mejor a Oliver; entendí el fuerte vínculo que había establecido con Frank Westrum y su negativa a que alguien intentara cambiar de alguna manera la imagen que había construido de esa persona en su mente. Cogí el móvil y busqué la foto que guardaba de la vidriera de José en el estudio de Keegan. A pesar de que la imagen era muy diminuta, la

observé fijamente, intentando descifrar los rasgos de esa mujer, preguntándome si se trataba de Rose y si, de ser así, en qué había estado pensando mientras posaba en su silencioso estudio y dejaba que él la retratara a altas horas de la noche.

La siguiente era una tarjeta, de color blanco, con las iniciales CWE escritas en tinta dorada.

2 de mayo de 1916

Querida Rose:

Espero que cuando te llegue esta carta te encuentres tan bien como estabas la última vez que te vi. Siento un gran gozo y júbilo en mi corazón al saber que estás muy contenta con tu nueva vida, al saber que tu valerosa defensa de los derechos de las mujeres no ha acabado del todo mal. Te prometí que te escribiría para hablarte de Iris y me alegro de informarte de que se encuentra muy bien. La vi ayer, jugando en el jardín con unas muñecas de tela. Cuando me detuve a hablar con ella, me contestó con buenas maneras y con suma educación. He de añadir con orgullo que demostró tener también un despierto y curioso intelecto. Está creciendo perfectamente. Si pudieras verla, te sentirías orgullosa de ella. De vez en cuando, seguiré comprobando cómo está y te escribiré si hay noticias. Entretanto, puedes estar tranquila: está sana y salva y muy bien.

Tuya,

NELIA

A continuación leí otro par de cartas breves, escritas con esa caligrafía fuerte y enérgica tan familiar.

17 de mayo 1916

Querida hermana:

Iris ha celebrado su quinto cumpleaños en el jardín. Cora ha preparado una tarta que tenía forma de flor, estaba recubierta con un glaseado dorado y blanco y tenía crema de natillas en el centro. Hemos tomado limonada. A Iris le han regalado un vestido morado y unos zapatos. El mes pasado, Cora dejó de vestir de luto. Sigo trabajando en la granja pero estoy pensando en abrir una fábrica de cerraduras. Tengo un talento innato para manipular esos chismes.

La señora Elliot me ha dicho que te vio y que estabas bien. Tener que escuchar a esa mujer es todo un suplicio para mí. Sigue causando un montón de problemas con su defensa del derecho al voto para las mujeres. Estoy

pensando en pedir la ciudadanía estadounidense. Creo que tú también deberías planteártelo.

JOSEPH

10 de septiembre de 1916

Querida hermana:

Me ha llegado tu carta y me alegra saber que mamá y papá se encuentran bien. Ellen también me ha escrito. Ayer me casé con Cora. Hemos esperado a que pasara un año desde la muerte de Jesse. Le he preguntado a Cora si podrías volver a esta casa para vivir con nosotros, pero me ha dicho que no. Creía que era Jesse quien no quería que estuvieras aquí, pero ya veo que ella también opina lo mismo que su difunto marido. Lo siento. Siento mucho también no poder ir a verte. No he abierto una cuenta con el dinero que enviaste porque hemos tenido muchos gastos en ropa, zapatos y libros. Lo he gastado sabiamente. Iris es muy feliz, se pasa el día jugando en el jardín.

JOSEPH

La siguiente carta del montón era bastante larga. La había escrito Rose ese mismo verano, un par de meses antes, en un papel fino cuyas esquinas estaban decoradas con guirnaldas de flores de color azul claro. Me di cuenta de que eran nomeolvides.

Junio de 1916

Querida Iris:

Hoy te he visto jugando en la calle. ¡Has crecido tanto! Tienes el pelo tan largo y estás tan alta que casi no te reconozco, pero sabía que eras tú. Te he observado desde detrás del roble del jardín de la señora Elliot. No sé cómo describir la felicidad que albergaba mi corazón en ese momento.

Ha pasado casi año y medio desde la última vez que te vi. Al fin, he conseguido ahorrar el dinero suficiente para hacerte una visita. Lo he podido reunir gracias a mi trabajo como modelo. Resulta bastante duro permanecer sentada en ese estudio una noche tras otra, ya que hace mucho frío en invierno y un calor sofocante en verano; además, tengo que quedarme totalmente quieta, aunque esté a punto de desmayarme de fatiga. El pintor me suele decir cosas como que abra más los ojos, o que alce un poco más la barbilla, y yo hago lo que puedo. Es un hombre muy generoso, aunque un tanto brusco y cortante. Mi amiga Beatrice también es muy generosa. A veces, me enseña a diseñar cosas, ya que estudió antes de casarse y es muy pero que muy buena.

Así he pasado los días: haciendo de modelo, trabajando y ahorrando para

poder ir a verte.

A pesar de que estamos en junio, a las puertas del verano, hacía frío cuando he llegado. Parecía primavera; marzo, más bien. Mi intención era ver a Joseph, por supuesto, y hacerle una visita a Cora, que ahora se apellida Jarrett, aunque yo no la considero mi hermana. Como el cielo estaba nublado, llevabas puesta tu ropa de invierno: el abrigo azul, el sombrero de color azul claro y los mitones que te confeccioné y te envié por Navidades. Dejé la maleta en el porche de la señora Elliot y crucé la calle, pues estaba impaciente por verte, por tocarte. Se te estaban cayendo los mitones, que pendían de tus muñecas gracias a las cuerdas que les hice, y también llevabas el sombrero caído, que rebotaba en tu espalda, y el abrigo desabrochado, porque tampoco hacía tanto frío, así que se te veía el vestido que llevabas debajo. Las malvarrosas estaban en flor, sus suaves formas acampanadas pendían de unos altos pedúnculos, y entonces cogiste unas cuantas y les diste forma de muñeca; un capullo sin abrir hacía las veces de cabeza, y una flor abierta, de falda. Eso era algo que solíamos hacer juntas, algo que yo te enseñé. Estabas tan concentrada que no alzaste la vista hasta que estuve agachada a tu lado. Entonces, te apartaste el pelo de la cara y sonreíste.

—Estoy haciendo muñecas —me dijiste—. ¿Me ayudas?

—Sí, claro. Son muy bonitas.

—Mi madre me enseñó a hacerlas —comentaste y ese comentario me llenó de alegría, porque, aunque no me has reconocido, me recordabas.

—Tu madre te quiere mucho —afirmé.

—Lo sé. Es muy guapa y me ha hecho estos mitones.

—Son unos mitones muy hermosos —añadí y entonces recordé el tiempo que pasé en la planta de abajo de la casa, tejiendo esos mitones para tus pequeñas manos, mientras las conversaciones revoloteaban a mi alrededor.

—Estaban dentro de unos de mis calcetines, donde me los habían guardado. Mamá dice que puedo jugar con ellos un rato, pero luego debo guardarlos, porque no debo ensuciarlos.

Necesité varios segundos para asimilar el significado de tus palabras.

—¿Quién te ha dicho que debes guardar esos mitones?

—Mamá. Mamá Cora. ¿Has venido a verla? Está en la cocina, haciendo pan.

—No —respondí y, a continuación, ya no pude decir nada más.

Entonces, acabaste de hacer tu muñeca de flores y me la diste.

—La he hecho para ti —me dijiste—. Eres una señorita muy guapa.

En ese momento, te pusiste en pie y te fuiste corriendo y riendo.

Dejé que te fueras, con tus mitones de color azul claro resaltando sobre los pliegues de tu abrigo.

Tuve que parar. Me levanté y me acerqué a la ventana, que daba al enorme césped de la parte delantera del edificio, desde donde observé cómo los coches circulaban por la calle. Sentía compasión por Rose, me la imaginaba en cuclillas sobre la tierra húmeda junto a su hija, que no la conocía. Pero era una emoción inútil, puesto que Rose llevaba ya mucho tiempo muerta. Pensé en mi bisabuelo, cuya vida parecía inmaculada desde nuestro punto de vista histórico; en su juventud, había trabajado muy duro para poder levantar la fábrica de cerraduras Dream Master, se había ocupado de una niña que no era suya y se había casado con una mujer ambiciosa que aspiraba a todo. Si uno examinaba de cerca sus vidas, se daba cuenta de que eran tan complejas y caóticas como la mía: estaban repletas de errores y decepciones, de buenas intenciones que se habían torcido por el camino. Me sentí engañada, ya que me había creído la historia sobre la heroica e intachable vida de mi bisabuelo, pero nadie me había contado nada acerca de Rose, a la que habían borrado de la historia de la familia como si no hubiera existido. Entonces, regresé a las cartas para saber qué fue lo que hizo a continuación.

En cuanto te fuiste, eché a caminar sin parar, salí del pueblo y recorrí los caminos repletos de surcos de la campiña, con la muñeca de flores marchitándose en mi mano. Acabé a la orilla de un lago. La espuma de las olas ribeteaba esa fría agua fría y gris. Lloré. No me podía imaginar algo así. Siempre has estado tan presente en mi pensamiento que no podía imaginar que me estaba desvaneciendo de tu memoria durante todo este tiempo.

Había acudido a verte para que supieras lo mucho que estaba luchando por salir adelante. Al final, me senté sobre una piedra enorme, donde las olas iban a morir cerca de los dedos de mis pies, e intenté pensar en qué debería hacer a partir de ese momento. Solo veía dos alternativas. Podía volver a la casa, anunciar que eras hija mía y, a continuación, llevarte conmigo a la ciudad, donde Vivian y los demás te harían un hueco en su casa, donde nadie preguntaría quién era tu padre, pues todos darían por sentado que habría muerto en la guerra.

Pero ¿qué ibas a hacer mientras yo estuviera trabajando? Porque yo tengo que trabajar para salir adelante. Y ¿cómo te ibas a sentir, viviendo en esa habitación diminuta del ático? Además, ¿dejaría Cora que te fueras sin más, o se opondría, basándose en que yo no podría cuidarte, porque había estado en la cárcel, porque trabajaba con Vivian atendiendo a los pobres?

¿Qué clase de vida podría ofrecerte? Sí, tendrías una vida muy intelectual, conocerías a muchos artistas, e incluso serías testigo de cómo desarrollan sus obras. Y también serías muy querida. Pero en esta casa no viven más niños. Y, por mucho que yo disfrute viviendo en esta comunidad, ¿criarte aquí sería justo para ti? Es cierto que estuve en prisión. Al igual que muchos otros. Nuestro pasado nos marca, así como nuestras convicciones presentes.

Prácticamente todas las semanas recorro calles donde reina la pobreza más absoluta. Subo por escaleras estrechas y oscuras a pisos donde muchos niños habitan entre las sombras. No van al colegio porque no hay dinero para comprarles ropas a todos, y tienen miedo, quizá porque su madre está enferma y va a dar a luz a otro niño y temen que no sobreviva al parto, o porque su padre ha resultado herido en un accidente y ya no puede trabajar. A cada segundo que pasa, las pocas esperanzas que albergan disminuyen. Esos niños trabajan en las fábricas; las niñas de once o doce años se encargan de las máquinas, los niños empujan carretillas repletas de carbón para alimentar de combustible los hornos o se dedican a confeccionar flores de tela hasta que caen rendidos.

¿Cómo te voy a criar en medio de este infierno?

Por otro lado, a pesar de que no es que me encante precisamente el trabajo que hago con Vivian, sé que es importante. Con él, me siento realizada.

El lago era de un color gris azulado bastante frío. En mi mente, seguía viéndote correr por el jardín, seguía viendo tus hermosos mitones. La ira intentaba dominarme, pero resistí. Traté de calmarme para poder pensar qué era lo más conveniente. Solo estaba segura de una cosa: que actuar de manera precipitada, llevada por la ira, sería un error. Quería cerciorarme de que mi amor por ti no me llevara a anteponer mis sentimientos por encima de todo, sino que quería poder analizar la situación desde fuera, como lo haría un desconocido, para poder meditar sobre qué es lo mejor para ti, mi hermosa y querida hija.

A lo largo de mi aún corta vida, he aprendido que uno no debe dejarse llevar por la ira. Hay que actuar guiados por el amor, o, si no, no hacer nada.

Ya he sido testigo de cómo la ira abre la puerta a lo que yo denomino «la maldad». Eso es lo que he aprendido al acompañar a Vivian por esas calles sumidas en la confusión, a edificios donde la gente sufre, donde la gente muere, donde la pena y la ira infectan a aquellos que aman como si de una enfermedad se tratara, tan insidiosa como un virus. Antes, solía ver el mundo de una manera mucho más simple. Solía pensar que existía el bien y el mal, que Geoffrey Wyndham era malvado porque me había abandonado, porque nos había abandonado. Creía que su familia también era perversa, porque vivían libres de toda preocupación en una mansión mientras otros, a quienes ignoraban totalmente, trabajaban sus tierras y apenas ganaban lo suficiente para comer.

Eso es lo que solía pensar: que alguna gente era buena y otra no, y que yo, por supuesto era buena. Pero ahora creo que la maldad es una fuerza que mueve el mundo, una fuerza que busca y halla la manera de adentrarse en nuestras vidas mediante la ira y el dolor, mediante la tristeza y la traición; es algo que nos contagia y nos corrompe como el moho se come el pan, como la

putrefacción se come una manzana.

Me enfadé mucho aquel día en las ruinas cuando los chicos se rieron y cerraron con sus burlas una puerta a mi amor por Dios y la Iglesia. Estaba cegada por la ira cuando robé el cáliz porque llevaba inscrito el nombre de la gente que me había hecho daño.

Y la ira me dominó al pensar que Cora había dejado que me olvidaras, que me había borrado (a mí, a tu madre) de tu vida.

Podía haberte cogido sin más y haberte subido a un tren para que vinieras a vivir aquí conmigo.

Pero vi que eras feliz y que cuidaban bien de ti.

Al final, va a ser mi propio hermano quien te críe.

Y aunque no admire a Cora precisamente, aunque a ella yo no le caiga bien, sé que te quiere.

Seguí sentada un buen rato más sobre aquella gran roca situada junto a la orilla del lago. Cuando decidí levantarme, comprobé que se me habían dormido las piernas. Volví andando a la ciudad, y la gravilla de los márgenes del camino crujía bajo mis pies. La señora Elliot me obligó a sentarme junto al fuego, y cuando le expliqué cuál es la decisión que había tomado, no me regañó ni intentó hacerme cambiar de opinión, sino que me rodeó los hombros con uno de sus brazos y me dijo: «Querida Rose, lamento haber sido la causa que ha traído esta terrible tristeza a tu vida». A lo que yo repliqué: «Tú no tienes la culpa de nada, solo son las consecuencias de las decisiones que he tomado». Y esa es la verdad.

Escribí una carta a Joseph, en la que metí todo el dinero que había ahorrado para ti. A la mañana siguiente, me levanté y me dirigí con la maleta a la estación. Viajé todo el día y toda la noche y no pegué ojo en ningún momento. El asa de la maleta se me clavó en la mano mientras caminaba. Recibí con agrado ese dolor porque era algo real, algo físico, que sabía que en algún momento acabaría.

Esto es todo, querida Iris. Mi niña del alma.

Para cuando acabé de leer esta carta, tenía un nudo en la garganta.

Todavía me quedaban unas cuantas cartas que leer. Disponía aún de una hora, pero, de repente, quise irme de allí, para poder leer el resto en un lugar más íntimo, para cerciorarme de que permanecerían en mi poder y de que podría ponerlas a buen recaudo, ya que el director de aquella institución podría perderlas en un descuido. O podía darse el caso de que Oliver diera con ellas y quisiera exhibirlas en una vitrina de la Casa Westrum. De ese modo, Rose acabaría siendo una nota a pie de página en la historia de Frank Westrum. Si bien era cierto que esas cartas tenían un valor histórico para el resto del mundo, tenían ante todo un gran valor personal. Las había escrito una mujer que había pertenecido a mi familia, una mujer de la que nunca me

habían hablado y, aunque no me las había escrito directamente a mí, aunque nací muchas décadas después de que su mano se hubiera desplazado por esas páginas al escribir, tenía la poderosa sensación de que estaba destinada a encontrarlas.

Volví a meter todos los papeles en la caja. Las cartas las doblé con sumo cuidado y me las metí en el bolso. Salí de la sociedad histórica, tras despedirme de la encargada, que seguía hablando por teléfono, y caminé por las anchas calles repletas de altos árboles. Di con un parquecito que daba a un pequeño lago que había sido diseñado cuando se construyó el canal para contener las cataratas. Bajo aquellas aguas tranquilas había calles enteras y fábricas abandonadas e inundadas, que permanecían en silencio bajo esas corrientes. En ese instante, vi un bote que iba en dirección a la esclusa. Entonces, me senté sobre la hierba, saqué una carta del bolso y me dispuse a leerla.

14 de octubre de 1916

Queridísima Iris:

Han pasado cinco meses desde que te vi en el jardín y, a pesar de que el dolor que siento por haberte abandonado no ha desaparecido, el tiempo ha pasado. Por lo que ha sucedido últimamente, ahora estoy convencida de que hice lo correcto al no llevarte conmigo. Pues he vuelto a terminar en prisión.

Ya sabes que suelo acompañar a Vivian cuando va a visitar a los pobres a sus casas. Cada vez la acompaño más a menudo. No es un trabajo muy alegre precisamente. En casi todos esos hogares, la madre suele mandar a los críos a otra habitación o les dice que se vayan a la calle, y luego nos implora que le expliquemos qué puede hacer para no tener más hijos. Quizá porque ya tiene siete hijos, quizá porque le han dicho que morirá si tiene otro más. Quizá porque su marido bebe y le echan de todos los trabajos que encuentra, quizá porque a pesar de ser un buen trabajador no encuentra un empleo, o quizá porque está enfermo. Quizá porque se siente tan desamparada e impotente como yo me sentí en su día. Pero eso no importa. El problema estriba en que lo que tenemos que explicarle no es legal. La ley prohíbe que transmitamos a la gente la información que poseemos sobre los fundamentos fisiológicos básicos de la vida. El señor Comstock es quien se ha encargado de que eso sea así. Vivian solía tener mucho miedo a esa ley y, por eso, no solía a informar a nadie de este tipo de cosas. Hasta que fue testigo de cómo una mujer, que había rogado que le dieran esa información, moría al dar a luz; el niño también falleció. Así que ahora, cuando alguien le pide esa información, se la da. Y yo también. Esa ley es cruel e inmisericorde.

A pesar de que sabemos que corremos un gran riesgo, les explicamos todo lo que sabemos. Cuando nos enteramos de que la señora Sanger y su hermana, la señora Byrne, iban a abrir un centro de planificación familiar, decidimos

presentarnos voluntarias. Era un día de mucho viento. Antes de que el centro se abriera, la cola alcanzaba varias manzanas de la ciudad. Ayudamos a repartir folletos de información. Nos limitamos simplemente a eso: a repartir panfletos donde se explicaba cómo funcionan ciertos procesos fisiológicos. Espero que, si algún día lees esta carta, te sorprenda que unos actos tan inocentes causen tal consternación y escándalo. Las colas fueron creciendo y creciendo, día tras día, hasta que el 26 de octubre, la policía apareció, cerró el centro y nos arrestó a todas.

Beatrice y Frank vinieron a sacarnos del calabozo: ella tan vivaracha, regordeta e indignada como siempre; él tan alto, firme y callado como siempre. Abandonamos esas celdas de baldosas blancas gracias a ellos. La señora Sanger será juzgada, y la señora Byrne sigue encerrada y se ha declarado en huelga de hambre. Tememos que muera, pero ella afirma que da igual que ella muera o no cuando millares de mujeres mueren todos los años al dar a luz porque las mantienen en la ignorancia, porque no pueden decidir su propio destino. Por todas partes, en el metro, en las esquinas de las calles, todo el mundo habla de ella. Oí a un hombre decir: «¡Han encerrado en prisión a una mujer por enseñar cómo funciona el cuerpo humano!». Es tal y como te lo cuento.

Ahora me alegro de que no estés aquí, Iris. No me habría gustado que vieras cómo arrestaban a tu madre y la enviaban a la cárcel. No obstante, no he dejado de pensar en ti y me pregunto constantemente cómo estás y con qué pequeños gozos llenas tus días.

Tu madre que te quiere mucho,

ROSE

Volví a comprobar la fecha: sí, era 1916. Esta historia, contada a través de los ojos de Rose, no parecía tan lejana en el tiempo, y me hizo preguntarme cómo habría sido mi vida si no hubiera tenido la oportunidad de estudiar o de trabajar o siquiera de conocer los fundamentos básicos del funcionamiento de mi cuerpo. Tras mi condición de mujer independiente y moderna se escondía una historia plagada de lucha y dificultades, como las ruinas de las fábricas que se hallaban bajo la superficie tranquila de esas aguas. Esos derechos que como mujer daba por supuestos parecían de repente muy nuevos si uno los comparaba con la cantidad de siglos que habíamos vivido sin ellos. A continuación, cogí la siguiente carta y empecé a leerla.

3 de marzo de 1920

Querida Iris:

Hoy he recibido una carta de Joseph en la que me cuenta que estás bien, y

que él y Cora también están bien, que todos los de la casa habéis sobrevivido a la gripe, aunque en el pueblo han muerto muchos. Me siento tremendamente contenta de que estéis todos sanos. He abierto la carta temblando, pues temía que fueran malas noticias. Hoy he ido a una pequeña iglesia. Hacía muchos años que no entraba en una. Tenía la sensación de que no debía hacerlo, ya que seguía enfadada. Pero, últimamente, he tenido que acudir a muchos funerales, y en uno de ellos decidí quedarme en la iglesia cuando ya todo el mundo se había ido. Me quedé allí sentada en silencio. En esos momentos, me invadió todo el miedo, la tristeza y la ira que me habían alejado de la Iglesia durante tantos años. También lamenté los errores que he cometido en mi vida. Aquel silencio me vino estupendamente. Después de un rato, aquel silencio me reconfortó... No sé bien cómo explicarlo. Me sentí como me solía sentir cuando era niña. Así que he vuelto a ir a la iglesia. A veces, incluso voy a misa. Y, otras veces, me limito a ir sola y sentarme allí en silencio. Precisamente, eso es lo que he hecho esta mañana en cuanto he recibido esa carta con noticias de que estabais todos bien.

Me resulta muy difícil describir la enorme alegría que me he llevado al saber que seguís teniendo buena salud. Aquí la epidemia se ha llevado a muchos por delante. Vivian ha estado varias semanas enferma. Yo también he tardado en recuperarme. Por otro lado, las fiestas que se celebraban en esta casa, esas reuniones tan emocionantes y vibrantes, se acabaron con la guerra, por supuesto. Además, ahora recibimos noticias a diario de amigos nuestros que han contraído la gripe o han muerto. La muerte que más me ha afectado, la que más tristeza me ha provocado, ha sido la de mi querida amiga Beatrice, quien parecía estar totalmente sana y que incluso vino a ayudar cuando Vivian se puso tan enferma; creo que incluso me atendió a mí cuando estuve convaleciente, aunque no lo recuerdo. Pero entonces cayó rápidamente en un delirio febril y era incapaz de reconocermme. Estuve a su lado, sosteniéndole la mano, pero no se incorporó ni nos habló. Falleció en un día.

Esta enfermedad es así. Hace que el mundo cambie de un día para otro.

Dicen que, por fin, este año nos concederán el derecho a voto. Lamentablemente, ella no ha vivido para verlo.

Frank está desconsolado. Y la llora en silencio. Se pasa un día tras otro sumido en el silencio y la oscuridad de la casa. Su obra ya no está de moda y no quiere seguir las nuevas tendencias artísticas, así que ya estaba bastante aislado antes de la muerte de su mujer. Beatrice era su punto de unión con el resto del mundo y la que amortiguaba los duros golpes que le propinaba este, pero ahora ella ya no está. Le suelo llevar pudín de maíz y le hago compañía durante un par de horas, pero no puedo hacer mucho más. Yo solo tengo veinticuatro años y él, cuarenta y ocho, no puedo ni imaginarme lo profundo que es su dolor.

30 de abril de 1921

Querida Iris:

No me lo puedo creer... Hoy cumples diez años. Cómo recuerdo esa dulce mañana en que naciste, cómo recuerdo las flores que había al otro lado de la ventana. En cuanto te abracé, tuve la sensación de que te conocía desde siempre. La señora Elliot ha venido a hacerme una visita; estará aquí un par de semanas. Me está ayudando a recoger la casa. Me ha contado que te ha visto haciendo volteretas y que se detuvo a animarte. También me ha traído una foto tuya en la que sales con un vestido de algodón plisado y de encaje. Sales muy seria. Quizá eso se deba a que Cora te pidió que te quedaras muy quieta. Ojalá pudiera verte sonreír. Joseph me escribe muy de vez en cuando, pues está muy ocupado con su negocio. Cerraduras de esas que se colocan en las puertas, de esas que él y yo éramos capaces de abrir como si nada.

La señora Elliot me lo ha contado mientras lo recogíamos todo. Estas habitaciones que tanto quiero ahora se encuentran desnudas y repletas de cajas; las siluetas que han dejado los muebles ausentes destacan en las paredes descoloridas.

Vivian se va a ir a vivir con la señora Elliot a El Lago de los Sueños. Me ha prometido que cuidará de ti y que me escribirá para hablarme de ti. La pobre Vivian no se ha recuperado del todo (solía ser una mujer muy activa), y esta casa es demasiado grande y está demasiado vacía; simplemente, es demasiado para ella. La ha vendido, así que ya nos quedan muy pocos días aquí, que van menguando uno a uno.

Frank también se ha ido... a Rochester. Dice que es una ciudad un tanto fría, pero muy tranquila. Nos ha contado por carta que es feliz allí. Aún echamos mucho de menos a Beatrice, que era su amada esposa y mi querida amiga, aunque los dos hallamos cierto consuelo al hablar de ella. Después de su fallecimiento, Frank estuvo deprimido tanto tiempo que temimos que nunca se fuera a recuperar. Parecía no tener ya ningún interés en seguir vivo y ya no se preocupaba por sus obras. Por eso mismo, a veces me quedaba con él en casa y le preparaba un poco de té. Así empezó lo nuestro. Surgió, poco a poco, del respeto mutuo y de la amistad que nos profesábamos, de hallarnos unidos por el recuerdo de Beatrice a quien ambos queríamos.

Ahora nos amamos con devoción. He aceptado su propuesta de ir a vivir a Rochester en cuanto hayamos empaquetado todas las cosas de esta casa. Pero no voy a casarme con él, ni con nadie. Ni tampoco voy a vivir con él. Se ha comprado una casa cerca del centro de la ciudad y yo he alquilado una habitación en la casa de una mujer que conozco de los días en que celebrábamos aquellas espléndidas fiestas. Se llama Lydia Langhammer y es

enfermera. Ya he empezado a escribir cartas para poder encontrar un trabajo.

De este modo, podré ver a Frank todos los días y, asimismo, siempre tendré la opción de volver a mi habitación, cerrar la puerta y disfrutar de mi soledad.

Mi querida niña, espero que siempre crezcas en sabiduría y generosidad.
Tu madre que te quiere,

ROSE

1 de octubre de 1925

Queridísima Iris:

Ayer te vi, cariño. Y hablé contigo. Aunque no me reconociste. Creíste que era solo una amiga de la señora Elliot y de su sobrina, la señora Stokley. Te dije que era Rose Westrum, aunque ese no es mi verdadero nombre. A pesar de todo, sí lo es en el fondo de mi corazón. Quizá pensaste que te prestaba demasiada atención, quizá te fijaste en que nuestros ojos se parecen mucho, pues son del mismo color azul y tan variables como el agua. Creo que eres tremendamente hermosa, que eres perfecta en todos los sentidos. No te sentiste precisamente contenta cuando otro de los invitados señaló que nos parecíamos bastante. No te hizo mucha gracia porque tú tienes catorce años y yo, treinta, y me consideras mayor comparada contigo. Nadie, salvo la señora Elliot, sabe que soy tu madre. Incluso la señora Stokley, quien te ha acogido, lo ignora.

Estabas contenta por haber podido dejar atrás El Lago de los Sueños. No te culpo, aunque habría preferido que no te hubieras fugado de casa ni puesto tu vida en peligro. Preferiría que no tuvieras que trabajar, pero me alegro de que tengas un buen empleo. Me alegro de que puedas ir a la universidad. Por otro lado, siempre le envío dinero a la señora Elliot para que puedas darte algún capricho. Me alegré mucho al ver que llevabas puesta la rebeca azul de botones pequeños que ella te había dado. Y, en cierto modo, me sentí contenta al saber que ese famoso autor, que vivió en su día en esa misma calle, nació y murió bajo la misma luz ante la cual yo una vez me encontré, una luz bajo la cual soñé con que el mundo iba a cambiar, o incluso iba a terminarse.

Tu madre que te quiere,

ROSE

Recorrí andando el puñado de manzanas que me separaban del coche, siguiendo el ancho sendero morado que había sido pintado en la acera, mientras cavilaba sobre las cartas, sobre la compleja vida de Rose, sintiéndome contenta porque había hallado al fin la felicidad, y aún más contenta porque había visto otra vez a Iris, aunque nunca le

hubiera dicho quién era en realidad. Iris había nacido en 1911, lo cual implicaba que podría seguir viva, aunque debería de tener ya más de noventa años. Además, no sabía por dónde empezar a buscarla. Entonces me metí en el coche, que estaba ardiendo por haber estado tanto tiempo expuesto al sol. Cuando dejé el bolso, donde había metido las cartas robadas, en el suelo, me golpeé el codo con la guantera, que se abrió de par en par. Hasta entonces, no se me había ocurrido echar un vistazo a lo que había ahí dentro. La guantera estaba prácticamente vacía. Solo contenía tres lápices, a los que no se les había sacado punta nunca, en cuyos extremos tenían unas gomas de borrar de color naranja rosáceo que estaban intactas aunque muy duras por el transcurso del tiempo, y que tenían impreso en azul el logo del puerto deportivo, que papá mismo había diseñado. Debió de haberlos dejado allí hacía mucho tiempo, algún domingo que cogió el coche para dar una vuelta por ahí. Me pregunté si aún había gente que hacía eso, conducir por el mero placer de hacerlo. Por cierto, me parecía extraño que ese compartimento se siguiera llamando «guantera», pues era un recuerdo de unos tiempos en que las mujeres siempre llevaban guantes cuando salían de casa. Me pregunté adónde habría ido mi padre ese día, en qué habría estado pensando. Cerré la guantera de un golpe y metí los lápices en el bolso, donde compartieron espacio junto a las cartas que Rose había escrito y recibido. A continuación, volví a recorrer esas carreteras que se estaban volviendo tan familiares para mí, crucé varios pueblos (donde tuve que parar y arrancar un montón de veces; en esos pueblos, el tráfico es siempre infernal), atravesé campos verdes mecidos por la brisa vespertina. Al día siguiente, tendría que volver a coger el coche para recoger a Yoshi en Rochester. En esos momentos, debía de estar sobrevolando el Círculo Polar Ártico, durmiendo a ratos, sin descansar de verdad, mientras volaba hacia el oeste siguiendo la noche.

En cuanto llegué a El Lago de los Sueños, aparqué en el centro del pueblo, en la calle principal. Cogí el bolso y me dirigí al muelle donde el barco de Blake se encontraba amarrado. No había hablado con él desde que discutimos en la sala de estar sobre esas cajas repletas de viejos juguetes; además, tampoco había hablado con él sobre lo mucho que se había cabreado Avery por mi desliz. La verdad es que no podía echarle en cara a mi hermano que se hubiera enfadado. Por otro lado, la última vez que le había visto de lejos, en el muelle, había sido cuando Keegan y yo nos adentrábamos en el lago envueltos en la luz del crepúsculo; él también nos había visto. Además, llevaba un montón de cartas en el bolso y tenía muchas ganas de hablar sobre Rose y su extraordinaria historia, que formaba parte también de nuestro pasado.

Blake estaba trabajando en el *Temible Simetría*, pintando los adornos de madera de los laterales, que ahora brillaban con un color marrón claro y lustroso. En cuanto vio que me acercaba, dejó la brocha sobre la lata de pintura y se puso de pie. Se limpió las manos con un trapo blanco bastante manchado que se sacó del bolsillo. Y yo me aproximé a la barandilla del muelle.

—Vaya, te está quedando bastante bien.

Bajo la luz del sol, su pelo era de un color rubio rojizo. Mi hermano asintió.

—Eso pienso yo también.

—Mira, lo siento, Blake. Mamá me ha dicho que Avery sigue muy cabreada.

—Ya, bueno, la verdad es que se ha quedado muy corta a la hora de describir cómo se siente Avery. Quizá se lo ha tomado demasiado a la tremenda. Pero está muy, pero que muy enfadada y entiendo por qué. Quería ser ella quien lo contara, ¿sabes? Quería escoger el momento adecuado.

—No pensaba con claridad —me excusé. En ese instante, entendí que Blake ahora se debía a su propia familia. Y siempre apoyaría a su esposa—. ¿Crees que serviría de algo que la llamara?

Blake se encogió de hombros.

—Tal vez. Lo cierto es que está muy cabreada conmigo. No sabía que te lo había contado, Lucy. No sabía que alguien más lo sabía, y cuando se ha enterado... Bueno, ya te puedes imaginar lo mal que le ha sentado.

Aún llevaba el bolso con las cartas colgado del brazo, y, aunque quería compartir todo lo que había descubierto sobre Rose con Blake, de repente todo eso parecía muy trivial comparado con la crisis que teníamos entre manos.

—Me siento fatal. ¿Qué puedo hacer?

Posó la mirada en un lugar situado más allá de mí, en el agua, y suspiró.

—En estos momentos, nada. Aunque no estaría mal que intentaras hablar con Avery.

—Lo haré.

—Vale —replicó esbozando una leve sonrisa—. Pero ahora no esperes que le ponga tu nombre al bebé.

—Ya.

Nos quedamos callados un momento, mientras el barco se balanceaba levemente sobre las suaves olas.

—Yoshi llegará mañana —dije de repente.

—Me alegro. ¿Todo va bien entre vosotros?

—Eso espero —contesté.

Mi hermano asintió. Sin duda alguna, se acordaba de que la noche anterior nos había visto a Keegan y a mí navegando por el lago.

—Empezaba a dudarlo.

—Keegan y yo nunca hemos estado destinados a acabar juntos.

—¿Y eso no te entristece?

—Bueno, un poco. O sea, Keegan es un tío genial en muchos aspectos. Lo que me ha pasado es que, al estar tan lejos de casa, al estar tan cerca del pasado, me he sentido un poco desorientada.

Blake sonrió.

—Sí, te entiendo. Bueno, mira, vamos a celebrar una fiesta este martes, por lo del

4 de julio —me comentó, mientras señalaba la barandilla medio pintada—. Aquí, en el barco. Por eso lo estoy poniendo a punto. Voy a invitar a todo el mundo: a Art, Joey y Zoe, a Austen, a mamá y unos cuantos amigos, e incluso a algunos del restaurante. Mamá ha prometido que no le va a comentar a nadie más que vamos a tener un niño, así que aprovecharemos la ocasión para anunciarlo de manera formal. Lo del niño... y lo de la boda también, por cierto. Pero no te voy a decir cuándo nos casamos —volvió a sonreír—. Tendrás que esperar como todo el mundo para saberlo. Por cierto, estás invitada.

—Gracias. Y felicidades.

Le di un abrazo, y el bolso quedó atrapado entre los dos mientras me rodeaba los hombros fugazmente con uno de sus brazos.

Después, me fui. Dejé atrás el muelle, atravesé el pueblo y llegué al Impala. Conduje por la carretera del lago hasta que la casa apareció a la vista. Para entonces, el sol ya se estaba poniendo, y su luz centelleaba en las ventanas de la cúpula, que adquirirían unas tonalidades doradas, fucsias y naranjas espectaculares. Aparqué sobre el césped y me dirigí directamente a la orilla, me quité los zapatos mientras iba andando y, en cuanto llegué al final del muelle, me zambullí en el agua clara y fresca del lago.

Como el vuelo de Yoshi llegaba pronto, me tuve que levantar al alba. Unas nubes amenazadoras avanzaban por el este tapando el amanecer, mientras el cielo brillaba de color rojo y dorado, como si estuviera ardiendo. Últimamente, mamá había pasado bastante tiempo en la planta de arriba, revisando los armarios y reuniendo las cosas de mi padre. Poco a poco, sin comentar nada al respecto, había vuelto a dormir allí. Como su puerta estaba entreabierta, pude escuchar que respiraba de manera cadenciosa y tranquila, así que procuré hacer el menor ruido posible mientras bajaba las escaleras. Una vez en la cocina, me preparé un té y unas tostadas, mientras sentía el frío de las baldosas bajo mis pies descalzos.

En cuanto acabé de desayunar, me subí al Impala y tomé la autopista. Como había poco tráfico, llegué al aeropuerto con una hora de antelación. Entonces, me senté a esperar en una de esas sillas metálicas negras de escay. El aeropuerto regional estaba prácticamente vacío a esas horas tan tempranas. Afortunadamente, me había traído el ordenador para ponerme al día con los e-mails. Tenía la cuenta tan llena de mensajes que casi me la bloquearon, así que me pasé los primeros minutos borrando el spam y los mensajes en cadena. Neil y Julie me habían enviado fotos de su reciente viaje para hacer buceo. Así que la pantalla se llenó de repente de imágenes de ese paraíso tropical, en las que pude ver a Yoshi sentado sonriente sobre la arena blanca de la playa, recostado sobre los codos, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Llevaba su pelo azabache muy corto y parecía tan relajado que resultaba muy difícil imaginarse que acabara de renunciar a su trabajo sin tener otro en la recámara.

Sin darme cuenta, yo también sonreí. Pensé entonces en la lluvia y en lo felices que habíamos sido.

Mientras seguía revisando la bandeja de entrada, me llegó un mensaje de Oliver, lo cual me sorprendió. El asunto rezaba así: «Cuestión interesante». Pulsé sobre él, pensando que, probablemente, me había incluido en alguna lista de correo sobre la Casa Westrum, pero resultó ser un mensaje que me enviaba el propio Oliver, dirigido única y exclusivamente a mí.

Estimada Lucy:

En primer lugar, permíteme que me disculpe por mostrarme tan lacónico durante la visita que tu madre y tú realizasteis a la Casa Westrum. Espero que puedas entender que me mostrara reticente a dar pábulo a ciertas afirmaciones sobre Frank Westrum. En esta era en la que impera la tecnología punta, uno

debe extremar la cautela. No quería que ninguna información errónea se extendiera de un modo viral, como dicen ahora. No obstante, soy consciente de que tengo cierta tendencia a mostrarme sobreprotector con su legado. De todos modos, he tenido recientemente una conversación con la reverenda Suzi que me ha ayudado a llegar a la conclusión de que tal vez me mostré demasiado seco y cortante, e incluso rudo, la última vez que nos vimos.

Así que te pido disculpas. Asimismo, he de informarte de un descubrimiento que he hecho hace poco mientras revisaba el estudio con más detenimiento. He encontrado un trozo de papel, metido en la parte de atrás de un cajón etiquetado con la fecha de 1938, en el que alguien había anotado algo a lápiz. Solo ponía esto: Iris Jarrett Wyndham Stone. No había reparado en esa nota hasta ahora, pero doy por sentado que se refiere a la Iris que me mencionaste. Te envío esta buena noticia con mis mejores deseos para ti y tu familia.

Iris Jarrett Wyndham Stone. Aquel e-mail de Oliver era totalmente inesperado y muy generoso por su parte. Leí su apellido de casada una y otra vez y lo susurré con claridad. Entonces me acordé de que, cuando encontré su certificado de bautismo, el apellido Wyndham no había significado nada para mí. Ahora, sin embargo, la triste y complicada historia de su apellido impregnaba todas esas cartas. Hice una rápida búsqueda por Internet pero no logré ningún resultado relevante, solo di con un Wyndham Stone Turf cerca de Batavia y una Stone Jar Antiques en Oswego. Si Iris seguía viva, lo cual era perfectamente posible, podía estar en cualquier parte.

Cuando iba ya por la mitad de la pantalla, me encontré con un mensaje de la Escuela Superior de Serling, en cuya colección de archivos históricos se hallaban los archivos de Vivian Branch, y donde habían estado investigando el tema a petición mía. Me había olvidado completamente de ello. Abrí el e-mail y me topé con la nota de una archivera en la que me comentaba que había encontrado dos cartas interesantes, ambas escritas por Frank Westrum a Vivian Branch y su hermana Cornelia. Había escaneado esos documentos y los había convertido en archivos PDF que había adjuntado al mensaje. De inmediato, abrí en el primero.

9 de septiembre de 1938

Estimadas Vivian y Cornelia:

Os escribo para informaros de que las vidrieras ya están terminadas.

Anoche, dejé a Rose descansando en la sala del sanatorio; se sentía bastante mejor. O, al menos, eso espero. Una vez en la calle, me quedé allí quieto bajo la luz del atardecer durante largo tiempo. Como la luz de la sala aún estaba encendida, pude ver cómo su sombra se desplazaba tras las cortinas. Tuvo la oportunidad de ver todas las vidrieras, salvo la última, antes

de que su salud se deteriorara. No obstante, espero que se recupere lo suficiente como para volver a casa antes de que os las envíe. Me gustaría que ella las viera todas juntas, aunque solo fuera una vez. También he de deciros que la gente que pasaba junto a mí en la calle hacía comentarios, e incluso alguno se atrevió a mirarme fugazmente, al ver que no me movía de esas escaleras. Sin embargo, permanecí allí hasta que subió a su habitación, apagó la luz y se puso a dormir. O, al menos, espero que durmiera. Cada vez tose más; tose tanto que descansar le resulta muy difícil. Es una enfermedad muy cruel y me siento impotente ante ella. Después, di un largo paseo junto al río. Ya estaba amaneciendo para cuando regresé a casa y me sumí en un sueño muy poco reparador.

No hace falta que entre en más detalles, pues sé que mi sufrimiento solo os suscitará congoja y pena. Solo os escribo para que sepáis que todas las vidrieras ya están acabadas. Creo que son muy hermosas. Están colgadas sobre las ventanas de mi estudio. Creo que al verlas os sentiréis muy satisfechas al ver a todas esas mujeres juntas, con sus pies posados con suma delicadeza sobre el margen que Rose diseñó. Como quizá ya sabéis, se inspiró en una obra que vio de niña: se trata de un patrón que recordaba por su gran belleza y del cual hizo un boceto. Aunque he seguido vuestras instrucciones acerca de las mujeres que queríais que representara, le consulté a Rose diversas cuestiones sobre la composición, el diseño y los colores a elegir, como estoy seguro que deseabais que hiciera. En verdad, ambos somos los creadores de esta obra. Creo realmente que estas vidrieras son suyas. Aunque han nacido gracias a vuestra gran generosidad, aunque son también fruto de mi trabajo, mis conversaciones con Rose han sido la semilla de la que han brotado; además, a ella le preocupan los mismos temas que a vosotras. Entenderéis, entonces, que he realizado estas vidrieras teniéndola a ella muy presente en mi mente, que he cortado cada pieza de vidrio pensando en ella y que, al final, junté todas las piezas como si estuviera uniendo los fragmentos de nuestras vidas de una manera muy hermosa y precisa. Lo cual, lamentablemente, no puedo hacer en la realidad.

En cualquier caso, ya están terminadas y aguardan vuestra inspección.

Mis más sinceros recuerdos,

FRANK

28 de septiembre de 1938

Estimadas Vivian y Cornelia:

Espero que os encontréis bien en El Lago de los Sueños. Me encantó recibir vuestra visita, y también recibir tan pronta respuesta. Me sentí lleno de júbilo al saber que os han gustado las vidrieras. Sé que tanto vosotras dos

como Rose habéis soñado con una capilla así desde hace décadas, y estoy seguro de que vuestra generosidad a la hora de financiar este proyecto inspirará a generaciones futuras. Creo que estas vidrieras tienen vida propia, una belleza innata que existe al margen del empeño que pusimos en crearlas. Sé que las añoraré cuando ya no se encuentren en mi estudio.

Pero debo prepararlas y empaquetarlas. La empresa de transportes pasará a recogerlas mañana, y os las entregarán en un plazo máximo de dos semanas.

También me ha llegado el último pago, por el cual os estoy muy agradecido. Hacedme saber cuándo se procederá a la instalación de las vidrieras. Ardo en deseos de ver vuestra capilla.

Rose se encuentra ya un poco mejor. Estuvo aquí una tarde, observando las vidrieras durante bastante tiempo. Dicen que quizá pueda volver a casa la semana que viene. Esperemos que sea así.

Mis más sinceros recuerdos,

FRANK

Leí esas cartas varias veces y me sentí llena de júbilo, pues tenía ante mí la prueba clara y contundente que relacionaba a Frank Westrum con Rose. Como me sentía magnánima y muy agradecida a Oliver por haber compartido la información que había descubierto, le reenvié esas cartas, sin pensarlo dos veces. Para cuando me dio por levantar la vista de la pantalla, ya había bastante más ajetreo. La gente entraba en tropel en la terminal, para luego repartirse por ella. El avión de Yoshi ya había aterrizado. Apagué el ordenador y me puse de pie a esperarlo mientras seguía pensando en las cartas de Frank, en esa conmovedora imagen de él esperando a la entrada del sanatorio, observando la silueta de Rose a través de la cortina, más allá del cristal. Pensé en ellos trabajando juntos, en Rose dibujando con las mismas líneas claras y definidas con las que escribía, haciendo bosquejos de los diseños que Frank trasladaría al vidrio, conformando así una hermosa simbiosis. Sus cartas transmitían tanta tristeza que me llevaron a preguntarme qué clase de cruel enfermedad había sufrido Rose. Supuse que sería tuberculosis, puesto que no sería de extrañar que la hubiera contraído por culpa del trabajo que hacía con Vivian. O quizá la gripe que había pasado la había dejado muy débil, o le había dejado los pulmones dañados.

La gente comenzó a bajar en manada por las escaleras mecánicas ya fuera de manera enérgica, lánguida o fatigada. Yoshi se encontraba entre los últimos de ese grupo, parecía un poco aturdido y llevaba una bolsa al hombro. Iba vestido con unas bermudas y una camiseta azul y llevaba el pelo muy corto. Estaba moreno y tan guapo que, por un momento, me quedé paralizada mientras lo veía bajar por las escaleras mecánicas, mientras pensaba en todo lo que había ocurrido en ese corto espacio de tiempo, en lo poco que me había faltado para lograr que ese momento no sucediera por culpa de mi obsesión con el pasado. Tal vez Yoshi también se hubiera

planteado poner fin a nuestra relación; yo seguía sin saber si ese era el final del principio o el principio del final de lo nuestro. De repente, la timidez se apoderó de mí. En cuanto me vio, sonrió y alzó una mano para saludarme. Le devolví el saludo en medio de un torrente incesante de pasajeros. Después, lo rodeé con un brazo y lo besé con suma rapidez.

—Ya estás aquí —dije.

—Lo logré —replicó.

Salimos de la terminal llevando su bolsa entre los dos, conversando animadamente sobre cosas de lo más mundanas: su viaje, el tiempo, la historia del coche dorado de mi padre. Abandonamos la ciudad en automóvil, y regresé a unas carreteras que me resultaban cada vez más conocidas. Aproveché la ocasión para indicarle a Yoshi cuáles eran los lugares más destacables que íbamos encontrando por el camino; él a su vez, me comentó que los asientos del coche eran muy amplios y que en aquel extenso paisaje se veían campos y granjas por todas partes. Una tras otra, fuimos dejando atrás a gran velocidad las señales de la autopista de color verde oscuro con nombres de ciudades como: Watkins Glen, Corning o Elmira. Le hablé a Yoshi sobre la Casa George Eastman, que albergaba el Museo Internacional de Fotografía y Film, y sobre Mark Twain, quien vivió en Elmira, donde tenía un estudio octogonal provisto de una chimenea y muchas ventanas, que se asemejaba a una cúpula y que ahora se encontraba en el campus de la Universidad de Elmira.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté en cuanto nos acercamos a la salida que conducía a El Lago de los Sueños—. ¿Estás cansado? Si quieres, puedo llevarte a casa para que duermas. O podemos parar en el pueblo y dar un paseo.

—Aunque estoy cansado, sé que no voy a poder dormir —contestó Yoshi—. Muéstrame los alrededores. Caminaré hasta que ya no pueda más.

Así pues, aparqué. Paseamos por el pueblo y nos pasamos por el banco, que estaba abierto todos los sábados por la mañana. En cuanto entramos, mi madre alzó la vista de los papeles que tenía sobre el escritorio y se puso de pie, sonriendo, para darle la mano a Yoshi. Por la forma en que mamá entabló conversación con él, pude deducir que le cayó bien al instante. Nos prometió que procuraría salir pronto del trabajo para estar en casa lo antes posible. Luego, nos tomamos unos cucuruchos de helado y nos sentamos en el parque, a observar cómo los veleros navegaban por el lago. Yoshi me contó más cosas sobre su viaje a la isla, sacó su cámara y me mostró algunas fotos que había sacado, aunque sorteó cuidadosamente el tema del trabajo o el hecho de que ambos navegábamos ahora a la deriva por el mundo al igual que esos veleros por el agua. También omitió hablar de los agujeros que se habían abierto en nuestra relación en las últimas dos semanas. Mientras Yoshi se tumbaba sobre la hierba boca arriba y echaba una cabezada, yo aproveché para dar un paseo por el rompeolas. La casa donde Rose había vivido se encontraba al otro lado de la calle, era un edificio victoriano estrecho con ribetes de encaje de red. Iris había nacido en esa casa; allí se encontraba el jardín donde confeccionó sus muñecas con malvarrosas. En

ese instante, miré a Yoshi, que dormía bajo el sol con las manos colocadas tras la cabeza a modo de almohada; a pesar de que lo conocía muy bien, era consciente de que poseía todo un universo personal, conformado por su pasado y su forma de ver el mundo, que nunca conocería del todo.

Después de que Yoshi se despertara, fuimos al muelle, pero aunque el *Temible Simetría* se encontraba amarrado y se mecía en el agua, ni Blake ni Avery andaban por allí, así que seguimos caminando. Entonces, le indiqué cuál era el edificio de Dream Master, que se alzaba imponente junto al canal. Para mí siempre había sido un símbolo de la historia de mi familia, y, aunque sus cornisas agrietadas pedían a gritos ser reparadas y era claramente visible que en muchas partes había que rellenar de mortero los espacios vacíos que, con el paso del tiempo, habían quedado entre los ladrillos, al ver las cosas a través de los ojos de Yoshi, logré darme cuenta de algo que ni siquiera había logrado ver a pesar de haber estado muchos años viviendo fuera del pueblo: que solo era un edificio, nada más.

—¿Lo construyó tu abuelo? —preguntó.

—Mi bisabuelo. Era el hermano de Rose. Emigraron juntos a este país.

—Oh. Eso debió de ser muy duro.

—Creo que sí. Para Rose, seguro.

Yoshi asintió.

—Mi madre me ha comentado alguna vez que se sintió muy sola cuando se mudó a California. Lo cual no quiere decir que no le gustara Estados Unidos, sino que, por mucho que estuviera allí, no se sentía en casa. Quizá esa sea la causa por la que mis padres siempre han estado tan dispuestos a mudarse cada muy pocos años.

—Bueno, supongo que es normal sentirse solo cuando uno llega a un país nuevo, ¿no? Tu madre, al menos, podía usar el teléfono para hablar con sus seres queridos. Rose y Joseph se comunicaban por correo y, en esa época, las cartas tardaban tres semanas en llegar. Y además, no tenían dinero.

Seguimos paseando y nos detuvimos en La Judía Verde a tomar un café. Como no había mucha gente, conseguimos una mesa junto al lago. Aproveché la ocasión para ir a buscar a Avery, pero no la encontré, así que le dejé una nota de disculpa en la cocina, que doblé y pegué con celo en la nevera de acero inoxidable. Después, un grupo de patos, compuesto por una madre con sus crías, pasó nadando a nuestro lado, cruzaron el canal y dejaron atrás el taller de cristalería, donde los turistas, una vez más, hacían cola en la puerta. No quise pensar en Keegan manipulando el fuego ahí dentro, ni en el vidrio estremeciéndose y aumentando de tamaño como si fuera algo vivo. Los patos prosiguieron su camino, nadando a favor de la corriente. Seguirían nadando por el canal hasta llegar al canal Erie; luego, viajarían hasta Buffalo e incluso más lejos. No obstante, el primer lugar que dejaron atrás fue el muelle del taller de cristalería, en donde me había subido al barco de Keegan solo dos días antes, tremendamente ilusionada.

—Yoshi —dije.

Él alzó la vista, sonriente, y yo aparté la mirada. Para cuando volví a posar la mirada en él, pude deducir por su expresión (que se había tornado repentinamente muy seria, como si estuviera esperando malas noticias) que sabía que algo iba muy mal. Le conté rápidamente que Keegan era la persona con la que había estado saliendo cuando mi padre falleció, que había ido a dar una vuelta en barco con él, que le había besado en dos ocasiones desde que había llegado y que eso había avivado las llamas de un amor del pasado, pero que, al final, había sido incapaz de dar un paso más, porque sabía que no estaría haciendo lo correcto.

—¿Te refieres a lo correcto desde un punto de vista moral? —inquirió Yoshi—. ¿Estás insinuando que saldrías con él si rompieras conmigo?

—No. Lo que quiero decir es que sentía que no sería correcto. No era correcto que hiciera eso. Simplemente, me sentía muy confusa por haber vuelto aquí, por volver a ver a Keegan y, además, tú estabas muy lejos. Lo siento mucho, Yoshi. Me sentía perdida. Llevo mucho tiempo sintiéndome así. Sabes que es cierto. Quizá desde que fuimos a vivir a Japón. Era una parte de mi pasado que tenía que cerrar. Y ya lo he hecho.

No respondió de inmediato. Simplemente, se cruzó de brazos y se dedicó a contemplar el lago, guardándose sus emociones para sí mismo. Traté de imaginarme cómo me habría sentido yo si la situación fuera a la inversa y entonces me asusté. En mis relaciones anteriores, yo siempre había sido la que rompía. Nunca había sido la parte a la que dejaban y que sufría por ello. Pero ahora había muchas posibilidades de que eso sucediera.

—¿Yoshi? Lo siento mucho, de veras.

Entonces, me miró e hizo un gesto con la mano.

—Ahora no puedo hablar de esto —replicó—. Estoy muy cansado. Me siento como si cayera por el espacio.

El agua del lago seguía fluyendo mientras esperábamos a que llegara la camarera con lo que habíamos pedido. Me dio la sensación de que sería mejor no romper el silencio en que nos habíamos sumido. En cuanto la camarera nos trajo el café y el pan de canela, tuve, de repente, una revelación que, a primera vista, no parecía tener nada que ver con nada, pero que me hizo volver al viaje en coche que habíamos hecho esa mañana, en el que dejamos atrás a gran velocidad un montón de señales verdes que indicaban diversas salidas: Canandaigua, Seneca Falls, Corning y Elmira; eso me hizo recordar las cartas que todavía llevaba en el bolso.

Y, en cierto modo, me sentí contenta al saber que ese famoso autor, que vivió en su día en esa misma calle, nació y murió bajo la misma luz ante la cual yo una vez me encontré, una luz bajo la cual soñé con que el mundo iba a cambiar, o incluso iba a terminarse.

Elmira, hogar de Mark Twain, quien nació en 1835, justo cuando el cometa Halley

pasaba cerca de la Tierra, y que murió en 1910, cuando volvió a pasar de nuevo.

Saqué el móvil y busqué en las páginas blancas de Elmira. Y allí estaba, ella también aparecía en el listín telefónico, como todo el mundo: Stone, Iris J.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Yoshi.

Como habló en un tono normal, pensé que quizá seguiríamos adelante con nuestra relación, sin más, y que todo iría bien a partir de ahora. Entonces, moví la silla para acercarme a él, para que pudiera ver la pantalla del móvil.

—Yoshi, mira esto. Es Iris. La he encontrado. Vive en Elmira.

A continuación, le hice un somero resumen de la historia de Rose; le expliqué cómo había dado con esas cartas y que Rose había abandonado a su hija pero que seguía al tanto de su vida, desde la distancia. También le expliqué que era bastante probable que Iris no conociera la existencia de Rose, ni de las vidrieras, y que no supiera absolutamente nada sobre la extraordinaria vida de su madre.

—¿La vas a llamar?

—¿Crees que debería hacerlo?

—¿Por qué no?

—Sí, tienes razón... ¿Por qué no?

Aun así, tuve que marcar cuatro veces distintas los números antes de atreverme a pulsar el botón de llamada. Podía equivocarme de persona, o, en el caso de que fuera la Iris Stone correcta, quizá no quisiera hablar. Al fin y al cabo, debía de andar por los noventa y cinco años; quizá no recordase bien las cosas, o quizá esas revelaciones la impactaran tanto que podía llegar a desmayarse, o tal vez colgara sin más. No obstante, he de reconocer que, mientras estaba pensando en cómo reaccionaría Iris, también me planteaba qué podía significar para mí el hecho de encontrarla. Era como hallarse ante el umbral de una puerta que lleva a un lugar donde uno nunca se habría imaginado que estaría, un lugar del que uno no podría regresar. Tras conocer la verdad, ya sea bien recibida o no, ya no hay vuelta atrás.

—¿A qué estás esperando? —inquirió Yoshi.

—No lo sé. Es que es un poco inquietante. No sé con qué me voy a encontrar.

Yoshi negó con la cabeza.

—A ver si al final no te vas a atrever a llamar —replicó—. Después de haberla encontrado, ¿no te vas a poner en contacto con ella?

Me eché a reír, me alegré de que viera las cosas con tanta serenidad y pragmatismo.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿a qué esperas? ¿Qué es lo peor que podría pasar?

—No lo sé.

Y era cierto, no lo sabía, ese era el problema. El problema no estribaba en dar con Iris, sino en lo que podía llegar a revelar esa anciana sobre el pasado de mi familia. Aun así, al final, apreté el botón. Dejé que el teléfono sonara hasta siete veces. Por lo visto, no tenía el contestador activado. Cuando estaba a punto de colgar, con una

mezcla de decepción y alivio, alguien habló en voz baja al otro lado de la línea.

—Más te vale que no seas un abogado —dijo con suma severidad—. Me has hecho salir del baño.

—¿No tiene contestador? —pregunté, gesticulando con la mano ante la mirada inquisitiva de Yoshi.

—¿Quién eres?

Respiré hondo.

—Bueno, usted no me conoce —acerté a decir.

—Entonces, adiós. No pienso comprarte nada.

—Por favor, no cuelgue, ¿de acuerdo? Esto es muy importante. Y le prometo que no quiero venderle nada.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Me llamo Lucy Jarrett —respondí lo más rápido posible—. Mi padre se llamaba Martin; su padre, a su vez, se llamaba Joseph y su abuelo también. Creo que usted y yo podríamos ser parientes.

De repente, se produjo un silencio tan largo que me pregunté si se había cortado la llamada, o si lo que le había dicho le había impactado tanto que se había desmayado.

—¿Oiga? —dije—. Señora Stone, ¿está usted bien?

—Perfectamente —contestó de manera tajante.

—Bien. Lamento llamarla así, de sopetón. Sé que debe de ser toda una sorpresa.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Lucy Jarrett.

—Y ¿qué edad tienes, Lucy Jarrett?

—Veintinueve. Cumpló treinta en octubre.

—Así que tienes veintinueve y cumples treinta en octubre, ¿eh? Bueno, deja que te diga una cosa, Lucy Jarrett. No me interesa conocer mis raíces. Rompí con todo lo que me ataba a mi pasado hace mucho mucho tiempo, ¿me entiendes? Mucho antes de que tú nacieras. No te lo tomes de manera personal, pero voy a colgar ahora mismo y no quiero que me vuelvas a llamar. ¿Queda claro?

—Sí, muy claro, pero, por favor, anote mi número. Tengo cierta información sobre Rose Jarrett. A la que quizá conoció como Rose Westrum. Me gustaría hablarle de ella cuando esté dispuesta. Esto..., quería decir, si está dispuesta a escucharme.

Volvió a reinar un largo silencio entre ambas. Cuando volvió a hablar tuve la sensación de que le temblaba un poco la voz, aunque quizá fuera cosa de la conexión telefónica.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Respiré hondo y miré a Yoshi, que me observaba con suma atención, como si no me conociera, con cara de pena, con una expresión tan tensa que supe que debía de estar pensando en Keegan.

—Encontré unas cartas —respondí—. Unas cartas que iban dirigidas a usted. Las

escribió Rose, quien la conocía desde que usted era muy niña.

Una vez más, reinó el silencio.

—Dame tu número de teléfono —me pidió.

Se lo di y, tras repetirlo una vez, me colgó sin despedirse, dejándome sumida en un vasto silencio en el que podía escuchar los latidos de mi corazón.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Yoshi.

—No lo sé —contesté, encogiéndome de hombros, y, acto seguido, posé el móvil sobre la mesa—. Es ella, sin duda alguna. Reconoció el nombre de Rose y, al menos, anotó mi número. Tendré que esperar a ver si me llama.

—Creo que te llamará —afirmó Yoshi—. Querrá saber más.

Asentí.

—Bueno, dime, ¿cómo te encuentras? —pregunté.

—No lo sé, Lucy. No me esperaba llegar aquí y encontrarme con este lío.

—Es que no quería contártelo por teléfono. Pero no me refería a eso. Quería saber si estás cansado o no.

—No, estoy bien. Antes me ha dado un poco de bajón, pero creo que me he recuperado. Durante unas horas, al menos, estaré como una rosa.

—Me gustaría llevarte a un sitio. Es un lugar que me encanta. Si te apetece, claro. Yoshi no respondió al instante y ese silencio despertó todos mis miedos.

—Creo que podré soportarlo —contestó al fin—. Incluso puede que esté bien y todo.

El lugar que tenía en mente era el barranco, donde pasé tanto tiempo durante el último año de instituto, un lugar en el que no había estado desde la noche en que murió papá. Cogimos el coche y, cuando pasamos junto a la iglesia, otro automóvil dejó un hueco para aparcar justo delante de la puerta de entrada, que ocupé sin pensarlo dos veces. Había oído que tenían previsto trasladar la vidriera de la Sabiduría a su lugar original, en la capilla, en los próximos días (Oliver había insistido mucho en ese tema, argumentando que debía preservarse la integridad de la colección al completo), y quería que Yoshi la viera.

Entramos por la puerta lateral y saludé a Joanna, la secretaria. Luego, guie a Yoshi por aquel laberinto de pasillos. Habían colgado la vidriera en la sala de reuniones parroquial, y me dio la impresión de que era aún más hermosa de lo que recordaba. La luz de las primeras horas de la tarde atravesaba con intensidad sus colores, esos patrones que con el paso del tiempo se habían vuelto tan familiares para mí: los pedúnculos y las flores, las lunas entrelazadas conformando la forma repetida de la *vesica piscis*, esa geometría sagrada tan antigua, las manos alzadas de la gente, que se convertían en hojas y en palabras que ascendían.

—En el mito japonés de la Creación hay también un momento como este —comentó Yoshi—. La leyenda dice que hubo un tiempo en que la tierra flotaba sobre el agua, y que, entonces, una pareja de inmortales brotaron de la tierra como si fueran juncos. Hay cierto paralelismo... Sí, todo está entrelazado.

—Me gusta eso de que brotaron como juncos. Ahora que estás aquí, te voy a llevar a dar un paseo en kayak por las marismas. Ahora que el depósito militar está cerrado, podremos seguir la línea de la costa durante kilómetros y kilómetros.

Nos detuvimos frente a las oficinas para que Yoshi pudiera ir al servicio que se encontraba en aquel pasillo. Mientras esperaba, Suzi salió de la oficina a toda prisa, con un maletín en la mano.

—Lucy —dijo y se detuvo—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a enseñarle a Yoshi la vidriera de la Sabiduría. Acaba de llegar de Japón. Por cierto, aprovecho la ocasión para darte las gracias. No sé qué le dijiste a Oliver Parrott, pero me ha enviado cierta información que me ha ayudado a dar con Iris. Tiene noventa y cinco años y vive en Elmira.

—Resulta sorprendente que siga viva. ¿Ya has hablado con ella?

—Sí, pero ha sido una conversación muy breve. Se supone que me va a llamar. He descubierto muchas cosas sobre Rose. Un día de estos, tengo que pasarme por aquí para ponerte al día.

—Pásate cuando quieras... o llámame. Bueno, he de irme volando a una reunión.

—Vale. Ah, oye, Yoshi anda por aquí.

—Ajá. Oye, Lucy, he estado dándole vueltas a nuestra última conversación, a lo mucho que te preocupa el destino de Rose. El perdón es una pieza clave de la doctrina de la Iglesia, Dios es perdón y amor, así que, sean cuales fueran los errores que ella cometió, y recuerda que todos cometemos errores, no deben impedirnos seguir viviendo, no deben impedir que sigamos teniendo una vida espiritual plena, salvo que nosotros optemos por que no nos dejen avanzar en la vida.

Me ruboricé, porque me dio la impresión de que la reverenda había conseguido atisbar la verdad que se ocultaba tras mi obsesión por Rose: que arrastraba un gran complejo de culpa desde la noche en que mi padre murió, porque, de haber tomado otra decisión ese día, las cosas habrían podido ser muy distintas.

—Bueno, gracias —dije burlonamente, y de las siguientes palabras me arrepentí nada más pronunciarlas—. Es bueno saberlo.

Suzi asintió y sonrió. Luego, se despidió mientras bajaba por las escaleras:

—Vale. Cuídate.

Cuando Yoshi salió del baño, Suzi ya se había ido.

Volvimos al coche y tomamos la carretera que sigue el contorno del lago. Yoshi y yo no hablamos mucho durante el trayecto. Y eso me preocupó; aquel silencio podía significar cualquier cosa. Cuando nos acercábamos al final del lago, decidí abandonar la autopista y coger la estrecha y serpenteante carretera de gravilla que llevaba a la zona de aparcamiento. Aquel lugar había cambiado en los últimos años, se había vuelto menos inhóspito. Ahora había un bonito letrero en el que aparecían diversas imágenes de los diferentes helechos y fósiles que se podían hallar en la zona, junto a varias advertencias de que estaba prohibido llevarse algo de allí. También había mucha gravilla en el sinuoso sendero, que se iba estrechando cada vez más y que nos

llevó al arroyo que se encontraba bajo las cataratas del barranco.

El agua caía en grandes cantidades sobre el pedregoso lecho del río. Ni corta ni perezosa, vadeé hasta su parte central, donde el agua, que discurría muy rápida, me cubría hasta las rodillas. Por otro lado, gracias a la claridad del agua, pude comprobar que mis pies resultaban muy pálidos en comparación con las oscuras piedras del fondo. Yoshi, tras trastabillar un poco por culpa de las rocas resbaladizas, llegó enseguida a mi lado. Al instante, le cogí de la mano para ayudarle a recuperar el equilibrio.

—Lucy —me dijo—. ¿Por qué me lo has contado si se supone que no debería darle importancia?

—Porque no quería que ese secreto, esa mentira, se convirtiera en un obstáculo entre nosotros.

—¿Estás segura? —inquirió.

—Lo mío con Keegan acabó hace mucho —respondí—. Lo que tuve con él acabó antes de empezar siquiera. De eso estoy más que segura.

Yoshi asintió.

—Vale. Te creo. Me alegro de que creyeras que lo tuyo con él no era correcto —apostilló.

Entonces, sonreí, y él también.

—¡Vamos! —grité por el encima del murmullo de la corriente.

Logramos abrirnos paso hasta las cataratas entre risas y resbalones. Me coloqué bajo la cascada y el agua impactó contra mi rostro y mis hombros. A continuación, alcé los brazos con las manos abiertas como la gente de la vidriera, como si así pudiera coger el agua que caía, como si así pudiera llenarme. Yoshi también se adentró en la cascada y estalló en carcajadas bajo aquel torrente. En ese momento, la sensación de intranquilidad que había arrastrado a lo largo de todo el día desapareció totalmente. Di un paso en dirección hacia Yoshi, con intención de besarle, como si estuviéramos en medio de un monzón, pero resbalé y, a pesar de que intenté recuperar el equilibrio, me caí. Atravesé la cascada y llegué a un lugar donde reinaba la calma situado tras aquel muro de agua. Terminé con una pared húmeda de pizarra a la espalda y una torrencial cortina de agua delante. El mundo situado más allá de la cascada era un borrón en el que se mezclaba el color verde y azul con el de las piedras. Un instante después, Yoshi atravesó esa cortina de agua que caía en láminas tan suaves que recordaban al vidrio, y se adentró en ese pacífico reino. Tras ayudarme a ponerme en pie, acarició mi empapado rostro. Ese era el momento del pasado que realmente me importaba, ese era el momento que quería que se eternizase para siempre. Nos besamos en esa pequeña oquedad que había entre el agua y la piedra, un lugar total y completamente íntimo, un lugar que no sabía que existía hasta entonces.

Permanecimos tras esa cortina de agua hasta que nos helamos de frío; luego salimos de allí para sentarnos sobre las cálidas rocas, donde acabamos con los pies metidos en un estanque moldeado por el poder erosivo de las cataratas. Yoshi me

contó cómo había dicho lo que pensaba en la reunión y cómo toda la sala se había sumido en un gélido silencio. Hablamos de dinero, de cuánto teníamos y cuánto nos duraría, y de qué íbamos a hacer en el futuro. Aunque ambos teníamos un bagaje laboral más que suficiente como para encontrar con facilidad un nuevo trabajo, decidimos que esta vez ambos íbamos a ser mucho más selectivos con el puesto de trabajo que íbamos a aceptar.

Después, fuimos a casa, donde cenamos pronto. Mamá nos preparó pollo asado con ensalada. Tras la cena, el jet lag pudo con él. A duras penas logró subir hasta la cúpula, donde yo había preparado un rincón para nosotros; había colocado allí un par de futones viejos provistos de sábanas limpias. Como había dejado las ventanas abiertas, la luz del crepúsculo iluminaba aquella pequeña estancia.

—Qué acogedor —comentó Yoshi, quien, al instante cayó sobre el futón y cerró los ojos. Se quedó dormido en unos segundos.

Después, regresé a la planta baja y charlé con mamá mientras limpiábamos y fregábamos. Cuando le hablé de Iris, se mostró sorprendida al saber que la había llamado y me lo echó un poco en cara, ya que le preocupaba que estuviera removiendo el pasado y fuera a hallar cosas que era mejor que permanecieran olvidadas.

—Pero ¿tenemos algo que perder? —repliqué—. Además, soy demasiado curiosa. Debo descubrir todo lo posible al respecto. Por otro lado, si Oliver no me hubiera enviado esa información, nunca hubiera dado con ella.

Mamá se echó a reír.

—Bueno, esa es una forma muy peculiar de ver todo ese embrollo —reconoció—. Por cierto, Yoshi me cae muy bien. Es encantador, ¿verdad? Resulta bastante extraño, pero yo diría que su acento suena un poco británico. Eso sí que no me lo esperaba.

—Su madre es británica —le expliqué—. Además, vivió un tiempo en Londres, aunque ha vivido en muchos lugares del mundo a causa del trabajo de su padre. Algún día, me gustaría ir a Londres con él. Tengo entendido que es una ciudad maravillosa.

—La verdad es que acaba de llegar aquí y apenas le conozco, pero es una persona de trato fácil y con la que una se siente muy a gusto. Se tiene la sensación de conocerle de toda la vida. ¿Crees que mañana querrá ir a visitar las cataratas del Niágara? ¿O seguirá teniendo jet lag?

Le contesté a mamá que tendríamos que esperar al día siguiente para saberlo. Luego, hablamos sobre qué íbamos a llevar a la fiesta de celebración del 4 de julio de Blake. De repente, sonó mi móvil y fui a cogerlo. Me sequé las manos mientras seguíamos discutiendo si llevaríamos ensalada de patata o fruta fresca.

Al descolgar, oí a alguien que hablaba bastante bajo y cuya voz no me resultaba conocida; además, se le oía un poco entrecortado.

—Soy Ned Stone —me anunció—. El hijo de Iris Stone. Por lo que tengo entendido, usted ha llamado hoy a mi madre.

Respiré hondo y pensé en los reparos que mi madre había puesto a mi investigación. Quizá tenía razón, pues no sabía quién era realmente esa gente.

—Hola. Sí, así es. Soy Lucy Jarrett.

—Ya, eso es lo que me ha comentado mi madre. Aunque no ha sabido explicarme con claridad qué era lo que usted quería.

—Oh... Bueno, en realidad, no quiero nada. Simplemente, he descubierto cierta información sobre Rose Jarrett, sobre la familia de su madre. En concreto, unas cartas que fueron escritas a su madre. La he llamado para ver si podía aclararme algunos aspectos de esas misivas. Y para informarle de que existían.

Aquel hombre se aclaró la garganta. En ese momento, intenté imaginarme qué edad podía tener. Si Iris tenía noventa y cinco años, él podía tener fácilmente más de sesenta.

—He de decirle que mi madre se encuentra bastante contrariada por culpa de su llamada. Aunque quizá la palabra «nerviosa» defina mejor su estado. Abandonó su hogar cuando era muy joven, fue una situación bastante complicada, aunque no conozco los detalles. Mi madre no ha tenido una vida particularmente fácil. No quiero que perturbe el final de su existencia con esa historia que cree que tiene que contarle. Francamente, lamento tener que decirle esto, pero llamar así, de improviso, con una información tan extraña..., hace que me interrogue sobre cuáles son sus verdaderas intenciones, si me permite decírselo.

—Lo entiendo —repliqué—. Voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para despejar sus dudas.

Le conté todo sobre mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo, sobre las cartas, sobre cómo había descubierto la existencia de Iris y la había localizado. Incluso recreé mentalmente el árbol genealógico mientras hablaba. Ned Stone debía de ser un primo segundo de mi padre. Como no puso ninguna objeción de buenas a primeras, seguí hablando... sobre los archivos de la iglesia, las vidrieras, Frank Westrum, las cartas que había descubierto en una caja polvorienta en la Sociedad Histórica Lafayette.

—Su rama de la familia siempre ha sido ignorada por parte de la nuestra. Nunca supimos de la existencia de Rose o su madre, por lo que, claro, cuando por fin he dado con ella, me ha embargado la emoción. Además, he pensado que a lo mejor querría leer esas cartas.

En ese momento, dejé de hablar e intenté imaginarme al hombre que se encontraba al otro lado del teléfono, quien hablaba con cautela, comedimiento y precisión. Parecía esa clase de persona que tenía un despacho en casa provisto de una moqueta gruesa capaz de absorber cualquier ruido y un montón de diplomas enmarcados colgados en las paredes.

—¿Las ha leído?

—Sí.

—Si fuera usted mi madre, ¿le causarían conmoción?

Titubeé. A pesar de que los últimos días habían sido muy emocionantes, también

era cierto que habían resultado bastante perturbadores. El pasado de la familia, tal y como me lo habían contado de niña, había sido una historia reconfortante en cierto modo, pues daba una visión del mundo en la que este parecía un lugar estable y seguro. Sin embargo, lo que había descubierto había alterado mi percepción de quién era yo e incluso mi visión del mundo. ¿Estaba dispuesta a renunciar a esa verdad? No. De hecho, quería saber más, quería saberlo todo. No obstante, ese conocimiento acarreaba mucho desasosiego, y no tenía nada claro cómo se podía sentir una persona cuando su visión del mundo se ponía patas arriba a los noventa y cinco años.

—En realidad, creo que su contenido puede resultarle bastante perturbador — admití, mientras me sentaba en el sofá y contemplaba por las ventanas el oscuro lago —. Todo depende de si uno quiere saber la verdad o, al menos, una versión distinta de la historia, o si uno quiere seguir creyéndose la versión que siempre le han contado.

Ahora fue él quien vaciló.

—Muy bien —cedió—. Dígame qué es lo que cree que sabe sobre nuestra familia.

Le contesté que creía que Rose era su abuela y que su madre no la había conocido.

Se produjo un largo silencio.

—Una teoría realmente impactante —aseveró—. Muy difícil de aceptar en caso de que decida creerla.

—Las cartas son muy hermosas. Cuentan esta historia mucho mejor que yo.

—¿Por qué no me las envía? —sugirió—. Envíeme fotocopias de las mismas. Les echaré un vistazo y luego me pondré en contacto con usted.

—Puedo escanearle las dos primeras y mandárselas ahora mismo —le ofrecí, al tiempo que cogía el bolso en busca de un bolígrafo con el que anoté su dirección de e-mail en el reverso de la cuenta del supermercado.

Después de enviarle las cartas acompañadas de un pequeño mensaje, me tomé con mamá una copa de vino en el patio, donde el crepúsculo iba dando paso lentamente a la noche. Me pregunté si había hecho lo correcto y mamá se encogió de hombros a modo de respuesta.

—Ya no hay vuelta atrás —sentenció—. Ahora solo te queda esperar a ver qué pasa.

Al final, no tuve que esperar mucho. Dos horas después, justo antes de la medianoche, me llamó.

—Muy bien —me dijo—. Mi madre tiene noventa y cinco años, y no quiero que se estrese, como comprenderá. Si se pone nerviosa, o incluso si se siente cansada, tendrá que marcharse. Vive conmigo y ya he hablado con ella al respecto. Dice que le gustaría conocerla. Puede venir a visitarnos el lunes por la tarde, si le parece bien.

—Allí estaré —repliqué mientras anotaba la dirección en el dorso de mi mano y la punta del bolígrafo se me clavaba en la piel—. Muy bien. Estaré allí el lunes a las dos.

Como al día siguiente Yoshi ya estaba recuperado, nos lo llevamos a ver las cataratas del Niágara. Era un viaje en coche de dos horas, y partimos por la mañana a una hora bastante temprana. Una vez allí, hicimos lo típico: estuvimos lo más cerca posible de esas atronadoras cataratas, nos pusimos los impermeables y subimos a un barco que nos llevó río arriba hasta la neblina de agua pulverizada que se encuentra en la base de las cataratas. Tomamos algo de beber en el restaurante giratorio situado en la parte superior de la torre, donde Yoshi brindó por el magnífico día que habíamos pasado y mamá brindó para celebrar que Yoshi hubiera decidido visitarnos. Regresamos a El Lago de los Sueños bastante tarde. Al día siguiente, mamá tenía que ir a trabajar pronto, así que para cuando me levanté ya se había ido. No obstante, me dejó una cafetera llena de café recién hecho y una nota deseándonos un buen día. Su caligrafía se parecía mucho a la mía, ya que era un poco apretada y apresurada. Me alegré de que las cosas entre nosotras se hubieran arreglado; quizá descubrir que el pasado no era tal y como nos lo habían contado, que presentaba otras facetas hasta ahora ignoradas, nos había hecho sentirnos más cerca la una de la otra de lo que nos habíamos sentido en muchos años.

Cuando Yoshi bajó al fin, nos llevamos el desayuno al muelle y nos sentamos allí, bajo el sol, a untar el pan de aceitunas que había comprado en La Judía Verde con hummus y tirar migas a los patos, que se lanzaban raudos y veloces a borrarlas de la faz del lago. Como el café estaba muy cargado, me lo tomé con hielo. Bebimos y charlamos. Después de un rato, saqué la canoa y remamos sin prisas recorriendo toda la orilla, admirando la belleza de aquella tierra todavía sin urbanizar, de la capilla en la lejanía, que destacaba entre el verdor con su mezcla de colores blancos, rojos y grises. Nos fuimos tan lejos que llegamos a ver la zona de la obra, donde la tierra se encontraba excavada hasta el lecho de roca en algunos lugares y apilada en montones lóbregos y horribles. Entonces pensé en el paseo que había dado con Keegan, en el misterio y silencio que envolvían aquel bosque y sus tierras vírgenes. Ese tipo de entorno natural y salvaje resulta cada vez más difícil de encontrar en este mundo.

—Me alegro de que dieras tu opinión sincera sobre el proyecto del puente — afirmé—. Aunque eso implique que ahora estemos arruinados. Creo que hiciste lo correcto.

Yoshi apoyó su remo en el bote y negó con la cabeza.

—No sé qué decirte. En ese momento, me sentí como Dios. Pero luego me entraron las dudas. Actuar de manera tan precipitada no es propio de mí, ¿verdad?

—No te precipitaste. Lo meditaste. Incluso hablamos un poco al respecto. Así que no te dejaste llevar por un arrebato. Además, me da igual —repliqué, y lo más raro de todo es que realmente me daba igual.

La necesidad de alcanzar ciertas metas, que me había llevado hasta ese punto en mi vida, parecía haberse disipado. Me sentía como el agua que fluye con calma por entre las piedras de la orilla. Sabía que eso era consecuencia de haber dejado las cosas claras con Keegan y, en cierto modo, también de lo que había descubierto sobre Rose, que había vivido su vida sin preocuparse de las cosas que tanto importaban al resto de su familia, incluidos los descendientes de su hermano: el dinero y el estatus, las relucientes pruebas del éxito. Nunca nos habían hablado de ella, lo cual era bastante revelador, pero, si lo hubieran hecho, nos la habrían presentado como una fracasada que no se casó, que no hizo nada destacable en su vida y que había dejado a su hija al cuidado de otros. Aun así, la admiraba y era consciente de que investigar su vida había cambiado la perspectiva que yo tenía sobre mi propia existencia. Sin lugar a dudas, Rose había cometido errores, pero había tenido el valor de vivir siguiendo sus convicciones, sabía lo que quería y había intentado lograr sus metas, a pesar de que la cultura de su tiempo le ponía un obstáculo tras otro. Además, su amor por Iris estaba muy presente en todas esas cartas, aunque hubiera tenido que abandonarla.

—Me da igual el trabajo —repetí—. He estado pensando en que quizá haya llegado el momento de que ambos nos lancemos a hacer algo nuevo.

—¿Como qué?

—Pues no lo sé exactamente. He estado pensando en ese trabajo que hicimos en Yakarta para el orfanato. He estado pensando que estaría bien hacer algo bueno que beneficiara al mundo en general. Aunque tengamos que renunciar a ciertas comodidades y privilegios.

Seguimos avanzando a la deriva. La calma reinaba en el lago, el agua acariciaba los laterales del bote y se retiraba formando ondas nítidas.

—Creo que podríamos buscar algo de ese estilo —comentó Yoshi—. Seguro que un par de cerebritos como nosotros pueden dar con alguna manera de hacer el bien.

—Seguro que sí.

Entonces, metí el remo entre los juncos y empujé, para así poder adentrarnos en aguas más profundas. Ese movimiento brusco sobresaltó a dos garzas, que abandonaron su escondite en la marisma y de repente ascendieron hacia el cielo batiendo sus fuertes alas. Las observamos elevarse más allá de los árboles y perderse en la distancia.

—Qué lugar tan hermoso —dijo Yoshi.

Seguía siendo igual de hermoso unas cuantas horas más tarde, cuando nos subimos al Impala y cruzamos en coche ese paisaje que conocía de memoria, cuando atravesamos esa cadena de pequeñas colinas que separa los lagos de las afueras de Elmira para ir a conocer a Iris, donde esperaba encontrarme con una casa que se pareciera a la casa de la sociedad histórica: un edificio del siglo XIX, repleto de

muebles robustos, antimacasares y platitos de cristal llenos de caramelos rancios. Supongo que lo que me había llevado a imaginármela así era la voz quejumbrosa de Iris. Por esa razón, me quedé anonadada al recorrer un camino de entrada bastante largo y cubierto de gravilla que llevaba a una casa de estilo contemporáneo, provista de muchas ventanas que daban a una parcela arbolada. Aparqué bajo un vetusto ginkgo de hojas con forma de abanico y admiré las elegantes maderas del patio, las paredes de piedra y sus infinitos cristales.

La mujer que abrió la puerta era de la edad de mi madre y bastante delgada; llevaba el pelo teñido de color castaño claro.

—¿Eres Lucy? —me preguntó, dándome la mano en un visto y no visto. Tenía las manos ásperas y secas—. Pasa, por favor. Soy Carol, la nuera de Iris. Y este es mi marido, Ned.

Ned era alto y cordial, tenía el pelo ralo y gris y una sonrisa encantadora. Sin embargo, sus ojos eran marrones, al contrario que el resto de nuestra familia, y tenía ojeras.

Él también me dio la mano.

—Soy su hijo mayor —me explicó—. Mi hermano, Keith, está en Florida. Mi madre vive aquí; en un apartamento individual adosado a la casa. No obstante, suele pasar parte del invierno en el sur con Keith. Eso suele ser lo habitual.

Me di cuenta de que hablaba rápido, con nerviosismo. Carol le agarró cariñosamente del brazo. Gracias a ese gesto reconfortante, la calma se apoderó de su marido. A continuación, Ned miró a su esposa y sonrió.

—Él es Yoshitaka Aioki —les dije.

Entonces, para mi sorpresa, Ned hizo una leve reverencia y dijo:

—*Konichiwa*.

Superada la sorpresa inicial, Yoshi le contestó en japonés, e inmediatamente los tres estaban conversando animadamente, aunque hablaban demasiado rápido como para que yo pudiera entender bien lo que decían. No obstante, llegué a entender que Ned y Carol habían vivido muchos años cerca de Kioto.

—La empresa de Ned lo envió a trabajar allí —comentó Carol, volviéndose hacia mí mientras cambiaba al inglés—. En un principio, creíamos que íbamos a quedarnos cuatro años como mucho. Pero nos enamoramos de aquel lugar y nos quedamos quince, hasta que Ned se jubiló. Vamos, pasad —prosiguió, señalando la sala de estar, situada más allá del recibidor de piedra, una habitación de techo alto y una pared muy amplia repleta de ventanas desde las que se podían ver los árboles—. Como podéis ver, trajimos a casa un montón de souvenirs.

Al principio, fui incapaz de ver nada. La sala estaba amueblada con mucha sencillez, con sofás bajos de color blanco y mesas de madera. Entonces, me fijé en las hermosas colecciones de juegos de té y sake que había en las estanterías que flanqueaban la chimenea, y en las láminas de Hiroshige enmarcadas que colgaban en la pared más alejada de nosotros.

—Sentaos —nos dijo Ned, al tiempo que se acomodaba en uno de los sillones bajos de esa ala mientras Carol abandonaba la habitación.

Yoshi y yo nos sentamos en un sofá blanco.

—Gracias. Esta sala es muy bonita. Sencilla y elegante.

Ned sonrió.

—Podéis creéroslo o no, pero tenemos un tatami en la planta de arriba.

Hablamos unos minutos más sobre Japón; bueno, más bien, Ned hablaba mientras yo lo observaba, buscando en vano algún parecido familiar. Al igual que a mi padre, a Ned lo habían reclutado para participar en la Guerra de Vietnam, pero tuvo suerte porque la guerra acabó antes de que lo enviaran para allá. Después, se quedó cuatro años en el ejército, donde aprendió a reparar motores de aviones, que lo fascinaron tanto que llegó a sacarse un título en Ingeniería en cuanto se licenció. Conoció a Carol justo el día antes de cumplir los treinta años, cuando ella se sentó a su lado en el autobús. Tuvieron tres hijos, que ya eran adultos. Solo la más joven, Julie, que era de mi edad, más o menos, seguía viviendo por la zona.

—Me he llevado una gran sorpresa al conocer la existencia de esas cartas —comentó mientras cogía un archivador que había dejado sobre la mesa—. Y mi madre también. Al principio, mamá pensó que todo esto era ridículo, que tenía que ser una broma. Pero, en cuanto le di una de ellas para que la leyera, reconoció al instante a Joseph Jarrett por las descripciones que aparecen en algunas de esas misivas.

»Al parecer, ya sabía que Cora y Joseph no eran sus padres biológicos, aunque nunca nos lo había contado. Quizá mi padre sí lo supiera. En cualquier caso, nunca conoció a su verdadero padre y no recordaba a su verdadera madre demasiado bien, ya que se marchó cuando mamá era muy pequeña. Así que acabó pensando que Cora y Joseph eran sus padres... Y todo fue bien hasta que mamá llegó a la adolescencia y le dio un ataque de rebeldía. Entonces, todas esas pequeñas grietas que habían marcado la relación con sus padres adoptivos comenzaron a ensancharse. Tu abuelo nació cuando ella tenía catorce años, y eso complicó aún más las cosas.

—En 1925 —apostillé—. El año en que se mudaron a la casa del lago.

—¿Ah, sí? Creo que mi madre vivió allí una corta temporada. Había mucha tensión entre ella y sus padres. Al final, se fugó de casa. Se mudó aquí con un amigo de unos amigos, y eso fue la gota que colmó el vaso, supongo. Acabó trabajando en uno de los talleres de cristal. Básicamente, así fue como cortó todo vínculo que la atara a los Jarrett. No obstante, deberías saber que se ha emocionado mucho al leer esas cartas. Anoche, se quedó despierta hasta tarde, leyéndolas una y otra vez. Sin embargo, como ya os he comentado, me gustaría que nos tomásemos con calma este tema. Y que no la atosiguemos.

Una vez más, Ned estaba nervioso y hablaba cada vez más rápido.

—Lo entiendo —dije.

Unos minutos después, Carol apareció por la puerta, llevando del brazo a una mujer alta, cuyo pelo ralo y canoso recordaba a la pelusa de un diente de león. Me

levanté al recordar la primera carta de Rose, en la que describía de esa manera el pelo de Iris cuando era niña. Sus ojos azules e intensos, que me resultaban tan familiares, se cruzaron con los míos.

—¿Es ella? —preguntó la anciana.

—Esta es Lucy, mamá. Y este, su amigo Yoshi. Vamos, sentémonos.

Cruzaron la habitación y se sentaron en el sofá de enfrente.

En cuanto todos estuvimos ya acomodados, reinó un silencio que se expandió por toda la habitación. Incluso Ned permaneció callado.

—Te pareces a tu bisabuelo —dijo Iris, al fin.

—¿De veras?

Iris asintió.

—Sí, en los ojos.

—Le he traído algo —anuncié—. Algo que fue hecho para usted.

Rebusqué en mi bolso y saqué la tela, envuelta con sumo cuidado en varias capas de papel de arroz de Japón, de un color azul muy claro, con grullas blancas en relieve. Iris cogió el regalo con sus manos largas, que le temblaban un poco, y unos dedos pálidos y huesudos. Lo abrió poco a poco, apartando el papel en que estaba cuidadosamente envuelto. La tela se desplegó. Era de un color blanco plateado y muy fina al tacto, y a lo largo de sus márgenes presentaba ese patrón tan familiar: la hilera de lunas solapadas rodeada de enredaderas. Estaba tejida con tal finura que al sostenerla en el aire parecía translúcida; el margen de la parte inferior destacaba porque era más oscuro que el resto del pañuelo. A continuación, le conté la historia de mi investigación con la mayor concisión posible: le hablé de esa tela con su borde de lunas, de las crípticas cartas y panfletos guardados en la cúpula, de los archivos históricos en los que había indagado, y de las vidrieras. Como había hecho fotocopias de todos estos documentos para quedármelos, ahora podía entregarle a Iris el archivador de Rose que contenía las cartas originales.

—Su madre, Rose, las escribió para usted.

Soltó la manta que llevaba encima, que cayó sobre su regazo; la alisó un poco y, acto seguido, cogió el archivador.

—¿Las has leído? —preguntó, alzando la vista.

—Sí.

En ese mismo instante, esas misivas dejaron de formar parte del pasado y pasaron a formar parte de la vida de esa mujer que se encontraba sentada frente a mí. Entonces, comprendí que había violado su intimidad, pues ella era la única destinataria de esas cartas.

—Lo siento. No sabía que seguía usted viva.

Iris asintió lentamente.

—Bueno, dime, ¿qué opinas sobre ella?

—Creo que fue una mujer muy valiente. Creía con pasión en sus ideales y luchó para defenderlos.

—¿Ah, sí? Lo cierto es que no llegué a conocerla. Se marchó cuando yo era muy niña. Me contaron que había hecho algo muy malo y que había tenido que irse. Me dijeron que, a partir de entonces, debería llamar «mamá» a Cora, y eso hice. Lo único que recuerdo de ella es que un día muy soleado, en que ambas estábamos tumbadas en la cama, me cantó una nana sobre una arañita mientras movía las manos imitando a uno de esos bichos. Aún puedo verlos, ascendiendo por el aire. Solo recuerdo eso y cómo me sentía al saber que se encontraba en la habitación conmigo. Pero solo me acuerdo de eso y, además, durante mucho tiempo, ni siquiera pensé en ella.

Hizo una pausa. Ned posó una mano sobre el brazo de su madre para reconfortarla y, luego, Iris siguió hablando.

—Ned, lo cierto es que no volví a preguntarme qué había sido de ella hasta que tú y tu hermano nacisteis. Al tener hijos, volví a pensar en mi madre, lo cual es bastante lógico. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. Aunque recuerdo la casa de la ciudad donde vivíamos antes de que se marchara. Sé que allí el suelo de la cocina estaba cubierto de linóleo y que había un horno de leña, y que el resto de las habitaciones se calentaban con la chimenea. Hacía mucho frío en invierno, y mi habitación daba al noroeste, así que a veces me despertaba y me encontraba con que una luz extraña y tenue iluminaba la habitación: eso se debía a que la nieve había llegado a la altura de las ventanas. Un día, me contaron que mi madre había hecho algo malo, pero siempre me sentí como si yo hubiera sido la causa de su marcha. Siempre pensé que yo debía de haber hecho algo muy malo que provocó que se fuera.

—Oh, no. No fue así —le aseguré, mientras Iris se secaba las lágrimas—. No fue culpa suya. Su madre se tuvo que ir porque participó en una manifestación en la que se pedía el derecho a voto para las mujeres. La arrestaron. En 1913, se celebró en Washington una gran marcha en la que se pidió que se concediera el derecho al sufragio a las mujeres. En respuesta a esta, hubo otras muchas por todo el país. Rose, su madre, se sumó a la que tuvo lugar en El Lago de los Sueños. A pesar de que la advirtieron de que no debía participar en ella, se sintió obligada a sumarse a la manifestación cuando esta pasó por delante de su casa. Como acabó en la cárcel, no quisieron volver a acogerla en su hogar. Me refiero a Cora y su primer marido. El tío de usted, mi bisabuelo, intentó ayudarla, pero, por aquel entonces, no podía ofrecerle demasiado apoyo. Así que no le quedó más remedio que abandonarla.

Iris asintió, pero siguió sin hablar. Entonces, señalé las cartas que se encontraban sobre su regazo.

—Si lee esas cartas, comprobará que volvió a por usted —añadí—. Regresó un año más tarde, más o menos, y se encontró con usted en el jardín de la casa donde vivían en la ciudad. Hablaron un rato. Rose dejó constancia por escrito de todo eso en una de sus cartas. —En ese instante, me detuve, ya que no quería decirle a Iris que fue incapaz de reconocer a su propia madre—. Debería leerlas. Cuentan muchas más cosas. La quería a usted con toda su alma.

A continuación, volvió a reinar el silencio, que Iris quebró, al fin, con voz

temblorosa.

—Me resulta muy difícil de aceptar —afirmó—. Muy difícil. Ahora que soy mayor, puedo entenderlo. Puedo comprender que a lo mejor no le quedó más remedio que marcharse. Sé que a veces se dan circunstancias en la vida que escapan a nuestro control. Pero lo cierto es que se marchó, y tuve que crecer sin ella.

Hice ademán de querer hablar, pero, de repente, Ned alzó una mano para pedirme que me mantuviera callada. Durante unos momentos, todos permanecimos sentados en silencio. A pesar de que a Iris le temblaban los labios, no se echó a llorar.

—No te abandonó del todo —dijo Carol al fin—. Conociste a Rose Westrum, ¿verdad? Como puedes ver, regresó, aunque tú no fuiste consciente de que era ella. Lo más probable es que creyera que, a esas alturas, aquello sería lo mejor. Según parece, siempre veló por ti.

La luz del sol se filtraba por la pared repleta de ventanas y atravesaba el pelo canoso y ralo de Iris, cuyos mechones parecían retazos de niebla sobre su pálido cuero cabelludo. Sus ojos eran iguales que los míos, del mismo color azul intenso que los de Blake. La piel que le cubría los huesos de sus manos era muy fina y tensa.

—Sí. Conocí a Rose Westrum. Era amiga de la gente que me acogió. Me envió una nota justo después de que me casara en la que me decía que conocía a mi familia. Nunca la contesté. ¿Por qué debería haberlo hecho? ¿Para qué iba a remover el pasado?

»Me había fugado de casa a los catorce años, y ese mismo año nació tu abuelo. Mi madre, Cora, ya no era joven. Debía de tener unos cuarenta años por aquel entonces. Supongo que ya había renunciado a la idea de tener hijos. Recuerdo que la sorpresa y el silencio reinaron en la casa el día que supimos que estaba embarazada. Aun así, no presté mucha atención a lo que pasaba. Acababa de volver del colegio y le había llevado a mi madre una taza de té en una bandeja; además, tenía que irme a hacer la compra. Durante todo el otoño, reinó la quietud y la tensión en nuestro hogar, pues temíamos que hubiera complicaciones en el embarazo y el parto. Por suerte, el niño nació sano. Era un bebé muy dulce y dócil, y me encantaba cuidar de él.

»Cora fue una madre estupenda para él. Lo quería mucho. A mí me había tratado con el mismo cariño cuando era niña (quizá incluso había sido demasiado indulgente conmigo), pero, a medida que yo iba creciendo, nos peleábamos cada vez más. Ella me decía que era una testaruda y una torpe. Es cierto que era bastante patosa y más grande de lo que a ella le hubiera gustado. La ropa se me quedaba pequeña con demasiada rapidez. A veces, me echaba en cara que me había acogido cuando mi verdadera madre me había abandonado. Entonces, me sentía en deuda con Cora y hacía lo que ella quería. Supongo que es cierto que era tan testaruda como ella decía. Tenía mis propias ideas, sueños y deseos sobre cómo quería que fuera mi vida, como cualquier joven, pero ella pensaba que tenía unas ideas demasiado avanzadas, demasiado radicales. Cuando la hacía enfadar, se mordía los labios con tanta fuerza que casi desaparecían de su rostro. Me portaba bastante mal con ella e incluso me lo

llegué a tomar como un juego: la provocaba para ver cuántas veces era capaz de obligarla a fruncir de ese modo los labios a lo largo de todo un día.

»Supongo que ya habían estado hablando sobre mi futuro antes de que el bebé naciera, pero incluso eso quedó en vilo cuando el niño nació. Todo quedó en suspenso, congelado como el vaho en el gélido aire invernal. Yo tenía prácticamente quince años cuando él nació, y muchas de mis compañeras de clase ya habían dejado el colegio para ponerse a trabajar en las fábricas del canal. En aquella época, era muy habitual que la gente abandonase el colegio. Casi todo el mundo lo hacía. No conocí a una sola chica que fuera a la universidad. Las necesitaban como mano de obra en las granjas o contribuían de alguna otra forma a la economía familiar. O se enamoraban y se casaban.

»El verano después de que Joseph naciera, conseguí trabajo en una empresa textil del centro de la ciudad. Una de las razones que me impulsaron a buscar un empleo fue poder irme de casa. Era como si yo hubiera desaparecido de la faz de la tierra por culpa del bebé. O, al menos, así era como me sentía. Aún era muy joven, así que quizá simplemente le tenía celos y envidia. Me esforcé por ser útil a la familia, por agradar a todo el mundo. Sin embargo, cuando él nació, me sentí como una muñeca vieja que queda apartada y olvidada. La empresa donde yo trabajé ya no existe, por supuesto, pero estaba en el canal, frente a la fábrica de aislantes de vidrio. Lo recuerdo porque podía ver sus enormes ventanas al otro lado del lago. Al ver a todas esas personas trabajando con sus máquinas, como yo lo hacía con la mía, me preguntaba si se aburrían tanto como yo, si soñaban con otro tipo de vida. Aunque tampoco podía observarlos durante mucho tiempo. No podía distraerme, ya que debía ocuparme de mi máquina: si cometía un error, sería muy costoso para la empresa, e incluso peligroso para mí. Recuerdo que el primer día que trabajé allí, a la señora Tadley se le enganchó un dedo en la tricotosa y la sangre voló por todas partes. Luego, se celebró una reunión en la que nos advirtieron que no hiciéramos lo mismo, ya que la señora Tadley había echado a perder una cantidad de hilo suficiente como para confeccionar cinco suéteres.

»Yo confeccionaba calcetines con una máquina que tenía forma circular y cuyas agujas se movían tan rápido que mis ojos no eran capaces de seguir las. El calcetín salía por la parte posterior y yo tenía que cortarlo y pasárselo a la persona que estaba a la derecha para que pudiera coserle la punta y pasárselo a la siguiente de la cadena de producción. Al principio, tuve que centrar toda mi atención en acomodarme al tremendo ritmo de producción de la máquina, pero, al cabo de un tiempo, las manos ya se me movían solas por inercia, así que podía distraerme un poco y echar un vistazo a mi alrededor. A mi lado se encontraba Sally Zimmerman, que siempre estaba con la cabeza agachada sobre su máquina, por la que pasaba un calcetín tras otro, para coserles las puntas. Más allá, se encontraban las ventanas por las que se filtraba la luz, que iluminaba los filamentos de polvo y tela que flotaban en ese ambiente tan ruidoso. Por la noche, escupía hilos azules cuando me lavaba los

dientes. Y se me acumulaban pelusas en las orejas y en la nariz.

»Allí los días se hacían muy largos. Trabajaba todos los días salvo los domingos. Recuerdo que recorría caminando las pocas manzanas que me separaban de casa, tan cansada que apenas era capaz de dar un paso tras otro. Luego, caía rendida en la cama. Más tarde, ese mismo verano, nos mudamos a la casa del lago.

»Y, al final, esa fue la causa de todos los problemas.

»Solía estar tan cansada que incluso me dormía de pie. Aun así, siempre me levantaba para echar una mano en la casa. A veces, salía y me sentaba junto al lago bajo el sol a escuchar las olas; en alguna ocasión, incluso me dormí allí mismo.

»Una tarde, Cora tuvo que salir de casa, así que se acercó al muelle y me pidió que cuidara del bebé. Me dijo que si le oía llorar, fuera a atenderlo, ya que ella iba a estar ausente un par de horas. Pero, como hacía un día soleado, debí de dormirme. Me desperté al oír sus lloros, tenues y débiles, que sobrevolaban el césped que me separaba de la casa. Como le estaban saliendo los dientes, no había manera de calmarlo, así que le preparé un biberón, lo cambié y lo saqué de casa. Cora le había preparado una zona para que jugara bajo el sauce, cerca del lago. Me pregunto si seguirá allí ese árbol. Bueno, a lo que iba, las ramas más bajas del sauce acariciaban el césped y dejaban sobre él unas hojas muy hermosas, pero también es verdad que lo dejaban todo perdido. Al bebé le gustaba jugar allí, donde se entretenía pasándose los juguetes de una mano a otra. Aproximadamente, media hora después, se cayó y se echó a llorar. Así que lo coloqué bajo la sombra del árbol con sus juguetes. Yo me quedé allí mismo, muy cerca, con un libro en la mano. Me senté en la silla del jardín dispuesta a leerlo, pero solo pude leer unas cinco frases. Hacía mucho calor. Recuerdo que oí el murmullo de las olas y cerré los ojos.

»No sé qué me despertó o cuánto tiempo había estado dormida. Me incorporé, sintiéndome aturdida, y miré hacia la manta que se encontraba bajo el árbol. Estaba vacía. No pude apartar la mirada. Sentí tanto pánico que me quedé petrificada. Entonces oí algo y me giré. El bebé tenía ya diez meses y sabía gatear. Pero yo no lo sabía, porque había estado poco en casa, trabajando sin parar. No le había prestado atención. Mientras estaba dormida, se había ido gateando hasta la orilla. En ese momento, las olas le llegaban a la altura de la barbilla. Se reía, pero, entonces, se resbaló y cayó de cara. Me puse en pie de un salto y corrí hacia él. Con casi toda seguridad, ese fue el minuto más largo de mi vida. No lloró, se limitó a mover las manos en el agua, flotando como podía, pero el problema era que estaba boca abajo. Lo saqué de allí y lo cogí entre mis brazos, temblando.

»No me di cuenta de que Cora me estaba observando. Se encontraba junto al granero, cubriéndose los ojos con la mano para protegerse del resplandor del sol. Su cara era un poema. Lo había visto todo. Ese fue el principio del fin para mí. Nunca me perdonó, ni creyó que hubiera sido un accidente. Así que, al final, me fugué de casa.

—No fue culpa tuya —aseveró Ned—. Fue un accidente. Además, no le pasó

nada.

—Ya. El crío se reía. Era tan pequeño que no comprendía el peligro.

Pensé en Max sobre el pontón, contemplando las aguas revueltas, volviéndose para sonreírme como si no hubiera nada de qué preocuparse.

—Y ¿qué hizo? —preguntó Yoshi—. Me refiero a qué hizo después de fugarse. ¿Adónde fue? Todo eso debió de ser muy duro para usted, ya que era muy joven.

—Sí. Fue muy duro. Aunque, cuando una es joven, no le da demasiadas vueltas a las cosas. No te das cuenta de que estás estableciendo un patrón de conducta que vas a seguir toda tu vida. Al final, mis padres me encontraron (estaba viviendo con una amiga), y cuando les dije que no quería volver a casa, me enviaron aquí, a Elmira, a vivir con una tal señora Stokley, que buscaba un huésped. Y aquí terminé. Empecé a trabajar en uno de los talleres de cristalería. Aunque yo quería ser profesora, pero, claro, carecía de formación. Cuando tenía ya veintiún años, conocí a John Stone en un picnic de la empresa. Él era ingeniero, como Ned. Ese día, recuerdo que estaba haciendo volar una cometa.

—Se refiere a mi padre —aclaró Ned—. Estuvieron cincuenta y siete años casados.

—¿Nunca volvió a ver a Joseph? Me refiero tanto a su tío como a su primo.

Iris hizo un gesto de negación con la cabeza.

—A mi primo, no. Pero mi tío vino a visitarme una vez. Debió de ser al final de su vida, quién sabe, yo debía de tener ya cincuenta y tantos años. Me trajo una foto de cuando él era niño y me llevó a comer. Me comentó que, cuando él muriera, la familia se acordaría de mí. Pero no le hice mucho caso, la verdad. Y como desde entonces no he vuelto a saber nada de ellos, tengo muy claro que hice bien en no hacerme demasiadas ilusiones.

Mientras estábamos hablando, la puerta del recibidor se había abierto y vuelto a cerrar, sin armar mucho ruido. A continuación, una joven vestida con unos pantalones cortos y una camiseta blanca sin mangas se había sentado en la escalera que llevaba a la sala de estar, desde donde nos había escuchado atentamente con la barbilla apoyada en una mano. Llevaba su larga melena recogida en una coleta. En cuanto la conversación se detuvo un momento, Carol aprovechó la oportunidad para presentárnosla: era Julie, su hija menor.

Julie sonrió y nos saludó. Le devolví el saludo mientras la observaba detenidamente. Como Ned y mi padre eran primos segundos, Julie y yo debíamos de ser primas terceras, si es que existía ese grado de parentesco. Y si existía, ¿qué más daba? Era de ese tipo de primos cuya existencia nunca llegas a conocer ni aunque ambos hayáis crecido en la misma ciudad. Era alta, aunque no tanto como yo, pero casi. Se puso en pie y me estrechó la mano.

—Así que eres hidróloga —dijo—. Qué interesante.

—Me gusta mi trabajo.

—¿Trabajas en Japón?

—Bueno, no exactamente —respondí, lanzando una mirada a Yoshi—. Estábamos viviendo en Japón, pero ahora mismo nos hemos tomado un descanso. Estamos pensando en qué vamos a hacer a partir de ahora.

—Te entiendo. Yo también he pasado por esa situación.

—Julie es profesora —señaló su padre—. Pero le apasionan los animales. Los rescata. Eso es lo que más le gusta.

No supe qué decir... En ese aspecto, no nos parecíamos en nada. Me pregunté si su apartamento estaría lleno de gatos callejeros.

—En realidad, me dedico a rescatar animales exóticos que sus dueños acaban abandonando porque no sabían en qué lío se metían cuando los compraron —comentó Julie, como si me hubiera leído el pensamiento—. De momento, he adoptado una boa constrictor, dos monos y tres iguanas. Aunque los monos no los tengo en casa, por supuesto, hay unas instalaciones magníficas en Kentucky donde acogen a este tipo de animales.

—Julie —dijo Carol—. La abuela Iris nos ha pedido antes que le sacáramos ciertos papeles de la caja fuerte de la casa. Ya sabes, ahí dentro tiene todas esas fotos antiguas y demás. Pero no hemos sido capaces de abrirla. A tu padre se le ha olvidado la combinación y no hemos encontrado el papel en el que la anotó. ¿Crees que podrás ayudarnos a abrirla?

—Puedo intentarlo.

Entonces, Julie abrió la puerta de uno de los armarios empotrados y se sentó frente a la caja fuerte, colocó una oreja sobre su superficie metálica y los dedos sobre el dial. En cuanto cerró los ojos, yo noté que se me desbocaba el corazón. El esquema del mecanismo interno de la caja fuerte apareció en mi mente como una visión; vi cómo se movían los pernos siguiendo sus silenciosos patrones. Lentamente, muy lentamente, fue girando el dial, mientras escuchaba con atención la voz de esa caja de metal. Conocía la sensación que Julie estaba experimentando, conocía esa mezcla de suavidad y dureza que notaba al tener la caja fuerte en contacto con su mejilla, sabía que podía percibir cómo se desplazaban los pines y hacían clic suavemente, como si cada uno de ellos diera un suspiro. Permaneció inmóvil, escuchando. Entonces, su cara se relajó y se oyó el chasquido del mecanismo de apertura. También experimenté la misma sensación de éxito, de haber logrado un objetivo, que la invadió a ella. Acto seguido, abrió la puertecita de metal y metió la mano dentro.

—Increíble —comentó Ned, riéndose entre dientes.

—Es un don —admitió Carol—. Ha sido capaz de hacer este tipo de cosas desde que tenía cinco años. No sé de dónde lo habrá sacado.

—Mi tío solía hacer lo mismo —afirmó Iris, cuya voz sonaba lejana, como si no estuviera centrada en el presente, como si estuviera contemplando el mundo con las lentes dobles del presente y el pasado, como si intentara ver el mundo con unas gafas de tres dimensiones.

—Yo también —señalé, estirando los dedos—. Yo también soy capaz de hacerlo.

Sorprendidos, todos me miraron a mí y a mis manos, que tenía extendidas en ese momento. A continuación, Julie sacó un montón de papeles de la caja fuerte y se los dio a su padre, quien revisó esos documentos (me dio la impresión de que eran bonos, testamentos y escrituras) hasta que dio con una fotografía amarillenta; era la foto que mi bisabuelo le había dado a Iris la única vez que fue a visitarla. Se trataba de un retrato de familia fechado el 22 de agosto de 1909, el año en que Geoffrey Wyndham apareció en el pueblo conduciendo su Silver Ghost, un año antes del cometa. En el reverso, había algo anotado a lápiz. Rose aparecía en el centro de la fotografía, ataviada con un vestido oscuro, cuyo cuello y puños eran de un color pálido. La flanqueaban los demás miembros de la familia, que también iban vestidos de negro de manera muy formal: el severo patriarca de la familia con su barba blanca, su hermano mayor y tres chicas mayores que ella, que podrían ser sus primas. Todos habían adoptado un gesto muy serio ante la presencia del fotógrafo. La madre de Rose, una de sus tías y su abuela estaban sentadas, con una postura muy envarada, en unas sillas delante del resto.

—¿Con motivo de qué sacaron esta fotografía? ¿Qué celebraban?

—Nadie lo sabe —contestó Ned—. Una boda, o un funeral, o quizá, simplemente, aprovecharon que un fotógrafo pasaba por el pueblo para hacerse la foto.

—Este es Joseph —añadió Iris, dando golpecitos con el dedo a un muchacho que se encontraba junto a Rose, que miraba a la cámara con los ojos entornados como si intentara adivinar el futuro—. Y esa chica debe de ser Rose. Mi madre.

Miré la foto con más atención, pensando en las cartas de Rose, en la muchacha que había visto cómo su país se perdía en la niebla desde la barandilla de la cubierta de un barco. En esa fotografía, se la veía muy joven; solo tenía catorce años, y su larga melena lacia le llegaba hasta los hombros. Llevaba una cinta alrededor del cuello y esbozaba una media sonrisa, como si estuviera a punto de girarse para hacer un comentario gracioso. Ella era la única de toda la familia que parecía feliz: las chicas mayores, que estaban colocadas en fila, tenían un gesto muy serio; sus padres y tías parecían muy preocupados; y su abuela (que era tan anciana en esa foto como Iris lo era ahora) llevaba un sombrero negro y tenía la cara más arrugada que una pasa.

¿En qué estaba pensando Rose en ese momento? ¿Con qué soñaba? ¿Cómo se imaginaba que sería su vida? Esa mañana de verano, rodeada de su familia, se volvió para reírse; aún no sabía nada sobre Edmund Halley o su cometa, que no era más que un trozo de hielo que surcaba el gélido espacio, cuya llegada marcaría su vida de un modo muy extraño. No sabía que estaba a punto de abrirse una puerta en el mundo que iba a cruzar, aterrorizada y esperanzada, una puerta que la llevaría a un futuro que nunca se había imaginado.

—Estoy cansada —dijo Iris, que dejó el archivador lleno de cartas encima del sofá. A continuación, colocó las manos sobre la manta que tenía en el regazo y jugueteó con los bordes de la sedosa tela—. Creo que tendría que descansar un poco.

Ned se puso de pie de inmediato y se agachó para ayudar a Iris a ponerse de pie, agarrándola del brazo. Yo también me levanté y la agarré de la mano un segundo. Tenía los dedos fríos. Le comenté que tenía algo que me gustaría enseñarle en cuanto hubiera tenido la oportunidad de leer las cartas y asimilar su contenido. Le expliqué lo que sabía sobre Frank Westrum, las vidrieras y Rose, aunque no estaba muy segura de en qué medida me estaba entendiendo. No obstante, Ned mostró bastante interés y se detuvo con Iris en el pasillo.

—Por lo que cuentas, parece ser que hay todo un museo repleto de esas vidrieras.

—Sí. Rose ayudó a diseñarlas. Conocía al artista. En realidad, mantuvieron una relación muy estrecha. Solía posar como modelo para él.

—Ya veo. Bueno, creo que a todos nos interesará saber más sobre el tema en cuanto mi madre se sienta con fuerzas y ganas de seguir averiguando más cosas al respecto.

—Sí —replicó Iris, y, a continuación, siguieron recorriendo lentamente el pasillo en dirección a su habitación—. Me gustaría verlas.

Yoshi y yo nos quedamos hablando un poco más con Carol y Julie. Les di el folleto de la Casa Westrum que había traído, y les describí un poco cómo era la capilla.

—Creo que todo esto es muy abrumador —afirmó Carol, mientras nos abría la puerta—. Al menos, yo me siento abrumada. Así que no quiero ni imaginarme cómo se siente Iris. Va a tener que replantearse todo lo que creía saber sobre su vida.

Nos acompañó hasta el coche, expresó su admiración por el diseño elegante del Impala dorado y nos prometió que seguiríamos en contacto. Después, desde el final de aquel largo camino de entrada, observó cómo desaparecíamos entre las hojas de los árboles.

—Yo también estoy agotada —le comenté a Yoshi—. Estoy extenuada emocionalmente. ¿Tú cómo estás?

—Pues no estoy tan cansado. Como no es mi familia, puedo verlo como un asunto interesante y desde una distancia prudencial. Aunque ya sabes que la familia de mi madre procede del suroeste de Inglaterra, cerca de Bristol. Así que a lo mejor somos parientes.

—Oh, no empieces.

Al instante, se echó a reír.

—La verdad es que toda esta historia resulta increíble. Como también resulta increíble que la hayas localizado después de tanto tiempo.

—Pues sí.

Seguimos hablando sobre el tema mientras dejábamos atrás Elmira y nos adentrábamos en los campos en flor, donde los lirios atravesaban las zanjas como si fueran llamaradas. Esos campos bullían de vida gracias a las mariposas y los insectos. Además, los lagos de color azul oscuro brillaban resplandecientes mientras recorríamos la carretera que discurría junto a sus orillas.

A medio camino, nos sumimos en un confortable silencio. Súbitamente, el coche dio unas sacudidas y empezó a hacer un ruido constante, tum-tum-tum. Decidí aparcar el Impala a un lado de la carretera y me bajé para echar un vistazo; sin lugar a dudas, la rueda del lado del copiloto estaba pinchada. Yoshi rebuscó por el maletero y comprobó que no teníamos rueda de repuesto, y yo llamé a mamá para preguntarle si tenía contratado algún servicio de asistencia en carretera. Por suerte, así era, y los llamé de inmediato para que vinieran a ayudarnos.

Nos encontrábamos junto a un campo situado entre los lagos, desde donde podían verse esas grandes masas de agua en la distancia. Hacía una buena temperatura, y estaba tan cansada que me adentré unos cuantos metros en ese campo y me tumbé. Intenté ignorar el zumbido de los insectos y una nube de libélulas que despegaron, translúcidas, de la orilla de un charco cercano y se alejaron volando. Un minuto después, Yoshi se acercó y se sentó a mi lado, y yo me moví un poco para apoyar mi cabeza sobre su pierna. Me acarició el pelo y se entretuvo especialmente en esa zona de piel tan suave que tengo justo bajo la oreja. Pude sentir la vitalidad de la tierra que se hallaba debajo de mí y que estaba repleta de cosas que crecían. Gracias a las caricias de Yoshi, yo también me sentí muy viva, a la vez que adormilada y bastante contenta. A continuación, le acaricé la pantorrilla, dura y musculosa, mientras pensaba en lo bien que me sentía en ese campo soleado con él, donde el lago de color azul oscuro parecía un cuenco insertado entre los campos verdes. En ese instante, oímos llegar una grúa, cuya puerta se abrió de un portazo. De inmediato, ambos nos levantamos y nos sacudimos las semillas y las hierbas que se nos habían quedado pegadas a la ropa.

Entonces, vimos que un hombre, que llevaba una gorra blanca y se había bajado de aquella grúa, estaba revolviendo el interior del enorme maletero del Impala, que Yoshi había dejado abierto de par en par. Sacó una lata de plástico roja, vacía, para llenar de gasolina en caso de emergencia, una bolsa llena de herramientas, una manta doblada y la caja de aparejos de papá. A continuación, colocó todo con cuidado sobre la gravilla del arcén.

—Se me ha ocurrido echar un vistazo por si había un compartimento especial donde estuviera guardada la rueda de repuesto —nos dijo.

Yoshi estaba a mi lado, y noté su cálida mano a la altura de mis riñones, mientras aquel hombre seguía rebuscando sin encontrar nada. Después, quitó con destreza y con buen humor el neumático pinchado del Impala, lo apoyó sobre el parachoques y lo sustituyó por una rueda provisional. El lago se veía muy azul desde la lejanía y refulgía con destellos plateados. Volvió a meter todo dentro del maletero y lo cerró de un portazo. A continuación, arrancamos y nos fuimos.

Cuando llegamos a casa por la tarde, aún era temprano. Nos encontramos la encimera de la cocina repleta de envases de cartón verdes, llenos de fresas recién recogidas. Mamá y Andy estaban uno cerca del otro junto al fregadero, con las cabezas canosas agachadas, concentrados en la labor que tenían entre manos, y reían. Había un montón muy alto de pedúnculos de fresas desechados entre ambos, y varios cuencos de barro cocido repletos de fresas mojadas. El aroma a fresas y azúcar llenaba el ambiente; junto a los fogones, había ocho tarros de mermelada, de un color rojo rubí, colocados con sumo cuidado sobre un paño de cocina. Justo cuando Yoshi y yo entramos, se oyó un clic porque se acababa de sellar la tapa de un tarro de mermelada. Mamá se volvió, sonriendo, y alzó una mano para mandarnos callar. Tenía el pelo mojado y pegado al cuero cabelludo, y las mejillas, rojas por el calor que hacía ahí dentro. Tenía una mancha roja justo debajo del codo, y los dedos también los tenía manchados del mismo color. Permanecemos callados, y un segundo después se oyó el clic de otro tarro, y luego un tercero. Mamá se echó a reír y bajó el brazo.

—Ya está. Estaba contando los clics. Bueno, ya hemos acabado. ¿A que han quedado preciosas? Siempre me encanta esta parte: cuando los tarros parecen joyas expuestas sobre la encimera. Cuando la nieve llegue a los dos metros de altura, nos alegraremos de contar con estos tarros.

—Ahora mismo ya tienen una pinta estupenda —aseguró Yoshi, mientras se quitaba los zapatos en la puerta.

—Lamento que hayamos llegado tan tarde. Pero a la grúa del servicio de asistencia le costó un rato encontrarnos.

Crucé la cocina y cogí una fresa de un cuenco. Le di un mordisco a su roja piel hasta llegar al suave y blanquecino corazón y luego le ofrecí otra a Yoshi. Muchas veces, cuando era niña, salíamos de casa a primera hora de la mañana a recoger fresas de los arbustos más bajos, o cerezas de los árboles; Blake y yo nos solíamos comer todo lo que cogíamos. Después, volvíamos a casa con el coche lleno hasta los topes de fruta, y luego la cocina se llenaba de calor y dulzura a medida que el día avanzaba y los tarros repletos de cosas regordetas doradas, o esferas rojas o rodajas de peras que recordaban a pálidas lunas, aparecían alineados en filas, llenando la encimera.

—Probad un poco —nos pidió Andy, que se limpió las manos con un paño de cocina y nos ofreció un cuenco repleto de mermelada de color rojo oscuro, bastante revuelta y con algo de espuma aquí y allá—. Además, tenemos pan fresco que hemos

comprado en el local de Avery y creo que también un poco de su mantequilla orgánica. Os lo aseguro, esa mantequilla es un manjar de los dioses.

Yoshi y yo nos sentamos a la mesa, repentinamente hambrientos, y nos dispusimos a comer mientras les contábamos lo que habíamos hecho en Elmira. Les dijimos que el viaje en coche había sido estupendo, que Yoshi había hablado con otra gente en japonés y que Julie había heredado la habilidad familiar para abrir cajas fuertes. También les contamos la asombrosa historia de Iris. En cuanto describí a Iris, en cuanto hablé de lo temperamental que se había mostrado, de lo mucho que le había afectado saber la verdad, mi madre dejó de centrarse en su tarea, alzó la vista y posó las manos sobre la encimera manchada de fresas.

—Ha sido muy conmovedor y muy triste —concluí—. En eso he estado pensando todo el camino de vuelta a casa. Tiene noventa y cinco años y se sigue sintiendo abandonada. Espero que saber lo que realmente sucedió la ayude a superarlo.

—Eso espero yo también —replicó mamá—. He de decir que me siento muy aliviada de que todo haya salido bien. Me refiero a que podríais haberos encontrado con una loca, o con una persona de la que uno no se puede fiar, ¿no? O con alguien a quien simplemente preferiríais no haber conocido.

—Tienes razón. Uno no puede elegir a su familia, ¿verdad? Lo cierto es que tu madre se ha pasado todo el día bastante preocupada —comentó Andy mientras pasaba junto a mamá, con un cuenco de fresas machacadas que iba a meter a un tarro, y aprovechó la ocasión para besarla. Mamá lo miró y sonrió.

—Todo ha salido bien —aseguré—. Y nosotros estamos muy bien.

Mientras mamá y Andy acababan de preparar las fresas, Yoshi y yo preparamos una ensalada y arroz. Luego, hicimos salmón a la parrilla en el patio. Era ya bastante tarde cuando nos sentamos todos a cenar; mientras nos pasábamos la comida y nos servíamos el vino, el cielo se fue oscureciendo, pasó de un azul pálido a un color índigo. En la lejanía, pudimos escuchar el zumbido de los motores de los barcos que navegaban por el lago. En cuanto acabamos de cenar, Yoshi me puso una mano en el muslo; esa mano parecía haber almacenado todo el calor del campo donde habíamos estado esperando a que llegara la grúa del servicio de asistencia, así como la luz del sol, el zumbido de los insectos y el aroma de esa tierra y de nuestro sudor. Luego, llevamos los platos sucios al interior de la casa y admiramos una vez más los relucientes tarros de color rubí. Entonces mamá y Andy se fueron al cine, a la última sesión. Vimos cómo los faros de su coche se perdían en la distancia mientras Yoshi, que se encontraba detrás de mí, me apartaba el pelo a un lado y me besaba el cuello. En cuanto me volví, me cogió de la mano, como si estuviéramos bailando. Y, cuando subimos a la cúpula, me sentí como si caminara bajo el agua, de manera lenta y grácil, arrastrada por unas intensas corrientes.

Unas horas después, me desperté tras haber estado soñando. Como estaba tumbada en el suelo de la cúpula, podía ver el cielo nocturno entero en todo su esplendor. Estaba plagado de estrellas; era como si el firmamento fuera un lienzo

negro lleno de agujeros tras el cual brillase una luz blanca inmaculada. Resultaba muy fácil comprender por qué en la antigüedad la gente se había imaginado que existía un mundo más allá; por qué habían concebido mitos en los que unos árboles crecían hasta superar los límites del cielo, y por ellos se podía ascender hasta ese mundo celestial. También resultaba muy fácil entender por qué no habían querido ponerle un nombre a ese poder. Pensé en la vidriera de la Sabiduría, en toda esa gente que brotaba de la tierra, a la que se la había insuflado vida, y en la historia de la Creación de los iroqueses que Keegan me había contado: en la que una mujer, embarazada por el aliento de un dios, caía por un agujero situado entre las raíces de un gran árbol y atravesaba la noche hasta llegar al mar que existía allí abajo, donde una tortuga la recogía, donde los animales se sumergían en las profundidades para llevar a la superficie trozos de barro con los que se hacía el mundo. Todas esas historias venían a decir: «Vives aquí y en ti vive el aliento divino, y el mundo que tienes a tu cuidado está repleto de maravillas».

Yoshi seguía durmiendo. Me volví para contemplarlo. Tenía la boca ligeramente abierta y le olía un poco mal el aliento. Su pecho subía y bajaba con una cadencia regular y suave. Le acaricé el brazo y se estremeció un poco. Luego, se giró todavía dormido y me rodeó la cadera con un brazo. Me arrimé a él y nos quedamos tumbados en esa postura, en la planta superior de la casa, flotando juntos en la noche.

El sueño que me había despertado volvió a invadir gradualmente mi conciencia, volví a recordarlo. No era algo aterrador, sino intenso, que estaba impregnado de esa necesidad de búsqueda de la verdad y esa sensación de tristeza que habían dominado mis horas diurnas. Había estado pescando con mi padre justo antes de que despuntase el alba. Todo estaba todavía muy oscuro y apenas alcanzaba a ver a papá, que estaba a mi lado. Lanzamos nuestras cañas una y otra vez y seguimos flotando sobre el lago. Me dijo que necesitábamos unos cebos mejores. Así que saqué la caja de aparejos de debajo del asiento y la abrí. El metal gris verduzco reflejó el tenue brillo de la luz de la luna. Al abrirlo, comprobé que contenía varias hileras de cebos, y cada una de ellas estaba en su propio compartimento. Eran de colores iridiscentes: verdes, azules e intensos naranjas que parecían sacados de las profundidades de un prisma, de ricas tonalidades, aunque, al mismo tiempo, bastante luminosos. Eran como gemas, suaves y esféricas, adornadas con plumas, banderines y trozos de encaje. Algunos recordaban a tierras en miniatura de color azul verdoso y realmente maravillosas, que giraban lentamente envueltas en una niebla blanca. Deseaba tanto cogerlos con mis manos. Pero en cuanto los tocaba se hacían añicos. De repente, una terrible sensación de apremio y frustración se adueñaba del sueño cuando intentaba juntar los fragmentos rotos, cuando intentaba unir esos hermosos cebos con un cordel o ensartarlos con un hilo sobre pequeños pasadores de metal. Algo iba mal, terriblemente mal. Entonces, papá me mostraba otra caja repleta de cebos que estaban como nuevos, suaves y relucientes, mientras yo me desesperaba con los que tenía en las manos, cutres, remendados y rotos, que mantenía unidos a la desesperada

mediante hilo y varillas de metal mientras rezaba por que no se soltaran.

Contemplé las estrellas y me concentré en escuchar mi respiración y la de Yoshi en esa pequeña habitación. Sin lugar a dudas, ese sueño estaba relacionado con esas vidrieras repletas de mujeres y con el hecho de que hubiera dado con Iris, con la pieza suelta de la historia familiar que se había despegado del resto hacía un siglo, que se había roto y había sido ignorada. Aun así, también estaba relacionado con los otros sueños que había estado teniendo desde la noche en que llegué, unos sueños que parecían ir más allá de las ondas en el estanque donde se agitaban las aguas de la vida, que parecían adentrarse en las profundidades de más allá de la memoria. Esos sueños eran consecuencia de la intensa búsqueda que había estado realizando desde que me había ido de esta casa muchos años atrás. Pensé en esos sueños, en los que buscaba cosas redondas, escondidas entre hojas de árboles, que se esparcían como el mercurio, y también en el que acababa de tener, en el que esas esferas, atrapadas en una caja metálica, se hacían pedazos. Yoshi me rozó el muslo con la mano, y me acordé de él sentado en ese campo soleado mientras esperábamos al servicio de asistencia en carretera, mientras sentía el pulso de su muslo junto a mi mejilla. Quise volver a ese lugar, a ese momento. Quise volver a estar en ese campo soleado con Yoshi, donde el lago de color azul oscuro parecía un cuenco insertado en los campos verdes de la tierra. Quise volver a disfrutar de ese momento de paz que vivimos antes de que llegara la grúa, antes de que oyéramos cómo se cerraba su puerta de golpe y nos levantáramos.

Recordé que habíamos atravesado la hierba hasta encontrarnos con el hombre de la gorra blanca. El maletero del Impala seguía abierto y ese señor había sacado de él una bolsa repleta de herramientas, una lata de plástico roja para llenarla de gasolina, una manta doblada y la caja de aparejos de mi padre, y lo había colocado todo con sumo cuidado en el arcén de gravilla mientras buscaba en vano una rueda de repuesto ahí dentro. «Ya no hacen maleteros tan grandes», había comentado el hombre de la grúa. En ese momento, Yoshi se hallaba junto a mí y había notado cómo posaba su cálida mano en mi espalda, a la altura de los riñones. Habíamos observado cómo aquel hombre trabajaba. En la distancia, el lago era de un color azul plateado y los campos bullían de vida gracias a las libélulas. Entonces, el hombre de la gorra había vuelto a meter las cosas de mi padre dentro del maletero y lo había cerrado.

En ese instante, me incorporé y me imaginé los pedazos de los brillantes cebos rotos de mi sueño esparcidos por todas partes. Hacía frío pero no corría apenas el aire, y las estrellas no se habían movido de su sitio. Después de que mi padre se ahogara, los buzos se pasaron horas buscándolo, pero solo hallaron una bota llena de agua del lago, su sombrero empapado y su caña de pescar.

Su caja de aparejos, sin embargo, nunca fue encontrada.

Su caja de aparejos había permanecido todo este tiempo escondida en el maletero de su coche.

Entonces supe tan bien como sé mi nombre o que corre el aire por mis pulmones,

que mi padre no había salido a pescar la noche en que murió. Había ido a pensar, a navegar por el lago en medio de la oscuridad para lidiar con esa preocupación que le había despertado o que le impedía dormir, para resolver ese problema que tanto le inquietaba.

Abandoné el futón con mucho cuidado para no despertar a Yoshi y, a continuación, me puse los pantalones cortos y la camiseta que encontré entre el amasijo de ropa que estaba tirada por el suelo. Durante todo el día, habíamos arrastrado con nosotros el calor de ese campo, nos habíamos acariciado el uno al otro como aquel sol había acariciado la hierba, como tallos atravesando la tierra. Nos habíamos quitado la ropa muy rápido mientras nos besábamos en la parte superior de las escaleras de la cúpula, pues aún albergábamos en nuestro interior parte de ese calor y de esos rayos de sol. Bajé las escaleras con sigilo, procurando pisar solo los bordes, para que los escalones no crujieran y, a continuación, pasé por la cocina para coger las llaves del coche, que estaban colgadas detrás de la puerta del armario. Luego crucé el porche, el césped y el camino de entrada hasta llegar al granero.

Iba descalza, por lo que pude sentir el frescor de la hierba mojada y la aspereza de la gravilla bajo la planta de los pies. Las puertas del granero se abrieron sin hacer mucho ruido. El Impala era una sombra bajo la tenue luz del interior de ese lugar. En cuanto mi vista se acomodó a la oscuridad, avancé a tientas hasta el taller de mi padre. Después, me tropecé con el cortacésped y golpeé sin querer un rastrillo que cayó al suelo estrepitosamente. La linterna que pendía de la pared no funcionaba, ya que se le habían agotado las pilas hacía tiempo; no obstante, el viejo candil seguía teniendo un par de centímetros de queroseno en el fondo, y las cerillas seguían donde siempre habían estado, a la derecha de los tarros de los clavos, encima de la estantería de los planos. Encendí la mecha y el globo de cristal se llenó al instante de luz, que devolvió a los objetos su forma original, así como sus sombras.

El maletero del coche se abrió con mucha facilidad. Acerqué el candil, cuya luz titiló en esos espacios envueltos en oscuridad. La caja de aparejos, de un color verde bastante apagado, se encontraba en el fondo, en un rincón. Tuve que apoyar el candil en el suelo del maletero para poder cogerla. Estaba cerrada. Encontré un alambre en la mesa de trabajo y, acto seguido, me senté en el suelo. Sentí la aspereza y la frialdad del hormigón en las piernas. El alambre que sostenía en la mano era bastante fino. La noche caía suavemente a mi alrededor y aún me sentía a medio camino entre la vigilia y el sueño, como si papá estuviera allí presente, observando cómo metía aquel alambre en el ojo de la cerradura y pegaba la oreja a la caja para escuchar con atención, aguzando el agudo oído, lo que sabía que debía oír.

El silencio reinó durante un momento, y, entonces, escuché el sutil roce de un metal contra otro. En cuanto uno de los mecanismos encajó en su sitio, se oyó un clic muy suave, casi imperceptible. Luego fueron encajando los demás, uno tras otro. Después, se oyó la traca final: un, dos y tres. Me incorporé. Sí, la tapa estaba ya entreabierta. A continuación, la abrí del todo.

Los cebos seguían igual que siempre, esos gusanos de plástico con sus colores apagados, adornados con alambre, eran todos distintos, ninguno de ellos era luminoso, ninguno de ellos era una esfera. En esos compartimentos, no había pequeñas lunas ni planetas que flotasen envueltos en sus propias atmósferas neblinosas. De niña, había visto esos cebos cientos de veces, había ayudado a mi padre a confeccionarlos; había extendido esos alambres, esos trozos de plástico o esos trozos de metal brillante sobre su mesa de trabajo, les habíamos dado la forma de cosas con las que nos imaginábamos que soñaban los peces. Me dominaba la nostalgia al recordar el sonido seco y definitivo de las tijeras al cortar el metal, el siseo del alambre, la risa de mi padre cuando sostenía en alto el cebo, ya fuera de color brillante o apagado, ya fueran de los que colgaban o de los que quedaban en el fondo, para que pudiéramos admirar esas obras surgidas de nuestra imaginación, ese trabajo artesanal, esos artilugios que tanta diversión nos proporcionaban.

Saqué la parte desmontable con su botín de cebos. Todo era tan normal, como siempre lo había sido, que casi me esperaba ver el espacio situado debajo repleto de rollos de alambre y cordel, de pequeños alicates y sedal. Quizá mi padre se había olvidado simplemente de la caja de aparejos y se la había dejado en el coche después de haber ido a otro lago; quizá esa noche fatídica, en que navegó sobre aguas tranquilas y oscuras, se encontró con la caña preparada y sin cebos. Era posible. Sin embargo, en cuanto vi el fondo de la caja, supe que mi intuición me había llevado por el camino correcto. Aquel espacio, que normalmente siempre había estado ordenado a pesar de rebosar de utensilios, se encontraba ahora casi vacío; solo contenía un montón de papeles que estaban doblados en tres partes y atados con una goma elástica de color rojo oscuro que se desintegró en cuanto intenté quitarla.

La primera página de aquel montón no era un papel pautado y en ella solo había escrita una frase del puño y letra de mi padre:

Encontrado en la cocina, en la pared oeste.

Cerré los ojos y me concentré en mi respiración, en inspirar e espirar, siguiendo una cadencia similar a las olas del mar, arriba y abajo, y esperé a calmarme del todo. Entonces, recordé que la noche que volví del barranco, en la que soplaba bastante viento y yo me sentía culpable y muy enfadada, me encontré a mi padre en el jardín, pensativo y fumando. Recordé que esa primavera reformaron la cocina, que estuvo varias semanas hecha un desastre; a las paredes picadas se les veían todos los defectos, el aire tenía un regusto a polvo y metal y los nuevos electrodomésticos estaban en el porche, metidos en sus respectivas cajas. Me imaginé a mi padre vestido con su mono de trabajo, sacando un pañuelo del bolsillo para limpiarse el sudor de la frente, mientras atisbaba estas páginas entre la escayola rota y el polvo. Las abrí, tal y como él debió de hacer en su día, muy lentamente, puesto que, a la vez quería saber y no quería saber lo que había allí escrito. Me temblaron las manos al poner la primera

página al final de aquella pila de hojas y empezar a leer.

Se trataba de un documento formal de la última voluntad y el testamento de mi bisabuelo, Joseph Arthur Jarrett. El chico que soñaba con cometas se había convertido en un hombre que había fundado una fábrica de cerraduras y que, al final de su vida, escribía con una caligrafía firme e inclinada no muy distinta de la de su hermana. Me acerqué más a la trémula luz dorada del candil, a su tenue siseo, al aroma a queroseno, de tal modo que todo quedó envuelto en sombras menos esos papeles, esas palabras, en las que se establecía que se celebraría una ceremonia en homenaje a Cora, en la que se utilizarían esas flores que tanto le gustaban. También legaba cantidades más pequeñas a la biblioteca, a la iglesia y a la asociación de ferreteros. Sin embargo, la parte más importante de la herencia la dividía entre su hijo, Joseph Arthur Jarrett Jr., y su sobrina, Iris Jarrett Wyndham Stone, quien residía en Elmira.

Para compensarla por todas las cosas que le negué. Para recordarle a mi hijo que el mundo no le debe nada, que no le debe una vida cómoda y fácil, de ningún modo.

Estaba fechado en mayo de 1972, unos seis meses antes de que muriera.

Había murciélagos en el granero y uno de ellos bajó en picado mientras yo me recostaba con esos papeles en la mano intentando asimilar todas las fechas, todo lo que esas páginas significaban e implicaban. En 1972, Rose ya llevaba muerta treinta años y Cora más de una década, así que, cuando mi bisabuelo falleció, ya no quedaba nadie en la familia que recordase a Rose directamente o conociera la historia de su vida; nadie que pudiera atestiguar que sus cartas habían llegado todos los meses (al menos, los primeros años que estuvo separada de su hija), que había enviado dinero a Iris, con el que le compraron vestidos y zapatos nuevos, libros y juegos de té, pero que a lo mejor también se había destinado a otros fines: para ayudar a pagar los gastos del nuevo negocio de Joseph, para comprar y restaurar esa estupenda casa del lago que se caía a pedazos. Tantos años después, o quizá incluso en el momento en que cometieron esos actos, resultaba muy difícil saber qué se había hecho de manera equivocada pero con buena intención y qué se había hecho mal adrede, era imposible saber qué había sucedido exactamente hacía tanto tiempo, pero, por lo que se deducía de ese testamento, no cabía ninguna duda de que mi bisabuelo siempre había tenido remordimientos. Al final de su vida, quiso compensar todo el mal que había hecho y, por lo visto, murió creyendo que se había redimido.

De repente, otro murciélago bajó en picado y luego regresó volando a las vigas del techo. A pesar de que el hormigón del suelo estaba muy frío, seguí allí sentada un buen rato con el testamento en las manos, observando los patrones de luces y sombras que formaba el candil en el techo y la pared, pensando en Rose, a quien, si bien no había conocido, sí que le había cogido mucho cariño. Al final, me levanté y me

sacudí el polvo y la suciedad de la parte posterior de las piernas. Volví a dejar la caja de aparejos en el maletero y, a continuación, lo cerré. Apagué la llama del candil y volví a colocarla sobre la mesa de trabajo. Después, salí a la calle y me quedé en el camino de entrada, contemplando la casa, con sus aleros y porches, con su cúpula (donde estaba durmiendo Yoshi), con su pintura desconchada y su jardín descuidado repleto de rosas silvestres. Blake y yo habíamos crecido allí, habíamos corrido por su césped, nos habíamos zambullido en el lago desde su muelle, cuando aún creíamos que el mundo poseía cierto orden, un patrón inevitable, tan inalterable como las constelaciones del cielo. Sin embargo, esos papeles indicaban que el mundo era justo al revés; unos papeles que durante todo este tiempo habían permanecido ocultos tras la pared de la cocina.

En el aire flotaba el aroma a rosas, y las olas siseaban al romper contra la invisible orilla. Intenté imaginarme en qué pensaba papá esa última noche, mientras fumaba un cigarrillo tras otro, en qué pensaba cuando cruzó el jardín para sacar la barca, dispuesto a salir a pescar con su caña. ¿Por qué se dejó la caja de aparejos? ¿Acaso sabía quién era Iris? ¿Había estado investigando su pasado las semanas anteriores a su muerte? Y ¿quién había ocultado esos papeles en el muro de la cocina varias décadas atrás? Como los había ocultado pero no quemado, cabía deducir que los había escondido para que pudieran ser encontrados, o para que aparecieran después de que hubiese pasado tanto tiempo que todo recuerdo sobre Rose e Iris se hubiese olvidado. Quizá los escondió el propio Joseph Arthur Jarrett, al cambiar de parecer. O quizá fue mi abuelo, que pudo haberse sentido muy molesto con la ira que irradiaban aquellas páginas, en caso de que las hubiera leído.

En el patio, las sillas de hierro estaban frías y húmedas por culpa del rocío. Me senté y, como estaba tan nerviosa que no era capaz de pensar con claridad, acabé marcando el número de móvil de Blake. El timbre sonó diez veces, doce, quince, hasta que al final cogió la llamada y respondió adormilado con una voz bastante áspera.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—Oh, estabas dormido. Lo siento. ¿Está Avery?

—Sí, está... intentando dormir. Oye, Lucy, ¿qué diablos pasa? ¿Qué más da que Avery esté o no aquí?

Me puse en pie y me dirigí a un extremo del patio, desde donde contemplé el jardín y luego el lago, desde donde oí el suave roce de los trozos de pizarra mecidos por las olas que iban a morir a la playa.

—Es para comentarte una cosa sobre Rose. No quería despertaros a los dos.

—Ya, es todo un detalle por tu parte.

Entonces, oí unos pasos y, en cuanto salió a la cubierta del barco, su voz pareció expandirse en un espacio abierto.

—Lucy, me estás hablando de algo que sucedió hace mucho tiempo, ¿vale? Quienquiera que fuese esa tal Rose, cualquiera que fuese el escándalo que

protagonizó hace cien años, eso ya da igual. ¿Por qué no dejas de insistir en el tema? Duerme un poco, por favor, y de paso déjame dormir a mí también.

—Mira, se acabó, mejor te lo cuento todo: he encontrado a su hija —le espeté—. Yoshi y yo la hemos conocido hoy. Tiene noventa y cinco años y vive en Elmira. También hemos conocido a su familia.

De repente, reinó el silencio. Luego oí un crujido y me imaginé que Blake se estaba sentando en una de las sillas de cubierta mientras miraba al mismo cielo que yo.

—Vale —dijo al fin—. Cuéntame por qué eso es tan importante. Explícame por qué me llamas a la una de la mañana. ¿Es que acabáis de volver?

Entonces pensé en el viaje de vuelta a casa: en esos campos en flor que habíamos cruzado, donde los lirios atravesaban las zanjas como si fueran llamaradas; en esos campos repletos de vida gracias a las mariposas y los insectos; en esos lagos de color azul oscuro que brillaban resplandecientes mientras recorríamos la carretera que discurría junto a sus orillas. Pensé en que, tras ese encuentro con Iris, veía el mundo como cuando uno sale del agua después de llevar mucho tiempo bajo ella, cuando todo te parece luminoso y vibrante, extraño y nuevo, repleto de vida. No le podía contar a Blake nada de eso, como tampoco le podía contar que había soñado con los cebos, que ese sueño me había empujado a ir al granero a por la caja de aparejos y que, al final, todo eso me había conducido hasta ese momento. De repente, me acordé de los rollos de papel que vi en Dream Master, de los planos dibujados a lápiz (unos planos secretos, no compartidos con nadie), y dudé sobre si debía contarle o no a Blake lo del testamento.

—Sé que es muy tarde. Lo siento, pero no podía dormir. Pero ¿no te parece sorprendente que exista toda una rama de la familia de la que nunca habíamos oído hablar?

—Sí —contestó, dando un suspiro—. Claro que sí. Es muy interesante. Pero, sinceramente, no es un asunto de vida o muerte. No es algo que justifique que me hayas levantado de madrugada. Lucy, ¿no crees que quizá te estás obsesionando demasiado con todo esto? ¿Por qué no te relajas un poco y disfrutas de la compañía de Yoshi mientras le enseñas los alrededores? A lo mejor, si no os hubierais quedado los dos en el paro y no estuvierais aquí de vacaciones, no le darías a este asunto tanta importancia.

A pesar de que antes le había comentado a Yoshi que estar sin trabajo no era para tanto, el comentario de Blake me sentó fatal. Quizá esa fuera una de las razones por las que nunca había querido estar sin empleo, por las que nunca me había parado, por las que siempre iba de beca en beca, de un buen trabajo a otro mejor: porque siempre podía volver aquí y toparme con Art, o Joey, o incluso con Zoe, y decirme a mí misma: «¡Fíjate!».

—No sé a qué viene ese comentario. Además, esto lo cambia todo.

—Son como unos primos terceros a los que nuestra familia olvidó en su día. Esto

no cambia nada de nada.

—Blake, esto lo cambia todo.

Mi hermano se rio exasperado.

—Vale, vale. No pienso discutir contigo a la una de la mañana, Lucy. Ya nos veremos mañana en la fiesta. Hasta entonces, buenas noches, ¿vale?

Y colgó.

Me quedé sentada en el patio unos minutos más. Allí también había murciélagos. Siempre me han caído bien esa especie de sombras con alas, con sus ojitos que brillan con inteligencia y su predilección por los insectos y la noche. Pensé en que había cuevas en los terrenos del depósito militar donde quizá también vivieran algunos murciélagos, apiñados en silencio por sus paredes, escuchando la voz de esa tierra, los susurros del agua y del rápido crecimiento de las plantas, escuchando esos nuevos y extraños sonidos que provocaba el metal al chocar contra la roca mientras las máquinas excavadoras destrozaban la tierra.

Si mi abuelo hubiese descubierto aquel testamento, ¿habría buscado a Rose y a Iris? ¿O acaso las buscó y no las encontró? Era posible. A mí me había costado mucho localizar a Iris, a pesar de que había contado con las cartas de Rose y mucha suerte. O quizá nunca intentó buscarlas; esa opción también era factible. Intenté imaginarme cómo se debió de sentir mi abuelo al leer ese testamento (si es que llegó a verlo alguna vez), al leer esas palabras tan duras de su padre, que casi parecían puñetazos: «Para compensarla por todas las cosas que le negué. Para recordarle a mi hijo que el mundo no le debe nada, que no le debe una vida cómoda y fácil, de ningún modo». Quizá mi bisabuelo se conformó con el mero hecho de escribir esas palabras tan amargas; quizá mi bisabuelo había escondido ese testamento en la pared para que nadie lo viera jamás; quizá solo fue un arrebato momentáneo de ira.

O tal vez mi abuelo, tras leer este testamento en el silencio de esta casa, después de que Joseph Arthur Jarrett hubiera muerto, decidiera esconder esos papeles en la pared; tal vez alisara la escayola con que los tapó con golpes firmes, como si así quisiera borrar esas palabras, que transmitían que su padre se sentía decepcionado con él, a pesar de que ya le habían quedado grabadas a fuego en el corazón.

Pensé en mi padre y en Art, creciendo en esta casa, con esas palabras enterradas en la pared, con toda aquella amargura oculta pero presente al mismo tiempo, afectando y dando forma a todo lo que ocurrió después, como el agua cuando erosiona una roca. Lo cierto era que, me gustara o no, todo eso también había afectado de algún modo a mi vida.

De repente, unas luces iluminaron el césped y la superficie del lago, pero se apagaron repentinamente. Después, oí cómo algo aplastaba la gravilla del camino de la entrada. Luego, oí la risa de mi madre arrastrada por la noche y unas voces más tenues que flotaron a través de la oscuridad. Reinó el silencio, interrumpido de pronto por el golpe sordo de la puerta de un coche al cerrarse y más carcajadas. Entonces, vi el destello de unas luces de nuevo; eran los faros de un coche que daba marcha atrás.

Mamá entró por el porche y yo exclamé:

—¡Hola!

—¿Lucy? —preguntó, mientras se acercaba a la puerta mosquitera, que abrió de un empujón para entrar. Pude ver que iba vestida de blanco y plata, como una de las flores de su jardín nocturno abandonado, y olí también su perfume, que flotaba en el aire—. ¿Qué haces levantada? ¿Dónde está Yoshi?

—Oh, está durmiendo. Pero yo no podía pegar ojo. ¿Qué tal la película?

Mamá sonrió, pero se trataba de una sonrisa ensimismada, y, a pesar de los tarros de mermelada, de la amabilidad de Andy y de mis mejores intenciones, no pude evitar sentir una tremenda rabia por lo rápido que estaba olvidando a papá por voluntad propia. Y, desde fuera, parecía que lo estaba haciendo con gran facilidad. Pero sabía que no estaba siendo justa con ella. Quizá me enfadé tanto porque últimamente había estado pensando mucho en mi padre, en sus últimos días plagados de inquietud. O quizá fue culpa del aroma a fresas que aún se podía percibir en la casa.

—Horrible, la verdad, pero nos lo hemos pasado bien. Hacía años que no me reía tanto con alguien, ¿sabes? Cuando ha acabado la película, nos hemos pasado por su casa.

—Es un gran cocinero.

Dije esto último con cierto retintín, pero o bien no se dio cuenta, o bien hizo como que no se daba cuenta.

—Sí, lo es. La tarta estaba increíble; tenía una masa muy gruesa y una crema muy espesa. Dice que cocinar le relaja bastante.

—Me parece genial.

—Lucy, cielo. Alégrate aunque solo sea por mí. Por amor de Dios, sé feliz, punto.

—¿Sabes qué? —dije, a pesar de que había decidido que no se lo iba a contar; pero esas palabras brotaron de mi boca sin que pudiera evitarlo—. La noche en que papá murió, me topé con él aquí, en tu jardín. En plena noche, antes de que se fuera a pescar. Me pidió que le acompañara, pero yo le respondí que no.

Mi madre se sobresaltó.

—¿Te refieres a la noche en que se ahogó? —me preguntó despacio.

—Sí. Esa misma noche. Si lo hubiera acompañado, todo habría sido distinto. Lo más probable es que seguiría vivo, y todo, absolutamente todo, sería distinto.

—Oh, cielo —replicó, y al instante se acercó para abrazarme—. ¿Es eso lo que piensas? ¿Es eso lo que has pensado todos estos años? Oh, no, cielo. No. Lo que le ocurrió a tu padre no fue culpa tuya, ni de nadie, y ya no puedes hacer nada por remediarlo.

—Si hubiera ido a pescar con él —insistí—, ahora todo sería diferente.

—Sí, tal vez. Y si hubiera decidido no ir a pescar, todo habría sido distinto también. Y si hubiera llovido, y si, y si... No puedes pensar así, Lucy. No puedes. Créeme, yo también me he torturado con este tipo de pensamientos durante mucho

tiempo. Sé que tu padre llevaba días dándole vueltas a algo en la cabeza. Después del accidente (bueno, he de reconocer que al principio no tuve demasiado claro si fue un accidente o no) no pude dejar de preguntarme: ¿por qué no insistí más, por qué no le presioné más para descubrir qué le pasaba? Esa noche me desperté justo cuando se levantó de la cama. Le cogí de la mano cuando iba a salir de la habitación y le pregunte qué le pasaba, y él me respondió que nada. Me besó y me dijo que no me preocupara. Esas fueron las últimas palabras que le oí decir. No obstante, no pude volverme a dormir, así que subí a la cúpula. Oí cómo entrabas en casa, Lucy. Oí esa motocicleta, cómo llegaba y volvía a irse. Y te oí hablar con tu padre en el jardín. No le dijiste nada malo. Lo que sucedió no fue culpa tuya.

Permanecí callada un buen rato. Los murciélagos revoloteaban por encima de nosotras a gran velocidad, como hojas que caen de un árbol, como pedacitos sueltos de cielo nocturno. Tras habérselo contado, me sentí tremendamente aliviada.

—Lo sé. Pero es que...

—Papá ya no está, cielo. Hace mucho que ya no está entre nosotros. Y sé que él querría que aprovecharas al máximo tu vida.

—Lo sé, lo sé. Pero, mamá, me has dicho que estaba preocupado. ¿Sabes por qué? ¿Qué era lo que le rondaba por la cabeza?

Mi madre se sentó, mientras negaba con la cabeza.

—Oh, Lucy, ¿de verdad tenemos que hablar de ello? Ya no quiero hablar más del pasado. Diste con Iris, ¿no? Pues ya está, tu investigación ha concluido. El pasado, pasado está, Lucy. —Y a continuación añadió con delicadeza—: No es bueno que te obsesiones tanto con el pasado, porque te pierdes muchas cosas que están pasando ahora mismo delante de tus narices. Créeme, te lo dice la voz de la experiencia. No te quedes anclada en el ayer.

En ese instante, tuve la sensación de que ese testamento, esas páginas escritas con una caligrafía inclinada, me quemaba en las manos. Quise contárselo, pero, al igual que me había ocurrido con Blake, algo me impedía hacerlo. Ese testamento le legaba la mitad de todo a Iris, a quien muchas décadas después yo había localizado. ¿Acaso ese testamento seguía siendo válido? ¿Mostraría algún interés Iris por él? ¿Y mi madre? No lo sabía, y ese era el problema. Me sentí como si estuviera caminando por la arena con dificultad.

Mamá me miró, desconcertada, irritada y preocupada. Sabía que lo que más deseaba en el mundo en esos momentos era largarse e irse a la cama y sumirse en sus sueños; en el aroma a pino y fresas que lo impregnaba todo; en los recuerdos teñidos con la risa de Andy, con la caricia de sus grandes y más que capaces manos; sí, todo eso ayudaría a que se sintiera a gusto, a que durmiera, a que soñara. No obstante, tras unos instantes de duda, suspiró y acercó su silla a la mesa. En ese momento, me acordé de la mañana que habíamos pasado ahí sentadas, examinando las crípticas notas de Rose Jarrett; habían pasado solo algo más de dos semanas, aunque parecía haber pasado toda una vida. Entonces, di la vuelta a las páginas que tenía en las

manos.

—Mira, no sé... —dijo mamá—. No conozco la respuesta a tu pregunta. Como decía antes, le di muchas vueltas, noche y día, durante los meses posteriores a la muerte de tu padre. Intenté comprender lo que había ocurrido. Tampoco éramos muy mayores... Tu padre iba a cumplir cuarenta y cinco años ese verano, y yo tenía cuarenta y tres. Durante mucho tiempo, me despertaba por las mañanas creyendo que no había pasado nada. Creo que por eso cerré las habitaciones. Porque quería levantar un muro entre el ayer y el hoy, entre la vida que habíamos soñado que tendríamos y lo que de verdad había pasado.

»Lo único que puedo decirte es que algo le rondaba por la cabeza. Estaba preocupado. Quizá incluso más distraído que preocupado. Era como si tu padre estuviera escuchando una música que yo no podía oír. A veces, le tenía que repetir la misma pregunta tres o cuatro veces para que me respondiera. Pero, como estaba acabando con la reforma de la cocina y tenía muchos problemas con las subcontratas, no quería estresarle aún más. Me imaginé que al final me contaría qué le ocurría, en cuanto hubiera tenido tiempo de solucionar ese problema, fuera el que fuese.

Mamá contempló fijamente la mesa un buen rato y, a continuación, alzó la vista y volvió a hablar. Si bien no tenía lágrimas en los ojos, sus palabras estaban cargadas de emoción.

—Pero todo eso ya da igual, ¿eh, Lucy? Creo que en este tema vemos las cosas de manera muy distinta. Al principio, yo también buscaba razones que explicasen lo ocurrido. Me torturaba con la idea de que podría haber hecho algo que cambiara lo que sucedió. Pensaba que, si hubiese hecho esto o dicho aquello, la cadena de acontecimientos habría sido totalmente distinta. Tal vez sí, tal vez no. Lo único cierto es que aquello fue lo que pasó, y ya no se puede hacer nada al respecto. Fue un accidente, y, con el paso de los años, considerarlo como tal ha sido todo un consuelo.

Nunca habíamos hablado de la muerte de papá de una manera tan franca; habíamos enterrado nuestra pena, como el agua a presión bajo la pizarra, que amenaza con emerger en cualquier momento sin avisar. Aunque no quería que mamá sufriera más, al final puse sobre la mesa el testamento, esas páginas llenas de ira. Le expliqué qué era, cómo lo había encontrado y qué decía.

Se recostó en la silla y, acto seguido, cogió los papeles y les echó un vistazo rápido, a pesar de que estaba muy oscuro como para poder leerlos.

—¿De verdad le dejó la mitad de todo a Iris?

—Pues sí. Siempre que pretendiese que este testamento viera la luz del día en algún momento. Aunque a lo mejor fue él mismo quien lo escondió dentro de la pared. Igual cambió de opinión y lo ocultó en vez de quemarlo.

Mamá asintió lentamente.

—O fue él o fue otra persona. Tu abuelo o tu abuela. Aunque me resulta muy difícil imaginarme que fuera tu abuelo. ¿Le recuerdas?

—Pues no, la verdad.

—Era muy simpático, le gustaba la buena vida y era feliz viviendo de las rentas de todo lo que su padre había logrado. Si uno lo analiza fríamente, está claro que Art se parece mucho a él. Se cree que tiene derecho a todo. Tu abuelo era de ese tipo de personas que dicen amén a todo para no descontentar a nadie. Aunque, quién sabe, a lo mejor tenía mucha ira reprimida y eso fue lo que le empujó a esconder el testamento. Tu abuela, sin embargo, sobre todo después de que tu abuelo tuviera el ictus, era superprotectora con los críos, sobre todo con Arthur, y me la puedo imaginar perfectamente haciendo algo así. Aunque, claro, yo no conocí a tu bisabuelo, así que no te puedo decir con seguridad si podía haberlo hecho él o no.

—Bueno, lo que está claro es que alguien no quería que fuera descubierto.

—Ya.

—Si ese alguien lo hizo por dinero, lo encuentro de lo más mezquino y despreciable.

—Pudo ser por dinero, pero también por enfado o vergüenza. Tus abuelos eran muy suyos. Les preocupaban mucho las apariencias y el mantener limpio el buen nombre de la familia. Este es un pueblo pequeño y la noticia habría corrido como la pólvora. Si uno de ellos dos lo hizo, estoy segura de que pudo hacerlo motivado por la vergüenza.

»Esa es la letra de tu padre —afirmó, mientras cogía la primera página y la volvía a leer: “Encontrado en la cocina, en la pared oeste”—. Debió de encontrárselo por casualidad cuando remodelamos la casa aquella primavera. —Suspiró—. Nunca lo mencionó. Tampoco tenía por qué. Aun así, yo sabía que algo iba mal.

—Así que quizá fuera esto lo que tanto le preocupaba.

—Sí —replicó con lentitud—. Así todo encajaría. Sería lo más lógico.

—Si el testamento es auténtico, esto podría cambiarlo todo.

Nos volvimos a sumir en el silencio y escuchamos la suave voz del lago, susurrando una y otra vez a la orilla pedregosa en qué lugar habían sacado a mi padre del agua.

—Bueno, todo no —puntualizó.

Se puso de pie y deslizó los papeles encima de la mesa. La radiante felicidad que la había envuelto al llegar había desaparecido completamente.

—Creo que será mejor que reflexionemos mucho sobre todo esto —afirmó—. Y será mejor que no se lo mencionemos a nadie. Quizá tengamos que hablar con abogados y demás, pero, por ahora, no veo la necesidad de hablar de esto con otra gente.

—Ha sido un día muy extraño —comenté, porque no quería pensar demasiado en las razones por las que mamá quería mantenerlo en secreto.

Entonces, se me acercó y me rodeó los hombros con un brazo. Olía de un modo poco habitual, a fresas y sudor.

—Vete a la cama, Lucy —me dijo—. Duerme un poco.

Subí hasta la habitación situada en lo alto de la casa, donde Yoshi estaba

durmiendo justo en la mitad del futón. Se apartó en cuanto me coloqué junto a él. Me quedé ahí tumbada un buen rato, dando vueltas a los acontecimientos de aquel día y a los descubrimientos de aquella noche, como si dieran vueltas en una cinta transportadora que no podía desconectar. Intenté hacer algunos ejercicios de relajación e incluso recité algunos versos. Entonces, recordé cómo me había sentido en la capilla y, por primera vez en muchos años, intenté rezar. Entretanto, la granulosa luz gris del alba fue iluminando la cúpula poco a poco hasta que por fin me sumí en un irregular sueño sin sueños.

Cuando la tierra que rodeaba el lago era el hogar de los iroqueses, estos celebraban cada temporada de cosechas colocando hogueras a lo largo de la orilla para crear así un anillo de fuego. Esta tradición todavía se celebra todos los otoños después de que las hojas de los árboles se hayan esparcido por la superficie del lago y los campos hayan quedado desprovistos de su esplendor, hayan adquirido un color marrón y se encuentren ya aletargados. Con el paso de los años, la gente también empezó a encender ese anillo de fuego cada 4 de julio. Los *boy scouts* vendían bengalas y la gente las colocaba en sus céspedes o entre los guijarros de las playas. Yoshi y yo compramos cuatro en un puesto situado al lado del colmado, y le expliqué lo que pasaría: en cuanto el crepúsculo postsolsticio diera paso a la oscuridad, se encenderían las llamas y las bengalas a lo largo de toda la orilla, conformando así un collar de fuego.

Eso era lo que estábamos esperando ver cuando nos reunimos todos en el parque junto al puerto deportivo. Blake había atracado en el amarradero más próximo a la orilla. Tanto él como Avery habían preparado unas neveras repletas de bebidas, así como unas cestas llenas de pavo de calidad y sándwiches de berro de La Judía Verde. Los familiares y amigos de ambos nos sentamos con las bebidas cerca del rompeolas o nos congregamos en diversos grupos en el barco o en el muelle o en el césped. Un grupo de música estaba dando un concierto en la glorieta y los críos se iban allí corriendo para bailar descalzos sobre la hierba; de vez en cuando, a algún padre que otro se le veía persiguiendo a algún crío que se había acercado demasiado al agua. Entonces, me encontré con Avery en la cubierta del barco. Iba vestida con una camiseta muy ajustada que dejaba bien a las claras que estaba embarazada.

—Lo siento mucho —dije—. Fue únicamente culpa mía.

Al instante, la mirada de Avery se cruzó con la mía.

—No del todo —replicó—. Blake no tenía que habértelo contado.

—Mira, me contó que vais a tener un niño porque yo le estaba echando en cara que se hubiese quedado aquí y hubiese aceptado un trabajo en Dream Master —le expliqué—. Fue a mí a quien se le escapó lo del niño sin ninguna razón que lo justificase.

Avery profirió un suspiro, posó la mirada sobre el lago y bebió un sorbo de su agua con gas.

—Vale —dijo al fin, y me volvió a mirar.

—Entonces ¿todo arreglado?

Avery se encogió de hombros.

—No exactamente. Aún no. Pero, como no tiene remedio, será mejor que miremos adelante.

Asentí. Era una réplica un poco dura, pero bastante justa. Y, de todos modos, sincera.

—Además —añadió rebajando un poco la tensión—, se lo vamos a contar a la gente esta noche. No vamos a hacer un anuncio formal, sino que se lo vamos a contar a todo el mundo de uno en uno.

—Muy bien. Felicidades, por cierto. Me alegro mucho por los dos.

Al escuchar esas últimas palabras, ella sonrió un poco, y yo asentí rápidamente. Entonces, uno de sus amigos se acercó y la abrazó. Me aparté a un lado y me fui con la bebida en la mano hacia el parque, donde Yoshi me estaba esperando. Entonces lo agarré del brazo y posé la cabeza por un segundo sobre su hombro. Él me miró, me sonrió y, acto seguido, volvió a sumarse a la conversación que había estado manteniendo hasta entonces. Estaba hablando con Joey, quien se encontraba con la misma mujer de extremidades largas y pelo largo con quien lo había visto en Dream Master. Zoe y Austen también estaban allí; concretamente, en el barco, con Art. Al otro extremo del césped divisé a Max, que bailaba desahogado al compás de una marcha de Sousa, y a Keegan, quien bailó con él solo unos compases; después, se echó a reír, se agachó y montó a Max sobre sus hombros. Al ver eso, sentí una punzada de afecto y otra de arrepentimiento, que se fueron tan pronto como vinieron. De inmediato, centré mi atención otra vez en la conversación.

Estaban hablando de El Embarcadero. Ya tenían las tierras y, al parecer, el proceso de petición de recalificación urbanística de esa zona había ido avanzando lentamente a través de varios comités y sería anunciado en un día más o menos. Joey se mostraba muy optimista y creía que les iban a dar el permiso para construir. Pensé en la hermosa capilla, que se hallaba justo en el centro de la parcela que tanto deseaban, y también en mamá, diciéndome que no mencionara a nadie que había descubierto ese testamento y, al instante, me invadió la paranoia: ¿por qué no debía contar nada al respecto? ¿Acaso había decidido venderle su propiedad a Art a pesar de todo? ¿Estaba cambiando de opinión respecto a Dream Master? De repente, también me pregunté qué se traían entre manos Oliver y Suzi respecto a la capilla.

—Todavía os queda mucho para que podáis construir algo allí —comenté, dándole un sorbo a mi vino.

Joey se encogió de hombros, con gran indiferencia, haciendo gala de ese carácter petulante y engreído que siempre me ha cabreado tanto.

—Sí y no. Ya casi tenemos el visto bueno para empezar. Y ya he recibido llamadas de una decena de personas interesadas en ser dueñas de un trozo de lo que vamos a construir. Este proyecto podría llegar a convertirse en lo más grande que hemos hecho jamás.

Pensé en las marismas, en las garzas elevándose hacia el cielo cuando yo las

asusté en su nido de juncos, volando allá en lo alto, enormes y gráciles, por encima de los árboles. Miré hacia el lago, hacia Blake, que se encontraba en el barco riendo con Andy, Art y dos personas más que yo no conocía, y vi también a mamá, que estaba hablando ahora con Avery, quien parecía muy contenta.

—Nos casamos en Nochevieja —la oí decir.

El grupo de música dejó de tocar y las últimas notas flotaron sobre el agua. Comimos, bebimos y hablamos mientras el sol descendía y la oscuridad se tornaba más intensa. Las hogueras se fueron encendiendo poco a poco, centelleando aquí y allá alrededor de la orilla del lago. Aunque hacía una noche encantadora y familiar, y corría una brisa tan suave y cálida como el aliento de una persona, el secreto de la existencia de ese testamento era como un muro transparente que se alzaba entre todo lo demás y yo. Fui saltando de un grupo a otro, entrando y saliendo de las conversaciones sin orden ni concierto, a la deriva.

Al final, Yoshi y yo nos sentamos los dos solos en el rompeolas, con las piernas colgando sobre el lago. Aproveché el momento para contarle lo del testamento y todo lo que este implicaba.

—Bueno, no tiene que haber un motivo siniestro detrás. Quizá tu madre no quiera tomar ninguna decisión drástica hasta que sepa realmente lo que supone ese documento —sugirió. El lago había adquirido un color gris niebla que se difuminaba con el del cielo cada vez más oscuro—. Al fin y al cabo, ese testamento podría no ser válido. Y, si lo es, probablemente va a ser muy complicado saber qué le va a corresponder a quién tantos años después.

—¿Crees que me lo estoy tomando demasiado a la tremenda?

—Un poco —respondió, asintiendo con la cabeza.

—Tal vez tengas razón —repliqué, recordando mi conversación con mamá acerca de las verdaderas intenciones de Oliver. Mamá había estado totalmente en lo cierto—. Siempre me pasa lo mismo cuando llevo unos cuantos días aquí. Empiezo a sentirme totalmente desorientada y perdida. En la superficie las cosas son de una manera, pero luego están todos esos otros factores, que a veces se remontan muchas décadas atrás, que discurren por debajo como intensas corrientes submarinas que no entiendo.

—Pero esta vez es diferente —afirmó—. Ahora conoces la historia de Rose, la cual supongo que ha arrojado una nueva luz sobre todo.

Tenía razón, así era. La historia de su vida y de las radiantes vidrieras de la capilla y la Casa Westrum habían ampliado y cambiado mi visión del mundo. Todo estaba relacionado de una manera que hasta entonces no había comprendido. Sus sueños, así como los de mi bisabuelo, nos habían traído hasta aquella oscura tarde, aquel momento en el tiempo en que todo podía alterarse y cambiar para siempre.

En ese instante, Blake bajó al muelle y sus zapatos náuticos retumbaron tenuemente al pisar los listones de madera. Acto seguido, ató unas diminutas luces blancas a la barandilla.

—Eh, vosotros dos —nos dijo—. Voy a llevar a mamá a casa en el barco.

¿Queréis acompañarnos para poder ver los fuegos por el camino?

—Me parece una idea genial —contesté, chapoteando con una pierna en el agua—, pero he venido en el Impala. Así que me quedo.

—Yoshi, ¿quieres venir?

—Deberías ir —le aconsejé, ya que sabía que a Yoshi le encantaba navegar y me daba cuenta de que esta podía ser su única oportunidad de hacer algo así, dado que Blake siempre estaba muy ocupado y no íbamos a quedarnos mucho más tiempo en el pueblo.

—¿Seguro que no te importa? —me interrogó Yoshi.

—No, de veras. Ya nos veremos en casa. Igual aprovecho para dar un paseo antes de coger el coche.

Observé cómo todo el mundo subía a bordo y cómo, poco después, el barco surcaba esas aguas oscuras hasta convertirse en una mera red de luces que se desplazaba por el lago. Apuré mi copa de vino y di un paseo por el parque, por las calles atestadas de turistas veraniegos.

Había dejado el coche aparcado en Dream Master, donde sabía que no se lo iba a llevar la grúa. Mientras paseaba por el canal, ese edificio volvió su semblante oscuro, sus inexpresivos ojos y su rostro impertérrito al mundo, pero, en cuanto llegué al aparcamiento, me percaté de que había una luz encendida en la ventana de Art, quien se había ido de la fiesta antes de que tuviera la oportunidad de saludarle. Me pregunté si estaría ahora mismo sentado a su mesa de trabajo, o si, simplemente, se había dejado la luz encendida. Me pregunté si sabría algo acerca de Iris, el testamento o Rose. Y, entonces, decidí entrar.

Atravesé esos pasillos donde había jugado de niña, donde había corrido sobre el polvoriento linóleo, donde me había embargado la emoción al percibir los olores del metal y el serrín. Aquel lugar había definido a muchas generaciones y parecía hallarse atrapado en el tiempo. Había una hilera de cajas de seguridad, que ahora fabricaba otra empresa, sobre una pared con sus puertecitas entreabiertas. Recorrí esos pasillos de arriba abajo, examinando los expositores de cerraduras y los cubos de clavos, los estantes repletos de botes de pinturas y brochas.

Cuando, por fin, llegué a la puerta del despacho de Art, me lo encontré mirando fijamente a la pantalla de su ordenador. Sobre su mesa de trabajo, había una calculadora anticuada que no paraba de lanzar papel al polvoriento suelo embaldosado.

Al principio no me oyó entrar, así que me quedé un rato observándolo, sumamente concentrado; en ese momento, me recordó a papá por la forma de sus manos y sus antebrazos, por la forma en que las patillas se le adentraban en el pelo canoso. De repente, alzó la vista y se sobresaltó al comprobar que yo estaba allí, se le descompuso la cara y se quedó boquiabierto y muy sorprendido. Luego, se echó a reír y se reclinó ya más relajado en la silla.

—Lucy —dijo—. Menuda sorpresa.

—Me parece que te cuesta dar el salto del hardware al software, ¿verdad? — pregunté.

Art se rio entre dientes.

—Pues sí. ¿Se te dan bien las hojas de cálculo?

—La verdad es que sí.

—¿Quieres echar un vistazo a esto?

—Pues no, la verdad.

En ese instante, me miró, como si me viera por primera vez. La expresión de intranquilidad que se dibujó en su rostro se asemejaba mucho a la que había puesto cuando lo había sorprendido.

—¿No? —replicó cruzando los brazos sobre el pecho—. Entonces, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Sentí pena por él, porque de repente parecía muy viejo y vulnerable tras esa mesa.

—Simplemente pasaba por aquí y he visto que la luz estaba encendida —contesté señalando la ventana—. Aparqué el coche aquí antes de ir a la fiesta. Te he visto allí, pero no he tenido la oportunidad de saludarte.

—Ya. He pasado solo un rato. Ha estado muy bien. Siempre me gusta ver el anillo de fuego. Y el concierto también suele estar bien. Cuando éramos críos, tu padre y yo solíamos encender bengalas en este día. Lo cierto es que parece que fue ayer.

—Estos días he estado conduciendo su coche —comenté—. Ya sabes, ese que él arregló.

—Sí, sé cuál es. Antes he salido a echarle un vistazo. Le encantaba ese coche.

—Sí, así es. En todos estos años, mamá no se ha atrevido a tocarlo, así que se ha pasado casi todo este tiempo en el granero.

Art asintió y contempló el aparcamiento de gravilla por la ventana, donde el Impala se encontraba en los límites de la zona que alcanzaba a iluminar la farola, bajo la cual sus flechas plateadas centelleaban.

—Creo que se alegraría de que tú lo conduzcas, Lucy —afirmó Art.

En ese momento, me apoyé en la silla.

—Sí, lo estoy disfrutando mucho. Aunque he de reconocer que no es nada fácil de conducir. Además, el otro día, pinché una rueda cuando volvía de Elmira. Tuve que llamar al servicio de asistencia en carretera, y el tipo que vino a ayudarnos sacó todo lo que había en el maletero. ¿A que no adivinas qué encontró?

—Pues no lo sé... ¿Una llave de tuerca?

—Pues sí. Y la caja de aparejos de mi padre.

Entonces, Art se sentó más recto y se inclinó un poco más hacia delante. Acto seguido, cruzó las manos con cuidado sobre la mesa.

—¿Ah, sí? ¿Estás segura? Mira que buscamos y rebuscamos esa cosa la noche que murió.

—Lo sé. Solía llevarme a pescar con él. Y he podido comprobar que todos los cebos que recordaba seguían ahí.

—Ya veo.

—¿Solías pescar mucho con él cuando erais más jóvenes? —pregunté, mientras me sentaba en la silla y sentía la caricia del cuero en la parte posterior de las piernas.

—Pues sí, la verdad. En verano, Marty y yo solíamos ir al lago todas las mañanas. A veces, pescábamos un montón de peces. Otras, volvíamos sin nada.

Asentí y recordé con nostalgia todas las mañanas que había pasado con papá haciendo eso mismo.

—Aunque es curioso —continué—, los cebos estaban en la caja de aparejos, como cabría esperar, pero ninguna de sus herramientas estaba bajo el doble fondo. No había herramientas, ni alambre, ni nada. Ver todo ese espacio vacío me entristeció, no sé por qué. Pero lo más raro de todo es que encontré ahí unos papeles.

—¿Ah, sí? —inquirió Art—. Y ¿qué papeles eran esos?

—Pues era un testamento. De hecho, era el testamento de tu abuelo.

A continuación, sin pararme a pensar en las posibles consecuencias, le conté todo en versión resumida. Le hablé de Rose y su hija y del testamento escrito por mi bisabuelo en el que se incluía a Iris en la herencia.

Permaneció impertérrito. Un minuto después, suspiró, se reclinó en la silla y se colocó las manos detrás de la cabeza.

—Así que tienes ese testamento, ¿eh? —preguntó—. ¿Podría verlo?

Lo había dejado en el Impala, dentro de la caja de aparejos.

—Lo tengo en casa —respondí—. Mi madre lo ha guardado en algún sitio, aunque no estoy segura de dónde.

Art asintió.

—Bueno, tampoco es que importe mucho —afirmó—. Después de tantos años, es bastante probable que ese testamento no valga para nada. Rose murió hace mucho, y casi seguro que su hija también, así que..., ¿qué más da?

Me di cuenta de que Art no tenía ni idea de lo que estaba pasando. No sabía nada sobre la capilla y sus vidrieras, sobre la fascinante vida que había llevado Rose, sobre que existía otra rama de la familia, que no vivía demasiado lejos del pueblo.

—Bueno, en realidad, sigue viva. Me refiero a Iris, claro. La he conocido hace poco. Tiene dos hijos ya mayores y unos nietos de mi edad.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad has estado con ella?

—Sí. Es bastante asombroso, ¿no? Tiene noventa y cinco años. Muy bien llevados. Se ve enseguida que es de la familia por el color de sus ojos.

—¿Sabe lo del testamento?

No me pareció normal que la primera pregunta sobre alguien cuya existencia acababa de conocer fuera esa.

—Aún no —contesté—. Lo descubrí después de haber estado con ella. Pero yo creo que habría que contárselo, ¿no? Quizá no sea válido, pero seguro que tiene un gran valor para ella en el plano emocional, ya que así sabrá que no fue excluida ni fue olvidada.

Entonces Art habló en un tono de voz bastante bajo, que no era amable precisamente, pero con el que me estaba invitando a escuchar una confidencia. Pensé en Iris, en Rose, en todas las cosas que sabía sobre la familia que él ignoraba, y me incliné un poco hacia delante para poder escucharle. Iba a escucharle con atención, iba a reunir más información, iba a hacerme con otra pieza del rompecabezas con la que quizá lograra que las demás se colocaran en su sitio.

—Lucy —me dijo con un hilo de voz—. Estoy seguro de que entiendes que las marismas valen muchísimo dinero en estos momentos. Nunca antes habían tenido mucho valor y puede que no vuelvan a tenerlo nunca más. Lo que quiero decir es que es el momento de aprovechar la oportunidad. Casi seguro que ese testamento del que hablas es nulo e inválido. Por eso no me preocupa demasiado. Aun así, al contactar con esa persona, con ese pariente perdido hace tanto tiempo, estás abriendo la puerta a que se hagan algunas reclamaciones e incluso a que se abra algún litigio. Te lo advierto: esta oportunidad pasará y, si no la aprovechas, todo lo que podrías haber logrado, todo lo que tu familia podría haber conseguido, se habrá esfumado.

—Esto no es una cuestión de dinero —repliqué, pero incluso yo misma fui capaz de escuchar cierta vacilación en mi voz. Estaba pensando en Blake y en la casa que se caía a pedazos e incluso me acordé de que había navegado por las marismas con papá.

—Siempre ha sido una cuestión de dinero —afirmó Art—. No te equivoques, Lucy.

Art permaneció callado un momento. Cuando volvió a hablar, su voz adoptó un tono melancólico.

—Le tenía mucho cariño a tu padre —me confesó—. Siempre fue un chico muy alegre, de esas personas con las que todo el mundo quería estar. Yo le envidiaba e hice cosas que ahora lamento, al igual que él, pero, en realidad, yo le quería mucho. Me gustaría pensar que, si siguiera vivo, habríamos acabado arreglando las cosas entre nosotros.

Respiré hondo, el aire olía a madera cortada y a hierro.

—Me da la impresión de que tuviste muchas oportunidades de hacer las paces con él.

Entonces Art negó con la cabeza y clavó la mirada en la puerta, aunque en realidad contemplaba un lugar distante del pasado.

—Tu padre era muy testarudo. Tenía sus cosas. No escuchaba.

Dijo esas palabras con un tono de voz cargado de nostalgia, teñido de tristeza y arrepentimiento. Eso no encajaba con el recuerdo que yo tenía de papá, quien tenía el don de escuchar, quien me había enseñado a mí a escuchar. Permanecí inmóvil, sintiendo que la calidad del aire de la habitación cambiaba. Parpadeé lentamente, como si Art fuera un animal salvaje al que no quisiera asustar.

—Dime cuándo... —pregunté con sumo tacto—. Dime cuándo no escuchó lo que tenías que decir.

Art no me miró ni pareció siquiera escuchar lo que decía.

—Lo intenté todo —insistió—. Todo para que atendiera a razones.

—¿Y no te hizo caso?

Negó con la cabeza y se pasó la mano por los ojos como si así quisiera quitarse el sueño.

—No. No me hizo caso. Lo intenté tres, cuatro, cinco veces. Al final, ni siquiera me hablaba. Esa noche, cuando me lo encontré, siguió pescando como si no me hubiera visto. Así actuaba Marty siempre conmigo. Como si no estuviera.

En ese instante, yo apenas podía ya respirar.

—Estaba pescando —murmuré.

—Sí. Entre los juncos.

—La noche que murió.

—Sí.

Entonces levantó los ojos de la mesa y su mirada se cruzó con la mía, pero no habló, era como si sus palabras hubieran rasgado el aire y todo el oxígeno se estuviera esfumando de esa sala.

—Yo solo intentaba hacer lo correcto —afirmó al fin, como si aquello pudiera hacerme ver la razón y me lo permitiera entender todo—. Intentaba ayudarlo. A él y a todos.

Cerré los ojos por un segundo.

—Y no te escuchó.

—No.

Volvió a apartar la mirada y esta vez se dedicó a observar por la ventana el aparcamiento de la parte de atrás, donde la gravilla adquiriría un color gris pálido bajo la luz de las farolas.

—Marty nunca me escuchaba. Me mostró esos mismos papeles, esos que has encontrado. Me los enseñó y me contó qué iba a hacer, pero no escuchó nada de lo que yo tenía que decir al respecto. Y sí, claro, eran sus tierras, como él decía —prosiguió Art, quien, en ese momento, hizo un gesto brusco con la mano en señal de frustración, como si estuviera reviviendo la discusión con mi padre—. Podía mandarlo todo a paseo si le apetecía. El muy idiota. Aunque eso no era asunto mío. Pero este sí. Dream Master sí era asunto mío. Le dije, una y otra vez, que si encontraba a esa persona, si a esa mujer se le ocurría reclamar su derecho a una parte de la herencia, ¿qué iba a impedir que al final se hiciera con todo? Tu padre no era consciente de la caja de Pandora que estaba abriendo, del lío en que se estaba metiendo.

«O quizá sí lo era», pensé. Quizá estaba disfrutando de una suerte de venganza silenciosa. Aunque, claro, eso no lo dije en voz alta. Simplemente, me limité a asentir. Había permanecido inmóvil mientras Arthur hablaba, pues me dominaba una calma extraña, era como si hubiera abandonado mi propio cuerpo y estuviera observando esa conversación desde lejos. En medio de ese silencio, Art volvió a

hablar.

—No pude conciliar el sueño porque no paraba de pensar en qué iba a hacer con esos papeles. Los días pasaron. Entonces, me desperté un día en plena noche. Aunque debería decir que más bien me despertaron a lo bruto. A Joey siempre le había gustado la juerga, pero normalmente era sensato y, cuando se saltaba el toque de queda, entraba en casa sigilosamente para que no le cayera una bronca. Esa noche, sin embargo, llegó a casa hecho una furia. Se puso a tirar y arrojar cosas de manera violenta, y sé que un coche le estaba esperando en el camino de entrada a casa. Antes de que pudiera levantarme y preguntarle qué pasaba, encontró lo que necesitaba y se volvió a largar. Al salir, cerró la puerta de golpe. Ya no pude pegar ojo. Hacía una noche muy hermosa y clara, de esas que tanto nos gustaban de críos. Tenía la intuición de que Marty estaría también dando vueltas por ahí, con la noche que hacía. Pensé que estaría en las marismas... Tenía la corazonada de que estaría allí. Era donde siempre solía ir. Así que cogí el coche, me fui al lago y me subí a la barca. Solo quería hablar con él si andaba por allí. Y sí, allí estaba. No fue difícil dar con él, ya que la noche era muy silenciosa.

Asentí, mientras recordaba que yo había estado hablando con papá en el jardín lunar de mamá esa misma noche, rodeada por tal quietud que me había dado la impresión de que podía oír las flores abrirse con suma delicadeza.

—Tuvo que oírme llegar, pero ni siquiera alzó la vista. Acerqué la barca hacia el lugar donde él estaba y apagué el motor. Ambos quedamos a la deriva. Él siguió pescando y se puso a enrollar el sedal. Sin hablar. Ambos íbamos a la deriva, las dos barcas iban a la deriva, y unos peces oscuros nadaban debajo de nosotros.

«Me parece que aquí hay peces oscuros nadando por todas partes», pensé.

—Al final, tuve que agarrarme a su barca para que me hiciera caso. El metal estaba muy frío, y yo me sentía muy frustrado. Le dije que estaba haciendo el idiota. Entonces se dio la vuelta, quizá con la única intención de obligarme a apartar la mano de un golpe, pero lo cierto es que me dio en la cara. Al instante, me puse en pie y él también. No creo que fuera yo el que golpeó primero, pero a lo mejor sí. Quién sabe, tal vez sí. Yo solo insistía una y otra vez que parase: «Joder, Marty, para ya», le grité, pero, como no lo hizo, le di un fuerte empujón. Con todas mis fuerzas. Entonces, perdió el equilibrio y se cayó. Y yo también, por la inercia. Me caí en la popa de mi barca, que casi vuelca. Estaba muy oscuro. Como no veía nada, avanzaba a tientas, palpaba y escuchaba. Y, sí, oí el ruido del golpe que se dio en la cabeza contra el lateral de la barca, que fue horrible. Sí, creo que se debió de dar en la cabeza. No chilló, ni gritó, ni nada.

Art dejó de hablar y me miró con la angustia dibujada en su rostro. Yo no podía decir nada, me hallaba atrapada en ese espacio de quietud, en ese vacío sin aire, donde nadaban los peces oscuros.

—Intenté dar con él —aseguró Art—. Busqué y busqué, pero no podía verle porque estaba muy oscuro. Me parecía que había transcurrido una eternidad desde

que se había caído. Pero no lo sé seguro. Quería ayudarlo. Recuerdo que pensé en ir a pedir ayuda. Así que me fui. Y le dejé allí.

Seguí sin abrir la boca, ya que estaba recordando las voces que atravesaron el césped de casa ese amanecer tan hermoso. A mi padre tumbado inerte sobre las piedras, con la piel hinchada e iridiscente como la de un pez. A mi madre arrodillándose junto a él para acariciarle la mejilla con ternura, sin que papá se volviera para besarla en la mano.

—Aunque habría dado igual —afirmó Art, quien, en ese momento, se estaba mirando las manos; parecía que les hablaba a ellas—. Para cuando llegué a la orilla, ya daba todo igual. En el mismo momento que le dejé allí, ya no había nada que hacer.

A pesar de que no me miraba, yo sabía qué era lo que quería, qué estaba esperando en esa habitación polvorienta iluminada por los fluorescentes: quería no solo que le escuchara sino que le diera la razón. Quería que le dijera que no pasaba nada, que lo que había hecho era muy razonable dadas las circunstancias; de ese modo, pasaría a convertirme en cómplice de la muerte de mi padre. En esos momentos, a Art se le veía tan viejo, sentado tras esa mesa; era como si contármelo todo le hubiera dejado desinflado, con la piel caída y más pegada a los huesos.

—Lucy —insistió, mirándome por fin directamente a los ojos, rogando—. Háblame, por favor. Si me hubiera quedado, habría dado totalmente igual.

Me puse en pie sin mediar palabra, temblando, y salí de allí para perderme en la noche.

Art me siguió y se detuvo en la puerta a oscuras del edificio, donde parecía una sombra.

—Lucy —me llamó, casi en un susurro que recorrió el césped—. No olvides que tu hermano y tú también os jugáis mucho en esto.

Me paré cuando llegué al canal, estaba tan llena de rabia e indignación que apenas podía respirar. Art se quedó en la escalinata de la entrada de Dream Master unos instantes más, con todo el edificio a oscuras a sus espaldas, mirando en mi dirección. Entonces se dio la vuelta y entró en la empresa, la puerta se cerró de un golpe tras él, y se oyó un clic cuando la cerradura se bloqueó.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Hacía una noche agradable y las calles seguían llenas de turistas. Varias carcajadas procedentes de La Judía Verde flotaron sobre el agua. La gente paseaba por el camino, agarrada de la mano, tomando helados. Algunos pasaban junto a mí, otros me sortearon, como si fuera una columna, un banco o una estatua. Permanecí allí muy quieta, atrapada en ese dolor desprovisto de aire que no me dejaba respirar, en ese dolor que sentí hace mucho tiempo, que sentí la mañana en que sacaron a mi padre del lago.

Las ventanas del piso superior del taller de cristalería estaban a oscuras. Quizá Keegan ya estaba dormido, quizá Max ya estaba soñando profundamente, quizá en esas habitaciones reinaba la calma. Eché a andar con paso firme y rápido por el canal

hasta llegar al pueblo, totalmente descentrada y aturdida. Hacía una noche muy bonita, clara y cálida, por lo que había mucha gente pasando el rato en las terrazas de los restaurantes o dando un paseo alrededor del lago. En un par de ocasiones, la gente que pasaba me lanzó miradas extrañas, y en ese instante me di cuenta de que había dicho algo en voz alta. Una palabra, una frase, perturbadora, absurda.

Caminé en ese estado durante un largo rato, dejando atrás todas aquellas casas tan acogedoras, con sus luces encendidas, en cuyo interior había gente leyendo o viendo la televisión o fregando los platos. Haciendo cosas normales, sin grandes preocupaciones. No me vieron pasar junto a sus casas, con lágrimas surcando mi rostro en algunos momentos, dominada por una ira tan feroz que me hacía encoger de dolor en otros. Llegué hasta los límites del pueblo y di la vuelta, de tal modo que pasé junto a la iglesia y sus arqueadas puertas rojas. Pensé en llamar a la reverenda Suzi, pero era demasiado tarde. Para cuando volví al aparcamiento, las calles ya se encontraban más tranquilas y silenciosas. Entonces, me apoyé con una mano en el Impala de mi padre, en ese coche que él tanto había querido, en el lugar donde había escondido su último secreto.

Los papeles seguían allí (los había vuelto a meter en la caja de aparejos, ya que me parecía el lugar más seguro donde guardarlos) y, en ese instante, recordé por qué había ido a ver a Art en un principio: para hablarle de Iris, para hablar con él sobre la titularidad de esas tierras. No para oír esa confesión, esas palabras que me habían sacudido como un relámpago, que habían transformado el mundo que yo conocía, como la arena que se derrite y se convierte en cristal.

Dream Master se encontraba sumida en la oscuridad. Entré en el edificio por la puerta trasera, que, extrañamente, no estaba cerrada con llave; daba la sensación de que Art se había ido de allí a todo correr. Me metí en el escaparate y, sin pensarlo dos veces, me puse a tirar cosas de las estanterías: litros y más litros de pintura acabaron estrellándose contra el linóleo, así como un cubo tras otro de clavos y una estantería entera de pomos para puertas. Luego, empujé un barril lleno de bolitas que rebotaron y se esparcieron por todo el escaparate, mientras unos haces de luz que atravesaban la ventana centelleaban en sus contornos en constante movimiento. Me sentí bien al oír cómo esas cosas se estrellaban contra el suelo, al ver todos esos objetos tambalearse y caer. Después, recorrí primero un pasillo y luego otro, al tiempo que el suelo se iba volviendo cada vez más pegajoso por culpa de la pintura derramada y más traicionero por culpa de las bolitas. Las cajas de seguridad se estamparon una a una contra el suelo, emitiendo varios golpes sordos muy satisfactorios.

Nada más caer la última, un coche bajó por la calle perpendicular al escaparate, de modo que sus focos iluminaron los cristales. Me quedé paralizada y no moví ni un músculo hasta que el coche giró y se perdió en la lejanía. No obstante, mi arrebató de ira había quedado interrumpido. Ya no tenía ganas de destrozar nada más. Así que decidí abrirme paso por esas ruinas para dirigirme a la oficina, donde encendí la luz.

Una vez allí, repasé todos los archivos, los saqué y los apilé en montones en el

suelo. No sabía qué era lo que estaba buscando exactamente y tampoco encontré nada de mucho interés. Solo había facturas y registros de ventas y envíos que se remontaban a décadas atrás. No sé si se debió a las hogueras que ardían en las playas que rodeaban el lago esa noche, no sé si se debió al dolor de mi corazón desbocado, pero lo cierto fue que, mientras rebuscaba, solo pensaba en prenderle fuego a todo aquello. Pensé en lo fácilmente que arderían esos papeles, cómo desaparecerían en una nube de humo, cómo las llamas se extenderían por esas paredes hasta que prendieran las vigas escondidas tras ellas, de tal modo que acabarían ascendiendo hasta el ático, seco como la yesca, donde ya nada las detendría. Además, sabía que había un viejo depósito de gasolina enterrado bajo el aparcamiento, y pensé que quizá una chispa podría viajar desde el edificio hasta allí y provocar una tremenda explosión.

Incluso llegué a coger un fajo de viejas facturas al que prendí fuego en una esquina y que luego dejé que se quemara mientras lo sostenía en alto sobre un cubo de basura metálico. Al final, se convirtió en cenizas que cayeron en el cubo y se me quedaron los dedos manchados de negro.

¿Habría sido capaz de prender fuego a ese edificio, que mi bisabuelo concibió y levantó con su trabajo, que estaba repleto de reliquias del pasado? No lo sé. Pero, en esos momentos, era una idea que me rondaba por la cabeza muy seriamente. A continuación, abrí los armarios donde solía esconderme de niña y empecé a sacar papeles de allí también; dejé que se amontonaran en el suelo, porque pensaba convertir ese montón en una hoguera. Aquella pila de papeles me llegó primero a la altura de los tobillos, luego de mis pantorrillas y, por último, de las rodillas. Necesitaba una cerilla. Había líquido para encendedores y disolvente en las estanterías. Con solo una cerilla, ese lugar desaparecería envuelto en humo, llamas y cenizas.

De repente, me fijé en la letra con la que estaba escrito uno de esos papeles. Era la caligrafía de mi padre, muy pulcra e inclinada a la izquierda, muy distinta de la de Rose. Sí, esas letras eran también largas, pero más redondas, más fluidas; era su letra, no había duda. En un libro de contabilidad con una cubierta de cartón de color azul pálido venía marcada la fecha de enero de 1972. Ese era el año en que conoció a mamá. El año en que lo enviaron a Vietnam. Me senté a la mesa de trabajo y acaricé el papel rugoso de la cubierta, mientras me imaginaba a papá sentado a esa misma mesa, cogiendo un bolígrafo. Ese enero, la nieve quizá llegara a la altura de las ventanas, quizá cayera de las farolas en los primeros instantes del alba, quizá se arremolinara en montones bajo la pálida luz de los últimos momentos del atardecer. Entretanto, papá, joven y lleno de sueños, se encontraba a las puertas de un gran cambio, aunque él no lo sabía. Se te parte el corazón solo de pensarlo, al imaginar lo que podría haber pasado tras saber todo lo que pasó.

Me encontraba sentada ante una gran mesa de trabajo en la que una larga línea de antepasados se había sentado antes que yo. Entonces abrí el libro de contabilidad.

Estaba repleto de notas cuidadosas hechas por papá en páginas pautadas con sumo cuidado, con sus líneas y columnas de color azul y rojo claro; allí era donde mi padre había anotado un montón de números y cifras con gran precisión. En ese instante, regresé mentalmente a aquellas noches de domingo en las que se sentaba a la mesa del comedor a hacer las cuentas, con un lápiz en la oreja, mientras sus dedos volaban sobre la calculadora. Acaricié esos números y pasé las páginas. No vi más que una sucesión de números y más números escritos con su pulcra caligrafía. Números, fechas y más números, anotados en columnas muy precisas en la parte de abajo de cada página. Su trabajo tenía tal precisión, tal orden, que con solo mirarlo me sentí tremendamente reconfortada. Todas las páginas estaban escritas. Pero en cierto momento las fechas pasaban a febrero, luego a marzo y allí se acababa todo.

Para cuando alcé la vista del libro de contabilidad, la ira que me había estado impulsando hasta entonces ya había desaparecido. Ya solo me quedaba un cansancio tan intenso que tuve la impresión de que no iba a lograr levantarme de allí. Pero al fin lo hice. Sorteé la pila de papeles y apagué la luz, crucé el pasillo, salí del edificio y acabé en el aparcamiento. Como la puerta no estaba cerrada con llave, cualquiera podía haber entrado y armado aquel desaguisado. Al menos, eso fue lo que me dije a mí misma mientras conducía por la carretera del lago. Cuando llegué a casa, comprobé que aún había luces encendidas. En cuanto entré, me encontré a mamá, Yoshi y Andy reunidos en la cocina junto al teléfono.

—Por fin has llegado —suspiró mi madre.

Yoshi me rodeó con un brazo.

—¿Dónde te habías metido? —me preguntó mamá—. ¿Por qué no has respondido a nuestras llamadas?

—He estado paseando.

—¿Durante cuatro horas? Lucy, es más de medianoche.

—¡No, qué dices!

—Mira.

Entonces, entrecerré los ojos para poder distinguir la hora en el reloj de la cocina. Mamá tenía razón.

—Lo siento —aseguré—. He estado dando un paseo durante un rato y luego me he sentado junto al lago. He debido de perder la noción del tiempo. Lamento haberos preocupado tanto.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, muy bien —respondí y a continuación cogí a Yoshi de la mano y entrelacé mis dedos con los suyos—. Estoy perfectamente, solo un poco cansada. —Luego, le besé en la mejilla de manera vistosa; en realidad, me moría de ganas de salir de la cocina—. Vamos, subamos a dormir. Estoy agotada.

En cuanto llegamos a la cúpula, pasé por encima del futón, que estaba cubierto de sábanas arrugadas, y me senté en el asiento junto a la ventana que daba al lago y al jardín donde había hablado por última vez con papá, quien todo ese tiempo había estado guardando ese secreto a todo el mundo, incluso a mamá.

Yoshi se sentó junto a mí y me cogió ambas manos. Esperó pacientemente, hasta que pude respirar hondo y contarle todo lo que había pasado. Entonces, recordé lo reconfortante que siempre había sido tener a Yoshi a mi lado cuando la tierra había temblado bajo nuestros pies. En cuanto empecé a hablar, me sentí muy aliviada, de un modo que no esperaba, y parte de la presión que sentía sobre el pecho se fue desvaneciendo.

—¿De verdad te ha dicho eso? —preguntó Yoshi con un tono de voz bajo y uniforme—. ¿De verdad ha admitido que hizo eso?

Fruncí los labios por un instante y, acto seguido, volví a respirar hondo.

—Pues sí. Dice que fue un accidente. Pero eso no es lo importante. Lo importante es que abandonó a papá a su suerte. Como no pudo encontrarlo, se fue sin más. Y encima nunca le contó a nadie lo que había pasado.

Yoshi, que seguía sosteniendo mis manos entre las suyas, permaneció en silencio para que yo me animara a seguir hablando.

—Asistió al funeral —dije al recordarlo—. Y todos estos años se ha portado jodidamente bien con todos nosotros: ha ayudado a mi madre, le ha dado un trabajo a Blake, e incluso intentó contratarme. Y todo para que pensáramos que es un tío maravilloso, cuando en realidad había hecho lo que había hecho.

—Te ha dicho que fue un accidente, ¿no?

—Sí.

—Bueno, quizá lo fue. Quizá se ha portado tan bien porque intentaba compensaros de algún modo, Lucy. Esto debe de haberle reconcomido por dentro —observó Yoshi.

Al instante, aparté las manos y me las llevé a las mejillas.

—No le defiendas. Lo que hizo no tiene justificación.

—Eh —replicó Yoshi—. No es conmigo con quien tienes que cabrearte.

—Ya —contesté, respirando hondo de nuevo—. Lo siento. No es culpa tuya.

—No pasa nada.

—Vale —repliqué y cerré los ojos unos segundos—. Muy bien, ahora ya no sé qué hacer. Lo único que sé es que no se lo puedo contar a mamá.

Yoshi hizo un gesto de negación con la cabeza y lanzó una leve carcajada para expresar que no se podía creer lo que acababa de decir.

—¿Por qué no? —me preguntó.

Reflexioné sobre ello un instante. Si bien la familia de Yoshi siempre había estado bastante separada en el ámbito geográfico, siempre se había mostrado muy unida en otros aspectos y eran muy sinceros unos con otros, al contrario que mi familia. ¿Por qué no podía contarle? Porque no sabía lo que mamá pensaba realmente sobre Art y tampoco sabía qué planeaba hacer con las tierras. Y porque no quería que se enterase de algo tan terrible.

—No puedes guardártelo —señaló Yoshi cuando intenté explicarle por qué no podía contarle—. Lucy, no vas a poder soportar la pesada carga que supone guardar un secreto así. Te corroerá por dentro.

—Y también he de pensar en Blake —proseguí, dándome cuenta de que no estaba respondiendo realmente a Yoshi—. Blake está justo en medio. Aunque no sepa lo que pasó, está muy metido en todo este lío. Art tiene razón, si esto se sabe, mi hermano tiene mucho que perder.

—Tú también.

—Yo no.

—No me refiero al dinero o a las propiedades o a esta casa.

A pesar de que no podía ver bien a Yoshi en la oscuridad, me percaté, por su tono de voz, de que estaba un poco contrariado. Entonces, intenté buscar a tientas su rostro entre las sombras, pero sus ojos eran tan oscuros e indescifrables como la noche.

—Mira, Lucy, lo que quiero decir es que tú también tienes mucho que perder si no cuentas la verdad. Nadie va a detener a tu tío. Según él, fue un accidente y probablemente lo fuera. Se trata de un dilema moral, no de un problema legal.

—Siempre que sea cierto lo que ha dicho, que fue un accidente.

—¿Qué? ¿Acaso crees que está mintiendo?

—Ya no sé qué pensar. Tal vez. Lo único que sé es que me preguntó dónde había guardado los papeles. En cuanto le mencioné lo del testamento, se puso realmente nervioso.

—¿Dónde están?

—En el coche. Pero no se lo dije.

Entonces, pensé en lo que le había contado a Art sobre esos papeles: que se los había dado a mamá, y que ella los había guardado en algún lugar de la casa. Lo que provocó que me invadiera una sensación de pánico irracional, como si acabara de mirar por la ventana y hubiera visto a Art cruzando el césped, dispuesto a entrar en casa a hacer un registro.

Suspiré.

—Supongo que tienes razón. Será mejor que se lo cuente —afirmé.

Permanecimos sentados un rato, uno al lado del otro, sintiendo el suave aire nocturno a nuestro alrededor. En un momento dado, Yoshi me pasó la mano por el

pelo y me masajéo el cuero cabelludo con delicadeza.

—Estás muy tensa —comentó—. Túmbate un minuto.

Y eso hice. Me eché sobre el futón y me tumbé boca abajo. Yoshi me acarició la espalda con suavidad, dibujando con sus manos unas tenues líneas por toda mi piel.

—Relájate —me rogó.

Sentí la presión de sus manos en los hombros, lo cual alivió esa tremenda tensión que me estaba dominando y de la que no era consciente. Los hombros, los brazos, la espalda..., todo mi cuerpo se relajó, liberando la ansiedad que fluyó hacia fuera como el agua. Muy cerca de la casa, las olas besaron la orilla y salpicaron el muelle. Entonces, me imaginé que estaba flotando en el agua y que la corriente me llevaba.

Yoshi se tumbó junto a mí y posó una de sus manos en mi espalda, a la altura de los riñones. Me dejé llevar y llevar, mientras su respiración y la mía se mezclaban con el murmullo de las olas, hasta que al fin me dormí.

Cuando me desperté, aún era de noche. Comprobé qué hora era y me di cuenta de que solo había pasado una hora. Era aún noche cerrada y todavía quedaban unas cuantas horas para que amaneciera. Yoshi dormía a mi lado, y debajo de mí, en la otra planta de la casa, mamá también estaba durmiendo. Me levanté con sumo cuidado, para que Yoshi no se despertase, y me abrí camino hasta el piso de abajo. Me tomé un vaso de agua y salí a las escaleras del porche. Si bien me sentía demasiado inquieta como para permanecer sentada, a la vez me sentía demasiado cansada como para nadar o caminar. Oí con gran claridad el grave croar de las ranas, que flotaba entre los árboles en dirección a las marismas. Pensé en las garzas durmiendo entre las hierbas susurrantes, o de pie sobre sus larguiruchas patas. Pensé en el silencio que reinaba en el bosque que había atravesado con Keegan, en la sensación de embelesamiento que había experimentado en ese sitio salvaje, donde me sentí como si nos halláramos en un lugar situado al margen del discurrir normal del tiempo. Pensé en toda la gente que había caminado por estas tierras, en todos los rastros que habían dejado de su paso por ellas, en los cuencos de piedra para moler el grano y los fragmentos de cerámica, en los restos de casas y los graneros, en los búnkeres subterráneos. Pensé en Iris, quien había pasado el último verano de su infancia en esta casa, quien quizá hubiera estado en este mismo sitio en una noche no muy distinta a esta, escuchando las voces del agua y las ranas, mientras observaba el cielo en busca de un destello de la luna. También pensé en Rose, en los rastros que había dejado en el mundo, a pesar de que jamás, al menos que yo supiera, había puesto un pie en esta casa ni en la hermosa capilla que ella misma ayudó a diseñar.

Entonces supe por fin qué quería hacer. Volví a entrar en casa y cogí las llaves del coche del gancho de donde colgaban. Subí al Impala y arranqué.

No estaba muy lejos, a menos de ocho kilómetros. Aparqué en el ancho arcén cubierto de hierba que había junto a la carretera y caminé hacia las puertas protegidas por una valla metálica. Ahora que oficialmente ya no era una base militar, ya no había material sensible almacenado en su interior, ni tampoco armas enterradas bajo

tierra; la seguridad, que había sido muy fuerte cuando yo era niña, ahora era casi inexistente. El único candado que había en la puerta se abrió casi solo entre mis manos. Detrás de mí, la luz de las farolas desgarraba la oscuridad. Sin embargo, desde donde me hallaba, la noche era muy cerrada y lo abarcaba todo con su dulce abrazo. Atravesé la hierba alta en dirección a la capilla, tal y como había hecho solo unos días antes. No comprendía el transcurso del tiempo, no entendía cómo era posible que tantas cosas hubieran sucedido tan rápido, ni cómo podía ser que hubiera sabido tan poco la última vez que había estado ahí.

Logré abrir la puerta de la capilla con gran facilidad. La cerradura era muy antigua y cedió enseguida. Entré y me quedé quieta unos instantes para permitir que se me acostumbrara la vista a la oscuridad. Poco a poco, logré distinguir unas formas: unas hileras de bancos vacíos, el púlpito y el facistol, el altar tras el comulgatorio, los candeleros vacíos que relucían tenuemente bajo la escasa luz. Me quité las sandalias, una costumbre que había adquirido en Asia, y caminé hacia la parte frontal de la iglesia, sintiendo la arenilla que se desprendía de las baldosas bajo mis pies descalzos. Habían vuelto a colocar la vidriera de la Sabiduría en su sitio. Y, aunque el resto de las vidrieras se las iban a llevar pronto para limpiarlas y restaurarlas, por ahora la capilla se encontraba intacta, tal y como había sido diseñada en sus orígenes. A pesar de que no alcanzaba a ver esas imágenes, sabía que estaban allí porque vislumbraba su pálido cristal, los contornos de las figuras. El relieve de las pálidas lunas envueltas con enredaderas destacaba en la parte inferior de cada una de ellas. Un siglo atrás, Rose había visto por primera vez ese patrón, que había llevado consigo a través del amor y la decepción, a través de todo un océano y de muchas noches solitarias de invierno. Había incluido ese diseño en una manta que había confeccionado para su hija y, años después, en los márgenes de esas vidrieras. Ese era el rastro que había dejado en el mundo; un pedacito de su historia personal que se había alojado en mi imaginación muchas décadas después.

Me senté en un banco de madera, que me resultó muy suave al tacto, y me sumí en el silencio y la oscuridad. Permanecí sentada, totalmente inmóvil; y, poco a poco, mi respiración se fue calmando. Me obligué a respirar hondo, a relajarme. *Ruah*, aliento. Espíritu. Sabiduría. Me imaginé la vidriera de la Sabiduría, ese cristal diáfano que mostraba el aliento de la divina presencia, que insuflaba vida y daba forma a todo. Me hallaba sentada e inmóvil en ese lugar donde tantos otros se habían sentado antes que yo, intentando escuchar algo más allá de mi pena y confusión, pensando que Rose Jarrett también había estado escuchando de esa manera un siglo antes, en otro país y en otra iglesia.

Entonces, me pregunté cuándo había comenzado esta historia. ¿Acaso en el momento en que Rose, tras haber perdido todo cuanto amaba, había escondido ese pesado cáliz de plata bajo el delantal? ¿O acaso había empezado mucho antes, cuando Geoffrey Wyndham se rio entre aquellas ruinas, despreciando sus sueños, o más tarde, en esa oscura escalera, cuando él la obligó a tomar una decisión que no era

libre de tomar? ¿Acaso había comenzado con el cometa, con esa extraña luz, o había comenzado mucho antes, cuando ciertos hechos o estructuras sociales habían atrapado a mis antepasados como una red en el mismo momento en que nacieron?

Fuera cual fuese el comienzo, la historia se había ido contando, un acontecimiento había llevado a otro, la belleza y la pérdida habían marcado a cada generación, hasta llegar al momento presente, en que yo me encontraba sentada, allí, a cien años de distancia del cometa, inmersa en esa historia de una forma que nadie podría haber imaginado jamás.

En la oscuridad de esa silenciosa iglesia, al fin me sentí lo bastante segura como para imaginarme el lago en ese momento de quietud que precede al alba; me imaginé a papá con su sombrero de pescar azul claro, navegando por aguas tranquilas, mientras se preguntaba qué iba a hacer con esa verdad que había descubierto pero que no había buscado ni tampoco podía olvidar. De repente, papá escuchó el zumbido del motor de una barca que se aproximaba. Al principio, de manera tenue, como una sombra en la niebla, como una sombra en su corazón. Bajo la granulosa luz gris que precede al alba, la voz de Art llegó a oídos de mi padre flotando por el aire. Papá replicó y, al principio, discutieron de manera civilizada, razonada y serena. Hasta que empezaron a dar voces menos razonables, que se alzaban como el humo, conformando una espiral de ira, hasta que ambos se hallaron de pie, gritando, peleando de verdad. Hasta que ambos cayeron: Arthur, en la popa de su barca, que rebotó contra los juncos; y mi padre, contra el borde de metal de la barca, que su cabeza golpeó. Papá se sumergió en la fría y diáfana oscuridad del lago, demasiado aturdido como para reaccionar.

De repente, me llevé las manos a la cara.

Había todavía algún cabo suelto en esa noche, algo que revoloteaba por mis pensamientos. En medio de aquella quietud, era capaz de intuirlo, como si sintiera el roce del aire que desplaza un aleteo.

Esas hermosas vidrieras, que se hallaban a mi alrededor y me vinculaban con otras vidas y épocas, con algunas cosas hechas y otras que habían quedado deliberadamente sin hacer, permanecían sumidas en la oscuridad. Estaba segura de que Rose había tomado la decisión de abandonarla porque la quería y quería lo mejor para ella, pero para Iris la ausencia de su madre había sido un motivo irresoluble de tristeza que había marcado su vida. Pensé en lo que había escrito Rose acerca de la ira, acerca del poder de esta para corromperlo todo, de su capacidad para abrir la puerta a la maldad. Quizá tenía razón. Quizá la maldad, esa palabra anticuada, podía llamarse de otras maneras: discordia o disfunción. Quizá Rose estaba en lo cierto y la maldad no era una cuestión individual, sino una fuerza que regía el mundo, una fuerza en constante movimiento, que operaba como un virus que se replica a sí mismo, que busca capturar, atrapar y destruir la belleza.

Lo que necesitaba ver había estado revoloteando en círculos en la oscuridad, como algo provisto de alas, y ahora, por fin, se había posado.

Todos estos años, me había estado haciendo la pregunta equivocada. La cuestión no era qué podría haber pasado si hubiese ido a pescar con mi padre, sino qué habría pasado si esa noche no hubiera salido.

Aquella noche, había ido de paquete en la motocicleta de Keegan, habíamos atravesado a gran velocidad la oscuridad y el aire fresco de la noche para ir al barranco, donde me había topado con Joey, quien se había pasado toda la vida burlándose de mí, con esa clase de desprecio e indiferencia que deja una profunda marca; pero él no contaba con que la ira de generaciones enteras anidaba en mi corazón. Por todo eso, me había sentido legitimada, incluso emocionada, al robarle a Joey la ropa y tirársela a los árboles, al arrojar sus llaves a lo más profundo de unos arbustos de tal modo que probablemente aún siguen allí, oxidándose hasta ser tragadas por la tierra. Tuve remordimientos mucho después, pero no demasiados, ya que nunca habían pasado de ser un leve malestar en mi conciencia. Aun así, en el profundo silencio de ese santuario, escuché decir a Art lo que antes no había sido capaz de asimilar: que Joey entró en casa esa noche armando un buen escándalo, mucho más de lo normal, y que había pegado varios golpes; luego se había puesto a buscar ropa nueva y otro juego de llaves del coche en la oscuridad, armando mucho ruido. Me imaginé a Art, despertándose de repente tras un sueño profundo, con las piernas balanceándose en el aire a un lado de la cama. Me lo imaginé jurando en voz baja y levantándose, bajando a la cocina a beber un vaso de agua, siendo consciente de que no iba a volver a pegar ojo. Entonces, se percató de que hacía una noche muy buena, como esas noches de las que tanto había disfrutado en su juventud, y pensó en el lugar al que solía ir a pescar, en dar una vuelta en la barca. ¿Por qué no? A continuación, dejó el vaso sobre el fregadero y se dirigió al lago, donde ya se encontraba mi padre.

Lo que le sucedió a papá no fue culpa mía. Yo no era responsable de su muerte. Yo no le empujé, ni le dejé abandonado a su suerte en el agua.

No eran solo otros, en otro país o en un lago oscuro, los que habían acabado atrapados en este patrón de conducta, que se había ido repitiendo a lo largo de generaciones.

Yo también. Yo también formaba parte de esa historia, como todos los demás.

Me quedé allí sentada durante largo tiempo, hasta que las vidrieras fueron captando la luz y empezaron a distinguirse de esos fríos muros de piedra. Asimismo, las mujeres que había en cada una de ellas fueron emergiendo lentamente, portando jarras, cuencos o historias, prosiguiendo con sus vidas. Verlas me reconfortó. Las vehementes figuras de la vidriera de la Sabiduría también cobraron forma; los animales, las plantas y esas personas que tenían los brazos levantados y cuyas manos se transformaban en hojas, en palabras, entre el aliento curativo de la Sabiduría, que lo rodeaba todo, creador y juguetón y delicioso. Pensé en Rose y en todas sus cartas. Pensé en ella sentada a la orilla del lago, esforzándose por contener su ira, mientras tomaba la decisión más dura de toda su vida.

Cuando el sol ya se había levantado del todo, me fui. Me tomé la molestia de cerrar bien la puerta de la iglesia tras de mí y caminé con parsimonia por esos campos, por esa larga hierba animada por la caricia del viento. Me pregunté si lo que acababa de experimentar en la capilla se podía llamar «plegaria». La verdad es que, al fin y al cabo, no había pedido nada a una divinidad, ni recitado de memoria una serie de palabras, sino que me había limitado a escuchar la voz de lo sagrado. En ese instante, llegué a la entrada, donde se encontraba el Impala como un vestigio de un tiempo pasado. Me subí a él y volví a casa.

Como nadie estaba despierto, me hice un café. Después, cuando ya era una hora prudencial, llamé a Blake y le conté que tenía que verlo enseguida. Respondió aturdido, desconcertado y bastante descontento, pero accedió a venir. De hecho, llegó antes de que mamá bajara por las escaleras, apretándose con fuerza el cinturón de la bata.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella a la vez que se nos unía en el patio y se sentaba a la mesa.

Si bien la brisa soplaba ahora con más fuerza, la temperatura seguía siendo cálida. No obstante, había decidido colocar unas piedrecitas sobre la carpeta para que las cartas, las fotos y el resto de su contenido no salieran volando.

—Ni idea —contestó Blake, que se reclinó y se colocó ambas manos detrás de la cabeza—. Aunque, por lo que me ha contado Lucy, parece un asunto de vida o muerte.

—¿Lucy? —replicó mamá—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —respondí, y acto seguido terminé de servir café a todos.

Hacer algo tan normal me calmó. Dejé la cafetera sobre la mesa y luego sostuve mi taza caliente en las manos. Me di cuenta de que unas amenazadoras nubes grises surcaban a gran velocidad los márgenes del cielo, pero todavía se encontraban muy lejos.

Entonces, les conté lo que Art me había dicho en su despacho de Dream Master. Mientras hablaba, les observaba con atención. He de reconocer que hablé con una calma tan profunda que parecía que la estaba extrayendo de un manantial sin fondo.

Me escucharon. Mamá juntó ambas manos, formando una especie de triángulo que se llevó a los labios. No omití nada. Cuando llegué a la parte en que Art empujaba a papá, mamá cerró los ojos. A pesar de que no se movió, unas lágrimas recorrieron su rostro. Blake apartó la mirada y clavó sus ojos en el lago, que se encontraba picado y gris bajo la luz del amanecer.

—¿Por qué haces esto? —inquirió al fin mi hermano, volviéndose hacia mí, con su cara deformada por la ira—. Maldita sea, Lucy, ¿por qué no puedes dejar las cosas como están? Vienes aquí arrasando con todo y te crees que lo sabes todo. Bueno, pues yo no me creo ni por asomo que nada de lo que has contado sea verdad.

Mamá se frotó los ojos con la punta de los dedos y me miró.

—¿Es verdad? —preguntó—. Lucy, ¿es verdad lo que has dicho?

—Es lo que Art me ha contado —contesté a mamá, pues estaba demasiado pasmada como para replicar a Blake.

Aunque no tenía muy claro cómo iban a reaccionar, no me había planteado la posibilidad de que no me creyeran. Ni se me había pasado por la cabeza cuestionar lo que Art me confesó, porque me había dado la impresión de que había experimentando una auténtica agonía al revelármelo.

—¿Por qué iba a inventarme algo así? —inquirí.

—Menudo misterio —respondió Blake—. Porque no quieres que se urbanicen estas tierras. Con esta historia, defiendes tus intereses.

—Bueno, y tú defiendes tus intereses ignorando lo que tienes delante de las narices.

Si bien la tensión se adueñó del semblante de Blake, no replicó. En ese instante, me obligué a respirar hondo, porque ahora yo también estaba cabreada. Entonces pensé en las palabras de Rose: «Uno no debe dejarse llevar por la ira. Hay que actuar guiada por el amor o, si no, no hacer nada».

—Viste el testamento —le dije a mamá—. Viste el testamento y me pediste que no lo mencionara, y no sé por qué. Pero, en cuanto se lo mencioné a Art, él me contó esta historia.

Le entregué el sobre que contenía el testamento a Blake, quien lo abrió y lo leyó. Durante varios minutos, el único sonido que oímos fue el chapoteo de las olas contra la orilla.

—Solo quería meditar un poco al respecto —replicó mamá—. Sobre lo que podría suponer. Lucy, ¿no pensarás que conocía su existencia?

Se levantó, entró en casa y volvió al cabo de un momento con una carpeta.

—Mamá —dijo Blake alzando la vista del testamento—. ¿Qué estás haciendo? Mira, todavía no conocemos todos los hechos. Art no nos ha contado nada sobre este tema. Únicamente tenemos la versión de Lucy. A lo mejor le entendió mal.

—No le entendí mal.

Mamá alzó una mano para pedirnos que nos calláramos. Luego, abrió la carpeta.

—Este es el contrato —afirmó, sacando un documento de su interior—. Art y yo llevamos muchos años hablando de esta casa, de estas tierras. Sé que quiere ser el dueño de todo esto y sé por qué. Al principio, me oponía bastante a la idea, pero, con el paso del tiempo, he ido cambiando de opinión. Supongo que, a medida que la casa se ha ido haciendo vieja, me he empezado a plantear que quizá sería mejor vivir en el pueblo; así no tendría que escuchar continuamente las quejas de este edificio vetusto. Además, durante todos estos años, Art se ha portado muy bien conmigo. Me ha ayudado mucho. He llegado a depender de él. Hiciera lo que hiciese ese día en las marismas, hay que reconocer que después se ha portado estupendamente.

Mamá pasó las hojas hasta llegar a la última página, y pude comprobar que ya había firmado ese contrato, que tenía fecha de 25 de junio; el día siguiente a nuestra visita a los archivos Westrum y al solitario apartamento atestado de cosas de Joan

Lowry. En ese momento, arrancó esa última página y la rompió en dos, y así sucesivamente, hasta que quedó reducida a unos pedazos minúsculos. Cuando abrió la mano, los restos salieron volando por el césped; algunos se quedaron pegados a los arbustos, y otros fueron arrastrados por la brisa hasta la orilla, donde las olas se los llevaron.

—Mamá —rezongó Blake.

—Creo a Lucy —afirmó—. Porque recuerdo cómo eran las cosas antes y también recuerdo ciertas cosas que vosotros dos nunca sabréis. Creo perfectamente posible que eso sucediera. No me sorprende que todo ocurriera como Art te ha contado. Lo único que sé seguro es que vuestro padre pretendía volver a casa esa noche. Llevaba días dándole vueltas a algo y no podía dormir. Lo último que hizo fue besarme y decirme que volvería pronto, que no me preocupara. Pero no pude evitar que cierta inquietud me dominase.

—¿Y si yo no me lo creo? —inquirió Blake.

—Bueno —contestó mamá—. Ya eres un hombre hecho y derecho. Puedes creer lo que quieras, Blake.

—Este testamento es auténtico —señalé—. Aunque no quieras creerte el resto, este testamento que tienes en las manos es genuino, de eso no hay duda.

—¿Por qué no vas a hablar con Art sobre esto? —le sugirió mamá a mi hermano—. A ver qué te dice.

—Lo negaré —respondí, dándome cuenta, de repente, de que eso iba a ser lo que iba a pasar, pues no contaba con ninguna prueba que demostrase lo que Art me había contado; solo contaba con esas palabras pronunciadas en medio del silencio de Dream Master a altas horas de la noche. Nada más.

—Tal vez.

—O insistirá en que solo fue un accidente.

—Si lo que ha contado es verdad, tuvo que ser un accidente —replicó Blake—. Art tiene sus defectos, como todo el mundo, pero no es un asesino despiadado.

Entonces, me acordé de las palabras que Yoshi me había dicho: «Se trata de un dilema moral, no de un problema legal».

—Se lo voy a contar a Iris —afirmé, a la vez que doblaba el testamento y lo metía de nuevo en su sobre amarillento—. Tú haz lo que tengas que hacer, que yo también voy a hacer lo mismo.

—Sí, hay que contárselo —admitió mamá.

Blake se reclinó en la silla y posó la mirada en el lago, en su barca, mientras le temblaba levemente una mejilla.

—Esto es increíble —protestó, al fin—. Mira, mamá, me da igual que vendas las propiedades o no, o que se las vendas a Art o a cualquier otro. Pero este asunto del testamento es una locura. Casi seguro que es nulo por ser tan antiguo, por haber estado escondido en el interior de una pared. Y, en caso de que sea válido, ¿para qué quieres enseñárselo? ¿Para que una panda de extraños se quede con todo aquello por

lo que tanto nos hemos esforzado a lo largo de toda nuestra vida?

Decidí irme y dejé a mamá y a Blake a solas en el patio. Yoshi se encontraba en la cocina, leyendo un artículo sobre explotaciones mineras en un ejemplar de *Harper's* que había comprado en el aeropuerto. Sobre la encimera había un café.

—¿Cómo van las cosas en el patio?

—Bien.

—¿De veras?

—No, en realidad no van bien. La tensión se puede cortar con un cuchillo.

Yoshi asintió.

—Lo siento. ¿Puedo ayudarte?

—Pues no, la verdad.

—Vale. Entonces ¿puedo cambiar de tema?

—Sí, por favor.

Cogió el portátil que estaba sobre la encimera y lo abrió.

—Envié un montón de e-mails después de que habláramos sobre los trabajos. Algunas personas me enviaron listas de posibles empleos en respuesta. La mayoría no son muy interesantes, pero hay un par de ofertas que me han llamado la atención. Una en Papúa Nueva Guinea y otra en Camboya.

Eché un vistazo a las descripciones de esos empleos, que ofertaban organizaciones humanitarias y ONG.

—Parecen interesantes —comenté—. Será un trabajo duro, pero interesante.

—Sí, es distinto a lo que estamos acostumbrados. El sueldo no es gran cosa, pero, claro, las ONG no tienen los mismos beneficios que las empresas en las que hemos trabajado, ni por asomo.

—Bueno, ahora mismo, no tenemos ni un centavo, así que... —señalé.

Un segundo después, Yoshi se echó a reír.

—Cierto, cierto —replicó—. Les he escrito para pedir más información, y para preguntarles si hay otros puestos que pudiesen resultarte interesantes a ti también.

—Vale. Me parece bien. Aunque yo también tengo que mandar algunos e-mails, a ver qué sale.

Entretanto, en el patio, mamá y Blake seguían sumidos en su conversación. Suspiré y cogí el móvil, a pesar de que no estaba segura de si estaba haciendo lo correcto pero con la certeza de que era lo único que podía hacer. Ned respondió al segundo tono y pareció sorprendido de que le llamara.

—¿Tu madre se encuentra bien? —inquirí.

—Sí, eso creo. Esas cartas la tienen absorta. La verdad es que no hemos hablado sobre ellas en profundidad. Tampoco ha dejado que los demás las leamos.

—Quería invitarla a ver la colección Westrum cuando crea que esté en condiciones de hacerlo. Bueno, en realidad, me gustaría invitaros a todos. Además, hay una capilla repleta de vidrieras que también debería ver.

—Entiendo. Pero ¿no hemos hablado ya de esto?

—Sí. Solo quería confirmarlo —respondí titubeante—. Aunque hay otra cosa que ha surgido desde entonces de la que también deberíamos hablar.

Seguí hablando mientras acariciaba el sobre que contenía el testamento. E, inmediatamente, le conté, con precisión y de manera concisa, todo lo que sabía.

Bajo la serena luz de la Casa Westrum, Iris parecía menos pálida que en su casa, y sus ojos eran más vivaces e intensos. Iba vestida con un traje azul claro y llevaba un pañuelo de color oscuro alrededor del cuello y unos pendientes de perla sujetos con un clip. También llevaba un peinado con mucho estilo. Ned caminaba junto a ella; la ayudó a bajar de la acera y a subir las escaleras, pero, en cuanto se encontraron dentro de la casa, Iris se apartó de él y se fue a hablar con Oliver, quien le ofreció su brazo para que se agarrara de él de una forma cortés, de modo que ella pudiera aceptar su ayuda sin que se sintiera una inútil. Fue un detalle muy considerado que admiré desde el otro extremo de la habitación. Iris se aferró con los dedos al codo de Oliver mientras se desplazaban de una vidriera a otra, mientras este le contaba, con voz potente, todo lo que sabía sobre Frank Westrum y la historia de esa casa, y gesticulaba con la mano que le quedaba libre. Iris escuchaba y estudiaba con detenimiento las vidrieras. Entretanto, Stuart Minter, que permanecía sentado tras el mostrador de recepción, esbozó una sonrisa fugaz y me saludó con la mano en cuanto me vio entrar. Me dirigí hacia él acompañada de Yoshi, para saludarle.

Cuando, unos minutos después, mamá llegó con Andy, Yoshi y yo les presentamos a Ned y Carol, y, de ese modo, acabamos todos conformando un grupo en el que nos tratábamos de manera muy cordial pero en el que, al mismo tiempo, todos nos sentíamos incómodos. Le había enviado una copia del testamento a Ned, quien me comentó que tenía intención de consultar con un abogado para ver qué podía hacer al respecto. Yo también había acudido a un abogado con mi madre, un amigo de Andy especializado en herencias, que nos informó que era un caso que podía resultar bastante problemático. Aun así, no estaba nada claro qué iba a pasar, y no habíamos vuelto a hablar del asunto con los Stone desde esa llamada inicial en la que les había revelado la existencia del testamento.

Cuando concluyó la visita guiada al primer piso de la Casa Westrum, tras admirar todas las vidrieras, Oliver nos llevó hacia la escalera, donde se hallaba la mujer del vestido dorado y verde con los brazos llenos de flores. No había vuelto a ver esa vidriera desde que había descubierto las cartas escritas por Rose, desde que me había adentrado en la historia de su vida y había entendido que tenía un vínculo con ella, por lo que había olvidado lo cautivadora que era. Medía un metro ochenta de altura y los lirios que caían en cascada de sus brazos eran de tamaño natural y un color muy intenso. Me quedé contemplando fijamente esa imagen, esos ojos tan familiares. Me la imaginé posando en un estudio inundado de luz, mientras Frank Westrum

bosquejaba la curva de su oreja, la elegante línea de su cuello, deteniéndose por un momento al sentir una oleada de inspiración que brotaba de su amor por ella, el cual no podía trasladar exactamente al papel, ni al vidrio.

—¿A que es hermosa esta vidriera? —preguntó Oliver cuando nos detuvimos en el rellano a admirarla.

Al final, había entregado a Oliver varias fotocopias de algunas cartas de Rose, y él, a su vez, había compartido conmigo ciertas misivas que había descubierto entre sus archivos; se trataba de la correspondencia que habían mantenido Frank y Cornelia.

—La vidriera es realmente hermosa, pero ella también, señora Stone. Creo que su madre fue la modelo de este retrato. Mire sus ojos. Y mire qué sostiene en los brazos. Son lirios. Son exactamente iris, señora Stone —añadió Oliver.

Iris no dijo ni una palabra y, aunque todos la mirábamos, resultaba imposible interpretar su expresión. No apartó la vista de la vidriera durante un largo rato. Entonces soltó el brazo de Oliver y se sentó en esas mismas escaleras, en el centro del tercer escalón si contábamos desde abajo.

—¿Mamá? —inquirió Ned.

—Estoy bien —contestó. Entonces se subió la manga de la chaqueta y sostuvo en alto la muñeca—. Ned, Carol. Mirad ese colgante que lleva. Es igual que este brazalete. Ned, ¿recuerdas que me lo diste hace unos años? Me dijiste que lo habías encontrado. ¿Podrías decirme dónde?

—En una caja que estaba revisando. No te dije de dónde había sacado el brazalete, exactamente, porque se encontraba dentro de una caja que te habían enviado, con las cosas de Rose, cuando esta murió. De hecho, esa caja la envió el mismísimo Frank Westrum; su nombre aparece en algunos de los sobres, aunque, claro, no significaba nada para nosotros hasta ahora. Papá me mostró dónde estaba todo. Me comentó que habías querido tirarlo todo, pero que él había guardado esa caja porque creía que tal vez algún día fuera importante. Ya sabes cómo era.

—Sí —replicó—. Él era así. ¿El resto sigue guardado?

Ned asintió.

—Hay algunos dibujos. Y un fragmento de una vidriera, un campo repleto de lirios azules.

—Ned —dijo la anciana tras un largo momento de silencio—. Señor Parrott. Me gustaría pedirle que me permitiera quedarme aquí sentada, sola, durante un rato. Si al resto no os importa, eso es precisamente lo que me gustaría hacer.

Así que la dejamos allí sentada, y seguimos a Oliver hasta la planta superior, hasta una sala situada en una esquina de la casa, que contaba con altas ventanas en dos de sus paredes. Oliver había reunido allí todas las vidrieras guardadas en el almacén que contuvieran alguna imagen relacionada con Rose, y las había colgado encima del cristal desnudo de las ventanas.

La primera vidriera que yo había visto, la vidriera que me había empujado a

iniciar esa intrépida búsqueda, colgaba de la pared más cercana, donde la luz del sol la iluminaba por detrás. La habían limpiado desde la última vez que la había visto en el estudio de Keegan, cuando todavía estaba cubierta de una capa de mugre acumulada a lo largo de los años en que había permanecido en esa capilla cerrada. Entonces, me di cuenta de que no había sido incluida en el recibo original de la iglesia. La única explicación que se me ocurrió para esto era que Frank la hiciera para Rose, o quizá a petición de ella, y no fuera capaz de quedársela cuando Rose se puso tan enferma. Tras la limpieza, sus colores eran intensos, reales y deslumbrantes; la imagen del cáliz en medio del saco de grano, así como las figuras de los hombres y mujeres de la multitud que ocupaba el fondo de la imagen, se encontraban bañados de luz.

Por otro lado, las esferas entrelazadas y las enredaderas se extendían por la parte inferior. Tras haber investigado, había encontrado ese motivo por todas partes. Esos círculos que se solapaban eran un símbolo muy antiguo que se remontaba a la geometría pitagórica; y la geometría es una forma de medir el mundo. Si hacemos una interpretación más mística, ese símbolo siempre ha representado el lugar donde los mundos se solapan: el sueño con la vigilia, la muerte con la vida, lo visible con lo invisible. Lo más probable era que Rose hubiese visto ese patrón en una iglesia medieval y decidiera bordarlo en la manta que tejía para su hija.

—¿En qué estás pensando, tan seria? —preguntó Yoshi, quien tras dar la vuelta a toda la habitación, examinando las vidrieras una a una, se acercó a mí.

—En Rose —respondí—. Y en los sueños de mi bisabuelo. Nosotros siempre conocimos los sueños del bisabuelo, pero nunca los de ella, y ahí estriba el problema. Creo que eso es lo que ella dice de algún modo en esta vidriera. Me refiero al sentido más personal, no como interpretación de la escena bíblica representada en ella. He comprobado que en la Biblia se dice que José siempre tuvo unos sueños muy especiales. Eso es lo que, para empezar, acabó alzando un muro entre él y sus hermanos. Además de la arrogancia de José, y la envidia de sus hermanos. Por eso lo lanzaron a la fosa y lo vendieron como esclavo. Ese cáliz en el grano es el que utiliza luego para sus profecías y adivinaciones, para interpretar sus sueños. Y hasta que no logra que sus hermanos se lleven ese cáliz sin darse cuenta, ya que es un truco para obligarlos luego a volver, el equilibrio no se recupera.

—Tal vez —replicó Yoshi—. Me parece bastante plausible.

Pensé en Rose, empaquetando esa suave manta para enviársela a una hija que nunca la conocería, y en ese cáliz que escondió bajo su falda y se llevó en plena noche. Volví a contemplar a las mujeres de la multitud congregada alrededor del saco. Y tuve la sensación de que ese cáliz, enterrado en el grano al igual que la historia de Rose había sido enterrada en la historia familiar, me hablaba.

—Han llegado buenas noticias —comentó Yoshi unos minutos después, cuando juzgó que yo ya había acabado de contemplar las vidrieras—. ¿Quieres saberlas?

Bajamos las escaleras y fuimos al recibidor, donde nos sentamos uno al lado del

otro, en un banco bastante bajo, a repasar los e-mails que habíamos recibido esa mañana. Los contactos de Yoshi tanto en Papúa Nueva Guinea como Camboya se mostraban moderadamente optimistas sobre la posibilidad de que yo pudiera encontrar también un puesto de trabajo; estaban hablando con otras agencias para ver si había algún empleo disponible. No obstante, yo también había enviado e-mails a mis propios contactos, así que aproveché que estábamos esperando para revisar la bandeja de entrada de mi correo. Aunque tuve que proteger con la mano la pantalla de mi móvil para que la luz trémula que se filtraba por los árboles no reflejara en ella y me deslumbrara.

—Mi amiga Alice dice que quizá haya un puesto vacante en Malí, pero me parece que es en una gran corporación. De todos modos, me ha dado un nombre para que contacte con ellos.

—Muy bien. Creo que no perdemos nada por saber más detalles al respecto.

—Pues sí. Le escribiré cuando volvamos.

—Supongo que habrá que seguir buscando mucho más. Quizá nos lleve bastante tiempo dar con lo que queremos.

Permanecimos allí sentados una media hora más, hablando tranquilamente sobre lo que esperábamos que ocurriera, sobre qué íbamos a hacer con la casa que teníamos alquilada en Japón. Mientras tanto, un verso de un poema de Mary Oliver no paraba de rondarme por la cabeza: «¿Qué piensas hacer con tu única y preciosa vida?». Sí, ese era el quid de la cuestión.

Aunque no había visto a Iris abandonar las escaleras para ir a ver las vidrieras de la planta de arriba, debió de hacerlo, porque la vi bajar de allí arriba con Ned, seguida de Oliver y Carol, y de mi madre y Andy.

—Se van a casa —dijo mi madre, quien se acercó para hablar con nosotros mientras Iris se detenía junto a la mesa para firmar el libro que Stuart le estaba ofreciendo—. Creo que está muy cansada. Supongo que todo esto ha tenido que ser realmente agotador para ella, a nivel emocional.

—Seguro. ¿Han comentado algo sobre el testamento?

Entonces, mamá dirigió su mirada al otro extremo de la sala.

—Pues sí. Se han mostrado muy cordiales al respecto. Han sugerido que nos reunamos mañana por la tarde en El Lago de los Sueños. Nos reuniremos ellos, yo, Art y nuestros respectivos abogados. Según parece, las secretarias de esos picapleitos se están llamando ahora mismo entre ellas para concertar la cita. Quieren cerrar este asunto enseguida, antes de que el Ayuntamiento se reúna para decidir sobre la recalificación urbanística de la zona. No sé qué esperar, la verdad. Pero, por lo visto, van a plantear una propuesta. —De repente, echó un vistazo a su reloj, y profirió un suspiro—. Tengo que volver al banco antes de la hora del almuerzo. De momento, mis jefes se han portado muy bien conmigo, pero no quiero tentar a la suerte.

En ese instante, todos cruzaron la habitación. Iris iba escoltada por Ned a un lado y por Carol al otro. Cuando se encontraron a nuestra altura, se detuvieron para

despedirse, e Iris me cogió de la mano.

—Gracias —me dijo—. Por habernos encontrado a ella y a mí.

Como hacía una tarde excelente, Yoshi y yo no volvimos directamente a El Lago de los Sueños. Era perfectamente consciente de que nos quedaban ya pocos días allí y de que mi amor se había pasado gran parte de sus vacaciones lidiando con los problemas de mi familia, tanto pasados como presentes, o intentando buscar un trabajo. Yoshi no era de esas personas que se quejan por todo o que contagian su estrés a los demás, pero, por la manera en la que a veces parecía tan distante y meditabundo, yo sabía que estaba dando vueltas a muchas cosas en su linda cabecita. Así que, en vez de regresar a casa, compramos unos sándwiches y fuimos en coche hasta un parque estatal cerca de Ithaca que siempre me había fascinado. Caminamos a través de un desfiladero, siguiendo el curso de un arroyo que terminaba en una cascada, y luego nadamos en el estanque situado en su base. A pesar de que el agua estaba demasiado fría como para nadar mucho rato, permanecemos en ese estanque todo el tiempo que fuimos capaces de soportar; después, nos sentamos en unas rocas junto al agua para disfrutar del sol.

Esa noche, llegamos a casa prácticamente al mismo tiempo que mamá, que acababa de volver del trabajo. Blake también estaba allí. Nos dimos cuenta enseguida, ya que vimos su furgoneta aparcada de una forma un tanto extraña en el camino de gravilla de la entrada. Aunque esperaba encontrármelo en la cocina, no estaba allí. Después de llamarle a gritos unas cuantas veces, contestó desde arriba. Su voz me llegó amortiguada, flotando desde su antigua habitación, donde se encontraba entre aquellas cuatro paredes de color azul oscuro con un montón de libros en las manos, contemplando sus pósteres de la Luna y otro que presentaba una hermosa imagen de la Tierra vista desde el espacio.

—Esta habitación parece una cueva —señaló—. ¿En qué estaría pensando yo entonces?

Nuestra madre, que venía detrás de mí, se echó a reír.

—Eras un adolescente —afirmó—. Así funcionaba tu mente mientras madurabas y te convertías en un adulto. Si te fijas ahora en Zoe, deberías acordarte de cómo eras tú.

Mi hermano hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Parece que crecí sumido en la oscuridad de la ignorancia. Bueno, ¿qué tal el viaje y la visita? —inquirió, a la vez que dejaba los libros sobre el escritorio; incluso de adolescente, había leído libros sobre barcos.

—Bien —contesté.

Y mamá añadió:

—Sí. Ha sido muy conmovedor.

Blake asintió pero no hizo ningún comentario. Al principio, me preocupaba que siguiera enfadado porque hubiéramos decidido contarles a los Stone lo que habíamos descubierto. Sin embargo, cuando volvió a hablar, cambió totalmente de tercio.

—Bueno, estoy aquí porque tengo que daros una noticia.

Bajamos a la planta inferior, al comedor, y nos sentamos alrededor de la gran mesa redonda de roble. Yo en persona había limpiado la madera con aceite de limón antes de que llegara Yoshi, por lo que relucía tenuemente bajo la luz de los dos ventanales.

—Bueno —dijo Blake—. He hablado con Art. Ha sido una conversación bastante tensa. Al final, ni ha confirmado ni negado nada. Pero he tenido tiempo para reflexionar sobre todo esto. Quiero que sepáis que dimito. He dejado mi trabajo esta mañana. He vaciado mi mesa de trabajo y me he largado.

—¿Y ha dejado que te vayas sin más? —preguntó mamá—. ¿Así como así?

—Ha intentado persuadirme de que no dimitiera, pero se veía que no lo decía nada convencido. Al parecer, el 4 de julio unos vándalos se dedicaron a provocar destrozos en la empresa. No sé si os habréis enterado. Provocaron algunos daños; tiraron algunas cosas de las estanterías y, más que nada, arrojaron muchos papeles al suelo. Art todavía está intentando ponerlo todo en orden. —Mientras tanto, Yoshi se había sentado con discreción en la sala de estar, donde estaba leyendo una revista. En cuanto mi hermano pronunció esas últimas palabras, alzó la vista, nuestras miradas se cruzaron, y él se limitó a encoger ligeramente los hombros—. Como consecuencia de todo este lío, Art ha tenido que echar un vistazo a muchos documentos antiguos y algunas cosas viejas. Creo que se siente abrumado por el pasado y está muy preocupado por cómo va a acabar todo este tema de El Embarcadero. Pero, vamos, resumiendo, no, no tenía mucho que decirme.

—Bueno, no sé si reír o llorar —afirmó mamá, alzando ambas manos—. En estos momentos, mis dos hijos adultos están sin trabajo.

—¿Y qué pasa con Avery? —pregunté—. ¿Le parece bien que hayas dimitido?

Blake estalló en carcajadas.

—Sí. De hecho, ella se lo ha tomado mucho mejor que yo. A ella siempre le ha gustado correr riesgos y piensa que ya saldremos adelante de alguna manera. De todos modos, aún puedo trabajar como piloto de barco —añadió—. Ya sabéis, pilotando cruceros.

—Creo que Avery tiene razón —opiné.

Aunque Yoshi y yo tampoco teníamos trabajo y no teníamos ni idea de dónde íbamos a acabar viviendo, empezaba a creer que el cambio nos haría mucho bien a los dos. Además, el hecho de no haber estado pensando tanto en el futuro había hecho que viviera el momento presente con mucha más intensidad.

—Me alegro de que te parezca que Avery tiene razón —replicó Blake.

Sonreí.

—Bueno, tanto Yoshi como yo estamos sin trabajo, así que, para mantener la cordura, he decidido que preocuparme es una pérdida de tiempo y energía. Yoshi va a hacer fideos con curry para cenar. ¿Quieres quedarte?

—Eso suena bien.

A continuación, sacamos las damas chinas y jugamos hasta que el sol inició su descenso definitivo por el cielo.

La reunión con los abogados iba a celebrarse al día siguiente, a las cuatro en punto de la tarde, y no acabó hasta casi las seis. Entonces mamá apareció con el coche por el camino de entrada, aplastando la gravilla bajo los neumáticos. Me encontré con ella en las escaleras de la parte de atrás.

—¿Y bien? —la interrogué—. Blake ya me ha llamado tres veces. Cuéntame. ¿Qué ha pasado?

—Será mejor que nos sentemos en el patio —respondió.

Y eso hicimos. Yoshi se quedó en la planta de arriba, donde seguía buscando trabajos por Internet, mientras mamá me explicaba qué había ocurrido. Al parecer, el testamento era válido, y, por lo tanto, Iris tenía derecho a reclamar una parte de la herencia. Pero, como había pasado tanto tiempo, su reclamación podía ser objeto de debate en un juicio. Aunque el testamento había sido firmado debidamente bajo la supervisión de un notario, nadie sabía a ciencia cierta cómo había acabado escondido en la pared. Si fue mi abuelo quien lo ocultó ahí, había cometido un fraude. Si fue mi propio bisabuelo, era un simple cambio de parecer. Iris era perfectamente consciente de eso. Además, Ned también había investigado lo suficiente como para entender lo complejo que era todo cuanto estaba sucediendo con respecto a las tierras del depósito militar, y como para saber que Art quería comprarle a mi madre sus propiedades para anexionarlas a las muchas otras que ya poseía en las marismas, donde iba a construir su exclusiva urbanización. También sabía que los iroqueses y los conservacionistas habían paralizado temporalmente la venta de las parcelas.

—Así que se les ha ocurrido una solución asombrosa —me contó mamá—. Nos han pedido que las tierras sigan siendo nuestras, pero que se redacte un documento legal en que se indique que esas tierras nunca van a ser urbanizadas. Algo parecido al programa Forever Farms. ¿Habéis oído hablar de él? Toda su familia lleva años colaborando con Nature Conservancy, así que lo saben todo acerca de los procesos legales que hay que seguir. Si todo el mundo está de acuerdo, podré quedarme esas tierras y esta casa el tiempo que quiera, y, si alguna vez deseo irme de aquí, se lo podré vender todo a la organización. Pero no podré vendérselo a nadie más, ni tampoco urbanizarla. El problema está en que Art también tendría que aportar las hectáreas adyacentes que ya ha comprado, y ya veremos si acepta o no. En resumen, con la propuesta que nos han sugerido, se podrán conservar las marismas. Este acuerdo habría encantado a vuestro padre. Los ciervos blancos pasarán a estar protegidos, así como el resto de la vida salvaje, puesto que la zona protegida se extendería a muchas hectáreas de terreno. Además, este plan permitiría que Oliver y la Iglesia pudieran mantener la capilla intacta, para lo cual ambos han estado presionando mucho a los poderes fácticos. La idea es que se vuelva a utilizar para celebrar servicios religiosos, bodas y demás. Sería preservada y mantenida como un emplazamiento de valor artístico y cultural bajo los auspicios de la Casa Westrum y

Nature Conservancy.

—Vaya, es un plan muy ambicioso. ¿Dónde está la trampa?

Mamá negó con la cabeza.

—No lo sé. Yo también creo que debería haber una trampa en alguna parte, pero no veo ninguna, y el abogado tampoco le ha puesto ningún inconveniente. No obstante, todos nos lo vamos a pensar con calma. De todas formas, creo que nos han hecho esta propuesta con toda la buena voluntad del mundo. No creo que deseen acabar en los tribunales.

—Pero ¿por qué hacen esto? Esas tierras valen mucho dinero. No entiendo por qué van a desperdiciar esta oportunidad —dijo Blake.

Mamá volvió a hacer un gesto de negación con la cabeza.

—Pues no lo sé. Iris tiene noventa y cinco años y no necesita el dinero. A sus hijos les ha ido bastante bien en la vida y tienen ya más de setenta. Además, no quieren que esto acabe eternizándose en un tribunal, ni que el dinero acabe en los bolsillos de gente que no tiene nada que ver con todo lo que ha llevado a esta situación. Hace cincuenta años, estoy segura de que habrían tomado una decisión distinta. Pero ahora... Ahora prefieren hacer donación estas tierras en su nombre y el nuestro. Será algo muy bonito y generoso. Si se termina llevando a cabo, claro.

Y al fin pudo llevarse a cabo, ya que lograron sacar adelante el acuerdo a trancas y barrancas. Art fue el último en aceptarlo, pero, como sabía que ya no iba a poder adquirir las tierras de mi madre, el resto de las parcelas de las marismas ya no le interesaban tanto. Además, aunque nunca iba a reconocer que me había contado lo que ocurrió la noche en que papá murió, sé que aquellos recuerdos aún le atormentan, lo pude ver en la expresión que tenía dibujada en la cara cuando salí de Dream Master. Quizá su deseo de urbanizar esas tierras respondía a una necesidad de intentar borrar lo que allí había ocurrido. No obstante, nunca volvimos a hablar del tema, y siempre creeré que firmó los papeles del acuerdo para calmar su sentimiento de culpa.

En cualquier caso, al final se llegó a un acuerdo. Mamá negoció la venta de la casa y las tierras de tal modo que le permitieron seguir allí un año más, para preparar la mudanza y arreglar las cosas. Nature Conservancy barajó la posibilidad de convertir la casa en un centro de naturaleza, y mamá barajó la posibilidad de comprarse un apartamento en el pueblo.

En lo que a Art y Joey respecta, hicieron varias ofertas para comprar otras parcelas más pequeñas cercanas al lago. Entretanto, yo observaba expectante, esperando, supongo, a que se produjera un giro sorprendente en los acontecimientos, a que Art apareciera un día lleno de remordimientos y confesara lo que había hecho; que, por pura justicia, Dream Master sufriera los reveses de la fortuna, quebrara o ardiera envuelta en llamas por combustión espontánea.

Claro está, nada de eso sucedió. Art comenzó enseguida el proceso de urbanización de los terrenos que había adquirido hacía poco. Las ilustraciones del

proyecto fueron impresas a gran tamaño y colocadas en una valla publicitaria cerca de la entrada de gravilla de El Embarcadero. A lo largo del verano, vendió un montón de parcelas por el precio que pedía de salida. Para octubre, sus espeluznantes máquinas estaban arrancando el mantillo a la tierra y arrasando las arboledas que se hallaban junto a la orilla: robles, pinos, arces y olmos fueron derribados y quedaron desperdigados sobre esos terrenos como huesos de dinosaurios. Divisé alguna que otra vez a Art supervisando las obras, con su gorra de béisbol vuelta del revés, con sus grandes manos apoyadas en las caderas, como si nada hubiera pasado ni nada se hubiera interpuesto en su camino.

También cambiaron otras cosas. Los restauradores vinieron a llevarse las vidrieras de la capilla para limpiarlas y repararlas. En cuanto vimos sus furgonetas aparcadas en el campo, fuimos a echar un vistazo. El proceso de desmontaje de las vidrieras fue muy delicado y, gracias a él, se descubrió que habían sido instaladas en paneles. Los operarios se subieron a unas escaleras y dieron unos golpecitos con sus cinceles y martillos para separar el vidrio y la piedra. Al observarlos, tuve que contener la respiración, pues temía que las rompieran. Pero eran muy buenos profesionales, sabían lo que hacían y, una a una, las vidrieras fueron desmontadas para ser luego cuidadosamente protegidas y embaladas. Oliver estimaba que tardarían unos tres meses en restaurarlas, lo cual le concedía tiempo más que suficiente para recaudar los fondos necesarios para la gran reinauguración que quería celebrar. Nos mostró el boceto del nuevo folleto, en el que se veía la vidriera de la Sabiduría en portada y que incluía también descripciones del resto de las vidrieras. Había añadido también la biografía de Rose y nos comentó que había cambiado todos los textos de los carteles, folletos y demás de la Casa Westrum para incluir a Rose en ellos y explicar cuáles habían sido sus aportaciones a la obra de Frank Westrum.

El día anterior a nuestra partida de El Lago de los Sueños, Yoshi y yo fuimos al centro del pueblo a dar un último paseo. Nos acercamos al *Temible Simetría*, que estaba atracado en el último amarre del muelle. En cuanto grité «hola», Avery salió al instante del barco. Acto seguido, se agarró a la barandilla con una mano para poder mantener el equilibrio, ya que en la otra llevaba una bolsa llena de libros. La vi igual que siempre, esbelta y en forma, salvo por la redondez de su vientre.

—Hola —saludó cuando puso los pies en el muelle y nos ofreció la bolsa—. ¿Quieres alguno? Estamos de limpieza. Estamos tirando todo lo que no nos hace falta. Qué ganas tengo de irme ya.

—¿Os mudáis?

—Sí. Es muy emocionante. Acabamos de firmar un contrato de alquiler. Nos mudamos a una casita de la calle Orchard, que tiene dos dormitorios y un baño muy retro con azulejos rosas y negros. Además, tiene un jardincito en la parte de atrás. Y lo mejor de todo es... ¡que no se balancea! —exclamó, riéndose.

—Y ¿qué vais a hacer con el barco?

—Lo hemos vendido. Ya está firmada y cerrada la venta. Se lo entregaremos a su

nuevo dueño esta misma tarde. ¡Blake! —exclamó mientras se volvía para gritar por las escaleras—. Blake, tu hermana está aquí. Ha venido con Yoshi. —Esperó a que mi hermano apareciera para girar la cabeza de nuevo hacia nosotros—. Será mejor que os lo cuente él mismo.

—¿Que nos cuente el qué? —pregunté, al tiempo que Blake aparecía por la escalera—. ¿El qué?

—Que está vendido —respondió, pasando la mano por la barandilla de un modo que me indicó que le había costado mucho tomar esa decisión—. En un par de horas, ya habremos descargado todo... y pasaremos a ser marineros de agua dulce —añadió, intentando esbozar una sonrisa.

—Eso no es cierto del todo —replicó Avery—. Cuéntales el resto.

—Bueno, voy a emprender una nueva aventura empresarial —afirmó. Luego, hizo un gesto para señalar el lugar donde estaba amarrado el crucero para turistas, donde la gente hacía cola para disfrutar de la visita guiada por el lago de primera hora de la tarde—. Durante años, he mantenido alguna conversación que otra con Mike Simms al respecto... Sabéis que tiene un negocio, ¿verdad? Quiere que sea su socio y la idea es que, pasado un tiempo, le compré toda su parte, pero hasta ahora no había querido hacerlo. Al principio, no quería estar tan atado a algo así; tampoco quería tener que soportar los líos diarios que implica cualquier empresa. Pero, después de dimitir de Dream Master, fui a hablar otra vez con él. Creo que hemos llegado a un buen acuerdo. Además, ya no vamos a dedicarnos solo a cruceros para turistas, a hacer solo visitas guiadas, sino que vamos a expandir el negocio y vamos a ofrecer cruceros en los que se pueda comer y cenar. Ya hacen eso en otros lagos, y es un buen negocio de temporada. Avery será la cocinera —agregó con una sonrisa.

—Pues sí. Tengo que hacer algo que no me ocupe las veinticuatro horas del día todos los días de la semana —aseveró, ignorando el cumplido de su marido—. Ahora que vamos a tener el bebé, he decidido contratar a un encargado y otro chef más para La Judía Verde, pero tampoco quería dejar de cocinar del todo. Lo cierto es que creo que este proyecto podría llegar a funcionar.

A continuación, Yoshi y yo decidimos echarles una mano y llevamos varias cajas del muelle a la furgoneta de Blake. Luego, fuimos a ver su nueva casa. Era pequeña, estaba bastante destartada y tenía una cocina de la década de los cincuenta, pero también era acogedora y contaba con un porche bastante amplio. En cuanto acabamos, regresamos andando al centro del pueblo para recoger el coche y regresar a casa siguiendo la carretera del lago.

—Bueno —dijo Yoshi, extendiendo los brazos a lo largo de todo el amplio asiento delantero—. Solo nos quedan seis días antes de coger el vuelo de vuelta a Japón. No tenemos trabajo y contamos con unos ahorros bastante escasos. No tenemos nada, salvo nuestros sueños.

—Exacto —repliqué—. Pero da igual: somos libres.

EPÍLOGO

La noche antes de que Yoshi y yo dejáramos El Lago de los Sueños, la última noche en que disfrutamos de la oscuridad etérea de la cúpula, permanecí despierta un buen rato, buscando las constelaciones. Escorpio y Sagitario eran perfectamente visibles. Entonces, tracé diversas líneas entre las estrellas y me pregunté, como tantas veces había hecho antes, cómo a unos personajes tan intrincados se les podían haber asignado unos patrones en el cielo tan simples y difusos. Me pregunté qué configuraciones conformarían esas estrellas si pudieran ser vistas desde otras perspectivas; por ejemplo, desde la luna. A mi lado, Yoshi dormía, su pelo negro contrastaba con el color de las sábanas, y su respiración regular era muy reconfortante, como el murmullo de las olas en la orilla. Hacía unas semanas, nos habíamos despertado por culpa de un temblor de tierra, y ahora aquí estábamos, en un lugar donde nuestro universo conocido había sido alterado de maneras que nunca hubiera podido imaginar.

Observé las estrellas, que permanecían inmóviles mientras ardían en la noche.

Lo que sucedió a continuación ¿fue un sueño o una especie de visión que tuve despierta? ¿Acaso me dormí? Lo único que sé es que las constelaciones de estrellas eran las mismas, la luna tenía la misma forma curvada de siempre, pero ahora me hallaba en aguas poco profundas en la orilla, donde mis pies se hundieron en la suave playa de arena de pizarra, las olas chapotearon contra mis rodillas y unos pececillos nadaron alrededor de mis tobillos. Los dedos de mis pies se enterraron profundamente entre las piedras, fluyendo como raíces, y mis brazos se extendieron como ramas para abrazar el cielo surcado por veloces nubes, con su hermosa, pálida y redonda luna. Mis dedos, allá arriba, se transformaron en hojas y se agitaron.

Me incorporé, alborozada. Soplabla una leve brisa, y las piernas de Yoshi se encontraban entrelazadas con las mías. Me liberé de su abrazo, abandoné el futón y me acerqué a la ventana. Allí estaba la luna, llena y serena en el firmamento, abriendo un sendero de luz a través de la negra masa del agua.

El viento sopló suavemente. Pensé en Rose, en el cáliz que se había llevado, que o bien se había perdido entre sus cosas o bien alguien había vuelto a robar o lo había vendido o lo había fundido para obtener su plata. También pensé en sus vidrieras, en sus hileras de lunas entrelazadas con enredaderas y en la gente representada en la vidriera de la Sabiduría, con los brazos alzados al cielo. Recordé los tulipanes de mamá, radiantes, emergiendo de sus hojas, como copas delicadas que se balanceaban sobre sus pedúnculos. También me acordé de los cuencos tibetanos que había junto a

mi cama en Japón, y de cómo una copa cobraba forma, como una flor, en el extremo de un frágil pie de cristal.

Entonces, alcé los brazos como la gente de la vidriera, y mis piernas y mi torso se transformaron en un pedúnculo, y mis brazos adoptaron la forma de una media luna. Hombre o mujer, eso daba igual. Entonces o ahora, eso era indiferente.

Era un tulipán, una copa, un grial.

Era, bajo la luz de la luna, un cáliz.

Seguí teniendo ese sueño a lo largo de las semanas y meses posteriores, pero no lo compartí con nadie salvo con Yoshi. Era mejor que quedara como una metáfora, como la de las garzas que emprendían el vuelo desde la orilla del estanque. Era mejor que no se lo contara a nadie. No quería que nadie se riera de mí, ni que arqueara una ceja de manera escéptica, ni que simplemente no me prestara atención cuando se lo contase. Aunque pensara en ese sueño cada vez que veía una flor abriéndose, a una persona bailando o a alguien ahuecando las manos para coger agua.

Yoshi y yo volamos a Japón, tomamos un tren y luego otro y al fin caminamos por una calle empedrada hasta llegar a nuestro apartamento, que estaba tal y como lo habíamos dejado muchas semanas atrás. Hicimos una limpieza general y nos deshicimos de todo; incluso vendimos nuestros electrodomésticos y regalamos todo lo que no podíamos llevarnos a Camboya, donde nos aguardaba nuestra nueva vida. Allí estaban los trabajos que nos habían ofrecido y que habíamos aceptado, los que, al final, nos habían convencido. Mi padre había luchado en Vietnam y había escrito sobre Camboya en unas cartas que mi madre había guardado atadas con un lazo verde. Mamá tenía una foto de papá posando frente al Palacio Real. No sabía mucho más al respecto, pero he de reconocer que la tenue conexión de ese lugar con el pasado de mi familia reforzó la sensación de que estaba tomando la decisión correcta. Así que lo recogimos todo y no dejamos nada. Los terremotos eran menos frecuentes e intensos, ya que la isla submarina por fin se había formado. Por otro lado, el último día que estuvimos allí, la señora Fujimoro me regaló un hermoso pañuelo de seda, y yo, a su vez, le regalé un caleidoscopio hecho de latón con cientos de piezas movibles de cristal. Luego, una vez en la calle, nos hicimos una reverencia mutua.

A mediados de octubre, regresamos a El Lago de los Sueños para hacer una última visita. Nos sentamos en el patio, donde las hojas de los árboles contrastaban con su color dorado, naranja o rojo fuego contra el intenso azul del cielo. Allí desenvolví una caja que había llegado para nosotros. Revolví entre gruesas capas de papel de embalar hasta que hallé dos pequeñas copas de pie largo, de un delicado cristal verde, cuyos laterales eran finos como el papel y translúcidos. Dentro de la caja, había una tarjeta que decía simplemente: «Para vuestra boda, de parte de Keegan y Max». Le di una a Yoshi, y me imaginé cómo habría cobrado forma, cómo el cristal se habría tornado líquido y la copa habría emergido del pedúnculo de cristal verde... con su delicada forma casi humana.

Cuando Yoshi y yo nos casamos, nos intercambiamos esas copas siguiendo la

tradicción japonesa. Celebramos la ceremonia en la capilla de la Sabiduría, y la reverenda Suzi Wells ofició la boda, ante la mirada atenta de nuestros amigos y familiares, que llenaron los bancos de la capilla, rodeados por las mujeres de las vidrieras; con Rose y Frank presentes de algún modo. Ned leyó algo del Cantar de los Cantares, y yo le pedí a Zoe, que estaba viviendo con mi madre mientras sus padres estaban de crucero, que leyera un poema que nos había escrito. Zoe se había cortado el pelo muy corto y se había hecho un tatuaje, una pequeña mariposa en la clavícula, lo cual le hacía parecer más joven y más vulnerable de lo que había pretendido. Los padres de Yoshi vinieron a la boda desde Helsinki y se sentaron junto a mi madre y Andy. Iris vino acompañada de Carol y Ned, y Julie se trajo a su novio. Oliver vino con su esposa, y Stuart Minter trajo a su compañero, Alex. Blake y Avery también estuvieron presentes, aunque se sentaron en la parte de atrás y no se quedaron al banquete; su hijo acababa de nacer la semana antes y todavía seguían aturridos y cansados y, además, se mostraban muy reticentes a dejarle solo. Lo llamaron Martin, como nuestro padre.

Art y Austen enviaron un regalo (una vajilla de platos de color blanco) que entregué a la beneficencia sin abrir siquiera.

Tras la boda, nos quedamos un rato en el exterior de la capilla, donde las hojas de los árboles poseían unos intensos colores rojos y amarillos que destacaban frente al cielo azul otoñal.

Tres días después, volamos a Phnom Penh.

La belleza y la pobreza de aquel lugar nos abrumaron y sobrecogieron. Deambulamos por sus calles exageradamente soleadas, entre puestos de mercado repletos de cestas llenas de relucientes zanahorias, verduras y peces y entre edificios coloniales restaurados y chabolas hechas con juncos y pedazos de lona. Las cicatrices del pasado eran perfectamente visibles por todas partes, sobre todo en las afueras de la ciudad. Por allí, había una escalera ennegrecida que terminaba en el cielo; por allá, un estanque, un círculo perfecto, que había sido en su origen el cráter que había dejado una bomba. También atisbaba eso mismo en el rostro de la gente: cómo el pasado penetraba como una roca afilada en las corrientes rápidas del presente. Lo cierto es que me siento muy poca cosa ante la capacidad de sufrimiento y resignación de la que hace gala esta gente y de la que soy testigo todos los días.

Yoshi aceptó un trabajo en una ONG que supervisa la gestión y el desarrollo de los recursos hidrológicos de todo el río Mekong, que viene de China y atraviesa Laos, Vietnam y Camboya. Lo que ocurra con las presas proyectadas en ese curso fluvial afectará durante generaciones al futuro de ese río y de la gente que vive allí, y Yoshi vuelve a casa todos los días desbordante de energía e ideas. Mi trabajo también está muy bien, aunque he de reconocer que conseguí este empleo gracias a Suzi y no a través de mis contactos, lo cual es bastante sorprendente. La reverenda conocía a un grupo ecuménico que trabaja aquí para mejorar las condiciones de vida de las mujeres del campo. Viajo a zonas rurales y ayudo a instalar bombas de agua de pedales, que

están hechas de bambú y pistones de metal; las familias se suben a ellas por turnos para poder extraer agua potable de los pozos. El agua es la base de todo, ya que con ella se riegan las huertas donde se cultivan frutas y verduras. Después, las familias venden los productos de la huerta que les sobran, y utilizan el dinero que ganan para comprar gallinas que pongan huevos o vacas que den leche o para enviar a sus hijos al colegio. Este programa de ayuda ha crecido tanto que, últimamente, me dedico más bien a enseñar a manejar e instalar las bombas de agua a otras personas, que luego viajarán a las demás provincias.

Vivimos junto a orillas del Mekong, uno de los ríos más grandes del mundo. Todos los años, cuando llega el monzón, el caudal del río sube tanto y ejerce tanta presión sobre el mar que acaba cambiando de curso hacia el norte e inunda Tonle Sap, el gran lago que los camboyanos llaman el lago Creador por la gran profusión de vida que alberga; su superficie es surcada por unas gráciles barcas y los hombres lanzan en él sus redes para pescar. Todo eso me recuerda a papá, por supuesto, pero sin la pátina de tristeza que arrastré conmigo durante tantos años.

Todos los días, al alba, las barcas parten repletas de pescadores. Son largas y estrechas, y se curvan en sus extremos, tienen una forma arqueada, como de media luna. El corazón también es un barco que empuja a la sangre a trazar una órbita por el cuerpo, y la palabra inglesa *to bless*, «bendecir», proviene del inglés antiguo, de la palabra *blestian*, o *blood*, «sangre». Este lugar presenta auténticos retos que a veces parecen casi insuperables, pero he aprendido a tomarme las cosas con calma y a apreciar la belleza de cada día, de los misterios y bendiciones que hay en todo, incluso en las mismas palabras que pronunciamos. Todas las mañanas, salgo al balcón y observo los barcos surcar el río. Y entonces siento cómo la sangre recorre mis venas, mis ríos particulares.

También escucho. Aunque ya no escucho las cerraduras, sino lo que hay más allá de la quietud a los deseos más profundos de lo que los místicos llamarían «mi verdadero yo», algo que he llegado a considerar como una plegaria. Este es el mayor legado que me ha brindado Rose. Su tela, la manta de bebé, está colgada en nuestra casa, sobre una pared de hormigón pintado; Iris nos la obsequió como regalo de bodas. El año pasado, durante el verano insoportablemente caluroso y la subsiguiente y repentina estación de lluvias, mientras me volvía tan redonda como una de las lunas entrelazadas de Rose Jarrett, mientras me hinchaba como el río que discurre cerca de nuestra casita, pensé muy a menudo en Rose. Cuando nuestra hija nació al final de la estación fría, la llamamos Hannah, sin pensar en nadie en concreto, aunque he de reconocer que se nos ocurrió el nombre pensando en la palabra japonesa *hanashobu*, que es una especie de lirio que crece en las marismas. Aunque también es cierto que a veces la llamamos Hannah Rose.

Unos meses después de que naciera, tuvimos un eclipse lunar. Yoshi y yo estuvimos toda la noche sentados en el balcón para observar cómo esa luna grande y pálida se alzaba sobre el río y una sombra caía sobre sus contornos, erosionando

lentamente su luz. Pensé en Joseph Jarrett, despertándose de su sueño bajo la luz del cometa, y en Rose, caminando sola hasta casa a través de los viñedos esa misma noche, sintiéndose más viva y aterrorizada que nunca.

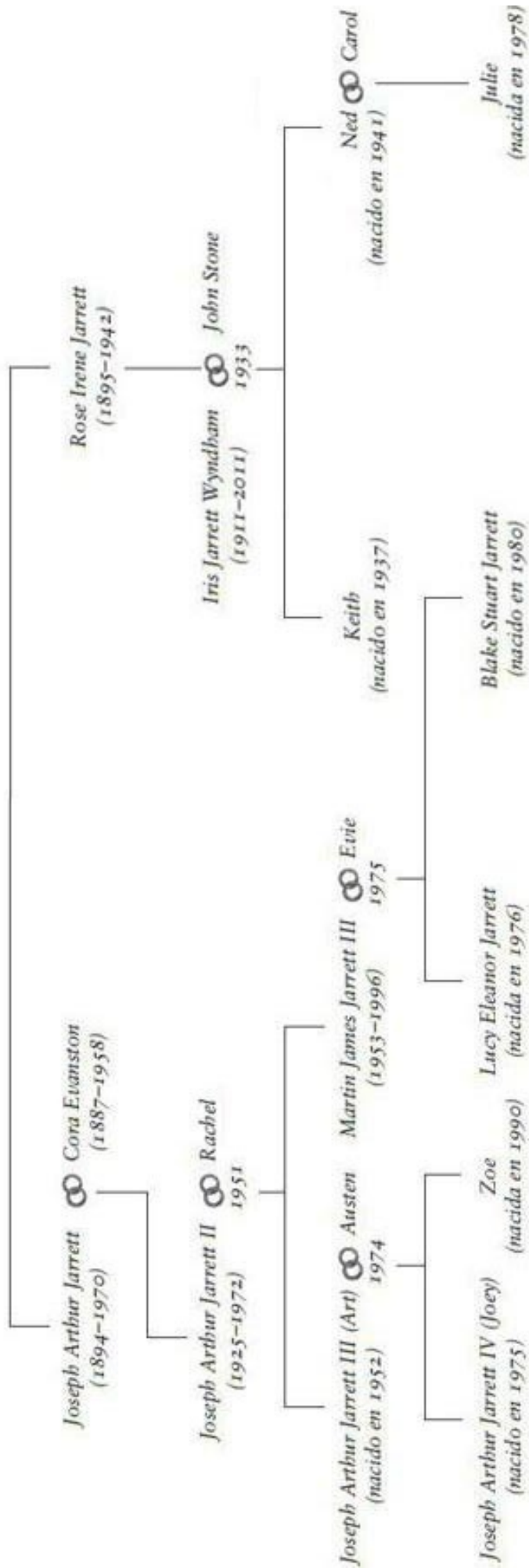
Cerca del final del eclipse, Hannah se despertó. Yoshi entró en casa para cogerla y le habló entre susurros mientras cruzaba las habitaciones. A continuación, la sacó al balcón.

—Mira —le dijimos esa noche—. Mira, cariño, la luna.

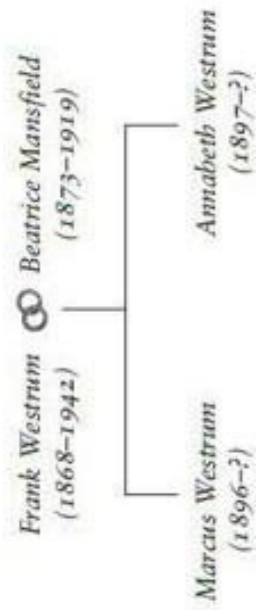
Y Hannah la vio, emergiendo lentamente de las fauces de las sombras, y se echó a reír, intentando alcanzar el cielo como suelen hacer los bebés, como si pudiera atrapar la luna con una de sus manitas y metérsela en la boca como una galleta.

Volvió a reírse al comprobar que no podía cogerla, e intentó estirar más el brazo mientras nosotros la sosteníamos en alto. Pero eso no iba a durar, por supuesto. Pronto se sentiría frustrada por algo, o hambrienta, y tendríamos que entrar en casa, dejando atrás el cielo nocturno con sus estrellas ardientes. En ese momento, el río fluía como un cristal negro y nos quedamos contemplando la belleza pálida y salvaje de la luna, a la espera de que el mundo girase y cambiara.

LA FAMILIA JARRETT



LA FAMILIA WESTRUM



AGRADECIMIENTOS

El Lago de los Sueños es un lugar ficticio, al igual que sus habitantes, y existe únicamente en el reino de la imaginación. Sin embargo, al escribir esta novela me he basado en mis amplias experiencias y vivencias en la región de los espectaculares lagos Finger, al norte del estado de Nueva York. El Parque Histórico Nacional de los Derechos de la Mujer de Seneca Falls existe de verdad, por supuesto, y les estoy muy agradecida a los archiveras de ese lugar que hablaron conmigo largo y tendido sobre su trabajo.

Escribir es una tarea muy solitaria, y por eso les estaré eternamente agradecida por su paciencia y apoyo a los amigos, colegas y familiares que me soportaron cuando me recluí a escribir este libro. Le doy las gracias especialmente a Tom por compartir con generosidad sus muchos dones y talentos conmigo, y por ser un apoyo tan firme en los momentos más caóticos. También quiero dar muchas gracias a Abby y Naomi. Así como a Edna Gordon por su hospitalidad y su fascinante punto de vista sobre la zona de Somerset Levels, en Inglaterra, y a mis amigos de la Universidad de Kentucky, sobre todo a Gurney Norman por el gran apoyo que presta a los escritores y a la escritura en general.

Geri Thoma es muy intuitiva, amable y sabia, no se puede tener una mejor agente literaria. Muchísimas gracias, a ella y a todos los miembros de Markson Thoma Agency.

La gente de Viking Penguin ha aportado su tremenda experiencia y su gran talento a esta obra en todos los aspectos de la edición y publicación, y les estoy muy agradecida a todos ellos, sobre todo a Kathryn Court y Clare Ferraro. Y, por último pero no menos importante, he de darle las gracias a Pamela Dorman, una editora de gran talento, cuya confianza en mi obra hizo posible que existiera este libro. A Molly Stern por sus inteligentes y atinadas sugerencias a nivel editorial, que hicieron mejor este libro en muchos sentidos. A Beena Kamlani, quien contribuyó con su ojo experto a la labor de edición. A Liz Van Hoose, quien leyó el borrador final y lo revisó de manera crucial, y a Kendra Harpster, quien ayudó a que este libro se desarrollara hasta que alcanzó su madurez y su final. Gracias también a Stephen Morrison, así como a Dick Heffernan y Norman Lidofsky y sus fantásticos equipos de venta. A Paul Buckley y Carla Bolte, que diseñaron la portada y el libro. A Shannon Twomey, Nancy Sheppard, Rachelle Andujar, Andrew Duncan, Leigh Butler, Valentina Price, Hal Fessenden, John Fagan, Maureen Donnelly y Julie Miesionczek; todos ellos contribuyeron con su talento a que este libro viera la luz, y se lo agradezco de todo

corazón.

También doy las gracias a la comunidad del Lexington Theological Seminary, donde recibí varias clases, así como a los miembros del clero de la Iglesia episcopal del Buen Pastor, que respondieron amablemente a mis muchas preguntas. Gracias también a mi grupo de orientación espiritual por una serie de discusiones que me hicieron reflexionar mucho, por su franqueza y por las risas. Y, por último, estoy muy agradecida a muchos autores cuyos libros han cambiado mi perspectiva sobre muchas cosas a lo largo de los años, sobre todo, *The Dream of the Earth* de Thomas Berry, *En memoria de ella* de Elisabeth Fiorenza, *Women, Earth, and Creator Spirit* de Elizabeth A. Johnson y *The Silent Cry: Mysticism and Resistance* de Dorothy Soelle.